

# **LA REINA DEL NILO**

## **Memorias de Cleopatra N°1**

La majestuosa reina del Nilo. La mujer cuya extraordinaria belleza envuelta en oro y piedras preciosas ocultaba una inteligencia y poder de manipulación únicos. La seductora infatigable que enloquecía a los hombres. La hábil estratega que supo jugar sus cartas y liberó Egipto del yugo romano. La leyenda personificada. Memorias de Cleopatra nos ofrece la oportunidad de escuchar de boca de la propia Cleopatra su verdadera historia.

Autor: Margaret George

ISBN: 9788498724196

**Margaret George**

**LA REINA DEL NILO**

**Memorias de Cleopatra I**

*Para Cleopatra, reina, diosa, erudita, guerrera 69 — 30 a. C.  
y Alison, mi Cleopatra Selene,  
y Paul, un poco de César,*

*Antonio y especialmente Olimpo, todo en una pieza*

Mi agradecimiento a:

Mi editora Hope Dellon, que con perspicacia y humor contribuye a moldear la arcilla de los primeros borradores, convirtiéndola en obras terminadas; mi padre, Scott George, que me presentó al Príncipe de los Noventa y Nueve Soldados; mi hermana Rosemary George, que tiene el mismo sentido del humor que Antonio; Lynn Courtenay, que examina pacientemente las oscuras referencias en busca de exquisitos bocados clásicos; Bob Feigel, que me ayudó a combatir de nuevo la batalla de Accio; Eric Gray, por su ayuda en los misterios del uso del latín (los errores que puedan quedar son míos), y nuestra vieja serpiente doméstica, *Julius*, que se ha pasado dieciséis años enseñándome cómo son los reptiles.

*A Isis, mi madre, mi refugio, mi compasiva compañera y guardiana de todos los días de mi vida desde su comienzo hasta que tenga a bien disponer su final, encomiendo estos escritos que son la relación de mis días en la tierra. Tu que me los concediste, los guardarás y conservarás y mirarás benigna y favorablemente a su autora, tu hija. Así como tu me diste los días informes —que marqué con mis obras, siendo por ello su verdadera propietaria—, yo he hecho el recuento de mi vida para poder ofrecértelo por entero y sin engaño. Debes juzgar todas las obras de mi mano y la dignidad de mi corazón, tanto las obras exteriores como el ser interior.*

*Te las ofrezco, rogándote que seas misericordiosa y salves mis dotes y su memoria de la destrucción de mis enemigos.*

*Soy la séptima Cleopatra de la casa real de Tolomeo, la Reina, la Señora de las Dos Tierras, Thea Philopator, la Diosa que Ama a su Padre, Thea Neotera, la Diosa más Joven; la hija de Tolomeo Neos Dionysus, el Nuevo Dioniso.*

*Soy la madre de Tolomeo César, Alejandro Helio, Cleopatra Selene y Tolomeo Filadelfo.*

*Fui la esposa de Cayo julio César y de Marco Antonio.*

*Conserva mis palabras y concédeles tu protección, te lo suplico.*

# EL PRIMER ROLLO

CALOR. Viento. Aguas azules tranquilas y rumor de olas. Todavía los veo, los oigo, los siento. Percibo incluso el punzante sabor de la sal en mis labios cubiertos por el fino y brumoso rocío marino. Y, todavía más cerca, el adormecedor y soñoliento perfume de la piel de mi madre junto a mi nariz, donde ella me sostiene contra su pecho, cubriéndome la frente con la sombrilla de su mano para protegerme los ojos del sol. La embarcación se mece suavemente sobre las aguas y mi madre me mece a mí, que me balanceo a un doble ritmo. Me adormezco mientras el chapoteo del agua que me rodea me envuelve con una protectora manta de sonidos. Me siento fuertemente sostenida, acunada con vigilante amor. Lo recuerdo. Lo recuerdo...

De pronto el recuerdo se desgarró, se vuelve del revés, se vuelca, tal como le debió de ocurrir a la embarcación. Mi madre desaparece, yo salto por los aires, unos brazos me atrapan, unos brazos muy ásperos que me agarran tan fuerte por la cintura que apenas puedo respirar. Y el chapoteo... todavía me parece oír el chapoteo, los breves y sorprendidos gritos.

Dicen que no es posible, que yo aún no había cumplido los tres años cuando mi madre se ahogó en el puerto, «un terrible accidente, ¿cómo pudo ocurrir en un día tan sereno? ¿Alguien manipuló indebidamente la embarcación? ¿Alguien la empujó? No, mi madre simplemente tropezó y cayó cuando intentaba levantarse, y vosotros sabéis que no sabía nadar, no, no lo supimos hasta que fue demasiado tarde. Pues entonces, ¿por qué salía a navegar tan a menudo? A la pobre le gustaba, a la pobre Reina le gustaban el sonido y los colores...».

Una clara esfera azul parece envolver todo aquel terror, las sacudidas y los arcos de agua salpicando por todas partes en un amplio círculo, y los gritos de las damas del barco. Dicen que alguien se zambulló y también fue arrastrado hacia el fondo y que murieron dos personas en lugar de una. Dicen también que yo arañé y agité las piernas y traté de arrojarme en pos de mi madre, gritando de angustia y de temor por la pérdida, pero los fuertes brazos de la nodriza que me había atrapado me sujetaron con fuerza.

Recuerdo que me tendieron boca arriba y me sujetaron mientras yo contemplaba la parte inferior del toldo en la que se reflejaban las deslumbrantes aguas azules sin poder librarme de las manos de mi carcelera.

Nadie me consuela, como cabría esperar que alguien hiciera por una criatura asustada. Están demasiado ocupados impidiendo que me escape. Dicen que eso tampoco lo puedo recordar, pero vaya si recuerdo lo impotente y desnuda que me sentía en aquel banco de la embarcación, arrancada de los brazos de mi madre y retenida a la fuerza mientras la embarcación regresaba a toda prisa a la orilla.

Unos días después me llevan a una espaciosa estancia donde resuenan

todos los sonidos y donde parece que la luz entra por todas partes y el viento sopla por doquier. *Es una sala, pero como al aire libre... una estancia muy especial, la estancia de alguien que no es una persona sino un dios. Es el templo de Isis, y la nodriza me conduce hacia una gigantesca estatua... más bien tirando de mí. Recuerdo que me mantuve en mis trece y casi tuvieron que arrastrarme sobre el reluciente pavimento de piedra.*

La base de la estatua es enorme. Casi no puedo ver la parte de arriba, donde parece que hay dos blancos pies y una figura encima. El rostro se pierde en las sombras.

— Deposita las flores a sus pies —me dice la nodriza, tirando del puño en el que yo sujeto las flores.

No las quiero soltar, no las quiero poner allí.

— Ésta es Isis —me dice dulcemente la nodriza—. Contempla su rostro. Te está mirando. Ella cuidará de ti. Ella es tu madre ahora.

¿De veras? Intento verle el rostro, pero está demasiado arriba, demasiado lejos. No parece el rostro de mi madre.

— Dale las flores —me dice la nodriza, tratando de convencerme.

Levanto lentamente la mano y deposito mi pequeña ofrenda en el pedestal, lo más al fondo que puedo. Vuelvo a levantar los ojos confiando en ver sonreír a la estatua e imagino que la veo hacerlo.

Isis, así fue cómo aquel día me convertí en tu hija.



EL nombre de mi difunta madre la Reina era Cleopatra, y yo me enorgullecía de llevar su nombre. Pero de todos modos me hubiera enorgullecido, pues se trata de un gran nombre en la historia de mi familia que se remonta nada menos que a la hermana de Alejandro Magno, con quien los Lágidas están emparentados. Significa «Gloria a sus Antepasados» y, durante toda mi vida y mi remado, he intentado cumplir esa promesa. Todo lo que he hecho, ha sido para conservar mi herencia y Egipto.

Todas las mujeres de nuestro linaje se llamaban Cleopatra, Berenice o Arsinoe. Todos estos nombres también se remontaban a Macedonia, de donde era originaria nuestra familia. Así pues, mis dos hermanas mayores también recibieron los nombres de Cleopatra (sí, fuimos dos) y Berenice, y mi hermana menor el de Arsinoe.

Mi hermana menor... hubo otras después de mí pues el Rey se tenía que casar y, poco después de la prematura muerte de su reina Cleopatra, tomó una nueva esposa y ésta le dio enseguida a mi hermana Arsinoe. Más tarde dio a luz a los dos varones con quienes yo estuve fugazmente «casada». Después murió y volvió a dejar viudo a mi padre. Esta vez no se volvió a casar.

Yo no sentía el menor aprecio por la nueva esposa de mi padre ni por mi hermana Arsinoe, que sólo tenía tres años menos que yo. Ya desde sus primeros días fue taimada e hipócrita, quejica y protestona. Para colmo, también era muy guapa... una de esas niñas que despiertan la admiración de la gente, la cual se pregunta, no por simple cortesía: «¿De dónde habrá sacado estos ojos?» Eso la hizo arrogante desde la cuna, pues lo vio no como un don valioso sino como un poder para ser utilizado.

Mi hermana Cleopatra tenía unos diez años más que yo, y Berenice ocho. ¡Hermanas afortunadas por haber podido tener a nuestra madre muchos más años que yo! Aunque no parece que lo agradecieran demasiado. La mayor era una criatura hosca y lánguida; ni siquiera la recuerdo muy bien. Y Berenice era un auténtico toro, con sus anchos hombros, su áspera voz y sus grandes pies planos, por culpa de los cuales parecía que pateara el suelo incluso cuando caminaba con normalidad. Nada en ella recordaba a nuestra antepasada de delicados rasgos, Berenice II, que había reinado con Tolomeo III doscientos años atrás y había pasado a la leyenda como una belleza excepcional a quien los poetas de la corte dedicaban sus obras. No, la rubicunda Berenice, con sus sonoros resoplidos, jamás hubiera podido inspirar semejantes efusiones literarias.

Yo gozaba sabiéndome la preferida de mi padre. No me preguntéis cómo saben los niños estas cosas, pero las saben por mucho que los padres intenten ocultarlo. Quizá fue porque la otra Cleopatra y Berenice me parecían tan raras que no acertaba a imaginar que alguien pudiera mostrar predilección por ellas antes que por mí. Pero más tarde, incluso cuando apareció Arsinoe con toda su belleza,

seguí conservando el primer lugar en el corazón de mi padre. Ahora lo sé porque fui la única que se preocupó por él a cambio de sus desvelos.

Debo reconocerlo con toda sinceridad, aunque a regañadientes. Todo el mundo (incluidos sus propios hijos) encontraba a mi padre cómico o digno de lástima... tal vez ambas cosas. Era un hombre apuesto y delgado cuyo talante desconfiado y soñador podía trocarse de inmediato en nerviosismo cuando se sentía amenazado. La gente le echaba en cara lo que era —un artista por inclinación, aficionado a la flauta y a la danza— y la situación que había heredado. Lo primero era obra suya, pero lo segundo era un lamentable legado. El no tuvo la culpa de que, para cuando por fin consiguió ascender al trono, éste se encontrara prácticamente en las fauces de Roma y él se viera obligado a adoptar toda una serie de posturas indignas para poder conservarlo. Entre ellas el servilismo, la adulación, el abandono de su hermano, el pago de colosales sobornos y el agasajo de sus odiados y potenciales conquistadores en su corte. Todo eso no le granjeaba ningún afecto ni contribuía tampoco a su seguridad. ¿Acaso es de extrañar que tratara de evadirse con el vino y la música de Dioniso, su dios protector? Pero cuanto más intentaba evadirse, tanto más desprecios cosechaba.

El soberbio banquete de mi padre en honor de Pompeyo Magno: yo tenía entonces casi siete años y estaba deseando ver finalmente cómo eran los romanos, los romanos de verdad (es decir, los peligrosos, no los inofensivos mercaderes y estudiosos que llegaban a Alejandría por razones personales). Le rogué repetidamente a mi padre que me dejara asistir, sabiendo muy bien cómo convencerle pues siempre se mostraba favorable a todo lo que yo le pedía, dentro de ciertos límites.

— Quiero verlos —le dije—. Este famoso Pompeyo... ¿qué aspecto tiene?

Todo el mundo temblaba ante el nombre de Pompeyo desde que decidiera descender de golpe a la parte del mundo que nosotros ocupábamos. Primero había aplastado una impresionante rebelión en el Ponto, después había bajado a Siria y se había apoderado de los restos del imperio de los Seléucidas, convirtiéndolos en una provincia romana.

Una provincia romana. Al parecer, todo el mundo se estaba convirtiendo en una provincia romana. Durante mucho tiempo. Roma —que estaba muy lejos, al otro lado del Mediterráneo— había permanecido confinada en su propio territorio. Pero poco a poco había extendido su dominio en todas direcciones como los tentáculos de un pulpo. Se había apoderado de Hispania en el oeste, de Cartago en el sur y de Grecia en el este, creciendo cada vez más. Y cuanto más crecía, más aumentaba su apetito.

Los pequeños reinos no eran más que unos bocados, golosinas como Pérgamo y Caria, que se podían engullir sin el menor esfuerzo. Los antiguos reinos de Alejandro serían más satisfactorios y saciarían mejor su apetito. Al principio los dominios de Alejandro se habían dividido en tres reinos, gobernados por sus tres generales y sus descendientes: Macedonia, Siria y Egipto. Más tarde fueron dos. Después cayó Siria y quedó sólo uno: Egipto. Según los informes que se habían recibido, los romanos consideraban llegado el momento de anexionarse

también Egipto, y Pompeyo se mostraba especialmente inclinado a hacerlo. De ahí que mi padre decidiera hacer cuanto estuviera en su mano para comprar a Pompeyo. Envío varias unidades de caballería para ayudarlo a aplastar a su siguiente víctima, Judea, nuestro vecino más próximo.

Sí, fue una vergüenza. No es de extrañar que su propio pueblo lo odiara. Pero ¿acaso hubieran preferido caer en poder de los romanos? Sus alternativas eran las de un hombre desesperado; se encontraba entre la espada y la pared. Eligió mal. ¿Hubieran preferido lo peor?

— Es un hombre alto y fuerte —contestó mi padre—. ¡No muy distinto de tu hermana Berenice! —Nos reímos juntos de su comentario, como si fuéramos dos conspiradores. Después cesaron las risas—. Es temible —añadió mi padre—. Cualquiera que ostente tanto poder es temible, por muy cautivadores que sean sus modales.

— Quiero verle —repetí.

— El banquete durará varias horas, habrá mucho bullicio, hará calor y será muy aburrido para ti. No tendría sentido. Quizá cuando crezcas un poco...

— Espero que no tengas que volver a agasajarlos, lo cual quiere decir que es mi única oportunidad —señalé—. Como vuelvan aquí, no lo harán en circunstancias agradables. Entonces no habrá espléndidos banquetes.

Me miró con una expresión muy extraña. Ahora sé que fue porque le pareció muy raro que una niña que aún no había cumplido los siete años hablara de aquella manera, pero en aquel momento temí que se hubiera enojado conmigo y que no me diera permiso.

— Muy bien —dijo finalmente—. Pero confío en que hagas algo más que mirar. Tienes que comportarte de la mejor manera posible; tenemos que convencerle de que tanto a Egipto como a Roma les conviene nuestra permanencia en el trono.

— ¿Nuestra permanencia?

No era posible que hubiera querido decir... ¿o sí? Yo era sólo su tercera hija, aunque en aquellos momentos no tenía ningún hermano varón.

— La de nosotros, los Lágidas —me aclaró.

Pero había visto el destello de esperanza que se había encendido fugazmente en mi rostro.

Mi primer banquete: A todos los vástagos reales se les debería exigir que escribieran un ejercicio retórico con este título, pues los banquetes desempeñan un papel desmesuradamente grande en nuestras vidas y son los escenarios en los que interpretamos nuestros reinados. Empiezas sintiéndote deslumbrado por ellos, tal como entonces me ocurrió a mí, pero al cabo de unos pocos años descubres que todos son lo mismo. Sin embargo, aquél quedará perennemente grabado en mi memoria.

Hubo la ceremonia del atavío, la primera fase del ritual, que pronto se

convertiría en una tediosa costumbre. Cada princesa tenía su propia camarista, pero en realidad la mía era mi antigua nodriza, que apenas sabía nada de atuendos. Me vistió con el primer vestido que le vino a mano; su principal preocupación fue la de que estuviera bien lavado y planchado, como efectivamente estaba.

— Ahora procura estarte quieta para que no se te arrugue —me dijo, alisándome la falda. Recuerdo que era de color azul y bastante rígida—. El lino se arruga muy fácilmente. ¡Esta noche no se te ocurra saltar y brincar y comportarte como un chico, tal como haces a veces! Esta noche te tienes que conducir como una princesa.

— ¿Y eso cómo se hace?

Me sentía aprisionada como una momia en sus vendas, que normalmente también eran de lino. Pensé que, a lo mejor, lo de ir al banquete no era en el fondo tan buena idea.

— Con dignidad. Cuando alguien te dirija la palabra, deberás volver la cabeza muy despacio. Así. —Me hizo una demostración, girando lentamente la cabeza y bajando los párpados—. Y bajarás los ojos con recato. —La nodriza hizo una pausa—. Contestarás en un dulce susurro. No deberás decir: «¿Qué?» Eso sólo lo hacen los bárbaros. Tal vez los romanos lo hagan —añadió en tono sombrío—. ¡Pero tú no debes seguir su ejemplo! —Jugueteó un poco con mi collar y me lo puso bien—. Y si alguien cometiera la grosería de mencionar algún tema desagradable (como los impuestos, la plaga o las sabandijas), no deberás contestar. No es correcto discutir estas cuestiones en un banquete.

— ¿Y si veo que un escorpión está a punto de picar a alguien? Si por ejemplo veo en el hombro de Pompeyo un rojo escorpión con el aguijón levantado... ¿se lo puedo decir? —Tengo que aprender las reglas—. ¿No sería una grosería no hacerlo, aunque sea un tema desagradable?

Me miró perpleja.

— Bueno, supongo que... —Soltó un resoplido—. ¡No verás ningún escorpión en el hombro de Pompeyo! Eres una niña imposible, siempre pensando cosas raras. —Pero me lo dijo con cariño—. Confiemos en que por lo menos no haya ningún escorpión que moleste a Pompeyo ni ninguna otra cosa que le haga perder el buen humor.

— ¿No tendría que ponerme una diadema? —pregunté.

— No —me contestó—. ¡Menuda ocurrencia! ¡Tú no eres una reina!

— ¿Y no hay diademas para princesas? Tendríamos que llevar algo en la cabeza. Los romanos se ponen coronas de laurel, ¿no? Y los atletas también.

Ladeó la cabeza, como solía hacer cuando pensaba.

— Creo que el mejor adorno para una niña es su cabello. Y tú lo tienes precioso. ¿Por qué estropearlo con otra cosa?

Siempre dedicaba muchos cuidados a mi cabello, enjuagándolo con

perfumada agua de lluvia y peinándolo con peines de marfil. Me había enseñado a enorgullecerme de él, pero aquella noche yo estaba deseando lucir algo especial.

— Yo creo que tendría que haber algo que nos distinguiera como miembros de la familia real. Mis hermanas...

— Tus hermanas son mayores que tú y en ellas resulta apropiado. Cuando tengas diecisiete años, o quince como Berenice, podrás ponerte estas cosas.

— Es posible que tengas razón. —Fingí estar de acuerdo con ella. Dejé que me peinara el cabello y me lo recogiera hacia atrás con un prendedor. Después le dije—: Ahora me ha quedado la frente demasiado despejada... ¿no me puedo poner ni siquiera una cinta? Una cinta pequeña y discreta, una cintila estrecha... sí, eso me sentaría bien.

Se echó a reír.

— ¡Ay, niña mía! ¿Por qué no dejas las cosas tal como están? —Me di cuenta de que estaba a punto de ceder—. A lo mejor, una cintila dorada. Pero quiero que durante toda la noche la uses como recordatorio de que eres una princesa.

— Pues claro —le prometí—. No haré ninguna grosería. Aunque un romano suelte un eructo, derrame algo o robe una cuchara de oro escondiéndola en su servilleta, yo fingiré no ver nada.

— Puede que veas a alguien robando una cuchara —reconoció—. Les gusta tanto el oro que se les cae la baba cuando lo ven. Menos mal que los adornos artísticos del palacio son demasiado grandes como para esconderlos entre los pliegues de una toga, pues de lo contrario por la mañana se echaría en falta alguno de ellos.

Yo había estado otras veces en la sala de los banquetes, pero únicamente cuando se encontraba vacía. La enorme estancia, que se extendía de una a otra parte de un palacio —había muchos palacios en el recinto real— y que se abría a unas gradas que daban al puerto interior, siempre me había parecido una cueva resplandeciente. Su lustroso pavimento reflejaba mi imagen cuando corría por él, y yo me veía en las hileras de columnas cuando pasaba por delante de ellas. Arriba, el techo se perdía en las sombras.

Pero aquella noche la cueva estaba tan inundada de luz, que por primera vez en mi vida pude ver en lo alto las vigas de madera de cedro con incrustaciones de oro que cubrían toda la longitud del techo. ¡Y cuánto ruido! El rumor de la muchedumbre —al que tanto llegaría a acostumbrarme con el tiempo— me agredió los oídos como un golpe. Toda la sala estaba abarrotada de gente, tanta gente que lo único que pude hacer fue quedármela mirando.

Nosotros —la familia real— nos encontrábamos en lo alto de unos peldaños antes de entrar en la sala, y yo hubiera querido tomar la mano de mi padre y preguntarle si los mil invitados ya estaban allí. Pero él permanecía de pie delante de mí y a su lado se había situado mi madrastra, por lo que no tuve oportunidad de hacerlo.

Esperamos a que sonaran las trompetas, anunciando nuestra entrada. Miré con mucha atención, tratando de ver cómo eran los romanos. Pero ¿cuáles eran los romanos? La mitad de la gente vestía las habituales prendas sueltas y algunos hombres llevaban barba. Pero otros... iban afeitados y con el cabello corto, y vestían una especie de voluminosa capa drapeada —que a mí se me antojaba una sábana— o bien unos uniformes militares hechos con petos y falditas de tiras de cuero. Estaba claro que aquéllos eran los romanos. Los demás debían de ser egipcios o griegos de Alejandría.

Sonaron las trompetas, pero desde el otro extremo de la sala. Mi padre no se movió, y pronto comprendí por qué: Las trompetas estaban anunciando la entrada de Pompeyo y sus ayudantes. Mientras avanzaban hacia el centro de la sala, yo contemplé todas las galas de un general romano del máximo rango, que llevaba un peto de oro puro decorado con artísticos adornos. Además, su capa no era de color rojo sino púrpura y calzaba una especie de botas cerradas. Era un conjunto espléndido.

¿Qué decir del propio Pompeyo? Sufrí una decepción al ver que era simplemente un hombre de rostro un tanto soso. Nada en él podía competir con el esplendor de su uniforme. Lo flanqueaban unos oficiales de rostros más severos y recios que el suyo, los cuales le servían de marco para que destacara.

Se oyó un segundo toque de trompetas y nos correspondió a nosotros bajar para que mi padre pudiera saludar a sus invitados y recibirlos oficialmente. Todos los ojos estaban puestos en él cuando descendió majestuosamente con la túnica real arrastrando a su espalda. Yo procuré no pisarla.

Los dos hombres permanecieron de pie cara a cara; ¡mi padre era mucho más bajo y delgado! Al lado del poderoso Pompeyo, ofrecía un aspecto casi frágil.

— Sé bienvenido a Alejandría, nobilísimo emperador Cneo Pompeyo Magno. Te saludamos, y saludamos tus victorias y declaramos que nos honras con tu presencia aquí esta noche —dijo mi padre.

Tenía una voz agradable, que normalmente sonaba muy bien, pero aquella noche le faltaba fuerza. Debía de estar terriblemente nervioso y, como es natural, eso también me puso nerviosa a mí, pero por él.

Pompeyo contestó, pero su griego tenía un acento tan extraño que apenas pude entenderle. Es posible que mi padre sí lo entendiera, o por lo menos lo fingió. Se intercambiaron más palabras y se hicieron muchas presentaciones por ambas partes. Yo fui presentada —¿o quizá me presentaron a Pompeyo? ¿Cuál era el orden apropiado?— y sonreí, inclinando la cabeza. Sabía que las princesas —¡y no digamos los reyes y las reinas!— jamás se inclinaban ante nadie, pero esperaba que Pompeyo no se ofendiera. Probablemente él no sabía todas estas cosas, siendo de Roma, donde no había reyes.

En lugar de su respuesta anterior —una leve sonrisa—, se inclinó de repente y me miró directamente a la cara con sus redondos ojos azules situados al mismo nivel que los míos.

— ¡Qué niña tan encantadora! —dijo con su extraño griego—. ¿Asisten los

hijos de los reyes a estos acontecimientos ya desde la cuna?

Se volvió hacia mi padre, que parecía turbado. Comprendí que se arrepentía de haberme dado permiso. No quería hacer nada que llamara desfavorablemente la atención.

— No hasta la edad de siete años —contestó mi padre, improvisando rápidamente. Yo aún no había cumplido los siete años, pero Pompeyo no lo sabía—. Creemos que esta edad es el pórtico de la razón...

Haciendo gala de un exquisito tacto, mi padre señaló que las mesas del banquete ya estaban esperando en la sala contigua, casi tan grande como aquella en la que nos encontrábamos en aquel momento, y acompañó al comandante romano hacia allí.

— Qué niña tan encantadora —repitió Berenice, imitando el acento del romano.

— Mira, hay otro —dijo Cleopatra la mayor, indicando a un niño que estaba contemplando nuestro paso—. ¡El banquete se está conviniendo en una fiesta infantil!

Me sorprendió verle y me pregunté qué estaría haciendo allí. Se le veía totalmente fuera de lugar. ¿Se detendría Pompeyo para decirle algo también a él? Afortunadamente, parecía más interesado en llegar hasta la comida de la otra sala. Todo el mundo decía que a los romanos les gustaba mucho comer.

El niño, que vestía al estilo griego e iba de la mano de un hombre barbudo de apariencia griega, debía de ser un alejandrino y nos estaba estudiando, tal como yo había estudiado a los romanos. A lo mejor éramos una curiosidad para él. Nuestra familia no hacía muchas apariciones en público en las calles de Alejandría por temor a los disturbios.

Pasamos lentamente y con gran majestad por delante de él y entramos en la transformada sala en la que íbamos a cenar. Los rayos del sol vespertino estaban cruzando horizontalmente la sala, casi rozando las mesas en las que nos esperaba un bosque de copas y platos de oro. Me pareció un espectáculo mágico, con aquella iluminación tan especial, y a los romanos también se lo debió de parecer, pues empezaron a reírse y a señalar con el dedo.

¡Señalar con el dedo! ¡Qué ordinariéz! Pero lo cierto es que ya me habían advertido que lo harían.

Pompeyo no señaló con el dedo ni tampoco lo hicieron sus acompañantes. Ni siquiera parecía excesivamente interesado, o en todo caso lo disimulaba muy bien.

Ocupamos nuestros lugares; todos los adultos se recostarían y sólo los niños se sentarían en escabeles... y había muy pocos niños. Mi nodriza me había dicho que en Roma tanto los niños como las mujeres se sentaban en escabeles, pero aquí ni la Reina ni las princesas de más edad lo hubieran tolerado. Calculé que serían necesarios más de trescientos triclinios para que se recostaran mil personas y sin embargo cabían todos en aquella espaciosa sala y aún quedaba

sitio de sobra para que los criados pasaran fácilmente entre ellos con las bandejas y los platos.

Mi padre me indicó un escabel, mientras Pompeyo y sus acompañantes se recostaban en los triclinios reservados a los más ilustres comensales. ¿Sería yo la única que se sentara en un escabel? Llamaría tanto la atención como si llevara un letrero. Observé cómo se acomodaban mis hermanas y mi madrastra, alisando delicadamente sus túnicas y colocando un pie debajo del otro. ¡Cuánto me hubiera gustado ser un poco mayor y poder recostarme en un triclinio!

Me sentí tan avergonzada que no supe si podría resistir toda la cena. Justo en aquel momento, mi padre ordenó que el barbudo y el niño se reunieran con nosotros. Vi cómo los mandaba llamar. Comprendí que lo hacía para aliviar mi turbación; siempre se mostraba muy solícito con los demás y parecía intuir sus inquietudes aunque no las expresaran.

— ¡Ah, mi querido Meleagro! —dijo mi padre, dirigiéndose al hombre—. ¿Por qué no te sientas donde puedas aprender lo que más te interese?

El hombre asintió con la cabeza, sin que aparentemente se sintiera cohibido por el hecho de codearse con unos personajes tan encumbrados como nosotros. Debía de ser un filósofo; decían que se tomaba todas las cosas con ecuanimidad. La barba lo confirmaba. Empujó a su hijo hacia delante e inmediatamente le acercaron un escabel. Ahora ya éramos dos. Mi padre debió de pensar que eso aliviaría mi situación, pero en realidad sólo consiguió que llamáramos más la atención.

— Meleagro es uno de nuestros estudiosos —explicó mi padre—. Está en...

— Sí, en el Museion —dijo un romano de rostro cuadrado—. Es el lugar donde tenéis a los estudiosos y a los sabios domesticados, ¿verdad? —Sin esperar la respuesta de mi padre, le dio un codazo en las costillas a uno de sus compañeros—. Viven allí, pero tienen que trabajar para el Rey. Siempre que quiere saber algo, por ejemplo qué profundidad tiene el Nilo cerca de Menfis, llama a alguien para que se lo diga, incluso en mitad de la noche. ¿No es así?

Meleagro se puso tenso y parecía a punto de abofetear al romano.

— No exactamente —contestó—. Es cierto que nos mantiene la generosidad de la Corona, pero nuestro Rey jamás sería tan desconsiderado como para plantearnos unas exigencias tan extravagantes.

— De hecho —dijo mi padre—, lo he traído aquí para que pueda hablar contigo, Varrón. Meleagro está muy interesado en las plantas y los animales insólitos, y tengo entendido que vanos de vosotros los habéis estado estudiando y recogiendo en el Ponto... después de haber echado de allí a Mitrídates, naturalmente.

— Sí —reconoció el hombre llamado Varrón—, queríamos averiguar algo más sobre una supuesta ruta comercial a la India a través del Ponto. Pero Mitrídates no fue el único que se llevó un susto... también nos lo llevamos nosotros debido a unas serpientes de mordedura mortal. Jamás en mi vida había



visto tantas... y de tan variadas clases. ¿Qué otra cosa se puede esperar en un lugar como aquél, situado en los confines del mundo conocido?

— La geografía de allí es desconcertante —terció otro hombre de habla griega. Alguien se dirigió a él llamándolo Teófanés—. Es difícil trazar mapas...

— ¿Tenéis mapas? —preguntó Meleagro con interés.

— Recién hechos ¿Acaso te gustaría verlos?

La cortés conversación siguió adelante de esta misma guisa. El niño sentado a mi lado guardaba silencio y se limitaba a mirar. ¿Qué estaría haciendo allí?

El vino corría generosamente, y la conversación era cada vez más ruidosa y animada. Los romanos se olvidaron de hablar en griego y volvieron al latín. Para uno que no lo entendiera, aquel idioma tenía un sonido muy extraño y monótono. Yo no lo había estudiado. No merecía la pena; no se había escrito nada importante en él y no se tenía ninguna constancia escrita de famosos discursos pronunciados en ese idioma. Otras lenguas como el hebreo, el sino y el arameo eran mucho más útiles. Y últimamente yo había decidido aprender el egipcio, para poder recorrer cualquier lugar de mi país y entender a la gente. El latín podía esperar.

Observé a mis hermanas, que apenas se molestaban en disimular el desprecio que les inspiraban los romanos; cuando la conversación volvió al latín, Berenice y Cleopatra pusieron los ojos en blanco. Yo me preocupé. ¿Y si los romanos lo vieran? Pensaba que teníamos que procurar no ofenderlos.

De pronto sonaron las trompetas y apareció un ejército de criados, como surgido de las paredes, y se llevó las vasijas de oro sustituyéndolas por otras también de oro pero con más incrustaciones de piedras preciosas que las anteriores. Los romanos se las quedaron mirando embobados... que imagino era justo lo que se pretendía.

Pero ¿con qué objeto? ¿Por qué tenía mi padre tanto interés en exhibir nuestra riqueza? ¿Y si despertara en ellos el deseo de apoderarse de ella? Me quedé perpleja. Observé que Pompeyo contemplaba con expresión soñadora la enorme copa que tenía delante, como si estuviera deseando fundirla.

Después oí la palabra «César» en relación con algo que tenía que ver con la codicia y la necesidad de dinero. Creí entender que Pompeyo le estaba diciendo a mi padre —me esforcé mucho por escuchar— que el tal César (quienquiera que fuera) quería adueñarse de Egipto y convertirlo en una provincia romana, siendo así que el país había sido legado en testamento a Roma...

— Pero el testamento era falso —replicó mi padre con una voz tan chillona como la de un eunuco—. Tolomeo Alejandro no tenía ningún derecho a hacer semejante legado...

— ¡Ja, ja, ja! —se rió Pompeyo—. Eso depende de quién lo interprete...

— ¿O sea que tú también tienes intención de ser un sabio? —Teófanés estaba hablando amablemente con el niño que yo tenía a mi lado—. ¿Has venido

con tu padre por eso?

¡Maldición! No había conseguido oír lo que Pompeyo y mi padre estaban diciendo, y era algo sumamente importante. Traté de borrar la voz que hablaba a mi lado pero fue inútil.

— No —contestó el niño, apagando con su voz las que se oían un poco más lejos—. Aunque me interesan la botánica y los animales, me interesa mucho más el más complejo de todos los animales: el hombre. Quiero estudiarlo y por eso seré médico.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó Teófanos, como si realmente le interesara saberlo—. ¿Y qué edad tienes?

— Olimpo —contestó el niño—. Y tengo nueve años. ¡Los cumpliré el verano que viene!

¡Cállate ya de una vez!, le ordené mentalmente.

Pero Teófanos no paraba de hacerle preguntas. ¿Él también vivía en el Museion? ¿Tenía interés por algún tipo especial de medicina? ¿Qué le parecían los *pharmakon*, los medicamentos? Era una manera de combinar el conocimiento de las plantas con la medicina.

— Bueno, sí —estaba diciendo Olimpo—. Quería preguntaros a algunos de vosotros qué sabéis de la «miel loca». Por eso he venido aquí esta noche. O mejor dicho, por eso convencí a mi padre para que me trajera.

La sonrisa de Teófanos se borró como por arte de ensalmo.

— La miel loca, *meli maenomenon*, no se te ocurra decirle nada a Pompeyo a este respecto. Aún está muy apenado. Verás, la región del Ponto Euximo donde Mitrídates ejercía su dominio es conocida por su miel venenosa. Algunos de sus aliados pusieron panales de ella cerca de nuestro camino... nuestros soldados la tomaron y perdimos a muchos. Muchísimos.

Teófanos sacudió la cabeza.

— Pero ¿por qué la comisteis si sabíais que era venenosa?

— No lo sabíamos; lo descubrimos después. Al parecer, las abejas se alimentan de unas azaleas que crecen en aquella región y hay algo en el néctar que envenena la miel. La planta es venenosa; la gente de allí la llama «matababras», «matacorderos» y «destructora de ganado». Es una indicación que no hubiéramos tenido que pasar por alto.

— Pero ¿y las abejas? ¿A ellas no las mata? —preguntó Olimpo.

— Y entonces César trató de que el Senado aprobara una disposición —estaba diciendo Pompeyo— para que Egipto...

— ¡Tú también, amigo mío!

Mi padre meneó el dedo como si la cosa tuviera mucha gracia, no supusiera la menor amenaza, y Pompeyo fuera un gran compañero suyo y no un buitre dispuesto a devorarnos a todos.

Pompeyo esbozó una cautivadora sonrisa.

— Muy cierto, pero...

— No, las abejas son inmunes —dijo Teófanos.

— La miel buena está mezclada con la mala.

Varrón se había incorporado a la discusión. Como no había forma de impedir que tres voces cercanas se impusieran a la lejana conversación, decidí desistir de mi intento de escucharla.

— Al parecer, sólo una parte del panal puede ser venenosa.

— ¿Pero no tiene un aspecto o un sabor distintos? —preguntó Olimpo, utilizando un solemne tono de estudioso.

— Puede presentar un color un poco más rojizo y una consistencia más fluida —contestó Teófanos—, pero las diferencias no son tan acusadas como para que nos inspiraran recelo.

— Una miel elaborada a principios de la primavera —añadió Varrón—. Cuando ataca... ¡te enteras! Los soldados notaron un entumecimiento y un hormigueo, después empezaron a ver luces y galerías subterráneas, se desmayaron, empezaron a vomitar y a delirar... Así lo describieron después los que consiguieron recuperarse. —Varrón hizo una dramática pausa—. Les bajó el pulso y se les puso la piel azulada.

— ¡Oh! —exclamó Olimpo finalmente impresionado, aunque siempre parecía imperturbable.

— ¿Sabes que las tropas de Jenofonte también fueron víctimas de esa miel? ¡Hace cuatrocientos años! Murieron a miles en la misma región. Nosotros los historiadores manejamos todos estos conocimientos —estaba diciendo Varrón—. Y aprovechando que estoy aquí, me gustaría consultar algunos rollos de la famosa Biblioteca, en la que según dicen se alberga todo el conocimiento escrito. ¿No es así? —le preguntó a gritos a mi padre—. ¿No tenéis medio millón de volúmenes en la Biblioteca? —tronó.

Mi padre interrumpió su conversación con Pompeyo... la conversación que yo ansiaba escuchar, a pesar de que lo de la «miel loca» me parecía interesante, aunque no tanto como la cesión de Egipto a Roma. ¿De veras había hecho tal cosa uno de nuestros antepasados? ¡No lo quisiera Isis!

— ¿Qué? —dijo mi padre, ahuecando la mano alrededor de la oreja.

— He dicho que si no tenéis medio millón de rollos en la Biblioteca —le gritó Varrón.

Mis hermanas volvieron a poner los ojos en blanco ante aquella nueva muestra de ordinariez romana.

— Eso dicen —contestó mi padre.

— Sí, es cierto —dijo el padre de Olimpo—. Todos los manuscritos que se hayan podido escribir... o más bien aquellos sobre los que un Tolomeo consiguió

poner las manos.

— ¡Sí, conservamos los originales, y a los propietarios los despachamos con unas copias! —dijo mi padre.

— Ah, las glorias de Alejandría —exclamó Pompeyo, pensando en ellas con una sonrisa en los labios.

— ¿Quieres que mañana hagamos un recorrido, si el nobilísimo Emperador lo desea? —preguntó mi padre.

Antes de que Pompeyo pudiera contestar, otro toque de trompetas anunció un nuevo cambio de vajilla de oro, que se llevó a cabo con gran ceremonia en medio de un fuerte tintineo de copas. Los objetos eran cada vez más ricos y ornamentados.

La cena propiamente dicha dio comienzo con una profusión de platos totalmente desconocidos para mí... y totalmente distintos de los alimentos que se servían a los vástagos reales. Erizos de mar con menta... anguilas asadas con acelgas... bellotas de Zeus... setas y ortigas dulces... queso de oveja frigia... pasas de Rodas... y grandes y dulces uvas de postre... junto con pastelillos de miel. ¡Una elección muy poco afortunada! Pompeyo y los demás los apartaron a un lado; ahora la contemplación y el aroma de la miel no eran de su agrado.

— ¡Pero ésta es de Cos! —les aseguró en vano mi padre.

Hubo también vino, vino y más vino, de distintas variedades para cada plato... vino tinto y blanco de Egipto, el famoso vino de Tasos con perfume de manzana, y el más dulce de todos, el Pramnio de Esmirna.

— Se hace con uvas parcialmente secas —explicó Varrón, relamiéndose mientras tomaba un sorbo—. Eso concentra el dulzor... mmmm... —añadió, volviendo a relamerse.

Como mi vino estaba aguado, yo apenas notaba la diferencia entre uno y otro, pero no obstante asentí con la cabeza.

Ojalá le hubieran aguado también el suyo a mi padre, pues en su nerviosismo, apuró una copa tras otra y muy pronto esbozó una extraña sonrisa y se inclinó sobre Pompeyo con una familiaridad totalmente fuera de lugar. Después —¡jamás lo olvidaré!— decidió pedir su flauta y tocar. ¡Sí! Para agasajar a los romanos, dijo. Y como era el Rey, no hubo nadie que se atreviera a decirle que no lo hiciera, que no debía hacerlo.

Yo hubiera deseado levantarme de un salto y decírselo, pero me quedé paralizada donde estaba. Tuve que ver cómo su sirviente le entregaba la flauta y cómo él se levantaba con gran esfuerzo del triclinio y se dirigía haciendo eses hacia un lugar más despejado desde donde pudiera tocar.

Contemplé el espectáculo aturdida y avergonzada. Los romanos lo miraban estupefactos. Mi padre respiró hondo para llenarse los pulmones de aire y empezó a interpretar sus melodías. A pesar de que el sonido no era muy fuerte, el silencio de la sala era tan grande que todas las notas vibraban en el aire.

Olimpo se volvió a mirarme con pena, pero su mirada era amable, no condescendiente. Hubiera deseado cerrar los ojos y no tener que contemplar el doloroso espectáculo de un rey, tocando como un vulgar músico callejero... o como un mono para su amo.

¡La culpa la tuvo el vino! En aquel momento me juré que jamás me inclinaría ante el vino ni permitiría que me dominara... un juramento que creo haber cumplido a pesar del gran sufrimiento que me han causado Dioniso y sus uvas.

De repente, uno de los romanos recostados en otro triclinio empezó a soltar unas risotadas que ejercieron un efecto multiplicador; el propio Pompeyo no tardó en reírse, y muy pronto toda la sala estalló en sonoras carcajadas. Mi pobre padre las tomó por muestras de aprobación y aplausos e incluso hizo una reverencia. Después —¡me muero de vergüenza al recordarlo!— trenzó una pequeña danza.

¿Qué era lo que me había dicho? «Tienes que comportarte de la mejor manera posible; tenemos que convencerle de que tanto a Egipto como a Roma les conviene nuestra permanencia en el trono.» ¿Cómo era posible que hubiera olvidado su misión y el peligro que corría Egipto? ¿Tan poderoso era el vino?

Mientras mi padre regresaba tambaleándose a su sitio, Pompeyo dio unas palmadas al cojín, como si el Rey fuera un animalillo doméstico.

— Los romanos consideran que la danza es una muestra de degeneración —me susurró Olimpo al oído, inclinándose hacia mí—. Usan nombres muy feos para designar a las personas que danzan.

¿Por qué me lo dijo? ¿Para aumentar mi sufrimiento?

— Ya lo sé —repliqué fríamente, a pesar de que no lo sabía.

«Tenemos que convencerle de que a Egipto le conviene nuestra permanencia en el trono. Nosotros los Lágidas...»

Berenice y Cleopatra la mayor se limitaron a mirar a mi padre sin decir nada; tampoco se podía esperar ninguna ayuda por parte de aquellas representantes de la dinastía de los Lágidas. ¿Por qué no hicieron o dijeron algo para impedirlo?

«Esta noche te tienes que comportar como una princesa... con dignidad..., Qué niña tan encantadora...»

A lo mejor yo podía hacer algo, cualquier cosa, lo que fuera... Al parecer, a Pompeyo le había gustado, me había hecho objeto de su atención...

Me levanté del escabel y me acerqué a él. Estaba apoyado sobre un codo y, al acercarme un poco más, me di cuenta de que el vino también le había hecho efecto. Sus ojos estaban un poco desenfocados y tenía una mirada un poco perdida. Sobre su frente brillaba una ancha cinta dorada que constantemente se acariciaba con los dedos.

— Emperador —le dije, sintiendo mentalmente en mi frente aquella cinta dorada y recordando mi pertenencia a una estirpe real—, en Alejandría hay algo

más que música y una sala de banquetes. Mañana, cuando sea de día, te mostraremos sus maravillas: el Faro, la Tumba de Alejandro, el Museion y la Biblioteca. ¿Te gustará?

En sus labios apareció una torcida sonrisa.

— Una niña encantadora —repitió, como si tuviera grabada aquella frase en el cerebro—. Sí, sí, por supuesto... ¿y tú nos guiarás?

— Mi padre te mostrará el Museion —dijo de pronto Olimpo, levantándose de un salto—. Y yo conozco personalmente al que cuida del Faro...

Meleagro intervino para echar una mano.

— Sí, Varrón tiene mucho interés no sólo por la Biblioteca sino también por el Museion. Me sentiré muy honrado de poder acompañarte...

Así nos apresuramos todos a salvar al Rey... y a Egipto.

AQUELLA noche, Isis, sola en mi cámara cuando mi nodriza me hubo preparado para el descanso apagando todas las lámparas menos una, me acurruqué bajo los cobertores y te dirigí una oración.

«¡Ayúdame! —te supliqué—. Mañana... mañana tengo que borrar lo que se ha hecho esta noche.» Y la verdad es que no tenía ni idea de cómo conseguirlo; ni siquiera sabía por qué había sugerido aquel recorrido. ¿Qué tenía que ver con Pompeyo, con mi padre y con el destino de Egipto? ¿Qué esperaba poder hacer yo, una simple niña? Pero tenía que intentarlo; y para ello recurrí a la ayuda de Isis, mi madre, la todopoderosa...

Me levanté de la cama temblando y contemple la iluminada cúspide del Faro, un espectáculo que siempre me consolaba; desde que yo tenía memoria, la gigantesca torre había llenado parcialmente la vista de mi ventana occidental. Había crecido viéndola cambiar de color a lo largo del día; rosa nacarada al amanecer, inmaculadamente blanca al mediodía, roja a la puesta de sol, azul morada al anochecer y, finalmente por la noche, una oscura columna con el extremo superior ardiendo: el fuego que rugía en su interior, multiplicado por el gran espejo pulido de su linterna. El Faro se levantaba en el extremo de la isla, aunque ahora ya no era una isla pues un largo rompeolas la unía a la tierra.

Sin embargo, jamás había estado en su interior. Sentía mucha curiosidad por saber cómo funcionaba. Su base era cuadrada; a dos tercios de su altura se convertía en octogonal y, más arriba, era redondo. En lo alto se levantaba una estatua de Zeus Soter, la cual giraba siguiendo el movimiento del sol; justo por debajo de la estatua de Zeus brillaba el prodigioso Faro. Su impresionante base estaba rodeada por una columnata de mármol, y a un lado se levantaba el templo de Isis Faria.

Alejandro tiene invierno porque está a la orilla del mar. De diciembre a febrero hace frío, hay tormentas marinas y las calles se llenan de vientos salobres. Los barcos no se hacen a la mar en tales circunstancias, y el Faro se levanta como un centinela sobre los desiertos mares y las embarcaciones amarradas en nuestros soberbios puertos. En otras estaciones preside las grandes travesías que empiezan y terminan aquí; nuestros dos puertos pueden albergar más de mil barcos.

Mañana el Faro y yo intentaremos divertir a los romanos, engatusarlos y complacerlos.

Me desperté sorprendentemente ansiosa de iniciar la aventura, en parte porque sería una oportunidad para que yo pudiera ver cosas por las que sentía curiosidad. A pesar de que era una princesa real y cualquiera hubiera podido pensar que tenía toda la ciudad de Alejandro a mi disposición, me pasaba la mayor parte del día confinada en el recinto de palacio y sus numerosos edificios.

Venían visitantes de todo el mundo para admirar nuestra ciudad de blancos mármoles cuyo brillo contrastaba con el azul aguamarina del Mediterráneo, pero nosotros, los hijos del Rey, la veíamos menos que nadie. Cierto que lo que divisábamos desde nuestra privilegiada situación era muy hermoso. Lo primero que veía desde mi ventana era el Faro, que se levantaba como un pálido dedo al amanecer, con las olas rompiendo contra su base. Más cerca de mí veía el puerto oriental, rodeado por unas anchas gradas que bajaban al agua en la que uno se podría adentrar para buscar conchas marinas. Y en el recinto del palacio se levantaba el pequeño templo de Isis, construido de cara al mar, donde el viento soplaba entre las columnas y susurraba alrededor de la estatua en su sagrario.

Los jardineros de palacio cultivaban una inmensa variedad de flores —rojas amapolas, azules acianos, rosas escarlata—, que destacaban contra la deslumbrante blancura de los edificios. Por todas partes había estanques llenos de flores de loto blancas y azules, de tal manera que el perfume de todas las flores se mezclaba en un aroma especial imposible de describir. Lo hubiéramos podido llamar la «Fragancia de los Lágidas». Si se hubiera podido embotellar, habría alcanzado un elevado precio en los mercados, pues era embriagador y refrescante a la vez: la fresca brisa marina impedía que el perfume de las flores fuera demasiado empalagoso.

Los edificios del palacio eran muy variados pues se habían construido a lo largo de mucho tiempo. Los más impresionantes de todos ellos tenían pavimentos de ónix o alabastro y paredes de ébano. El interior era un festín de riquezas tan extraordinarias como las que hubiera podido ofrecer el mejor mercader: asientos adornados con jaspe y cornalina, mesas de marfil labrado, escabeles de madera de cedro. Unas colgaduras de púrpura de Tiro con adornos de oro cubrían las paredes de ébano... las riquezas se amontonaban unas sobre otras. Nuestras sillas estaban cubiertas con sedas de Extremo Oriente llegadas a través de la India, y en los relucientes suelos se reflejaban los esclavos que se elegían por su belleza física.

No me hubiera hecho falta traspasar aquellos límites, pero cuando una crece rodeada de todas estas cosas, no les da ninguna importancia. Lo que más despertaba mi curiosidad eran las casas y las gentes del exterior. Siempre anhelamos lo prohibido, lo que no está a nuestro alcance, lo exótico. Para la joven princesa Cleopatra, lo vulgar era más atractivo. Ahora actuaría como guía de aquellos lugares para los romanos, aunque en realidad también eran nuevos para mí.

Un número alarmante de romanos había decidido efectuar el recorrido. Hubo que sacar los carros y casi todos los caballos de las caballerizas reales. Meleagro y Olimpo llegaron muy temprano, visiblemente nerviosos; también apareció mi padre, muy avergonzado. Meleagro había solicitado la presencia de algunos de sus compañeros del Museion. Nos guiarían los Guardias Macedonios, que al mismo tiempo actuarían de discretos guardaespaldas.

Agradecí la compañía de Olimpo, que al parecer conocía muy bien la ciudad y me echaría una mano durante el recorrido. Lo sabía todo porque era un



ciudadano griego libre y no un miembro de la casa real, y había sacado el máximo partido de sus correrías por la ciudad.

Yo ocupaba el gran carro ceremonial al lado de Pompeyo; Olimpo estaba a mi lado, y mi padre, con la cara un poco verdosa, se agarraba a la barandilla. Detrás iban todos los demás, y el conductor del carro era el capitán de la guardia.

Cuando abandonamos el recinto de palacio y salimos ruidosamente a las anchas calles, la gente prorrumpió en aclamaciones. Me alegré de que fueran vítores amistosos; en Alejandría nunca se sabía. Nuestro pueblo era muy voluble, y rápidamente podía revolverse contra nosotros. Pero ahora la gente sonreía y parecía contenta de poder ver a sus gobernantes. Sin embargo, en cualquier momento les podía sentar mal la visión de tantos romanos. Mi padre y yo saludamos con la mano, y yo me alegre que nos llamaran y nos arrojaran flores. Después oí que llamaban a mi padre por su apodo de Auletes, es decir, el flautista, aunque lo decían con cariño.

Bajamos por la ancha calle de mármol que conducía a la Tumba de Alejandro. Estaba flanqueada por unas anchas columnatas que le conferían el aspecto de un hermoso templo. En la confluencia de aquella calle, que discurría de norte a sur, con la larga calle que discurría de este a oeste, el Camino Canópico, se levantaba la Tumba de Alejandro. Nuestra primera parada.

Todos los que visitaban la ciudad rendían tributo a la Tumba de Alejandro; era un lugar sagrado. El mismo había trazado el plano de la ciudad y le había impuesto su propio nombre, confiriéndole con ello una parte de su magia.

Hasta los ruidosos y bromistas romanos guardaron silencio mientras nos acercábamos. Allí yacía el Invencible, en su sarcófago de cristal... ¿Cómo no sentirse intimidado en su presencia?

Yo sólo había estado allí una vez y lo recordaba como un lugar aterrador, en el que se bajaba a una oscura cueva rodeada de lámparas de vacilante llama en cuyo centro yacía el cuerpo momificado con su armadura de oro, deformado por el sarcófago de cristal que lo rodeaba.

Olimpo me dio unas explicaciones en voz baja mientras caminábamos.

— Fue conducido aquí en lugar de llevarlo a Siwa... conservado con miel... fundieron el sarcófago de oro una vez que escaseaba el dinero... Los sacerdotes de Menfis se negaron a enterrarlo, diciendo que dondequiera que estuviera enterrado jamás habría paz...

— ¿Y tú cómo sabes tantas cosas? —le pregunté en un susurro.

— No sé tantas como quisiera —me contestó, como si pensara que mi pregunta era muy ingenua.

Pompeyo estaba contemplando la figura yacente. Sus redondos ojos parecían todavía más redondos. Le oí musitar algo en latín en un tono que me sonó muy humilde.

— Quiere ser el nuevo Alejandro —me susurró Olimpo al oído—. Le han

dicho que se parece a él; y lleva su mismo peinado.

Mal asunto; Alejandro había conquistado Egipto.

— ¡Pues no se parece a él! —dije yo.

— Y la gente hace constantemente comparaciones —dijo Olimpo—. Alaban su juventud y le llaman Magno, el Grande... ¡el único romano al que se le ha otorgado semejante título! Y eso que sólo tiene veintiséis años. Pero dicen —añadió, inclinándose hacia mí y hablándome tan bajito que apenas podía oírle— que él mismo se ha puesto el título... y que ha obligado a Sila a que se le permita tener un triunfo en Roma, es decir, una entrada triunfal.

Pompeyo seguía contemplando con adoración a su ídolo.

Yo me acerqué a él y le dije (¿por qué se lo dije?, ¿acaso tú me inspiraste las palabras, Isis?):

— Por mis venas corre la sangre de Alejandro. Los Lágidas pertenecemos a su familia.

Pompeyo pareció despertar de su ensoñación.

— Pues entonces eres muy afortunada, princesa —me dijo.

— Él nos guardará y guardará la ciudad que lleva su nombre para su eterna gloria —dije—. Él es nuestro protector.

A mi espalda, mi padre se estaba retorciendo las manos con impotencia.

Pompeyo me miró con la cara muy seria.

— Tiene en ti a una noble defensora —dijo finalmente.

Después nos dirigimos al Museion —así llamado en honor de las nueve musas del pensamiento creador—, donde los romanos efectuaron un minucioso recorrido, fueron presentados a los principales sabios y éstos les mostraron las salas de lectura. A continuación nos trasladamos a la Biblioteca, la más grande del mundo, con su inmenso inventario de rollos. Tolomeo II había iniciado la colección, y cada uno de sus sucesores la había ampliado.

Nos recibió Apolonio, el bibliotecario principal.

— Mi altísimo Rey, princesa, nobles magistrados romanos —dijo, inclinándose en una profunda reverencia. Casi me pareció oír el crujido de sus viejos huesos—. Permitidme mostraros este templo de la palabra escrita.

Nos acompañó cruzando varias salas de techos muy altos, todas ellas unidas entre sí como los eslabones de una cadena. La luz natural penetraba a través de toda una serie de ventanas que rodeaban el perímetro de la sala, justo por debajo del techo. Sobre el suelo estaban dispuestas varias mesas y varios bancos de mármol, en los que lectores de todas las nacionalidades permanecían inclinados sobre los rollos abiertos. Vi al griego con su túnica, al árabe con sus voluminosos ropajes, al judío con su manto y su capucha, al egipcio de pecho desnudo y falda de cuero. Todos levantaron la vista sobresaltados cuando entramos.

Nos siguieron con sus cabezas mientras cruzábamos la sala, volviéndose como girasoles antes de bajar de nuevo la vista sobre sus manuscritos. Después nos hicieron pasar a un lugar que parecía una sala privada, aunque en realidad era una de las salas de almacenamiento de la Biblioteca. Las paredes estaban cubiertas de anaqueles con unos rótulos de identificación de los rollos, a intervalos regulares. Parecía una colmena en la que cada uno de los rollos fuera una celda. De las borlas de los rollos colgaban unos marbetes de madera con los nombres.

— O sea que así es cómo se organizan —dijo Pompeyo, examinando un marbete que decía «Heraclides de Tarento.»

— Medicina, emperador —dijo Apolonio.

A su lado, otro marbete rezaba: «Herófilo de Calcedonia.»

— El maestro indiscutible de la medicina alejandrina —explicó Apolonio con orgullo.

— De eso hace doscientos años —dijo Olimpo en voz baja—. Hay escritos más recientes.

— Todo está aquí —añadió Apolonio, abarcándolo orgullosamente con un gesto de la mano. Los manuscritos eran sus hijos—. Las obras que constan de varios rollos están en estos cestos del suelo, con los rótulos en las asas del cesto.

Pompeyo se mostraba visiblemente impresionado.

— Vuestra organización es un ejemplo para quienes tenemos archivos y documentos que guardar —dijo.

Los romanos empezaron a examinar los rollos, y el ruido que se produjo me dio la oportunidad de preguntarle al omnisciente Olimpo:

— ¿Qué es este asunto del testamento que cede a Roma unos derechos sobre Egipto? Quise enterarme anoche, pero no parabas de hablar...

A ver si era capaz de decírmelo.

— Bueno —dijo Olimpo, deteniéndose un instante para pensarlo—. Fu tío abuelo Alejandro X —me susurró— hizo un testamento en el que cedía Egipto a Roma. ¡Y ahora los romanos reclaman su cumplimiento! Pero nadie está seguro de si lo hizo realmente o, en caso de que lo hiciera, de si tiene validez legal o no.

— ¿Por qué no lo leen y lo comprueban?

Me parecía la manera más fácil de averiguarlo.

— Al parecer, el testamento ha desaparecido misteriosamente —contestó Olimpo, arqueando las cejas—. Qué cómodo, ¿verdad?

¿Para nosotros o para ellos?, me pregunté.

De repente cesó el crujido de rollos a nuestro alrededor y tuvimos que interrumpir la conversación.

Al salir de la Biblioteca acompañamos a los romanos a echar un rápido vistazo al Gymnasion, donde se entrenaban nuestros atletas. Y finalmente nos

dirigimos al Faro.

— ¡Sed bienvenidos! —El farero nos estaba esperando en la entrada abierta—. Rey Tolomeo, princesa Cleopatra, venid a mostrarle al emperador Pompeyo lo que vuestro glorioso antepasado Tolomeo Filadelfo construyó hace más de doscientos años.

Una vez dentro, el farero nos mostró el inmenso almacén de combustible; parecía una montaña y ocupaba toda la estancia.

— El fuego tiene que arder día y noche y eso consume leña, estiércol, papiro y carbón... cualquier cosa que pueda arder. Almacenamos todo el combustible aquí y después lo subimos hasta cuatrocientos pies de altura en estos cestos. —Nos indicó con un gesto de la mano que lo acompañáramos a un pozo central, en el que colgaban unas cuerdas que se perdían hacia arriba como si llegaran hasta el cielo—. Hay una escalera que sube alrededor de todo el perímetro —nos explicó.

— ¿No podríamos subir en estos cestos? —preguntó Olimpo.

— No —contestó el farero—. Saldríais justo al lado del fuego y, aunque no fuera así, yo no confiaría el orgullo de Egipto y de Roma a una cuerda desgastada.

La subida hasta arriba sería muy larga. Había ventanas en todas las paredes. Mientras subíamos en una incesante espiral, vi que el puerto era cada vez más pequeño y los barcos empezaban a parecerse a los de juguete que utilizaban los niños para navegar en los estanques de los lotos. A medida que íbamos subiendo, la ciudad de Alejandría se extendía más allá del puerto; al final, ya muy cerca de la cúspide, pude ver más allá del Hipódromo las afueras de la ciudad y hacia el este, casi al fondo de todo, la hermosa ciudad de Canopo, donde terminaba aquel brazo del Nilo.

Me dolían las piernas y me faltaba la respiración cuando por fin cubrimos la última vuelta de la escalera y salimos a la parte superior. El farero estaba esperando, enmarcado por el fuego de su almenara, que rugía a su espalda enroscándose como las serpientes del cabello de la Medusa mientras el ruido del tiro de las llamas combinado con el viento del exterior sonaba como un inmenso aullido. Detrás pude ver algo que brillaba y parpadeaba, y enseguida apareció un esclavo envuelto en cuero mojado. Estaba haciendo girar un escudo de bronce tan pulido como un espejo, que se deslizaba por un surco alrededor del perímetro del fuego para que éste se reflejara y se pudiera ver desde muy lejos en el mar. El escudo también recibía y reflejaba los rayos del sol, aumentando con ello el resplandor. Decían que el resplandor de la almenara se podía ver desde una distancia de trescientos estadios, pero desde tan lejos parpadeaba como una estrella y podía confundirse fácilmente con una de ellas.

El fuego era un monstruo que apenas se podía dominar. Sólo entonces me di cuenta de que el maestro del faro vestía una gruesa armadura de cuero y llevaba un yelmo bajo el brazo —que evidentemente se había quitado en nuestro honor—, con un velo de tela metálica para la cara. Conocía a su monstruo y llevaba un atuendo especial para protegerse. A pesar del calor, el viento que

soplaba en lo alto impedía que se desmayara.

— Había oído decir que tenías una lente de vidrio —dijo Olimpo.

— ¿Y eso cómo sería posible? El calor fundiría el vidrio —dijo Pompeyo.

— En cierta ocasión intentamos hacer una —dijo el maestro del faro—, pero no pudimos conseguir un trozo de vidrio lo bastante grande como para cumplir nuestro propósito. Sin embargo, la idea sería excelente. Si pudiéramos amplificar la luz que tenemos ya no sería necesario un fuego tan grande, y además el calor no fundiría el vidrio, a no ser que éste se arrojara directamente a las llamas.

— A mí me parece que si tuviéramos una lente —dijo Olimpo— podríamos utilizar la luz del sol en lugar del fuego.

— Eso estaría muy bien de día, Olimpo —dijo su padre— pero ¿y de noche?

Aunque todo el mundo se echó a reír, Olimpo insistió.

— Los barcos no navegan de noche.

— Pero navegan cuando está nublado —dijo Meleagro—. Y se quedan atrapados en los temporales. Entonces tu lente solar no les serviría de nada.

Barcos... navegación... la idea de estar en el agua me ponía nerviosa. El solo hecho de caminar por el rompeolas para dirigirnos al Faro me había costado un gran esfuerzo. Odiaba el agua por culpa del doloroso recuerdo de la embarcación y de mi madre. Pero estaba obligada a vivir a la orilla del mar y a verlo cada día. Aún no había aprendido a nadar y evitaba las embarcaciones todo lo que podía. Hasta los pequeños estanques de los lotos de palacio me parecían amenazadores. No quería que me llamaran cobarde si se daban cuenta de la aversión que sentía por al agua.

— Tu ciudad es muy hermosa —dijo Pompeyo, volviéndose muy despacio para contemplar todo el panorama—. Blanca... bella... apacible y culta...

— Nadie podría amarla tanto como yo la amo —dije de repente. Pensé que eran las palabras más adecuadas, justo las palabras que venían al caso—. La conservaremos para ti, y siempre te estará esperando.

Bajó los ojos para mirarme con una sonrisa en los labios.

— Sé que lo harás, princesa —me dijo—. En tus manos está a salvo.

¿Fue entonces cuando sentí —o descubrí— el extraño poder que ejerzo en los encuentros personales? No hago nada extraordinario, no digo ninguna palabra especial, pero al parecer tengo la habilidad de atraer a las personas y cautivarlas. No sé cómo. Y el efecto sólo se produce en persona. En las cartas no poseo ninguna magia especial. En cambio, cuando veo a alguien y le hablo tengo poder de persuasión. No sé el motivo. Debe de ser un don que me ha otorgado Isis, que siempre ha sido mi protectora. Y sólo ella sabe hasta qué extremo he intentado usar este don para doblegar el mundo a mis deseos y salvar Egipto de la destrucción a manos de Roma.

Afortunadamente, los romanos se fueron al día siguiente, aunque no sin antes haberle arrancado a mi padre más dinero y ayudas para sus campañas. Pero se habían ido, estaban lejos... y Egipto se había salvado. Pompeyo y su séquito zarparon para proseguir su lucha política en Roma. Esperaba no volver a verle jamás, ni a él ni a ningún otro romano.

Sin embargo, nuestro destino parecía inextricablemente unido al de Roma. Tres años después, un romano que se encontraba de visita entre nosotros mató accidentalmente a un gato, un animal sagrado para los egipcios. La población de Alejandría se soliviantó y quiso matarlo. Toda la ciudad estaba alborotada. Nuestra guardia hizo todo lo posible por protegerlo y calmar los ánimos de la multitud. Hubiera bastado un incidente como aquél para provocar la intervención de Roma, lo cual era una amenaza constante.

Durante aquellos años vinieron al mundo mis dos hermanos menores. Ambos se llamaban Tolomeo; si las mujeres de nuestras familias tienen pocos nombres entre los que elegir, los varones aún tienen menos. Entre Cleopatra la mayor y Tolomeo el mayor había una diferencia de dieciocho años, y el mismo número de años separaba a Berenice de Tolomeo el menor. ¿Estaría previsto que se casaran? La idea se me antojaba extraña.

Puesto que Isis, la más egipcia de las divinidades, se había casado con su hermano Osiris, a lo largo de nuestro proceso de conversión en egipcios —es decir, de convertirnos en la casa real de Egipto, a pesar de que por linaje éramos de pura cepa greco—macedonia—, los Lágidas adoptamos algunas de las antiguas costumbres egipcias que a otros les parecían escandalosas. Entre estas costumbres figuraban las bodas entre hermano y hermana, tal como solían hacer los antiguos faraones. Y así, por ejemplo, mi padre y mi madre eran de hecho medio hermanos, y yo me vi obligada a casarme con mis hermanos, aunque sólo fue un matrimonio formal.

A lo mejor ya era hora de que buscáramos a nuestros consortes en otras casas reales. La diferencia de edad en aquella generación era demasiado grande como para que siguiéramos practicando la antigua costumbre.

Después todo mi mundo cambió, y una vez más la culpa la tuvieron los romanos. Al final mi padre había logrado que se olvidara la cuestión del dudoso testamento y que Roma lo reconociera como rey indiscutible de Egipto. Le había costado seis mil talentos, es decir, todos los ingresos anuales de Egipto. Y los tuvo que pagar a los tres gobernantes oficiosos aunque efectivos de Roma, Pompeyo, Craso y César. A cambio, ellos lo habían reconocido como rey y le habían otorgado el título oficial de *Socius Atque Amicus Populi Romani*, Aliado y Amigo del Pueblo Romano, lo cual significaba que nos reconocían como estado soberano y que respetarían nuestras fronteras. El precio había sido muy alto, pero de no haberlo pagado lo hubiera sido todavía más, tal como mi tío descubrió.

Mi padre tenía un hermano también llamado Tolomeo (menudo aburrimiento) que gobernaba en Chipre. En otros tiempos, nosotros habíamos controlado vastos territorios, pero los habíamos ido perdiendo progresivamente a lo largo de las generaciones. Unos treinta años atrás, otro Tolomeo, un primo —

dotado de menos espíritu de lucha que nosotros—, había cedido a Roma en testamento la provincia de la Cirenaica, que incluía la isla de Chipre y la franja costera africana. A su muerte, Roma se apoderó de ella, pero dejó Chipre, que formaba parte del territorio, en manos de nuestros primos. Así pues mi tío Tolomeo siguió gobernando allí hasta que los romanos decidieron anexionarse la isla. Mi tío no tenía suficiente dinero para disuadirlos de su propósito y no pudo impedir la anexión. Le ofrecieron el alto sacerdocio del templo de Artemisa de Éfeso —una especie de honroso retiro—, pero él prefirió quitarse la vida.

Aquel hecho nos entristeció profundamente, pero la población de Alejandría se volvió contra mi padre por lo ocurrido. Además, la gente estaba furiosa por los elevados pagos que se tenían que hacer a Roma y por la falta de apoyo de mi padre a su hermano. Muchos pensaban que mi padre lo hubiera podido salvar, aunque nadie sabía de qué manera. ¿Acaso hubiera tenido que enfrentarse con las legiones romanas? La causa era desesperada, pero resultaba conmovedor que los alejandrinos nos atribuyeran más poder del que realmente teníamos.

¡Sin embargo, mi padre tuvo que huir! Su propio pueblo lo expulsó del trono y lo envió a Roma como si fuera un mendigo. La noche de su huida acudió a mis aposentos con la mirada perdida y la mente trastornada.

— Me voy a medianoche —me dijo—. Espero regresar dentro de dos meses con el apoyo de unas legiones.

¿Cómo se podía ir? ¿Quién gobernaría Egipto? Como si leyera mis pensamientos, añadió:

— Mis ministros se encargarán de las tareas de gobierno. Y no estaré ausente mucho tiempo... justo el suficiente para conseguir la ayuda militar que necesito.

— Pero si los romanos se presentan aquí con sus tropas..., ¿crees que se volverán a ir?

Para entonces yo había estudiado lo suficiente como para saber que, cuando alguien pedía «ayuda» a los romanos, éstos se quedaban.

— No tengo otra alternativa —me dijo tristemente—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Me tienen que apoyar... ¡tienen que hacerlo, aunque sólo sea para recuperar todo el dinero del soborno! —Soltó una amarga carcajada—. Tienen muchos intereses adquiridos que les obligan a mantenerme en el trono.

Todo aquello me parecía horrible. Sentí que me invadía una oleada de vergüenza. Pero ¿acaso hubiera sido preferible un suicidio como el de mi tío? ¡Qué opciones tan crueles y humillantes nos obligaban a plantearnos los romanos!

Y de este modo mi padre se fue a Roma para pedir protección y que lo restituyeran en el trono.

EN ausencia de mi padre. Alejandro Magno se convirtió en mi amigo. Puede resultar extraño que una momia se convierta en amiga de alguien, pero yo estaba desesperada. Tenía once años, y a medida que pasaban los días sin que mi padre volviera empecé a temer por él y por Egipto.

Día tras día descendía a la cripta bajo la resplandeciente cúpula de mármol blanco del Soma y contemplaba al Conquistador en su féretro de alabastro. Cada día ocurría lo mismo: Cuando llegaba al pie de los peldaños y lo miraba, las vacilantes llamas de las velas que lo rodeaban hacían que, por un instante, aquel lugar pareciera el cielo nocturno al revés. Y en medio de las estrellas, cual si fuera el sol, yacía Alejandro el Macedonio. Me acercaba muy despacio, y cuando llegaba a él me lo quedaba mirando fijamente un buen rato.

Me apresuro a decir que no parecía que estuviera vivo. Más bien semejaba una estatua pintada, y sus facciones estaban muy rígidas. Lucía un reluciente peto pero no llevaba yelmo, su cabello dorado no se había descolorido y mantenía las manos cruzadas sobre el pecho.

— ¡Oh, Alejandro —le decía en un susurro—, te suplico que contemples a tu descendiente terrenal! Todos los demás han sido engullidos por Roma. Hasta mi padre está allí, implorándoles que lo mantengan en el trono. ¡Nos hemos convertido en inquilinos de nuestro reino y nuestro trono, y Roma es nuestra casera! ¿Qué estarás pensando tú de todo eso, poderoso Alejandro? ¡Ayúdanos! ¡Ayúdanos a salir de este peligro! ¡No permitas que caigamos en las fauces romanas!

Pero él jamás contestaba, por supuesto; se limitaba a permanecer serenamente tendido. Sin embargo, el hecho de encontrarme en su presencia me consolaba. También él se había enfrentado con grandes dificultades y las había superado.

El hecho de salir de nuevo a la deslumbradora luz del sol y regresar del país de los muertos al de los vivos siempre me resultaba un poco extraño. La tumba se levantaba en la encrucijada de nuestra ciudad, en el lugar donde el ancho Camino Canopio que atravesaba toda la ciudad de este a oeste se cruzaba con la calle del Soma, que discurría desde el lago sureño de Mareotis hasta el mar del norte. Siempre que contemplaba aquella ancha avenida con sus columnatas de mármol que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, sabía que aquello no se podía perder, que mi padre tenía que hacer cualquier cosa que estuviera en sus manos para conservarlo.

En su ausencia, la gente seguía despotricando contra él. ¿Cómo había podido permitir que los romanos se apoderaran de Chipre? ¿Qué suerte de cobarde era?

El culpable de todo era aquel inútil y lastimoso rey, el llamado Auletes por



su afición a la flauta y la música. Al principio, era un apodo cariñoso, otorgado con indulgente afecto, pero ahora se había convertido en un insulto.

El pequeño flautista borrachín... el miserable cobarde... el músico afeminado que apestaba a vino... éstos eran los epítetos que yo escuchaba cuando iba y venía del Soma. En otros tiempos, el pueblo disfrutaba con los festejos que él les ofrecía en honor de Dioniso, pero ahora se burlaban de él. Se habían bebido de buena gana su vino, pero tenían muy mala memoria. Los que dicen que no sé cómo serían las burlas de la multitud en Roma están muy equivocados. Sé muy bien lo que son las burlas de la multitud.

Siempre era un alivio regresar al recinto de palacio. (¿Habría sentido alivio Alejandro? ¿Se habría avergonzado de lo que yo hacía?) En el interior del palacio siempre me veía rodeada de respeto y de paz... al menos en apariencia. Siempre fue así, hasta el día en que regresé de la tumba de Alejandro y descubrí que había estallado una revuelta.

Todo ofrecía el mismo aspecto de costumbre. Nada me permitía sospechar que se hubiera producido un cambio. Los jardineros estaban ocupados en sus tareas, regando y podando; los criados se hallaban limpiando las gradas de mármol del edificio principal, el de la cámara de las audiencias y la sala de los banquetes, con lentos y lánguidos movimientos. Al pasar por allí para dirigirme al edificio más pequeño donde vivían los vástagos reales, un guardia de elevada estatura me gritó en un tono grosero y perentorio:

— ¡Alto!

Me miró enfurecido, bloqueando la entrada de mis aposentos.

Lo reconocí; era uno de los que no cumplían demasiado bien sus deberes de vigilancia. Ahora me miraba con rabia. Nadie me había hablado jamás en aquel tono.

— ¡No puedes entrar! —me gritó.

— ¿Qué quieres decir? —le pregunté.

¿Acaso había algún peligro allí dentro? ¿Un incendio tal vez? ¿Algún animal suelto? A lo mejor una de las panteras de mi hermana se había soltado de la correa y se había escapado.

— Hasta que se compruebe tu lealtad, tengo órdenes de detenerte. ¿Dónde te habías metido? Nadie te encontraba.

Se adelantó hacia mí, pero no se atrevió a tocarme: nadie estaba autorizado a poner las manos sobre un miembro de la familia real.

— ¿Mi lealtad? ¿Mi lealtad a quién? ¿A qué? —Todo aquello me parecía muy raro—. He estado en la Tumba de Alejandro, que siempre he tenido la libertad de visitar.

Mientras lo decía, me di cuenta de que no podía demostrarlo porque siempre iba sola.

— ¡Tu lealtad a los nuevos gobernantes! —me contestó bruscamente.

¿Los nuevos gobernantes? ¿Acaso los romanos se habían adueñado del poder? ¿Habrían desembarcado de sus barcos de guerra? ¿Nos habrían invadido las tropas? Pero yo no había visto disturbios ni tumultos por las calles y —miré rápidamente hacia el puerto— allí no había ningún barco extranjero.

— No lo entiendo —me limité a decir.

No se me ocurría otra cosa. Pero me moría de miedo por mi padre.

— Las hijas del antiguo Rey han sido elevadas a la soberanía —me dijo—. Ven a rendirles homenaje. Están esperando.

¡Mis hermanas! Mis hermanas, aprovechando la ausencia de mi padre y su impopularidad, se habían adueñado del poder. Ahora tuve miedo por mí. Hubieran podido deshacerse de mí junto con Arsinoe y los niños, y nadie lo hubiera impedido. Podrían hacerlo rápidamente por la mañana, antes de que se corriera la voz por la ciudad. Era una vieja costumbre de los Lágidas... asesinar a los rivales, a los hermanos, al padre, la madre, los hijos.

— ¡O sea que te niegas! —dijo el guardia, dando otro paso al frente y haciendo ademán de desenvainar la espada.

A lo mejor tenía orden de acabar conmigo en caso de que yo diera muestras de la más mínima vacilación. O a lo mejor acabaría conmigo de todos modos... porque no había ningún testigo. Miré rápidamente a mi alrededor y vi que los criados aún estaban limpiando las gradas. Vieran lo que vieses, no dirían nada. No podía esperar la menor ayuda de ellos.

— No... —¿Cuánto tiempo debí de permanecer allí, pensando? Me parecieron muchos momentos, pero esto era imposible. Recé inmediatamente a Isis, pidiéndole que me ayudara—. No, no, de ninguna manera. Soy su obediente hermana, ahora y siempre.

— Pues demuéstrole entonces.

Llamó por señas a otro guardia para que ocupara su lugar mientras él me acompañaba al edificio principal... sin atreverse a tocarme, pero caminando tan cerca de mí que su actitud resultaba todavía más amenazadora que si lo hubiera hecho. Traté de disimular mi temor.

Me acompañaron a una de las salas más espaciosas del palacio, una sala que mis hermanas debían de considerar adecuada para su nueva condición, pues era la que utilizaba mi padre para recibir en audiencia. Permanecí de pie delante de las puertas adornadas con carey de la India y esmeraldas incrustadas, pero aquel día su magnificencia no me impresionó. Las puertas se abrieron lentamente y entré en la estancia, cuyo techo estaba adornado con calados e incrustaciones de oro. Al fondo estaban Cleopatra y Berenice sentadas en unos asientos incrustados de piedras preciosas, en la misma postura de las estatuas de los faraones. Pero a mí no me parecían ni reinas ni faraones sino tan sólo mis hermanas, como siempre.

— Princesa Cleopatra —dijo Berenice—, hemos sido elevadas al honor del trono. Ahora nos llamamos Cleopatra VI y Berenice IV, reinas del Alto y del Bajo

Egipto. Deseamos proclamarte nuestra muy querida hermana y amada súbdita.

Procuré hablar con calma y que no me temblara la voz.

— Pues claro que sois mis amadísimas hermanas y yo vuestra más leal hermana.

No quería pronunciar la palabra «súbdita» a no ser que me obligaran a hacerlo, pues sabía que era una traición a mi padre. ¿Se darían cuenta de que la había omitido?

— Aceptamos tu lealtad —dijo Berenice, hablando en nombre de las dos—. El pueblo ha hablado. Ha manifestado su deseo. No quiere el regreso de nuestro padre el Rey; no lo aceptará en caso de que vuelva. ¡Pero no es probable que lo haga! Los romanos no lo volverán a sentar en el trono porque, al parecer, una de sus profecías lo prohíbe; algo así como que «en ninguna circunstancia se deberán utilizar las armas para sentar de nuevo en el trono al Rey egipcio, aunque se le podrá recibir con cortesía». Y eso es lo que han hecho: lo han mimado y han organizado festejos en su honor, pero nada más. Ah, y encima se han llevado su dinero. Debe tanto dinero a los prestamistas romanos que nuestro país se arruinaría si alguna vez volviera.

— Eso ha hecho. ¿Así se manifiesta el amor al propio país? Se hacía llamar Filopátor, «amante de su padre», ¿o de su patria tal vez?, ¡pero nos ha vendido a los romanos! —gritó Cleopatra la mayor en tono de profunda indignación—. ¡Egipto para los egipcios! ¡Nosotros cuidaremos de nuestros propios asuntos! ¿Por qué pagar a Roma para que nos dé un rey, teniendo a nuestra disposición reinas de balde? Yo seré la reina de ciertos distritos, especialmente del Alto Egipto, y Berenice será la reina del Medio Egipto y del Oasis de Moeris —añadió—: Iniciaremos las negociaciones para las bodas.

— Tenemos hermanos —apunté yo, tratándole ser servicial—. ¿Acaso nosotros los Lágidas no nos casamos dentro de nuestra propia familia?

Ambas se echaron a reír al unísono.

— ¿Esos dos chiquillos? ¡Uno tiene tres meses y el otro es un niño de pecho! Pasará mucho tiempo antes de que puedan engendrar herederos. Necesitamos hombres en nuestros lechos —dijo Berenice.

— Casarse con un niño de pecho sería como casarse con un eunuco —dijo Cleopatra, soltando una cruel carcajada. Se detuvo y añadió con intención—: Ah, lo había olvidado; a ti te gustan los eunucos.

— Ocúpate de ellos y de tus caballos —dijo Berenice en tono condescendiente, apoyando las manos sobre los brazos de jaspe de su asiento—. No te mezcles en los asuntos de Estado y todo irá bien. ¿Tienes todavía tu caballo?

— Sí —contesté.

Mi caballo, un blanco corcel árabe, era mi mejor y mi más fiel amigo a aquella edad. Mi caballo me ayudaba a alejarme de mí misma y del palacio y a

perderme en el desierto.

— Pues sigue con él. Monta, caza y estudia. No te preocupes por las cosas que no te incumben. Obra así y prosperarás. Queremos ser benévolas con todos los que sean benévolos con nosotras.

— Sí, Reinas —dije.

Después incliné la cabeza, pero no hice una reverencia ni caí de rodillas. En cuanto a lo de llamarlas reinas, no se podía considerar una traición. ¿Acaso los hijos del Rey no se consideraban dioses? ¿Y acaso los dioses no son reyes? Procuré no perder la calma y me retiré.

Pero una vez en la seguridad de mis aposentos, me estremecí de angustia y temor. Se habían enfrentado a su propio padre, se habían apoderado del trono. Habían cometido el más abominable de los pecados; era la maldición de los Lágidas. Su sangre las impulsaba a hacerlo. Procedíamos de un sanguinario y mortífero linaje en el que se habían dado unas matanzas familiares capaces de repugnar al mundo. El hermano mataba al hermano, a la esposa, a la madre... era un legado espantoso. Yo me había enorgullecido de que nuestra generación fuera más delicada. Ahora comprendía que me había engañado.

¡Mi padre! Mi padre había sido depuesto por sus propias hijas. ¿Se darían por satisfechas con eso? Yo, Arsinoe, los dos niños... ¿nos destruirían también?

No tenía a nadie en quien confiar. Ya era demasiado mayor para tener una nodriza y ningún confidente la había sustituido. Me sentía absolutamente sola. Sólo tenía a Isis, como siempre.

De momento estaba a salvo. Me permitirían vivir siempre y cuando me mantuviera en un oscuro segundo plano, fuera lo bastante joven como para resultar inofensiva y no intentara buscar seguidores. ¡Como si eso fuera tan fácil!

Así pues, me conformé con mis «eunucos y mis caballos», tal como despectivamente los habían descrito mis hermanas. Había por aquel entonces bandadas de eunucos en todo el recinto del palacio. Los eunucos eran importantes en casi todas las esferas de la vida; es imposible imaginar la vida palaciega sin ellos. En un mundo en el que la ambición dinástica se desmandaba, sólo los eunucos estaban libres de toda sospecha. Actuaban como tutores de los vástagos reales y como confidentes de los reyes y las reinas, los ministros y los generales. Un hombre cuya fortuna terrenal forzosamente tenía que terminar con él era fiel a su amo. Es curioso las cosas que hacemos por nuestra posteridad y lo distinta que sería nuestra conducta si no tuviéramos descendientes. Y el prejuicio más hiriente y extendido sobre la condición de los eunucos era el de que jamás se podrían adueñar abiertamente del poder sino que siempre tendrían que permanecer ocultos como unas sombras detrás de sus amos. Por consiguiente, se trataba de unos sirvientes ideales para gente como los Lágidas.

Estaba claro que uno no podía proceder de un largo linaje de eunucos — nadie decía jamás que su padre o su abuelo hubieran sido eunucos—, pero la costumbre de destinar a los hijos a ser eunucos parecía más extendida en algunas familias que en otras. Sólo se elegía a los muchachos más prometedores pues,

¿de qué hubiera servido hacer el sacrificio si el chico no hubiera poseído dotes capaces de permitirle triunfar en el mundo? Por consiguiente, cuando alguien decía «eunuco», daba a entender también «persona inteligente, lista y bien dispuesta».

Casi todos los eunucos de Alejandría eran griegos o bien egipcios de mentalidad griega. Había también capadocios, frigios, bitinios y otros de formación griega. En Egipto no existía la castración obligatoria y tampoco la castración de los esclavos. Se trataba de algo enteramente voluntario, lo cual hacía que los que utilizábamos los servicios de los eunucos nos sintiéramos un poco menos culpables.

Por regla general, la operación se llevaba a cabo a una edad muy temprana. No en la infancia, naturalmente, pues era mejor esperar para cerciorarse de que el niño estuviera sano. A veces, en circunstancias especiales, se hacía más tarde, incluso después de que el chico ya hubiera empezado a convertirse en hombre, en cuyo caso el eunuco era distinto de los demás. Su voz era más profunda y resultaba fácil confundirlo con un hombre cualquiera.

Yo apenas pensaba en los eunucos, y daba su presencia por descontada. Sólo supe lo que era realmente vivir en un mundo sin ellos cuando más tarde estuve en Roma.

Descubrí a Mardo poco después de haber adquirido la costumbre de buscar consuelo en Alejandro. Siempre que iba a la tumba, esperaba poder tenerlo para mí sola. Pero durante varios días seguidos coincidí con un niño regordete cada vez que iba allí. Permanecía arrodillado delante del sarcófago sin moverse — debía de tener unas rodillas de hierro— y con la cabeza reverentemente inclinada, o bien inclinado sobre el féretro con su redondo rostro iluminado por una expresión soñadora. Tengo que confesar que su presencia me molestaba. Quería que se fuera. Hubiera podido ordenar que lo echaran, pero prefería que se fuera sin que nadie se lo dijera. Día tras día lo veía allí. Al final se me acabó la paciencia. Empecé a pensar que pretendía entrometerse deliberadamente en el rato que yo pasaba con Alejandro. Cuando por la noche cerraba los ojos e intentaba pensar en Alejandro, la cabeza del niño siempre asomaba por alguna parte. Y no era una visión noble ni estimulante.

Al día siguiente, mientras bajaba a la cripta, recé para no encontrármelo allí. Por un instante pensé que no me tropezaría con él, pero después vi —¡otra vez!— la redonda forma inclinada como si estuviera protegiendo el sarcófago. Fue demasiado.

— ¡Vete! —le grité, corriendo hacia él—. ¡O ven en otro momento!

Yo nunca podía ir a primera hora de la mañana, porque era cuando había más ajeteo en las habitaciones infantiles. Entonces él hubiera podido tener a Alejandro para él solo.

Enderezó la espalda.

— No puedo —dijo con serena dignidad.

Era más alto que yo. No tenía ni idea de que fuera un eunuco. Eso no se nota hasta más tarde.

— ¿Por qué no? —le pregunté.

— Es mi único rato libre.

— ¿Sabes quién soy yo? —le dije.

¿Acaso no podía reconocer la orden de una princesa?

— Sí —contestó, otra vez con aquella extraña dignidad—. Eres Cleopatra la menor. Si fueras romana, te llamarían Cleopatra Minor, lo cual sería una equivocación pues no eres un personaje de segunda fila.

— ¿Y tú quién eres?

— Me llamo Mardo —contesto—. Vivo en los aposentos reales, princesa. Estoy estudiando y algún día espero ser útil al Rey.

— Ah... eres un eunuco —dije, comprendiendo de repente la situación.

— Sí —dijo sin pestañear.

— ¿Y por qué vienes aquí día tras día?

Yo le podía hacer la pregunta a él, mientras que él no me la podía hacer a mí.

— Porque quiero ser como Alejandro.

Estallé en una carcajada al oír su respuesta, pero enseguida me arrepentí al ver la cara que puso. Al parecer, no esperaba semejante golpe de mí.

— No hay nadie como Alejandro —dije, tratando de disimular—. Cualquiera que intentara parecerse a él haría el ridículo. Piensa en todos los pobres reyes que se han llamado Alejandro, han intentado emularle y se han hecho representar en los grabados con el cabello volando al viento como el suyo y el rostro de perfil. No, jamás podremos ser como Alejandro.

Hablaba demasiado rápido en mi afán de disculparme sin tener que decirlo expresamente.

— ¿O sea que tú también quieres ser como Alejandro? Has dicho «podremos».

Me había pillado.

— Sí —confesé—. Me gustaría parecerme a Alejandro. Supongo que me dirás que una mujer todavía tiene menos posibilidades de parecerse a Alejandro que un eunuco. Y tendrías razón. Pero puedo intentar parecerme a él de carácter. A veces me parece más vivo que las personas que pasean por el recinto del palacio.

Alejandro yacía silencioso y dorado en su sarcófago mientras nuestras palabras volaban de uno a otro lado por encima de su cabeza.

— ¡Sí! ¡Yo también! —dijo Mardo—. Él me ayuda a soportar las

penalizaciones. Cuando se burlan de mí o me hostigan, me digo: «Mañana se lo contarás a Alejandro.»

Me pareció que se avergonzaba un poco de confesarme aquellas cosas.

— Dime en qué lugar de los aposentos reales vives —le dije—. A lo mejor podría ir a verte.

Ya casi había olvidado que apenas unos minutos antes lo consideraba un pesado.

— Estoy en el edificio que hay delante del templo de Isis, el que mira al mar oriental.

Lo conocía muy bien: era un lugar muy bullicioso, con una escuela de escribas y el archivo de los documentos de guerra.

— ¿Hay otros...?

Hubiera querido decir «como tú», pero me callé.

— No, yo soy el único eunuco en mi grupo de estudio —contestó jovialmente—. Somos unos quince. Demetrio, nuestro maestro de matemáticas, es un eunuco; por lo demás, tenemos un gramático de Atenas y un retórico de Quíos.

— Nosotros también —dije, haciendo una mueca—. ¡Nuestro retórico se llama Teodoto y yo lo odio con toda mi alma! Es solapado y mezquino como una serpiente.

— Las serpientes no son solapadas y tanto menos mezquinas —dijo Mardo con la cara muy seria.

Me pareció que estaba ofendido.

— ¿Qué quieres decir?

Todo el mundo sabía que las serpientes eran así por naturaleza, aunque la diosa—cobra Wadjet protegiera a los faraones y a los gobernantes de Egipto, y aunque en la corona real figurara representada con el capuchón abierto.

— He estudiado a las serpientes —dijo—. Son distintas de lo que los encantadores de serpientes quieren hacernos creer. Tendrías que ver mis animales; tengo varias jaulas cerca de las caballerizas. Y he construido un cercado muy grande para mis serpientes.

— ¿Qué otros animales tienes? —pregunté con curiosidad.

— Tuve un avestruz durante algún tiempo —contestó—. Pero creció demasiado para mí y por eso ahora sólo tengo animales de pequeño tamaño... lagartos, tortugas y erizos. Quisiera tener una cría de cocodrilo.

— Me gustaría ver tu colección de animales, Mardo —le dije.

Y aquel día dejamos a Alejandro sin haberle prestado demasiada atención.

POCOS días después decidí ir al lugar donde Mardo estudiaba y lo encontré con sus compañeros y su maestro. Mi llegada causó un gran revuelo, pero la clase de geometría —la especialidad de Alejandría— siguió adelante. Yo esperé, observándolo todo desde el fondo de la estancia. Los alumnos eran casi todos niños, pero vi también a unas cinco o seis niñas y después... reconocí a Olimpo.

Estaba inclinado con tal concentración sobre su papiro que casi parecía que éste tuviera que soltar chispas de tanto estudiarlo. Ahora había crecido y había perdido las redondeces que todavía cubrían sus hombros y sus extremidades cuando lo conocí en aquel memorable banquete... ¿ya habían transcurrido cinco años? Ahora su rostro era más alargado y sus penetrantes ojos destacaban mucho más que entonces. Debía de tener unos catorce años por lo menos.

Cuando terminó la clase pensé que Mardo se acercaría a saludarme. Pero él siguió conversando con uno de sus compañeros como si tal cosa. Al final me acerqué a él y le pregunté:

— ¿Te avergüenzas de conocerme, Mardo?

Me miró aterrorizado.

— ¡No, no, princesa! —Su compañero se retiró a toda prisa—. No quería presumir... ni dar a entender que te conocía, porque nuestros caminos se cruzaron por casualidad. Hubiera sido una insolencia...

— ¡No digas disparates! —repliqué, aunque sabía muy bien que otras personas en mi situación lo hubieran podido creer así. Un encuentro casual no significaba una amistad—. ¿Acaso no somos hermanos de Alejandro?

Mientras lo decía, me di cuenta de que la palabra «hermanos» resultaba un poco rara pues ninguno de nosotros era varón en sentido físico. Sin embargo, «hermanos» se refería a algo más que al cuerpo.

— Si tú quieres serlo, yo también lo quiero —dijo.

— Pues muy bien, asunto resuelto. —Le rodeé los hombros con mi brazo—. Quiero que me enseñes tus animales. Después yo te acompañaré a ver nuestra colección de fieras y más tarde...

Mardo resultó ser un compañero tan agradable que al día siguiente le eché un poco de menos. Nuestra amistad se iba consolidando mientras estudiábamos nuestras lecciones, arrancábamos flores y construíamos ciudades amuralladas en miniatura con minúsculos ladrillos de barro cocido. Juntos construimos un carro que podía ser tirado por cabras negras y nos sentimos muy importantes cuando nos condujeron en triunfo por el recinto del palacio.

En la siguiente ocasión en que visité la clase, el maestro les estaba dando



una lección de historia sobre los Lágidas y al verme se llevó un susto.

— Y el octavo Tolomeo, cuando estaba agasajando oficialmente a Escipión Emiliano de Roma, fue obligado a caminar... —El maestro palideció intensamente al verme entrar—. O sea... su túnica... era...

— Era transparente —dije yo terminando la frase—. Y el espectáculo resultó sumamente ridículo porque Tolomeo estaba muy gordo y solía quedarse sin respiración cuando daba unos cuantos pasos. —Sí, yo conocía todas las historias embarazosas que se contaban sobre mis antepasados. No tenía por qué avergonzarme de ellas ni por qué obligar al maestro a cambiar el tema de la lección por mí. El obeso glotón era mi bisabuelo, a quien los alejandrinos, muy aficionados a los motes, llamaban Fiscon, es decir «Gordinflón»—. Y entonces el arrogante romano dijo: «He ofrecido a los habitantes de esta ciudad un espectáculo insólito: ver caminar y hacer un poco de ejercicio a su Rey.»

Los alumnos se rieron.

Todas aquellas humillaciones por obra de los romanos se remontaban a mucho tiempo atrás. Y Fiscon no era el único gordinflón de mi árbol genealógico; había otros muchos. Debido a ello, yo siempre vigilaba lo que comía pues estaba firmemente decidida a conservarme esbelta, a pesar de que las mujeres de mi familia no mostraban demasiada tendencia a la obesidad.

— Sí, princesa —dijo el maestro con el rostro arrebolado.

Sentí haberme entrometido en las lecciones. Al parecer, jamás podía hacer una cosa normal sin llamar la atención. No debería volver. Pero si me hubiera retirado entonces hubiera causado más revuelo. Así pues decidí quedarme hasta que terminara la hora.

Entonces Mardo se acercó a mí, seguido de Olimpo.

— Me alegro de volver a verte —le dije a éste—. Pero ¿has estado estudiando aquí todos estos años sin decirme nada? —añadí en tono de reproche.

¿Acaso el hecho de ser princesa intimidaba tanto a la gente que ésta se apartaba de nuestro lado?

— Estudio sobre todo en el Museion —me explicó Olimpo—. Pero es bueno escaparse de la sombra de los padres... tal como tú sin duda debes saber. Mi padre, con su fama de estudioso, arroja una sombra muy larga en el Museion.

— ¡No tan larga como la que arroja uno de mis gordinflones antepasados! —dije yo entre risas—. Es difícil salir de debajo de su sombrilla.

— ¿Os conocéis? —preguntó Mardo, sorprendido.

— Nos conocimos hace tiempo —contesté—. Cuando Pompeyo vino a Alejandría. —Hice una pausa—. Los dos queríamos asistir a un banquete en el que no se nos había perdido nada.

— Seguramente Olimpo impresionó a todos los mayores... suele hacerlo —dijo Mardo.

— Ya no —dijo Olimpo—. Ahora ya soy demasiado mayor para llamar la atención con mi precocidad. Eso suele terminar hacia los trece años.

— Sí —dijo Mardo—. A todo el mundo le hace gracia un niño ingenioso, pero cuando pasan de cierta edad resultan un poco aburridos.

— Y yo no quisiera parecerlo por nada del mundo —dijo Olimpo, arqueando las cejas.

Los tres adquirimos la costumbre de pasar muchos ratos juntos. Olimpo parecía un poco solitario, aunque jamás lo hubiera confesado. Puede que su inteligencia y su comportamiento de adulto desconcertara a la gente. Su interés por la medicina no había disminuido y ya se estaba preparando para estudiar en Alejandría, cuya escuela de medicina era la mejor del mundo. Mardo también era una figura solitaria a medida que se acercaba a la edad en que su condición le haría visiblemente distinto de los demás. ¿Y yo? Yo era una princesa con un dudoso futuro, un objeto de curiosidad, de conjeturas y de murmullos. La gente guardaba las distancias.

Después llegó el temido día, el día para el que me había estado preparando durante toda mi vida. Olimpo anunció con orgullo que tenía una pequeña embarcación de vela y deseaba llevarnos a dar un paseo por el puerto. ¿Le permitirían usar el puerto real interior para hacer prácticas? El agua allí era mucho más tranquila.

— Sé que todos los griegos llevan en la sangre la habilidad innata de Odiseo, pero yo carezco de ella —dijo—. Aun así, me encanta el agua.

El agua: ahora tendría que enfrentarme por fin con ella o confesar que tenía miedo y quedarme en la orilla durante todo el resto de mi vida. Hasta ese momento no me había importado. No tenía prevista ninguna travesía y ningún amigo me había invitado a nada que tuviera que ver con las embarcaciones.

— Pues claro —contesté—. Puedes adiestrarte allí todo el tiempo que quieras. Puedes amarrar la embarcación en las gradas del palacio, las que bajan directamente al agua.

— Gracias —dijo—. ¡Practicaré todo lo que pueda para poder llevarte muy pronto a dar un paseo por el mar!

Por desgracia, yo sabía que lo haría. Para entonces, ya le conocía lo bastante como para saber que siempre cumplía sus promesas... y sus programas.

Pleno verano, exactamente igual que aquel día... El sol brillaba en lo alto del cielo y derramaba sus ardientes rayos, calentando las aguas poco profundas del puerto de arenoso fondo hasta una adormecedora temperatura. Los colores también eran los mismos... un verde azulado lechoso, unas suaves olas coronadas de espuma.

— Ven. —Olimpo se había sumergido en el agua hasta la cintura y estaba sujetando con la mano la embarcación que se mecía sobre la superficie. Esperaba que yo también me sumergiera y me encaramara a la embarcación. Contemplé el agua que me besaba los pies con su inofensiva apariencia. Pero más allá era cada

vez más profunda.

Sabía que a veces algunas personas aprendían a nadar agarrándose al pellejo hinchado de un animal. Chapoteaban a su alrededor, y de esta manera se acostumbraban al agua. Ahora pensé que ojalá lo hubiera hecho, pero ya era demasiado tarde.

— ¡Vamos! —Olimpo se estaba impacientando.

Por educación, Mardo esperaba a que yo subiera primero. Tenía que hacerlo.

La túnica me llegaba hasta las rodillas y no llevaba nada más que pudiera enredarse a mi alrededor. Di un paso deliberadamente largo en el agua que me llegaba a media pantorrilla. Levanté el otro pie y di otro paso. Ahora el agua se arremolinaba alrededor de mis rodillas.

Sentía la fuerza de la corriente a pesar de su suavidad. La arena se hundía bajo mis pies y yo me sumergía cada vez más. El agua me cubría las rodillas. Una ola me levantó un poco y se retiró, empujándome hacia atrás. No me hizo ninguna gracia. Era como si me estuviera azotando un fuerte viento.

— ¿Es que te has propuesto ir lo más despacio posible? —me preguntó Olimpo, irritado—. Ya me estoy cansando de sujetar la embarcación.

Di otro paso y esta vez la profundidad del agua fue tan grande —hasta mi cintura— que tuve que extender los dos brazos para no perder el equilibrio. Me molestaba la sensación, el agua me rodeaba por todas partes y la notaba más fría que en las piernas. Di otro paso y me llegó hasta el pecho. Pero ahora la embarcación ya estaba más cerca. Lo único que tenía que hacer era avanzar de lado, lo cual resultó asombrosamente difícil. El agua parecía muy densa y las olas —a pesar de su pequeño tamaño— me golpeaban como si quisieran derribarme. Al final —justo en el momento en que una ola me arrojaba el agua a la cara— me agarré al recio costado de la embarcación y me encaramé. Mardo avanzaba resueltamente a mi espalda a través del azul enemigo.

En cuanto ambos subimos a bordo, Olimpo se encaramó por la proa, sosteniendo en la mano el cabo de amarre.

— ¡Ya está! ¡Pensaba que no conseguirías llegar! —Me miró severamente—. Si no te conociera, hubiera jurado que jamás en tu vida habías puesto los pies en el agua.

Después soltó una carcajada para demostrarme lo ridícula que le parecía la idea.

Inmediatamente empezó a manejar el cabo y las velas, acomodándose junto al remo. La brisa que soplaba desde el oeste hinchó la vela y nos empujó contra el costado de la embarcación. Yo me agarré a él, sentí que la embarcación experimentaba una sacudida y noté una sensación de vacío en el estómago. Olimpo se echó a reír, disfrutando de la sensación, y Mardo también esbozó una ancha sonrisa de complacencia.

Para ellos era una agradable excursión. Lo que para una persona es una simple diversión para otra puede constituir una prueba suprema, y a menudo estamos sentados los unos al lado de los otros sin darnos cuenta.

Nos estábamos dirigiendo hacia el puerto, donde se encontraban las embarcaciones más grandes. Miré abajo y vi que el fondo desaparecía. Al principio se veía el sol jugando en el arenoso fondo lleno de peces y algas. Ahora la profundidad era de color oscuro.

Sentí que el pánico me subía por la garganta, íbamos a repetir la excursión de antaño y nos estábamos dirigiendo precisamente al lugar donde la embarcación había zozobrado. Cerré los ojos y traté de concentrarme tan sólo en las sensaciones de las caricias del agua bajo la embarcación.

— ¡Uyyy! —gritó Olimpo en el momento en que una gran ola nos empujó; fue como superar una barrera tan dura como si fuera de piedra. Unas saladas gotas me azotaron el rostro y me cubrieron la boca. Me pasé la lengua por los labios y tragué saliva.

Nos pasamos lo que a mí se me antojaron horas navegando por el puerto, entrando y saliendo de la estela de las embarcaciones más grandes mientras una parte de mí observaba lo feliz que era Olimpo y hasta qué extremo aquella experiencia elevaba su espíritu. Había dejado de prestarme atención, cosa que yo agradecí sobremanera. Mardo estaba absorto en la contemplación del agua. Esperaba ver calamares, erizos de mar o tal vez un delfín. Se asomaba sobre el agua y no le importaba que las olas le golpearan el rostro. Como la embarcación carecía de toldo, no se veía ningún reflejo. Tampoco había criados gritando y pegando brincos. No evoqué por tanto aquellos recuerdos, pero los sonidos, el sabor de las gotas saladas, los fuertes colores, todo me asaltó igual que entonces. Esta vez no me sentí impotente, nadie me sujetó ni me arrancó de nadie. Me mantuve erguida con todas mis fuerzas para no caerme de la embarcación. Estaba firmemente decidida a superar aquella prueba.

Al final —después de mucho rato—, Olimpo dio media vuelta para regresar al muelle de palacio. El sol había recorrido la mitad de su camino en el cielo y la marea estaba subiendo. Noté cómo nos empujaba hacia la orilla. El balanceo de la embarcación no era desagradable; el terror había disminuido y era soportable.

— ¡Ahora vamos a nadar! —anunció súbitamente Olimpo, arrojando al agua la piedra atada con una cuerda que le servía de ancla. La piedra se hundió con un gorgoteo y la embarcación sufrió una sacudida que la inclinó hacia la izquierda cuando la piedra tocó fondo.

¡Eso no! Pensaba que la tortura —que poco a poco se había ido disipando durante el paseo— ya había terminado. Pero nadar... yo no sabía nadar.

Olimpo saltó por la borda y desapareció limpiamente bajo el agua. Sentí que se me revolvía el estómago, pese a que lo vería salir un poco más allá. O por lo menos eso esperaba. Y efectivamente salió al otro lado de la embarcación en medio de un chapoteo que nos dejó empapados con una cortina de agua.

Con herida dignidad, Mardo, que ya estaba completamente mojado, saltó

como disparado por una catapulta, mojándome de la cabeza a los pies. Después los dos chicos iniciaron una pelea en el agua, gritando y tratando de hundirse el uno al otro. Tardaron un buen rato en darse cuenta de que yo todavía me encontraba en la embarcación.

— ¿A qué esperas? —me gritó Olimpo—. ¡Cualquiera diría que tienes miedo!

Debía de pensar que era la acusación más insultante y menos inverosímil que pudiera hacerme.

¿Cómo sería el agua de honda? ¿Me cubriría la cabeza? Miré tratando de ver el fondo, pero todo eran sombras.

— ¡Salta de una vez! —me gritó Mardo—. ¡No está nada fría!

Estaba chapoteando alegremente cerca de mí.

Contemplé el líquido azul que me rodeaba y sentí la mayor aversión que había experimentado en mi vida. El agua me estaba esperando al acecho, dispuesta a devorarme. Por nada del mundo quería renunciar a su presa.

«Te me escapaste una vez —parecía murmurar—, pero no para siempre. ¿Acaso no sabes que el agua es tu destino?»

Una extraña suerte de indiferencia —no la llamaré valor, pues fue demasiado repentina y fatídica como para merecer tal nombre— se apoderó de mí. Sí, el agua me estaba esperando. El agua, mi enemiga. Pero yo lucharía contra ella, quizá la pillara desprevenida. La sorprendería con mi reacción.

Sin pensarlo dos veces —cosa que me hubiera impedido actuar— me arrojé por la borda. En el instante en que permanecí en suspenso sobre la superficie azul, experimenté una sensación de terror y de victoria a la vez. Ahora el agua se me estaba echando encima y decidí golpearle el rostro con fuerza implacable. Mi cuerpo la cortó y se hundió en ella con tal rapidez que alcancé el fondo y reboté a la superficie. No había respirado en ningún momento, y cuando mi cabeza volvió a salir aspiré una gran bocanada de aire. Empecé a agitarme, pero los brazos no me servían de nada. Volví a hundirme, pero conseguí sacar la cabeza y respirar. No sentía nada sólido bajo mis pies. De pronto mis brazos consiguieron mantenerme a flote e inmediatamente comprendí cómo tenía que coordinar el movimiento de las piernas para que me ayudaran a flotar.

— Tienes tanta gracia como un hipopótamo en tierra —me dijo en broma Mardo—. Deja ya de agitarte. ¡Vas a llamar la atención de los monstruos marinos!

— ¡Sabes muy bien que los monstruos marinos no existen! —dijo Olimpo.

Pero yo vi que sus negros ojos me estaban estudiando atentamente.

Pude chapotear sin temor a hundirme. Había conseguido vencer inesperadamente al agua, que ya no era mi enemiga sino una cosa tibia y móvil. Me sentía aturdida de alivio y asombro. Asombro por el hecho de que hubiera llegado el temido momento y yo hubiera conseguido sobrevivir, y asombro ante la facilidad con que había ocurrido.

Cuando el sol ya se estaba poniendo regresamos al muelle y amarramos la embarcación. La ropa mojada se nos pegaba al cuerpo y fue entonces cuando yo empecé a ver la diferencia entre Mardo y los demás varones. Olimpo, que estaba a punto de cumplir los quince años, era más macizo y musculoso. Mardo había crecido, pero sus extremidades —tanto los brazos como las piernas— parecían desproporcionadamente largas, y no se le notaba la incipiente musculatura, que tan evidente resultaba en Olimpo; los hombros de Mardo seguían siendo muy frágiles y estrechos.

Olimpo regresó a su casa del barrio griego de la ciudad, dándonos las gracias por la excursión. El sol se estaba poniendo a nuestras espaldas cuando Mardo y yo nos sentamos en las gradas del puerto.

Los rayos del sol marcaban un fulgurante camino rojo sobre las suaves olas, y los barcos anclados se reflejaban en él.

— Jamás habías nadado, ¿verdad? —me preguntó Mardo en voz baja.

— No —confesé—. Pero quería aprender. Ya era hora.

Me abracé las rodillas y apoyé la cabeza en ellas. La ropa mojada me daba un poco de frío, pero no tardaría en secarse.

— No es casualidad que no supieras nadar —añadió Mardo. Deseé con toda mi alma que no insistiera en el tema—. Habrás hecho un gran esfuerzo para no aprender.

¡Era demasiado perspicaz! Me limité a encogerme de hombros.

— No tenía a nadie con quien salir a nadar —le dije con indiferencia—. Mis hermanas eran demasiado mayores y a la pequeña le llevo demasiados años.

— Ya, pero supongo que hubieras podido encontrar alguna manera si hubieras querido. —Hizo una pausa—. Al parecer siempre te las ingenias para hacer lo que quieres —añadió con admiración—. ¿Cómo te has atrevido a saltar sin más? ¿No tenías miedo de hundirte?

— Sí —confesé—, pero no tenía más remedio que hacerlo. Era la única manera.

— Eso significa que has querido hacerlo —dijo—, porque nadie te obligaba. Lo has hecho muy bien, por cierto. ¡La primera vez que yo intenté nadar me hundí tres veces!

— He querido hacerlo porque era necesario —dije—. Mi madre se ahogó aquí... en este mismo puerto.

Al oír mis palabras, Mardo se puso pálido.

— Sabía... que había muerto, pero ignoraba cómo. Lo siento.

— Yo estaba con ella.

Su rostro se puso aún más pálido.

— ¿Y tú... lo recuerdas?

— Sólo colores, sabores, ruidos. Y la pérdida. Y el agua que la provocó.

— ¿Por qué no se lo dijiste a Olimpo? El jamás te hubiera obligado...

— Lo sé. Pero la verdad es que... ¿cuánto tiempo hubiera podido vivir en Alejandría, un puerto de mar, sin atreverme a meterme en el agua?

Mardo inclinó la cabeza, eligiendo cuidadosamente las palabras.

— Que todos los dioses protejan la gloria de la ciudad —dijo finalmente—. Y su independencia.

— Que mi padre el Rey regrese y vuelva a asumir el mando. —Ya estaba... había pronunciado las palabras prohibidas. ¿Me habría oído alguien?—. Entretanto debo mantener la confianza. Y luchar contra todos los temores, contra todas las cosas que puedan ser un obstáculo o una traba para mí. El miedo al agua en una princesa alejandrina es un grave obstáculo.

— Y por eso lo has desterrado —dijo Mardo, mirándome muy impresionado.

— No sin ciertas vacilaciones —reconocí.

Nadie puede imaginarse cuántas.

Era bueno tener amigos que vivieran una existencia segura y apacible, pues en los aposentos infantiles de palacio nuestra vida lo era todo menos eso. Los cuatro estábamos constantemente protegidos y vigilados, y era evidente que cualquier cosa sospechosa que dijéramos o hiciéramos se comunicaba a Sus Falsas Majestades. Yo disfrutaba de más libertad porque era la mayor, pero también estaba más expuesta a las críticas. Arsinoe, fiel a su inquieto y consentido temperamento, ponía constantemente a prueba a los guardias y provocaba a su manera toda suerte de quebraderos de cabeza, unos quebraderos de cabeza que parecían destinados a llamar simplemente la atención, pues estaba claro que no tenían otro objetivo. Me parecía una estupidez, porque lo mejor que se puede hacer cuando hay enemigos es comportarse con discreción.

Los dos niños, ambos llamados Tolomeo, eran demasiado pequeños como para precisar vigilancia cuando jugaban en sus habitaciones contiguas. Para ellos no había traiciones ni intrigas sino tan sólo pelotas y juguetes de madera.

La edad estaba empezando a jugar en mi contra, llamando la atención sobre mi inminente madurez —y potencial herramienta política— a medida que la naturaleza configuraba mi cuerpo. Toda mi vida me había sentido ligera, con unos brazos y unas piernas sin apenas carne, y la poca que había la gastaba con mi desbordante actividad. Mi rostro era largo y delgado y mis facciones tan delicadas como suelen ser las de los niños. Pero coincidiendo con la partida de mi padre a Roma, empezaron a producirse en mí unos cambios muy sutiles. *En* primer lugar dejé de crecer y, como reacción, la comida que hubiera tenido que aumentar mi estatura me empezó a llenar los brazos y las piernas y a redondear las mejillas. Dejé de parecer un palillo y toda yo me volví más suave. Al mismo tiempo se me fortalecieron los músculos, de tal manera que finalmente pude arrancar objetos de las cuencas o cavidades donde estaban alojados —cosa que antes me resultaba muy difícil—, empujar muebles que antes no podía y lanzar pelotas más lejos.

¡Y la cara! Mi nariz, que siempre había tenido voluntad propia, empezó a alargarse, mis labios se ensancharon y se me agrandó la boca. Los labios seguían teniendo una forma muy bonita, curvados y agradablemente ensamblados... pero eran muy anchos. El rostro que me miraba desde los pulidos espejos de plata se estaba convirtiendo rápidamente en el de una persona adulta. Un rostro de adulta que quizás albergara pensamientos de persona adulta. ¿Pensamientos de traición tal vez?

Los cambios me pillaron por sorpresa; yo jamás había visto madurar la apariencia física de otras personas. Creo que cuando pensaba en la infancia de alguien, siempre me imaginaba una versión en miniatura de una persona adulta. Nuestro antipático maestro Teodoto hubiera conservado en mi mente el mismo aspecto, pero en más pequeño. Ahora vería cómo iba a ser yo de verdad; vería mi reconstrucción día a día. Estaba deseando ver cuál sería la reacción, pues me había acostumbrado a verme de una manera y ahora me tendría que ver de otra.

Como es natural quería ser hermosa, pues eso lo quiere todo el mundo. Y en el caso de que tal cosa no fuera posible, quería ofrecer al menos un aspecto agradable. Pero ¿y si mi apariencia empeorara? ¿Y si me volviera fea? Me parecía injusto haber empezado de una manera y estar dentro de una categoría para, hacia los doce años, tener que entrar en otra.

Una vez le había oído decir a un mercader que su mujer iba a tener un hijo. Alguien le preguntó qué esperaba, y yo supuse que diría que el niño estuviera sano o que fuera inteligente. En su lugar —¡jamás lo olvidaré!—, el hombre contestó: «Si es niña, rezo para que no sea fea.» Siempre me pregunté si habría sido una niña y si habría salido fea.

Así pues, no hacía más que mirarme en los espejos (cuando sabía que nadie me observaba), tratando de adivinar el futuro en mi rostro.

Mis pechos y mi cintura también empezaron a cambiar. Al principio fueron unos simples indicios de que las cosas eran distintas, pero cuando mi padre ya llevaba un año ausente, los cambios fueron inequívocos. Yo deseaba que mis pechos no siguieran creciendo, porque éste era el signo más revelador. Tuve que usar ropa cada vez más holgada e incluso adquirí la costumbre de ponerme debajo una ajustada prenda que me aplastaba por delante cada vez que tenía que ver a mis regias hermanas; quería seguir pareciendo joven e ingenua el mayor tiempo posible. Pero cuando estaba en mis aposentos, no podía soportar aquella especie de vendaje que tanto me oprimía.

No tenía ninguna «mujer sabia» que pudiera guiarme en mi camino. Si hubiera tenido a mi madre... pero a lo mejor hubiera sido demasiado tímida para hablarme de estas cosas. Lo que en realidad necesitaba era un aya o una doncella descarada. Los guardias varones que me habían asignado mis hermanas no me servían para estas cosas.

Si la situación hubiera sido normal, hubiera podido hablar con mis hermanas mayores. Pero ellas eran Lágidas, y además mujeres y hermanas.

Después vino la gran línea divisoria de niña a mujer. Aquel verano en que



yo tenía doce años y mi padre ya llevaba un año ausente, adquirí la capacidad de tener hijos. Ya estaba preparada para ello; no pensé que me iba a morir ni ninguna de esas cosas que a veces piensan las niñas ignorantes. Sabía muy bien lo que había ocurrido, pero aun así fue un cambio trascendental en mi manera de verme a mí misma. Jamás podría volver a pensar que apenas había diferencias esenciales entre mi persona y las de los demás niños, varones y hembras por igual, o que la categoría «niño» se aplicaba a todos indistintamente y era la designación más importante y el término más descriptivo en el que todos encalábamos.

Ahora tendría este elemento —este fundamental e impresionante elemento — para el resto de mi previsible futuro. El matrimonio... podría casarme, dirían que ya estaba preparada. ¡Me podrían echar de Egipto! Puede que mi hogar estuviera en una corte extranjera como esposa de algún príncipe. Tener hijos... preocuparme por ellos... el ciclo era tan breve... yo misma acababa de salir de la infancia...

Aquella posibilidad me aterraba y me parecía la mayor amenaza que jamás hubiera vivido... peor que el ilegal gobierno de mis hermanas, peor que los romanos y peor incluso que las crueles aguas del puerto. Eso me lo había hecho la naturaleza, no otra persona, y a la naturaleza no se le podían dirigir súplicas ni se la podía disuadir tampoco de sus propósitos.

Sólo Isis, mi dulce guardiana y prudente guía, podía comprenderlo. Durante los primeros días del gran cambio que se había producido en mí, me pasé horas y horas en el templo a la orilla del mar, contemplando su estatua.

Ella era todos aquellos misterios juntos... la condición de mujer, esposa y madre. No tenía nada de extraño que las mujeres la adoraran; ella personificaba todos sus aspectos. Lo único que yo podía hacer era rogarle que me protegiera en aquella travesía hacia lo desconocido, hacia la temible tierra de la edad adulta y de la mujer que se extendía ante mí.

EN parte para alejar aquellos pensamientos y en parte para rebelarme contra el papel que la naturaleza me estaba asignando —¡sin mi permiso!—, decidí crear un grupo integrado por personas elegidas por mí. Lo llamaría la Sociedad de Imhotep, como el legendario médico y constructor del antiguo Egipto. La persona que quisiera pertenecer a la Sociedad tendría que estar interesada en el antiguo Egipto, en todo lo que había tanto en el tiempo como en la distancia. Tendría que sentir el deseo de aprender la lengua egipcia y su antigua escritura; y, por encima de todo, tendría que sentir el espíritu de los muertos de antaño y prestar atención a lo que ellos tal vez quisieran manifestarnos en susurros.

Un sorprendente número de compañeros de clase de Mardo expresaron su deseo de incorporarse, y lo mismo hicieron muchos chicos y chicas que eran hijos de distintos funcionarios de palacio. Pensé que lo hacían porque el movimiento lo encabezaba una princesa, pero a medida que pasaba el tiempo esta circunstancia quedó olvidada. Nadie podía pertenecer al grupo a no ser que estuviera sinceramente interesado por aquellas cuestiones, pues trabajábamos tan duro que los pusilánimes caían por el camino. Queríamos poder leer las inscripciones de los antiguos monumentos por nosotros mismos.

Sin embargo, uno de los mayores alicientes era el hecho de que el grupo y sus excursiones tuvieran carácter secreto. ¿Por qué? Supongo que porque a los niños —estaba firmemente dispuesta a no abandonar mi infancia sin una tenaz resistencia— les encantan los secretos y eso nos hacía sentir audaces e importantes. En un palacio donde abundaban los espías, nos enorgullecíamos de haber creado una sociedad secreta impenetrable. (En ningún momento se nos ocurrió pensar en la posibilidad de que los demás no atribuyeran a nuestras andanzas la suficiente gravedad como para merecer ser espiadas. Además, el tiempo y la complacencia habían relajado la vigilancia a la que me tenían sometida mis hermanas.)

Así pues durante los dos años siguientes, mientras el exilio de mi padre se iba alargando, nosotros recorríamos sigilosamente Alejandría y sus alrededores, estudiando la antigua lengua de los rollos de nuestra gran Biblioteca, y a veces celebrábamos recitales de poesía en egipcio. Además —con gran audacia a nuestro juicio— íbamos al Barrio Judío y contemplábamos la sinagoga, la más grande del mundo. (¿Sería verdad que en Alejandría todo era lo más grande del mundo? Por aquel entonces, a mí así me lo parecía.) La sinagoga era tan grande que un hombre se tenía que situar en el centro del templo para indicar con una bandera qué momento de la ceremonia se estaba celebrando, pues los fieles de la parte de atrás se encontraban demasiado lejos como para poder ver u oír algo.

Alejandría contaba con una considerable población judía; algunos decían que había más judíos en Alejandría que en Jerusalén. Eso siempre me desconcertaba, pues muchos siglos atrás su gran caudillo Moisés los había guiado

en su huida del cautiverio egipcio y ellos lo habían celebrado con gozo. ¿Por qué razón habían querido regresar? En la versión griega de su libro sagrado —escrita aquí, en Alejandría— se decía que su dios les había prohibido regresar a Egipto. ¿Por qué habían desobedecido?

Íbamos a pescar a las marismas de papiros de Mareotis, el gran lago que cubría la parte de atrás de Alejandría, desde donde se extendía a lo largo de muchas millas hacia el oeste. Una vez nos dieron permiso para visitar uno de los talleres menores de embalsamamiento de los muchos que proliferaban como moscas en la parte exterior de las murallas de la ciudad, cerca de las tumbas. Aunque los egipcios ya no construían los complejos monumentos de antaño, la gente que se lo podía permitir todavía prefería el embalsamamiento. Tradicionalmente, los griegos practicaban la ceremonia de la cremación, pero en Alejandría estas costumbres, como muchas otras, se habían mezclado, y muchos griegos recurrían a la mesa de embalsamamiento de Anubis. Los talleres no daban abasto y el día en que nosotros fuimos a visitarlo el jovial propietario tenía que preparar tres cadáveres para su viaje hacia el oeste.

— Eso tendría que durar setenta días —nos explicó—. Cuarenta para que se seque el natrón y después hay que colocar las vendas y... pero ahora seguimos unos procedimientos más rápidos. Ahora todo el mundo tiene mucha prisa. Sobre todo los griegos. El ritmo de Alejandría se extiende incluso a sus muertos.

Nos mostró vanos modelos de ataúdes; muchos estaban cubiertos de jeroglíficos y yo me enorgullecí de poder leer buena parte de ellos.

Hacíamos muchas otras cosas... coleccionábamos perfumes y ungüentos, de los que exportaba Alejandría. Bálsamo de Gilead triturado y mezclado con una especie de gelatina; un perfume de Mendes llamado «el Egipto», que contenía bellota, aceite, mirra, resina y casia; otro llamado «Metopion» que contenía aceite de almendras dulces aromatizado con cardamomo, juncos dulces del lago de Genesaret y gálbano. El aceite de linos era muy fuerte y, combinado con otros aceites y grasas, era un ungüento muy conocido. Nosotros intentamos elaborar un ungüento casero, mezclando aceite con rosas trituradas y algunas gotas de rocío de loto, pero su aroma no era muy intenso. Los perfumistas de Egipto no tenían igual en todo el mundo y guardaban muy bien sus secretos. En ninguna tienda nos permitían mirar mientras trabajaban.

Todas estas actividades preliminares eran una preparación para lo que realmente esperábamos hacer: visitar las pirámides. Se encontraban muy cerca de Menfis, donde se juntan todos los brazos del Nilo y termina el Delta. Era un viaje muy largo desde Alejandría, de unas cien millas romanas a lo largo del brazo canópico del Nilo. Hubiéramos tenido que pedir permiso y decírselo a alguien. A pesar de nuestra edad sabíamos que teníamos que hacerlo, pero es tan grande el ansia de aventuras de los niños que antes prefieren morir que buscar la seguridad y la protección de un adulto. Y yo sentía el ardiente deseo de darles esquinazo aunque sólo fuera por una vez.

Aun así, era necesaria la presencia de un adulto, y el tío de Mardo,

Nebamun, un chambelán de segunda categoría de la corte, accedió de mala gana a llevarnos, pero sólo porque le apetecía regresar a Menfis y ver a su familia.

Dijimos a nuestros sirvientes que íbamos a hacer una tranquila visita al Nilo, cuya crecida ya había empezado. Alejandría no estaba situada a orillas del Nilo sino a unas quince o veinte millas de su brazo más occidental.

Mi chambelán, que en realidad era mi guardián (pues a medida que pasaba el tiempo los guardias se mostraban cada vez más perezosos), lo consideró aceptable y me dio su permiso. En todo el recinto de palacio los otros cinco jóvenes e intrépidos exploradores dijeron lo mismo, y sus cuidadores se mostraron de acuerdo.

Salimos con las primeras luces del alba, bajando en tres carros reales por la ancha calle del Soma hasta llegar al muelle de Mareotis. En el muelle reinaba un gran ajetreo pues las embarcaciones de pesca ya habían efectuado una salida por el lago de Mareotis y estaban descargando la pesca. Otras embarcaciones que transportaban productos egipcios a través del Nilo estaban esperando su turno para amarrar. Vino de los viñedos de Mareotis y del Delta, dátiles, papiros, maderas preciosas y especias de los países de Puní y Somalia, pórfido del desierto oriental, obeliscos de Asuán... todo convergía en los muelles lacustres de Alejandría.

Nebamun alquiló una pequeña embarcación para llevarnos hasta Menfis, aunque era lo bastante grande como para que pudiéramos dormir en ella pues la travesía duraría vanos días. El viento que soplaba en aquella época del año nos era favorable y nos empujaba justo hacia el lugar adonde queríamos ir, al sur y contracorriente.

Zarpamos rumbo a oriente en el lago en el momento en que el sol estaba asomando por el horizonte. Ra —el glorioso sol— se elevó por encima de los papiros y los verdes y erizados juncos que bordeaban la orilla. La primera brisa del día sopló sobre el agua e hinchó nuestra vela. Estábamos navegando directamente hacia Ra.

Ya era muy entrada la tarde cuando llegamos al otro extremo del lago, donde los canales se unen con el Nilo. El barquero dio un vistazo al cielo y nos dijo que convenía echar el ancla y refugiarnos entre los carrizos y las grandes hojas en forma de copa de las plantas de las judías. Nos pareció un divertido juego y accedimos a hacerlo.

Desperté en mitad de la noche y oí el murmullo del agua que golpeaba suavemente los costados de la embarcación, el susurro de los tallos de los papiros que nos rodeaban por todas partes y el grito de un martinete desde la espesura. Jamás había dormido tan bien en mi lecho dorado de palacio. Al amanecer aparecieron las nieblas del lago fluctuando cual si fueran espíritus de la noche. En cuanto salió Ra, se dispersaron. Pronto llegamos al Nilo, o a lo que se llama su brazo canópico.

Uno de nuestros ejercicios escolares consistía en aprendernos de memoria los nombres de los siete brazos del Nilo, cosa que todos los egipcios cultos

conocen: canópico, bolbitínico, sebenítico, fatnítico, nendesio, tanítico y pelúsico. Se abren en abanico desde la corriente principal del Nilo y —a los ojos de un ibis que los sobrevolara— muestran la forma de una flor de loto abierta en el extremo de su tallo.

El Nilo canópico es pequeño. Palmeras datileras y viñas punteaban los campos que lo rodeaban, donde todo era húmedo y fértil y poseía el lujurioso verdor propio de las cosas vivas: la malaquita de las incrustaciones de palacio y las esmeraldas que fulguraban en los brazaletes hubieran tenido un color apagado en comparación con él. El verde es el color más apreciado en Egipto pues cuesta mucho de ganar en la denodada lucha contra el desierto.

El Nilo adquirió un tono verdoso, que según me dijeron se llamaba «verde Nilo» pues no hay en el mundo otro matiz exactamente igual.

— Pero, a medida que el Nilo crece, su color varía —nos explicó Nebamun—. La sustancia que da la vida es marrón, y Hapi, el dios del Nilo, la trae desde la fuente del río que se encuentra en el sur, muy lejos de aquí. Cuando se deposita sobre nuestros campos, se mezcla con nuestra vieja tierra y la rejuvenece milagrosamente. Pronto se iniciará la crecida. Siempre se produce poco después del ascenso de Sino en el cielo oriental.

Empecé una sonrisa. ¿Creía Nebamun de veras en Hapi, el dios del Nilo con sus pechos colgantes? Yo sabía que uno de mis antepasados, Tolomeo III, había intentado descubrir la fuente del Nilo. Los griegos creían en la ciencia, no en los dioses, para explicar las cosas. O mejor dicho, primero probaban con la ciencia, y sólo cuando no podían encontrar las respuestas por sí mismos creían en los dioses. Tolomeo había fracasado en su intento. Es posible por tanto que aquello fuera obra de Hapi.

Me tendí boca arriba dejando la mano en el agua mientras navegábamos muy despacio, como si estuviéramos surcando unos verdes prados. Todo era llano hasta donde alcanzaba la vista, y tan fértil que parecía el paraíso. Miles de canales de riego distribuían el agua del Nilo por todas partes, y las lentas vueltas de los asnos que hacían girar las norias la impulsaban constantemente hacia arriba.

Aquí y allá y por todas partes se veían grupos de casas de adobe. Los campos estaban llenos de gente. Todo era muy distinto de Alejandría, con su mar azul y su mármol blanco; aquí los colores eran verdes y marrones. También era distinto en otro sentido: todas las personas parecían iguales. Tenían el mismo color de piel y el mismo cabello y vestían de la misma manera, mientras que en Alejandría había tantas nacionalidades distintas que todas las calles parecían un mercado.

En el río había embarcaciones de todos los tamaños: barquitas de juncos de curvadas proas, grandes barcazas de carga que transportaban cereales y piedra para la construcción, embarcaciones de pesca con diminutas velas, y barcas con camarotes y toldos de juncos para protegerse del sol. En el río se respiraba un aire de fiesta, como si todos estuviéramos participando en los mismos festejos.

De repente, Nebamun nos señaló una parte de un viñedo que había sido pisoteada.

— Daños provocados por los hipopótamos. ¡Mirad!

Una ancha franja mostraba el camino seguido por algo de tamaño tan grande como un carro de bueyes.

— ¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Mardo.

— Ay, sobrino mío, ahora veo que eres una auténtica criatura de la corte. ¡Si hubieras crecido a la orilla del Nilo donde naciste, sabrías identificar muy bien las huellas de los hipopótamos! Fíjate por dónde salió del agua y el camino que siguió... directo hacia los campos. Después observa cómo da la vuelta para regresar... lo debieron de perseguir. Y más adelante observa en qué lugar regresó al agua. Será mejor que tengamos cuidado. Nos podría estar esperando más adelante. ¡Aborrezco los hipopótamos! ¡Hacen muy peligrosa la navegación por el río!

— ¿Y no son peores los cocodrilos? —preguntó Olimpo.

Nebamun parecía divertido con nuestra ignorancia. Nos señaló unas formas pardo verdosas medio invisibles entre los carrizos de la orilla. Vi unos ojos mirando por encima de la superficie del agua. Todo lo demás estaba muy bien escondido.

— Mira dónde descansan, tomando el sol. Son peligrosos para los nadadores o para cualquiera que camine por la orilla, pero no para las embarcaciones. ¡En cambio los hipopótamos se mantienen medio sumergidos, y de repente se levantan y hacen zozobrar una embarcación! ¡Y cuando los molestan o están hambrientos, se dan una vuelta por los campos! Un cocodrilo se traga a un nadador, pero no invade tu territorio ni destruye tus barcos y tus cosechas. A mí que me den un cocodrilo.

— Pues si los hipopótamos son tan malos, ¿por qué los egipcios habéis convertido a un hipopótamo hembra en la diosa de los partos? —preguntó Olimpo, el joven cerebro científico.

— Taueret —dijo Nebamun—. La verdad es que no lo sé. Debo reconocer que una hembra de hipopótamo, por muy preñada que esté, no me parece muy maternal.

— ¿Y qué me puedes decir de los cocodrilos? —insistió en preguntarle Olimpo—. ¿No hay ningún dios cocodrilo?

— ¡Creo que incluso hay un lugar donde los protegen y adoran! —exclamó Mardo—. ¡Cuéntanos!

Nebamun se quedó pensando.

— Eso está cerca de Menfis, en el oasis de Moeris —dijo finalmente—. Nunca he estado allí, pero he oído decir que los peregrinos van a hacer ofrendas al lago de los cocodrilos sagrados, donde algunos de estos animales lucen oro y joyas en las patas anteriores y en la cabeza.

Todos estallamos en sonoras carcajadas.

— Sobek es el nombre del dios que se manifiesta en los cocodrilos sagrados —dijo Nebamun—. Y el embarcadero donde se levantan los templos y donde se alimenta a los animales sagrados se llama Cocodrilópolis.

Ahora todos nos partimos de risa. Un cocodrilo cubierto de joyas... ¡ya nos imaginábamos sus astutos ojos asomando por debajo de una corona de oro... y sus arrugadas patas cuajadas de brazaletes! ¡Y lo que debía ser vivir cerca de Cocodrilópolis!

— Te estás burlando de nosotros —dije yo finalmente—. No existe este lugar llamado Cocodrilópolis.

— ¡Juro por Amón que es cierto! —gritó Nebamun.

— ¡Pues entonces tienes que prometernos que nos llevarás allí! —dijo Mardo—. ¡Sí, demuéstranoslo!

— No nos dará tiempo —dijo.

— ¡Has dicho que estaba cerca de Menfis!

— El lugar donde el Nilo tiene un pequeño brazo que se extiende hacia el oasis de Moeris se encuentra a más de cincuenta millas corriente abajo, y después hay que ir hasta el final del oasis. Sería casi como regresar a Alejandría. No disponemos de tanto tiempo. La gente se extrañaría de nuestra tardanza.

— Pero ¿y si tuviéramos tiempo? —preguntó Olimpo.

— No lo tendremos —contestó Nebamun—. Y cuando veáis las pirámides y la Esfinge, ya no os interesará Cocodrilópolis.

Al oír el nombre, rompimos nuevamente en estruendosas carcajadas.

Aquella noche nos detuvimos junto a la orilla del río, cerca de una noria y un camino que bajaba hasta el agua. Nos pareció que allí estaríamos a salvo de los cocodrilos pues había mucha actividad humana. El hipopótamo cuya presencia había estado vigilando Nebamun permaneció sumergido bajo el agua.

Al salir el sol, saltamos desde el costado de la embarcación para nadar. En el transcurso del último año yo me había convertido en una respetable nadadora. El agua se movía muy despacio en su pausado camino hacia el mar. Colocamos sobre su superficie unos barquitos de juncos y después intentamos nadar más rápido que la corriente. Nadar corriente abajo era muy fácil, pero para volver nadando contracorriente tuvimos que hacer acopio de toda nuestra fuerza. Jugamos al escondite entre los carrizos y fingimos ser Horus atacando al malvado Seth en la marisma de papiros, lo cual molestó a un considerable número de patos y a otras aves de menor tamaño. Cuando éstas levantaron el vuelo, sus alas se movieron como unos gigantescos abanicos.

Reanudamos la travesía cuando aún no había amanecido, pues antes de que finalizara aquel día teníamos que alcanzar el lugar donde todos los brazos del Nilo se juntaban para formar un solo río. El sol poniente —Ra bajo la apariencia de Atón, el decrepito anciano que desaparecía por el oeste— bañaba la ancha

superficie del río con su mágica luz dorada, y mientras navegábamos por ella experimenté una divina emoción.

— Esta noche vamos a descansar aquí y mañana... ¡contemplaréis las pirámides! —dijo Nebamun.

— Espero no sufrir una decepción —dijo Olimpo, expresando con palabras lo que todos estábamos pensando.

Sería insoportable que no merecieran la molestia del viaje. Algo moriría en mi interior, y es posible que jamás volviera a emprender un largo viaje hacia lo desconocido.

— Hay que ver cómo sois los griegos —dijo Nebamun—. Siempre tan incrédulos y reticentes, siempre temiendo por adelantado que las cosas no sean tal como tienen que ser.

— Sí, ésta es nuestra maldición y nuestra gloria —dijo Olimpo.

— Los romanos aceptan las cosas tal como son y buscan la manera de aprovecharlas —dije yo, pensando en voz alta.

— De destruirlas, querrás decir —dijo Mardo.

— No creo que eso lo decidan por adelantado —dije—. En este sentido, creo que sus acciones son puras y que no están limitadas por decisiones previas.

— Sí, cada vez se limitan a decidir sobre la marcha lo que van a destruir. Eso siempre está más claro que el agua. Fíjate lo que hicieron con Cartago... la arrasaron y esparcieron sal por encima.

— Pero en cambio no destruyeron Grecia, Olimpo.

— No, sólo su espíritu.

Solté una carcajada.

— ¡Como si fuera tan fácil destruir el espíritu griego! ¡A ti espíritu no te falta, desde luego!

— Algo del espíritu griego sobrevive en todo el mundo y puede que una parte de él haya penetrado en algunos romanos, pero la auténtica esencia griega ha muerto. Menos en Alejandría, que ahora posee más espíritu griego que la propia Atenas.

— Todo pasa —dijo Nebamun—, menos las pirámides.

Me desperté muy temprano, antes de que hubiera el menor movimiento en la embarcación. La emoción no me había permitido dormir demasiado. Ahora que estaba a punto de contemplar las pirámides y las maravillas del antiguo Egipto, me sentía dominada por una trémula expectación. Éramos famosos en todo el mundo por nuestros monumentos y estatuas, cuyo tamaño inducía a la gente a pensar que en otros tiempos habíamos sido una raza de gigantes, pues de otro modo no hubiéramos podido crearlos ni erigirlos. Eso nos hacía parecer un pueblo distinto de todos los demás, dotado de un poder o unos conocimientos secretos.



Pero pensándolo bien, ¿qué secretos poseíamos? ¿Y de qué nos servirían contra el poder romano? Los conocimientos que habían permitido construir las pirámides y que tal vez conservaban los egipcios de nuestros días, ¿de qué nos servirían contra las legiones romanas, las máquinas de asedio y las catapultas romanas?

Sólo el poder de los dioses podía enfrentarse a ellos. Yo entonces eso ya lo sabía, oh, Isis. Sólo tú, Amón y Osiris. Pero ellos tenían a Júpiter y a Hércules...

Navegamos río arriba bajo la dorada y suave luz del sol matutino que apenas daba calor, mirando hacia la orilla oriental, donde esperábamos vislumbrar por vez primera las pirámides. El verdor aparentemente interminable de los campos del delta había dado paso a una verde franja más estrecha a ambos lados del río. Más allá, como si alguien hubiera trazado una línea, empezaba el desierto. La dorada arena era tan llana e inexpresiva como el rostro de un dios que se extendiera hasta la eternidad, más allá de nuestra vista.

El sol se elevó en el cielo y vimos un trémulo reflejo en el horizonte. Entonces, a lo lejos, las cúspides recibieron la luz y relumbraron. Eran tres, parpadeando bajo el sol.

— ¡Mirad! —gritó Mardo—. ¡Mirad! ¡Mirad!

Al principio nos dieron la impresión de que eran sobrenaturalmente enormes, de lo contrario no las hubiéramos podido ver desde tan lejos. Pero a medida que nos deslizábamos corriente arriba y nos íbamos acercando, su tamaño se iba reduciendo al de unos simples edificios muy grandes, como el Faro. Cuando nos acercamos al embarcadero y las vimos recortándose contra el cielo detrás de los campesinos con sus asnos y sus carros, su tamaño pareció reducirse todavía más hasta casi quedar convertidas en unas construcciones corrientes.

Alquilamos unos asnos para recorrer las aproximadamente tres millas que nos separaban de los monumentos y nos alegramos de haberlo hecho, pues cuando el sol se elevó todavía más en el cielo sin que hubiera la más mínima sombra en ningún sitio, las ardientes arenas se calentaron de tal forma que nos hubieran quemado los pies. Estábamos avanzando a través del dorado mar de arena hacia lo que parecían tres montones también de arena, de no haber sido por la nitidez de sus perfiles. No había viento, sólo silencio y calor.

Las pirámides fueron creciendo hasta ocupar todo el cielo, y cuando finalmente llegamos a la base de una de ellas y levantamos los ojos nos pareció que su punta rozaba el sol. Ahora sé que parecía una montaña, pero entonces jamás había visto una montaña y me quedé anonadada. Yo sólo conocía lo llano y lo horizontal... la suavidad del mar, las anchas y rectas calles de Alejandría, los llanos campos que bordeaban el río, y no podía comprender el impulso vertical de aquella mole.

Las pulimentadas piedras resplandecían y reflejaban el sol como un espejo de ámbar. Todo era duro, vasto e impenetrable. No había el menor adorno, revestimiento, detalle, ventana ni saliente... sólo aquella inclinada y reluciente

rampa de piedras que se perdía en el cielo. Me sentí aturdida. El calor que surgía de la arena, el resplandor del sol desde arriba y la violenta luz hicieron que la cabeza me empezara a dar vueltas. De repente comprendí que era un peligro permanecer allí. La pirámide nos quería hacer daño, nos quería derribar.

— ¡Un poco de sombra! —dije—. ¿No hay un poco de sombra en ningún sitio?

Los rayos del sol caían casi verticalmente desde arriba, y las gigantescas estructuras no arrojaban la menor sombra.

Nebamun sacó unas sombrillas.

— Sólo esto —dijo. Agradecí que hubiera pensado en aquel detalle—. Hay un poco de protección bajo la barbilla de la Esfinge —añadió—. Podemos esperar allí.

Montó en su asno e inició la marcha hacia la Esfinge, cuya cabeza asomaba por encima de la arena. Hubiéramos tenido que sentir el mismo asombro y temor en su presencia, pero en cambio nos pareció casi amistosa en comparación con las pirámides. Nos ofrecía cobijo, parecía una persona y no albergaba en su interior nada que hubiera muerto hace tiempo o que resultara hostil.

Extendimos nuestras mantas sobre la arena, entre las patas de la criatura y sostuvimos las sombrillas sobre nuestras cabezas. Apenas hablamos; era como si el vasto silencio del lugar nos lo impidiera. Había una especie de calzada elevada hacia un lado e imaginamos que se trataba de un antiguo camino que conducía a una de las pirámides, utilizado tal vez para empujar las piedras en el transcurso de su construcción. Pero ahora nadie la usaba.

Vimos pasar el día bajo la sombra de la Esfinge. De vez en cuando una negra forma cruzaba el cielo intensamente azul... un buitre, o las arenas se movían un poco y veíamos una pequeña serpiente hundiéndose en ellas para huir del calor. Pero por lo demás no había el menor movimiento. Era un lugar dominado por la muerte.

Me pregunté quién yacería en el interior de las pirámides y qué objetos lo debían de acompañar. Tenía que haber joyas, comida, libros e instrumentos. En algún lugar de la oscuridad y el aislamiento absoluto del corazón de la pirámide debía de haber estrellas pintadas y una representación de Nut, la diosa del cielo, para engañar a los difuntos faraones y hacerles creer que estaban al aire libre bajo el cielo nocturno y no aprisionados por la piedra y rodeados de sofocante y viciado aire por toda la eternidad.

Poco a poco las pirámides empezaron a cambiar de color. Al mediodía eran casi de color blanco, después adquirieron un tono tostado y, cuando el sol inició su descenso —otra vez Atum—, las vimos envueltas por un cálido resplandor de tintes rosados. Unas minúsculas criaturas —lagartijas, serpientes, ratones— empezaron a abandonar sus escondrijos y a agitarse a nuestro alrededor. Nosotros también salimos de entre las patas de la Esfinge y volvimos a rodear las pirámides. Unas inmensas y alargadas sombras se extendían ahora hacia un lado

y la inclinación de la luz acentuaba las irregularidades de las superficies. Aquí y allá las piedras se estaban desintegrando; el tiempo estaba devorando su estructura. Ni siquiera ellas, las cosas más inmortales que existían, eran inmunes a la implacable hostilidad del tiempo.

El sol poniente puso de relieve la presencia de guijarros y las ondulaciones de la arena que nos rodeaba, mostrándonos que las pirámides no se levantaban en un marco totalmente exento de características distintivas sino en una densa textura cuyos rasgos no resultaban visibles más que bajo determinadas condiciones de luz.

El cielo era rosa y morado, una confusa mezcla de colores que se extendían hacia arriba a partir de un brillante punto rojo del horizonte. De pronto empezó a soplar una inesperada brisa tan cálida como un unguento fundido y tan dulce como una muerte antigua.

— Venga —dijo Nebamun—. Tenemos que irnos. Aquí oscurece enseguida y no conviene que permanezcamos en este lugar cuando desaparezca la luz.

Montó en su asno con sorprendente agilidad.

¿Cómo serían las pirámides de noche? ¿La oscuridad contra la oscuridad?

Hubiera deseado quedarme, pero era joven y tenía que obedecer.

NADA es lo mismo dos veces. Esperaba que el viaje de vuelta fuera exactamente como el de ida, y durante buena parte de él lo fue... las mismas orillas, los mismos canales, los mismos grupos de palmeras datileras. Pero en cuanto nos acercamos a Alejandría y vimos las blancas torres de las murallas de la ciudad parpadeando bajo el sol, observamos más movimiento que de costumbre y una enorme cantidad de gente por todas partes.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nebamun levantando la voz mientras la embarcación se acercaba al muelle.

— ¡Cleopatra ha muerto!

Aunque sabía que no era yo, me resultó estremecedor oír anunciar con tanta indiferencia la muerte de alguien que llevaba mi propio nombre.

— ¡Envenenada! —gritó otro hombre del muelle—. ¡Estoy seguro!

— ¿Dónde está Berenice? —preguntó Nebamun.

— En palacio. ¿Dónde quieres que esté?

— No ha huido, si eso es lo que preguntas —añadió su compañero—. Pero puede que tenga que hacerlo. Otra de las hermanas ya lo ha hecho... Cleopatra la menor. La están buscando por todas partes. Vienen los romanos.

— ¿Los romanos? ¿Qué romanos? —pregunté a gritos.

— Los romanos de Roma —contestó el hombre con ironía—. ¿Acaso hay otros?

— No es cierto —dijo su compañero en tono de suficiencia—. Estos romanos vienen de Siria, tres legiones, para intentar devolver el trono a Tolomeo. Al fin y al cabo, él fue quien los compró.

— Pero ¿y la profecía? ¿Qué ocurrirá con la profecía? —pregunté. Ya habíamos saltado de la embarcación y estábamos subiendo al muelle—. Al parecer, los libros sibilinos prohibían cualquier ayuda armada de Roma.

— El dinero siempre se abre camino —dijo el hombre—. Si eres una niña tan lista que sabes lo de los libros sibilinos, también tendrías que saber que el dinero anula todas las profecías.

— ¡Venid! —dijo Nebamun, encaminándose con nosotros hacia la calle del Soma.

Estaba preocupado y sabía que tenía que acompañarnos a palacio cuanto antes. Lo más probable era que lo azotaran como castigo por habernos llevado.

— No tengas miedo, Nebamun —le dije yo—. Diré que la idea de ir fue mía; yo asumiré la culpa y el castigo.

Estaba segura de que a mi hermana no le hubiera importado mandar que me castigaran, pero de lo que no estaba tan segura es de que estuviera dispuesta a dejar sin castigo a Nebamun.

¿Habría envenenado a Cleopatra? ¿Nos destruiría también a mí y a Arsinoe? Me moría de miedo.

Cuando estuve en palacio no esperé a que me mandara llamar sino que me fui directamente a sus aposentos. Estaban llenos de plañideras que lloraban y se golpeaban el pecho, lanzando espectrales gemidos y lamentos. Pedí permiso para entrar en los aposentos de la Reina y la esperé con angustia y temor. Oí acercarse sus pisadas y detenerse.

— ¡Oh, hermana! —exclamé—. ¿Es verdad lo que dicen? ¿Ha muerto Cleopatra? ¡Y yo he acrecentado tu dolor con mi ausencia! ¡Te suplico que me perdones!

No tuve que fingir aflicción.

— Levántate y deja de lloriquear. Sí, nuestra hermana ha muerto. Las setas han sido su entrada en el remo de Osiris. Hay que tener mucho cuidado con las setas. Yo nunca las como.

La vi impávida y aparentemente impasible ante la muerte. Nadie tiene que mostrarse impasible ante la muerte, pensé. Después, estudiándola con más detenimiento, observé que sus labios estaban entreabiertos en una leve sonrisa que ella se esforzaba en disimular.

— ¿Dónde estabas? —me preguntó—. ¿Cómo te atreves a abandonar el palacio y permanecer ausente vanos días sin decirme nada? ¡Eres sólo una niña! ¿Quién está detrás de todo esto?

— La idea se me ocurrió a mí y obligué a Nebamun, el tío de Mardo, a llevarme a mí y a otros. Nosotros lo obligamos a él, no él a nosotros.

¡Por favor, que me crea!

— Llevaros, ¿adónde?

— A ver las pirámides y la Esfinge.

En lugar de enojarse como esperaba, se echó a reír. Entonces comprendí por qué. Temía que nos hubiéramos mezclado en alguna intriga política, pero aquello era algo totalmente inofensivo. Me sentí aliviada. No iba a hacerme daño, por lo menos aquel día.

— Yo jamás las he visto —dijo—. Me da un poco de vergüenza confesarlo.

— Son todo lo que yo había soñado —dije—. Me han hecho sentirme orgullosa de ser egipcia.

— Tú no eres egipcia sino una Lágida... ¡una griega! —me recordó.

— Los Lágidas llevan trescientos años aquí; ahora ya debemos de ser egipcios.

— ¡Menuda estupidez estás diciendo! ¡Otra de tus absurdas ideas!  
¡Nosotros no tenemos ni una sola gota de sangre egipcia, por mucho tiempo que llevemos aquí!

— Pero...

Iba a decir que podíamos ser egipcios de espíritu ya que no de sangre, pero ella me interrumpió.

— Si un trozo de granito rojo permanece mil años al lado de un trozo de granito gris, ¿tú crees que cambia? —gritó.

— Las personas no son de granito —contesté.

— A veces pueden ser tan duras como él.

— Pero tú no —le dije—. Tú tienes una parte muy dulce.

Estaba intentando halagarla.

Volvió a esbozar una leve sonrisa.

— Espero que mi esposo así lo crea.

— ¿Tu esposo? —pregunté sorprendida.

— Sí. Me acababa de casar cuando tu hermana nos dejó. Convirtió mi casa de júbilo en una casa de duelo. Pero así son los avalares del destino.

— ¿Y quién... quién es?

— El príncipe Arquelao del Ponto —contestó. Esta vez sonrió sin disimulo.

Debía de ser un hombre apuesto y de su agrado.

— ¡Cuántas cosas han ocurrido en los pocos días que llevo ausente! —dije.

— Y otras que no sabes —añadió—. ¡Nos estamos preparando para defendernos de los mercenarios de tu padre! Con dinero romano —prestado, naturalmente—, ha contratado a otros romanos para que invadan Egipto e intenten recuperar el trono para él...

La voz le tembló de indignación ante semejante desvergüenza.

— Pero ¿y la profecía sibilina? —volví a preguntar.

— ¡Cicerón encontró la manera de sortearla! Sí, el gran orador romano que se enorgullece de ser tan noble, es como un mercader que hace un trato en el mercado. La única diferencia es que él comercia con palabras, no con hechos.

— Pero ¿qué palabras usó?

¿Nadie me lo iba a decir? Yo conocía la profecía: «Si un rey egipcio pide ayuda, no le niegues la amistad; pero no acudas en su auxilio con armas, pues si lo haces te enfrentarás con peligros y dificultades.» ¿Cómo se podía sortear semejante afirmación?

— Dijo más o menos que Gabinio, el gobernador romano de Siria, debería enviar al Rey por adelantado para que de este modo él no lo acompañara «con

armas» ¡sino que tan sólo lo respaldara! —Berenice soltó un resoplido—. ¡Estaremos preparados para recibirles! —añadió con determinación.

«¡Mi padre había emprendido el camino de regreso! ¡Los romanos lo sentarán de nuevo en el trono!», pensé. Fue lo único que pude hacer para no prorrumpir en vítores.

— ¡Permaneceré en mis aposentos! —le aseguré a mi hermana—. No tendrás que volver a preocuparte por mi paradero. Siento haberte inquietado con mi ausencia.

Se había olvidado de imponer un castigo a Nebamun; el ejército romano había borrado de su mente todos los pensamientos habituales. Me ocultaría en mis habitaciones en la esperanza de que también se olvidara de mí.

Las cosas ocurrieron con gran rapidez. Fue tu voluntad, oh, Isis —tú que pones al que maquina contra otros hombres en manos de aquellos contra quienes maquina—, que mi padre, Tolomeo XII Filopátor Neos Dioniso, recuperara el trono. Tú fuiste quien condujo a las tropas de Gabinio hasta las fronteras de Egipto en Pelusio, quien las ayudó a vencer a la guarnición que allí había y a marchar sobre Alejandría. Fuiste tú quien provocó el desconcierto y la derrota de las fuerzas de Berenice y la muerte de su flamante esposo Arquelao. Fuiste tú quien hizo que el joven comandante de caballería de Gabinio se mostrara clemente con los egipcios derrotados y diera honrosa sepultura a Arquelao, ganándose de este modo el afecto de los alejandrinos. Su nombre romano era Marco Antonio y tenía veintisiete años.

Fuiste tú quien lo dispuso todo, quien desencadenó todos estos acontecimientos y en sólo unos días me diste todo mi futuro y me revelaste su forma.

Berenice tenía que ser ejecutada en público. Ahora yo era el vástago superviviente de más edad, la hija que sería reina.

Reina. Sería reina. Repetía estas palabras una y otra vez, pero no deseaba que ello ocurriera antes de hora; a diferencia de mis hermanas, dejaría que ocurriesen las cosas cuando tuvieran que ocurrir. Sus intentos de torcer el curso del destino sólo habían servido para darme el trono a mí. Sonreí al pensarlo.

Yo... reina. El tercer vástago, y además hembra. Verdaderamente, todo había sido obra de Isis, la que da forma al destino.

Mi alegría al volver a ver a mi padre no tuvo límites. Le eché los brazos al cuello y me di cuenta de que ahora mis ojos estaban casi al mismo nivel que los suyos. Había permanecido ausente tres largos años, unos años que habían operado muchos cambios en mí.

— ¡Has vuelto y estás a salvo!

Me parecía imposible, como suelen parecer todas las respuestas a las plegarias.

Me miró como si hubiera olvidado lo que iba a ver.

— Te has vuelto muy hermosa, hija mía —me dijo por fin—. Serás la reina que Egipto se merece.

— Ahora tengo catorce años —le quise recordar por si lo hubiera olvidado—. Espero tardar mucho tiempo en ser reina... que el Faraón viva un millón de años, como decían los antiguos.

— Tu sonrisa es la misma —me dijo con afecto mi padre—. La he llevado constantemente en mi corazón.

Sin embargo, aquel hombre tan sensible nos obligó a presenciar la ejecución de su hija Berenice. ¿Cómo es posible que seamos tantas personas distintas dentro de un mismo cuerpo? Traté de excusar mi presencia, señalando que sería una intromisión. Una persona debería poder morir en privado. Pero mi padre insistió.

— El castigo tiene que ser público —dijo—, como pública fue su traición.

Insistió además en que los romanos también estuvieran presentes. Los romanos que le habían devuelto el poder... a cambio de un precio. Ahora tendrían que ser testigos de lo que habían comprado con su dinero. Tuvimos que ocupar nuestro lugar delante de los cuarteles de la Guardia; se habían erigido a toda prisa unos asientos de honor. Antes de dirigirse a aquel lugar, mi padre me había presentado a los oficiales romanos. Aulo Gabinio era un hombre fornido y cuadrado que no perdía el tiempo con tonterías, como cabía esperar de alguien que había sido capaz de desafiar una profecía. Y su comandante de caballería Marco Antonio... me pareció un joven apuesto y de sonrisa sincera.

A decir verdad, eso es todo lo que recuerdo de él de aquel primer encuentro.

Berenice fue conducida delante del cuartel con las manos atadas a la espalda. No le habían vendado los ojos sino que la obligaron a contemplarnos a todos, sus macabros espectadores.

— Has sido declarada culpable de traición y de usurpación del trono en ausencia de tu legítimo Rey —entonó Potino, uno de los ministros del Rey, un joven eunuco. Su voz tenía el mismo timbre que la de un niño, pero la misma fuerza que la de un adulto—. Por eso deberás cumplir la condena y morir.

— ¿Tienes algo que decir? —preguntó el Rey.

Era una simple formalidad. ¿Deseaba de veras oírlo?

— ¡Esclavo de los romanos! —gritó Berenice—. ¡Aquí los tienes sentados! —Ladeó la cabeza hacia Gabinio, Antonio y Rabino, el prestamista que había financiado la campaña—. ¡Aquí los tienes sentados, y jamás serán desalojados de Egipto! ¿Quién es pues el traidor a este país, padre?

— ¡Ya basta! —dijo Potino—. ¡Este será tu último aliento!

Llamó por señas a un soldado para que la estrangulara. El hombre se le acercó por la espalda. Sus antebrazos eran del mismo tamaño que los muslos de la mayoría de los hombres.



Berenice permaneció inmóvil, esperando. Cerró los ojos cuando el soldado le rodeó la garganta con las manos y las juntó con una sacudida. Durante un momento que pareció muy largo, Berenice contuvo visiblemente la respiración, pero de repente su cuerpo se rebeló y empezó a retorcerse en un intento de que el hombre aflojara la presa. Tenía las manos atadas a la espalda y apenas podía hacer nada. Al final, el soldado la levantó por el cuello y la sostuvo en alto mientras su vida se apagaba y su cuerpo dejaba de estremecerse. Los pies le colgaban verticales desde los tobillos, y una de sus sandalias cayó ruidosamente al suelo en medio del silencio. Vi que su rostro adquiriría un horrible color oscuro y aparté la mirada. Después oí el rumor de unas apresuradas pisadas y vi que la colocaban en una camilla y se la llevaban. Uno de sus pies —el descalzo— se arrastró por el suelo; si hubiera estado viva, no le hubiera gustado. Pero ahora no le importaba.

El rostro de mi padre estaba muy pálido, pero no manifestó abiertamente la menor emoción. A su lado, Gabinio había hecho una mueca de desagrado y Antonio había apartado la mirada. Los soldados preferían las muertes en el campo de batalla, no aquellas muertes convencionales y ritualizadas. A mis dos lados se sentaban los hermanos que me quedaban, obligados a estar presentes para que aprendieran la lección. Arsinoe había soltado un grito sofocado al ver que el verdugo se adelantaba. Los dos niños —de seis y cuatro años— se estremecieron al unísono. Hasta ellos comprendieron que aquello no era un juego y que Berenice no se levantaría de la litera. Aquel día todos vimos y aprendimos cosas distintas.

Mientras contemplaba el horrible ritual caí en la cuenta de que mi hermana me había legado algo que ella no tenía exactamente intención de legarme. De ella aprendí que una mujer podía gobernar sola... siempre y cuando fuera una mujer fuerte. Las primeras reinas tolemaicas habían accedido al poder a través de sus matrimonios, pero Berenice había demostrado que una mujer podía adueñarse del poder y elegir luego a un hombre, o no elegir a ninguno si así lo quería.

Después comprendí con toda claridad que las tropas romanas habían sido las autoras de la recuperación del trono por parte de mi padre, y que las tropas romanas se podían alquilar a cambio de dinero tolemaico. Sus fuerzas y nuestro dinero constituían una combinación impresionante. Y finalmente me di cuenta de que a pesar del odio que me inspiraban los romanos como hecho político, los romanos individuales no eran unos demonios. De hecho, podían ser muy atractivos. Gabinio y Antonio eran unos hombres muy bien parecidos, agradables y corteses. Todos los chistes fáciles sobre la barbarie de los romanos —recordé lo que yo pensaba de ellos antes de asistir a la cena de Pompeyo— eran totalmente falsos.

Había además otra cosa, algo que yo había entrevisto en medio de todo lo demás: los romanos estaban divididos entre sí. Unos eran partidarios de sentar de nuevo a mi padre en el trono y otros no. Una sentencia lo impedía, pero una ingeniosa remodelación de la frase había sorteado el obstáculo. En Roma no todo estaba grabado en piedra y quizás una parte se podía utilizar para contraatacar a otra...

Todo eso eran ideas que por aquel entonces se me estaban empezando a

revelar pese a que todavía no hubieran tomado cuerpo. Los romanos no eran simplemente una fuerza contra la que nos sentíamos impotentes sino también una fuerza desgarrada por bandos y rivalidades que nosotros podíamos aprovechar en nuestro propio beneficio. Yo veía que nuestro adversario tenía la armadura llena de agujeros. Mi padre había explotado con éxito uno de ellos... con dinero egipcio. Siempre hay que tener dinero.

Mi padre tenía que dar a entender con toda claridad que los romanos podían quedarse en Alejandría con su beneplácito... durante algún tiempo. Después deberían retirarse discretamente. Pero primero se organizarían unos festejos en honor de Dioniso para celebrar el regreso al trono del Rey, el cual se consideraba descendiente de aquel misterioso dios del vino, la alegría, las penas y la misma vida. En los grandes festejos de Baco —el nombre romano del dios— buscaba liberación, éxtasis e identidad, todas las cosas que no podía encontrar a la luz del día en Alejandría, a pesar de lo deslumbradora que ésta era en aquella ciudad de ciudades.

Mientras me preparaba para el cortejo oficial que iba a recorrer las calles, comprendí que sería objeto de una gran curiosidad. Hasta entonces yo era un tercer vástago que prácticamente siempre había pasado inadvertido, pero ahora me había convertido en la heredera. Todo el mundo me querría calibrar, todos los ojos estarían clavados en mí. Pasé unas angustias de muerte eligiendo el vestido y el peinado. Cuando todo terminó, comprendí que en el momento en que me mirara al espejo obtendría la respuesta que tanto había tardado en llegar. ¿Era hermosa? ¿Atrayente? ¿Singular? ¿Se me abriría una oportuna vasija de belleza de Perséfone?

Opté por un peinado que me dejaba el cabello suelto sobre los hombros. Era lo bastante joven todavía como para peinarme como una niña y sabía que mi cabello era muy bonito... no tenía ningún sentido ocultarlo antes de tiempo. Era casi negro, espeso, sedoso y ligeramente ondulado. Elegí una fina túnica de lino blanco, sabiendo que lo que mejor le sienta a un cabello negro es un vestido blanco. Lo quería llevar al estilo del antiguo Egipto pues tenía una figura muy esbelta, pero el estilo griego, con todos aquellos pliegues, resultaba más adecuado para la ocasión. Por lo menos ya no me tenía que vendar el pecho; la muerte de Berenice había acabado con aquella tortura. Podía dejar que mi cuerpo hablara por sí mismo sin que la crítica mirada de mis ojos encontrara ningún defecto.

Mientras me terminaba de vestir, vi a Arsinoe reflejada en el espejo a mi espalda... Arsinoe, dueña de toda la belleza convencional que yo ansiaba poseer. Moví el espejo para que su imagen desapareciera. Y entonces me examiné, tratando de imaginarme tal como me hubiera visto un extraño. Y no quedé descontenta.

Si la viera, pensé, desearía conocerla mejor.

Me encogí de hombros, me aparté del espejo y me incliné para elegir las joyas más adecuadas. Quizá fuera el mejor veredicto que cualquier persona pudiera esperar: «Si la viera, desearía conocerla mejor.»

Ahora, durante nuestro majestuoso recorrido por la ciudad de Alejandría, contemplé la muchedumbre que se apiñaba a ambos lados de las anchas calles. El desfile del cortejo se había iniciado en el palacio, y había pasado después por delante de la Tumba de Alejandro, de la larga columnata del Gymnasion, de la Biblioteca, del templo de Serapis, de la colina artificial de los jardines de Pan, del teatro... de todos los monumentos de nuestra gran ciudad. Aquel día la enorme y emocionada muchedumbre nos vitoreó desde los tejados y desde las columnas y las estatuas a las que se había encaramado. Puesto que nosotros habíamos aparecido después de Dioniso y sus odres de vino, la multitud se mostraba extasiada, alegre y condescendiente cuando llegamos allí. Era la misma multitud que tan graves disturbios había provocado la vez que un soldado romano mató accidentalmente un gato... una multitud voluble y violenta. Hoy se manifestaba fielmente partidaria de nuestra causa... ¿Mañana?

Muy por detrás de nosotros, marcando el final del cortejo, caminaba un hombre ataviado como Héspero, el lucero de la tarde.

Por fin llegamos a nuestro destino: el Estadio, transformado en un pabellón en el que tendrían lugar los festejos. El campo al aire libre se había cubierto con un emparrado de hiedra entrelazada con vástagos de vid y sostenido por columnas construidas con la forma del sagrado tirso de Dioniso. El ardiente sol de la tarde se filtraba a través de las verdes hojas cuando entramos en la cueva del dios, en los ritos de la embriaguez y el éxtasis, o más bien cuando entró mi padre. Como devoto del dios, buscaba la unión con Dioniso a través del vino. Mientras los demás catábamos la nueva cosecha de los viñedos del brazo canópico del Nilo, el mejor de todo Egipto, mi padre se lo bebía. Cuando se iniciaron las danzas —pues los actores y los músicos estaban consagrados al dios, el cual constituía su inspiración—, mi padre pareció caer en trance. Se había puesto una corona de hiedra sagrada y, sacando la flauta, empezó a interpretar melodías.

— ¡Danzad! ¡Danzad! —ordenó a todos los que se encontraban a su alrededor.

Los egipcios obedecieron, pero los romanos le miraron, consternados.

— ¡He dicho que dancéis! —dijo el Rey en tono autoritario, señalando con la flauta a uno de los visitantes romanos, un miembro del cuerpo de ingenieros del Ejército.

— ¡Tú, Demetrio, ven aquí! ¡Danza!

Demetrio le miró como si le hubieran ordenado arrojarse a un pantano infestado de mosquitos de la malaria.

— Yo no danzo —dijo, dando media vuelta para retirarse.

— ¡Vuelve aquí ahora mismo! —El Rey trató de agarrarle un pliegue de la túnica, pero tropezó y se le cayó la corona de hiedra sobre un ojo—. ¡Oh!

Un grupo de soldados de Gabinio rió por lo bajo. Me avergoncé profundamente por mi padre.

Yo sabía que su comportamiento no tenía la menor significación y era el

típico de las Bacanales, pero en Roma tales ritos se habían prohibido en aras de la dignidad.

Para los romanos, aquello era por tanto un cómico espectáculo de borrachines.

— O sea que por eso le llaman «Auletes», el flautista —dijo una voz muy cerca de mí.

Vi que la voz pertenecía al llamado Marco Antonio.

— Sí, pero el pueblo de Alejandría se lo puso en prueba de afecto — contesté con la cara muy seria—. Aquí la gente sabe lo que son los ritos de Dioniso.

— Ya lo veo.

Marco Antonio señaló con un amplio gesto de la mano a la gente.

Otro romano remilgado y criticón... ¡Se comportan con mucha dignidad, pero no tienen reparo en imponer su dominio al resto del mundo! Le miré enfurecida hasta que le vi beber de una copa de plata.

— Por lo menos tus labios no desdeñan tocar el vino egipcio —le dije.

Mientras yo hablaba, alargó la copa para que un sirviente se la volviera a llenar.

— Es aceptablemente bueno —dijo, tomando un sorbo—. Me encanta el vino; pongo especial empeño en probar las cosechas dondequiera que vaya. He probado el vino de Quíos, el rético, el imbebible de Cos, el rodio, y el incomparable Pramnio.

Parecía un padre hablando a sus hijos.

— ¿El Pramnio es tan bueno como dicen? —le pregunté al darme cuenta de su interés por los vinos.

— Sin duda. Es tan dulce como la miel; no lo exprimen de los racimos de uva de Lesbos sino que dejan que vaya goteando espontáneamente.

Bien mirado, era un joven amable y muy poco engreído. Me estaba empezando a gustar aquel romano. Además era bien parecido: cuello recio, rostro ancho y cuerpo musculoso.

— Sí, comprendo a Dioniso —dijo como si hablara para consigo mismo—. Y también me gustan los actores. ¡En Roma los prefiero a los senadores!

Interrumpió sus comentarios al ver aparecer al Rey haciendo eses entre la multitud mientras unas mujeres disfrazadas de ménades gritaban y reían a su espalda, persiguiendo al dios.

— La danza se considera inmoral en Roma —me explicó—. Por eso Demetrio se ha negado a danzar. Te ruego que así se lo comuniques al Rey cuando esté... cuando haya dejado de ser el dios y vuelva a ser él mismo.

Qué delicadeza por su parte haber evitado decir «cuando se le haya

pasado la borrachera». Me gustaba aquel joven romano tan poco romano.

Pero no se quedó mucho tiempo en Alejandría; al cabo de un mes, él y Gabinio se tuvieron que marchar, aunque dejaron tres legiones para mantener el orden. El único romano que hubiera tenido que irse con ellos se quedó... Rabirio, el infame prestamista. Estaba firmemente decidido a recuperar su préstamo directamente de los egipcios, y por esta razón obligó al Rey a nombrarle ministro de finanzas. Después se dedicó a sacarle al pueblo elevadas sumas de dinero. Los alejandrinos, que eran muy suyos y que prácticamente jamás se habían mostrado serviles con nadie, lo echaron sin contemplaciones. Mi padre tuvo suerte de que no lo destronaran de paso.

En Roma, tanto Gabinio como Rabirio tuvieron que comparecer en juicio ante el Senado: Gabinio por no haber tenido en cuenta el sagrado oráculo sibilino y el decreto del Senado, y Rabirio por haber desempeñado un cargo público bajo un rey extranjero. Gabinio tuvo que seguir el camino del exilio, pero el taimado Rabirio consiguió salvarse. En ausencia de su comandante, el joven Marco Antonio traspasó su lealtad y sus servicios a un nuevo general: Julio César.

AHORA mi vida sufrió otro de sus habituales cambios repentinos; de comportarme como si fuera más joven de lo que era y mantenerme escondida, pasé a hacer justo lo contrario. Tenía que estar junto a mi padre en todas sus apariciones públicas —sobre todo porque él ya no tenía una Reina que pudiera acompañarlo— y mostrarme digna de sucederle cuando llegara el momento. Mis maestros fueron transferidos a mis hermanos menores, y a mí me asignaron unos auténticos estudiosos del Museion y también unos antiguos embajadores capaces de enseñarme los entresijos de la diplomacia. Además se exigía mi presencia en todas las reuniones del consejo de mi padre.

Pero yo echaba de menos mi anterior libertad y mi anonimato; al parecer, hasta las situaciones desagradables pueden resultar atractivas cuando terminan. Mis días de correrías con la Sociedad de Imhotep ya habían tocado a su fin, y hasta Mardo y Olimpo se mostraban más distantes, como si no supieran cómo tratarme. Jamás en mi vida me había sentido más aislada, solitaria y encumbrada.

Pero ¿acaso hubiera deseado ser otra persona distinta de la que era? No, desde luego.

El aprendizaje día a día de las tareas de gobierno fue un proceso muy laborioso. Para dominar todo el funcionamiento de un país, un rey tenía que poseer una enorme cantidad de conocimientos sobre infinidad de cuestiones, las cuales se analizaban en las aburridas reuniones del consejo. Mi padre presidía las reuniones y yo me sentaba a su lado y escuchaba. Avenar los canales... cobrar con más eficacia los tributos más importantes... racionar los cereales en años de malas cosechas... sí, el gobernante tenía que conocer y dominar todas estas cosas, pues el que no las dominaba estaba a la merced de sus ministros.

La elección de los ministros era un arte especial. Había que elegir a los más inteligentes y preparados pues el país se merecía lo mejor. Sin embargo, cuanto más inteligente era un hombre y más preparado estaba, tanto más peligro se corría de que su lealtad fluctuara. Al ver tus defectos, cabía la posibilidad de que cediera a la tentación de revolverse contra ti.

Pero tener por ministros a unos tontos era el camino más seguro para acabar en el mayor de los desastres. Un gobernante podía caer en muchos peligros.

Durante el primer año después del regreso de mi padre, el infame Rabirio y su deuda dominaron todas las reuniones del consejo. El importe total de la deuda de mi padre con Roma ascendía ahora a dieciséis mil talentos; Gabinio había exigido otros diez mil, aparte de los seis mil que ya se habían acordado. Egipto se estaba tambaleando por este motivo. No es de extrañar que ciertos elementos se rebelaran más adelante.

La cuestión se estaba abordando con toda honradez.

La gente se mostraba benévola y agradecida por el regreso de su Rey, pero cuando le presentaran la factura empezaría a murmurar, y posiblemente los murmullos se transformarían en una rebelión en toda regla.

Me resultaba imposible no pensar que los países eran sólo grupos de personas y que la solución consistía en recordar cómo pensaban los individuos. La gente se muestra más generosa cuando le han hecho un favor, y es más fácil que haga otro a cambio.

— Yo creo que el pueblo tiene que pagar la deuda y que tiene que hacerlo a su debido tiempo. De otro modo, aumentarán los intereses —dije, hablando desde mi rincón—. Pero convendría conceder una amnistía general antes de anunciar el cobro de la deuda, perdonar las pequeñas deudas y los delitos de menor cuantía para dar con ello una impresión de magnanimidad.

Uno de los consejeros abrió la boca para discrepar, pero mi padre se mostró favorable a mi propuesta.

— Me parece una buena idea —dijo finalmente.

— ¡Pero perderemos ingresos! —replicó uno de los asesores financieros.

— Será una pequeña pérdida para compensar el cobro de unos elevados tributos. Y en cualquier caso, no es probable que pudiéramos cobrar estas pequeñas deudas.

La cosa parecía muy clara.

— Lo pensaré —dijo mi padre, pero al final acabó siguiendo mi consejo. Yo me puse muy contenta.

Ahora mi padre estaba a salvo; su trono, apoyado por el poder de Roma y las legiones prestadas de Gabinio, gozaba de estabilidad. Tenía casi cincuenta años y se proponía gozar de un reinado de paz... o más bien de comodidad. Seguía ocupado como siempre con sus fiestas en honor de Dioniso, sus banquetes y sus lecturas poéticas hasta altas horas de la noche. Una vez nos llevó a todos a cazar al desierto occidental para emular a los faraones y a los primeros Lágidas.

Había visto tantas representaciones de los faraones matando leones que estaba empeñado en hacer lo mismo, y se había hecho representar tantas veces en las pinturas de los muros de los templos derrotando a sus enemigos que al final había llegado a creer que todo aquello había ocurrido de verdad. Así pues hicimos todos los preparativos necesarios para que el Rey abatiera a un león... doscientos batidores, esclavos, perreros, proveedores de vituallas (¿pues qué iba a comer el Rey mientras aguardara a su presa?). Montamos en camellos... las mejores bestias para el desierto a pesar de las numerosas representaciones artísticas de reyes disparando desde unos carros. Los leones habían sido empujados cada vez más lejos, hacia la inmensidad del desierto, y allí tendríamos que ir a buscarlos.

Durante un buen trecho seguimos la costa, pero al cabo de un rato giramos tierra adentro bordeando una loma donde los cazadores nos habían asegurado que acechaban los leones.

Yo me balanceaba sobre el lomo del camello, disfrutando del cadencioso movimiento, con la cabeza cubierta por un complejo tocado para protegerme del ardiente sol. Me tenía sin cuidado que encontráramos o no un león, pues lo que más me gustaba era contemplar aquella vasta y desolada tierra que se extendía en todas direcciones, teñida con todos los matices del oro y el marrón. El viento, que todavía conservaba el frescor del mar, soplaba a nuestro alrededor, a veces murmurando, otras suspirando y otras gimiendo.

Por la noche dormimos en lujosas tiendas. La tela estaba bordada con primorosos dibujos y las camas se hallaban cubiertas con cortinas de finísima seda para evitar el paso de los granos de arena y los insectos. Unas linternas parpadeaban sobre unas pequeñas mesas plegables con incrustaciones de marfil, y los criados dormían en jergones a nuestros pies. La tienda del Rey, la más grande de todas las tiendas reales, era lo bastante espaciosa como para que mi padre pudiera reunir en torno a sí a sus hijos después de la cena.

Mientras el viento silbaba alrededor de las cuerdas de la tienda, nosotros nos sentábamos sobre almohadones a sus pies. A veces jugábamos alguna partida de ajedrez. Arsinoe tocaba la lira pues tenía grandes dotes musicales, y a veces los niños jugaban a algún juego de tablero. Ahora mismo lo recuerdo como si lo estuviera viendo; incluso puedo aspirar el suave y seco perfume del aire del desierto. Cuatro pequeños Lágidas, cada uno de ellos ambicioso y decidido a gobernar cuando el bondadoso Rey muriera... aquel Rey que muy pronto empezaría a cabecear bajo los efectos del vino.

Observé cuidadosamente a Arsinoe. Contaba trece años, contra los dieciséis que yo tenía, y cada año era más hermosa. Su piel tan pálida como el alabastro brillaba como el nácar, sus rasgos eran casi perfectos y sus ojos del mismo color que el mar de Alejandría. No tenía buen carácter pues era exigente y demasiado temperamental, pero su belleza ablandaba los corazones.

En cuanto a mi hermano Tolomeo el mayor, que ahora estaba a punto de cumplir los ocho años y probablemente sería mi futuro esposo... ¿qué podía decir de él? Ojalá le pudiera querer, pensé mientras contemplaba su oscura cabeza inclinada sobre su partida de dados, pero era un niño antipático, taimado y egoísta... de esos que movían las fichas en las partidas y mentían descaradamente cuando se les afeaba su acción. Seguramente estaba usando dados amañados en aquel momento. Por si fuera poco, era un cobarde. Le había visto huir corriendo en presencia de los perros más inofensivos e incluso de los gatos.

Tolomeo el menor hubiera tenido que nacer primero para que yo pudiera casarme con él en lugar de tener que hacerlo con el mayor. El niño tenía una doble ración de las cosas que le faltaban a su hermano: era sincero, alegre y valiente. Comprendí que, como pareja, él y Arsinoe hubieran resultado más atractivos que Tolomeo el mayor y yo.

¿No es horrible permanecer sentados a los pies de nuestro padre como una familia feliz y pensar estas cosas? Sin embargo, en eso consiste ser un Tolomeo: todos los afectos de nuestra familia están subordinados a nuestras ambiciones,



que nunca descansan. El único detalle que nos distingue a todos es el de si estamos dispuestos a todo para alcanzar nuestros propósitos o si ciertos comportamientos nos parecen inadmisibles.

Aquella noche en particular Arsinoe estaba recostada sobre los almohadones, tañendo la lira y musitando unas palabras. Observé con satisfacción que su voz no era demasiado agradable. Las linternas parpadeaban, y nuestro padre se estaba acercando otra copa a los labios con una soñadora expresión en el rostro.

— Dame un poco —le dije de repente—. Una cosa capaz de iluminar tu rostro con una satisfacción tan sobrenatural forzosamente tiene que ser un regalo de los dioses.

Cuando el criado me escanció un poco de vino y lo probé, me pareció auténticamente sublime... dulce, denso y dorado.

— De Chipre —dijo el Rey—. Son famosos desde hace tiempo por sus vinos, que se conservan mucho tiempo y no se vuelven amargos. —Una triste mirada oscureció su rostro—. Chipre. ¡El Chipre que perdimos!

Cogió la flauta y se dispuso a tocar. Luego seguramente rompería en sollozos.

— ¡Cuéntame cosas de Chipre! —le dije. No estaba dispuesta a soportar otra de sus actuaciones musicales, seguida de una tanda de lloriqueos. Creo que eso es lo que menos me gustaba de él..., sus accesos de sensiblería, no su afición al vino—. ¿Qué te ocurrió allí con Catón?

En su camino hacia Roma, mi padre había pasado por Chipre, donde Catón estaba haciendo un inventario de las posesiones del último Tolomeo.

— ¡Catón! ¿Cómo le llaman en Roma? «El austero y bebedor Catón.» ¿Cómo pueden ir juntas ambas cosas? —Soltó una carcajada de borracho—. ¡Los romanos le arrebataron Chipre a mi hermano! Se lo anexionaron sin más, y mi pobre hermano tuvo que beberse el veneno.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

— ¿Pero qué tuvo que ver Catón con eso?

— Enviaron a Catón para que se apropiara de todos los bienes que quisiera y, para completar la anexión, convirtiera la isla en parte de la provincia de Cilicia. —Mi padre soltó un gemido—. Cuando llegué, Catón... Catón... ¡me recibió... sentado... sentado en un retrete!

Contuve una exclamación. Sabía que mi padre había sido insultado, pero no hasta semejante extremo. ¿Pintonees era cierto que habíamos caído tan bajo? ¿Un funcionario romano había recibido a un rey tolemaico sentado en un retrete? Me encendí de vergüenza y de furia. ¿Y eso era del dominio común? ¿Lo sabían Gabinio y Antonio?

— Olía mal —añadió el Rey—. Muy mal. Creo sinceramente que era cierto lo que me dijo... que se le había soltado la tripa y no se atrevía a moverse.

— ¡Maldita sea su tripa! —dijo de repente Arsinoe.

Parecía que ni siquiera nos escuchara.

— Por lo que dice nuestro padre, creo que ya estaba maldita —dije yo—. Y espero que lo siga estando.

— Tiene enemigos —me dijo mi padre—. Pero es muy prudente. Quiere hacerse pasar como un noble romano de los de antes, pero sus días, y los de otros como él, están contados. César los barrerá de la escena, como yo barro estas piezas.

Movió una mano con gesto vacilante y derribó unas cuantas piezas de ajedrez al suelo.

— ¿El mismo Julio César que ha asumido la responsabilidad del cobro de la deuda de Rabino? —pregunté—. ¿Cuándo bajará a Egipto para cobrarla?

— Nunca, con un poco de suerte —contestó mi padre—. Está ocupado en la conquista de la Galla; dicen que es el general más grande que ha habido después de Alejandro. Pero nuestro protector Pompeyo no lo cree así, naturalmente. La rivalidad entre ambos crece de día en día. No, hija mía, César sólo vendrá si consigue acabar con Pompeyo. Y si Pompeyo es derrotado, Egipto desaparecerá con él. ¡Reza para que César no venga jamás!

Empezó a hipar muy despacio.

— César debe de estar rodeado de enemigos —dijo Arsinoe—. Catón por un lado y Pompeyo por el otro.

— Lo está —dijo mi padre—, pero es de hierro. Nada le preocupa. Confía plenamente en la suerte y en su destino. Y al mismo tiempo parece tentarlo. — Empezó a reírse con voz cascada—. ¡Ha convertido a la hermana de Catón en su amante!

Todos nos partimos de risa.

— El amor es un arma —dijo Arsinoe.

Yo sabía lo que estaba pensando: «Con mi belleza, será un arma para mí.»

— Un arma que nosotros los Lágidas jamás hemos utilizado —dijo mi padre—, aunque curiosamente nos hemos servido de todas las demás.

— Quizá ninguno de nosotros ha sido digno de amor —apunté.

— ¡No digas sandeces! —replicó mi padre.

El tiempo pasaba, mi padre seguía en el trono y los romanos seguían disputando entre sí, lo cual apartaba su atención de otras cosas. Hubo muchas ceremonias que nos mantuvieron ocupados, aparte de las actividades que se llevaban a cabo en secreto.

Los alejandrinos deseaban dedicarnos unos jardines recién creados en las afueras de la ciudad con muchas plantas, estatuas y estanques. Asistimos ataviados con unos espléndidos ropajes reales que nuestro padre nos regaló para

aquella ocasión, convertidos en estatuas entre las estatuas. Yo tenía entonces diecisiete años y ya me estaba acostumbrando a aquellas ceremonias.

Pero aquel día dos cosas fueron distintas. La inscripción —dictada por mi padre— grabada en la piedra nos calificaba a todos de «Nuestros Señores y Máximos Dioses». ¿O sea que ahora todos éramos dioses y no simplemente «el gobernante»? Mi padre permaneció orgullosamente de pie mientras se mostraba la piedra y se leían las sorprendentes palabras.

— «Oh, dioses y diosas vivientes, nos postramos a vuestros benditos pies» —estaba diciendo el magistrado.

Los ciudadanos se fueron acercando uno a uno, inclinaron las cabezas delante de nosotros y se arrodillaron. Yo observé que la gente temblaba como si temiera inhalar algún mortífero efluvio divino. ¿Quién podía saber hasta qué extremo fingían o hasta qué punto les había impresionado aquel momento?

Después mi padre habló, diciendo:

— Hoy mis hijos, los dioses, asumen un nuevo título: Filadelfoi, Amor de Hermano y Hermana. Que permanezcan unidos en el amor que vincula a los que comparten la misma sangre.

De pie al lado de mis hermanos, comprendí que tal cosa jamás sería posible. Pero era conmovedor que nuestro padre hubiera expresado aquel deseo.

Después nos reunimos en el comedor privado de mi padre para rematar la ceremonia con una comida. Arsinoe fue la primera en despojarse de su túnica de oro. Dijo que pesaba demasiado para llevarla encima y la dejó caer al suelo en un arrugado montón.

— ¿Acaso el peso del oro no resulta liviano sobre los hombros de una diosa? —le pregunté en tono burlón.

Debajo llevaba una fina camisa del mismo color azul que sus ojos.

Se limitó a encogerse de hombros. O no se sentía distinta, o siempre había dado por supuesto que era una diosa.

Mi padre ocupó su sitio como jefe de nuestra familia. Parecía cansado, como si fuera él quien tuviera que sentirse oprimido por el peso de los ropajes. Sólo entonces me di cuenta de que aparentaba muchos más años de los que tenía.

Tomó una copa de ágata y la contempló con expresión melancólica mientras pedía vino con un gesto de la mano.

— Esta copa procede de nuestra patria ancestral —dijo—. Macedonia. Quiero que recordéis que empezamos a beber con copas de piedra, aunque ahora estemos rodeados de oro. —Tomó un sorbo. Y otro—. ¿Os ha gustado la ceremonia? —nos preguntó.

Todos asentimos con la cabeza.

— ¿Y os ha sorprendido?

— Sí. ¿Por qué nos has otorgado estos dos nuevos títulos? —pregunté finalmente al ver que los demás no parecían muy dispuestos a hablar.

— Porque quiero que todo el mundo os trate como a seres sagrados cuando yo no esté...

¿Era simplemente previsor o tenía algún motivo para darse prisa?

— ¿Cuándo te vayas adónde? —preguntó Tolomeo el menor, sentado en el borde de un escabel acolchado y adornado con incrustaciones de piedras preciosas, y con los codos apoyados sobre las rodillas.

— Quiere decir cuando se muera —le explicó fríamente su realista hermano de nueve años.

Arsinoe siguió mascando lánguidamente un tallo de cebolla. Tal era el afecto que reinaba en nuestra pequeña familia.

— Ah —dijo finalmente.

— Es bueno que pienses en un futuro tan lejano —le dije—, pero no tiene por qué preocuparte ahora.

Lo había dicho en tono de pregunta, pero él optó por no responder.

— Un buen gobernante tiene que adoptar precauciones. Ahora quiero comunicaros mi testamento. He enviado una copia a Roma, siendo así que tanto... se interesan por nuestros asuntos y se proclaman los guardianes de nuestro bienestar. Temo que se ofendieran si no lo hiciera. Y además ya hay un precedente.

Tomó varios sorbos de vino, que más bien fueron tragos.

— Una copia se quedará aquí —añadió—. Esto también es una precaución. Los testamentos se pueden cambiar, perder... y, para evitarlo, conviene que escuchéis mis disposiciones de mis propios labios.

Observé que Arsinoe había dejado de mascar el tallo de cebolla y se había incorporado en su asiento.

— Seguramente no será una sorpresa para vosotros que Cleopatra sea mi sucesora —dijo, mirándome con una sonrisa—. Es la mayor y ha sido educada para eso.

Sin embargo, sus ojos dijeron algo más; dijeron: «Es la hija de mi corazón, la que yo elijo por encima de los demás.»

No miré a Arsinoe, pero supe que estaba molesta.

— La acompañará su primer hermano Tolomeo como corregente. A su debido tiempo, ambos deberán contraer matrimonio según la costumbre.

Los dos niños se rieron, como si todo aquello les pareciera estúpido y repugnante. Era efectivamente repugnante, pero demasiado seno como para ser estúpido.

— Padre —le dije yo—, quizá convendría abandonar esta costumbre.

Sacudió tristemente la cabeza.

— Si acabáramos con ella, habría más quebraderos de cabeza. Todos los príncipes cazadores de fortunas acudirían a nuestras playas. Ocurriría lo que en los antiguos mitos, en los que los pretendientes eran sometidos a prueba por el padre o por los dioses y se veían obligados a realizar hazañas imposibles... tengo otras cosas que hacer que presidir las pruebas de los pretendientes a tu mano.

— Siempre me he preguntado por que razón los pretendientes arriesgaban sus vidas en las historias —dijo Arsinoe—. Los descartados siempre tenían que morir.

Mi padre se echó a reír.

— Las princesas siempre ejercen una atracción mortal.

Cuando terminó la comida, mi padre me pidió que me quedara con él. Los otros se retiraron; Arsinoe recogió su túnica y la arrastró despectivamente por el suelo al salir, como para demostrarle a mi padre que despreciaba sus regalos, puesto que no le había ofrecido el más alto.

— Y ahora, hija mía —dijo mi padre, sentándose a mi lado en un banco acolchado desde el que se podía contemplar un soberbio panorama del puerto—, hay otra cosa.

Ya lo había adivinado.

— ¿De veras?

— Creo que sería prudente asociarte desde ahora a mis tareas de gobierno —dijo.

— ¿En las ceremonias, quieres decir? Pero si ya...

— No, quiero decir elevarte oficialmente a la corregencia. Proclamarte Reina.

¿Reina... ahora? Me parecía demasiado maravilloso... saborear el gozo sin tener que tragarme al mismo tiempo el dolor por la pérdida de mi padre.

— Me conmueve el honor que me ofreces —dije al final.

— En tal caso, pronto habrá otra ceremonia —dijo.

Sufrió un acceso de tos y después otro, y entonces comprendí que tales disposiciones no habían sido prematuras.

— ¡Padre mío, te lo ruego, no me obligues a casarme con mi hermano! — Se lo tenía que decir ahora—. ¡Es un acusica y un llorón! ¡Y cuando crezca será peor!

Pero el Rey no se dejó convencer, ni siquiera por mí. Sacudió la cabeza.

— Tienes suerte de que no te pase por alto y lo nombre heredero a él. El hecho de que una Reina sea el máximo gobernante no tiene precedentes.

— No te atreverías.

Pero se lo dije con cariño, no con enojo. Apoyé la cabeza contra su hombro y pensé que raras veces tocaba o era tocada por nadie. En mi familia se rehuían incluso los contactos humanos normales.

Lanzó un suspiro y se tomó la libertad de acariciarme la cabeza.

— No, seguramente no. Eres demasiado obstinada como para que se te pueda apartar a un lado. Y eso es bueno.

— No me gusta tu ministro Potino —me sentí obligada a decirle—. Quizá convendría que lo sustituyeras.

— Vaya —dijo—. Una persona obstinada para mantener a raya a otra.

Pero mi padre podía ser tan terco como yo... y probablemente de él lo había heredado.

— No me gusta —repetí—. No es de fiar.

El peor defecto que se me podía ocurrir.

— Tengo previsto nombrarle jefe del Consejo de Regencia.

— No necesito un Consejo de Regencia. Ya soy una mujer adulta.

— Tienes diecisiete años y tu futuro corregente, el querido y pequeño Tolomeo, sólo tiene nueve. Si yo muriera esta noche, él necesitaría un Consejo de Regencia.

— ¿Y tú quieres que el Consejo sea tan antipático como él?

Mi padre lanzó un suspiro.

— ¡Me cansas! ¡Procura ser feliz y deja de discutir! ¡Aprende a apreciar a Potino! —Hizo una pausa—. ¡Tengo previsto vivir hasta que Tolomeo no necesite un Consejo de Regencia sino alguien que le cuide en su vejez!

Volvió a sufrir otro acceso de tos y yo tomé su mano en la mía.

La primera vez que permanecí al lado de mi padre con carácter oficial y oí las fatídicas palabras «Reina Cleopatra, Señora de las Dos Tierras», sentí no que me echaban un peso sobre los hombros sino una fuerza y una determinación hasta entonces ignoradas y milagrosamente recibidas. Cualquiera que fuera la tarea, estaba segura de que podría afrontarla gracias a aquel misterioso poder que me había sido otorgado. Nada de lo que había leído u oído me había insinuado la posibilidad de aquella transformación, y fue por tanto como un don inesperado.

En los antiguos relatos, el hecho de poner en duda un don podía dar lugar a que los dioses lo anularan, pues era una muestra de ingratitud e incredulidad. Por consiguiente, lo acepte confiadamente y con todo mi corazón.

«En el trigésimo año de Tolomeo Auletes que es el primer año de Cleopatra...»

Así empezó todo, por deseo de los dioses.



A finales del invierno siguiente, cuando los vendavales ya habían dejado de azotar el agua y las olas ya no rompían con tanta fuerza contra la base del Faro, yo solía pasar mucho tiempo leyendo poesía, tanto antigua poesía egipcia como griega.

Había tenido interés en aprender el idioma egipcio y pensaba que por eso ahora estaba leyendo poesía, pero no era del todo cierto. La estaba leyendo porque hablaba de amor y yo estaba a punto de cumplir dieciocho años.

*Los besos de mi amada están en la otra orilla del río; un brazo del río nos separa, un cocodrilo acecha en la arena. Pero yo bajo al agua y me sumerjo en la corriente. Mi valentía es grande en las aguas, las olas son como tierra, firme bajo mis pies. El amor que siento por ella me infunde fuerza. ¡Ah! Ella me ha regalado un hechizo para las aguas.*

Solía leer poesía a altas horas de la noche, cuando mis sirvientes se retiraban y sólo me hacía compañía la lámpara de aceite. Entonces la poesía me parecía distinta de como era cuando la leía con mi maestro. En las clases yo estaba atenta sobre todo a la traducción y a los tiempos de los verbos. Ahora, estando sola, podía prescindir de todo aquello y sentir la suave emoción del sonido de las palabras propiamente dichas.

«¡Ah! Quién me diera ser su esclavo y seguir sus pisadas. Entonces gozaría contemplando las formas de todos sus miembros.»

Me acariciaba la pierna con la mano y me preguntaba cómo la vería otra persona. Un joven. Me la frotaba con perfumado aceite, sintiendo los músculos bajo la piel.

«El amor que siento por ti llena todo mi ser, como el vino penetra en el agua, como el perfume impregna la resina y como la savia se mezcla con el líquido. Y tú, tú te apresuras a ver a tu amada, como corre un corcel en el campo de batalla.»

Me estremecía de emoción. Aquellas sensaciones me parecían muy próximas a la divinidad y a la locura.

Aparté a un lado el rollo. Aún quedaban poemas, pero me los guardaría para otra noche.

Me sentía inquieta. La culpa la tenían los poemas. Hubiera tenido que acostarme, pero en cambio paseaba arriba y abajo de la estancia. El mar rugía con fuerza aquella noche y yo podía oír los prolongados lamentos de las olas rompiendo contra las rocas y volviéndose a retirar. Otra vez. Y otra.

Después, como desde muy lejos, me llegó un rumor de música, flautas y



voces. Parecía proceder del este, pero allí sólo había mar. Se oía cada vez más fuerte y ahora el sonido de los instrumentos humanos y de las melodiosas voces era inconfundible. ¿Procedería del palacio? Ahora se oía como desde debajo del suelo del edificio. El volumen aumentaba, disminuía, se alejaba y desaparecía. Me acosté oyendo los últimos compases. Y me quedé dormida.

A la mañana siguiente me despertaron muy temprano. El Rey había muerto. Había muerto durante la noche. Y entonces comprendí qué música había oído. Era el dios Dioniso que había acudido al palacio tocando las flautas para llevarse a su fiel servidor.

Me levanté. ¡Mi padre había muerto! Le había visto justo la víspera y me había parecido que estaba contento, a pesar de que su salud era muy delicada. Pero no estaba enfermo. ¡Mi padre había muerto! Y yo le había dejado sin una palabra de despedida. Nos habíamos limitado a darnos las buenas noches. Nos habían engañado; siempre nos despedíamos después de la más sencilla de las cenas; ¿es justo enviar a los que amamos al más importante de los viajes sin una palabra especial?

Pedí verle. Se hallaba tendido en su lecho con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. Su muerte no había sido violenta; se había ido apaciblemente con Dioniso.

— Hay que prepararlo para el Monumento —dije.

Allí descansaría rodeado por los reyes de su linaje cerca del lugar donde yacía Alejandro. ¡Qué angustia tan grande tener que hacer aquellos planes tan dolorosos!

— Las órdenes ya se han dado —dijo una conocida voz a mi espalda.

Potino.

— Soy yo la que tiene que dar las órdenes —repliqué—. Yo soy la Reina.

— Corregente junto con mi pupilo, el divinísimo Tolomeo XIII —dijo Potino, pronunciando las palabras con deliberada lentitud—. Las reinas no se ocupan de los detalles corrientes.

— Las reinas que no se ocupan de los detalles corrientes no tardan en ignorar los más importantes. —Le miré enfurecida. O sea que ya empezamos a cruzar nuestras espadas—. Tú puedes ocuparte del anuncio de la muerte del Rey y de mi coronación.

— De la tuya y de la de Tolomeo XIII.

Estaba comprobando que la situación iba a ser muy desagradable.

— Sí —dije, permitiéndole ganar aquella partida—. Por favor, procura que sea lo antes posible. Tendremos que dirigirnos al pueblo desde las gradas del templo de Serapis y ser coronados conforme a los ritos tolemaicos. Después me gustaría ser coronada también en Menfis, siguiendo la antigua costumbre de los faraones. Encárgate de que así sea.

De ese modo lo tendría ocupado.

Mientras la alta figura de Potino se retiraba contoneándose, me volví hacia el lugar donde yacía mi padre. Estaba cambiado y parecía más pequeño. Se me llenó el corazón de tristeza por él y por todas las penalidades que había tenido que sufrir para conservar el trono.

Tus esfuerzos no habrán sido en vano, padre, le prometí. Tus sacrificios darán su fruto. ¡No terminaremos convertidos en una provincia romana!

Treinta días después, en un fresco y ventoso día, Tolomeo y yo, subidos a un dorado carro ceremonial, encabezamos el cortejo de la coronación que recorrería las calles de Alejandría, pasando por delante de millares de curiosos ciudadanos. Yo acababa de cumplir los dieciocho años y mi hermano tenía diez. Aún no había crecido mucho; me llegaba sólo a la barbilla... y eso que yo no soy alta. Pero se puso de puntillas y saludó con la mano a las multitudes que lo vitoreaban, levantando el delgado brazo y asintiendo con la cabeza.

Me giré y vi el carro que trasladaba a Arsinoe y al pequeño Tolomeo, seguido de todos los miembros del Consejo de Regencia:

Potino, naturalmente, el maestro Teodoto y Aquilas, general de las tropas egipcias. Potino, con sus piernas exageradamente largas (como suelen tener los eunucos), destacaba al lado de los otros dos. Se les veía casi contentos y era evidente que imaginaban un brillante futuro. Detrás de ellos iban los ministros del Reino seguidos de la Guardia Macedonia a pie. Las vueltas de las ruedas del carro lanzaban guiños dorados a lo largo de todo el camino.

Salimos del recinto del palacio real, rodeamos el puerto, giramos al llegar al templo de Neptuno y atravesamos el Foro. Torcimos al oeste y pasamos junto al Soma. «Alejandro, ¿estás orgulloso de mí?», hubiera querido preguntarle a su tumba al pasar por su lado. Casi me pareció oír mentalmente su respuesta: «Todavía no, porque aún no ha ocurrido nada.»

Miles de personas aguardaban al otro lado del Soma, bajo la sombra de los pórticos que rodeaban el Gymnasion y las salas de justicia. Un poco más abajo, la gente se arremolinaba en las gradas del Museion, sobre todo estudiosos y alumnos. Reconocí las distintas escuelas de filosofía por los estilos de las barbas de sus representantes. La colina coronada por el gran templo de Serapis ya había aparecido ante nuestros ojos. Era la única colina natural de Alejandría y constituía un lugar muy apropiado para el dios de nuestra ciudad. El templo era famoso en todo el mundo civilizado por su sobrecogedora belleza: una enorme e impresionante mole, recortándose contra el cielo, siempre con una cortina de veloces nubes a su espalda. En el interior del edificio de mármol se levantaba la estatua de marfil dorado del dios, la cual, a pesar de no ser tan grande como la de Zeus en Olimpia, era un auténtico prodigio de belleza y majestad.

El recinto del templo formaba una elevación, y la multitud tuvo que quedarse fuera cuando nosotros entramos. Sin embargo, todo el mundo nos pudo ver cuando descendimos del carro y subimos lentamente las gradas del templo, acercándonos a los sacerdotes que nos aguardaban vestidos con sus túnicas escarlata.

Se echaron los mantos morados sobre los hombros y nos acompañaron a la fría y oscura sala de mármol del interior. Mientras nos acercábamos muy despacio a la estatua de Serapis, el sagrado fuego que ardía delante de ella estalló en una repentina llamarada.

— Un buen augurio —dijo uno de los sacerdotes—. El dios os recibe benignamente.

Trajeron una vasija de plata con dos asas y vertieron un poco de agua en un cuenco de oro. Teníamos que sumergir los dedos en el agua sagrada y tocarnos la lengua con una gota.

— El dios os ha elegido para gobernar —dijo el sacerdote.

Entraron en un relicario que había detrás de la estatua y sacaron un pequeño cofre reforzado con herrajes y sellado con una cerradura cuajada de piedras preciosas. Uno de los sacerdotes tenía la llave colgada alrededor del cuello; la introdujo en la cerradura y abrió el cofre.

Con trémulas manos sacó dos sencillas cintas de tela: la diadema macedonia. Uno de los sacerdotes me entregó la mía.

— Te la tienes que ajustar tú misma.

La tomé en mis manos y la contemplé bajo la débil luz. ¡Era una simple tira de lino, un trozo de tela! ¡Pero cuánto poder transmitía! Eso era lo que llevaba Alejandro, no una corona como otros gobernantes.

Me la coloqué sobre la frente y anudé los extremos en la nuca.

— Ya está hecho, Majestad —dijo el sacerdote.

Me notaba la cinta mucho más ancha y pesada que ninguna que jamás hubiera llevado en la frente.

Repitieron la misma ceremonia con Tolomeo.

— Ahora volved el rostro hacia Serapis y decid: «Aceptamos el estado al que tú nos has llamado; te pedimos ser dignos de tu favor.»

¿Nos reconoció el dios? Oh, Isis, sólo tú lo sabes. ¿Escuchan los dioses todas las palabras o se distraen a veces, se aburren y no prestan atención?

Salimos de nuevo al pórtico del templo, donde la clara luz del día nos azotó los ojos y nos impidió la contemplación de las multitudes que nos aclamaban abajo. El viento nos levantaba un poco las túnicas, como si nos impartiera su bendición al pasar.

Ya era reina. Lucía la sagrada diadema y el día, el pueblo, la ciudad y el propio Egipto me pertenecían... para que yo los amara y los protegiera.

— ¡Oh, pueblo mío! —grité—. ¡Alegrémonos juntos! ¡Y permíteme ser siempre digna de tu amor y tener la sabiduría de conservar Egipto para ti!

Nuestra coronación en Menfis fue algo completamente distinto. Por segunda vez en mi vida, navegué Nilo abajo... ¡pero qué distinto era todo ahora!

La embarcación era una barcaza real con una dorada flor de loto en la proa y bancos de remos... no una barquita con un pequeño camarote. Las orillas del río estaban llenas de gente; todo el mundo había abandonado los campos. Sólo quedaban los asnos atados a sus norias. Todo el mundo sonreía y en sus voces no se advertía el menor matiz de reproche sino tan sólo la suave cadencia de la alegría. Tolomeo y yo permanecimos en la cubierta saludando a la gente con la mano y viéndola deslizarse detrás de los carrizos y las espadañas.

Pasamos por delante de las pirámides y me pareció que tomábamos posesión de ellas. Todo Egipto era mío, todos los monumentos y las arenas del Nilo. Casi no podía hablar de emoción.

Menfis no distaba mucho de las pirámides, y el embarcadero había sido adornado para nuestra llegada con banderas y guirnaldas de lotos. Las palmeras datileras bordeaban el camino, y sus polvorientas hojas se juntaban arriba formando un dosel sobre nuestras cabezas; la gente se encaramaba a ellas y sacudía las ramas para que su susurro nos diera la bienvenida. A través de ellas yo podía ver las murallas de piedra caliza que rodeaban el palacio interior y los templos que habían dado a Menfis su primitivo título de «Ciudad de la Muralla Blanca». Allí se coronaban los faraones y allí había acudido Alejandro para ser coronado rey de Egipto. Desde entonces sus sucesores han venido haciendo lo mismo, rindiendo tributo a las antiguas costumbres y los antiguos dioses.

Antes de la construcción de Alejandría, Menfis había sido la ciudad más grande e importante de Egipto. Allí vivían los faraones y aquél era el lugar donde se escenificaban los misterios de Osiris, lo más sagrado para los egipcios. Aquel día nosotros seríamos iniciados en aquellos misterios por el sumo sacerdote de Ptah, vestido con su larga túnica y su piel de pantera echada sobre los hombros. La ceremonia se celebraría en egipcio y yo me enorgullecía de poder entenderlo todo... el único miembro de mi familia capaz de comprenderlo.

En medio de la luz difusa del templo interior recibimos los símbolos del faraón: el cayado dorado, el mayal, el cetro, las túnicas de lino del Bajo Egipto y las prendas ceremoniales de cuero. Sobre la cabeza nos colocaron el *uraeus* de oro purísimo, la serpiente guardiana de Egipto.

Tomé el cayado y el mayal, rodeándolos firmemente con mis dedos y sintiéndolos casi soldados a mis manos. Juré no soltarlos ni abandonarlos jamás hasta que la muerte me obligara a aflojar la presa. Hasta entonces serían míos... y yo sería suya.

Después tuvimos que cumplir los ritos propios de un faraón. Vestidos con ropajes ceremoniales, tuvimos que uncir el sagrado buey Apis y conducirlo por las calles para mostrar a nuestro pueblo nuestra fortaleza física y nuestra aptitud de guerreros; además, tuvimos que entonar un canto en el que prometimos que jamás seríamos crueles con nadie que se encontrara bajo nuestro dominio, tal como se hallaba el buey bajo su yugo.

En tu templo, oh, Isis, hicimos otros juramentos. ¿Recuerdas aquel día? ¿Recuerdas el día en que me uní a ti con solemnes votos? Prometimos al sacerdote no modificar el calendario, añadiendo o sustrayendo días, no cambiar

los días de fiesta y dejar que los trescientos sesenta y cinco días completaran su curso, tal como estaba establecido. Juramos también proteger la tierra y el agua que nos habían sido encomendadas.

Después sacaron las diademas de Menfis y nos coronaron faraones del Alto y del Bajo Egipto. Ya no se usaba la pesada doble corona del viejo reino sino que se había adoptado la diadema. El lienzo era de lino cultivado en un campo consagrado a Ptah.

Aquél fue el verdadero día de mi boda, mi boda con aquello que, si estuviera en mi mano conseguirlo, viviría para siempre: Egipto. Conservo las diademas y las túnicas de aquellas ceremonias. Mis cuatro matrimonios con hombres terrenales no han sobrevivido, pues nada humano puede durar. Pero Egipto...

Una vez finalizadas las ceremonias y cumplidos todos los ritos, me dispuse a tomar el poder. El Consejo de Regencia intentó ponerme trabas en nombre de su protegido Tolomeo XIII. Insistieron en que me casara inmediatamente con él. Yo di largas. Demasiadas ceremonias juntas causan desconcierto, dije. Al pueblo le gustan las ceremonias, pero hay que repartirlas poco a poco como golosinas para evitar que se le indigesten. De momento, las fastuosas ceremonias públicas del entierro del Rey, seguidas del cortejo de la coronación y los banquetes que se habían celebrado por toda la ciudad, eran más que suficiente.

Estábamos todos reunidos en el salón del trono del palacio de alabastro, aquel donde muy poco tiempo atrás yo había servido a mis hermanas, el de las puertas de carey y los tronos incrustados de piedras preciosas. Yo no estaba sentada sino que paseaba arriba y abajo delante de aquellos hombres. Eran mucho más altos que yo y convenía que lo recordara. Potino era más alto que los otros; tenía unas piernas como palillos, pero un pecho cubierto de adiposidades en lugar de músculos. Con su larga nariz y sus ojos penetrantes y juntos me recordaba un ibis sagrado, por más que distara mucho de ser sagrado.

—Majestad—dijo con una infantil cadencia, a la que él había conseguido conferir un tono tranquilizador—, si eso crees, no sabes cómo es el pueblo. Jamás sufre un hartazgo de festejos.

—Y el pueblo está deseando verte casada—añadió Teodoto, mi antiguo tutor traspasado posteriormente a Tolomeo, un hombrecillo que constantemente se reía y que trataba de disimular su calva dejándose crecer unos largos rizos laterales para poder cubrirsela con ellos. También había adquirido la costumbre de ceñirse la frente con una cinta, como el supervisor de un Gymnasion.

—No acierto a comprender por qué—dije—. Nada cambiaría con eso. Tolomeo no es un príncipe extranjero que pueda llevar consigo una alianza, y difícilmente podríamos tener un heredero en estos momentos.

—¡Fue una orden expresa de tu padre!—chilló Aquilas.

Era el comandante egipcio del Ejército y procedía del Alto Egipto, cuna tradicional de los mejores soldados. Su delgada complexión y su piel morena le conferían el aspecto de un personaje de pintura funeraria. Siempre me lo

imaginaba con la faldita plateada que se mostraba en las antiguas pinturas; pero, como es natural, él llevaba lo último en atuendos militares, con peto de bronce y grebas. Había adoptado un nombre griego, como muchos otros egipcios que deseaban congraciarse con las autoridades. Probablemente su verdadero nombre era «Predilecto de Amón» o algo por el estilo.

— Y yo la cumpliré —le dije—. Aprecio a mi padre. ¿Acaso no he añadido a mi nombre de Cleopatra el calificativo de Filopátor, «La que Ama a Su Padre», aparte de mis restantes títulos?

Miré a mis tres enemigos, pues por tales los tenía.

— La obediencia es la mejor manera de honrar a un progenitor —dijo Potino.

— Y la mejor manera de honrar a vuestra Reina —les recordé yo—. Sois no sólo los consejeros de Tolomeo sino también mis súbditos.

Por mi parte, yo no tenía consejeros ni sabios y prudentes mentores con quienes pudiera consultar. Estaba rodeada de enemigos por todas partes; mis amigos eran todos más jóvenes o menos poderosos que yo. El trío que tenía delante me parecía cada vez más imponente, y sus penetrantes ojos cada vez más crueles.

Me miraron enfurecidos.

— Por supuesto que te obedeceremos y te honraremos —dijo Aquilas con su monótono acento egipcio—. Pero no debes olvidar tus deberes para con tu hermano y corregente.

— No lo haré —contesté.

Tolomeo XIII tenía asegurado un lugar en la corte y en la historia. Pero ¿y los demás? ¿Qué harían Arsinoe y el pequeño Tolomeo mientras nosotros gobernáramos? ¿Limitarse a esperar en el palacio... hasta que les tocara el turno? ¿Volar en círculo como buitres? Me estremecí al pensarlo.

— ¡No tengo el menor deseo de provocar una guerra civil! —les solté. Mejor que supieran que sabía por dónde iban—. ¡Pero gobernaré en mi corte y en mi país!

¡Si no hubieran sido tan altos! Los que denigran la fuerza y el poderío físicos nunca han tenido que estirar el cuello para mirar a un enemigo a los ojos ni han tenido que acercarse a un escabel para mirar a través de una alta ventana.

— Como de costumbre, los romanos nos están dando mal ejemplo —dijo desdeñosamente Aquilas, concentrándose en la primera parte de mi frase e ignorando la segunda—. Están a punto de lanzarse a otra tanda de guerras civiles, esta vez entre Julio César y Pompeyo Magno. Si tenemos suerte, de paso se destruirán el uno al otro.

Husmeó el aire como un galgo que olfateara un rastro.

— Si Pompeyo nos envía una petición, tendremos que responder —dije yo.

Había sido aliado de mi padre y ahora, si cambiaran las tornas, era posible que necesitara nuestra ayuda. César era el responsable del cobro del dinero que Egipto le debía a Roma. Confiaba en que fuera derrotado. Pero si ello ocurriera, Egipto seguiría siendo más pobre, pues antes habríamos tenido que ayudar a Pompeyo a pertrecharse para poder vencerlo. Y alguien se encargaría de cobrar la deuda de César...

— ¿Por qué? Egipto está muy lejos de Roma. Podemos desoír la petición —terció Potino.

¿Aquél era el hombre que se tenía por un sabio y sofisticado consejero? Evité responder con un resoplido de burla.

— ¿Cómo un niño que finge no haber oído a su madre llamándolo para que se vaya a la cama? No, Potino, así obran los cobardes. Y aunque la ciudad de Roma esté muy lejos de Alejandría —unas mil doscientas millas—, el poder de Roma y los ejércitos de Roma están tan cerca de nosotros como Jerusalén, a sólo unas trescientas millas de aquí. ¿Recuerdas con cuánta rapidez se plantaron aquí Gabinio y sus tropas? No, no podemos desoír la llamada de Roma, aunque podemos formular la respuesta que más nos convenga.

— ¿Y cuál sería ésta? —preguntó Teodoto.

Casi había olvidado su presencia, eclipsada por los otros dos.

— Que lo haremos... más adelante.

— ¡Justo la misma respuesta que nos has dado a nosotros a propósito de la boda! —replicó Potino—. ¡Eso no engaña a nadie!

— No se pretende engañar a nadie —dije con la mayor solemnidad posible—. Hay dilaciones auténticas, dilaciones diplomáticas y dilaciones obstruccionistas; hay tantos tipos de dilaciones como situaciones. No habrás querido insinuar que vuestra petición de que me case de inmediato con mi hermano es exactamente lo mismo que una orden de los romanos, ¿verdad?

— No es una orden... —dijo Aquilas.

— Es un juego de palabras —dije, interrumpiéndole—. Me habéis hecho una petición. Y yo la he rechazado, de momento. Es suficiente. Podéis retiraros.

Con los rostros lívidos de rabia, se inclinaron en una profunda reverencia y abandonaron la estancia sin darme la espalda.

Me habían obligado a ser brusca con ellos. Intuí que los días de las cortesías ya habían pasado. Intuí también que pronto me vería obligada a buscarme unos fieles partidarios y seguidores.

Tenía que atender a un sinfín de pequeños detalles, de esos que fácilmente se confunden con la auténtica acción y con las decisiones importantes. (Sin embargo, un gobernante jamás los debe pasar por alto. Un gobernante tiene que hacer y ser muchas cosas a la vez. No es de extrañar que casi todos fracasen.) Los aposentos del Rey, los más hermosos de todo el recinto del palacio, estaban vacíos. Yo me había abstenido de ocuparlos, pero ahora me daba cuenta de que

había sido una estupidez. ¿Por qué no honrar a mi padre viviendo allí? ¿Quién hubiera tenido más derecho a hacerlo? En todo el piso superior del palacio de alabastro, los aposentos reales se extendían desde la punta noroeste del promontorio de Loquias, desde donde se podía contemplar el Faro más allá de las aguas azul turquesa del puerto, hasta el sudeste, cara al mar abierto. Las brisas soplaban constantemente desde una ventana abierta a otra, manteniendo los pavimentos de ónice tan deliciosamente frescos como los perfumados helados que solíamos comer en verano. La luz recorría los aposentos a lo largo de todo el día, atravesando el suelo mientras el sol pasaba de una ventana a la siguiente, convirtiendo todas las estancias en un gran reloj de sol. Por la noche la luna hacía lo mismo. El rumor del mar era tan agradable que a nadie le apetecía llamar a los músicos para que compitieran con su consoladora voz. Los aposentos reales parecían una morada mágica suspendida en el aire.

Mientras los recorría, preguntándome qué podría pedir o qué cambios podría introducir, me sorprendió la manía de mi padre de coleccionar cosas. Tenía lechos de ébano de África con incrustaciones de marfil del país de Punt; mesas de metal trabajado a mano de Damasco; almohadones bordados de Siria; alfombras de la India y colgaduras de seda del Lejano Oriente. Había jarrones griegos y candelabros de Nubia, relojes de plata y clepsidras de Roma. Del propio Egipto había relieves de los dioses en basalto y pórfido, y preciosas vasijas de cristal multicolor, una especialidad de Alejandría. Entrar en sus aposentos era como entrar en un mercado de objetos de todo el mundo en el que los productos no los vendían los mercaderes sino tan sólo los artistas. Las transparentes colgaduras de seda blanca de las ventanas se hinchaban y agitaban por efecto de la suave brisa, como si quisieran arrojar sobre los objetos distintas luces para que yo pudiera apreciar por entero su belleza.

La sala de su vestuario era tan grande como un salón normal de audiencias de un palacio y estaba llena a rebosar de túnicas, mantos, sandalias y capas. Sonreí recordando lo mucho que le gustaba vestirse para las ceremonias. Pero a diferencia de sus relojes, su vestuario no podría pasar a mis manos. Mientras lo contemplaba, advertí la presencia de alguien a mi espalda. Giré en redondo y vi el rostro conocido de una de las criadas de la sala interior.

— No te había visto —le dije—. ¿Cómo te llamas?

— Carmiana, Majestad —contestó. Tenía una voz muy ronca y profunda—. Te pido perdón. No quería asustarte.

— ¿Eras la encargada del vestuario del Rey?

— Sí. Una tarea muy agradable —contestó sonriendo.

Tenía una cautivadora sonrisa y observé que hablaba con un marcado acento macedonio.

— ¿Eres macedonia? —le pregunté.

Por su aspecto, lo parecía: cabello rubio leonado y ojos de color gris ahumado.



— Lo soy. Me condujeron aquí para servir a Su Majestad tras su estancia en Atenas. —Hizo una discreta pausa. Ambas sabíamos por qué razón el Rey había estado en Atenas; se dirigía a Roma tras haber sido derrocado—. Me dijeron que nuestras familias estaban lejanamente emparentadas.

Me gustaba la tal Carmiana, o quizá simplemente me sentía fascinada por su voz y su porte. Tardaría algún tiempo en averiguar cuál de las dos cosas me había llamado la atención.

— ¿Te gustaría regresar a Atenas o prefieres quedarte aquí y encargarte de mi vestuario?

Necesitaba urgentemente a alguien. La nodriza de mi infancia apenas sabía nada de ropa, como no fuera que la leche quitaba las quemaduras y que había que echar inmediatamente sal sobre las manchas de vino tinto.

Esbozó una ancha sonrisa.

— Si tú me consideras digna, me sentiría sumamente honrada de poder quedarme contigo.

— ¿Digna? Una persona capaz de seleccionar y revisar todo esto... — señalé con un gesto de la mano los fulgurantes montones de sedas y brocados— podrá supervisar sin duda cualquier cosa que yo tenga. Pero ¿qué vamos a hacer con todo eso?

— Te aconsejo que lo guardes para cuando tengas un hijo que se lo pueda poner.

— Pasará tanto tiempo que ya no se estilará.

— Las prendas de calidad siempre se estilan.

Su voz profunda y cálida envolvía y acunaba las palabras.

Ahora va tenía un principio de servidumbre. Nombraría a Mardo escriba y administrador principal de mi casa. Llevaba un año sin apenas verle, pero nuestra amistad seguía siendo muy sólida cuando nos encontrábamos. Y Olimpo, que ahora estaba estudiando medicina en el Museion, sería mi médico. ¡Podría estar segura de que él no me envenenaría! Pero necesitaba a un soldado, a un militar fuerte y bien preparado para contrapesar la influencia de Aquilas. No conocía a nadie así. Tenía a mi disposición la Guardia Macedonia que vigilaba el recinto del palacio, pero las tres legiones romanas —integradas en buena parte por gigantescos bárbaros de la Galia y la Germania— estaban bajo las órdenes de un comandante romano, y el Ejército egipcio se encontraba bajo el mando de Aquilas. Aunque los macedonios se pusieran completamente de mi parte, las legiones y los egipcios los superaban en número. Tendría que esperar a ver qué me tenía reservado el destino.

EN otros tiempos, Egipto había estado protegido por sus desiertos orientales y occidentales. Y nosotros estábamos en nuestro valle del Nilo, lejos del alcance del resto del mundo. Sin embargo, los beduinos habían cruzado nuestras fronteras occidentales a lomos de sus camellos y ahora los ejércitos podían avanzar por tierra a través de Siria hasta nuestras fronteras orientales. Formábamos parte de un mundo más grande y lo que ocurriera en otro lugar nos afectaba directamente. Así pues, la primera crisis de mi reinado se produjo no a causa de algún acontecimiento de Egipto sino de los acontecimientos de otros países.

En pocas palabras: los partos (¡Oh, Isis, cuánto llegaría a aborrecer este nombre! ¡Los partos han sido el azote de todas mis esperanzas!) habían alterado el orden en la provincia romana de Siria, y el nuevo gobernador romano de allí, Calpurnio Bíbulo, nos había exigido la devolución de las legiones romanas para llevar a cabo una acción de represalia contra ellos. Envié a sus dos hijos para que se pusieran al frente de las tropas y las sacaran de Egipto. Los soldados, que ya se habían asentado en el país, no querían irse, de modo que se abalanzaron sobre los hijos del gobernador y, lejos de obedecerles, los mataron.

Como los insensatos rebeldes de todas partes, que no piensan más allá del acto de la rebelión, los soldados exultaban de júbilo, y los ciudadanos de Alejandría se alegraban con ellos pues cualquier desafío a Roma los llenaba de entusiasmo. Por su parte, Potino y sus secuaces no cabían en sí de gozo. Se había descargado un golpe contra Roma, aunque éste no hubiera sido más que el simple asesinato de dos indefensos enviados.

Convoqué una reunión en las salas del consejo real. Yo ocupaba el asiento de honor de la Reina cuando entraron los miembros del Consejo de Regencia, empujando a Tolomeo como si fuera un rehén.

— Mi hermano puede sentarse aquí a mi lado —dije, indicando el otro asiento real. ¡Que por una vez por lo menos pudiera apartarse de ellos!—. Los demás os sentaréis aquí. —Había un banco ricamente dorado para todos ellos, incluido Mardo—. Ya sabéis para qué he convocado este consejo —añadí. Hacía un día espléndido, luminoso y deslumbrador. Los barcos de la flota se mecían suavemente en el puerto—. Los hijos del gobernador romano de Siria han sido asesinados nada menos que por las tropas a cuyo frente se hubieran tenido que poner.

— ¡Eso no lo hemos hecho nosotros! —graznó Tolomeo—. ¡Lo han hecho las tropas romanas! ¡Nosotros no tenemos la culpa! Potino asintió enfáticamente con la cabeza.

— ¿Así aconsejas a tu príncipe? —pregunté—. Su juventud lo disculpa, pero si tu crees eso de verdad, ¡no mereces pertenecer a ningún consejo, ni

siquiera a un consejo encargado de repartir abono de boñigas de asno!

Me complació ver que la sonrisa se borraba de su rostro.

— Los soldados no quieren abandonar Egipto —dijo Potino—. Ya se han asentado aquí, se han casado y tienen hijos.

— ¿Significa eso que ya no son soldados sino civiles? —pregunté—. En tal caso, no los echaremos de menos si se van pues ya no cumplen el servicio que tendrían que cumplir. Maldita la falta que nos hacen los civiles. Ya tenemos un millón en la ciudad. —Los miré a todos. Había llegado el momento de hablar claro—. Los asesinos tienen que ser detenidos y entregados a Bíbulo.

— ¡No! —gritó Teodoto—. ¡Eso equivaldría a reconocerle como nuestro amo! ¡Somos un estado soberano!

— Los verdaderos estados soberanos, no los que simplemente lo parecen, acatan las leyes civilizadas. Controlar a nuestro pueblo y ofrecernos a subsanar los errores no es un signo de debilidad sino de fuerza.

— ¡Lo que ocurre —dijo despectivamente Potino— es que tienes miedo a los romanos y por eso te acobardas y te humillas ante ellos!

¿Cómo se atrevía a hablarme de aquel modo? ¡Humillarme!

— Eres tú quien humilla a Egipto, defendiendo la anarquía y el insulto —dije finalmente—. Veo que amas muy poco a tu país.

— ¡Amo a Egipto más de lo que tú te imaginas! —replicó.

— Pues entonces haz lo que se te ordena —dije—. Busca a los asesinos. Tráelos a mi presencia. Si no te apetece enviarlos a Bíbulo, deja que lo haga yo. —Me volví hacia mi hermano—. ¿Tienes algo que decir?

Sacudió la cabeza.

— Pues muy bien. Cumple mis instrucciones, Potino.

El espigado eunuco permaneció sentado tan rígidamente como una estatua en un templo.

Cuando se retiraron los miembros del consejo me sentí sin fuerzas. Sabía que estaba haciendo lo que debía pero ¿era políticamente prudente? Me ganaría la enemistad de los alejandrinos, aunque insultar a los romanos equivalía a exponerse a un peligro más grave; ellos jamás olvidaban los desaires y las derrotas. Me habían sorprendido sin protección, como a un animal en campo raso.

Los asesinos —tres hombres de aspecto de lo más vulgar— fueron detenidos y enviados a Bíbulo para responder de sus actos. El gobernador romano nos sorprendió actuando dentro de la más estricta legalidad. A pesar de que sus hijos habían sido asesinados, dijo, la ley romana le impedía castigar a los asesinos; era una cuestión que correspondía juzgar al Senado. El no se tomaría la justicia por su mano.

¡Oh, el derecho romano! Si yo alguna vez viera a los asesinos de mis hijos, me olvidaría de cualquier derecho que no fuera el de la eterna venganza por su

muerte... la prerrogativa de una madre. Las leyes sólo pueden llegar hasta un punto determinado y nos fallan en el momento crucial. No sustituyen a la justicia. Los dioses griegos saben más de eso que el derecho romano.

El asunto de Bíbulo puso al pueblo en contra de mí con tanta certeza que casi pensé que todo había sido una intriga de Potino. (Sé que no fue así pero ¿por qué razón los dioses le fueron favorables, Isis?) Me llamaban «la amante de los romanos» y «la esclava romana», y decían que era digna hija de mi padre. Lo habían echado del trono porque se había arrastrado ante los romanos y yo estaba haciendo lo mismo. ¡Que se vaya!, decían.

Por si eso no hubiera sido suficiente, poco después llegó a Egipto el hijo de Pompeyo para pedir tropas y provisiones con vistas a su inminente enfrentamiento con César. Tuvimos que entregárselas, y así fue como las tropas acabaron sirviendo a Roma. Enviamos sesenta barcos junto con centenares de soldados. Pompeyo y sus seguidores habían sido expulsados de la península Itálica por César, el cual había desafiado al Senado romano y se había comportado como si fuera dueño de su propio destino. Decían que era el más afortunado de todos los mortales; también decían que su mejor arma era la velocidad, pues podía plantarse en un lugar antes de que sus enemigos se dieran cuenta de que había iniciado la marcha. Decían que era capaz de recorrer cien millas al día y de realizar ataques tan rápidos como un relámpago.

Aquí tengo que refutar una insidia de la propaganda romana que me arrojaron encima junto con todas las demás injurias de las que más adelante me hizo objeto Octavio: la de que Pompeyo el menor y yo nos hicimos amantes en el transcurso de su visita a Alejandría. Lo recibí, ofrecí banquetes en su honor y le mostré con orgullo la ciudad, pero él ni siquiera me tocó la mano. De haberlo hecho, hubiera incumplido todos los principios del protocolo. Yo era virgen y tan celosa de mi castidad como Atenea. ¡Además, el hijo de Pompeyo no era demasiado apuesto!

Otra cosa que entonces obró en mi contra fue el Nilo. En su última crecida no había alcanzado el nivel requerido, y la consecuencia inevitable fue la escasez de alimentos. Los científicos habían elaborado una tabla del nivel exacto que tenía que alcanzar el Nilo para garantizar las cosechas, y a los niveles inferiores los llamaban «los codos de la muerte». Aquel año el nivel del gran río estuvo por debajo de aquel límite mortal.

Los dioses envían las aguas o las retienen, pero siempre se echa la culpa a los gobernantes. Di orden de que se racionaran los cereales de la cosecha del año anterior, pero ocurrió lo de siempre: no hubo suficiente, aunque los especuladores se las ingeniaron para disponer de abundantes provisiones. La gente se moría de hambre. En Alejandría estallaron disturbios. En la campiña había amenazas de sublevaciones. Cuanto más subía uno Nilo arriba hacia el Alto Egipto, tanto mayor era la animosidad del pueblo. Estando tan lejos, las gentes de allí jamás se habían sentido auténticamente unidas al estado tolemaico y ahora estaban empezando a alejarse.

Por aquel entonces acababa de morir el toro sagrado de Hermontis y se

tenía que llevar a cabo el nombramiento de su sucesor. Se trataba de una complicada ceremonia en la que el nuevo toro sagrado tenía que ser escoltado en su navegación por el Nilo hasta su sagrado recinto. Antiguamente los faraones tomaban parte en la procesión fluvial, pero ningún Tolomeo lo había hecho jamás. Hermontis era uno de los mayores hervideros de hostilidad, situada a pocas millas de Tebas, río arriba. Considere políticamente oportuno participar en la ceremonia. Permanecería unos cuantos días apartada de las intrigas de palacio y reforzaría mi posición, tratando de ganarme el apoyo de aquella peligrosa región. Así pues, subí a la barcaza real. Estaba deseando emprender aquel viaje que, según los cálculos, duraría unos diez días.

Me senté en la popa de la embarcación, protegida por los toldos, y vi pasar la campiña de mi país. Contemplé el bajo nivel del Nilo mientras navegábamos río arriba, pasando por delante de las pirámides y de Menfis con su blanca muralla brillando bajo el sol del mediodía, los verdes campos tachonados de palmeras, las orillas bordeadas de tierra negro rojiza, los asnos y las norias y las casas de adobe. La franja de tierra de la orilla del río era siempre la misma; lo que cambiaba era el fondo. Más allá de la franja, el desierto era a veces dorado y arenoso, otras veces parecía una blanca y desolada extensión de ceniza, y otras una sucesión de pedregosos riscos. El tamaño de la cinta verde fue palideciendo y aumentando desde menos de una milla hasta casi diez, pero siempre se podía ver dónde terminaba y empezaba el desierto.

Los primeros Lágidas habían fundado varias ciudades en toda la costa del mar Rojo, a las que habían dado los nombres de sus reinas: Cleopatris, Arsinoe, Berenice. Berenice, la más sureña, era el lugar, desde donde se transportaban los elefantes capturados en África. El comercio de los elefantes había disminuido considerablemente en los últimos tiempos. Ya no se consideraban una novedad en la guerra, como lo fueran antaño. Julio César había perfeccionado la técnica para ponerlos en fuga y ahora habían perdido su valor de arma terrorífica.

Julio César... sentía curiosidad por él. Como soldado, me parecía extraordinario y extremadamente ingenioso. La cuestión de los elefantes... ¿cómo era posible que nadie antes que él hubiera sabido aprovechar sus puntos débiles con tanta eficacia? Es fácil provocar una estampida en estos animales: si se les asusta con una descarga de piedras o armas arrojadas, dan media vuelta y se echan sobre sus propias tropas. Durante muchos siglos los elefantes han sido altamente apreciados como máquinas de guerra. Pero en los tiempos más recientes, César los había convertido en algo casi superado. ¿Cómo se atrevía Pompeyo a plantarle cara? Por mi parte, yo hubiera deseado no tener que tomar partido por ninguno de los dos. Era algo que no presagiaba nada bueno para Egipto.

Un poco más allá pasamos por delante de Tebas, con sus impresionantes templos. Era un reducto del antiguo Egipto, donde los sacerdotes de los templos de Amón ejercían todavía un gran poder sobre el pueblo. El cuarto Tolomeo se había tenido que enfrentar con una dinastía rival originaria de aquella región y estaba tan empeñado en acabar con ella que perdió buena parte del territorio egipcio de ultramar... un territorio que jamás se recuperó. Los sacerdotes y sus

acompañantes ocupaban las gradas de la orilla del río y yo podía oír la sagrada y fúnebre música que entonaban a modo de saludo a nuestro paso. A su espalda se elevaban unos gigantescos templos cuya mole los empequeñecía. El perfume del incienso flotaba sobre el agua.

Al décimo día de nuestro viaje apareció Hermontis, nuestro destino, junto a la orilla occidental del Nilo. Era una pequeña ciudad sin ningún aliciente especial, aparte el templo del Bucheum con el recinto donde residía el toro sagrado que se veneraba como encarnación de Amón. Debajo del templo hay unas largas galerías en las que se enterraban los toros momificados. El pueblo se había congregado en la orilla. Los sacerdotes, con las cabezas rapadas y vestidos con blancas túnicas de lino, nos esperaban para darnos la bienvenida. Todos los rostros nos miraban con expectación. «¿Es ésta la Reina? —pensaban—. ¿Nos podemos acercar? ¿De veras es una diosa?»

En aquel momento me alegré de haber hecho aquel largo viaje para poder ser recibida finalmente con inequívocas muestras de respeto. Que mi hermano se quedara en Alejandría, donde se nos trataba como a unos seres excesivamente humanos... e innecesarios. Yo experimentaba un júbilo inenarrable y una sensación tan grande de liberación como si pudiera respirar por primera vez en mi vida.

— ¡Majestad —me dijo el más anciano de los sacerdotes—, el toro sagrado exulta de gozo, porque has venido a escoltarlo!

Aunque no me gustaran demasiado los toros, yo también exultaba de gozo. A la muerte del anterior toro Buchis, se había efectuado la búsqueda de su sucesor arriba y abajo del Nilo. Lo habían encontrado muy cerca de allí, para gran alegría de su propietario.

La ceremonia consistía en colocar al animal —que tenía que ser de color pardo, con cuernos blancos y cola blanca— en una embarcación especialmente construida para él, amarrada unas cuantas millas río arriba, cerca de los pastos que le estaban reservados. El toro lucía una corona de oro y lapislázuli y una redcilla en la cara para protegerlo de las moscas. Estaba adornado con guirnaldas de flores y, mientras su cuidador lo conducía a la rampa, yo observé que le habían pintado las pezuñas de rojo. Parecía un toro muy dulce dentro de lo que cabía esperar de un toro. Confiaba en que tuviera una larga y apacible existencia en Hermontis, con vacas dispuestas a satisfacer todos sus caprichos, lo cual no sería nada fácil, tratándose de un ser tan divino y singular.

Las plateadas puntas de los remos de la embarcación brillaban cada vez que emergían a la superficie, lanzando al aire una rociada de agua. El toro se dirigía plácidamente a su destino mientras la embarcación se mecía suavemente sobre el río.

Hubo grandes festejos según la costumbre. Los sacerdotes habían organizado espléndidos banquetes para todos los habitantes de la región, pues la entronización de un nuevo toro era un acontecimiento excepcional habida cuenta de que casi todos ellos superan con creces los veinte años de vida. El sumo sacerdote celebró un festín privado en nuestro honor con todos los productos de la

tierra: cebollas, puerros, ajos, lentejas, garbanzos, espinacas, lechugas y zanahorias. Las carnes fueron de cabra y cordero, y de piezas de caza como gacela e íbice. Por deferencia al toro sagrado, no se sirvió carne de buey.

— Erigiremos una lápida ceremonial para conmemorar tu presencia aquí — dijo el sumo sacerdote—. Este acontecimiento pervivirá por siempre jamás, mientras haya hombres que puedan leerla.

Me sirvieron una bandeja de hortalizas aliñadas con aceite del árbol *bak* y sazónada con hierbas.

— Parece que habéis tenido una buena cosecha —dije yo—. ¿Cómo habéis recolectado todos estos productos para alimentarnos no sólo a nosotros sino a toda esta multitud?

Me miró con semblante abatido.

— Me temo que... debo confesarte, mi Reina, que ha sido extremadamente difícil. La cosecha ha sido muy escasa, porque este año el Nilo nos ha escatimado su ayuda. ¿No has visto lo alto que estaba el embarcadero por encima del agua? Por regla general, las embarcaciones suelen estar al mismo nivel que la plataforma. Ahora hace falta una escalera.

— ¿Y el pueblo cómo vive?

— De momento no hay escasez de alimentos. Estamos rezando para que podamos superar este período de escasez hasta la próxima crecida del Nilo.

A pesar de que estábamos a tres días de navegación de Nubia, yo observé la presencia de un considerable número de rostros inequívocamente nubios entre los sirvientes y los sacerdotes. Pregunté cuál era el motivo.

— Ah, sí, hemos descubierto que los nubios son muy espirituales. Son muy fieles y les atrae el servicio en el templo. Siempre los recibimos con agrado.

La mujer que me servía era una nubia de elevada estatura que se movía con tanto donaire como si la hubieran adiestrado para ser danzarina. Mi anfitrión sacudió la cabeza cuando se lo comenté.

— No, ella es así por naturaleza. Los nubios son ágiles y elegantes en todo lo que hacen, desde la forma en que depositan un plato sobre una mesa hasta la manera en que mueven la cabeza. Nacen con un sentido innato de la dignidad corporal.

— ¿Cómo te llamas? —le pregunté a la mujer cuyos movimientos me habían cautivado.

— Iras, Majestad —me contestó. Al ver mi mirada de asombro, añadió—: Significa «lana», *eiras*, debido a mi cabello.

Hablaba muy bien el griego y me pregunté dónde lo habría aprendido. Posiblemente procedía de una familia muy culta o se habría educado en Tebas o Hermontis. Su cabello era efectivamente lanudo y espeso y lo llevaba peinado al estilo nubio, con las partes laterales muy cortas.

— Haré todo lo que esté en mi mano para que se incrementen las futuras cosechas —le prometí al sumo sacerdote—. Hay que aumentar la profundidad de los canales de riego, lo sé muy bien. Se han llenado de barro. Lo arreglaremos.

— Rezaré cada día a Amón para que así sea —dijo el sacerdote.

Adiviné su tácito pensamiento: «Rezaré cada día para que permanezcas en el trono y puedas cumplir tu promesa.»

Después de la ceremonia de un día y una noche de duración, descansamos en el palacio adosado al templo. Yo tenía intención de regresar a Alejandría dos o tres días después, pero al amanecer llegó un mensajero. Había navegado al doble de velocidad que nosotros, combinando el remo con la vela. Era portador de una triste noticia: el Consejo de Regencia había tomado el poder en nombre de Tolomeo XIII y me había derrocado. Mi ausencia de Alejandría había sido mi ruma.

¡Tan pronto reina y tan pronto depuesta! No podía creerlo. ¿Cómo se habían atrevido...?

— Es cierto —dijo el hombre—. Te pido perdón por tener que comunicarte tan infausta nueva. Consideré conveniente que te lo comunicaran tus amigos antes de que seas oficialmente informada y antes de que se entere el resto del país... para que puedas hacer planes.

Sí. Hacer planes. No pensaba aceptarlo humildemente. ¡Eso jamás!

— Te lo agradezco.

Le dije serenamente que esperara y ordené a Iras, que había sido asignada a nuestro servicio durante nuestra breve estancia allí, que le llevara agua con que lavarse y le sirviera vino para refrescarse.

— Lo haré con sumo gusto —contestó ella, y con su habitual donaire le hizo señas al hombre para que la acompañara a otra estancia.

El sol estaba empezando a traspasar la bruma que cubría el río al amanecer, tiñendo de oro los carrizos de la orilla. La barcaza real me esperaba. Respiré hondo varias veces, apoyada en el alféizar de la ventana.

¿Qué iba a hacer? Me encontraba en el Alto Egipto, el lugar tradicionalmente más hostil al gobierno de Alejandría, y sin embargo parecía que me apreciaban y me apoyaban. ¿Y si intentara reunir un ejército? Los mejores soldados procedían de aquella región, y el propio Aquilas era originario de allí.

Pero ¿cómo podría pagarles? No llevaba dinero. Ahora los usurpadores de Alejandría controlaban no sólo el tesoro sino también la Guardia Macedonia y el ejército egipcio. Yo no podía pertrechar un ejército y tanto menos adiestrarlo con los recursos de que allí disponía. Mi popularidad entre la gente y el aprecio que el pueblo sentía por mí eran muy halagadores pero de nula utilidad militar. Si intentara encabezar un levantamiento desde allí, sólo conseguiría derramar sangre.

Todos aquellos pensamientos se arremolinaron en mi mente a tal velocidad que me quedé sorprendida al darme cuenta de que sólo había respirado una o dos



veces mientras los examinaba. Me agarré con fuerza al alféizar de la ventana.

— Majestad.

Era Mardo. Siempre reconocía su voz. Era suave pero no chillona, ¡gracias fueran dadas a Hermes! Al superar la edad en la que la voz suele cambiar, la suya se había ablandado y fortalecido, pero no había adquirido más profundidad.

No me volví.

— Sabes que puedes llamarme Cleopatra en privado.

— Cleopatra. —Lo dijo de una manera sumamente agradable al oído—. ¿Qué vamos a hacer? —Tras una pausa, añadió—: Sé que no vamos a darnos por vencidos.

— Eso ya está decidido. —Me volví a mirarle—. Ni siquiera gritaré traición. Crecí en un mar de traición, engaño y deslealtad. Nadaba en él como una perca en el Nilo. Me siento completamente a mis anchas en él. No me ahogaré.

— Pero ¿qué vamos a hacer? En la práctica, quiero decir. Las metáforas son muy poéticas, pero ¿qué acción vamos a emprender?

— ¡Ten un poco de paciencia, Mardo! Apenas hace cinco minutos que me he enterado de esta crisis. ¡Déjame pensar!

Fue entonces, Isis, cuando te dirigí una oración para que me ayudaras, para que purificaras mi cabeza de toda vanidad, cólera y locura, de modo que pudiera comprender con toda claridad la situación y aquello que tú, mi guía, querías que hiciera. Con frecuencia nuestros pensamientos humanos no llegan lo bastante lejos. Tomamos primero esto y después aquello y nos confundimos. Permanecí sentada en silencio, acaricié una imagen tuya de plata que llevo, colgada alrededor del cuello y esperé.

Los momentos iban pasando. Aunque mantenía los ojos cerrados, percibía el sol que había empezado a penetrar en la estancia en su ascenso por el cielo. Había gente que iba de acá para allá en el patio, y los sacerdotes estaban entonando cantos mientras se dirigían al pesebre del toro para iniciar las ceremonias de la jornada. Yo seguía esperando.

De pronto me invadió una profunda dulzura. Fue cuando viniste a mí y disipaste todos mis temores y todas mis incertidumbres. Yo era tu hija, tu encarnación en la tierra, y tenía que gobernar. Tendría que abandonar Egipto e irme a Ascalón, en Gaza. Aquella ciudad había sido liberada del dominio de Judea por mi abuelo y había sido favorecida por mi padre. Allí podría reunir un ejército. El cercano reino de los árabes nabateos y el pueblo de Ascalón defenderían mi causa. La vecina provincia de Siria también me sería favorable, pues yo había cumplido las órdenes de Bíbulo. Sí. Todo estaba muy claro.

— Iremos a Gaza —le dije a Mardo.

Me miró consternado.

— ¿Abandonar Egipto?

— Otros lo han hecho antes. No seré el primer Tolomeo que tenga que recuperar su país desde el extranjero. Es el camino más acertado. Egipto sufre los efectos de una escasez de alimentos y no nos puede prestar ayuda. Ascalón cuenta con más recursos.

— Pero ¿cómo nos desplazaremos hasta allí? —preguntó Mardo.

— ¿Acaso no tenemos la barcaza real?

— Sí... una embarcación muy grande, visible desde muy lejos.

— No vendrán a buscarnos al Nilo. Se conformarán con haberse apoderado de Alejandría. Si queremos desalojarlos, deberemos echarlos de Alejandría. Los tenemos que atacar.

— Te has tomado muy en serio a Alejandro.

— Pues claro —contesté sonriendo—. Duplicaremos nuestra velocidad en el Nilo, con remeros que nos ayuden a navegar corriente abajo. Cuando lleguemos al Delta, nos adentraremos en el brazo más oriental del Nilo, dejaremos la barcaza y seguiremos el viejo canal de Neco hasta el mar Rojo y los Lagos Amargos. Allí cruzaremos.

— Evitando el camino que bordea la costa desde Egipto a Gaza.

— Sí. Estoy segura de que lo tendrán vigilado en el fuerte de Pelusio. De esta manera los sortearemos pasando por detrás de ellos.

El anuncio oficial tardaría vanos días en llegar a Tebas o Hermontis. Nos iríamos cuanto antes.

El sumo sacerdote nos sorprendió, presentándose en la puerta de la estancia con la vara en la mano.

— Esta noche he tenido un sueño —dijo—. Temo que algún mal se haya abatido sobre Egipto. He venido para advertirte.

— Tus sueños son ciertos —contesté—. Acaba de llegar un mensajero. — Le expliqué la situación—. Por consiguiente, nos iremos tan pronto como la prudencia nos lo permita. No quiero alarmar al pueblo.

— En tal caso quédate otra noche con nosotros —dijo el sumo sacerdote.

Así lo hicimos, alegrándonos de tener una excusa para descansar un poco antes de emprender la tarea que teníamos por delante.

Al terminar los sacrificios nocturnos en honor del nuevo toro y de Amón, el sacerdote nos bendijo a mí y a todo mi séquito.

— Como regalo de despedida, deseo entregarte una parte de nosotros. Llévate a nuestra servidora Iras. Hemos llegado a apreciarla profundamente, y el hecho de cedértela es un sacrificio. Será un recordatorio viviente de todos nosotros. Y además —añadió sonriendo—, te será más útil que un poema, un collar o un macho cabrío sin tacha.

Me alegré muchísimo, pues curiosamente ya me había encariñado con ella.

Mientras me acompañaban con gran ceremonia a mi barcaza a primera hora de la mañana siguiente, el sumo sacerdote me deslizó una nota en la mano.

— Para que lo sepas —me dijo—. Ya han empezado.

Cuando la desdoblé y la leí, vi que el Consejo de Regencia ya había enviado una orden al Alto Egipto: Todos los cereales y alimentos que se pudieran reunir se deberían enviar directamente a Alejandría. No se deberían enviar provisiones a ningún otro lugar bajo pena de muerte. Me querían matar de hambre.

Solté una carcajada y rompí la nota en pedazos. Estaban tan seguros de sí mismos que habían cometido un error de cálculo. Qué insensatos. No podrían causarme daño en Gaza. Y cuando yo los echara de Alejandría, celebrarían un festín con todos los alimentos que ellos hubieran almacenado. Sí, yo y mis seguidores cenaríamos durante siete noches seguidas con dátiles, higos, melones, frutas de sartén, rábanos, pepinos, patos y gansos. Los sencillos alimentos arrancados de la boca del enemigo son más satisfactorios que los banquetes de manjares exquisitos.

Nadie nos molestó durante nuestra travesía río abajo. Los sudorosos remeros se esforzaron todo lo que pudieron. La corriente era lenta debido al escaso caudal. Cada vez que teníamos que detenernos, la gente se mostraba amable y partidaria de nuestra causa. La noticia se había propagado con más rapidez de lo que yo pensaba y la gente ya se había enterado del golpe de Alejandría, pese a lo cual me seguía manifestando su lealtad y me deseaba buena suerte.

Al acercarnos a la sagrada ciudad de Heliópolis, la de los altos obeliscos, nos dimos cuenta de que muy pronto llegaríamos al lugar donde se ramifica el Nilo. Las verdes franjas de las orillas empezaron a ensancharse cuando entramos en aquella fértil región. La barcaza se adentró en el brazo pelúxico oriental del Nilo, y los hombres remaron de cara al sol.

Se trataba de la región menos egipcia de Egipto, pues los extranjeros llevaban miles de años ocupándola. Los israelitas se habían aposentado allí, y más tarde los hiksos.

Llevábamos algún tiempo navegando cuando vimos los restos del antiguo canal en la orilla oriental. Aún se conservaba la entrada de piedra que protegía la cerradura, pero no había ninguna necesidad de puertas ni de vigilantes. Todo estaba cubierto de carrizos y malas hierbas. Allí deberíamos abandonar la barcaza y seguir el camino del canal a lomos de camellos o asnos. Mientras nos encaramábamos al dique, contemplé las pocas charcas de agua estancada llenas de flores de loto, que eran lo único que quedaba del canal. Por un instante me sentí abrumada por la inmensa tarea que entrañaba el gobierno de un país: Todo enmohece y se desmorona; todo precisa de constante vigilancia y de incesantes reparaciones y para ello se necesitan hombres y dinero. El simple mantenimiento, y no las conquistas ni la expansión, nos agota y nos lleva a la tumba convertidos en unos gobernantes que no hicieron nada memorable. ¿Quién desearía que en su epitafio se dijera tan sólo: «Mantuvo limpios los canales»? Y sin embargo, los

canales se tienen que limpiar de una manera casi rutinaria mientras nos entregamos a propósitos más ambiciosos.

Estábamos bordeando el canal, que seguía una garganta natural. En otros tiempos todo aquello eran campos de labranza, cuyas lindes todavía se podían distinguir. Al desaparecer el agua, habían desaparecido también las cosechas, dando paso enseguida al desierto con sus secos matorrales y sus guijarros de mil tamaños distintos.

El canal tenía unas cincuenta millas de longitud y unía el Nilo con el lago Timsha, uno de los dos Lagos Amargos que desembocaban en el mar rojo. El puerto más cercano era Cleopatris, pero estaba situado en el llamado «golfo infame» por sus traidoras aguas llenas de arrecifes y vegetación.

— Eso está muy cerca del lugar donde cruzaremos —dijo el capitán de mi guardia—. El mar de los Carrizos nos permitirá vadear si los vientos nos son favorables.

— ¿Cómo los legendarios egipcios que persiguieron a los israelitas? — preguntó Mardo.

El soldado lo miró perplejo.

— No sé a qué te refieres —dijo—, pero este vado se conoce desde tiempos muy antiguos. Puede ser muy traidor y tenemos que vigilar dónde ponemos los pies.

— Moisés —dijo Mardo—. Así se llamaba. Está en el libro de las leyendas hebreas. Moisés es un nombre egipcio; tiene algo que ver con Tutmosis.

Pero al capitán egipcio no le interesaba nada de todo aquello.

— Cuando lleguemos a la orilla del mar de los Carrizos nos detendremos y exploraremos las aguas.

— En la historia de Moisés —añadió Mardo—, las aguas eran tan profundas que se ahogó todo el ejército.

— Algunas veces pueden ser muy profundas —reconoció el capitán—. Recemos para que hoy no sea una de estas veces.

Las aguas brillaban a lo lejos, esperándonos. Estaban en calma y presentaban una cruel tonalidad azulada, lo cual significaba que eran aguas estancadas y que estaban llenas de sales amargas. Sus carrizos y su vegetación serían distintos de los que crecían en las aguas frescas.

Cuando finalmente llegamos a la orilla, aspiré el fétido olor de las aguas y la podredumbre. Vi unos aceitosos anillos alrededor de los tallos de los carrizos. Un brillo apagado reflejaba la luz del sol. Y, sin embargo, en las orillas había pájaros que gorjeaban y volaban de tallo en tallo.

— ¡El agua se puede cruzar! —anunció jubilosamente el capitán cuando regresaron los exploradores—. ¡Los guías nos mostrarán el camino! Alquilemos unas embarcaciones de caña y mandaremos que las bestias sean conducidas sin jinete.

Así lo hicimos. Me senté en la pequeña embarcación hecha con tallos de papiro, cuya capacidad de flotación era muy limitada, y me vi rodeada por las malolientes aguas. Tuvimos que abrirnos paso a través de las duras raíces, las cañas y las hojas de las plantas que nos azotaban el rostro y nos producían cortes en las manos. ¡Y el hedor! Los gases que liberábamos al pasar me hicieron sentir ganas de vomitar. Cuando introduje la mano en el agua para agarrar un tallo y no perder el equilibrio, la saqué cubierta por una capa de aceite y de sal maloliente.

¡Jamás los bancos de arena me habían parecido tan limpios y puros como cuando finalmente alcanzamos el otro lado! Apenas habíamos recorrido dos millas, pero estaba segura de que eran las dos millas más desagradables que pudiera haber bajo el sol egipcio.

El resto del viaje transcurrió sin contratiempos. Cubrimos los treinta y cinco millas de arena que mediaban entre el extremo del lago y el Mediterráneo hasta que pudimos contemplar el mar en el que se reflejaba el intenso azul del cielo y las blancas olas en las que se reflejaban las nubes. Después procuramos mantenernos bien apartados del camino que bordeaba la costa.

No nos fue difícil llegar a Gaza, la antigua tierra de los filisteos. En la rica ciudad de Ascalón fui objeto de una cálida acogida y encontré partidarios dispuestos a empuñar las armas contra los usurpadores. Enseguida se corrió la voz de que la reina Cleopatra estaba reuniendo un ejército.

LA noche, una calurosa noche de viento. Yo permanecía acostada en mi tienda sin poder dormir. Tenía un ejército y habíamos acampado justo al otro lado de la frontera de Egipto, muy cerca del lugar por donde habíamos pasado meses atrás. Ahora contaba con casi diez mil hombres, algunos egipcios y algunos árabes nabateos. Eran unos magníficos combatientes.

Pero mi hermano —o mejor sería decir Aquilas— tenía más tropas: lo que quedaba de las antiguas legiones de Gabinio y un considerable número de soldados egipcios y árabes nabateos que había conseguido reclutar. Estaban acampados justo delante de nosotros y ocupaban Pelusio, la fortaleza que guardaba las fronteras orientales de Egipto. No podíamos superar su barrera y tampoco podíamos tomar Alejandría por mar, pues ellos habían cerrado el puerto con cadenas bajo el agua y la flota lo protegía.

Dos meses. Llevábamos dos meses mirándonos a través de las arenas del desierto y hacía un año que había sido desterrada de Alejandría. Yo recibía buenos suministros desde Ascalón, y ellos desde Egipto. ¿Cuánto tiempo tendríamos que permanecer allí?

Me revolvía en mi cama plegable de campaña. Las cuerdas de la parte inferior chirriaban bajo mi peso. Me notaba el cabello húmedo sobre la frente. Cuando finalmente me dormí, tuve unos sueños muy confusos e inquietantes. El cálido viento que soplaba a través de la red que rodeaba la entrada era como el beso de un amante febril... o como lo que yo imaginaba que debía de ser el beso de un amante. Los conocía sólo a través de los sueños, la poesía y mi propia imaginación. La llama de la linterna parpadeaba. En el otro extremo de la tienda, Iras gemía y se agitaba en su camastro. Mientras ella daba vueltas en la cama, me pareció oír un suspiro.

Estábamos en mitad de la noche. Todo el mundo dormía. ¿Por qué yo no podía dormir? Abrí nuevamente los ojos. Más ráfagas de cálido viento. Tuve la sensación de que alguien se encontraba de pie a la puerta de la tienda y de que levantaba la red y entraba. Me desperté sobresaltada... ¿o acaso estaba soñando? Me pareció ver a una mujer de elevada estatura que sostenía en sus manos una cornucopia. ¿El emblema de nuestra dinastía? La mujer guardaba silencio. No podía verle el rostro. Sí, estaba soñando, pues poco después entró en la tienda un visitante de verdad y el sonido que oí cuando levantó el faldón de la entrada fue totalmente distinto.

— ¡Mardo! —exclamé al reconocer su fornida figura.

— ¡Chsss! —Mardo se acercó a mi cama y se inclinó hacia mí—. Ha ocurrido algo terrible —me dijo en un trémulo susurro.

Me incorporé en la cama y, rodeándole el hombro con mi brazo, le pregunté en voz baja:

— Dime qué es. No me ocultes nada.

— Nuestro país se ha deshonrado ante el mundo. ¡Pobre Egipto!

— ¿Cómo?

— ¡Una traición! ¡Una traición imperdonable!

— ¡En nombre de Isis, deja ya de lloriquear y dímelo de una vez!

— ¡Tolomeo ha matado a Pompeyo!

— ¿Pero cómo? —fue lo único que conseguí preguntar en medio de mi asombro.

¿El pequeño Tolomeo con sus frágiles bracitos había asesinado al poderoso Pompeyo?

— Le tendieron una trampa, mintieron...

De repente, Mardo interrumpió su relato. Iras se estaba despertando.

— No te preocupes. Puedes hablar delante de ella.

Había aprendido a confiar en Iras y a fiarme de su sereno y reposado sentido común.

— El derrotado Pompeyo se estaba dirigiendo a Egipto —explicó Mardo, empezando de nuevo por el principio.

En medio de todos mis quebraderos de cabeza, me había olvidado de los romanos. Durante mi exilio, Pompeyo y César se habían enfrentado en la batalla de Farsalia en Grecia. César había ganado, pero Pompeyo y un puñado de hombres habían salvado la vida. Yo lo sabía aunque lo cierto es que no me había importado demasiado. Las desgracias de Roma no eran nada comparadas con las mías.

— Quería reunir otro ejército. Venía a Egipto para reagrupar sus fuerzas. En su calidad de custodio de Tolomeo —pues eso decía él que tu padre lo había nombrado en su testamento—, Tolomeo le debía lealtad y estaba obligado a ofrecerle apoyo en sus operaciones. Pero ellos sabían que estaba perdido y por eso quisieron librarse de él.

— Sigue —le dije—. ¿Cómo te has enterado?

— Acaba de llegar un desertor del campamento de Tolomeo. Creo que dice la verdad. Por la mañana lo conducirán a tu presencia, pero yo he querido decírtelo primero.

Mi querido y leal Mardo.

— Te lo agradezco.

— Este hombre lo vio todo desde la playa. Vio lo que ocurrió. Pompeyo fue asesinado por Aquilas y otros dos hombres que lo estaban acercando en una embarcación de remos a la orilla, y lo hicieron delante de los ojos de su mujer, que se encontraba a bordo del barco de guerra. ¡Lo apuñalaron y lo decapitaron

delante de sus ojos!

¡Pompeyo —el que con tanto cariño me había tratado cuando yo era pequeña, el que yo había conocido y al que con tanta admiración había contemplado— había sido decapitado! Habíamos hablado de Alejandría y yo le había prometido: «La conservaremos para ti, y siempre te estará esperando.»

Y cuando al final había venido, mi perverso hermano y sus hombres le habían dispensado una horrenda bienvenida, convirtiendo mi promesa en una mentira.

— Son unas bestias —le dije—. No estoy luchando contra unos hombres sino contra unas bestias, lo cual significa que no estoy obligada a tenerles compasión. —Me estremecí al pensar en ellos. Llamarles bestias era un insulto a los animales. De pronto se me ocurrió una cosa—. ¿Y César?

— El asesinato de Pompeyo se cometió para evitar que César viniera a esta parte del mundo, pero no conocían a los hombres como César. César salió en persecución de Pompeyo y lo hizo con tal rapidez que llegó con un reducido contingente de tropas. Nuestro informador ha oído decir que Teodoto le ofreció a César la cabeza cortada y el sello de Pompeyo, confiando en ganarse su favor. En su lugar, César rompió a llorar y se puso hecho una furia.

— ¿Dónde está ahora?

— César se encuentra en Alejandría, o eso dice por lo menos este hombre. Al parecer, no tiene prisa por actuar.

— Pero ¿qué está haciendo allí?

¿A qué esperaba? ¿Acaso Tolomeo estaba con él? César era un político y un soldado. ¿Se convertiría tal vez en el siguiente «custodio» de Tolomeo?

— No lo sé —contestó Mardo.

Irás intervino por vez primera en la conversación.

— Mientras César esté aquí, Tolomeo no gobernará —dijo—. Y eso nos beneficiará.

— Nunca puede ser beneficioso para nadie que una fuerte potencia ocupe su país. Es como si un león entrara en esta tienda y decidiera dormir en esta cama —dijo.

Cuando Mardo se retiró e Iras volvió a acostarse, me pasé un rato contemplando los pliegues del techo de la tienda, que se confundían con la oscuridad. Las trémulas llamas de la linterna sólo servían para que las partes ocultas de la tienda parecieran más negras. El cálido viento seguía soplando sin piedad. Los miembros de las tribus del desierto tenían un nombre especial para designar aquel viento y su apremiante intensidad. Me impedía pensar. Lo único que podía hacer era sudar y permanecer tendida en la cama. Me sentía prisionera de la sofocante noche, aherrojada a mi cama.

Julio César había derrotado a Pompeyo. Julio César era el amo del mundo romano. Julio César se encontraba en Alejandría, viviendo en el palacio... ¡mi



palacio! Veía diariamente a mi hermano. ¿Por qué? ¿Qué razón tenía para quedarse? ¿Qué se proponía?

Tendría que ir a verle y exponerle mi situación. Iras tenía razón. Mientras César estuviera allí, Tolomeo y su infame Consejo no gobernarían. Yo podía apelar a un juez. Pero tendría que hacerlo enseguida. A cada día que pasaba, el hecho de que Tolomeo y César estuvieran juntos favorecía la posibilidad de que ambos se convirtieran en aliados.

Una mosca zumbaba en el interior de la tienda, volando de un pliegue a otro. No habíamos utilizado mosquiteras, porque no estábamos próximos a ningún pantano. Ahora pensé que ojalá lo hubiéramos hecho, pues odiaba las moscas. La oí acercarse y vi, a la amarillenta luz de la linterna, dónde se había posado. Me incorporé, cogí una sandalia y la aplasté con un rápido movimiento que apenas pude seguir con la mirada.

¿Así aplastaba César a sus enemigos? Decían que se movía muy rápido y que pillaba a sus enemigos por sorpresa. Jamás había perdido una batalla final, ni siquiera cuando lo superaban en número. Según Mardo, había bajado a Egipto con sólo una puñado de soldados, esperando vencer a Pompeyo con un ataque por sorpresa. Eso significaba que ahora no contaba con demasiados hombres que pudieran protegerle en Alejandría. Otra vez la pregunta: ¿por qué esperaba?

¿Qué sabía yo de César? Muy poco. Sólo que solía ser más popular entre la plebe que entre los patricios, que había alcanzado el éxito militar bastante tarde y que siempre estaba liado con mujeres, habitualmente casadas. Mardo me había dicho una vez que todos los divorcios más sonados de Roma se debían a algún adulterio cometido con César. Y sus aficiones no se limitaban a las mujeres, decía Mardo; César también había tenido amores con el rey de Bitinia en su juventud. Y además coleccionaba obras de arte, según Mardo, y las apreciaba muy por encima de sus conquistas amorosas.

Me sumí en el desánimo. En tal caso, lo más probable era que se apoderara de algunas de nuestras mejores obras de arte. Se llevaría todas las estatuas griegas y todos los muebles y las pinturas egipcias del palacio. ¡Y el muy necio de Tolomeo se lo permitiría!

Desde fuera me llegaron los primeros rumores y movimientos del amanecer. Podía adivinar la hora a través de los sutiles cambios del soplo del viento en el interior de la tienda. No tardarían en despertarme, y cuando el sol se elevara sobre las arenas conducirían al desertor ante mi presencia para que me contara su historia. Me alegré de haber tenido tiempo de prepararme para su mensaje.

El hombre era egipcio, un soldado del ejército de mi padre antes de la llegada de las tropas de Gabinio. Parecía avergonzado, como suelen sentirse los espías y los informadores, aunque consideren que la causa de sus antiguos amos es equivocada o está perdida.

Me preparé para recibirle con mis mejores galas reales. Tenía que darle la impresión de que había desertado para ponerse al servicio de una reina y no de

una vagabunda. Se postró en el suelo, besó la grava y levantó la cabeza.

— Oh, gran Reina de Oriente, mi alma es tuya y dejo mi cuerpo ante ti para lo que gustes mandar.

Sí, como habían hecho otros, pensé. Los traidores podían ser útiles, pero jamás se podía confiar en ellos.

Era lo que Mardo me había dicho. La negra acción la habían cometido Aquilas y un comandante romano llamado Séptimo, un antiguo soldado de Pompeyo pero lo habían hecho a instancias de Teodoto, el cual había dicho: «Los muertos no muerden.» Aquel útil consejo borró la lealtad, el honor y la deuda. Y de esta manera Pompeyo fue asesinado precisamente en las playas a las que había llegado buscando protección y en las que tenía todo el derecho a esperar una buena acogida.

Su ensangrentado tronco fue lanzado a la arena para que su liberto lo incinerara. El pobre hombre se había visto obligado a recorrer arriba y abajo todas las playas en busca de madera arrojada por la corriente, pero no pudo encontrar una cantidad suficiente. Y entonces el cuerpo...

Aquí lo interrumpí.

— No deseo conocer los detalles. El simple hecho de que los imaginemos es humillante para Pompeyo. Dime lo que ocurrió cuando llegó César.

— Yo no estaba allí. Me asqueó lo que ya había visto. Estaba esperando la oportunidad de desertar. No vi a César. Sólo oí decir que se encontraba en Alejandría. Teodoto le ofreció... la cabeza y el anillo como presente, pero en lugar de expresar su agradecimiento, César lo castigó. Oí despotricar a Teodoto contra la ingratitud de César. Pero eso ocurrió unas cuantas horas antes de que yo me fuera.

— ¿Y ahora dónde está Aquilas? ¿Y Tolomeo?

— Aquilas aún se encuentra en Pelusio, delante de tu ejército. Tolomeo va y viene entre el ejército y Alejandría. César reside en el palacio de Alejandría. Lo último que oí decir de él antes de poder escapar fue que había provocado las iras de los habitantes de la ciudad, presentándose como un magistrado romano con sus insignias y sus funcionarios, como si esperara obediencia de ellos. Y Teodoto estaba comentando por lo bajo la afirmación que había hecho César de que tenía derecho a actuar de arbitro entre Tu Majestad y Tolomeo.

¿Sería cierto? ¿En qué se basaba para hacer semejante afirmación?

— ¿Cuál es, a tu juicio, la situación de la ciudad? ¿Está bien defendida?

— Muy bien. Aquilas se ha encargado de que así sea. Todas las entradas están protegidas por soldados y los puertos se encuentran bloqueados.

— ¿Eso significa que César está atrapado?

— Por lo visto, él no lo cree así. No parece alarmado.

O sea que César estaba encerrado dentro y yo me hallaba fuera.

Transcurrió una semana y después dos. No ocurrió nada. Nuestros ejércitos se seguían mirando a través de la franja de desierto, pero ninguno de los dos se movía. Más tarde se presentó otro desertor y nos comunicó que Tolomeo había ido a ver a César y que ahora ambos vivían juntos en palacio. (¿Qué le estarían diciendo nuestros desertores a Aquilas? ¿Que estábamos desanimados, cansados de esperar, pero sin suficientes soldados para lanzarnos a la batalla?)

Día tras día permanecíamos sentados junto a los pozos, esperando a la sombra de las palmeras. Los camellos dormitaban cerrando sus párpados de largas pestañas, y las rocas directamente iluminadas por el sol despedían el característico olor de la piedra caliente. Nos fue invadiendo una especie de sopor, como si siempre hubiéramos estado allí y siempre tuviéramos que estar.

Un día la luz pareció apagarse y el capitán de la guardia, un hombre de Gaza, se presentó en mi tienda diciendo:

— ¡Se avecina una tormenta de arena! ¡Tenéis que prepararos!

Todo se tenía que tapar varias veces, había que cerrar las aberturas de las tiendas, las cajas y las bolsas, y nos teníamos que cubrir el rostro con velos. Muy pronto el viento empezaría a aullar llevando consigo una bruma de finas partículas de arena y sólo podríamos respirar a través de la gasa.

— ¡Date prisa, iras! —dije—. Pon los joyeros y los cofres de las monedas sobre un manto para que no se hundan en la arena. Y las jarras de agua también. Después cúbrelo todo. Y luego ven a sentarte aquí conmigo, debajo de mi capa, y coloca una manta encima de ella. Como una tienda dentro de otra tienda.

Así lo hizo y nos dispusimos a esperar. El viento empezó a aullar y vimos cómo azotaba los costados de la tienda. La arena fue filtrándose a través de los diminutos espacios de la tela como si fuera agua. El aire parecía una bruma.

El viento sopló con fuerza durante varias horas seguidas, incluso cuando anocheció. No nos atrevíamos a movernos. Di gracias de que hubiera empezado de día y hubiéramos tenido tiempo para prepararnos.

Pensé que ya había amainado un poco, pero cuando me disponía a levantar la capa que nos cubría vi que el costado de la tienda se hinchaba y se estremecía. El viento soplaba con mucha fuerza, pero parecía concentrarse en un solo punto, como si tanteara el terreno. De repente, unas manos aparecieron en la entrada de la tienda y vi que alguien entraba arrastrándose.

— Por aquí, señor —dijo la voz de uno de mis guardias.

Otra forma lo siguió a gatas. Ambas figuras estaban enteramente envueltas en sus capas.

— Majestad —dijo el guardia—, ¿estás aquí?

Aparté la capa y me levanté sin quitarme el velo que me cubría el rostro.

— Sí —contesté—. ¿A quién me traes? Anuncio.

— Éste es Rufo Cornelio, mensajero de Julio César.

¡César!, pensé, poniéndome tensa.

— Lo recibiremos. Os ruego que os levantéis y me mostréis vuestros rostros.

Los dos hombres se levantaron y se quitaron los lienzos que les cubrían las cabezas. Bajo la capucha de Cornelio vi el yelmo romano con su llamativo penacho.

— Bienvenido —le dijo—. ¿Qué tiene que decirle el emperador César a la reina Cleopatra? —pregunté, mientras el corazón se me desbocaba en el pecho.

— Mi general y comandante dice que ha venido a Egipto para rectificar una triste situación pues no se está cumpliendo el testamento del rey Tolomeo. Este testamento, cuya ejecución fue encomendada a Roma, decretaba que tanto la reina Cleopatra como el rey Tolomeo deberían gobernar juntos. Por desgracia, César ha descubierto que hermano y hermana están en guerra, lo cual le apena profundamente.

¿Y qué pensaba hacer al respecto?

— A mí también me apena —dije yo, eligiendo cuidadosamente las palabras. Mientras hablaba, noté el sabor de la fina arena en la boca. La arena permanecía en suspenso en el aire como si fuera humo—. Hay traición por todas partes y eso impide que haya justicia. Pompeyo fue traicionado y yo también lo he sido. ¡Y por las mismas personas!

— César examinará el caso y tomará una decisión.

— ¿Y si César ya hubiera tomado una decisión? Las palabras del pequeño Rey tienen que haber sonado muy dulces a su oído.

— También desea oír tus palabras. Piensa que serán todavía más dulces.

Me puse de nuevo en tensión. ¿Qué significaría eso exactamente? ¿Sobornos? ¿La cesión de una parte de Egipto a Roma?

— ¿Quiere que regateemos con él como mercaderes en la plaza?

Cornelio me miró, sinceramente ofendido.

— César es demasiado inteligente como para eso. Además, para regatear hay que tener mercancía, y ése no es tu caso ni el de César.

¿Cómo se había atrevido...? Pero había dicho la verdad. César era el amo del mundo y podía apoderarse de lo que quisiera. Los regateos eran innecesarios. Pero si se le pudiera convencer... eso ya sería otra cosa completamente distinta.

— César te pide que vayas a Alejandría y que te reúnas cara a cara con él y Tolomeo.

— ¿Me entregará un salvoconducto? —pregunté—. Tendré que pasar a través de las líneas del ejército de Aquilas.

Cornelio me miró como si me pidiera disculpas.

— Carece de medios para hacer tal cosa. No le sobran soldados.

— No me permitirán el paso.

— Quizá si yo hablara con ellos...

— Puedes hablar, pero te dirán que no. O te dirán que sí y me harán prisionera cuando intente pasar.

Me miró perplejo, como si no hubiera pensado en la posibilidad de que no se cumplieran las normas de la cortesía.

— Estamos en Egipto —le dije—, la cuna de la traición. No obstante, regresa junto a César y dile que intentaré buscar el medio de reunirme con él.

Nos pasamos los dos días siguientes intentando arreglar los destrozos causados por la tormenta de arena. A pesar de nuestros esfuerzos, la arena había conseguido introducirse en nuestras reservas de alimentos y en las jarras de agua y vino. Toda la ropa estaba cubierta de polvo de tal manera que las prendas nos rascaban la piel cuando nos las poníamos. Al término de la jornada, teníamos la piel irritada. Cuando nos tendíamos sobre los colchones, éstos rascaban tanto como la ropa.

Yo no dejaba de pensar en el problema de cómo trasladarme a Alejandría. Puesto que no podría entrar a cara descubierta, tendría que hacerlo disfrazada. Y necesitaba hacer algo más que entrar en la ciudad de Alejandría propiamente dicha. Tendría que introducirme en el palacio donde César se alojaba, lo cual sería imposible.

Pensé en varias estratagemas. ¿Entrar a través de una cloaca? Era repugnante y peligroso. ¿Hacerme pasar por una criada? Demasiado burdo. ¿Ponerme una piel de oso y pasear con mi cuidador? ¿Y si me echaban los perros encima? ¿Y si intentaban obligarme a ponerme de pie? ¿Y si entrara escondida en el interior de una canasta de comida? Pero con eso no conseguiría llegar a la cámara de César. Habría guardias en su puerta.

Mientras permanecía tendida en mi cama contemplando con aire ausente la gran alfombra que cubría el suelo de la tienda, se me ocurrió la idea.

— Demasiado peligroso —dijo Iras— e impropio de una reina.

— Por eso nadie sospechará nada —repliqué.

— Te podrías asfixiar —dijo Mardo.

— O te podrían picar las pulgas —dijo Olimpo en tono burlón—. Este es el mayor peligro. ¿Cómo reaccionaría César ante una reina cubierta de picaduras de pulgas que saliera del interior de una polvorienta alfombra enrollada?

— A lo mejor borraría a besos las picaduras de pulga —contestó Iras, arqueando una ceja.

Traté de sonreír. Pero en realidad aquél era el aspecto del plan que más me atemorizaba.

— Tú me darás un ungüento para alejarlas —le dije a Olimpo.

— ¿Y si César grita y sus guardias entran y te apuñalan? —dijo Mardo.

— No lo hará. Según todos los informes, jamás pierde la cabeza ante una situación inesperada. No es probable que se alarme y se ponga a gritar.

— Te equivocas. Pensará que eres una asesina. A fin de cuentas, sería lo más probable.

— En tal caso tendré que confiar en los dioses —contesté con firmeza—. Todo está en sus manos.

Y era cierto. No podía predecir la reacción de César y no podría hacer nada para impedir que actuara como él quisiera en aquel momento, por muy en juego que estuviera mi destino.

Fue entonces, Isis, cuando supe que confiaba en ti. Sólo cuando nuestro destino pende de un hilo nos damos cuenta de si confiamos o no en la cuerda a la cual nos aferramos. Si no confiamos, no nos arrojaremos desde el saliente y no colgaremos de ella con todo nuestro peso.

Yo confié en ti y tú correspondiste a mi confianza, Isis. ¡Gloria a ti!

Fue muy sencillo encontrar a un hombre valiente, dispuesto a trasladarme a Alejandría. Lo teníamos a mano... Apolodoro, un mercader de Sicilia que nos había proporcionado las alfombras y las tiendas. Pero lo que yo tendría que hacer cuando llegara... eso ya era otra cuestión. Exigía una experiencia de la que yo carecía por entero.

César sólo tenía una debilidad, un aspecto humano en medio de todas sus cualidades sobrehumanas. Los dioses son benignos: siempre dejan en nosotros algún hueco a través del cual podemos aproximarnos los unos a los otros como iguales. César era muy aficionado a las aventuras amorosas... o, para ser más dolorosamente sinceros, a las aventuras sexuales.

Pero los dioses también pueden ser crueles, pues ésta era una faceta en la que yo no podía abrigar la menor esperanza de despertar su interés. Si hubiera sido la equitación —César tenía fama de poder cabalgar al galope con las manos en la espalda—, habría podido ganarme su admiración. Si hubieran sido los idiomas, habría podido sorprenderle con mis conocimientos de ocho... mientras que él sólo dominaba dos, el griego y el latín. Si hubieran sido las riquezas, mi fortuna personal y los tesoros del palacio lo habrían dejado sin habla. Si hubiera sido la estirpe, yo pertenecía a la casa real más antigua del mundo en tanto que él sólo pertenecía a un antiguo linaje patricio.

¡Pero el amor! ¡El sexo! Él había estado con hombres y mujeres de todas las edades y condiciones y había adquirido una experiencia que lo distinguía incluso entre los suyos. En cambio yo era virgen y no sabía nada de los refinamientos y ni siquiera de los hechos más esenciales del amor, aparte lo que había leído en mis libros de poesía. ¡Mi mejor amigo era un eunuco! Me sentía impotente ante la idea de enfrentarme con César.

Y además había otra cuestión: ¿Estaría dispuesta a entregarme a él? Nadie me había tocado jamás de una manera íntima. ¿Podría permitir que lo hiciera un extraño?

Recordé lo que estaba en juego: Alejandría y Egipto. Me imaginé el Nilo fluyendo como una lisa cinta verde entre las orillas bordeadas de palmeras. Los obeliscos de granito elevándose hacia el sol. Las fulgurantes y móviles arenas bajo un cielo dolorosamente azul. Las oscuras estatuas sentadas de los antiguos faraones. Esperando. Sí. Por Egipto me sentía capaz de hacer cualquier cosa, incluso de entregarme a César.

Sacudí la cabeza. Estaba decidido. Ahora tenía que prepararme, prepararme como siempre hacía para cualquier empresa. Estuve casi a punto de decir «preparar mi cuerpo», pero comprendí instintivamente que en este caso era la mente lo que se tenía que preparar.

Era la hora del crepúsculo y habían transcurrido tres días desde la llegada del mensajero de César. No había tiempo que perder. Mandé llamar a Olimpo.

Cuando llegó, lo invité a sentarse en los almohadones y a compartir la cena conmigo. Gracias a Apolodoro, la tienda real disponía de otras muchas comodidades aparte la sencilla cama, la mesa plegable y el brasero de campamento. Almohadones cubiertos de bordados o de cuero repujado, alfombras de lana de brillantes colores, cortinajes entretejidos con hilos plateados que separaban las zonas de estar y las de mayor intimidad. Arriba, un dosel giratorio adornado con unos flecos servía para dar frescor y para alejar a los insectos.

Nos recostamos en los almohadones y nos sirvieron la comida en unas bandejas de latón de Damasco. Iras nos ofreció unos cestos de jugosos higos y dulces dátiles, acompañados de redondos panecillos de Ascalón. Bebimos vino y yo esperé a que Olimpo se terminara el primer plato antes de plantearle la cuestión. Sabía que los hombres son más asequibles cuando han saciado el apetito.

— Unos higos excelentes —comentó Olimpo, sosteniendo uno de ellos en su mano para examinarlo.

— He recordado lo mucho que te gustaban los higos —le dije.

Arqueó una ceja.

— ¡Eso significa que me quieres pedir un favor!

— No hay manera de engañarte, Olimpo —repliqué, echando mano de uno de mis infalibles halagos. Según mi experiencia, sólo hay dos cosas que nadie quiere reconocer: la falta de sentido del humor y la sensibilidad a la adulación—. Bueno, la verdad es que necesito un consejo médico. ¿Acaso no eres mi médico personal?

— Sí, lo cual me honra en grado sumo.

Olimpo esperó.

— Si yo me convirtiera en amante de César —dije con toda tranquilidad—, ¿qué significaría eso? Desde un punto de vista médico, quiero decir.

Olimpo estuvo a punto de expulsar el higo que con tanto deleite estaba masticando. Me sorprendí. Por regla general, era imposible turbar o escandalizar a

Olimpo.

— ¡Significaría... significaría que le darías un bastardo!

— Pero ¿por qué? Sus otras amantes no se lo han dado. Servilla, Mucia, Postumia y Lolia. Y su actual esposa Calpurnia no tiene hijos. De hecho, ninguna de sus mujeres ha tenido hijos más que la primera. A lo mejor no es capaz de engendrarlos.

— O ha tenido buen cuidado de no hacerlo, pues todas aquellas mujeres estaban casadas. —Olimpo sacudió la cabeza—. ¿Tienes intención de acostarte con este viejo libidinoso? ¡Me parece una idea repugnante!

Me miró como si fuera mi tutor, dispuesto a castigarme.

— ¿Por qué? Si fuera tan repugnante como tú dices se iría solo a la cama, y por lo que yo he oído decir, no suele suceder.

— El poder convierte en atractivo lo que no lo es.

Olimpo me miró con severidad.

— Las mujeres se iban a la cama con él antes de que fuera poderoso — repliqué.

— ¡Es un viejo!

— Tiene sólo cincuenta y dos años.

— ¡Eso es ser muy viejo!

— Puede nadar con la armadura puesta. Eso no es ser viejo. No hay muchos jóvenes que pudieran hacerlo. ¿Tú podrías?

— No —confesó a regañadientes—. ¿O sea que estás decidida a hacerlo?

— Estoy decidida a hacerlo en caso necesario. Hay una diferencia.

Me miró poniendo mala cara, como si fuera un amante celoso.

— Necesito tu consejo. No deseo concebir un bastardo. He oído decir que se pueden tomar unas hierbas... unas medicinas...

— Sí —musitó—. De Cirene. Esta la planta del laserpicio con la que se prepara el jugo de Cirene. Y en casos urgentes, aunque no sea tan eficaz, se puede tomar el poleo que crece por todas partes. Supongo que querrás que te lo consiga.

— Sí, pero quiero algo más que eso. Aquí tenemos un ejército, y donde hay un ejército siempre hay prostitutas. Quiero hablar con la más experta de las prostitutas, con la reina de las prostitutas, por así decirlo.

— ¿Una reina con otra reina? —preguntó sin apenas poder pronunciar las palabras.

— Sí. Hay ciertas cosas que necesito saber.

— Bueno —dijo Olimpo finalmente—, creo que conozco exactamente a la



que tú buscas.

— Cualquiera diría que ya me la has buscado y me la puedes recomendar personalmente.

Me miró enfurecido.

— Esta misma noche te la envío.

— César estará eternamente agradecido —repliqué jovialmente.

Olimpo soltó un gruñido. En aquel momento, estaba peligrosamente a punto de perder el sentido del humor.

Las lámparas de aceite estaban casi apagadas cuando oí un movimiento en la entrada de la tienda. Ya no esperaba ninguna visita y me había puesto la ropa de dormir. Bajo la amarillenta luz de la lámpara había estado leyendo los *Comentarios* de César confiando en conocer un poco mejor su manera de pensar. Pero el texto era muy impersonal y César incluso se llamaba a sí mismo por su nombre, como si fuera un espectador. ¿Realmente sería tan comedido como parecía? No presagiaba nada bueno para mi empresa.

Irás asomó la cabeza por la cortina.

— Majestad, hay una mujer que quiere verte. Dice que se llama Jehosheba.

Imaginé quién era la tal Jehosheba.

— Hazla pasar —contesté, incorporándome y poniéndome una túnica. Apenas había tenido tiempo de cubrirme cuando Jehosheba entró majestuosamente en mi aposento.

Era tan bella como una diosa de la abundancia. Todo en ella parecía duplicarse: tenía más cabello que cualquier mujer normal, con un color el doble de intenso, y unos bucles el doble de fuertes y sedosos. Las facciones de su rostro eran exquisitas, sus dientes brillaban como perlas y estaban perfectamente alineados. En cuanto a su cuerpo... por la forma en que se movía su tersa piel en sus bien torneados brazos, supuse que también debía de ser perfecto.

— Gracias por venir —le dije—. Me gusta admirar las obras de arte de la naturaleza.

Y eso parecía efectivamente.

— Pues yo estaba deseando verte de cerca —me dijo con cautivadora sencillez.

«Cautivadora sencillez», pensé. Toma nota. Recuérdalo.

— Necesito tu ayuda —le dije—. Tienes mucha experiencia en algo en lo que yo soy completamente inexperta. —Hice una pausa—. Me refiero al arte de hacer el amor con un hombre.

— Me alegro de que lo consideres un arte —me dijo—. El hecho de que muchas lo practiquen no significa que todas lo dominen. Todo el mundo sabe caminar, pero muy pocas personas son dignas de ser contempladas cuando

caminan.

— Cuéntame —le dije—. Cuéntamelo todo.

No puedo repetir todo lo que ella me dijo. Buena parte de las cosas que me refirió eran de simple sentido común, naturalmente. No te quites la ropa en una habitación fría. Procura que no haya interrupciones. No hables de otras cosas. No hables bajo ningún pretexto de otras mujeres. Y jamás preguntes: «¿Me quieres?» Otra cosa que jamás debes preguntar es: «¿Volverás otra vez a mí?» Sólo una insensata dice estas cosas.

— Cada hombre tiene una imagen soñada de sí mismo con una mujer, y tu misión es hacer realidad este sueño. Cuanto más te acerques a este sueño, tanto más conseguirás satisfacerlo —dijo—. Lo malo es que no siempre resulta fácil adivinar la imagen que tiene un hombre en su mente. A veces ni siquiera el propio hombre se conoce a sí mismo. Hace falta ser un genio para descubrirlo. Todas las grandes cortesanas son un genio en este sentido. Extraen lo que está más escondido en otra persona y le confieren un rostro y una forma. Esta es la magia.

»Olvídate de los brebajes y de los perfumes. El hechizo consiste en conjurar este deseo y este sueño y darle vida. Si consigues hacerlo, tú también cambiarás y puede que llegues a amar al hombre, pues cabe la posibilidad de que él también responda a tu sueño más secreto y profundo. Siempre cabe esta posibilidad.

— ¿Y eso a ti te ha ocurrido alguna vez? —le pregunté a aquella criatura capaz de despertar tanto amor.

— No —confesó—. ¡Pero siempre hay una próxima vez! —Eché la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Hasta en eso era seductora. Me señaló mis arcas—. Déjame ver tus túnicas —me dijo—. ¡Son tus herramientas!

Cuando se fue, me sentí más perdida que nunca. Antes ignoraba lo que no sabía e imaginaba que era una simple cuestión de ajuste, como construir una silla o preparar un guiso.

Ahora sabía que era mucho más que eso y que no se podía enseñar. Tendría que enfrentarme con César sin el menor conocimiento ni experiencia en este campo y, cuando los hubiera adquirido, ya sería demasiado tarde. Se me antojaba algo así como un sacrificio humano.

ELEGÍ la alfombra con especial esmero. Sabía que, como experto conocedor que era de piezas de calidad, César no rechazaría mi presente. Además, la tarea de comparar el hilo rojo de Capadocia con el de Arabia y de estudiar otros importantes detalles por el estilo me sirvió de distracción. Tardé todo un día en decidirme por una de las dos alfombras que finalmente había elegido, lo cual también me sirvió de excusa para aplazar un poco mi encuentro con César. Pero al final tuve la alfombra a mis pies en su bolsa de lona mientras yo permanecía tristemente sentada en la embarcación de pesca que Apolodoro impulsaba —¡demasiado rápidamente!— con los remos, manteniéndose a una prudencial distancia de la orilla, rumbo al oeste, hacia Alejandría.

Podía ver el borroso resplandor de las hogueras del enemigo y el humo que se desplazaba tierra adentro. Pero muy pronto los dejamos atrás y volví a contemplar las desoladas arenas. Apolodoro desplegó la vela. El verde del Delta no tardó en aparecer. Nos estábamos acercando. No pude ver el Faro. Mucho antes de llegar a su altura, yo me había introducido a gatas en el interior de la alfombra enrollada, y Apolodoro la había ajustado a mi alrededor. Estaba encerrada en una oscura y perfumada alfombra de tejido y sentía todos los brincos y los balanceos de la embarcación sobre las olas. Percibí unas fuertes sacudidas al pasar por una zona de aguas más agitadas e imaginé que habíamos llegado a la entrada del puerto, donde las olas rompían contra la base del Faro, incluso cuando hacía buen tiempo. Los balanceos y las sacudidas me estaban empezando a marear y no pude contener una sonrisa. ¡Con lo mucho que me había costado elegir la alfombra, y al final acabaría estropeándola!

«César se quedaría impresionado —pensé—. ¡Qué obsequio tan tentador e irresistible!» Me mordí el labio, haciendo un esfuerzo por imaginarme unos serenos llanos horizontes, justo cuando pensaba que ya no podría resistirlo ni un minuto más, cesaron los balanceos. Habíamos entrado en aguas más apacibles. Empecé a oír unas voces amortiguadas. Había otras embarcaciones cerca de la nuestra.

Tenía que haberlas. El palacio recibía suministros de comida, ropa y leña. Otra barca más no llamaría la atención.

Oí que Apolodoro hacía unos jocosos comentarios con los ocupantes de otras embarcaciones. El agua estaba ahora muy tranquila y la barca la estaba surcando con gran suavidad. No tardé en percibir una leve sacudida de la madera chocando contra la madera. Sentí que la embarcación brincaba y se levantaba sobre el agua cuando Apolodoro saltó al embarcadero. La estaba impulsando a lo largo de un canal, probablemente el canal principal que unía el lago del sur con el recinto del palacio situado en el norte.

Aún debía de ser de día, una hora normal para que hubiera embarcaciones navegando, pero confiaba en que no faltara mucho para la puesta de sol. Cuando

más tarde llegara a los aposentos de César, tanto más probable sería que éste se encontrara solo.

Nos deslizamos sobre el agua y nos detuvimos bruscamente. Oí las confusas y vagas voces de los guardias y de Apolodoro. ¿Qué estaba diciendo? Oh, Isis, tu le debiste de inspirar las palabras, pues enseguida oí el rumor de la reja de hierro que levantaron para que pudiéramos pasar. Apolodoro dio alegremente las gracias.

Sentí que amarraban la barca. Después, nada. Ni movimiento ni voces. Tuve la sensación de que me estaban estrangulando. La alfombra fuertemente enrollada a mi alrededor me impedía llenarme debidamente los pulmones de aire, y la falta de movimiento me desorientaba.

Quizá me quedé dormida o perdí el conocimiento, pues no recuerdo lo que ocurrió hasta que desperté con un sobresalto. Estaban transportando la alfombra. Pero ¿sería Apolodoro u otra persona? Procuré relajarme para que nada — exceptuando mi peso— traicionara mi presencia. Le había dicho a Apolodoro que justificara el peso, diciendo que dentro había unas copas de oro para César.

Intenté permanecer todo lo estirada que pude para que no se notara ningún bullo sospechoso. Pero tampoco podía estar muy rígida, pues en tal caso hubiera parecido que la alfombra contenía una barra de hierro en su interior. Tuve que dejar el cuerpo flojo, como si no tuviera espinazo.

Se me estaba a punto de quebrar el cuello y, a cada pisada, la cabeza me golpeaba contra la parte interior de la alfombra enrollada. Todo eso, junto con la falta de aire, me empezó a dejar sin sentido. Cada vez que se producían sacudidas, veía estrellas delante de mis ojos.

Nos habíamos vuelto a detener. Oí unas voces más bajas y otras más altas, discutiendo, y luego el chirrido de una puerta.

Me puse tensa sin poder evitarlo. Oí otras voces. Después noté que depositaban la alfombra en el suelo y sentí un tirón cuando cortaron las cuerdas. De repente hubo una sacudida y toda la alfombra se extendió a mi alrededor, arrojándome sobre el resbaladizo pavimento de ónice. Me deslicé varios palmos sobre el suelo hasta que finalmente pude extender las manos y detenerme. Levanté los ojos y vi dos fuertes y musculosas piernas con los pies protegidos por unas botas militares romanas justo delante de mí. Me incorporé, seguí rápidamente con la mirada las tiras de cuero del uniforme del general y la coraza, y por fin pude contemplar directamente su rostro: el rostro de César.

Le reconocí por los bustos y las monedas. Los rasgos eran los mismos. Pero lo que ninguno de ellos había conseguido transmitir era el reservado y mortífero poder de aquel hombre.

— Te saludo —me dijo casi en un suave susurro, aunque no un susurro como el de alguien que teme que le oigan; era el susurro del que sabe que otros estarán aguzando el oído para escuchar sus palabras y no quiere dignarse levantar la voz al nivel de una conversación normal.

Pese a ello, vi en su rostro una sombra de sorpresa que no pudo ocultar por entero.

Se inclinó para tomar mi mano y ayudarme a levantarme. Me llamó la atención su absoluta seguridad. Con qué facilidad le hubiera podido clavar un cuchillo. Me levanté y me lo quedé mirando.

Olvidé mi temor, desconcertada por aquel hombre y por el ambiente que me rodeaba. Las horas pasadas en el interior de la alfombra me habían dejado aturrida y casi no podía tenerme en pie. Fuera estaba oscuro y en la estancia se habían encendido las lámparas de aceite. ¿Adónde se había ido el tiempo? ¿Cuánto rato habíamos esperado en Alejandría? Al parecer, César estaba solo. ¿Sería posible?

— Un presente de la Reina de Egipto —dijo Apolodoro, señalando con un gesto de la mano la alfombra extendida.

César la pisó.

— Pero no es una alfombra egipcia —dijo.

— La egipcia soy yo.

César me miró fijamente, como si deliberadamente contuviera la sonrisa.

— Tú tampoco eres egipcia —dijo al final, hablando prácticamente sin la menor entonación.

Era imposible adivinar sus pensamientos. Sin embargo, la ausencia de emoción no resultaba fría sino más bien extrañamente burlona y tentadora.

— Mi estirpe es macedonia, tal como César sabe muy bien, pero como Reina de Egipto he asumido el espíritu de Egipto.

— ¿De veras?

César describió un círculo a mi alrededor, como si yo fuera un árbol que hubiera echado raíces en su —mi— cámara, pues ahora me sentía una intrusa en mis propios aposentos.

— ¿Te gustan las puertas de carey de esta sala? —le pregunté con más audacia de la que tenía—. A mí siempre me han gustado. ¿Eres mi huésped o soy yo la tuya?

Se echó a reír, pero su rostro seguía conservando aquella singular reserva de cautela y poder.

— Los dos somos lo uno y lo otro. Tendrás que instruirme en estas cosas. No soy más que un bárbaro romano.

Se sentó en una silla de alto respaldo.

Decidí no responder.

— Estoy aquí, tal como tú querías.

Esperé.

— Y con toda puntualidad. —Arqueó una ceja—. Estoy asombrado. Sumamente asombrado —añadió, asintiendo con la cabeza.

— Me dijeron que apreciabas mucho la rapidez.

— Casi por encima de cualquier otra cosa.

— ¿Y qué otras cosas aprecias?

— La suerte y el valor que se requiere para adueñarse de ella.

Se inclinó hacia delante y cruzó los brazos. Eran morenos, fuertes y musculosos.

— He oído decir que eres aficionado a los juegos de azar, que, cuando cruzaste el Rubicón gritaste: «¡La suerte está echada!»

— Has oído decir muchas cosas —dijo.

— Tu audacia tuvo su recompensa —añadí.

Pero lo cierto era que apenas había oído comentarios y que ya casi había llegado al final de los conocimientos que tenía acerca de él.

— La misma que yo espero que tenga la tuya —contestó.

— Sí.

Ahora había estado casi a punto de sonreír.

— La audacia ya es una recompensa en sí misma, pues sólo la poseen unos pocos elegidos.

Tuve la sensación de oír mis propios pensamientos expresados por otra persona.

— No, lleva aparejadas recompensas, pues muchas recompensas sólo las alcanzan los audaces —contesté.

— Ya basta de palabras —dijo, indicándole por señas a Apolodoro que se retirara.

Éste hizo una reverencia y abandonó la estancia. Entonces César se volvió hacia mí.

Había llegado el momento. Ahora alargaría la mano y me tomaría tal como había tomado la Galia y Roma. Hice acopio de valor. Estaba preparada.

— ¿Por qué enviaste suministros a Pompeyo? —me preguntó de repente.

Yo estaba esperando con la mirada baja. Entonces levanté los ojos y vi que me miraba, plenamente consciente de lo que yo esperaba pero sin el menor interés en seguir aquel camino. Me pareció incluso que le molestaba o que simplemente le hacía gracia. Con él era imposible adivinarlo.

— Tuve que hacerlo —contesté—. Pompeyo Magno había sido el protector de mi padre el Rey.

— ¿Y qué me dices de su hijo Cneo Pompeyo?

— ¿Qué quieres que te diga?

— ¿Es tu aliado? ¿Qué le debías?

— Nada.

— Muy bien. Tengo intención de matarlo. Y no me gustaría tenerte por enemiga en eso.

Dijo «Tengo intención de matarlo» con la misma naturalidad con que un niño hubiera podido decir «Me voy a pescar». Entonces recordé haber oído decir una vez que César había amenazado de muerte a un tribuno romano si éste seguía molestándole con sus preguntas acerca del tesoro, y que después había añadido: «Y tú sabes, muchacho, que eso es para mí mucho más desagradable decirlo que hacerlo.» De pronto la historia me pareció totalmente verosímil.

— Haz lo que quieras —le dije.

— Ah, ¿es que acaso necesito tu consentimiento? —me preguntó—. Es muy amable de tu parte.

— No he venido aquí para hablar de Pompeyo. Estoy aquí porque he sido ilegalmente despojada de mi trono y porque tú tienes poder para hacer justicia. Mi hermano y sus consejeros son unos malvados...

Hizo una mueca.

— Por favor. Esta palabra se usa en exceso. Es suficiente decir no me gustan o no me gusta su manera de comportarse: inepta y deshonrosa. No temas, recuperarás el trono. Yo me encargaré de que así sea. —Hizo una pausa—. Tal como tú dices, la audacia lleva aparejadas recompensas. Y tú has demostrado ser extremadamente audaz.

— Te doy las gracias —dije.

Pero ¿podía confiar en su palabra?

— Ahora todo eso ha terminado —añadió sonriendo—. ¿Me das tu mano como mi leal aliada?

Se la di. La estrechó entre las suyas y me sorprendió que tuviera unas manos tan pequeñas.

— Descubrirás que mi lealtad es absoluta —le dije.

— Un bien muy escaso. Y más escaso todavía entre los Lágidas.

Ahora parecía haber asumido una personalidad distinta. Su severa actitud se había suavizado, pero sus oscuros ojos castaños me seguían mirando con recelo. Parecía tranquilo y no mantenía la mano en proximidad de la espada.

— Quiero creerte —me dijo con toda sinceridad—. Yo siempre cumplo mi palabra, pero hasta ahora jamás he conocido a nadie que lo hiciera.

— Ya lo verás —le aseguré.

Y cumplí aquella promesa, manteniéndome leal hasta mucho después de

que hubiera exhalado el último aliento.

— Sí —dijo con la misma sonrisa—, recuerdo haberles prometido a los piratas cilicios que me secuestraron que volvería para matarles. No me creyeron porque había cantado con ellos y me había sentado a su lado alrededor de una hoguera. Pero cumplí mi palabra.

Me estremecí.

— ¿Quieres decir que cumples tu palabra sólo cuando amenazas de muerte a alguien? Yo me refiero a algo más que a eso cuando doy mi palabra.

— Cumpló mi palabra en todo, tanto en lo bueno como en lo malo.

— ¿Y qué me dices de tus promesas matrimoniales?

¿Cómo era posible que un adúltero tan notorio como él pudiera afirmar que siempre era leal?

— Bueno, la cuestión del matrimonio es distinta —reconoció—. En Roma las promesas matrimoniales se pisotean. Pero yo guardé fidelidad a Cornelia.

— La esposa de tu juventud —dije yo.

— Sí. La amaba. Puede que uno pierda esta capacidad con el tiempo. —Lo dijo con tristeza, y yo estuve a punto de creerle—. Puede que pasados los cincuenta sólo quede el amor y la lealtad a los propios soldados.

— ¡Ni se te ocurra pensar eso! —le dije—. ¡Eso es peor que ser derrotado en una batalla!

Ahora esbozó una sonrisa de verdad, no una media sonrisa.

— Espera a que te derroten en una batalla antes de decirlo. No hay peor cosa que ser derrotado en una batalla.

— Hablas como si fueras el conquistador del mundo —dije, mirándole fijamente. Y era el conquistador del mundo, el nuevo Alejandro. Y sin embargo allí estaba, sentado en una silla de mi habitación, y ni siquiera era un hombre demasiado alto—. ¡Espero que derrotes a mi hermano y a su ejército!

— Hasta ahora no ha ocurrido nada. He estado viendo las maravillas de tu espléndida y blanca ciudad, he ido al Museion, he escuchado disertaciones, he leído en la Biblioteca. El ejército egipcio aún monta guardia contra ti en la frontera oriental.

— Cuando descubran que he conseguido burlarlos, no tardarán en venir.

— Entonces me enfrentaré con un reto, pues sólo tengo cuatro mil hombres y treinta y cinco barcos. El ejército egipcio cuenta con veinte mil hombres. Me superan en una proporción de cinco a uno —dijo jovialmente.

— ¡Los derrotaremos! —repliqué con vehemencia.

— Pero entretanto, pediré refuerzos —dijo.

— Eres muy prudente —dije. Ambos nos echamos a reír—. Permíteme que



te muestre tus aposentos, emperador —le dije—. Los conozco muy bien porque antes eran míos.

— Y lo pueden volver a ser —contestó él, cruzando sus vigorosos brazos.

— Te lo agradecería mucho —confesé—. Te puedo buscar unos aposentos muy cómodos en el edificio contiguo al templo de Isis.

— No, quiero decir que tú tendrías que vivir aquí conmigo.

— ¿Contigo? ¿Compartiendo el mismo asiento?

Lo que yo esperaba. El conquistador tenía que apoderarse de todo el botín.

— Los asientos son incómodos. Prefiero una cama. Muéstramela.

— ¿Dónde has dormido hasta ahora?

— En el asiento. Te estaba esperando antes de usar la cama.

— ¿Que me estabas esperando?

Sufrí una decepción. ¿Entonces no le había sorprendido? ¿No le había asombrado el ingenio de que había hecho gala, atravesando las líneas enemigas para llegar hasta él?

— Sí. Me dijeron que eras ingeniosa, inteligente y apasionada... por lo menos, eso es lo que aseguraban tus enemigos. Fue una especie de prueba. Yo en tu lugar hubiera intentado buscar alguna manera de trasladarme a Alejandría; pensé que tú intentarías hacer lo mismo, aunque no podía predecir qué medio utilizarías. Por eso esperé, sabiendo que si venías tal como yo esperaba que hicieras, te saludaría y te admiraría por ello. Y te querría. Y sólo entonces desearía usar la cama. Muéstramela.

Su poderosa y ágil figura se levantó de un salto.

Y lo más asombroso fue que yo también lo deseaba. La espantosa obligación, el terrible sacrificio... no iba a ser tal. Fue algo totalmente inesperado. Ni yo misma me lo podía explicar.

— Ven conmigo —le dije—. Sígueme dondequiera que yo te lleve.

Tomé su mano y me gustó la sensación.

— Eso es algo a lo que no estoy acostumbrado, a seguir a los demás.

Estábamos atravesando las salas que había entre la sala de audiencias y la cámara interior del dormitorio real. César se detuvo bruscamente y tiró de mi mano.

— No quiero seguir hasta que me jures que lo haces con entera libertad — me dijo en un suave susurro—. Lo que he dicho en la sala de audiencias sobre la cama era una broma. No soy un violador ni un saqueador. Respaldaré tu pretensión al trono con independencia de cualquier otra cosa. No es necesario que te relaciones personalmente conmigo. —Hizo una pausa—. Jamás he tocado a una mujer que no lo quisiera.

— Yo lo quiero y lo deseo —le aseguré.

Era cierto, por más que yo no acertara a comprenderlo. Aquel hombre era un extraño. Ni siquiera sabía si era diestro o zurdo. Puede que en eso consistiera la atracción que ejercía en mí.

Pero no, me engaño. Era el propio César. El solo hecho de mirarle —de contemplar su fornida figura, su erguido porte, su enjuto y bronceado rostro— me hacía experimentar el deseo de tocarlo. Jamás había tocado ni acariciado nada que no fuera un animal... sólo mi caballo, mis perros y mis gatos. Ahora deseaba tocar la carne de aquel hombre que tenía delante. ¿Me habría vuelto loca?

Como en un sueño, le acompañé cruzando las distintas estancias. Estaban a oscuras, salvo algunos rincones donde habían unas lámparas de aceite encendidas. Pisamos unos resbaladizos suelos de ónice en los que se reflejaba débilmente la luz de las lámparas y atravesamos unas blancas estancias de paredes de marfil. Se oía el suave murmullo del mar a través de las ventanas orientales. Lo guíé en silencio, yo Orfeo y él Eurídice, hasta que llegamos a mi cámara.

Estaba tal como yo la había dejado meses atrás. Bajo la luz de la luna, la colcha teñida con un fuerte tinte tirio parecía de color marrón y no púrpura. Al otro lado de la ventana, la media luna se estaba ocultando en el cielo como si no quisiera mirar.

De repente no supe qué hacer. Lo había conducido hasta allí, pero todo era demasiado brusco y convencional. Casi parecía una ceremonia de iniciación, uno de aquellos misterios que se celebraban con ritos secretos. Aunque lo cierto es que se trataba de un rito secreto, del cual yo no sabía nada. ¿En qué estaba pensando?

César permanecía inmóvil como una estatua. De pronto —la idea se me ocurrió de repente—, dije:

— Tienes que ponerte las vestiduras de Amón.

Abrí un arca con incrustaciones de ébano y saqué unos antiguos ropajes que el gobernante guardaba para las ceremonias en los templos. La prenda estaba jaspeada con hilo de oro, llevaba incrustaciones de piedras preciosas y había sido tejida con brillantes e insólitos colores.

— Yo no soy un dios —me dijo en voz baja mientras yo le colocaba la vestidura sobre los hombros—. Aunque en Éfeso me recibieron como si lo fuera.

Lo dijo con una nostalgia casi imperceptible.

— Esta noche eres un dios —le contesté—. Vindrás a mí como si fueras Amón.

— ¿Y tú? ¿Quién eres tú?

— Isis —dije.

Mis ropajes ceremoniales también los tenía a mano.

— ¿No podríamos ser simplemente Julio César y Cleopatra?

Tenía que hacer un esfuerzo para oír su voz.

— Esta noche somos algo más que eso y tenemos que asumirlo — contesté.

Tenía miedo de la empresa a la que me había lanzado y ni siquiera estaba segura de poder llevarla a feliz término. Quizá las vestiduras me servirían para disimular mi desconcierto.

Permaneció de pie delante de mí, vestido como si fuera un dios. La oscuridad ocultaba su rostro, pero su presencia física llenaba las prendas y realzaba su belleza.

Se inclinó para darme un beso, la primera vez que alguien lo hacía. Me estremecí levemente al percibir su contacto, pues no estaba acostumbrada a que nadie se me acercara hasta aquel extremo. Me acarició el cabello con ambas manos; me abrazó suavemente y me besó el cuello. Cada movimiento era tan lento y pausado que parecía un prodigio, como si estuviera abriendo una puerta sagrada o rompiendo el sello de un relicario. Tomó mis manos en las suyas y me las guió para que yo lo abrazara a él, como si supiera que necesitaba que me enseñaran. El hecho de tocarle simplemente los hombros se me antojó algo tan prohibido como que él me tocara a mí: un acto vedado, escandaloso, desconocido. No sólo él era un extraño sino que ahora yo misma era una extraña para mí. Y sin embargo tenía la sensación de conocerle de una forma esencial y tranquilizadora. Mi temor se disipó para dar paso a la ansiedad y la emoción.

Se inclinó hacia mí y me levantó con más facilidad que Apolodoro. Percibí los huesos de sus brazos y deseé que los usara para protegerme y luchar por mí. Sólo tuvo que dar dos pasos para acercarse al lecho.

Las vestiduras de Amón eran pesadas y agobiantes. Se las hubiera tenido que quitar pero no lo hizo; se empeñó en despojarse ritualmente de su equipo militar y en tenderse desnudo debajo de las vestiduras.

Yo me quité la túnica y me alegré de poder hacerlo; después del duro viaje, la túnica estaba sucia y se había impregnado del olor de la alfombra y del fondo de la embarcación. Con trémulas manos me subí la túnica de Isis hasta los hombros y me la eché sobre la espalda.

— Ah —exclamó, tocándome con aparente asombro. De no haber sabido que no era así, hubiera creído que jamás había visto el cuerpo de una mujer—. Eres muy hermosa.

Y yo supe que aquella noche era verdad. Armándome de audacia, lo toqué y percibí los músculos de su pecho, tan distintos de los del eunuco Mardo... el único varón a quien yo hubiera abrazado. Deslicé las manos por sus hombros como un niño que explorara una habitación desconocida. Me pareció que le hacía gracia.

— Me tienes que enseñar —le murmuré al oído, reconociendo sinceramente mi falta de experiencia. Confiaba plenamente en él, lo cual me

parecía muy raro.

— ¿Puede Amón enseñar a Isis? —preguntó—. No. Ambos son absolutamente expertos. Un dios y una diosa.

Alargó la mano y me desabrochó el cierre de la túnica. La pesada prenda me resbaló de los hombros. Besó el lugar previamente ocupado por la túnica. El contacto de sus labios me puso la carne de gallina.

Inclinó la cabeza y me besó los pechos, primero el derecho y después el izquierdo. Los acarició casi con reverencia.

— Ni siquiera Venus ha sido representada jamás con unos pechos tan perfectos —murmuró. Me abrazó con delicadeza, como si todavía no hubiera decidido si seguir adelante o no. Tras una serena y prolongada pausa, añadió—: Eres joven y me ofreces un presente muy valioso, pero no quisiera privar de él a tu esposo.

— Soy libre de ofrecerlo como yo quiera —exclamé, temiendo de repente que me rechazara—. ¡Y además no es probable que el destino me conceda el esposo que yo quiero! —No sería mi hermano, por supuesto... no sentía el menor deseo de reservarle ninguna parte de mi persona y ni siquiera de permitir que me tocara—. ¡Tú tienes que ser mi esposo! —le dije—. Sí, Amón e Isis...

El convencionalismo de los ropajes me permitía ocultar mi espontáneo y políticamente incorrecto deseo.

— En tal caso, por esta noche...

Al final se apretó contra mí, y juntos nos dejamos caer sobre los almohadones. Estaba tendido encima de mí y las pesadas vestiduras de Amón nos oprimían. Yo estaba deseando nuestra unión. Todo se había borrado de mi mente y sólo quedaba el deseo. Ya no recordaba mi temor ni la información que les había pedido a la cortesana o a Olimpo, sólo sabía que deseaba ser físicamente poseída por César.

— ... seré tu esposo.

— Que así sea —dije con todo mi corazón.

Y me entregué a él, y nuestros destinos se fundieron. Él se convirtió en mi señor y mi compañero, y yo fui su reina y su esposa.

Fue dulce y paciente conmigo; era yo la que estaba hambrienta y ansiosa, como si él hubiera creado en mí un apetito antes inexistente. Me sentí atrapada y transportada a otro mundo, como yo había oído decir que les ocurría a algunos sabios, los cuales regresaban después a la tierra, aturcidos por las indescriptibles, inefables y transformadoras visiones que habían tenido. A veces aquellos santos varones afirmaban haberse sentido arrebatados a las nubes y transportados a grandes distancias por unos remolinos de viento; otras veces se limitaban a abandonar la absoluta quietud de sus aposentos. Pero cuando regresaban, siempre estaban cambiados, tal como yo estaba ahora. Había tocado y había sido tocada por otro ser humano, había permitido que alguien traspasara las bien

guardadas puertas de mi intimidad y penetrara en lo más hondo de mi ser de tal manera que ahora ya no quedaba ningún límite. Mi mundo había cambiado por entero en aquel instante. Me aferré a él como si no quisiera perderle. Deseaba que aquella revelación, aquel momento de transfiguración, no desapareciera jamás. Pero desaparecería; y desapareció. Aquella noche y al día siguiente aprendí dos cosas de él: la perfección de un momento y su fugacidad.

César dormía. Su cuerpo permanecía tendido en el lecho con una sábana de lino echada sobre la espalda, como si estuviera haciendo la siesta después del baño. La túnica de Amón permanecía olvidada en el suelo tras haber cumplido su propósito. Adiviné por su respiración que dormía. Su ancha espalda subía y bajaba muy despacio, expuesta a una daga si yo hubiera ocultado alguna. Pompeyo había sido asesinado por la traición de Tolomeo, y sin embargo César dormía profundamente a merced de otra Tolomeo. Pero me había calibrado bien; no sólo yo jamás le haría daño sino que hubiera matado a cualquiera que lo hubiera intentado. Me pasé mucho rato incorporada en la cama, contemplándole y escuchándole respirar y moverse en su sueño.

Me sentía profundamente unida a él. Tras haber hecho el amor y cuando mi corazón ya latía a un ritmo normal y el ardor del momento había dado paso a una fría vigilancia, no le vi como un romano en abstracto ni siquiera como el famoso conquistador Julio César sino como un hombre solitario, un exiliado como yo. Bajo la mortecina luz de la lámpara distinguía los perfiles de su espalda, las pequeñas protuberancias de su columna vertebral bajo la carne e incluso algunas cicatrices. Había vivido una existencia muy dura en los últimos años; largos meses de campaña, encabezando los ataques de sus soldados medio muertos de hambre contra su antiguo cuñado, convertido posteriormente en enemigo. Sin descanso, sin seguridad, traicionado por la ciudad para la que tantas batallas había ganado, poniendo en peligro su vida en defensa del reconocimiento de sus derechos... había dicho que sólo sus soldados habían impedido que el Senado lo sacrificara. Un hombre cansado y poco valorado... un exiliado como yo. Pero él había puesto fin a mi exilio. Y yo haría lo mismo por él... si tuviera algún medio para conseguirlo.

Poco a poco empecé a comprender la enormidad de lo que acababa de hacer. Le había entregado mi virginidad con la misma alegría y despreocupación que si hubiera sido una mujer famosa por su experiencia. Pero ¿le habría atribuido él algún valor? ¿Por qué lo había hecho? Traté de hacerme estas preguntas como si tuvieran importancia. Tenían que tenerla. El «sacrificio» no era necesario... César me había dicho que de todas formas se pondría de mi parte. Mi llegada a él en el interior de la alfombra lo había cautivado; era yo la que había insistido en sellar el pacto convirtiéndolo en mi amante. Y ahora... hubiera tenido que llorar de vergüenza y desconsuelo, pero en cambio me sentía dominada por una irresistible e inexplicable felicidad. Su persona y lo que había ocurrido eran algo totalmente distinto de lo que yo había imaginado.

Recordé la primera vez que había oído su nombre en relación con las deudas de mi padre y la anexión de Egipto. Entonces él era cónsul... mucho antes de que se fuera a la Galia. Pensaba que era un hombre tosco, voraz, codicioso,

rubicundo y vulgar, que tales rasgos se debían de haber acentuado con el paso de los años y que ahora ya debía de ser un auténtico cerdo a pesar de su desmedida afición al robo de obras de arte. Pensaba que su comportamiento en la cama (no se hubiera podido calificar de hacer el amor) sería violento y bestial, siendo como era un rudo soldado. Nadie me había preparado para aquel hombre tan rebosante de vitalidad, y sin embargo tan cortés y refinado. Y ciertamente nadie me había preparado para el descubrimiento, en sus palabras y sus creencias, de un eco de mis propios valores y mi personalidad. Éramos iguales en nuestra esencia más profunda, a pesar de haber nacido con tantos años de diferencia, en orillas distintas del mar y en pueblos también distintos. Era más hermano mío que mis auténticos hermanos.

Y nadie me había preparado para sentirme tan fiel a su persona y tan instantáneamente unida a él. En cuanto al amor... estaba deseando volver a hacerlo. No le negaría nada; ni siquiera lo deseaba.

Me sentía tremendamente feliz, quizá por primera vez en mi vida. Apoyé la cabeza en su espalda y cerré los ojos, dejando que su respiración me adormeciera hasta alcanzar un estado en el que me fuera posible flotar y saborear aquella serena dicha.

Debí de quedarme dormida, pues cuando abrí los ojos ya era de día y él estaba mirando a través de la ventana. Se había puesto la túnica, pero aún iba descalzo. Me levanté de la cama, me acerqué a él por detrás y lo rodeé con mis brazos.

— Has huido de mi lecho —le dije.

— Para que mi deseo no me encadenara a él durante el día —contestó, volviéndose a mirarme. La luz oriental iluminaba su terso y saludable rostro, en el que sólo se observaban unas finas arrugas alrededor de los ojos.

— ¿Y eso es malo? —le pregunté.

Ya sabía que el estar juntos durante el día sería algo enteramente distinto.

— Eso es impropio de los romanos —me dijo, soltando una sonora carcajada—. ¿Acaso no sabes que estas cosas sólo las hacen los pueblos degenerados de Oriente? ¡Aunque bien mirado, tú eres oriental!

— ¿Y cómo es posible que algo que haga César sea impropio de un romano?

— Hay quienes gustan de marcar las pautas de la conducta romana. Y hay que procurar no contrariarlos, porque sus opiniones todavía cuentan mucho. —Me miró con una leve sonrisa en los labios—. Pero más adelante... la verdad es que las pautas que ellos marcan son bastante discutibles. ¡Dicen que el adulterio es aceptable, pero sólo en la oscuridad!

— ¿Y quiénes son esos romanos?

Sentía curiosidad por saberlo.

— Pues gente como Cicerón, Catón, Bruto... pero no hay razón para que tú

te preocupes por sus críticas.

— Ni tú tampoco mientras estés aquí.

Tomé su mano, pero comprendí que sus pensamientos ya estaban centrados en los asuntos del día que tenía por delante. Se la solté y dejé que se alejara hacia el otro extremo de la estancia donde había dejado la ropa. Se la puso en un abrir y cerrar de ojos y yo me sorprendí de la rapidez con que se puede vestir un soldado.

— Había dispuesto que tu herm... —estaba diciendo cuando llamaron a la puerta—. ¡Adelante! —exclamó.

Se abrió la puerta y entraron Tolomeo y Potino. Comprendí de repente por qué razón César ya se había levantado y vestido, y por qué yo no. No llevaba encima más que una sábana envuelta alrededor de mi cuerpo. Así lo había querido él.

Los visitantes se quedaron boquiabiertos de asombro. Tolomeo me miró como si estuviera a punto de echarse a llorar y, por una vez, Potino se quedó sin habla, moviendo arriba y abajo su cabeza de ibis sobre su obeso cuerpo. Me miró, contempló el lecho real con las sábanas y las almohadas todavía revueltas, y después miró a César con una serena sonrisa en los labios. Lo había comprendido.

— ¡No es justo! —chilló Tolomeo—. ¡No es justo! ¿Qué hace ella aquí, cómo ha venido? ¡No es justo, no es justo!

Dio media vuelta y abandonó corriendo la estancia.

— Altísimo César —dijo Potino con trémula y estridente voz—, nos sorprende en gran manera la presencia de...

— ¡Detened a ese muchacho! —les gritó César a sus guardias, que se habían acercado subrepticamente a las puertas durante la noche—. Detenedlo antes de que salga.

Pero mi hermano conocía todos los pasadizos secretos del palacio y, antes de que pudieran localizarlo, salió al patio y se dirigió rápidamente a la valla que separaba el recinto del palacio del resto de la ciudad. Allí siempre se congregaba una gran multitud, y aquel día no era una excepción. Vi desde la ventana de la cámara cómo mi hermano corría hacia la gente, se arrancaba de la cabeza su diadema real, la arrojaba al suelo y estallaba en sollozos.

— ¡He sido traicionado! —gimoteó—. ¡Traicionado, traicionado!

Después se entregó a un paroxismo de llanto.

Dos corpulentos soldados romanos, en cuyos petos de latón se reflejaban los rayos del sol, salieron corriendo del palacio en su persecución, lo agarraron por detrás y lo llevaron a rastras al interior.

Sentí que se me helaba la sangre en las venas. Me acababan de hacer una demostración no ensayada —y más reveladora por tanto— de quién ejercía el verdadero poder en el país. Unos vulgares soldados romanos le habían puesto las

manos encima al Rey de Egipto y lo habían tratado como si fuera un travieso chico del campo. No podía perder el favor de César, so pena de que hicieran lo mismo conmigo.

A mi espalda, Potino aún intentaba hablar.

— Perdónalo, no... le falta práctica de gobierno —explicó con voz quejumbrosa—. No puede disimular sus sentimientos.

César permanecía de pie con una mano apoyada en el respaldo de una silla. No se había tomado la molestia de acercarse a la ventana para ver lo que ocurría con Tolomeo. Ya sabía lo que iba a ocurrir. Se limitó a mirar a Potino y yo pensé que tampoco se tomaría la molestia de contestarle.

— ¿Quieres que le permita ser tu corregente, excelsa Reina? —me preguntó con una voz absolutamente serena, la voz con la que solía hablar en público y a la que yo me estaba empezando a acostumbrar. Pero no era la misma voz que utilizaba en la oscuridad de la noche.

— Preferiría que no —contesté.

— Pero el testamento de tu padre así lo estipula —dijo César. ¿Se estaba burlando de mí? ¿Qué se proponía?—. ¿Y acaso no asumiste el título de «Cleopatra, la diosa que ama a su padre»? Siendo así, deberías cumplir sus deseos. ¿Quieres que se celebre tu boda con Tolomeo?

La idea de estar mínimamente unida a él me resultaba políticamente repulsiva, pero eso no era nada comparado con la posibilidad de que mi hermano me tocara alguna vez, tal como me había tocado César.

— No podría soportarlo —contesté.

Tolomeo fue conducido de nuevo a la estancia. Lloraba y miraba a su alrededor con el ceño fruncido mientras los dos soldados lo sujetaban por los frágiles y huesudos hombros.

— ¡Ah, ya está aquí el esposo! —dijo César—. Ven, sécate las lágrimas. No está bien que llores el día de tu boda.

Sus lágrimas se secaron de golpe debido a la sorpresa.

— ¿Co—cómo? —preguntó tartamudeando.

— En mi calidad de albacea del testamento del difunto Rey, considero que tenemos que cumplir las condiciones que en él se establecen. Te casarás con tu hermana Cleopatra y los dos remaréis conjuntamente como monarcas.

¡No podía hacerme aquella jugada! ¿Cómo era posible que hubiera confiado en él? ¿Acaso eran erróneas todas mis apreciaciones? Ahora me parecía un hombre tan cruel y taimado como todos sus paisanos. Me sentía anonadada.

— Y después entre los dos reuniréis el dinero que me adeudáis. Como bien recordaréis, yo he asumido la responsabilidad de cobrar lo que el difunto Rey todavía le debía a la República de Roma.

Asintió indiferentemente con la cabeza.



Al final resultaba que era un hombre simplemente codicioso.

— Tú no puedes ser juez y parte —le dije fríamente—. Elige de qué manera deseas ser complacido... como juez o como recaudador de impuestos.

Me miró rápidamente con unos gélidos ojos que no denotaban cólera sino determinación.

— Seré complacido de las dos maneras, pues así lo he dispuesto. Por consiguiente, ya podéis empezar a preparar la boda en la forma que elijáis. Después celebraremos un banquete de reconciliación. Tendrá que ser un gran festín y lo haremos... ¿quizás en aquella sala de las vigas doradas y las columnas de pórvido?... y tendrá que haber doscientos invitados por lo menos. Haced todas las cosas en las que los alejandrinos tanto destacáis. Danzarinas. Acróbatas. Juegos de magia. Vajilla de oro. Pétalos de rosas en el suelo. Vosotros lo sabéis mejor que yo. Sí, el pueblo tiene que ver que todos nos abrazamos y nos amamos.

Se quedaron tan inmóviles como momias, y tan tiesos como la estatua de Osiris.

— ¿Y bien? —dijo César—. Ya os he dicho lo que tenéis que hacer.

Las momias inclinaron la cabeza y se retiraron.

Giré en redondo para mirar a César.

— ¿Cómo has podido hacer eso? ¡Yo creía que éramos aliados!

Fui lo bastante lista como para no gritarle: «¡Incluso te habías proclamado mi esposo!» ¿Acaso lo había olvidado? Pero sabía que César no lo había olvidado.

Me sentía furiosa, traicionada, dolida. Sólo había podido disfrutar durante unas cuantas horas del trascendental acontecimiento que había tenido lugar aquella noche. Ahora todo se había esfumado. ¿Y para qué? ¿Para convertirme en otra clase de prisionera?

Decidí examinar mi situación, hablando a una mitad de mi mente con la otra mitad. «Viniste de Ascalón arriesgando tu vida para ser recibida por César —me recordé—. Y lo conseguiste. Mantuviste una reunión privada con él y él accedió a volver a sentarte en el trono y a imponer su voluntad a tu hermano y a su patética pandilla de consejeros. Parecían muy temibles y taimados, pero ahora que César está aquí, han sido apartados a un lado como unos simples colegiales. No son nada, y yo he obtenido lo que vine a buscar... la seguridad política. He sido una insensata esperando algo más que esto tras haberle conocido.»

César permanecía de pie con la cabeza inclinada y las manos apoyadas en los brazos de la silla. Vi una calva incipiente en su coronilla. A la luz del día, Amón no era un dios. Y yo tampoco era una diosa sino simplemente una mujer que quería a un hombre de la manera más antigua que existía, aunque para mí fuera una novedad.

— Y lo somos —dijo.

Tardé unos segundos en comprender que estaba respondiendo... no sólo a

mis palabras sino también a mi grito secreto.

— ¡Pues hazme Reina sólo a mí! —dije—. ¿Por qué tengo que soportarlo?

— No será por mucho tiempo —me contestó—. Pero de momento conviene que así sea.

— ¿Por qué? —pregunté, levantando la voz.

Me dirigió una prolongada e inquisitiva mirada.

— Cleopatra, ¡qué dulce me suena este nombre!, tú sabes muy bien por qué. Hay que cumplir las exigencias legales, aunque más tarde se prescindiera de ellas.

— ¿O sea que tiene que haber una reconciliación en público?

Sabía que me estaba comportando de una manera tan pueril como Tolomeo, pero no podía evitarlo.

— Sí —contestó—. Tú y Tolomeo seréis proclamados reyes conjuntamente; de esta manera se podrá desmovilizar el ejército, podremos echar a Potino... —Se detuvo bruscamente como si acabara de recordar un detalle insignificante—. ¿Te he dicho que he desterrado a Teodoto? Esa es la recompensa que ha recibido de mí.

Desterrado... barrido de la escena... en un abrir y cerrar de ojos... Sí, César aplastaba a la gente como yo había aplastado aquella mosca en mi tienda, sin necesidad tan siquiera de ensuciarse la sandalia. Bastaba un solo gesto de su mano para que la persona desapareciera para siempre.

Solté una carcajada de alegría.

— ¡Así me gusta mi Cleopatra! —Cruzó rápidamente la estancia para estrecharme en sus brazos—. No temas... Tolomeo nunca será tu verdadero esposo. Lo soy yo, tal como te prometí. —Me dio un beso y se inclinó hacia mí—. Tú y yo somos iguales —me dijo, bajando tanto la voz que yo apenas pude oírle—. Lo sé, lo presiento. Al final he encontrado a alguien que es exactamente igual que yo. No creo que alguna vez desee separarme de ti. Somos las dos mitades de una granada, y ambas encajan a la perfección.

Lo abracé. Creí en sus palabras porque quise, y me pareció comprender su verdadero significado.

El banquete ya estaba a punto. Potino había seguido las órdenes de César y había preparado un festín para todos los dignatarios de la corte: el jefe de los escribas y el de los bibliotecarios, el tesorero del estado, los sacerdotes de Serapis y de Isis, el comandante de la Guardia Macedonia, los emisarios y los cortesanos, los más celebrados médicos de la corte, los poetas, los retóricos, los científicos y los sabios. La luz de las lámparas iluminaba las vigas doradas y el suelo estaba cubierto de pétalos de rosas traídos por mar desde Cirene, donde se cultivan las rosas más bellas. Dondequiera que uno pisara, los pétalos aplastados por los pies despedían su dulce y adormecedor perfume.

Rechinando los dientes, permití que la breve ceremonia de la boda se

celebrara en las salas superiores del palacio azotadas por la brisa marina. Tolomeo y yo pronunciamos unas palabras que nos unieron oficialmente en matrimonio, utilizando una fórmula inventada en palacio. Fueron testigos César, Potino, Arsinoe y Tolomeo el menor. Pronuncié las palabras en un susurro, confiando en que de esta manera no fueran válidas. En cuanto todo hubo terminado, me retiré a toda prisa para engalanarme con vistas al banquete.

Ahora César jamás me podría acusar de no haber desempeñado mi papel. «Lo que tanto aborrecía ya está hecho», pensé.

Carmiana estaba todavía en el palacio, sirviéndome fielmente. No me había dado cuenta de lo mucho que la había echado de menos hasta que contemplé de nuevo su rostro y la oí canturrear mientras doblaba los mantos y las túnicas de seda en la estancia donde guardaba mi ropa.

— ¡Majestad! —exclamó, mirándome con mil preguntas en el rostro.

— ¡Carmiana! ¡Mi querida Carmiana! —dije, corriendo hacia ella.

Me miraba sin poder contener la risa. Entonces me miré la polvorienta túnica.

— No he tenido ocasión de cambiarme las prendas que usé en la fuga — dije—. Vine ayer en barco y entré en secreto en palacio.

— Todo el mundo lo sabe —dijo—. Dicen que... ¡cuánto me alegro de que estés aquí, sana y salva! Los últimos meses han sido terribles. El feliz trío se pavoneaba por toda Alejandría con su marioneta y te proclamaba muerta.

— Ya no son un trío sino un dúo —dije.

— ¿Acaso César ha...?

La pregunta quedó en suspenso en el aire.

— Desterrado a Teodoto —dije—. Ya no nos volverá a molestar.

— ¿Y has visto a César? —me preguntó discretamente.

— «Como todo el mundo sabe» —contesté, repitiendo sus palabras—. Entré en secreto en sus aposentos escondida en el interior de una alfombra.

Estalló en una carcajada.

— ¡Menudo susto se debió de llevar!

— No lo mostró —dije—. Y ahora... pero bueno, eso es demasiado largo de contar. Más tarde. Ahora necesito vestirme como una reina para el banquete que se va a celebrar abajo. Ponme guapa para que me den un reino.

«Ponme guapa para que me amen», quise decir. Pero tratándose de César, todo eran reinos, coronas y posesiones. El amor, en caso de que lo hubiera, era sólo una consecuencia de todo lo demás.

Y ahora ya me encontraba en la entrada de la inmensa sala ceremonial, con la espalda apoyada contra los fríos paneles de ébano. Llevaba encima tantas perlas del mar Rojo que me sentía envuelta en una especie de resplandor lunar.

Carmiana me las había entretejido hábilmente en el cabello, me había puesto varios collares alrededor del cuello y las más grandes y valiosas las llevaba en los lóbulos de las orejas, oscilando cada vez que movía la cabeza. Iba vestida con una túnica de seda sidonia casi transparente que se agitaba a mi alrededor como una suave bruma y calzaba unas sandalias de plateado cuero trenzado. Permanecí inmóvil y respiré hondo, aspirando el perfume de loto que Carmiana me había frotado en los huecos de los codos y en el punto del cuello donde pulsaba la vena. A lo largo de todo el día me había notado el cuerpo distinto, lo cual me había hecho recordar que lo ocurrido era real... e irreversible.

Los músicos agrupados en un rincón rasgaban suavemente las cuerdas de sus liras e interpretaban suaves melodías con sus flautas. El eco resonaba contra las paredes de piedra.

Rumor de botas. Se estaban acercando unos soldados. ¿La Guardia Macedonia de palacio o la de César? Observé cómo unos soldados entraban por el otro extremo de la sala. Reconocí las capas y las lanzas romanas.

César caminaba entre ellos pero había optado por llevar las prendas propias de un cónsul de Roma —una toga blanca con una ancha franja púrpura en el dobladillo— en lugar de vestirse como un general. Debía de haber pasado mucho rato en manos del barbero pues su rostro estaba reluciente y recién afeitado, y el cabello más corto. Me pareció tan espléndido como Apolo, a pesar de que no era muy joven ni demasiado alto y daba la sensación de estar abrumado por el peso del mundo que llevaba consigo.

«Permíteme que te ayude a llevarlo —pensé de repente—. Pesa demasiado para un hombre.»

Se acercaron a mí, y César se adelantó. Le vi mirarme fijamente y comprendí que, a sus ojos, me debía de haber transformado en una criatura totalmente distinta de aquella tan desvalida a la que había conocido en secreto.

Alargó la mano y yo la tomé en silencio. Juntos nos dirigimos a la gran mesa ceremonial, hecha con un trozo del tronco de un enorme árbol de las montañas del Atlas, sostenido por unos colmillos de elefante. A pesar de que no me miró en ningún momento, yo adiviné su interés. Al final se inclinó hacia mí y me habló en susurros mientras su aliento agitaba uno de mis pendientes:

— Ha sido un día muy largo y tengo la impresión de haberte conocido varias veces bajo distintos disfraces. ¿Cuál es el verdadero?

Volví la cabeza, pero no la incliné sino que la moví con gran elegancia.

— Y yo he visto a muchos Césares. ¿Cuál de ellos es el verdadero?

— Después del banquete lo sabrás —me contestó—. Y más adelante sabrás otra cosa. —Me estudió con sus perspicaces ojos oscuros—. Hija de Venus —me dijo—, ¡qué hermosa eres!

— ¿No eres tú también hijo de Venus?

Decían que la familia de César descendía de Venus por parte de madre.

— Sí. Ya te he dicho que somos iguales porque poseemos la naturaleza de esta diosa.

Sentía su cálido aliento en mi oído.

Justo en aquel momento se acercó Potino, avanzando muy despacio hacia el lugar que le había sido asignado. Sus rígidos ropajes de lino se negaban a adaptarse a su voluminoso cuerpo. Parecía una hoja plegada de papiro. Se había untado los rizos del cabello con aceite y lucía unos enormes pendientes cuadrados que le estiraban dolorosamente los lóbulos de las orejas.

Lo seguía Tolomeo, vestido como un faraón antiguo. Y detrás de ellos, por el otro extremo de la sala, caminaban majestuosamente Arsinoe y Tolomeo el menor.

Todas las cabezas se volvieron para contemplar a Arsinoe, con sus airosos y ondulantes andares y su resplandeciente túnica de seda. Llevaba el cabello negro recogido hacia arriba al estilo griego, y ni siquiera Helena de Troya hubiera podido competir con su belleza.

Vi que César la miraba con los ojos muy abiertos y percibí su interés, a pesar de que no se movió lo más mínimo. César y la joven Arsinoe de dieciocho años habían permanecido juntos en el palacio por lo menos dos semanas antes de mi llegada. ¿Qué habría ocurrido entre ellos? El hecho de que ninguno de los dos diera muestras de conocer al otro no significaba nada. La belleza de Arsinoe devoraba las entrañas de la gente por deseo o por envidia, y César... ahora yo sabía cómo era.

Ocupó su lugar en el triclinio real esbozando una leve sonrisa con sus labios pintados. Sus ojos intensamente azules se estaban bebiendo a César. Después parpadearon repetidamente, casi en una parodia de coqueteo. La oí con toda mi alma.

César pronunció unas palabras de bienvenida en cuanto todos los perplejos invitados se hubieron acomodado en sus asientos. Yo también les dirigí unas palabras y lo mismo hizo Tolomeo con su chillona voz infantil. Después César volvió a levantarse y dijo:

— Vamos a ponernos las guirnaldas de la alegría y la celebración, pues ahora ya podemos proclamar que la paz ha vuelto a la tierra. La reina Cleopatra y el rey Tolomeo han accedido a vivir en armonía y a gobernar como una sola persona.

Tomó una guirnalda de flores de loto, acianos y rosas, y se la colocó alrededor del cuello.

— ¡Exultad con ellos!

Le agradecí con toda mi alma que no hubiera anunciado la «boda» y adiviné que sólo lo haría en caso de que las circunstancias le obligaran a hacer ulteriores concesiones.

Los criados recorrían presurosos la sala con unas bandejas llenas de

perfumadas guirnaldas que distribuían entre los invitados. Muy pronto la sala se llenó de la fragancia de las flores en las cálidas pieles de los invitados.

A continuación, César levantó una copa incrustada de piedras preciosas y la llenó con una jarra de vino de Falerno.

— ¡Bebed! —les ordenó a todos—. ¡Bebed y exultad de gozo!

Se acercó la copa a los labios, pero yo no vi el movimiento de su garganta al beber. Volvió a posar la copa e hizo señas a los criados de que se acercaran con los cuencos de cristal que contenían el agua perfumada con que nos íbamos a lavar las manos antes de comer.

Después levantó repentinamente las manos.

— ¡Otra cosa! Deseo anunciar que, como gesto de amistad, Roma devuelve Chipre a la casa de Tolomeo. La isla será gobernada por la princesa Arsinoe y el príncipe Tolomeo.

Les hizo una seña con la cabeza, y ambos se levantaron muy despacio. Mientras los sorprendidos invitados los vitoreaban, ellos se limitaron a mirar con asombro a su alrededor. Otro ataque por sorpresa de César. Así actuaba en el campo de batalla y fuera de él.

Cuando se volvió a mirarme, sólo pude leer su mensaje en el leve cambio de sus ojos y en las arrugas que le rodeaban la boca: «Ya te dije que me conocerías mejor después del banquete.»

— ¿Tiene César autoridad para ceder una parte del territorio romano? —le pregunté fríamente.

— Sí —me contestó—. ¿Te complace?

— ¿Por qué me tendría que complacer? No me lo has cedido a mí.

— Lo he cedido por ti, para tu protección. Y como prenda de mi afecto.

El corazón me latía con tal fuerza que no me atreví a responder. Era cierto; César había hecho un audaz y sorprendente gesto que no tendría más remedio que provocar la enemistad del Senado de Roma.

Se inició el banquete. Los platos se iban sucediendo y yo no pude por menos que admirar la habilidad de nuestros cocineros reales, que habían sido capaces de preparar aquel festín en tan poco tiempo. Aparte de los habituales bueyes, cabritos y patos asados, nos sirvieron también púrpuras, ortigas de mar, pasteles de pescado, miel de Ática y nueces del Ponto.

Pero César comió muy poco y apenas probó el vino de su copa, prefiriendo en su lugar agua perfumada con pétalos de rosa.

— No bebes —le dije, señalando con la cabeza su copa de vino.

— Cuando era más joven bebí suficiente para el resto de mi vida —contestó—. Ahora noto que me aturde y me provoca unos extraños efectos. Por eso no cortejo a Baco.

— Y apenas comes —le comenté—. ¿Acaso la comida también te provoca efectos extraños?

— Veo que te interesa mucho todo lo que yo hago —me dijo—. ¿Acaso has añadido algo a estos platos que tanto empeño tienes en que coma?

Sólo la leve inflexión del tono de su voz me hizo comprender que no hablaba en serio.

— Eres muy receloso —dije, tomando un poco de comida de su plato y poniéndomela en la boca—. Deja que disipe tus temores.

Potino frunció el ceño ante aquella falta de etiqueta, pero César casi estuvo a punto de echarse a reír.

Cuando se distribuyeron granadas en las bandejas de fruta, César tomó una de gran tamaño y la partió lentamente por la mitad mientras su centro se llenaba de jugo intensamente rojo.

— Ya ves lo bien que encajan todos los granos —me dijo—. Pero si la abres, se produce una herida.

Me entregó la otra mitad, estudiando atentamente mi rostro.

Tomé el fruto y contemplé en su centro los puntos dónde se había producido el desgarro al abrirlo.

— Jamás se debería partir de esta manera —dije, señalándome las manos manchadas.

Cualquiera que nos hubiera oído, habría pensado que nos referíamos a aquella granada en particular. César me miró sonriendo.

Al terminar el banquete, los criados retiraron los platos y entraron en la estancia unos acróbatas con los cuerpos untados de aceite. Sus movimientos eran tan rápidos que el ojo apenas podía seguirlos.

— He visto cómo atacan las serpientes —dijo César—. Nunca hubiera imaginado que los seres humanos pudieran moverse con semejante rapidez.

A continuación salieron unos danzarines nublados, altos, delgados y musculosos que trenzaron unas complicadas danzas al son de las palmas y los tambores.

El frenético ritmo de su música ahogaba cualquier otro sonido y yo no vi la indicación que César les hizo a sus guardias. Observé que Potino levantaba la cabeza y abandonaba repentinamente su asiento. Pero la ruidosa actuación de los artistas me impidió preguntar qué había ocurrido. Cuando finalmente terminó la música, observé que César estaba mascando el palillo de un pastel de cardamomo y parecía impaciente.

— ¿Dónde está Potino? —pregunté.

Arsinoe y Tolomeo también parecían nerviosos.

— En este momento, probablemente decapitado.

— ¿Cómo?

— ¡Vamos fuera! —dijo César, agarrándome la muñeca con una mano tan poderosa como la garra de un león.

Consiguió levantarme de tal forma que pareciera que yo me estaba levantando voluntariamente. Me acompañó a una puertecita que había entre dos columnas de la galería lateral de la sala.

La fresca brisa del exterior me azotó el rostro ruborizado por la perfumada atmósfera de la sala. Se había levantado un ligero viento que agitaba las cabrillas del puerto.

— Por aquí —dijo César, obligándome a doblar la esquina.

En cuanto la hube doblado, vi a Potino —o mejor dicho, lo que quedaba de él— tendido sobre tres gradas. Su cabeza —si todavía la hubiera tenido— hubiera apuntado hacia abajo. Pero resultó que toda la sangre de su cuello cortado estaba fluyendo por las blancas gradas de mármol en una sola dirección. A su lado se encontraba un soldado romano, sosteniendo la cabeza de rizos untados de aceite con sus grandes pendientes. La espada del soldado, o más bien la parte central de la misma, estaba cubierta de glóbulos de sangre.

— Pompeyo, ahora ya has sido vengado —dijo César—. Llévate esta carroña —le ordenó al soldado.

Me quedé sin habla. Contemplé el cadáver y miré de nuevo a César, tan sereno como si nada hubiera ocurrido.

— Ahora ya he visto cómo ataca una serpiente —le musité al final.

— No, ahora has visto cómo se impide atacar a una serpiente —dijo César—. Esta tarde mi barbero me ha revelado que Potino había urdido un plan para asesinarme esta noche. Mi barbero es uno de esos hombres tan tímidos que suelen tener cien orejas. O sea que... —se encogió de hombros, señalando las ensangrentadas gradas—, hemos matado a la serpiente cuando se estaba desenroscando para atacar.

— ¿Que se estaba desenroscando, dices? ¡Pero si sólo estaba cenando!

En cierto modo, la idea de que a uno lo asesinaran con el estómago lleno de pastel de mariscos y buey asado resultaba macabra.

— No, ya había llevado a cabo la mitad de su traición —dijo César—. Había mandado decirle a Aquilas que viniera con su ejército y nos asediara aquí. Mientras te reconciliaba con Tolomeo, hacía reverencias y te besaba la mano, pedía tropas para acabar con nosotros dos.

Me sentía mareada. ¿Mi única seguridad estribaría en permanecer al lado de César, que hasta aquel momento siempre pensaba más rápido, atacaba más rápido y hacía más daño que los que lo rodeaban?

Pero hasta César tendría que descansar, dormir y relajarse alguna vez...

Rompí a llorar. Era el único desahogo aparte los gritos, y yo no quería que



la gente abandonara corriendo la sala del banquete.

Me rodeó con su brazo y me apartó de allí.

— No podemos regresar al banquete. Ni siquiera yo puedo fingir que nada ha ocurrido.

Nos encontrábamos de nuevo en mis —nuestros— aposentos reales. César había mandado colocar una doble guardia en todas las entradas, utilizando tan sólo a sus más fieles soldados. Al llegar a la cámara interior, se dejó caer en un banco. De repente le vi mucho más viejo y me pareció que las arrugas de su rostro estaban mucho más marcadas. A la luz del anochecer, el sello de oro que lucía en su bronceada mano era lo único que brillaba en su persona.

— Oh, César —le dije, rodeándole con mis brazos—. Creía conocer el mundo, y ahora veo que es mucho más despiadado de lo que yo imaginaba.

— Cuando uno se da cuenta de eso —contestó en tono cansado—, cambia para siempre. Pero cuando sale el sol por la mañana y hay cosas que hacer... — lanzó un suspiro—, te asombras de que puedas sentir alegría.

Se apoyó contra la pared, agotado por los acontecimientos de la jornada. Yo me situé a su espalda y le besé la calva. Después le acaricié las sienes y le eché la cabeza hacia atrás para que el amo del mundo apoyara la cabeza en mí. Cerró los ojos y permaneció inmóvil.

Observé que la luz del exterior iba cambiando hasta desaparecer. La oscuridad penetró en la estancia y lo cubrió todo. César seguía descansando contra mí, y mis brazos le rodeaban el cuello, subiendo y bajando cada vez que él respiraba.

¿Qué le inducía a confiar en mí?, me pregunté. ¿Por qué yo y no Arsinoe o Potino? Le hubiera sido más fácil aliarse con ellos. Ahora, con su decisión de apoyarme, se había envuelto en un manto de contratiempos.

Hubiera podido venir aquí, aceptar la cabeza de Pompeyo, confirmar a Tolomeo en el trono y regresar a Roma. Hubiera sido mucho más sencillo para un general cansado. Pero confiaba en mí, por la misma inexplicable razón por la cual yo confiaba en él. Nos habíamos conocido al instante y nos habíamos reconocido el uno en el otro.

Se agitó. Se había quedado dormido en mis brazos. Me conmoví profundamente. Ninguna palabra hubiera podido darme una prueba más fehaciente de su confianza.

— Amor mío —le dije—, vamos a descansar debidamente. Creo que esta noche nadie nos turbará en nuestro lecho. Tus guardias son muy fuertes.

Dejó que lo levantara y lo acompañara a la cama, que le quitara la toga y la colocara con sus demás pertenencias en un arca, que le desatara las sandalias y le frotara los pies.

Me miró con ojos adormilados.

— Qué bien sabes hacer todas estas cosas —murmuró—. Puedes ser reina

o criada a tu antojo.

Le levanté suavemente las piernas sobre el colchón y lo cubrí con una lustrosa colcha de seda.

— Descansa —le dije—. Hasta Hércules descansó después de sus doce fatigas.

Cerró los ojos, volvió la cabeza hacia un lado y lanzó un profundo suspiro... ¿de satisfacción?, ¿de agotamiento?, ¿de alivio?

Me tendí a su lado en la oscuridad y me cubrí con la colcha. El silencio reinaba en la estancia, pero yo sabía que en otros lugares del palacio y en las calles de Alejandría no había silencio sino tumulto. Nuestro silencio era el hijo artificial de la guardia romana que protegía las puertas.

En algún momento de la oscura quietud de la noche, cuando los cielos permanecen en suspenso, César alargó los brazos hacia mí. Estaba completamente despierto y yo también.

— Te dije que me conocerías mejor después del banquete —me dijo en un susurro.

Debió de intuir que estaba despierta.

— ¿Entonces ya sabías lo de Potino? ¿Ya les habías dado las órdenes a tus soldados? —pregunté también en un susurro, volviéndome hacia él.

— Sí —contestó—. ¿Puedes amar a la persona que ahora conoces?

— Más que nunca —contesté—. Hiciste lo que se tenía que hacer, sin vacilación.

Ahora lo admiraba y lo reverenciaba.

Me atrajo hacia sí, hacia su nervudo cuerpo de soldado, ya repuesto después de un sueño tan breve. Me besó y fue como si todos los apetitos que no quería sentir —de comida, de sueño, de vino— se juntaran, mezclaran y multiplicaran en su deseo.

Qué intromisión puede parecer ahora que yo cuente aquí que César era famoso por su minuciosidad en la guerra; decían que cualquier batalla que combatiera estaba decidida de una manera tan detallada que jamás era necesario volver a combatirla. Así fue también conmigo aquella noche; mientras me poseía y me hacía repetidamente el amor de mil maneras distintas, se apoderó para siempre de mí, de mi cuerpo, de mi corazón y de mi fuerza.

AHORA se había iniciado la Guerra Alejandrina... pues así la llamó César cuando empezó a escribir sus comentarios sobre ella. Apenas la mencionó en sus escritos porque él era así. Fue una guerra traicionera, no sólo porque César no esperaba una guerra cuando desembarcó sino también porque fue la primera vez que tuvo que combatir en una ciudad, lo cual requería unas tácticas y una estrategia distintas de las que se usaban en un campo de batalla.

El ejército de Aquilas, que ya estaba en camino durante el banquete de reconciliación, llegó a Alejandría a los pocos días y estaba integrado por veinte mil hombres. César envió a Aquilas unos mensajeros, que fueron asesinados en lugar de recibir una respuesta.

— O sea que no sólo mata cuando le parece políticamente necesario —dijo César con su acostumbrada ecuanimidad—, sino que m siquiera respeta las reglas diplomáticas de antiquísima tradición. Eso significa que no debo compadecerme de él.

Me asombraba su capacidad de reprimir la cólera, si es que la sentía. A lo mejor ya había alcanzado la fase en la que los comportamientos execrables se dan por descontados; a lo mejor lo insólito para él eran el honor y la lealtad. También me asombraba que diera por sentado que derrotaría a Aquilas y a su numeroso ejército de antiguos legionarios romanos, esclavos fugitivos, piratas, malhechores y desterrados... un abigarrado conjunto de hombres desesperados.

Mi propio ejército, abandonado en Siria, se había disuelto por falta de acción y de paga y no podía prestar ninguna ayuda. Previamente, César había pedido refuerzos de Siria y Cilicia, pero de momento tendría que fortificar la sección oriental de Alejandría e intentar asegurarla, sobre todo la parte que ocupaba el palacio en la península. Sus diez barcos de guerra rodios estaban a salvo en el puerto oriental, mezclados con todos los demás. Yo los veía desde las ventanas de mis aposentos, anclados en la parte interior del rompeolas. En el puerto occidental se encontraba la flota egipcia que mandábamos Tolomeo y yo: setenta y dos barcos de guerra.

Aquilas y sus fuerzas, con la ayuda de los exaltados ciudadanos, levantaron en las calles unas gigantescas barricadas triples con bloques de piedra de cincuenta pies de altura, lo cual impedía el paso por el soberbio Camino Canópico y por la ancha calle del Soma, que discurría de norte a sur. También construyeron a toda prisa unas torres móviles de diez pies de altura que se podían arrastrar con cuerdas y desplazar a cualquier lugar que se quisiera. En el centro de la ciudad se levantaron fábricas de armas, se armó a los esclavos adultos y se concentró a las cohortes de veteranos para que se pudieran enviar rápidamente a cualquier lugar donde fueran necesarias. Eran tan hábiles en la reproducción de las armas de nuestro bando de las que conseguían apoderarse que las nuestras parecían unas copias en comparación con ellas.

Entretanto, César había convertido la sala de los banquetes en su cuartel general, donde extendía los mapas y los informes sobre la larga mesa de mármol y mantenía reuniones con los centuriones y los comandantes. Yo me empeñaba en asistir a las reuniones, pues deseaba saber cómo se dirigía el ejército más disciplinado y avanzado del mundo.

— Tenemos que hacer una ofensiva —dijo César al término de la primera semana de combates.

Dio unas palmadas al plano de la ciudad, extendido entre dos columnas de la sala.

Uno de sus oficiales soltó un resoplido. César se volvió a mirarle.

— No en toda la ciudad —añadió—, pero tenemos que recuperar la isla y el Faro para que puedan llegar nuestros refuerzos por mar. Estamos acorralados aquí y tenemos que mantener abierto este lado del mar.

¿Era ésta la audacia que tanta fama le había dado?

— ¿Y cómo atacaremos? —preguntó un centurión.

— Entre sus barricadas y las nuestras sólo hay una pequeña franja de puerto que controla el camino elevado. En cuanto se dé la señal, nos lanzaremos al ataque desde nuestra sección y tomaremos por asalto la franja. Nos abriremos paso hasta el camino elevado y seguiremos hasta el Faro.

Al mediodía, después de aquella reunión, César almorzó conmigo, con mis hermanos y con sus oficiales, tal como tenía por costumbre. En la mesa había bandejas de madera, mohosas hogazas de pan y barato y amarillento vino teniótico, según las órdenes permanentes de Potino.

— Ved cómo almuerzan el Rey y la Reina de Egipto y los gobernantes de Chipre —dijo César, señalando la mesa con la mano—. ¿Rancho de soldados después de una larga campaña?

— Potino decía que no nos quedaba comida por culpa de los romanos —lloriqueó Tolomeo el mayor con voz quejumbrosa—. ¡Elijo que toda la habían devorado tus soldados! ¡Y fundieron todas nuestras vajillas de oro!

— Potino ya no dirá más mentiras —contestó César—. Y me alegra ver que comes voluntariamente estos alimentos tan frugales habiendo abundancia de manjares exquisitos en las cocinas. Eso fortalecerá tu carácter. Un hombre no tiene que interesarse demasiado por la comida. Una vez eché involuntariamente un ungüento en un plato de verdura y no me di cuenta... ni siquiera cuando me lo comí.

— Qué bárbaro —musitó Arsinoe.

— ¿Qué has dicho? —le preguntó César—. ¿Bárbaro? Puede que sí. Llegué a respetarlos enormemente durante los nueve años que me pasé combatiendo contra ellos en la Galia. Tienen una mentalidad distinta de la de algunas de las degeneradas mentes de Oriente. Por ejemplo, ellos no matan a sus caudillos.

Arsinoe esbozó una amarga sonrisa que no consiguió borrar la belleza de su rostro. César levantó su copa de vino hacia ella y tomó un sorbo.

— No me encuentro bien —dijo Arsinoe, posando la suya—. Tengo que irme a descansar a mis aposentos.

Aquella noche huyó de palacio en compañía de su preceptor eunuco Ganimedes y se unió a Aquilas y a sus fuerzas.

Yo pensé que César se enojaría, ahora que ya no podía decir que las tropas egipcias eran una simple pandilla de traidores que se habían rebelado contra toda la familia real, pero ni siquiera se enojó cuando los soldados proclamaron reina a Arsinoe.

— Bueno, pero ha perdido Chipre —dijo—, y jamás lo había visitado. Lo haremos tú y yo cuando termine la guerra. Venus nació de la espuma del mar y allí fue empujada a tierra; será muy apropiado que tú y yo estemos juntos allí.

Esbozó una de aquellas sonrisas tuyas aparentemente alegres que nunca le llegaban a los ojos.

Cuando termine la guerra... ¡qué seguro estaba de la victoria!

Aquella noche, antes de retirarse a descansar, permaneció largo rato en la azotea del palacio, contemplando el puerto y su configuración. Sus arrugadas manos asieron con fuerza la barandilla y yo pude ver cómo se contraían los músculos de sus brazos mientras doblaba y extendía los dedos.

— No será fácil —reconoció—. Es un camino muy largo y su anchura no permitirá que haya muchos hombres a la vez en un determinado punto.

Los criados estaban encendiendo las antorchas de la noche y el sol poniente estaba convirtiendo lo que mañana sería el campo de batalla en una roja balsa.

— Hoy lo tiñe el sol. Mañana lo teñirá la sangre de los hombres —dijo.

— ¿Cómo te puedes acostumbrar a estas cosas? —le pregunté—. ¿Cómo te puedes acostumbrar a la muerte por adelantado?

— La muerte —dijo finalmente—. A lo mejor soy como el Rey de Pérgamo, que gustaba de cultivar plantas venenosas en su jardín. Quizá me rodeo de muerte para poder acostumbrarme a ella.

— ¿Y te acostumbras?

— Creo que sí —contestó—. Puedo decir con toda sinceridad que la muerte no me asusta, tan sólo me entristece... por las cosas que tengo que dejar. —Se volvió y me miró directamente a los ojos. A pesar de que apenas se veía nada, me sentí atraída por la vehemente expresión de su rostro—. No quisiera tener que dejarte tan pronto. Tenemos muchas cosas de que hablar y que explorar juntos. Eso es sólo el principio. Cuando me puse en camino hacia la Galia, tenía cuarenta y dos años. Era un nuevo mundo, una extensión infinita de verdor... bosques, montañas, lagos, ríos, todo aquello me era desconocido y me estaba esperando. Lo que me ocurrió allí en aquellos nueve años sería suficiente para cualquier

hombre. Pero ahora quiero más, no menos. Aquello encendió unas hogueras, no las apagó. —Se volvió para contemplar el puerto que ahora estaba adquiriendo una tonalidad azulada en medio de las sombras del anochecer—. Allá abajo mañana... parece impensable que un corto trozo de metal pulido sea capaz de apagar mi fuego.

Le rodeé con mi brazo y me apoye contra él.

— Los romanos creéis que hay tres hermanas inmortales que regulan la duración de vuestros días: una que teje el hilo de la vida, otra que lo mide y otra que lo corta. Tu vida aún no ha sido medida.

— Es tanta la habilidad de las hermanas que no se nota cuándo se tensa el hilo ni cuándo se abren las tijeras. —De pronto su tono de voz experimentó un cambio—. ¡Estas conversaciones traen mala suerte! ¡Ven!

Abandonó bruscamente la azotea y volvió a entrar.

La Guerra Alejandrina fue tan extraña que al día siguiente pude sentarme en la azotea y contemplar la acción. No me apetecía ver aquel espectáculo pero no tenía más remedio; pues necesitaba saber que había ocurrido, pero no a través de un mensajero.

A primera hora de la mañana, antes de que los rayos del sol hubieran alcanzado las azoteas de los templos y cuando las calles de la ciudad aún estaban oscuras, César y sus hombres abandonaron el recinto del palacio y sorprendieron al enemigo. Enseguida se apoderaron de las calles y, cuando el sol iluminó el puerto, vi los encarnizados combates en los muelles. A los romanos se les distinguía fácilmente por sus yelmos y su característico atuendo militar, en contraste con las fuerzas de Aquilas, que vestían toda suerte de prendas. Vi a César con su capa púrpura de general y, a pesar de que hubiera deseado estar en otro sitio, no pude apartar ni un solo instante mis ojos de él.

Vi cómo conducía a sus hombres a las secciones menos protegidas y más peligrosas, dándoles ánimos con su temeraria valentía. No ahorró ningún esfuerzo y participó de lleno en los combates. Pero al final la superioridad de las fuerzas de Aquilas empezó a surtir su efecto, y de repente pareció que los romanos eran engullidos por el enemigo. Sentí un frío de muerte cuando César desapareció de mi vista en medio de un torbellino de espadas y escudos. El tumulto del metal contra el metal, de las piedras que se arrojaban y caían en los muelles y contra las casas y de los gritos de los moribundos se elevaba como un monstruo y llegaba hasta mi azotea.

Vi el resplandor del fuego al otro lado del muelle; alguien había arrojado una antorcha. La siguieron otras, y de repente uno de los barcos de guerra empezó a arder. Las llamas prendieron en los aparejos y se extendieron rápidamente a la cubierta.

¡Era uno de mis barcos de guerra! Ahogué un grito. ¡No!

Por la rapidez con que se extendieron las llamas estaba claro que la brea y la pez de a bordo estaban ardiendo. Los hombres empezaron a saltar al agua

desde el barco. Después empezó a arder el barco de al lado. Los gritos se elevaron en el aire mientras los marineros se arrojaban al agua. Los combates en el muelle eran tan encarnizados como al principio.

¡Mis barcos estaban ardiendo! ¡Estaban destruyendo mi flota! Contemplé horrorizada cómo se incendiaba toda la flota y se desvanecía mi orgullo y todo mi poderío naval. El viento arrastró unas chispas de los barcos en llamas, y el fuego prendió en los almacenes del muelle. Bien sabía yo lo que había en los almacenes... trigo y aceite, pero sobre todo valiosos manuscritos de la Biblioteca. ¡Todo un almacén de manuscritos estaba siendo pasto de las llamas! Me puse a gritar con horrorizada impotencia, sin apartar los ojos de aquel doloroso espectáculo.

Los incendios distrajeron a los alejandrinos, lo cual dio a César y a sus hombres la oportunidad de acercarse al camino elevado. Bajaron todos juntos hacia el Faro, donde muy pronto vi más humo y más fuego en medio de los combates cuerpo a cuerpo.

No hubo manera de saber lo que estaba ocurriendo y quién estaba ganando hasta que, al cabo de lo que a mí me parecieron muchas horas, el reflejo de los rayos del sol en los yelmos de los romanos que regresaban me hizo comprender que éstos habían sometido la isla que ahora se disponían a asegurar todo el camino elevado. Los hombres se desplegaron y fue entonces cuando — gracias os sean dadas a ti, Isis, y a todos los dioses que se dignaron protegerlo— vi un fugaz retazo del manto púrpura de César. Marchaba en cabeza, guiando de nuevo a los hombres hacia el otro lado del camino elevado y los muelles.

De repente, casi por arte de ensalmo, un barco de guerra enemigo repleto de soldados se abrió paso entre los cascos en llamas de mis barcos del puerto occidental rumbo hacia el centro del camino elevado, aislando del resto de las tropas a los romanos que se encontraban en el muelle, y dejándolos abandonados en una parte del camino elevado. Iban a por César; pretendían rodearlo y acabar con él. Los soldados recién desembarcados avanzaron hacia él mientras los que estaban en tierra se acercaban por el otro lado.

Los romanos decidieron retirarse a sus barcos e inmediatamente levantaron las planchas y echaron las anclas para evitar ser abordados por el enemigo. Después se lanzaron al agua y empezaron a nadar hacia los barcos; vi a César corriendo hacia el barco más próximo. Al ver que éste iba tan sobrecargado, se arrojó al agua y alcanzó a nado otro que se encontraba mucho más lejos, sorteando una incesante lluvia de flechas y armas arrojadas. Tenía que nadar dificultosamente con una sola mano, pues en la otra sostenía un fajo de pergaminos —me pregunté qué importancia podrían tener— y arrastraba a su espalda su pesada capa de general, firmemente decidido a no ceder al enemigo aquel trofeo. Pero al final le vi desprenderse de la capa y nadar libre de ella hacia el barco. La capa regresó flotando hacia el camino elevado, donde el enemigo la recogió entre gritos de júbilo.

Estaba a salvo. Estaba a salvo. La dulzura de saber que regresaría de los combates de aquel día me hizo experimentar una sensación de abrumadora

gratitud.

Sentado en nuestra estancia privada, César permanecía inclinado sobre sus mapas. Tenía el cabello enmarañado y temblaba a causa del agotamiento y del agua fría. Los brazos estaban llenos de cortes y las piernas magulladas, y no hacía más que sacudir la cabeza.

— Cuatrocientos hombres perdidos —repetía—. ¡Cuatrocientos!

— Pero has vencido —le dije—, y has hecho todo lo que te proponías hacer. Has tomado la isla y el Faro.

— ¡Y he quemado una flota! —replicó con amargura—. ¡Perdóname! No ha habido más remedio que hacerlo. Vi que se iban a apoderar de ella y eso les hubiera proporcionado una flota de la que carecen.

— ¡O sea que fuiste tú el que arrojó la antorcha! —dije—. ¡No fue un accidente!

— No, por supuesto que no. Fue una decisión mía. Y muy acertada, por cierto. ¡Mira todo el daño que han conseguido hacer con un solo barco! —Sacudió nuevamente la cabeza—. He perdido cuatrocientos hombres —repitió en un susurro—. Y mi capa de general. Se han quedado con ella.

— Pero no se han quedado contigo —dije—. ¿Y por qué tenías tanto empeño en proteger aquellos pergaminos? ¿Tan importante era su contenido que has tenido que arriesgar tu vida por ellos?

— Planes militares —contestó—. Cifras. Códigos secretos. No podemos perderlos y correr el peligro de que el enemigo se apodere de ellos. —Se los sacó del interior de su empapado peto de cuero y los arrojó sobre la mesa, lanzando un profundo suspiro de alivio—. Aquí están.

— Se han perdido unos manuscritos que estaban en el muelle, a la espera de su traslado a la Biblioteca —dije.

— Lo lamento —dijo—. El incendio de los almacenes ha sido un auténtico accidente.

— Sí —dije yo—. Un accidente de guerra. Veo que cuando la guerra se ha puesto en marcha no es fácil de controlar. Va por donde quiere, como un astuto animal enloquecido. ¡Ni siquiera el gran César la puede sujetar!

— Lo lamento —repitió, quitándose la última de las empapadas y manchadas prendas que llevaba encima antes de tenderse en la cama.

— Estás a salvo —dije—, y en último extremo eso es lo único que importa.

Mientras contemplaba cómo se quedaba dormido, comprendí que para mí era verdad. Aquella noche estaba a salvo. Pero ¿y mañana cuando se reanudaran los combates?

Las guerras civiles romanas que ahora se habían extendido hasta nosotros parecían infectarlo todo. No transcurrió mucho tiempo sin que el espectro de Pompeyo exigiera la venganza final: Aquilas no sobrevivió muchos días a Potino,



pues fue matado por Arsinoe, quien entregó el ejército a Ganimedes. Los cuchillos que los asesinos habían usado contra Pompeyo se habían abierto camino hasta las entrañas de su amo.

Borracho de poder, Ganimedes lanzó un ataque directo contra el palacio. César y yo estábamos comiendo en los aposentos privados una semana después de los combates en la isla, cuando de repente un proyectil en llamas cayó al interior de nuestro balcón, seguido de una lluvia de flechas a las que se habían prendido unos mensajes.

César arrancó una de ellas del toldo de madera donde estaba clavada y me mostró el mensaje.

«¡Rendíos, perros romanos!», decía.

— Qué original —dije yo.

— Aquí hay otro —dijo César, agachándose para recogerlo.

«Una moneda de oro por cada soldado que se pase a Arsinoe», prometía.

Aquél era más peligroso.

— No tienen dinero para pagar —dije en tono despectivo.

— Pero eso el soldado no lo sabe —dijo César—. Tengo que ir abajo a arengarlos.

Se retiró a toda prisa.

A los pocos días se recibió la noticia de que unos barcos de refuerzo de la Legión Trigesimoséptima, que se habían adelantado a las tropas que se aproximaban por tierra, habían alcanzado la orilla más allá de Alejandría y estaban anclados en el oeste. César tomó su pequeña flota y fue a recibirlos. Parecía que el final de la guerra ya estaba próximo, pero hasta aquella pequeña acción se convirtió en una batalla pues el enemigo atacó los barcos y César estuvo a punto de ser capturado. La pericia naval de los romanos derrotó finalmente al enemigo, y César regresó sano y salvo.

— Todo ha resultado ser más duro de lo que yo esperaba —dijo en tono abatido—. Y la situación está durando demasiado. Me siento muy cansado. — Sacudió la cabeza—. Yo creía que Alejandría sería un descanso después de todas mis campañas. Tiene gracia, ¿verdad?

Sí, la guerra se estaba prolongando demasiado. Y en los últimos días yo había observado algo que había decidido no decirle a César hasta que la guerra hubiera terminado. Pero cada vez que a mí me parecía que estaba a punto de terminar, resultaba que sólo terminaba un episodio. La situación parecía no tener fin.

Una curiosa característica de mi forma de pensar consiste en que me resulta muy difícil mezclar las cosas. Me gusta examinarlas una a una y a su debido tiempo, y eso era lo que me había propuesto hacer. ¡Pero la guerra no terminaba! Y el hecho de ver a César cada vez más cansado y abatido, con un sueño más profundo que de costumbre y unas pisadas menos firmes que antes,

hizo que mi corazón se apoderara de mi lengua. Cada vez me resultaba más difícil ocultarle las cosas, pues ya se había convertido en una parte de mi ser.

— Eres un gran general —le dije muy despacio—. No hay nadie en el mundo que te pueda desafiar. Lo que está ocurriendo aquí es casi un accidente, como si estos hombres no se hubieran enterado de lo que todo el mundo sabe. He oído hablar algunas veces de tropas que se han quedado aisladas y han seguido combatiendo mucho tiempo después de que la guerra hubiera terminado y sus comandantes hubieran regresado a casa. Ésta es la situación que estamos viviendo aquí. No debes desanimarte.

— No me he desanimado —dijo—, pero se me está acabando la paciencia.

— Si conquistaras todo el mundo, no sería demasiado tarde para fundar una dinastía —dije.

— Roma no tiene reyes.

— He dicho todo el mundo, no simplemente Roma. Egipto unido a Roma ya no sería Roma. Y esta nueva creación necesitaría una dinastía.

Levantó bruscamente la cabeza y me miró como si le estuviera mostrando algo extremadamente peligroso: un objeto de oro prohibido, un testamento sellado, un soborno descomunal. Entornó los ojos, pero antes de que lo hiciera pude ver en ellos un fugaz destello de curiosidad y deseo.

— ¿Qué estás diciendo?

— Estoy diciendo simplemente que... si tienes que legar un imperio, es necesario que tengamos un hijo a quien legárselo.

Así se lo dije.

— Un hijo. —Me miró con asombrada expresión de incredulidad—. No pensaba tener un hijo.

— Lo sé. Hace casi treinta años que nació tu hija, el único vástago que has tenido. Todo el mundo sabe lo que sufriste cuando murió.

Trató de disimular la creciente emoción que sentía.

— ¿Es posible?

— Sí —contesté—. No es sólo una posibilidad sino también una certeza. Y es la ofrenda que yo te hago. No Alejandría ni Egipto —pues ambas cosas las puedes conquistar— sino un hijo, un heredero de César.

— Una dádiva de los dioses —dijo levantándose muy despacio al tiempo que extendía los brazos hacia mí—. La más sublime e inesperada dádiva de los dioses.

Me abrazó de otra manera. Y yo me alegré de no haber esperado ni un minuto más para decírselo.

Fue sin la menor duda una dádiva tuya, Isis. Tú, la Gran Madre, habías decidido otorgarnos esta dicha. Eres tú la que destierras la esterilidad cuando

quieres, y así lo hiciste por César. Tú quisiste que —lo mismo que tu hijo Horus pudo vengar a su padre Osiris— cuando César cayera por culpa del ataque de los malvados, tuviera un hijo que pudiera vengarlo. Ahora lo sé, pero entonces simplemente me alegré de poder ofrecerle a César algo que él deseaba con toda su alma y que hasta aquel momento no le había sido dado alcanzar, a pesar de tener todo el mundo a sus pies.

Necesitaba la presencia y los cuidados médicos de Olimpo, pero él y Mardo se habían quedado inmobilizados detrás de las líneas del ejército rebelde. Sabía que Olimpo sacudiría la cabeza y me diría: «¿Dónde estaba el laserpicio que tanto necesitabas? ¿Por qué lo olvidaste?» Y cuando yo le contestara: «Me alegro de lo que ha ocurrido», me miraría perplejo. ¡Y Mardo! ¿Qué pensaría? Todo era muy distinto de lo que habíamos esperado y planeado en aquella tienda del desierto.

César no podía ocultar su alegría. Una insólita sonrisa le iluminaba el rostro durante las reuniones, hasta que finalmente sus oficiales le preguntaron si se alegraba de que el populacho estuviera destruyendo los edificios de la ciudad, en su afán de reconstruir la flota.

— Están firmemente decididos a hacerlo —dijo uno de los centuriones.

— ¿Con que? —replicó otro en tono despectivo.

— Habrán recordado sin duda los barcos de defensa de las siete bocas del Nilo que se encargan de cobrar los derechos de aduana —dije yo, hablando desde el fondo de la estancia donde los había estado escuchando en silencio—. Hay también varios astilleros secretos con viejos barcos enmohecidos. No les resultaría demasiado difícil apoderarse de ellos. —César seguía sin perder la sonrisa.

— ¿Y cuánto tiempo tardarían en dejarlos en condiciones de navegar? ¿Cuántos meses?

— Días, César —contestó uno de los soldados a quien los espías habían facilitado la información—. Ya han reunido algunos barcos en el lago y los están preparando. Para hacer frente a la escasez de remos y de madera están destruyendo muchos edificios públicos y reventando las techumbres de las columnatas para aprovechar la madera de las vigas. Me han dicho que están preparando veinte cuatrirremes.

— ¡Veinte cuatrirremes! —exclamó César sin perder la compostura—. Es un pueblo muy laborioso.

— ¿Cuántas cosas se han destruido? —pregunté.

¡Mi hermosa ciudad! No soportaba que la estuvieran destrozando con tal descaro. Me preparé para lo peor.

— Han reventado el techo del Museion e incluso han causado destrozos en el templo de Neptuno —contestó el hombre—. En cuanto al Gymnasion... los largos pórticos eran una tentación demasiado grande. Los han desmontado.

Solté un gemido de dolor. Toda aquella belleza había desaparecido.

— ¿Y la Biblioteca? ¿Y las tumbas reales?

— Todo eso sigue intacto —contestó el hombre.

— Pero no por mucho tiempo —dijo otro—, si quieren construir quinquerremes.

— Así que para poder salvar tu ciudad, reina Cleopatra —dijo César—, tendremos que distraerlos o darles a entender con toda claridad que no es necesario construir navíos. Nuestro próximo enfrentamiento tendrá que ser forzosamente en tierra. A fin de cuentas, vinimos a salvar Alejandría, no a destruirla.

Aquella noche, en nuestros aposentos, César empezó a pasear arriba y abajo en la más grande de las estancias, una cuyas puertas correderas se abrían a una terraza. El suelo de mármol estaba tan reluciente que reflejaba sus piernas y la parte inferior de su atuendo militar —la túnica roja y las tiras de cuero— mientras que la parte superior se perdía en la oscuridad.

— ¿Por qué estás tan inquieto, amor mío? —le pregunté, acercándome a él—. Podemos reconstruir la ciudad cuando la recuperemos.

Pero la verdad es que yo tampoco estaba tan tranquila como parecía. Me dolía el corazón al pensar en todo lo que estaban destruyendo y sabía que nada volvería a ser igual. Aquellas maderas ya no se podrían sustituir; los bosques de las montañas del Atlas y del Líbano ya no daban árboles de semejante altura. La habilidad no basta para reconstruir lo que ha desaparecido.

— Ahora me duele mucho más la destrucción de la ciudad porque merma aquello que legaré... a nuestro hijo —dijo César—. Pero los marineros de la Legión Trigesimoséptima me dijeron que las fuerzas de tierra reunidas por Mitridates de Pérgamo ya están en camino. La guerra terminará muy pronto.

— Y para siempre —dije yo.

Ya no habría más dudas sobre quién gobernaba en Egipto, su situación con respecto a Roma, su independencia y su futuro. Todas aquellas preguntas ya tenían su respuesta, aunque para ello se hubiera tenido que derramar sangre. En el futuro —en la época de nuestro hijo— los derramamientos de sangre ya no serían necesarios, porque sus padres ya habrían hecho el sacrificio.

— Marte es un dios muy ávido —dijo César—. Parece que nunca se cansa de exigir sangre. —Hizo una pausa—. Pero de momento... —Sacó un pequeño rollo que guardaba en el cinto—. ¿Qué me aconsejas?

Leí rápidamente el mensaje. Era de una delegación de alejandrinos que prestaban servicio en el consejo del ejército enemigo. Decían que toda la población estaba en contra de Arsinoe y Ganimedes y deseaba seguir a Tolomeo en caso de que nosotros lo soltáramos. Firmarían un alto el fuego y negociarían con César bajo la autoridad de su Rey.

— Pero eso es absurdo —dije finalmente—. No pueden venir ahora diciendo que se someten a Tolomeo. No hay ninguna necesidad de que lo

saquemos del palacio.

— Justamente. Y sin embargo pienso hacerlo —dijo César—. ¡No podríamos esperar nada mejor! Ahora podremos librarnos de él y deshacernos del último enemigo que nos queda.

— ¡No! —dije yo—. ¡Es una trampa!

Me miró como diciéndome, «pero qué lenta eres»...

— ¡Sí, por supuesto que es una trampa! ¡Pero la nuestra es todavía mayor! Sabemos que sus fuerzas están condenadas a ser aplastadas entre las nuestras y el ejército de tierra que en estos momentos se está acercando a Egipto. Por consiguiente, dejemos que se ponga al frente de sus tropas... por muy poco tiempo. Dejemos que ciña la corona y empuñe la espada. ¿No crees que todos los niños tienen derecho a jugar, aunque sólo sea una tarde?

Sonreí a pesar de lo mucho que me inquietaba su estremecedor análisis de la situación. ¿Cuánto tardaba una persona en adquirir semejante dureza? ¿Cuántos años, cuántas traiciones, cuántas decepciones? ¿Era éste el resultado definitivo de la supervivencia? «Ningún hombre se puede considerar feliz hasta que muere», reza un conocido dicho. Pero quizás hubiera sido mejor, «Ningún hombre se puede considerar feliz a no ser que muera joven y no haya conocido por experiencia el comportamiento de sus semejantes».

— Ya está a punto de terminar —dije para tranquilizarme—. Ya está casi a punto.

A la mañana siguiente, tras levantarse y tomar su habitual comida fría a base de pan, miel y queso, César pidió que Tolomeo acudiera al cuarto militar. El pequeño Rey se presentó vestido con una túnica de brocado dorado y luciendo en el dedo el sello real. César estaba sentado y no se levantó al verle entrar.

— Te deseo un buen día —le dijo amablemente—. Tengo algo que imagino será una buena noticia para ti.

Tolomeo lo miró con recelo. ¿Era posible que una noticia que fuera buena para César lo fuera también para él?

— ¿Sí? —dijo, preparándose para lo peor.

César desenrolló el pequeño pergamino y lo leyó.

— Como ves, tus súbditos ansían tu presencia. ¿Quién soy yo para interponerme en tu camino? Puede que ésta sea la oportunidad que nos envían los dioses para acabar esta guerra. ¡Puedes irte con ellos! —dijo, haciendo un teatral gesto con el brazo.

Tolomeo lo miró perplejo.

— Pero... ¿por qué me obligas a dejar el palacio y a reunirme con ellos? Yo no deseo hacerlo.

— ¿Pero qué manera de hablar es ésa para un rey? ¡Un rey tiene que hacer aquello que sea más conveniente para sus súbditos y para su reino! ¡Hay

que hacer sacrificios, muchacho, hay que hacer sacrificios!

Al oír que lo llamaban «muchacho», Tolomeo se sintió ofendido y echó los hombros hacia atrás. Ya tenía trece años.

— Temo que me quieran sacrificar. Arsinoe y Ganimedes me atacarán. ¡No, no pienso ir!

— Y yo te digo que vayas —replicó César.

Estudié detenidamente su rostro y comprendí que se alegraba de ver la desazón de Tolomeo.

— ¡No, te lo suplico! —Tolomeo contrajo el rostro en una mueca y se echó a llorar—. ¡Por favor, te lo ruego, no me saques de aquí! ¡Quiero quedarme contigo! ¡Mi lealtad está con mi hermana y contigo!

— Ya. —Pareció que César se emocionaba—. No sabes cuánto se alegra mi corazón. —Apoyó solemnemente una mano sobre su hombro—. Pero tienes que compadecerte de tus pobres súbditos, reunirte con ellos y ayudarles a recuperar la cordura, convenciéndoles de que dejen de destruir la ciudad con el fuego y la desolación. De esta manera demostrarás tu lealtad a mi persona y al pueblo romano. Confío en ti; ¿por qué si no te iba a enviar a un enemigo que se ha alzado en armas contra mí? Sé que no me fallarás.

Tolomeo agarró el brazo de César.

— ¡No me saques de aquí! ¡No hay a mis ojos visión más placentera que tu persona! Ni mi reino ni mi pueblo me importan... ¡sólo tú... oh, gran César!

César se libró de su mano y lo agarró del brazo con gesto autoritario.

— ¡Valor! —lo exhortó—. ¡Valor!

Tolomeo se retiró llorando.

César se examinó los brazos, buscando posibles arañazos.

— ¡Menudas uñas tiene el muchacho! —Sacudió la cabeza con expresión contrariada—. Parecía que me estuviera agarrando un mono.

— O sea que se va —dije yo—. ¿Cuánto tiempo tardará en presentarse al frente de sus tropas?

— Antes de la puesta del sol, sin duda alguna —me contestó César.

Sólo estuvo fuera dos o tres horas. Antes de que finalizara aquel día fue recibido por sus tropas y, sentado en una silla de manos real, habló de César y de mí en términos tan duros que el espía que nos informó lo hizo tartamudeando.

— El... —aquí una palabra que no se puede pronunciar— tirano sin escrúpulos y codicioso Julio César y su ramera... —otra palabra que no se puede repetir—, amante de los placeres y lujuriosa Cleopatra, tienen que ser destruidos y hay que detener el avance de los perversos y... —otra palabra que no se puede repetir—, romanos que pretenden devorarnos, ha dicho el Rey.

— Veo que Teodoto le enseñó a su pupilo un vocabulario

extraordinariamente amplio y escogido —dijo César, echándose a reír.

El mensajero lanzó un suspiro de alivio y se retiró.

— ¡Me da asco! —exclamé—. Con todas las conmovedoras muestras de lealtad que nos ha dado esta mañana... ¡Es repugnante!

— Ahora comprenderás mejor por qué razón hay algunos que ponen en duda tu lealtad hacia mí —dijo César—. Me temo que a lo largo de los años los Lápidas se han ganado la merecida fama de ser falsos. Tu hermano es un ejemplo típico de su linaje. —Se inclinó hacia mí y me habló al oído en un susurro que a duras penas pude entender—. Pero los que la ponen en duda no saben lo que yo sé de ti. ¿Cómo podrían saberlo?

Me rodeó con su brazo y se apretó contra mi cadera. Me avergüenza recordar lo mucho que eso me excitó y trajo a mi memoria las largas noches transcurridas con él, haciéndome esperar con ansia la llegada de la próxima. El sol ya se había ocultado. ¿Habría tenido razón Tolomeo al calificarme de lujuriosa y amante de los placeres?

El designio de César se había cumplido. Tolomeo sería destruido y apartado de nosotros, que finalmente nos alzaríamos con el triunfo. Si no lo hubiera sacado del palacio, mi hermano habría podido permanecer en el trono conmigo cuando terminara la guerra y se habría apropiado de la victoria de César. A lo mejor Tolomeo no había sido enteramente hipócrita al pedir que no lo sacaran del palacio; debió de adivinar el desdichado fin que lo aguardaba.

La guerra alcanzó su momento culminante y su conclusión. Mitrídates de Pérgamo, aliado de César, ya estaba a las puertas de Pelusio, en la frontera oriental de Egipto. Tomó por asalto la ciudad y desde allí inició su marcha a través del territorio egipcio para reunirse con César. Pero Pelusio está muy lejos de Alejandría y Mitrídates tuvo que atravesar el Delta en sentido diagonal hasta que llegó al lugar de las inmediaciones de Menfis donde el Nilo es un solo río. Allí lo podría cruzar para dirigirse a Alejandría. Tolomeo y Arsinoe se prepararon para cerrarle el paso e impedir que se reuniera con César, desplazándose a toda prisa a aquel lugar del Nilo para evitar que Mitrídates lo cruzara.

César estaba constantemente informado de todos los acontecimientos gracias a una corriente ininterrumpida de mensajeros. Jamás olvidaré el día en que le vi de pie en la terraza del palacio, contemplando el puerto mientras forjaba sus planes. Sus ojos escudriñaban el horizonte como si esperara la aparición de un barco, pero en realidad estaba pensando. Los ojos de otros hombres se nublan y adquieren una expresión soñadora cuando piensan; los de César en cambio estaban enfocados como los de un águila.

— Cuando se ponga el sol —anunció resueltamente—, iré.

— ¿Cómo? —le pregunté. Sabía que él siempre tenía algún plan, pero aquél jamás lo hubiera podido imaginar—. Una parte del ejército de Tolomeo bloquea la salida de la ciudad. Quieren mantenerte encerrado aquí.

— ¿Acaso no tenemos barcos? ¿Acaso no conservé mi poderío naval y

destruí el suyo? —me replicó sonriendo—. Cuando se ponga el sol abandonaré el puerto y zarparé rumbo al este, ante los ojos del enemigo. Pensarán que pretendo desembarcar en una de las bocas del Nilo. Cuando caiga la noche invertiré el rumbo de la flota. Navegaremos rumbo al oeste y desembarcaremos en el extremo más alejado de Alejandría, en el desierto. Después avanzaremos hacia el sur, rodearemos las fuerzas de Tolomeo y nos reuniremos con Mitrídates.

Asintió con la cabeza. Todo era muy sencillo... para él.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Me enteré de los detalles gracias a mis mensajeros y a los soldados que me informaban de todas las batallas. Tolomeo se había desplazado con sus fuerzas Nilo abajo, utilizando los barcos que habían conseguido reparar, y había levantado un fuerte en un terreno que se elevaba por encima de las marismas. Entonces apareció César, para gran desconcierto de los egipcios, los cuales enviaron inmediatamente su caballería para impedir su avance. Pero los legionarios cruzaron el río con unos improvisados puentes y persiguieron a los rebeldes, obligándolos a retroceder hacia el fuerte. Al día siguiente las fuerzas de César atacaron el fuerte, tras haber averiguado que su parte más elevada estaba muy mal protegida por tratarse de la más segura. Lo tomaron por asalto y, en sus prisas por escapar, los egipcios saltaron los muros para alcanzar el río. La primera oleada de hombres cayó al foso que rodeaba el fuerte y los hombres murieron pisoteados por los que iban detrás, los cuales corrieron a las pequeñas embarcaciones y trataron de alejarse remando entre los carrizos y los papiros. Las embarcaciones no podían transportar el peso de tantos hombres y se hundieron. La de Tolomeo fue una de ellas, y él desapareció en el agua, perdiéndose entre los carrizos.

Los rebeldes se rindieron. Arsinoe fue conducida a la presencia de César, descalza, con las manos atadas a la espalda y la túnica manchada de cieno de las marismas. Le escupió a la cara y lo maldijo antes de que se la llevaran atada.

— ¡Buscad a Tolomeo! —ordenó César—. ¿Dónde fue visto por última vez?

Uno de los soldados señaló un oscuro grupo de carrizos en medio de un agua de apariencia aceitosa. Unos pájaros se aferraban a los tallos oscilantes.

— ¡Buscadlo bajo el agua! ¡Traedme su cuerpo!

Sabía que cuando alguien se ahogaba en el Nilo se consideraba consagrado a Osiris, y también sabía que un rey que desaparecía misteriosamente tenía la capacidad de reaparecer al cabo de los años... bajo la figura de un impostor.

Fue una tarea muy desagradable. Las someras marismas estaban llenas de malolientes y cenagosas pozas, donde se refugiaban las serpientes y los cocodrilos. Una y otra vez los hombres salían del agua con las manos vacías, jadeando y cubiertos de negra materia putrefacta. Al final salió uno con el frágil cuerpo de Tolomeo. Los ojos de mi hermano estaban abiertos de par en par y el agua sucia se le escapaba de la boca a borbotones. Llevaba un peto de oro puro y los eslabones resplandecían a través de la maraña de malas hierbas que lo cubría.



— El peso lo ha ahogado —dijo César, contemplando el cadáver—. El oro lo ha enviado al fondo. —Alargó la mano y acarició la delicada pieza de armadura—. Mostradlo a los soldados y al pueblo. Que todos lo vean con sus propios ojos: el pequeño Rey ha muerto. No surgirá del Nilo para ponerse nuevamente al frente de sus tropas y de su pueblo.

César abandonó el campo de batalla y regresó inmediatamente a Alejandría con sus fuerzas de caballería. Ya había oscurecido cuando llegó, pero yo vi desde el palacio las multitudes que se dirigían a la puerta de la ciudad para recibirlo. Miles de velas parpadeaban en las manos de los habitantes de la ciudad, los cuales avanzaban muy despacio por las calles, vestidos de luto. Habían sido derrotados; por primera vez, Alejandría había caído en manos de un conquistador.

Alejandría y Egipto habían caído en poder de Roma: justamente la peor desgracia que yo siempre había temido, el destino que yo me había jurado evitar a cualquier precio. Ahora estaba esperando con impaciencia en el palacio, ansiosa de recibir al conquistador, embarazada del hombre que en aquellos momentos se estaba acercando a la ciudad rendida a sus pies. Un año atrás me hubiera muerto de vergüenza si me hubieran dicho aquellas cosas con las mismas frases que yo estaba utilizando ahora. (¿Para qué sirven los oráculos si ocultan a nuestros ojos unos acontecimientos tan trascendentales?) Sin embargo, el general victorioso era Julio César, y en aquellas palabras y en aquel nombre se encerraba la razón por la que yo le estaba esperando, ansiosa de abrazarlo. Ciertamente que era un romano, que pertenecía a aquella raza y que tenía sus costumbres y su forma de pensar, pero era mucho más que eso. Llegaría a ser algo incomparablemente más grande que un romano, algo totalmente nuevo.

El pueblo de Alejandría lo recibió de rodillas, haciendo reverencias y postrado ante la Puerta del Sol, tras haber colocado estatuas de Anubis, Bastet, Sekmet y Thot en la calle para manifestarle de esta manera su sumisión. Vestidos con azules ropajes de luto, con los rostros sin rasurar, descalzos y arrojándose polvo sobre la cabeza, los ancianos de la ciudad gemían a coro:

— ¡Ten piedad, hijo de Amón! ¡Nos sometemos, inclinamos nuestros cuellos y nuestras espaldas ante ti, poderoso conquistador! ¡Ave, César, descendiente de Ares y de Afrodita, Dios Encarnado y Salvador de la Humanidad!

Yo escuchaba los fúnebres sonidos de sus lamentos, tan débiles como la voz de un eunuco, elevándose en el aire nocturno.

Oí el chirrido de las puertas al abrirse, y César pasó cabalgando por delante de las hileras de alejandrinos arrodillados y de las doradas estatuas de los dioses que silenciosamente le permitieron avanzar por la destrozada calle que conducía al palacio bajo la luz de las antorchas.

Entró en la vasta sala de columnas, a través de cuyas ventanas la atmósfera se llenaba con el perfumado aire del jardín del palacio. Yo lo estaba esperando sin apenas poder respirar. Extendí los brazos y lo estreché con fuerza.

— Egipto es tuyo —le dije.

— Tú eres Egipto —me contestó—. La conquista más valiosa de mi vida.



CÉSAR deseaba ver sus nuevos dominios, y yo estaba deseando mostrárselos en su totalidad: Egipto desde Alejandría a Asuán, más de seiscientas millas Nilo arriba. Viajaríamos en la barcaza real de los Lágidas. Pensaba que lo dejaría boquiabierto de asombro; aquel conquistador de los bosques y los valles de la Galia podría contemplar ahora las antiguas y famosas riquezas de Oriente.

La barcaza real que navegaba por las aguas del Nilo estaba destinada al placer y a la exhibición de nuestro poderío, y era tan grande como un barco de guerra. Medía más de trescientos pies desde la proa en forma de flor de loto hasta la curvada popa, y estaba impulsada por varios bancos de remos. En las cubiertas había salas de banquetes, patios con columnatas, hornacinas para los dioses e incluso un jardín. Los camarotes y los pasillos eran de madera de cedro y ciprés, y por todas partes brillaban los deslumbrantes colores de la cornalina, el lapislázuli y el oro. César subió a bordo y, tal como yo esperaba, permaneció inmóvil contemplando ávidamente las bellezas que lo rodeaban.

De repente, se me ocurrió una idea inquietante: ¿Y si al final decidiera anexionarse Egipto? El país era suyo por derecho de armas. No había dado a entender en ningún momento que tuviera semejante intención, pero casi todos los países derrotados se habían convertido en provincias romanas. ¿Era sólo mi persona la que le impedía hacerlo? ¿Y si aquel viaje acrecentara su apetito de apoderarse de mi país en lugar de apagarlo?

— Bueno —dijo finalmente, volviéndose hacia mí—, después de haber contemplado todo eso, ahora me parece que Roma es una ciudad escuálida y vulgar, sus edificios se me antojan pequeños y oscuros, y hasta el Foro me resulta anodino y limitado.

Una vez más percibí la hambrienta mirada de sus ojos.

— Tenemos mucho que aprender de ti —le dije.

Cuando soltaron los cabos y la majestuosa embarcación inició su lenta navegación bajo las velas de seda, la blancura de Alejandría resplandecía bajo el sol primaveral, más pura que las nubes que surcaban el cielo. Al final se habían salvado casi todos los edificios: el Museion, el Serapeion y la Biblioteca podían contemplarse en toda su belleza desde la cubierta de la barcaza. Sin embargo, la ciudad había sufrido graves daños y yo sabía que tardaría muchos años en recuperar su antiguo esplendor. La gente que se había congregado en el muelle vestía al estilo griego y nos saludaba en griego.

— Ahora dejamos Alejandría para adentrarnos en Egipto —dije mientras la ciudad se iba perdiendo en la distancia—. Cada vez oirás hablar menos en griego, pero no temas, yo hablo el egipcio.

— ¿Dices que no tema? —me replicó, señalando con un gesto de la mano

las cuatrocientas embarcaciones de menor tamaño que nos seguían con sus soldados—. Eso no es posible mientras tenga a mis legionarios.

— Pero bueno, ¿acaso te sientes desnudo sin tus soldados? —le pregunté en tono burlón.

— Cualquiera general se siente así —me contestó—, sobre todo si es romano. A pesar de los servicios que yo había prestado al Estado, a mi regreso de la Calía me hubieran recompensado con la muerte de no haber sido por mis soldados.

— Me alegro de que los hayas traído. Egipto tiene que vernos a los dos para tranquilizarse. Tiene que contemplar la fuerza del ejército que impedirá el estallido de nuevas guerras civiles en el país.

Mientras surcábamos majestuosamente las aguas del río en una lenta procesión, recordé la vez que había pasado por allí durante mi infantil aventura a las pirámides en compañía de Mardo y Olimpo. Ahora, con todo el orgullo de la posesión, se las mostraría al hombre al que amaba.

La alcoba real era tan grande y lujosa como la de Alejandría. El lecho cuadrado estaba cubierto con pieles de leopardo y protegido por una fina red de seda que impedía el paso de los insectos. En la estancia había asientos con incrustaciones de marfil, escabeles de ébano dorado, cuencos de pétalos de rosas y lámparas de aceite de alabastro. César y yo nos retiramos al aposento cuando el sol poniente tiñó de carmesí las aguas del ancho río. Contemplamos cómo las brumas nocturnas empezaban a levantarse desde los carrizos de las orillas y después corrimos la cortina de seda de la cuadrada ventana del camarote.

— Mi mundo se ha reducido enormemente en esta bola de cristal de lujo y placer —dijo César, quitándose las sandalias para recostarse sobre unos almohadones.

— ¿Y acaso esto no es todo el mundo? —le pregunté, sentándome a su lado en un escabel—. ¿Acaso para los enamorados su cámara privada no es el centro del mundo?

— El centro de su mundo —convino César—. Pero cuando los enamorados son César y Cleopatra, reina de Egipto... su mundo rebasa con mucho el límite de estas paredes.

— Me has llamado reina de Egipto, pero tú no te has concedido ningún título. —Procuré decirlo en tono despreocupado, pero sabía que la omisión tenía un significado—. Hay muchos entre los que podrías elegir. Algunos ya los tienes: cónsul, general. Y otro lo eres por derecho propio: señor del mundo romano. Y Amón.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

— ¡Amón! Sí, es cierto, una vez me vestí con sus ropajes. Y ocurrió el milagro. —Se inclinó hacia delante y apoyó la mano en mi vientre—. Eso tiene que haber sido obra del dios.

Le cubrí la mano con la mía.

— Tú sabes que sí.

Estaba segura de que habría ocurrido por voluntad de los dioses, pues a pesar de todas sus esposas y amantes, César sólo había engendrado una hija, y de eso hacía más de treinta años, antes de que yo naciera. Los dioses se habían mostrado muy generosos con él en todos los sentidos, aunque le habían negado el don de la descendencia. ¿Acaso no era ésta su manera de obrar, convertir a alguien en amo y señor del mundo pero no darle un descendiente a quien poder dejárselo? Lo mismo le había ocurrido a Alejandro.

— ¿Cómo lo vamos a llamar? —pregunté con intención.

¿Qué significaría el nombre? ¿Reconocería César a aquel niño como su heredero? ¿Y qué significado tendría aquel gesto si lo hiciera?

— Puedes elegirlo tú —me contestó, apartando la mano y apoyándola sobre su pecho.

— ¿Quieres decir que nuestro hijo —o nuestra hija— no tendrá ningún reconocimiento oficial romano, que no tendrá ningún nombre que le otorgue la pertenencia a una familia?

Me miró con tristeza.

— No sería posible. Tú no eres mi esposa y, según el derecho romano, un matrimonio extranjero carece de validez. Los hijos de semejante unión no se reconocen.

Me parecía increíble. ¿Aquél era el conquistador, el hombre que había transgredido todas las leyes romanas, que había descargado un golpe de muerte a la República con la ayuda de sus ejércitos y que había dejado al descubierto la impotencia del Senado?

— ¿El derecho romano? —pregunté asombrada—. ¿Qué significa para ti el derecho romano?

Me miró alarmado y se incorporó sobre los almohadones. Después respiró hondo varias veces, como si quisiera tranquilizarse.

— Eso es una idea que no se debe expresar en voz alta.

— Es una idea que está en la mente de todo el mundo. Tú has sacudido los cimientos del mundo romano. Y ahora puedes volver a escribir las leyes a tu gusto.

Se inclinó lentamente hacia delante, me tomó el rostro entre sus manos, me lo acercó al suyo y me dio un prolongado beso.

— Egipto, Egipto, eres muy peligrosa —murmuró—. Si me quedo aquí estoy perdido. Dejé Roma como un general y regresaré...

— Convertido en rey —le dije en un susurro.

Tenía que ser rey; todos los destinos lo proclamaban.

— Iba a decir «Amón» —dijo sonriendo.

Y como conquistador que era, me tomó en brazos y me llevó al lecho, recorrió las finas cortinas que lo rodeaban y me depositó cuidadosamente sobre las pieles de leopardo. Las sentía frías y resbaladizas bajo mi piel; me tendí suavemente y esperé que César se reuniera conmigo y me estrechara en sus brazos. Cuánto había echado de menos su contacto en las semanas anteriores, cuando él estaba física o mentalmente ausente, pensando en los graves acontecimientos de la guerra. Comprendí con tristeza que lo necesitaba tanto como el descanso, el aire libre o el perfume de las flores en el viento. Así como yo podía existir sin descanso o sin el aire libre o el perfume de las flores —en una prisión—, también podía existir sin él, pero su ausencia convertiría mi vida en una prisión, por muy lujosa que ésta fuera.

Cuando me hacía el amor, siempre parecía que jamás hubiera tocado a nadie más que a mí. Sabía que no era cierto y, siempre que lo pensaba, me imaginaba dónde habría adquirido sus conocimientos y sentía unas dolorosas punzadas de celos por todo el cuerpo. Me consolaba pensando que juntos formábamos una unidad perfecta: él era mi primer amor y yo su último amor. En cierto modo podía soportar el recuerdo de Pompeya y Calpurnia, Servilla y Mucia y... siempre Cornelia, su primer amor.

Ahora la oscuridad envolvía la estancia pues él había apagado las lámparas, y yo oía sus pisadas, que se acercaban. Después le sentí a mi lado en la silenciosa y perfumada noche, y cuando me abrazó y me estrechó con fuerza me estremecí pensando en los placeres que habría planeado para aquella noche.

Durante unos largos momentos no se movió; permaneció tendido mientras su pecho subía y bajaba con la respiración, siguiendo casi el ritmo del agua que teníamos debajo. La inmovilidad que era capaz de mantener resultaba impresionante. Otros hombres se hubieran abalanzado con ansia, pero él se contenía. Empecé a preguntarme si se habría quedado dormido. Justo cuando estaba empezando a perderme en mis pensamientos, sentí que se movía y se giraba hacia mí. Alargó un brazo para acariciarme el cuello mientras se volvía de lado y se apoyaba sobre el otro codo.

Su mano —no tan dura y encallecida como cabía esperar que fuera la de un soldado— me acarició suavemente el cuello, la mejilla y la oreja. Me estaba recorriendo la piel con los dedos, como si le bastara con percibir sus perfiles. Cerré los ojos y disfruté de aquel contacto tan suave como una pluma, un contacto que me serenaba a la vez que me excitaba. Me hacía sentir algo así como una valiosa reliquia, una preciada joya que un coleccionista estuviera acariciando con reverente admiración. Su contacto se hizo más firme, como si estuviera recordando todos los planos y las depresiones de mi rostro y mi cuello, como hace un ciego que sólo ve a través de los dedos. Seguía sin decir nada. Al final se incorporó un poco más, se volvió hacia mí y me dio un beso tan ligero como el contacto de sus dedos, pese a lo cual experimenté una indescriptible oleada de placer. La suave y tentadora promesa encendió dentro de mí una ardiente impaciencia de deseo.

Después me empezó a acariciar los hombros, los pechos, el vientre...

siempre con aquella lentitud que ya se estaba convirtiendo en una tortura. Al otro lado de la ventana oía el murmullo del Nilo, descendiendo con líquida suavidad. Noté que las piernas se me aflojaban como las flores que flotaban en el Nilo y sentí que se curvaban alrededor de las suyas. Sus piernas eran largas y musculosas, y a mí me gustaba sentir su dureza y su tersura.

Yo llevaba una túnica de seda del color del cielo de Alejandría al anochecer; era una de mis más preciadas posesiones, pues la tela no procedía de Cos sino de algún lugar de más allá de la India y era tan transparente como la niebla matinal. Ahora, pegada contra César, parecía una tenue capa de sedosa bruma, un suave resplandor sobre la piel más que una prenda. Casi había olvidado su existencia —a pesar de que ninguna piel natural es tan lustrosa y perfecta— hasta que él desató con habilidad sus cintas.

— Hay que quitarle la piel a la serpiente —dijo—. Tienes que venir a mí enteramente nueva.

Y en efecto, me pareció que me había despojado de una piel, de una antigua parte de mi ser. La túnica resbaló al suelo, junto a la cama, tan ligera que no hizo el menor ruido.

— Ahora tú también te tienes que quitar la túnica. —Ya se la había apartado de los hombros y tenía el pecho desnudo—. Aquí no hace ninguna falta.

Se la quité.

Una suave brisa agitaba las cortinas de la cama.

— Las auras de la luz, los juguetones vientos, nos hacen compañía —dije yo.

— Pues las auras se tendrán que ir —replicó él—. No quiero ningún testigo de nuestras horas de intimidad.

Propinó un puntapié a una de las cortinas y la deshinchó.

— O sea que hasta los dioses te obedecen —dije yo.

Estaba ansiando que me tomara y casi me estremecía de deseo.

— Algunas veces —dijo, estrechándome en sus brazos.

Pero no me pareció que tuviera demasiada prisa por seguir adelante. Aminoraba la velocidad cuando yo hubiera querido que la aumentara, pero aún hoy se lo agradezco, porque ahora lo recuerdo todo en sus más mínimos detalles, a pesar de lo mucho que duró. En cada fase me sentía como un sediento a quien sólo le ofrecen medio vaso de un agua más fresca y deliciosa que ninguna otra que jamás haya bebido. Al final no me decepcionó.

— De la misma manera que la conquista de la Galia mereció los nueve años que me llevó —dijo—, hay momentos que exigen premura y otros que requieren demorar el tiempo.

Lancé un suspiro; aún no estaba en condiciones de hablar. Al final le dije:

— El placer siempre se tendría que alargar, y el dolor se tendría que

acortar.

— Cualquier cosa que éstos hayan sido en la vida, en el recuerdo siempre parece que se manifiestan al revés de lo que fueron. Todos los placeres parecen cortos, rápidos y fugaces, y todo el dolor perdura. —Se incorporó sobre un codo y sentí que me miraba en la oscuridad—. Pero yo te juro que jamás olvidaré estos días que estoy viviendo contigo. Puede que mi recuerdo los abrevie, pero jamás los podrá borrar.

Percibí una profunda y borrosa presencia volando por encima de nosotros.

— ¡Qué cosas tan misteriosas estás diciendo! —le dije—. Me parece que te he puesto triste. —Salté nerviosamente de la cama y busqué a tientas una de las lámparas para encenderla—. Vamos a tomarnos un poco de vino con especias para que se nos alegre el corazón.

Conseguí encender una lámpara y ésta cobró vida entre chisporroteos. Lo contemplé tendido sobre las sábanas de la cama, una de las cuales formaba un drapeado sobre su hombro. A su alrededor las cortinas de la cama lo rodeaban como un marco.

Bajo la trémula luz de la lámpara parecía una estatua de bronce. Por un momento, la solemne expresión de su rostro me llevó a pensar que se había trocado en estatua. Después se echó a reír y alargó la mano para tomar un sorbo del vino que yo estaba escanciando desde una jarra de oro con incrustaciones de piedras preciosas a una copa de ónice.

La barcaza real subía majestuosamente por el Nilo, y desde nuestro pabellón de la cubierta superior contemplábamos el paso de la campiña; palmeras de resistentes hojas, casas de adobe de techo plano, chirriantes norias y campos de esplendoroso verdor. Las velas se hinchaban y se agitaban al viento, y los habitantes de las aldeas bajaban corriendo a las orillas del río para contemplar nuestro paso.

— El país más rico de la tierra —dijo César, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos para protegerlos del sol—. Las vastas extensiones de cereales bastarían para alimentar al mundo.

¿Fue asombro lo que yo percibí en el tono su de voz... o acaso codicia? Volví a experimentar una leve punzada de temor. Grecia no era más que un yermo territorio rocoso. No era de extrañar que los griegos se tuvieran que ir a vivir a otras tierras.

— Sí, pero Egipto sólo es verde junto al Nilo. Espera a ver lo que es el desierto. Casi todo Egipto es desierto —le aseguré.

— Una larga cinta de fértiles tierras —dijo César como si no me hubiera oído—. Seiscientas millas de vergel.

— Mañana llegaremos a las pirámides —le dije—, y te mostraré la Esfinge.

— Ya me la has mostrado —dijo él—. La Esfinge eres tú.

— ¡Yo no soy ningún enigma! Y tampoco soy indescifrable —repliqué en



tono de protesta.

— ¿Acaso la Esfinge sabe qué es lo que es? —me preguntó—. Eres más enigmática de lo que imaginas. Sé menos de ti que de cualquier otra persona con quien haya pasado tantas horas como contigo.

— ¡Te digo que no soy ningún misterio!

— Nadie es un misterio para sí mismo —dijo César—. Pero lo que tú deseas realmente, lo que eres realmente... todas estas cosas yo las ignoro y permanecen ocultas bajo un velo.

¡Así de sencillo! ¿Cómo podía decir semejante cosa? Yo quería estar con él, ser amada por él, convertirme en compañera suya en una unión... ¿política, militar, matrimonial? Oh, Isis, fue entonces cuando comprendí que no estaba segura de lo que quería... o mejor dicho, que lo que yo deseaba era tal vez algo completamente nuevo: una nueva alianza —un nuevo país—, quizá formado por el este y el oeste, tal como lo había imaginado Alejandro. Pero era una visión que había muerto con él. Si la idea tuviera que volver a nacer, se tendría que adaptar a nuestro mundo, al mundo de trescientos años después.

— ¡Te has puesto muy seria! —me dijo—. ¿En qué estás pensando?

— En Alejandro...

— Qué curioso. Yo también pienso en él. Debe de ser el efecto de este país. Algo en Egipto evoca visiones de Alejandro. Aquí consultó el oráculo y descubrió que era hijo de Amón.

— Mientras que tú eres Amón —dije riéndome.

César también se echó a reír.

— ¡O sea que soy el padre de Alejandro!

— No... pero este hijo de quien tú eres padre, quizás es... puede ser...

Me cubrió rápidamente los labios con un dedo y me interrumpió a media frase.

— ¡No! ¡Nada de eso! ¿Acaso quieres provocar la ira de las divinidades envidiosas? No —añadió, mirándome con el ceño fruncido—. Fui a la tumba de Alejandro antes de iniciar este viaje —dijo—. Quería verle. Hace mucho tiempo, cuando estaba en Hispania y tenía sólo cuarenta años, me tropecé con una estatua de Alejandro. ¡Entonces me di cuenta de que cuarenta años después de su nacimiento, él ya llevaba siete años muerto! Había muerto inmediatamente después de haber terminado su conquista del mundo conocido y yo, con siete años más que él, aún no había conseguido hacer nada. Eso me cambió un poco la manera de pensar. Me alejé de la estatua convertido en una persona distinta. Esta vez me acerqué directamente a él y le vi cubierto con su armadura de oro y con el escudo al lado, furioso por haber muerto, con la cólera reflejada en el rostro, y le pude decir: «He hecho todo lo que deseaba desde aquel día en Hispania, excepto una cosa: completar tus conquistas.» —Se volvió a mirarme como si se sorprendiera de haber expresado en voz alta sus pensamientos.

— ¿De veras? —dije, espoleándolo—. Dímelo. Dime qué es lo que todavía deseas.

— Conquistar a los partos. Y después la India.

No soplaba la menor brisa. Las palabras quedaron en suspenso en el aire.

— ¡Oh, Isis! —exclamé en un susurro.

— Puede ser —dijo—. Es posible.

«Pero... tú tienes cincuenta y dos años, los restos del ejército de Pompeyo están desperdigados, en Roma se encuentran todos tus enemigos políticos, tienes muy poco dinero para costear esta empresa... Egipto...», pensé. El imperio de Alejandro resurgido y ampliado...

— Yo también he buscado alivio en la tumba de mi antepasado Alejandro — dije con cierto recelo—. Su sangre corre por mis venas y por las de nuestro hijo — le recordé—. Pero sus sueños pueden ser peligrosos... los demonios del desierto nos podrían empujar a la perdición.

— No —replicó César con obstinación—, cuando Alejandro fue al desierto encontró su sueño. Y si los sueños y la perdición están entremezclados, yo no podría evitar el sueño por temor a la perdición.

Me estremecí mientras escudriñaba el horizonte buscando que aparecieran los vértices de las pirámides, los únicos monumentos que desafiaban la perdición, lo cual no podía decirse ciertamente de sus constructores... Hemos olvidado sus historias aunque no sus nombres, y los ladrones se han llevado sus tesoros y han profanado sus momias.

Al atardecer distinguimos por primera vez los ápices de las pirámides, como puntas de alfileres, muy lejos de las verdes riberas del Nilo. Cuando el sol se ocultó, acariciando fugazmente las piedras, éstas reflejaron su luz.

— ¡Mira! —le dije a César—. ¡Allí están!

Se levantó para verlas mejor y permaneció un buen rato contemplándolas desde la barandilla mientras el día se hundía en la noche.

Reanudamos la navegación con las primeras luces del alba. En el momento en que la pálida y dorada luz del sol empezó a iluminar el cielo, vimos que el tamaño de las pirámides ya era muy considerable. Cuando amarramos la barcaza y las pirámides ya cubrían una parte del cielo, César se las quedó mirando en silencio. Después echó a andar resueltamente por el camino elevado que conducía hasta ellas. Yo le seguí en mi litera pues no hubiera podido resistir el rápido ritmo de sus zancadas, y tanto menos en mi estado.

Mi mente evocó las imágenes de los ancianos sacerdotes que acompañaban el fúnebre cortejo del faraón entonando cantos; debían de caminar con un lento balanceo, envueltos en nubes de incienso. Ahora seguía sus pasos un romano con la roja capa ondeando a su espalda.

Al llegar a la base de la pirámide bajé de la litera y me acerqué a César. Seguía sin decir nada. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para ver el vértice.

Tomé su mano en la mía y se la apreté.

Permaneció tanto rato allí que al final pensé que debía de estar sufriendo los efectos de algún hechizo. Al cabo de un buen rato empezó a rodear la base de la pirámide. Mis criados me acercaron rápidamente la litera y yo le seguí, brincando sobre el pedregoso terreno. César seguía caminando muy por delante de nosotros, más rápido de lo que yo jamás hubiera visto caminar a nadie. Era como si quisiera dejarnos rezagados para poder contemplar él solo las pirámides. Les dije a mis criados que se detuvieran y que me llevaran a la Esfinge. Sabía que cuando César hubiera saciado su ansia de contemplar las pirámides, se reuniría allí conmigo. También sabía que no lo haría hasta que estuviera preparado.

Levantaron un pabellón para protegerme del sol mientras esperaba. El sol se había elevado en el cielo y las deliciosas sombras de la Esfinge ya estaban empezando a desaparecer. Contemplé el melancólico rostro de la criatura. Si hubiéramos estado allí al amanecer, habríamos visto su rostro bañado por los primeros y suaves rayos rosados, pues mira hacia el este. Lleva saludando el nacimiento de Ra desde hace... ¿cuántos años? Nadie lo sabe. Creemos que es el monumento más antiguo de la tierra. ¿Quién lo construyó? No lo sabemos. ¿Por qué? No lo sabemos. ¿Está allí para guardar las pirámides? ¿Fueron éstas construidas para permanecer bajo su protección? Un misterio. La arena cubre sus patas, y el viento las desentierra a cada pocos cientos de años. Después el viento vuelve a empujar la arena y ella se acuesta en su suave lecho dorado. Descansa pero no duerme.

César asomó por la esquina tan de repente como un trueno y se acercó corriendo. Parecía muy agitado. Lejos de haberlo dejado exhausto, el paseo parecía haberle dado vigor.

— ¡Ven! —dijo tirando de mi mano.

Yo me levanté de la silla plegable.

El ardiente sol me daba de lleno en la cabeza y me producía debilidad. Aparté la mano.

— ¡Más despacio, te lo ruego! —le dije—. ¡Hace demasiado calor para correr tanto, y estas arenas son muy traidoras!

Sólo entonces pareció salir de su trance.

— Claro —dijo—. Perdóname.

Juntos nos acercamos a paso más pausado a la Esfinge. El sol meridiano había convertido su inicial color tostado en una intensa blancura, y en sus rasgos no se observaba el menor signo de compasión.

— Sus labios —observó César finalmente—. Son más largos que el cuerpo estirado de un hombre. ¡Y las orejas más grandes que un árbol!

— Tiene un enorme poder —le dije en un susurro—. Protegerá Egipto, tal como ha venido haciendo desde tiempo inmemorial.

— Y sin embargo la hicieron los hombres —dijo César—. No debemos

olvidarlo. Las pirámides fueron construidas bloque a bloque por unos hombres.

— Nilo arriba verás otros prodigios —dije—. Unos templos con unas columnas tan altas y gruesas que parece increíble que unos hombres pudieran erigirlas.

— Pero sabemos que lo hicieron —dijo él—. No hay místenos, no hay cosas intrínsecamente incognoscibles, amor mío, sólo cosas que todavía no comprendemos.

Desde el refugio del pabellón contemplamos cómo el día iba rodeando los monumentos. Al llegar el mediodía se intensificó el calor y yo sentí que los rayos del sol, cual si fueran unos dedos ansiosos, trataban de introducirse entre las rendijas de los toldos. Cada vez que conseguían penetrar, la arena que iluminaban se calentaba tanto que no se podía tocar. Las pirámides y la Esfinge irradiaban un calor blanco tan deslumbrante como un espejismo delante del puro cielo azul.

César se reclinó contra el respaldo de su asiento y las contempló mientras tomaba una copa de vino. Uno de sus hombres le daba aire con unos pequeños abanicos militares de varillas de latón cuyo movimiento apenas conseguía refrescar la sofocante atmósfera que nos rodeaba.

— Tendrías que usar uno de los míos —le dije.

Mis criados permanecían de pie a mi lado con, unos abanicos de plumas de avestruz, unos anchos semicírculos capaces de agitar el aire en todas direcciones.

— Jamás —dijo él—. Parece un poco decente. ¿A quién se le ocurriría utilizar semejante abanico?

— A la gente que tiene calor —contesté—. ¡Apuesto a que me lo pedirás cuando subamos un poco más por el Nilo y el calor se intensifique!

— Tú ya sabes muy bien lo aficionado que soy a las apuestas —me dijo—. Soy un jugador y acepto.

— ¿Qué me darás si gano? —le pregunté.

Reflexionó un instante.

— Me casaré contigo según los ritos egipcios —contestó finalmente—. Serás mi esposa en todas partes... menos en Roma. Porque...

— Sí, ya lo sé. El derecho romano no reconoce los matrimonios extranjeros.

Pero las leyes están hechas por los hombres, pensé, y las únicas cosas construidas por los hombres que hasta ahora han permanecido inmutables son las pirámides.

El calor empezó a suavizarse y sentí que su presa se aflojaba. Los colores del exterior empezaron a cambiar; el blanco intenso de la piedra caliza dio paso a un tono tan rubio como la miel, que a su vez cedió el lugar a un ámbar dorado tan hermoso que el oro hubiera parecido vulgar a su lado. Detrás de los monumentos, el cielo había adquirido una delicada tonalidad azul violeta en la que los largos dedos de unas nubes púrpura parecían extenderse como si quisieran saludar el

regreso del sol poniente. El sol se pondría detrás de las pirámides y su resplandor las iluminaría durante un buen rato.

La brisa vespertina que se había levantado llevaba consigo el olor de las piedras calientes que ya estaban empezando a enfriarse. Teníamos que regresar a la barcaza porque pronto caería la oscuridad.

— Vamos —dije levantándome.

— No, me quiero quedar —dijo César—. De todas maneras, no vamos a navegar de noche. Hay casi luna llena. ¿Por qué darnos prisa?

«Porque... porque el desierto cambia por la noche», pensé.

— ¿No tendrás miedo? —me preguntó en voz baja.

— No —me vi obligada a contestar.

No tenía miedo pero estaba inquieta. No me gustaba tenderme tan cerca de los monumentos de los muertos, de aquella ciudad de los muertos. Tradicionalmente, los vivos abandonaban aquella parte del Nilo cuando el sol se escondía.

Ampliaron el pabellón y lo convirtieron en una tienda propiamente dicha. Ahora podríamos tendernos a descansar. Había almohadones y teníamos refrescos a mano. En cuanto los criados hubieron colocado todas aquellas cosas, César les ordenó retirarse. Teníamos que estar completamente solos.

— Jamás lo hemos estado —dijo—. Uno se acostumbra a la compañía constante de los demás, pero eso lo altera todo.

¡César para mí sola! ¡Estaría a solas con César! ¿Cuántas personas hubieran pagado sumas exorbitantes para estar en mi lugar? Le hubieran hecho peticiones y súplicas, hubieran intentado sobornarlo... Hasta es posible que lo hubieran envenenado o que le hubieran clavado una daga. Debía de confiar plenamente en mí.

Lo único que yo deseaba era pasar largas horas con él sin que nadie nos interrumpiera.

La oscuridad cae muy bruscamente en el desierto. No hay apenas crepúsculo. En determinado momento, las pirámides y la Esfinge se nos mostraron en todo su esplendor, como si sus superficies despidieran la luz almacenada durante el día, pero enseguida se fundieron con el cielo.

— Pronto saldrá la luna —dijo César—. Y habrá luz suficiente.

Una luna gigantesca e hinchada empezó a asomar por el horizonte. Su rostro era todavía muy pálido y borroso. Cuando se librara de las nubes que la cubrían se encogería, pero brillaría con más intensidad.

Las arenas eran de color blanco azulado, y la luna iluminaba con tanta claridad que podíamos ver todas las líneas de nuestras manos e incluso las fibras de las cuerdas que sujetaban la tienda. Las puntiagudas pirámides arrojaban unas inmensas sombras sobre la arena que tenían a su espalda. Las cuencas de los

ojos de la Esfinge parecían unos pozos negros y vacíos.

Había refrescado mucho y nos envolvimos en nuestros mantos. A lo lejos se oían los aullidos de una manada de hienas.

Pensaba que al final hablaríamos de todo lo que teníamos dentro, pero todo era silencio. De repente César me dijo:

— Ahora ya he visto seis de las siete maravillas del mundo.

¡Había estado en tantos lugares! En cambio yo no había ido a ninguna parte y no había visto nada fuera de Egipto.

— Háblame de ellas —le dije.

— No hace falta que te describa el Faro de Alejandría —dijo—, pero te hablaré brevemente de las demás. El Coloso de Rodas se ha desmoronado, pero aún quedan algunos restos de bronce; el gran Templo de Artemisa de Éfeso es tan inmenso que te puedes perder en él; y jamás puedo imaginarme a Zeus con un aspecto distinto del que tiene en su estatua de Olimpia. Sin embargo, la única maravilla que jamás he visto es la que estoy firmemente decidido a conquistar: los Jardines Colgantes de Babilonia.

— Pero ¿existen de verdad? —pregunté—. ¿Alguien los ha visto en centenares de años?

— Alejandro los vio.

— Siempre Alejandro.

— Murió precisamente allí, en Babilonia. Puede que la última visión que tuvo a través de su ventana fueran los Jardines. En cualquier caso, tengo intención de conquistar la Partia, y mi mayor recompensa cuando tome Babilonia será visitar el sagrado lugar donde murió Alejandro y ver los Jardines Colgantes.

— ¿Tanto confías en mí que te atreves a revelarme tus intenciones? ¿Tienes algún plan para esta conquista, o todo está todavía en el aire?

— Ven —dijo, tomando mi mano para ayudarme a levantarme del almohadón—. Salgamos a dar un paseo —añadió, cubriéndome cuidadosamente los hombros con el cálido manto.

La luz de la luna era tan brillante que me obligó a entornar los ojos. Todo parecía distinto bajo ella, duro, frío y cortante contra el negro cielo.

— He estado aislado del mundo exterior desde que llegué a Egipto —me dijo—. En realidad ahora mismo tendría que haberme puesto en camino para regresar a Roma. Me quedo aquí porque... —sacudió la cabeza— tengo la sensación de encontrarme bajo los efectos de un hechizo. —Al oír mi risa, añadió—: Si me conocieras mejor, sabrías que las demoras son impropias de mí. Tengo tareas y deberes que cumplir. Y sin embargo estoy aquí, de noche en el desierto, con la Reina de Egipto, lejos de Roma y alejándome cada día más de ella. Tendré que dar explicaciones a mis enemigos, que sin duda intentarán aprovecharlo.

— Pues entonces tú también lo tienes que aprovechar —le dije—. Espero

que los monumentos merezcan la pena.

Confiaba en que me dijera «Hay algo más que los monumentos», pero se limitó a soltar una especie de gruñido.

Sentí que vacilaba y tropezaba. Después se inclinó hacia delante y cayó rígidamente de rodillas antes de quedar tendido de bruces en el suelo, con un entrecortado jadeo. Todo ocurrió con tal rapidez que no tuve ocasión de decir nada ni de reaccionar. Permaneció tendido, agitando y contrayendo las extremidades como si estuviera sufriendo un insoportable dolor. Pero de sus labios no brotó el menor sonido, aparte el grito inicial.

Caí de rodillas a su lado, presa de la desesperación. ¿Qué había ocurrido? ¿Y si alguien, oculto detrás de una roca, le hubiera arrojado una daga? ¿Le habría mordido una serpiente escondida debajo de una piedra? ¿Habría sido envenenado por algún enemigo secreto que hubiera tenido acceso a su comida de aquel día?

Lo sujeté por los hombros con todas mis fuerzas y le di la vuelta. Estaba flojo como... un cuerpo muerto. Tenía el rostro cubierto de arena, pues había caído boca abajo. Mi corazón latía con tal rapidez que apenas podía pensar. Estaba trastornada; sólo cuando apoyé la mano sobre su pecho comprobé que aún respiraba.

— ¡Oh, dioses! —exclamé—. ¡Salvadle, salvadle!, ¿qué le habéis hecho?

Me puse a gemir como una hiena. No podía morir, no podía dejarme. Era imposible que César muriera tan fácilmente y tan de repente.

Emitió un quejido y se movió. Observé que sus inertes extremidades empezaban a cobrar nuevamente vida. Respiraba afanosamente. Le limpié la arena de los labios y la nariz. Era lo único que se me ocurría... un pequeño gesto inútil. Después le quité la arena de la frente y le soplé la de los oídos.

Al final, sus labios se entreabrieron y murmuró:

— Ahora ya lo sabes.

— ¿Qué es lo que sé?

— Que tengo... que sufro... el mal caduco. —Trató de levantarse, pero los brazos no le obedecieron por completo—. Me ocurrió... justo el año pasado. Nunca sé cuándo... vendrá. Veo un destello de luz, oigo sonidos... y después siento una debilidad y me caigo.

— ¿Ves algo en los destellos de luz?

— ¿Quieres decir si me hablan los dioses? No. O si lo hacen me conceden tan poco tiempo para oírlos antes de perder el conocimiento, que al despertar no recuerdo nada.

Ya no pudo decir nada más; había agotado la escasa reserva de fuerza que le quedaba. Inmediatamente se sumió en un profundo sueño. Lo único que yo podía hacer era quedarme con él en aquel desolado desierto plateado mientras la luna contemplaba al general caído. Me quité la capa y lo cubrí; después, como estaba muerta de frío, me deslicé a gatas por debajo de ella y me tendí a su lado,

temblando.

Todavía estaba oscuro, aunque ahora la luna se encontraba situada detrás de las pirámides y las había convertido en unos enormes triángulos negros, cuando César sufrió un violento ataque de temblores. Se despertó estremeciéndose y yo me asusté. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Sería un segundo y más violento ataque? Me arrojé encima suyo para que dejara de temblar.

— Tengo frío —murmuró—. ¿Dónde estoy?

Contempló el cielo nocturno tachonado de estrellas. Se volvió, buscando a tientas las piedras que le estaban haciendo cortes y arañazos en la espalda.

Me sorprendió que no recordara nada, y sin embargo parecía el mismo de antes.

— Te has puesto... enfermo —contesté—. Hemos tenido que descansar aquí. Ven, ¿puedes caminar? En la tienda hay un camastro más cómodo que este suelo tan duro.

Se incorporó muy despacio y se levantó. Le temblaban las piernas. Colocó un pie delante del otro y empezó a caminar rígidamente hacia la tienda.

Una vez dentro, se tendió en el camastro y volvió a quedarse dormido. Le oí respirar suavemente, y cada respiración me pareció un milagro. Vi que las oscuras sombras del exterior eran cada vez más alargadas y que poco a poco iban desapareciendo, a medida que el ciclo se aclaraba. No había podido pegar ojo.

El sol ya había salido. Los criados entrarían de un momento a otro para llamarnos. No me atrevía a despertarle hasta que estuviera recuperado, pero no quería que nadie le viera de aquella manera y adivinara lo que había ocurrido. «¡No os acerquéis!», les supliqué mentalmente. Sabía que el capitán querría reanudar la travesía a primera hora.

Mis pensamientos debían de tener una fuerza especial, pues César se despertó. Hizo una mueca al ver la luz que penetraba en la tienda y se cubrió los ojos. Soltó un gruñido como un hombre que hubiera bebido demasiado... pero nada más.

— No me encuentro muy bien —se limitó a decir—. Lamento que hayas tenido que ser testigo de todo eso.

— ¿Quién mejor que yo? —le contesté.

Pero tenía miedo... no lo esperaba y no sabía qué hacer.

— No se puede hacer nada —dijo con una mezcla de desagrado y resignación—. Algún día me golpearé la cabeza contra una piedra o una estatua de metal y será el final. La arena del desierto es más benévola que el mármol o el bronce. Esta vez he tenido suerte.

— ¿Te ha ocurrido alguna vez durante... una batalla? Era una dolencia terrible para un soldado.

— No. Todavía no. —Sacudió la cabeza—. Tengo que ocultar las huellas



antes de que venga alguien. ¿Hay agua aquí?

Cogí la jarra y eché un poco de agua en un cuenco.

— Deja que te ayude. —Le lavé el rostro, dejando al descubierto los arañazos y las magulladuras—. Tendremos que simular que nos hemos peleado —dije alegremente.

— ¡Os saludo, oh, poderosos gobernantes! —anunció jovialmente una voz desde el exterior de la tienda.

Aquel día estuvo más apagado, pero el único cambio que hubieran podido apreciar en él los demás fue el hecho de que permaneciera sentado bajo el pabellón en lugar de permanecer de pie junto a la barandilla. En determinado momento se volvió a mirarme con una expresión tan inquisitiva que comprendí que había recuperado la memoria y me agradecía la ayuda que le había prestado. Me alegré de que lo recordara. Ahora comprendería cuánto lo amaba.

Tardamos veinte días en navegar río arriba hasta Tobas. A lo largo de toda la travesía la gente se había congregado en las orillas, tratando de ver a aquellos nuevos faraones que navegaban con tanta pompa, seguidos por una flotilla de embarcaciones. El viento levantaba nuestras capas mientras saludábamos con la mano a la gente. César, ya totalmente recuperado, lo vio todo: la adulación, el anhelo del pueblo de adorar a un dios. «¡Isis!», me decían al pasar. «¡Amón!», le decían a él, que lo aceptaba complacido.

Al cabo de treinta y cinco días llegamos a la primera catarata del Nilo: Asuán, el término de nuestro viaje. Allí fue imposible arrastrar la enorme barcaza a tierra para evitar las traicioneras rocas del río y tuvimos que detenernos. César había visto Egipto de norte a sur, pero sus soldados estaban cada vez más inquietos y nerviosos debido a aquel viaje cada vez más al sur, hacia el corazón de África, surcando un camino de agua aparentemente interminable. El calor era cada vez más intenso y un atardecer en que los rayos del sol eran especialmente ardientes, César llamó por señas a un criado para que le diera aire con el abanico de plumas de avestruz.

— Me rindo —me dijo con una sonrisa—. Capitulo. Reconozco que con el clima tan caluroso que tenéis, vuestros abanicos son mejores.

¿Recordaba la apuesta que había hecho? ¿Y si yo le refrescara la memoria? Pero aquello debía de ser para él algo más que una apuesta.

— Muéstrame el templo de Pile —me dijo—. Y ordena que haya un sacerdote preparado.

Así fue cómo entré en el templo que llegaría a significar para mí mucho más que cualquier otro. Tu hogar, oh Isis, en aquel santuario de la isla donde se celebran los más sagrados ritos y al que acuden peregrinos de todo Egipto y Nubia para adorarte. Había oído decir que era muy hermoso, pero no estaba preparada para su blanca y marfileña pureza y las perfectas proporciones del mármol y los delicados relieves. Al otro lado, en la isla gemela, se levanta el santuario de Osiris y, como una fiel esposa, tú, bajo la forma de una estatua,

cruzas cada diez días las aguas para visitarlo. ¿Qué lugar más apropiado para una boda que a tus pies? Tu estatua enteramente cubierta de oro nos contempló mientras César tomaba mi mano y pronunciaba las palabras con las que se celebran los matrimonios en los ritos de Isis. Las pronunció en lengua egipcia, repitiendo lo que le iba diciendo el sacerdote en voz baja.

Más tarde me dijo:

— No tengo ni la más remota idea de lo que acabo de prometer.

— Le has prometido a Isis por tu honor unirte a mí en matrimonio.

— Me parece muy bien —dijo en tono despreocupado—. César siempre cumple sus promesas.

Me sentí herida y experimenté una punzada de decepción. Se comportaba como si acabara de comprar un puñado de dátiles en el mercado y le diera igual que se pudieran comer o no. Para él todo aquello era un juego o una manera de seguirle la corriente a una niña. Sin embargo, había hecho las promesas de matrimonio en presencia de testigos.

Durante nuestro viaje de regreso a Alejandría, la boda se anunció oficialmente en Tebas y en Menfis: El dios Amón, encarnado en Julio César, y su esposa la diosa Isis, encarnada en la reina Cleopatra, iban a ser padres de un hijo divino. No había más remedio que anunciarlo pues ahora mi embarazo ya era visible. En Hermontis se inició la construcción de una casa natalicia que conmemoraría el nacimiento real y dejaría claro el parentesco. El rostro de Amón era una copia exacta del de César.

César se mostraba complacido y hasta parecía que le hacía gracia, pero ahora que se había convertido en mi «esposo» me sentía más lejos de él que antes. Era como si la ceremonia nos hubiera separado en lugar de unirnos, lo cual hacía que ambos nos sintiéramos cohibidos cuando estábamos juntos. Yo no quería oírle decir: «Lo hice para divertirme, como pago de la apuesta», y él no quería oírme decir a mí: «Ahora lo tienes que anunciar en Roma y divorciarte de Calpurnia.» Mientras ninguno de nosotros lo mencionara, podríamos seguir viviendo igual que antes.

En vano esperé durante el viaje de vuelta que él me dijera que me amaba y me consideraba hasta cierto punto su esposa. Se mostraba alegre, jovial y despreocupado, era un amante apasionado y siempre me escuchaba con atención. Pero mientras la barcaza se iba acercando a Alejandría, no mencionó ni una sola vez la breve ceremonia de File y yo tampoco me atreví a hacerlo.

NOS detuvimos en Menfis y amarramos la barcaza en la otra orilla, delante de las blancas murallas de la ciudad y de los bosquecillos de sicómoros que daban sombra al camino por donde discurriría nuestro cortejo.

Cuando nos acercamos y yo vi el vértice de la pirámide escalonada de Saqqara, me sentí abrumada por una profunda congoja. Estábamos regresando al mundo de la política, el comercio, las guerras y las alianzas y dejando a nuestra espalda el reino de los dioses, los templos y los misterios. El único indicio de cuestiones mundanas que se había interpuesto en nuestro idilio había sido el interés de César por Coptos durante el viaje de regreso. Quería averiguar algo más acerca de las rutas comerciales con la India que pasaban por allí. Cuando hablaba de la India, en sus ojos se encendía un destello de codicia. Pero la invasión de nuestra intimidad había sido muy corta.

Sin embargo, ahora Menfis se encontraba en la frontera de un mundo más vasto, un mundo que reclamaría a César, como yo sabía muy bien. Antes de que hubiéramos echado el ancla y alineado la barcaza, una embarcación más pequeña llena de romanos se acercó a nosotros remando a toda prisa.

— ¡César! —gritó un oficial a quien yo reconocí. Era Rufio, a quien César había encomendado la guardia de Alejandría—. ¡César!

César, que nunca se ocultaba en su camarote y jamás rehuía las cuestiones que se le planteaban, lo saludó jovialmente con la mano. Estuve casi a punto de ofenderme, pues me pareció que era esclavo de las necesidades de los demás. (Desde entonces he sido acusada de tener el «vicio oriental», pues nunca respeto los horarios ni a los mensajeros. En realidad los respeto... pero a mi conveniencia, no a la suya.) Cuando Rufio subió a bordo, César lo recibió como a un hermano a quien no hubiera visto en mucho tiempo.

— ¡Pero qué moreno estás, César! —exclamó Rufio—. ¿Acaso el sol te ha convertido en un nubio?

Miró con visible expresión de reproche a los criados que sostenían los abanicos de plumas de avestruz.

— He visto muchas cosas y he recorrido grandes distancias —le contestó él, soltando una carcajada—, pero sigo siendo el mismo César de siempre debajo del moreno color de mi piel. —Después hizo la temida pregunta—: ¿Qué nuevas me traes?

Rufio sacó un fajo de papiros y se los entregó, pero él los apartó a un lado.

— No, dímelo tú mismo. Es más rápido. ¿Alejandría?

— Alejandría está tranquila. Ya se han terminado los combates. Pero en el Ponto... el rey Farnaces ha derrotado a tu general Calvino, se ha apoderado de la

provincia romana y ha matado o castrado a todos los mercaderes y ciudadanos romanos. Cree que su acción quedará impune porque tú estás demasiado... distraído con otras cosas.

— ¡Calvino! Nos envió la Legión Trigesimoséptima aquí... y él se quedó sin protección. —La alegre expresión del rostro de César desapareció como por arte de ensalmo—. Tiene que ser vengado.

— En tal caso, tienes una bandeja llena de ultrajes que vengar —dijo Rufio, casi como si pidiera disculpas por el hecho de tener que exponérselos—. Según los informes que hemos recibido de la región situada al oeste de Alejandría, el resto de las fuerzas de Pompeyo, incluidas las de sus hijos, se están reuniendo en las costas del norte de África y están manteniendo tratos con el rey Juba de Numidia.

— Pues entonces la única cuestión que nos queda por decidir es a cuál de ellos debo prestar atención en primer lugar.

— Justamente. —Sólo entonces reparó Rufio en mi presencia, de pie al lado de César—. Te saludo, altísima Reina.

— Siempre me complace verte, Rufio, pero tus noticias no son tan gratas como tu persona.

Era hijo de un liberto y tenía un ancho rostro de sapo, pese a lo cual resultaba muy atractivo. Para mí siempre ha sido un misterio que la compañía de algunas personas sea intrínsecamente más agradable que la de otras.

— ¿Pero es que el mundo jamás podrá ser un lugar tranquilo? —gritó César, como si por un momento las constantes tareas fueran excesivas incluso para él.

Parecía agotado, a pesar de aquellas seis semanas de descanso.

— No tardará demasiado en recuperar la paz —le aseguré—. Dentro de poco, cuando regreses a Roma...

— En Roma reina el desorden por todas partes —dijo Rufio sin andarse por las ramas.

César experimentó un sobresalto.

— Ven a la sala de abajo —dijo—. Estos asuntos no se pueden discutir de pasada en la cubierta de una embarcación.

Giró sobre sus talones, sabiendo que lo seguiríamos.

Bajó por unos peldaños de madera de ébano y entró en una espaciosa sala del centro de la barcaza, donde él y yo consultábamos con el patrón, estudiábamos los mapas y los manuscritos relacionados con nuestro viaje y manteníamos frecuentes reuniones con los oficiales romanos que nos acompañaban. Se sentó en el borde de una larga mesa de reluciente madera de ciprés, con una pierna colgando.

— Bueno —dijo.

Yo acerqué una silla dorada y le indiqué por señas a Rufio que hiciera lo mismo.

— Tenemos sillas —le dije mordazmente a César—. ¿O acaso ya estás en un campamento?

César tomó una silla y la acercó a la mesa.

— ¿Y Roma?—preguntó, en un susurro preñado de amenaza y tensión.

Ya casi me había olvidado de ella durante el viaje.

— Todo está en desorden —contestó Rufo—. No hay hombres que sepan mandar desde que tú te fuiste hace un año y medio. Puede que tu lugarteniente Marco Antonio sea un buen soldado, pero como representante político está con el agua al cuello. Hubo refriegas en el Foro entre los hombres de Antonio y la chusma de Dolabela, y las luchas se saldaron con ochocientos muertos. Además, tus veteranos de la campaña se han rebelado. Dicen que no han recibido las recompensas que se les habían prometido.

— ¿Algo más? —preguntó César.

— No.

Rufio se sorprendió de que se lo preguntara. ¿Acaso no era suficiente?

— Ya llevo ocho meses en Egipto —dijo César muy despacio—. Vine aquí persiguiendo a Pompeyo y me enzarqué en otra guerra. He perdido un tiempo muy valioso.

— Perdiste tanto el contacto con Roma que hasta el mes de diciembre ni siquiera se conocía tu paradero —dijo Rufio casi en tono de reproche—. Algunos incluso suponían que habías muerto.

— No estaba muerto —dijo César—. Pero en cierto sentido estaba enterrado. —Miró a su alrededor, contemplando el suntuoso mobiliario de la estancia, e hizo un gesto de desprecio—. Egipto es como una tumba gigantesca. Todo lo que perdura mucho tiempo se momifica. Es un país de muertos rodeados de monumentos a la muerte.

No pude resistirlo por más tiempo.

— ¿Soy yo acaso una momia? —pregunté—. ¿Es Alejandría, la ciudad más adelantada del mundo en cuanto a erudición, belleza y arte de vivir, una tumba?

César se echó a reír.

— Alejandría, tal como todo el mundo sabe, no es Egipto. Pero hasta ella parece alejada de la vida cotidiana... tal vez porque es tan opulenta y civilizada.

Había terminado con nosotros. Ya estaba deseando irse y tiraba del ronzal.

Aquella noche, en nuestra alcoba, lo vi pensativo y casi triste por el hecho de que todo hubiera terminado. Permaneció sentado contemplando su copa, que en contra de su costumbre había llenado de vino. Incluso se había bebido una copa que había suavizado sus severos rasgos. Jugueteó con el pie de la copa y

acarició con los dedos los adornos en relieve.

— Hace tiempo te dije que evitaba beber vino porque me producía efectos extraños. Ahora, después de aquella noche en el desierto, ya sabes cuáles son. Pero esta noche no me importa.

Me situé a su espalda y lo rodeé con mis brazos.

— ¿Qué vas a hacer? ¿Cuándo... cuándo tienes que irte?

— Muy pronto —me contestó—. Dentro de unos días.

— ¿Unos días? ¿No puedes quedarte hasta el nacimiento de nuestro hijo? Sólo faltan unas semanas.

— No puedo esperar unas semanas.

Hablaba con tanta determinación que mis protestas hubieran sido inútiles.

— Comprendo.

O sea que tendría el hijo sola. Pero no se podía discutir con César. Procuré que no me temblara la voz para no traicionar mi emoción. Eso sólo hubiera servido para irritarlo. «Pero, ¿y lo de File? —preguntaba mi mente—, ¿Qué significó para ti? ¿Significó algo?» ¿Se anunciaría en algún momento?

— Queda otra cosa —dijo sin dejar de acariciar la copa.

— ¿Sí? —pregunté mientras el corazón me daba un vuelco en el pecho.

— Antes de mi partida, tendrías que casarte con el pequeño Tolomeo. No puedes gobernar sola y tienes que estar nominalmente casada.

— ¡Ya estoy casada! —le repliqué sin poderlo evitar—. Ya se ha anunciado que este hijo...

Soltó una indulgente carcajada.

— Eso tiene un sentido místico y divino. Sin embargo, los alejandrinos son más escépticos. Se burlarían de la historia. Y a las personas de quienes nos burlamos muy pronto les perdemos el miedo y el respeto. Sin un esposo, vendrían a cortejarte muchos príncipes extranjeros y eso resultaría muy aburrido.

— ¿Para mí o para ellos?

— Para ti y para mí —contestó—. Quiero creer que sus atenciones te parecerían aburridas, y por mi parte yo las consideraría... inquietantes. —Se puso en pie y posó la copa, y finalmente, me estrechó en sus brazos—. No puedo soportar la idea de que estés con otro hombre. Eso es algo que jamás me ha ocurrido. Disculpé la relación de Pompeya con Clodio y, si he de serte sincero, no me importaría demasiado que Calpurnia hubiera estado retozando con el mismísimo Cicerón en mi ausencia. Pero tú... no quiero ningún príncipe sirio para ti. No lo podría soportar.

— ¿O sea que tengo que esperar y conservarme para ti como las momias, que según dices tanto abundan en Egipto?

— Te mandaré llamar a Roma en cuanto la situación sea más segura.

— ¡Puede que eso no ocurra hasta dentro de muchos años! —De repente comprendí la espantosa situación que se abría ante mí. Unirme a César equivalía a convertirme en una momia, a la que le estaría prohibido vivir, sin ninguna promesa de ser reconocida por otra cosa que no fuera su amante—. ¡La vida que me ofreces no es vida!

— Confía en mí. Dentro de muy poco puede que las cosas sean distintas.

En un hombre corriente, el tono de su voz hubiera podido ser casi de súplica. Pero ¿podía César suplicar?

— ¿Y eso cómo será posible? Las leyes romanas son las que son y tu naturaleza es la que es.

— Confía en mí —repitió, esta vez en un inequívoco tono de súplica—. Jamás he conocido a otra persona como tú ni he encontrado mi complemento en ninguna otra mujer. Tú posees mi espíritu, mi audacia, mi naturaleza de jugador, mi afán de aventura. Ya verás lo que voy a conseguir.

— Ya veré —dije en un susurro—. ¿Y si no ocurre nada?

— Si es humanamente posible que yo forje un futuro para nosotros y para nuestro hijo, así lo haré —me prometió—. Pero tengo que saber que tú me esperarás y que confías en mí.

— No se me ofrece ninguna otra opción —dije al final—. Mi corazón lo desea ardientemente, a pesar de que mi cabeza me advierte de que no lo haga.

— Puesto que eres muy joven, es posible que ambas cosas estén equilibradas —dijo—. A mi edad, sería muy extraño que hablara mi corazón.

A los dos días regresamos a Alejandría. Desde lejos, todo parecía tan hermoso como siempre, pero cuando desembarcamos y recorrimos en literas la ciudad vi los montones de escombros y las maderas carbonizadas que llenaban las calles. Se tendrían que arreglar muchas cosas. La guerra había sido muy cara... pero si aquél era el precio que yo tenía que pagar para conservar el trono, que así fuera.

Cuando bajamos y entramos en el palacio, vi algo más que miradas de bienvenida. Durante el viaje, mi embarazo había alcanzado una fase en la que ya resultaba muy visible. Tendríamos que hacer inmediatamente el anuncio de Amón. O quizá fuera mejor no anunciarlo. César tenía razón; semejante anuncio sólo hubiera servido para provocar el regocijo de los alejandrinos. Mi ciudad era famosa porque en ella el amor y el placer combinaban la sofisticación de los griegos con las licencias sensuales de Oriente; la gente sabría muy bien el origen de aquel niño. Me ruboricé al pensar que tal vez la imaginación de la gente se quedara corta. ¿Quién hubiera podido creer que aquel veterano soldado romano, tan austero en todos los restantes apetitos físicos, tuviera tanto ingenio y tanto vigor en su comportamiento amoroso? Pero por otra parte, el «ingenio» y el «vigor» eran también los dos términos que mejor describían sus prodigiosas hazañas en el campo militar.

Aunque lamentaba tener que dejar nuestro mundo privado a bordo de la barcaza, me alegré enormemente de ver a Mardo y Olimpo al frente de los funcionarios de palacio que aguardaban para darnos la bienvenida.

Al entrar en mis aposentos me encontré con mis fieles servidoras Carmiana e Iras.

— ¡Oh, mi querida Carmiana! ¡Mi Iras! —exclamé, alargando los brazos para abrazarlas.

— ¡Bienvenida, Majestad! ¡Mira! ¡Lo tenemos todo preparado! Ahora que la guerra ha terminado, las mercancías han vuelto en abundancia a Egipto. Tenemos nuevas colgaduras de seda para la cama, incienso recién traído de Arabia, delicioso vino cécubo y rosas de Cirene... tanto rojas como blancas. —Aspiré el inconfundible perfume de las rosas, dulce y penetrante. Vi dos ramilletes en unos jarrones—. Nos alegramos de tu vuelta —me dijeron con toda naturalidad.

— ¿Qué habéis hecho en los aposentos de César? —les pregunté.

— Hemos preparado una mesa para que pueda trabajar —contestó Carmiana—. Se han recibido montañas de documentos para él.

Lancé un suspiro. No se fijaría ni en las nuevas sedas ni en las rosas. Sólo en los documentos.

— Supongo que también habrá documentos para mí —dije.

— Muchos menos —contestaron.

Iras me señaló una mesa con una pequeña pirámide de papiros. Sí, yo no gobernaba el mundo sino tan sólo un país, y durante el viaje había visto con mis propios ojos muchas de las preocupaciones de aquel país. Los asuntos de Egipto eran los mismos que en los tiempos de los primeros faraones: las cosechas, los impuestos, los soldados. El que cambiaba constantemente era el mundo de César, no el mío.

— Os agradezco vuestros esfuerzos —les dije. Me sentía muy cansada y me dejé caer en una silla de madera de cedro.

— ¿Tu... tu... estado...?

Revolotearon a mi alrededor, buscando las palabras.

— No he tenido ninguna molestia, pero ahora me canso con más facilidad. El viaje ha sido muy reposado —expliqué.

— ¿Y cuándo... va...?

Si mis queridas servidoras se mostraban tan turbadas al respecto, ¿qué pensaría el resto de Alejandría?

— No estoy muy segura —le contesté—. Tengo que pedirle a Olimpo que me haga los cálculos. Creo que dentro de un mes, o quizás un poco más tarde. César no se puede quedar.

Tuve que decirlo entonces para que no hubiera ningún malentendido. Pero



la expresión de sus rostros fue muy elocuente. No lo aprobaban. Y yo me encontraba en la situación de tener que justificar a César... ante mí misma y ante ellas.

— Hay asuntos urgentes... —empecé a decir, pero mi voz no resultaba convincente—. Esas son las desventajas de amar al dueño del mundo —dije al final—. Una nunca es tan importante para él como quisiera.

Y era verdad. Yo era una reina descendiente de una antigua estirpe real y mi país era uno de los más neos del mundo. Pero él no tenía que recordarme que, cuando nos conocimos, yo estaba viviendo en una tienda de campaña en el exilio. Sin él todavía estaría allí... o tal vez habría muerto. César hubiera podido convertir Egipto en una provincia romana tras la rendición de Alejandría, como les había ocurrido a todos los territorios del Mediterráneo después de la derrota:

Grecia, Siria, Judea, Hispania, Cartago. El hecho de que me hubiera mantenido en el trono e incluso hubiera dedicado unas semanas muy valiosas para él a hacer un viaje conmigo por el Nilo, demostraba bien a las claras cuáles eran los sentimientos que yo le inspiraba. Más que eso no podría conseguir de él.

Ahora pertenecíamos de nuevo al mundo, y nuestra intimidad había desaparecido. César leía detallados informes sobre la insurrección del Ponto, la concentración de las tropas descontentas en África y la confusión de Roma, y recibía al mismo tiempo multitud de mensajeros que lo mantenían informado de los acontecimientos más recientes.

Una noche, sentado en un ancho sillón, sacudió la cabeza mientras dejaba los informes a su derecha conforme los iba leyendo. Fuera, las olas del puerto interior danzaban bajo la luz de la luna. Era una noche muy templada y la brisa apenas agitaba las llamas de los pabilos de las lámparas. Probablemente en toda la ciudad había gente tomando vino con miel, escuchando suave música de flauta, celebrando banquetes nocturnos, leyendo tranquilamente o haciendo el amor. Por eso era famosa Alejandría: por los placeres del espíritu y del cuerpo. César se pasó varias horas trabajando y sólo se detenía de vez en cuando para sacudir la cabeza o estirar los brazos.

Bien pasada la medianoche murmuró:

— Ya está.

Había trasladado todo el montón de papiros de su derecha a su izquierda.

— ¿Adónde has decidido ir? —le pregunté en un susurro.

— Al Ponto —contestó—. No puedo regresar a Roma, dejando a un enemigo a mi espalda. Se tiene que asegurar el este.

— Pero tú estás en África —le dije. Las fuerzas rebeldes romanas se encontraban mucho más cerca.

— Yo siempre resuelvo las rebeliones secundarias más molestas antes de entregarme a la principal tarea que tengo entre manos —me contestó—. Por eso sometí Hispania antes de perseguir a Pompeyo. Era como si me hubiera

equivocado de dirección, pero lo hice a propósito. Ahora tengo que ir al Ponto antes de regresar aquí. Son casi mil seiscientas millas de dirección equivocada.

Se levantó para salir a la terraza. Yo lo seguí y contemplé a su lado cómo el Faro vomitaba fuego y humo. Aún conservaba la capacidad de llenarme de orgullo cada vez que lo miraba.

— Zarparás de este puerto —dije, expresando con palabras lo que era obvio—. ¿Cuándo?

— Dentro de unos días —contestó—. He decidido dejar tres legiones al mando de Rufio para protegerte. No surgirá otro Potino.

— ¡Pero en tal caso sólo te podrás llevar al Ponto una legión!

No, no podía permitir que corriera semejante peligro. Era mejor que el peligro lo corriera yo.

— Sí, la Sexta —dijo.

— ¡No es suficiente!

— Tendrá que serlo —dijo.

— ¡No y mil veces no! —exclamé—. Ya te quedaste una vez en Alejandría con menos hombres de los que necesitabas. ¡No vuelvas a repetirlo! —Entonces recordé otra cosa—. ¡La Legión Sexta ni siquiera está completa! Sólo tiene mil hombres, ni la cuarta parte.

— Sí, lo sé —dijo él.

— ¡Tientas demasiado la suerte! —exclamé—. ¡Estás desafiando a la diosa Fortuna! ¡Es una locura que vayas sólo con mil hombres!

— ¡Eso es asunto mío! —dijo, dando muestras de una incipiente irritación.

— ¡No, ahora también es asunto mío! —repliqué, apoyándome una mano sobre el vientre.

— Mis campañas militares son asunto mío —repitió.

— ¿Por qué tientas tanto al destino? —le pregunté en tono suplicante—. ¿Por qué te crees inmune a la derrota o la desgracia? —El temor me inducía a levantar involuntariamente la voz—. Creo que el destino te protege, nos protege a algunos de nosotros durante mucho tiempo para atontarnos y hacernos caer en la trampa que nos tiene preparada. Es posible que aquellos a quienes más protege sean los que acaben teniendo un final más cruel.

— En tal caso, poco puedo hacer por evitarlo —dijo—. El destino se saldrá con la suya tanto si me llevo una legión como si me llevo veinte.

— Sí y no.

Yo sabía que, si el destino hubiera decidido lo contrario, veinte legiones no hubieran bastado para proteger a nadie, pero a veces al destino le daba igual una cosa que Otra, en cuyo caso uno tenía más posibilidades de salir bien librado de la situación tomando todas las pequeñas medidas humanas que pudiera.

— Estás un poco confundida —me dijo, rodeándome con su brazo—. Creo que hablas así porque estás cansada. Ven a descansar un poco.

Me cogió suavemente por los hombros y me hizo dar la vuelta.

Tendida a su lado en la oscuridad, me pareció increíble que muy pronto se tuviera que ir a otro campo de batalla. En aquel momento, su presencia me hacía sentir muy segura.

Poco antes de quedarse dormido, me dijo en voz baja:

— Creo que hay que llevar a cabo la ceremonia con Tolomeo.

El sacerdote estaba esperando en la pequeña cámara que había justo al lado de la sala de los banquetes, donde César y yo habíamos dispuesto que tuviera lugar el intercambio de promesas. Tolomeo, que sólo tenía doce años, se mostró muy obediente y dispuesto a colaborar. Era el último de mis cinco hermanos y hermanas que me quedaba; todos los demás habían tenido muertes violentas en sus intentos de apoderarse del trono, a excepción de Arsinoe, la única que sobrevivía en la cárcel. César tenía previsto enviarla a Roma para que desfilara por las calles en su Triunfo. Yo entonces apenas pensaba en ello. Ahora...

Tolomeo era un niño afable y de delicadas facciones. No poseía la astucia ni la maldad de los demás; a lo mejor el miedo se las había hecho perder.

— ¡Oh, benignísimo César, mi amadísima hermana, me complace obedeceros en todas las cosas! —dijo, acariciando nerviosamente su collar de cornalina y lapislázuli.

— Sitúate allí —le dijo César, señalándole con el dedo un mosaico del suelo que representaba un hipopótamo.

Tolomeo se acercó casi corriendo.

— Y tú allí —me dijo, indicándome un mosaico que representaba un cocodrilo.

El mosaico en su conjunto era un paisaje del Nilo, con peces, pájaros, flores y embarcaciones. Yo me situé sobre el hocico del cocodrilo.

Olimpo, Mardo, Rufio, Carmiana e Iras serían los testigos. El sacerdote de Serapis pronunció unas cuantas frases que nosotros repetimos, y así terminó la ceremonia. Tolomeo XIV y Cleopatra VII, Dios y Diosa Amantes del Padre y Amantes del Hermano y la Hermana, quedaron unidos como gobernantes del Alto y del Bajo Egipto. César, radiante de felicidad, pronunció una bendición romana. Después nos dirigimos todos a las mesas del banquete que nos estaba esperando.

Había llegado la última noche de César. Por la mañana zarparía del puerto con sus barcos y sus mil legionarios.

— Te dejo con mucho dolor —me dijo.

— Tu permanencia aquí ha dado lugar a muchos comentarios en todas

partes —reconocí—. ¿Qué mejor prueba puede haber de tu deseo de quedarte?

— Me llevo muchas ideas que quiero trasladar a Roma. Ahora sé cómo debe ser una ciudad. Te doy gracias por ello.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué cambiarías en Roma?

— Roma es un lugar muy primitivo —me contestó—. Ya lo verás cuando vayas allí. —Me di cuenta de que lo decía con cierta indiferencia—. Pero ahora que he visto las anchas calles de mármol blanco, los edificios públicos, la Biblioteca... me gustaría copiarlos. Y además vuestro calendario es muy superior al nuestro. Todo eso lo voy a cambiar cuando...

— Cuando acaben las guerras —dije yo, terminando la frase—. Razón de más para no tentar al destino y procurar ayudarlo.

— Pediré refuerzos cuando llegue a Siria —dijo—. Tienes razón.

Contemplé cómo el último barco de guerra zarpaba del puerto y se alejaba hacia el horizonte. Las embarcaciones se fueron perdiendo en la lejanía hasta que finalmente desaparecieron. Tuve la sensación de que con ellas se iba mi vida. Había conocido a César durante un tiempo muy breve, pero en aquel corto intervalo mi mundo había cambiado para siempre... como todo lo que él tocaba. Ni la Galia ni Roma volverían a ser como eran antes de su llegada. No se podía retroceder; César había rehecho el mundo.

## **EL SEGUNDO ROLLO**

SE había ido. Miré a mi alrededor como si despertara de un sueño. Por primera vez desde que dejara Alejandría para asistir a la ceremonia de la entronización del toro de Hermontis, vi el palacio y la ciudad tal como eran a través de los ojos de una persona adulta. Yo llevaba casi dos años ausente. Por aquel entonces sabía muy poco o casi nada acerca de las tareas de gobierno, y tanto menos de lo que había más allá de nuestras fronteras. La suerte me había ayudado... César y yo parecíamos compartir el mismo destino. Pero ahora necesitaría algo más que eso. Tendría que gobernar yo sola un país antaño poderoso y vendar sus heridas.

«Por lo menos —pensé—, ahora todos mis esfuerzos podrán centrarse en Egipto y no los desperdiciaré en guerras civiles ni en intrigas palaciegas. Soy libre de actuar como quiera, pero si fracaso no podré echarle la culpa a nada. Rufio y sus legiones defenderán mi libertad: el don máspreciado de César, el más grande después del hijo.»

Salí inmediatamente en compañía de Carmiana y Mardo para echar un vistazo al recinto real. Durante mi viaje por el Nilo, Mardo había efectuado una cuidadosa valoración de los daños que se habían producido en el recinto y en los edificios, y ahora me estaba guiando en un recorrido por todos aquellos tristes espectáculos.

— Aquí es donde, perdóname, mi Reina, acamparon los soldados, destruyendo todas las plantas.

Me señaló una parte del terreno, donde antes había aromáticas hierbas y arbustos floridos.

El lugar despedía un olor nauseabundo.

— Veo que han dejado abono suficiente para las nuevas plantas —dije—. Creo que hasta la más delicada tendrá sus necesidades satisfechas durante unos cuantos años.

El templo de Isis, situado hacia el fondo de la península, no parecía haber sufrido graves daños, tal vez por encontrarse fuera del alcance de las piedras y las armas arrojadas que la gente había lanzado por encima de las murallas del recinto de palacio. Pero cuanto más nos acercábamos a las murallas, tanto mayor era la destrucción que veía. Los establos, los almacenes, los baños, las cisternas, todo había sufrido algún daño... o se habían agrietado los muros, o se habían quemado las techumbres. Uno de mis árboles preferidos, un gigantesco sicómoro junto al que yo había jugado a lo largo de toda mi infancia, había sido quemado por completo.

Cuando me volví para contemplar el edificio principal del palacio, vi las negras manchas de las teas que habían arrojado contra sus costados. ¡Mi

hermoso palacio blanco a la orilla del mar! Lancé un gemido de tristeza.

— Será reparado en cuanto tú lo ordenes —dijo Mardo.

Me impresionó el inventario que había hecho. Ahora lo pondría al frente de los trabajos de restauración.

— Señora, creo que te estás cansando demasiado —me dijo Carmiana con su dulce y ronca voz—. Deja el resto de Alejandría para mañana.

— Sí, mañana iré a Alejandría para rendir tributo a Isis en su gran templo, siempre y cuando siga en pie.

— Puedes tener la certeza de que sí —dijo Mardo—. Una o dos columnas han sufrido daños, pero lo demás... se conserva intacto.

— Tengo que ponerme en sus manos porque necesitaré su ayuda cuando llegue el momento del parto. —Me sentía ligeramente insegura y aturdida. Alargué la mano y me apoyé en Carmiana—. Esta noche —le dije con un hilillo de voz— quisiera consultar con Olimpo.

Le esperé en mi cámara más privada. Mientras contemplaba las mesitas con incrustaciones de mármol, los trípodes de las lámparas y los escabeles, comprendí que cada uno de aquellos objetos conservaba en cierto modo la huella de César. O bien éste me había hecho alguna pregunta acerca de él, o bien se había sentado en él o lo había usado. Los objetos inanimados parecen absorber la esencia de las cosas vivas, y cuando pasado el tiempo los contemplamos, nos causan dolor o placer.

Estaba sentada en una de las pocas sillas de respaldo que había en la estancia, con los pies apoyados en un escabel. Me sentía muy torpe y cansada.

Curiosamente, cuando vivía con César, apenas había prestado atención a los cambios de mi cuerpo. Ahora, por el contrario, era profundamente consciente de ellos.

Sabía que Olimpo me reprendería. Gozaba de aquel privilegio como amigo que era de mi infancia y hombre honrado a carta cabal. Y, en efecto, cuando entró en la cámara, su enjuto semblante de halcón estaba casi contraído en una mueca de desagrado.

— Saludos —me dijo. Inmediatamente me preguntó, señalando la lámpara del suelo de cinco pabilos—: ¿No hay más luz que ésa?

— Podemos encender otras —contesté. Había en las mesas varias lámparas de aceite, de bronce—. Pero no sé muy bien qué es lo que necesitas ver.

— ¡Puedo ver muy bien lo principal! —dijo, mirándome directamente el vientre—. Oh, mi querida Cleopatra... ¿por qué lo hiciste? ¡Te enseñé cómo evitarlo! ¿Qué ocurrió con el laserpicio? Si lo hubieras triturado y convertido en jugo cirenaico, lo habrías evitado.

— ¡Lo llevaba, pero no podía prepararlo en el interior de la alfombra!

— ¡Debiste de tener tiempo después! No me irás a decir que pasaste directamente de la alfombra a su cama.

Esperaba una negativa. Al ver que yo no se la daba, me miró escandalizado. No es fácil escandalizar a Olimpo, pero cuando se escandaliza suele disimularlo mejor. Soltó un gruñido.

— No puedo esperar comprensión —dije—. Tú no lo aprobabas desde un principio.

Soltó un resoplido.

— Aun así, seguramente la primera vez que... después de la alfombra... ¡entonces hubieras podido tomar las medidas pertinentes! ¡No era demasiado tarde! ¡A fin de cuentas, él no es como Zeus, a quien le basta con visitar una sola vez a una mujer mortal para que ésta conciba!

No pude reprimir una carcajada.

— No espero que comprendas mi decisión. Debes saber que me alegro de lo que ha ocurrido; más bien debería decir que me siento dichosa. No fue en absoluto lo que yo imaginaba en la tienda de Gaza. No, fue algo completamente distinto, algo...

Olimpo soltó otro resoplido.

— Ahórrame los detalles. Me ponen enfermo.

— Lo que ocurre es que tú no aprecias a César.

— No, y jamás lo apreciaré.

— Tu sinceridad te honra.

— Me alegro de que así lo creas. En cuanto a tus preguntas... ¿qué deseas saber ahora? ¡Me parece que no necesitas recetas ni consejos!

— Tú has estudiado con los mejores médicos de Alejandría y tienes una gran preparación. ¿Puedes saber por adelantado el día en *que* daré a luz?

— No. Sólo puedo calcularlo dentro de un espacio limitado de días. Es algo que varía muchísimo. —Apoyó delicadamente la mano en mi vientre y me palpó cuidadosamente los costados—. ¿Cuándo notaste que se movía por primera vez? Suele ser unos ciento cincuenta días después.

No lo recordaba con exactitud. Había coincidido con el lanzamiento de una enorme piedra contra el recinto del palacio, que se había estrellado junto a un pozo produciendo un ruido ensordecedor semejante al de una explosión. Noté un movimiento en el vientre y pensé que había sido una reacción al estruendo. Pero cuando volví a notarlo unas cuantas horas después, en un momento de silencio, comprendí que era otra cosa. Ocurrió poco antes de enterarnos de que Mitrídates se encontraba en las fronteras orientales del país.

— A finales de febrero —dije.

— Pues entonces llegará el mes que viene, a finales de Quintilis.



— ¡Quintilis! ¡Es el mismo mes en que nació César! ¡Qué presagio tan favorable!

Olimpo me miró con expresión asqueada.

— Sin duda el gran general se sentirá muy honrado —dijo.

— Ya se siente honrado —contesté. ¿Cómo era posible que Olimpo empezara a poner en duda la alegría de César?—. O sea que me quedan otros cincuenta días más o menos. Tengo mucho tiempo para prepararme. ¿Me proporcionarás unas expertas comadronas? No quiero viejas supersticiosas sino jóvenes muy bien preparadas.

— ¿Y tus servidoras?

— Estarán presentes, por supuesto, pero quiero que haya otras mujeres con experiencia. A fin de cuentas, Carmiana e Iras son vírgenes.

Olimpo puso los ojos en blanco.

— Carmiana no parece muy virginal que digamos. Esa voz... hasta la de Helena de Troya sonaría áspera en comparación con la suya.

Sí, su voz era ardiente y denotaba un gran conocimiento de las cuestiones entre hombre y mujer.

— Es cierto, pero sigue siendo virgen.

— No por mucho tiempo. Y menos aún si sigue tu ejemplo.

— Para servirme a mí no se exige en ninguna parte que una mujer tenga que ser virgen. Aquí no estamos en Roma, aquí no tenemos vírgenes vestales.

— Sí, los griegos y los orientales son más realistas. ¡Sólo los romanos serían capaces de inventarse las vírgenes vestales y tener al mismo tiempo como gobernante a alguien como Julio César! Me encanta el comentario que hizo al divorciarse de su tercera esposa Pompeya, diciendo que «la esposa de César tiene que estar por encima de cualquier sospecha». Pero ¿qué decir de las esposas de sus amigos cada vez que él se encontraba en Roma?

— Creo que será mejor que te calles antes de decir algo de lo que más tarde te puedas arrepentir.

— ¡O sea que ahora él se interpone entre nosotros! Siempre ocurre lo mismo. Los gobernantes dicen que desean que los amigos los traten como siempre, pero más tarde o más pronto, se vuelven autoritarios.

— Yo no me he vuelto autoritaria, pero reacciono como lo haría cualquier otra mujer ante las calumnias sobre el padre de su hijo. No quiero humillarlo escuchándolas ni humillarme a mí considerándolas ni humillarte a ti, permitiendo que hables de esta manera.

— ¡O sea que silenciarás la verdad! —replicó en tono ligeramente presuntuoso.

— No la silenciaré. Pero tampoco la pienso exagerar. —Contemplé su

rostro, todavía enfurruñado—. Olimpo, aprecio mucho tu amistad. Como gobernante, tengo la suerte de contar con un amigo como tú. Sé que César ha... estado con muchas mujeres. No me engaño sobre su pasado. Pero no veo ninguna necesidad de torturarme con eso. Contemplo mi futuro con César, no su pasado.

— El pasado predice el futuro —dijo Olimpo con obstinación.

— No siempre —repliqué—. Yo tengo una visión más optimista del mundo.

En mitad de la noche, unos veinte días después de mi conversación con Olimpo, experimenté un violento acceso de dolor mientras estaba durmiendo. Me desperté sobresaltada, como si me hubieran golpeado con un objeto pesado. Permanecí tendida boca arriba, preguntándome qué habría ocurrido. ¿Habría sido un sueño? Cuando estaba a punto de volverme a dormir, me sacudió otro dardo de dolor. Me incorporé, respirando afanosamente.

Las llamas de las lámparas que siempre permanecían encendidas en la estancia no se movían. Todo estaba en paz y silencio. Fuera se oía el suave rumor del viento, pero en aquella noche de junio todo lo demás estaba tranquilo. Me pareció una aberración experimentar un dolor tan grande en un momento como aquél.

Mientras lo pensaba, me invadió otra oleada. Temblando y empapada de sudor, hice sonar la campanilla para llamar a Iras y Carmiana, que dormían muy cerca de allí. Tuve que llamar mucho rato para que me oyeran pues, como ya he dicho, era una noche muy apropiada para disfrutar de un apacible sueño.

— Creo... que ha llegado el momento del parto —les dije cuando llegaron. Me asusté un poco al descubrir el esfuerzo que tenía que hacer para hablar—. ¡Que vengan las comadronas!

Me trasladaron en una litera —¡oh, cómo brincaba!— a una cámara especialmente preparada para tal fin. Allí, sobre una silla muy baja, colgaban unas retorcidas cuerdas para que yo me agarrara a ellas; a su lado había unos grandes montones de toallas, sábanas y jofainas. Me desnudaron, pero a pesar de la suavidad de la noche me entraron unos temblores tan grandes que me tuvieron que cubrir con una sábana. Encendieron todas las lámparas y yo me agarré a los brazos de la silla. Las comadronas se situaron a mi alrededor, conversando como si todo fuera muy normal. Para ellas lo era. Me alegraba de haber contratado sus servicios con tanta antelación.

Los dolores se intensificaron; Iras y Carmiana se turnaban para secarme el rostro con agua perfumada. Me agarré a las cuerdas y arqueé la espalda. No quería gritar, por muy fuertes que fueran los dolores. Sentí que unas oleadas de agua caliente surgían de mi interior y oí que una de las comadronas decía:

— ¡Ya ha roto aguas!

Después perdí la noción del tiempo. El dolor parecía un mundo aparte, me envolvía y yo trataba de superarlo como si trepara por una resbaladiza bola que girara sin cesar y que constantemente me hiciera salir despedida. Al final se me

agudizó el dolor, sentí una enorme presión, y de repente todo acabó.

— ¡Un varón! ¡Un varón!—gritaron.

Oí un prolongado y trémulo gemido.

— ¡Un varón!

Cuando lo levantaron en alto, vi cómo sus rojas piernas se agitaban y su pecho subía y bajaba a causa del esfuerzo del llanto.

Lo limpiaron con perfumada agua caliente y lo envolvieron con lienzos de lino. Después lo colocaron sobre mi pecho. Sólo le podía ver la coronilla de la cabeza, cubierta de fino cabello oscuro. Sus deditos se doblaban y se extendían y ya no lloraba. Sentí su calor contra mí y me invadió una inmensa sensación de alegría... y agotamiento. *En* contra de mi voluntad, cerré los ojos y me quedé dormida.

Me desperté a media mañana. Vi los reflejos del agua del mar danzando en el techo en forma de pequeñas formas blancas, y por un instante permanecí tendida, contemplándolos con asombro. Después lo recordé todo.

Traté de incorporarme sobre los codos y vi a Carmiana, Iras y Olimpo al fondo de la estancia. Estaban hablando en voz baja. El sol brillaba fuera con tal fuerza que me dolían los ojos.

— ¡Mi hijo! —dije—. ¡Dejádmelo ver otra vez!

Carmiana se inclinó sobre la cuna real, una especie de caja de madera labrada con unas pequeñas patas. Tomó un bulto y me lo acercó. Parecía demasiado pequeño para contener a un ser humano en su interior. Aparté los lienzos de lino de su enrojecida carita. Parecía un anciano cascarrabias, con la piel arrugada y quemada por el sol. Me reí.

Olimpo se acercó corriendo a mi lecho.

— Le falta un poco de peso pero vivirá —me anunció con satisfacción—. A menudo los niños de ocho meses tienen alguna dificultad.

— Sí, ha llegado un mes antes de lo previsto —dije yo. Pensé que César no había podido verlo por muy poco. Experimenté una doble decepción. Contemplé detenidamente el pequeño rostro que me miraba con sus desenfocados y brumosos ojos azules—. Creo que es imposible descubrir un parecido en el rostro de un recién nacido, por mucho que se diga. ¡Yo jamás en mi vida he visto esta cara! —Le alisé el suave cabello de la cabeza—. ¡Pero puedo decir que no es calvo como su padre!

¡Cuánto se alegraría César cuando se enterara de la noticia! Y qué emoción sentiría yo cuando le ofreciera lo que nadie más en el mundo le había podido dar desde hacía tanto tiempo y lo que él jamás hubiera conseguido alcanzar mediante todas sus conquistas territoriales. Pero ni siquiera sabía cómo ponerme en contacto con él. No había recibido ningún mensaje suyo desde su partida.

— ¿Qué nombre le pondrás, mi Reina? —me preguntó Carmiana.

— Un nombre que refleje sus dos herencias —contesté—. Tolomeo César. Olimpo me miró sorprendido.

— ¿Te atreverás a ponerle el nombre de César sin el permiso de aquella familia?

— ¡No necesito el permiso de aquella familia! ¿Qué tienen ellos que ver con eso? El principal miembro de aquella familia es el padre del niño. Eso es algo entre él y yo —contesté.

— ¿Y él estará de acuerdo? —preguntó Iras en voz baja.

— Me dijo que le podía poner el nombre que quisiera.

— Pero seguramente no pensaba que tú te apropiaras de su nombre —dijo Olimpo—. Lo que probablemente quería decir es que le daba igual que se llamara Tolomeo o Troilo.

— ¿Troilo? —Solté una carcajada, pero sentí tantos dolores que me detuve bruscamente. ¡Troilo!

— Un hermoso nombre de la gran historia de Troya —intervino Olimpo sonriendo—. Un nombre muy apropiado. ¿Qué te parece Aquiles o Ajax? —Nos echamos todos a reír, pero Olimpo añadió—: No sé si tienes el derecho legal a usar el nombre de César. En Roma hay muchas normas respecto a eso...

— ¡Pero yo soy la reina de Egipto! ¡No me importa Roma ni sus leyes! ¡Cayo Julio César es el padre de este niño y el niño llevará su nombre! —grité.

— Tranquilízate —dijo Iras—. Cálmate. Por supuesto que llevará su nombre. De lo contrario, él no se enteraría.

— Eso significa que quieres obligarle a reconocer al niño —dijo Olimpo—. Lo vas a someter a prueba con este nombre —dijo sin poder disimular su admiración.

No lo entendía. Lo que había dicho era cierto. Pero yo sólo pretendía que mi hijo llevara el nombre de su padre. Así de sencillo.

— No me fallará —dije confiadamente—. Y a él tampoco le fallará —añadí, besando la coronilla de la cabeza del niño.

Pero Olimpo había sembrado el temor en mi corazón. Yo sabía que en Roma un padre tenía que reconocer oficialmente a su hijo. ¿Lo haría César?

Los días siguientes fueron de una felicidad indescriptible. Esta sola palabra no basta para transmitir la alegría y el arrobamiento que llenaban todo mi ser. Me sentía tan ligera como la pluma del ala de un halcón, no sólo por verme libre del peso y el volumen del niño sino también por el júbilo de sentirme misteriosamente unida a él. El niño era una criatura enteramente independiente, pero al mismo tiempo siempre formaría parte de mí. Mientras lo sostenía en mis brazos y lo amamantaba, experimenté la profunda convicción de que jamás volvería a estar sola. Intelectualmente sabía que eso no era cierto. No éramos una sola persona y es imposible que otra persona te pueda salvar de la soledad definitiva que todos

tememos. Pero yo lo percibía así, y finalmente me sentía completa.

Olimpo no aprobaba que yo le diera el pecho al niño. Decía que era humillante y que hubiera tenido que buscarle un ama de cría. Prometí hacerlo un poco más adelante, pero durante las primeras semanas, mientras me preguntaba dónde estaría César y qué estaría haciendo, necesitaba abrazar a mi hijo cada pocas horas.

Día a día el pequeño César —los habitantes de Alejandría le habían puesto el diminutivo de «Cesarión», saltándose todas las sutilezas legales para ir directamente al fondo de la cuestión— iba cambiando. Su pequeño rostro ya no estaba tan enrojecido, las arrugas se habían alisado y los ojos eran más redondos y habían perdido aquel extraño aspecto de oblicua rendija propio de los recién nacidos.

Mis rasgos son muy acusados. Tengo la nariz larga y los labios muy carnosos, tan carnosos como los de las estatuas de piedra de los faraones. (Obsérvese que he dicho los faraones y no sus esposas, las cuales tenían unas facciones muy delicadas.) Mi rostro es estrecho y alargado, y menos mal que los carnosos labios lo compensan, aunque si he de ser sincera reconozco que es demasiado grande. En cambio, las facciones de César son todo lo contrario: muy delicadas para un hombre. Sorprendentemente, en nuestro hijo se impusieron los rasgos delicados sobre los más fuertes, lo cual me llenó de felicidad.

Decidí celebrar de alguna manera su nacimiento, aunque César no pudiera recibir oficialmente a su hijo, pero sin desfiles ni festejos públicos, que son cosas demasiado efímeras. Yo quería algo más sólido y duradero. Acuñaría una moneda para conmemorarlo.

— ¡No! —dijo Mardo al enterarse.

A pesar de su juventud, se estaba convirtiendo en mi principal consejero. Confiaba en él, porque había actuado con mucho sentido común en todas las tareas que le había encomendado. Había supervisado todas las obras de reconstrucción de Alejandría de un modo admirable.

— ¿Por qué no? —Estaba recostada sobre unos almohadones en mi sala preferida en la que el sol entraba por sus cuatro lados y todas las brisas se juntaban y jugaban en su interior. Las cortinas de seda se hinchaban como las velas de un barco, y los juncos perfumados del lago de Genesaret susurraban en sus jarrones. Cesarión permanecía tendido en el centro de la estancia sobre una piel de pantera negra, siguiendo con la mirada el aleteo de las cortinas. Yo me había recuperado totalmente del parto y rebosaba de energía—. ¿Por qué no? — volví a preguntar.

— ¿No parecería un poco... digamos presuntuoso? —me contestó—. Y además suscitaría otras preguntas. Por ejemplo, ¿y tu esposo, el pequeño Tolomeo? ¿Figuraría él también en la moneda?

El pequeño Tolomeo era como otro hijo mío. Había aceptado a Cesarión como a su hermanito. Jamás pedía nada, como no fuera permiso para navegar con una barca más grande por el puerto interior. Ya casi me había olvidado de su

existencia.

— Por supuesto que no —contesté.

— Ninguna reina tolemaica ha acuñado monedas por su cuenta —me recordó Mardo. Se pasaba largas horas investigando aquellas cuestiones y yo me fiaba de él—. Eso ni siquiera se hubiera atrevido a hacerlo tu encumbrada antecesora Cleopatra II.

Me introduje en la boca un frío grano de uva y disfruté de la sensación de romper su piel contra mi paladar. El áspero y dulce jugo se escapó a chorro.

— ¿Y si pusiera también a César? —pregunté ingenuamente.

Mardo sacudió la cabeza con indulgencia. Comprendía mi estado de ánimo.

— Prueba a hacerlo. En Roma causará sensación. —Hizo una pausa. A diferencia de Olimpo, se guardaba mucho de oponerse a mis deseos cuando yo tomaba una decisión—. ¿Qué clase de acuñación tenías pensada?

— Chipre. Acuñaré una moneda en Chipre.

— ¡Eso es tentar a Roma! —dijo sin poder reprimir la risa.

La cesión que hizo César de Chipre fue muy controvertida. Cedió territorio romano, algo que no está muy bien visto. Como es natural, lo disimuló diciendo que se había visto obligado a ganarse el favor de los alejandrinos en unos momentos en que estaba rodeado de fuerzas hostiles. Pero aquella excusa ya no es válida ahora. Al fin y al cabo, César ganó la Guerra Alejandrina. Entonces hubiera tenido que recuperar Chipre. Hubo muchos comentarios en Roma.

Siempre había admirado la sorprendente capacidad de Mardo de enterarse de los chismes de lejanos lugares. Cualquiera hubiera dicho que tenía una avanzadilla en Roma. ¿Cómo lo hacía?

— Es la hermandad mundial de los eunucos —me había dicho una vez, y yo casi me lo había creído.

No se podía explicar de ninguna otra manera.

— ¿Qué otras cosas dicen en Roma? Me encantaba hablar de todo aquello.

— Que César perdió la razón en Egipto, que se pasaba el rato holgazaneando en lugar de dedicarse a viriles empresas como perseguir a los últimos rebeldes de Pompeyo, que se entregó a los afeminados placeres del Nilo, y un montón de cosas más. Tu fama ha crecido como la espuma y has causado sensación: ¡eres la mujer que hizo cambiar los planes a César! Sus veteranos incluso se inventaron unos versos que decían algo así como «El viejo César se revolcó en el cieno con la hija del Nilo y llenó las orillas»... No me acuerdo del resto.

— Claro —dije yo, notando que me ardían las orejas. A menudo me he alegrado de que no se me ruborice el rostro de vergüenza sino tan sólo las orejas. Y aquel día el cabello me las cubría—. Y en cuanto a la moneda, creo que tendría que ser de bronce. Y quiero que en ella se me represente dando el pecho a

Cesarión.

— Como Isis —dijo Mardo—. Como Isis y Horus. Y como Venus y Cupido. Al fin y al cabo. Venus nació en Chipre.

— Y Venus es la antepasada de César.

— Sí.

»¡Cuántos mensajes distintos puede transmitir una simple moneda! — exclamó Mardo, asintiendo con la cabeza, admirado.

*VENI, vidi, vici* («llegué, vi, vencí»).

Aún hoy estas palabras me emocionan el alma. Son las tres lacónicas palabras que utilizó César para describir lo que ocurrió cuando finalmente se enfrentó con el rey Farnaces del Ponto.

Tras haber recorrido enormes distancias, César persiguió al rey en su propio territorio y le plantó batalla el mismo día en que lo localizó. Los combates duraron tan sólo cuatro horas y terminaron con la derrota absoluta del jactancioso soberano. Las fuerzas de Farnaces estaban lo bastante enardecidas como para intentar subir con sus carros por la ladera en cuya cima se levantaba el fuerte de César. El resultado fue inevitable.

La batalla había tenido lugar el primer día del mes de Sextilis, menos de dos meses después de la partida de César de Alejandría con su cuarto de legión. Una vez más, su rapidez y su hazaña habían sido casi sobrehumanas.

Hubiera deseado que aquellas palabras, *veni, vidi, vici*, me las hubiera dirigido a mí, acompañadas de una descripción de la batalla, pero no lo hizo. Las escribió en una carta dirigida a un tal Cayo Macio de Roma, un antiguo confidente suyo. Los espías se enteraron, como es natural, y las repitieron por todo el mundo.

Aquellos mismos espías y también la «hermandad mundial de los eunucos» de Mardo informaron de que César había regresado a Roma en septiembre, tras haber redistribuido los cargos y los nombramientos en los revueltos territorios.

«Yo visitaba casi todos los días tu santuario, oh, Isis, para darte gracias por haberle librado de todo mal. Mi constante inquietud por su seguridad era muy difícil de soportar. Ya entonces me parecía que los dioses se estaban burlando de él, como si lo estuvieran preparando para el sacrificio. Cuidamos con mimo a los toros y las palomas que hemos elegido para el altar, como si con ello los hiciéramos más agradables a los dioses. Los adornamos con guirnaldas y les damos la hierba y el maíz más dulce. Los protegemos del sol del mediodía y del frío de la noche. Nada los puede tocar. Nada más que sus presuntuosos guardianes. Pero tú, oh, Isis, eres la más compasiva de entre todas las divinidades. Has conocido los dolores de una esposa y los gozos de la maternidad. Sabía que no harías oídos sordos a mis súplicas y oraciones.»

Casi coincidiendo con la victoria de César sobre Farnaces, el Nilo inició su crecida anual. Lo consideré un presagio de que nuestras dos fortunas navegaban viento en popa. Era el Año Nuevo del calendario egipcio y en las orillas del río se celebraban festejos para saludar la primera crecida perceptible de las aguas.

En Tebas los sacerdotes sacaron en procesión la barcaza sagrada de Amón —Ra con miles de linternas parpadeando en la noche suave. En Coptos y en Menfis abrieron las compuertas de los canales para recibir el agua y para que ésta



tomara posesión de la tierra como la toma un hombre de una mujer. Era la gran fiesta del amor, con noches de festejos y de bodas en cuyo transcurso los jóvenes cantaban:

Ligera es mi barca sobre el agua  
y mi cabeza esta coronada de flores.  
Corro a las puertas del templo  
y a las horas de felicidad.  
Altísimo dios Ptah, haz que mi amada  
venga a mí esta noche con gozo,  
que mañana el alba la encuentre  
embellecida por los deleites, del amor.  
¡Oh, Menfis, rebosante de sonidos y perfumes,  
refulgente morada de los dioses!

Y la esposa respondía:

Mi corazón espera con ansia  
la llegada de mi amado.  
Lo veré cuando las aguas  
corran por los caminos abiertos.  
Intercambiaré con él guirnaldas de flores,  
me soltaré el cabello para que él lo contemple.  
Seré más feliz que las hijas del faraón  
cuando él me estreche entre sus brazos.

Oía a Iras entonando la canción y se me llenaba el corazón de anhelo por César, pensando en todos los festejos de amor que se celebraban en toda la tierra mientras yo, que sólo tenía veintidós años, permanecía sola en mi lecho del palacio, sola en una estancia en la que de repente me asfixiaba.

El pueblo exultaba de júbilo mientras las aguas seguían creciendo. Durante los dos primeros años de mi reinado las crecidas habían sido insuficientes y se había producido escasez de alimentos. Ahora, aquella abundante crecida, la primera desde que yo recuperara el trono, parecía una promesa de recuperación de la naturaleza.

Pero las aguas seguían creciendo y ya habían llegado a los recintos de los sagrados templos, besando las puertas de los sagrarios interiores. Al final rebasaron los diques y se derramaron sobre las arenas del desierto. Las casas de adobe que se levantaban a una considerable distancia de la orilla fueron alcanzadas por las aguas y nuevamente empezaron a convertirse en barro del Nilo.

Mis ingenieros de la Primera Catarata, el lugar donde habían empezado las inundaciones, me enviaron informes desesperados. El nilómetro, el indicador que medía el nivel de las aguas, ya marcaba unos valores de los que nadie tenía memoria. Y era agua «clara», no la espesa agua marrón que era señal de fertilidad. Algo estaba fallando.

El agua. Aquella noche contemplé una jarra de agua recién sacada del Nilo del Alto Egipto. Estaba inocentemente colocada encima de mi mesa y casi era incolora. Su aspecto era completamente distinto del que solía tener en aquella época del año, opaco a causa de una sustancia negra que bajaba con la crecida y daba vida a todo lo que tocaba. Egipto se llamaba la Tierra Negra por la negra cinta de fértil tierra que el Nilo dejaba cada año en sus orillas. No poseer este don era no estar en Egipto. ¡Y eso estaba ocurriendo después de dos años de crecidas insuficientes! ¿Se podía hacer algo? ¿Cuál era la razón de que aquella tierra negra penetrara en el río? ¿De dónde procedía? Curiosamente, ni Mardo ni Olimpo tenían las ideas claras a este respecto, y ni siquiera se habían formado una opinión.

— Debe de brotar del lugar donde está la fuente del Nilo —dijo Mardo—. Y tú ya sabes que nadie la ha encontrado jamás.

— Yo creía que la traía el dios Hapi del Nilo —dijo ingenuamente Olimpo.

— Tú que te burlas de todos los dioses del Olimpo y del Hades me das una respuesta decepcionante —le dije.

— A lo mejor lo sabe alguien del Museion —dijo Mardo—. Vamos a convocar a esas formidables bestias, a los doctos sabios de esa casa.

Soplaba una suave brisa delicadamente perfumada con la fragancia de los jazmines de un cercano jardín vallado. Lancé un suspiro. Ojalá pudiera disfrutar de aquella deliciosa noche en lugar de tener que preocuparme por las reuniones y los sabios.

Vi que se apagaba una lámpara en una ventana del piso superior de una villa que daba a la calle porticada, y que la luz de la estancia se desvanecía. Alguien, uno de mis súbditos, estaba haciendo justamente lo que estaba ansiosa por hacer. Pero yo, la Reina, tenía que permanecer despierta para que él pudiera dormir en paz.

— Mañana consultaremos con ellos —les dije a Mardo y Olimpo.

«Y esta noche yo me la pasaré en vela pensando en todo lo que tengo que aprender de ellos», pensé.

Mi lecho, cubierto con sábanas de lino blanqueado, me resultaba pegajoso. Se notaba la humedad por todas partes. Alguien me había dicho que los ingenieros colocaban durante la noche vasijas de barro no cocido cerca del Nilo y las pesaban a la mañana siguiente para saber cuánta agua habían absorbido: de esta manera podían predecir la crecida del río. Si era cierto que el Nilo exhalaba un brumoso aliento, su aliento estaba ahora lleno de rocío.

Nadie puede detener el Nilo. Lo único que podemos hacer es apartar las cosas de su camino, excavar zanjas más hondas para contener el agua y recoger estiércol para extenderlo por los campos que no reciben el cieno. En cuanto a las sabandijas y las serpientes... tendré que averiguar algo sobre el pueblo de las serpientes, los *psillis*<sup>1</sup>, pues dicen que tienen poderes mágicos...

A pesar del aire sofocante y del revoltijo de gruesas sábanas, me quedé

dormida.

Había ordenado que un consejo de estudiosos y sabios se reuniera en el Museion para ayudarme a planificar la lucha contra el inminente desastre. Se trata de una academia dedicada a las musas —de ahí su nombre—, contigua a la Biblioteca. Ambas instituciones comparten un comedor común. Pero a lo largo de los años transcurridos desde su fundación se había convertido en un hervidero de eruditos mantenidos por los Lágidas. Nosotros cubríamos todas sus necesidades, les ofrecíamos un lugar perfecto donde poder trabajar: una espléndida Biblioteca con manuscritos a su disposición, salas de conferencias con mesas de mármol pulido, obras de arte procedentes de todos los lugares del mundo para que les sirvieran de inspiración en su trabajo y laboratorios donde poder estudiar los fenómenos de la naturaleza. A cambio de todo eso sólo pedíamos una cosa: que pusieran sus vastos conocimientos a nuestra disposición. Raras veces se lo exigíamos —salvo pedirles que fueran preceptores reales— y por consiguiente ellos eran los más beneficiados. Pero ahora yo necesitaba su ayuda.

Me reuní con ellos en la gran rotonda, flanqueada por mis consejeros y escribas. Siempre optimista, confiaba en que los escribas tuvieran mucho material útil que anotar. Los ingenieros, los historiadores, los geógrafos y los naturalistas nos esperaban congregados alrededor de una enorme planta cuyas gruesas hojas parecían suelas de sandalia. Estaban examinando algún detalle de su tronco. Al entrar nosotros, enderezaron las espaldas y abandonaron la planta.

Lancé un suspiro de alivio al ver que eran tantos, como le ocurre a un enfermo cuando ve unas estanterías llenas de frascos y tarros de medicinas. ¡Alguno de ellos tendría sin duda un remedio!

— Excelentísimos estudiosos y científicos del Museion, célebres en todo el mundo, hoy vengo a vosotros con la esperanza de que podáis ayudarme a salvar Egipto. —Hice una pausa para que mis palabras surtieran el efecto apetecido—. Los informes del Alto Egipto dicen que el río está creciendo más que nunca, pero no contiene las sustancias que dan vida. Por consiguiente, se avecina una doble desgracia: los daños de la inundación y al mismo tiempo la escasez de alimentos. Y yo os pregunto: ¿Tiene la ciencia algún remedio conocido?

Me miraron en silencio. Vi que movían los ojos para ver si alguno de ellos se atrevía a hablar. Finalmente se adelantó un joven.

— Soy Ibicos de Priene —dijo. Tenía una delicada y trémula voz muy poco en consonancia con su compacta y musculosa figura. Sus brazos, tan lustrosos como la fruta madura, asomaban por los costados de la parte superior de su túnica—. Soy ingeniero. Sólo te puedo aconsejar que levantemos la tierra —o bajemos su nivel— para contener el río. Una de dos, o construir presas o cavar enormes depósitos. Quizás ambas cosas a la vez.

— ¿Y cómo podríamos hacerlo a tiempo? —preguntó alguien—. ¡Serían necesarios más obreros que los que construyeron las pirámides! ¡El Nilo tiene centenares de millas de longitud!

— Casi todas las aldeas tienen depósitos de riego. Quizá cada una de ellas

podría ampliar las que ya tiene. No sería una tarea demasiado prodigiosa —dije yo—. Pero ¿creéis posible construir una presa?

— No —contestó otro ingeniero—. El Nilo es demasiado ancho. No podríamos contenerlo el tiempo suficiente como para represarlo, y en cuanto a la desviación... también es demasiado ancho para eso. Y la corriente es demasiado fuerte.

El ingeniero parpadeó varias veces para subrayar mejor sus palabras.

— Pues muy bien. —Pensé que ya se había agotado el tema. Apenas se podía hacer nada para evitar la inundación—. ¿Qué ocurrirá cuando se produzca la inundación? ¿Y qué se puede esperar? ¿Alguien me lo puede decir?

Un hombre gigantesco como una montaña tomó la palabra:

— Soy Telesicles —dijo—. Procedo del valle del Éufrates, donde suele haber inundaciones. Tenemos incluso un gran poema sobre nuestra gran inundación, el poema de Gilgamés. El gran Utnapishtim tuvo que construir una embarcación gigantesca de seis pisos de altura para poder sobrevivir. «Al rayar la aurora surgió una negra nube de los cimientos del ciclo. Dentro tronaba el dios de la tormenta. Su cólera llegó hasta el firmamento, convirtiendo la luz en tinieblas. Seis días y noches arreció el viento, y el agua y el vendaval devastaron la tierra» —entonó.

Todos nos lo quedamos mirando. Mientras recitaba los versos, su carne se estremecía como si el viento soplara contra sus extremidades.

— Y en el sagrado libro hebreo de Moisés también hay una inundación y construyen un arca —dijo otro.

— No vamos a construir embarcaciones y arcas por todo Egipto —dije yo—. Al fin y al cabo, la inundación no cubrirá toda la tierra seca. No me interesan las descripciones poéticas de las inundaciones sino lo que efectivamente ocurre como consecuencia de una inundación. Cuando Noé salió del arca, todo estaba destruido. ¿Qué nos ocurrirá a nosotros?

— «Y toda la humanidad se había convertido en arcilla. La tierra era llana como una azotea» —recitó Telesicles.

— ¡Eso es absurdo! —gritó otro hombre con voz chillona—. La Reina nos ha pedido datos, no poesía. No todo el mundo se convertirá en arcilla, y la tierra de Egipto va es llana como una azotea. ¡Cállate ya de una vez, insensato!

— Si se me permite... —Se adelantó un hombre de nariz de halcón. Vi que era bastante joven. Tenía el rostro arrugado, pero su cabello era todavía negro y muy abundante—. Soy Alcayos de Atenas, ingeniero y aficionado a la historia. Llevo en Egipto el tiempo suficiente como para saber lo que ocurre en la campiña cuando el río lleva demasiada agua. —Miró a su alrededor y se dio cuenta de que nadie lo iba a contradecir—. Las inundaciones peligrosas no son frecuentes, pero la memoria las recuerda. En primer lugar, ¿qué ocurre cuando sube la marca en la playa?

Nadie contestó.

— Vamos, vamos. ¿Acaso nunca habéis paseado por una playa? ¿Nunca habéis estado en Judea? ¡Menudo hato de pueblerinos! Pues bueno, sube la marca y se lleva todo lo que está construido con arena. Todas las casitas de los niños... el agua se las lleva. Pero los niños no son los únicos que construyen con arena. ¿De qué están hechas las aldeas egipcias? De adobe secado al sol. ¿Qué ocurre cuando el adobe se moja? —Señaló con la mano una cuba de agua que se encontraba cerca de la misteriosa planta, esperando su demostración. Arrojó un adobe al agua y el agua salpicó el suelo—. Ya lo halléis visto. Dentro de una o dos horas el adobe volverá a convertirse en barro.

Los demás eruditos se recogieron los dobladillos de las túnicas.

— ¿Por qué eres tan exagerado?

— Quiero demostrar una cosa —dijo—. Así se derrumban los edificios. Pero ni la pérdida ni los gastos serán excesivos si construimos por adelantado otros edificios lejos del alcance de las inundaciones. A diferencia de lo que ocurre con las inundaciones de los poemas, la de aquí se produce poco a poco. Hay tiempo para prepararse. —Paseó un poco arriba y abajo antes de dar media vuelta y anunciar—: Pero el agua estancada es muy distinta del agua corriente.

«Este hombre es un cómico —pensé—. Pero lo que está diciendo tiene sentido.»

— Cría insectos, ranas y espuma. Huele mal. De ella surgen las enfermedades. Se filtra hasta las cosas que no están a su alcance y se extiende bajo tierra. Si el grano almacenado no se guarda a cierta distancia, se humedecerá y enmohecerá. Entonces se multiplicarán los ratones. ¡Y habrá una plaga de ratones!

Su voz se elevó como un trueno.

— Tranquilízate —le dijo Olimpo—. No están correteando entre tus pies.

— ¿Y qué ocurrirá entonces? —añadió Telesicles sin prestar atención al comentario de Olimpo—. ¡Serpientes! ¡Una plaga de serpientes! —Agarró el brazo de un anciano y lo apartó del grupo de sabios—. ¡Díselo, Aisquines! ¡Cuéntales lo de las serpientes!

La piel del anciano semejaba un viejo papiro: arrugada, agrietada y quebradiza. Su voz también era frágil.

— ¡Las serpientes! ¡Las serpientes! —murmuró—. ¡Se abrirá el almacén de serpientes venenosas y derramará sus tesoros! —Miró a su alrededor, parpadeando como si calibrara a su público. Se debía de haber preparado el número—. Vivimos en una parte del mundo que las más mortíferas serpientes llaman su hogar —añadió en un susurro—. ¿Acaso el áspid no es el símbolo de Egipto? ¿La serpiente sagrada cuyo cuello hinchado ciñe la sien de todos los faraones y los protege? Su mordedura convierte al faraón, en caso de que elija esta forma de muerte, en un ser inmortal y le otorga la bendición de Amón—Ra. ¡El áspid! —Ahora su voz sonaba como un susurro de hojas secas en un sepulcro

— Con su veneno concentrado provoca el sueño. La muerte es muy rápida. ¡En una repentina oscuridad, su víctima se reúne con los muertos cuando ha sido mordida por esta serpiente del Nilo!

Se volvió de repente y apuntó con su huesudo dedo en otra dirección.

— ¿Y qué decir del sepedón? ¡Su mordedura es horrible, pues su veneno disuelve los huesos en el interior del cuerpo! ¡Una persona se derrite! ¡Y cuando el cuerpo se quema en una pira funeraria, no se encuentra ningún hueso! Otros venenos se llevan la vida, pero el del sepedón se lleva también el cuerpo.

Olimpo puso los ojos en blanco con expresión de incredulidad; en cambio Mardo lo escuchaba todo fascinado. Yo no sabía qué pensar. ¿Sería verdad algo de lo que estaba diciendo aquel hombre?

— Después tenemos la serpiente prester —añadió el anciano, bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro. Todos se inclinaron hacia delante para escucharle—. Provoca una hinchazón tan grande que un hombre adquiere proporciones gigantescas, de tal forma que sus rasgos quedan enterrados en la masa informe. Ni siquiera se le puede depositar en un sepulcro porque el cuerpo sigue creciendo y creciendo.

Olimpo soltó una sonora carcajada y otros hicieron lo mismo, pero era una risa nerviosa.

El orador levantó una mano y los miró con expresión furiosa.

— ¿Os reís? Bueno, eso es porque nunca habéis visto a una víctima. Si la hubierais visto no os reiríais, os lo aseguro. Supongo que tampoco habéis visto a un hombre mordido por un *hemorroos*, ¿verdad? Convierte a una persona en una llaga enorme... la sangre se escapa por todas partes. ¡Hasta las lágrimas son sangre! ¡El sudor es sangre! ¿Y qué decir de las dipsas? ¡Su veneno se bebe el agua del cuerpo y convierte las entrañas de un hombre en un ardiente desierto! ¡Es un veneno que da mucha sed! ¡La víctima se corta las venas para beberse su propia sangre!

— Todo esto me parece muy aleccionador —dije, interrumpiendo su disertación—, pero ya sabemos que los hombres mueren a causa de las mordeduras de las serpientes. No todas las serpientes que surgirán para comerse los ratones son venenosas. De hecho, las serpientes nos hacen un favor comiéndose los ratones.

— Sí, las serpientes y los ratones no son nuestros enemigos —dijo Mardo que hasta aquel momento había estado muy callado—. Raras veces atacan a no ser que se sientan amenazados. De niño yo criaba serpientes y las conozco muy bien. Creo que no tenemos por qué preocuparnos por las serpientes.

— Los ratones y las serpientes son otra cuestión —dije yo—. No obstante, si la proliferación de sabandijas diera lugar a que los aldeanos fueran mordidos por las serpientes venenosas, ¿no hay unos hombres que saben manejar a las serpientes y los podrían ayudar?

— Te refieres a los psilis de Marmárica <sup>2</sup> —dijo el anciano en tono irritado.

No le gustaba que lo interrumpieran, y ahora nos lo estaba dando a entender con toda claridad—. Son inmunes a los venenos de las serpientes. Iba a decirte que pueden alejar a las serpientes de un territorio mediante encantamientos y un fuego medicinal que defiende las fronteras. Y si alguien sufre una mordedura, su saliva contrarresta los efectos del veneno en la herida y también lo pueden absorber. ¡Son tan expertos que pueden adivinar por el sabor el tipo de serpiente que ha mordido a la víctima! Iba a decirnos dónde encontrar a los psilis, pero ahora, puesto que pensáis que no corréis ningún peligro a causa de las serpientes...

El anciano se encogió de hombros y se incorporó de nuevo al grupo de sabios.

— Te agradeceríamos que nos facilitaras la información —dije para que se le pasara el enfado—. Te ruego que nos lo digas. Pero creo que primero tenemos que asegurar nuestras provisiones de alimentos. Los cereales de la cosecha del año pasado se tienen que trasladar a otros almacenes. Y hay que construir a toda prisa los nuevos almacenes. ¿Será muy difícil? ¿Alguien lo puede calcular?

— Yo ya me había anticipado a la pregunta —dijo un nublo desde atrás, adelantándose—. Ya he hecho los cálculos.

— Muy bien. Dínoslos.

— En esta época del año los almacenes sólo contienen una cuarta parte de su capacidad. Casi todos los cereales se han consumido o se han enviado al extranjero. Calculo que debe de haber unos mil almacenes junto a las orillas del Nilo, pero sólo tendríamos que construir doscientos cincuenta para almacenar todos los cereales que nos quedan. Cualquier tipo de estructura nos podría ser útil con tal de que estuviera seca y cerrada.

Su voz profunda y sonora confería credibilidad a las cifras.

— ¿Cuánto tardaríamos?

— No mucho —contestó—. Bastan pocos días para que se sequen los adobes, y la construcción podría empezar enseguida.

— ¿Se podría calcular la extensión de la inundación? Hay que construir los almacenes en lugar seguro, pero no más lejos de lo necesario. Bastante difícil será el transporte de los cereales —dije.

— Majestad, lamento decirte que no quedan muchos cereales, que el transporte no llevará mucho tiempo.

— Y si tuviéramos que importar cereales, ¿dónde podríamos comprarlos?

Era Egipto el que abastecía al mundo y no al revés. Una parte podríamos adquirirla en Sicilia o en Numidia. Pero ¿sería suficiente?

— Tendremos que levantar centros de reparto de alimentos y nombrar a unos supervisores —dije—. Y habrá que racionar el resto de los cereales. Nombraré funcionarios que se encarguen de eso en cada distrito. Y yo visitaré personalmente los centros.

De repente me sentí muy cansada. La tarea que tanto yo como todo el país

de Egipto tenía por delante era ingente.

— Os doy gracias a todos por vuestra ayuda y por haber preparado la información de una forma tan concienzuda y exhaustiva —dijo, mirando hacia la cuba de agua—. Por favor, mostradnos qué ha ocurrido con el adobe.

Telesicles se adelantó con un gesto teatral.

— Mirad —dijo, acercando una cuba vacía. Se inclinó, levantó la otra y vertió su oscuro contenido en la primera. Una vez eliminada el agua, sólo quedaba en el fondo una espesa capa de puro barro marrón—. ¡Vuestras viviendas y almacenes! —dijo—. ¡Ved su ruina!



EL sol se estaba poniendo. Yo esperaba junto al estanque sagrado de un templo del Alto Egipto, un estanque que aquella noche sería devorado por el Nilo en un involuntario sacrificio al enfurecido dios. Tal vez eso lo aplacara.

Tenía las piernas dobladas debajo del cuerpo y permanecía inclinada hacia delante sobre el banco de piedra que miraba al estanque. En su base, el agua llegaba hasta los tobillos, lo cual significaba que no era probable que ningún funcionario, sacerdote, criado o consejero estuviera allí, mirando por encima de mi hombro. Me encontraba... dichosa y maravillosamente sola. Era como si me estuvieran frotando el cuerpo y aplicándome un delicioso masaje en la piel con un bálsamo purísimo. Sola. Sola. Sola.

Me había pasado varias semanas rodeada constantemente de gente. Mis visitas arriba y abajo del río me habían obligado a tener que alojarme en casa de alguien, ser siempre oficialmente recibida con algún Upo de ceremonia, tener que pronunciar siempre algún discurso, leer informes o entregar presentes sin manifestar jamás la menor señal de debilidad, aburrimiento o cansancio. Pero el hecho de tener que mostrarme constantemente amable era una dura prueba para mí. ¡A lo mejor es que no soy una persona de natural amable!

No, yo creo que es más bien una necesidad de cierta intimidad cotidiana — de poder disfrutar de algunos minutos de soledad—, de la misma manera que necesito comer o dormir. Al parecer, las necesidades de intimidad de cada persona son tan variables como las necesidades de comida o de sueño. He observado que algunas personas no tienen ni un solo instante para sí mismas y que no por ello están de mal humor. Envidio a estas personas, pero yo no soy una de ellas.

Aquella noche nadaría en un estanque sagrado. Era algo que siempre había deseado hacer pero que nunca lo había creído posible, pues el hecho de hacerlo hubiera constituido una profanación de las aguas. Sin embargo, aquella noche el Nilo lo iba a mancillar y, antes de que el estanque pudiera volver a usarse con fines religiosos, se tendría que volver a consagrar.

La superficie plana y rectangular del estanque reflejaba los apagados colores del cielo. Descansaba apaciblemente bajo las sombras del crepúsculo sin sospechar que estaba a punto de ser profanado. Sus aguas sólo las podían llevar los sacerdotes en cubos de plata, y con ellas se purificaban los sacerdotes y el templo, y sólo se permitía que una pequeña barca de oro las surcara en el transcurso de las representaciones sagradas. Ahora yo penetraría en él y me sumergiría en sus aguas prohibidas.

Me había pasado todo el viaje no sólo anhelando mi intimidad sino ansiando darme un baño. En el palacio teníamos estanques destinados exclusivamente a nadar, pero fuera de Alejandría ya no había nada de todo eso. En cada distrito solía ser huésped del principal funcionario del lugar, y las

viviendas eran siempre unas hermosas construcciones de barro pintadas con cal, con un jardín cerrado y un estanque de peces rodeado de palmeras y de acacias. Era un lugar muy agradable para descansar por la noche, pero los peces se habrían asustado si una persona se hubiera unido súbitamente a ellos.

Los mayores no suelen nadar para divertirse, como lo hacen los niños, seguramente porque no tienen muchas ocasiones. Me habían dicho que en Roma —y más tarde tuve la oportunidad de verlo con mis propios ojos— ir a los baños era una parte importante de la jornada. Pero su modalidad de baño no era ni un deporte —como hubiera sido para los griegos— ni una simple diversión, como hubiera podido ser para los niños. Los romanos habían conseguido convertir los baños, como todo lo demás, en un hervidero de intrigas y chismorreos políticos.

Pero va basta de hablar de los romanos. ¿Por qué permito que turben mis recuerdos de aquel crepúsculo en el Alto Egipto? Me acuerdo que esperé en silencio la salida del lucero de la tarde. Al verlo me levanté del banco y me acerqué al borde del estanque. Mis pies desnudos hicieron unos escarceos cuando avancé a través del agua de la crecida. Faltaban unos veinte palmos para llegar al punto donde el río y el estanque se juntaban. Me acerqué a las gradas que bajaban al agua donde los sacerdotes llenaban sus vasijas sagradas. Contemplé las oscuras y desconocidas aguas. No tenía ni idea de cuál sería la profundidad. Imaginaba que el agua me cubriría la cabeza, pero hacía tiempo que le había perdido el miedo.

Un pie y después otro. El agua estaba templada porque se había empapado de sol a lo largo de todo el día. Ahora era difícil saber dónde terminaba el aire y dónde empezaba la tierra pues la temperatura de ambos elementos era casi la misma. El dobladillo de mi fina y blanca túnica flotaba alrededor de mis piernas como un blanco nenúfar. Bajé otra grada; ahora el agua me llegaba a las rodillas. Los escarceos se propagaron por toda la superficie del estanque hasta los más alejados rincones, sin hacer el menor ruido.

Seguí bajando hasta que las cálidas aguas me acariciaron los hombros tan suavemente como el delicado toque de Carmiana. Qué sensación tan profunda de calma.

Cerré los ojos y respiré hondo. Mañana, mañana pensaría en la inundación, en el pueblo, en los impuestos en la ayuda a los oprimidos. Pero ahora necesitaba no pensar en nada, nada, nada...

Me aparté de las gradas y permanecí suspendida en el agua. Era profunda; incliné los dedos de los pies hacia abajo y no sentí nada debajo de ellos, ni siquiera un indicio de fondo. Moví los brazos para nadar lánguidamente y mantenerme a flote. Sólo deseaba flotar, ir a la deriva, abandonarme al silencio.

Había oscurecido, y una estrella estaba apareciendo en el ciclo. *En* cuestión de unos instantes no podría ver el borde del estanque ni saber a qué distancia me encontraba de él. A mi alrededor aún podía ver el blanco de mi túnica mojada agitándose en el agua, pero muy pronto dejaría de verlo. Nadie podía alcanzarme, nadie podía verme, nadie sabía siquiera que estaba allí.

Tendría que regresar a la seguridad mientras aún pudiera orientarme, pero seguía flotando en las tibias aguas, dando vueltas muy despacio, sintiéndome tan ingrátida como una pluma. Ingrátida, eso era lo que yo quería ser. Pastaba cansada del peso del reino, cansada de soportar algo que a mí se me antojaba una carga para diez hombres. Había querido ayudar a César a llevar el peso del mundo. «Es demasiado para un hombre —había pensado—. Déjame ayudarte a llevarlo.» ¡Qué insensata había sido! ¿Como me ofrecía a ayudar a César a llevar el peso del mundo si apenas podía con el de Egipto?

Pero sólo tienes veintidós años, me decía una voz interior. Y Egipto no es un país cualquiera sino uno de los más grandes y ricos del mundo. Y los dioses no han sido benévolos con Egipto desde que tú ascendiste al trono; han enviado el hambre y ahora una inundación. Y estamos sufriendo las consecuencias de la guerra...

Silencio, le dije a la voz. Los fuertes buscan más fuerza, los débiles buscan excusas. La verdad es que cualquier país resulta más difícil de gobernar de lo que parece a primera vista. Hasta una pequeña aldea tiene sus dificultades. Nada es fácil.

En el interior del cercano templo vi un parpadeo de luz. Estaban encendiendo unas antorchas y los reflejos del fuego danzaban en el agua. Las gruesas columnas de piedra arenisca despedían un suave brillo. Vi las siluetas de unas negras figuras moviéndose entre las columnas y, a pesar de la distancia, aspiré el dulce perfume del incienso de alcanfor. Los sacerdotes estaban preparando la estatua del dios para depositarla en su sagrario de reluciente piedra negra donde pasaría la noche.

A lo lejos oía también unos leves gruñidos y resuellos. ¡Los cocodrilos sagrados! Su estanque se encontraba al otro lado del templo, rodeado por unas resistentes vallas... si no recordaba mal. Pero cuando el río creciera... ¿no escaparían los cocodrilos? Para ellos sería una bendición, y sin duda le darían gracias al Nilo por su gentileza.

Nadé en silencio hacia la esquina más alejada del estanque para acercarme a las gradas del otro lado. Choqué con ellas y me senté en una que casi me permitía permanecer sumergida. Ahora que había encontrado el camino de la seguridad, no me apetecía abandonar del todo las aguas. Podía quedarme todo el tiempo que quisiera.

Había anochecido por completo cuando finalmente subí las gradas chorreando agua cual si fuera la hija de un dios marino. Ahora el frescor y la ligereza del aire se me antojaban extraños; el agua me parecía más natural.

Sí, hacía fresco allí afuera. Me estremecí al pensar en el largo camino que tendría que recorrer para regresar a la ciudad, pues ni siquiera llevaba un manto. Durante el día hace tanto calor en el Alto Egipto que a veces uno no piensa que no siempre estará a gusto con los finos tejidos de lino, y es fácil que se olvide de llevar alguna prenda de más abrigo.

A pesar de todo me alegraba de sentir un poco de frío y conocer la

sensación que debían de experimentar aquellos de mis súbditos que no podían permitirse el lujo de tener un manto. Me han dicho que es muy frecuente compartir un manto. Uno se queda en casa, en la cama, mientras el otro sale. ¿Cómo debe de ser eso? ¡Y Egipto es el país más rico del mundo! Dicen que la miseria de los pobres de Roma es indescriptible.

Pero no quiero pensar en Roma ahora, me dije severamente. No. Ahora no. Está muy lejos y puede que jamás la vea.

Ahora sólo quedaba una estrecha franja de camino seco entre el río y el estanque sagrado; mientras nadaba, el río había crecido en silencio. Chapoteé en el agua, levantando olas y salpicaduras. Volví a sentirme una niña que jugaba en lugares prohibidos y saltaba en los charcos sin pensar en Roma ni en los mensajes diplomáticos.

Mi idilio terminó cuando llegué a la casa del administrador de la aldea. Me estaban esperando: Senenmut, el secretario; Ipuy, el funcionario del distrito; e incluso Mereruka, el gobernador de la jurisdicción administrativa. La casa vallada, la más lujosa de la aldea, tenía unas dimensiones que a duras penas permitía que todos ellos permanecieran cómodamente sentados en el jardín, donde estaban jugando una partida de un juego de tablero que se llamaba «la serpiente», a la luz de una lámpara humeante. Al verme entrar, todos se pusieron en pie de un salto y Mereruka dijo farfullando:

— ¡Traed una manta! ¡Una manta para la Reina! —Después soltó una risita—. ¿Que ha ocurrido? ¿Has tenido un accidente en el Nilo?

Era evidente que temía el castigo que se le impondría en caso de que yo me muriera dentro de los límites de su jurisdicción.

Sacudí el cabello todavía mojado.

— No. —¿Y si se lo dijera?—. He estado nadando. Ha sido delicioso... todas mis preocupaciones se han desvanecido en el agua.

— ¿En medio de la oscuridad? —preguntó Senenmut—. ¿Y con los cocodrilos?

— No con los cocodrilos —le asegure—. Están cercados por sus vallas aunque los he oído moverse.

— ¿Pues dónde? —inquirió Mereruka.

— En un lugar secreto —contesté, echando mano de mi tono más autoritario—. Y vosotros, mis buenos ministros, ¿que habéis estado discutiendo aquí, en la oscuridad?

Ahora me tocaba a mí hacer las preguntas.

— Un poco de esto y un poco de aquello —contestó Ipuy.

— En otras palabras, una mezcla de chismorreos y de asuntos de gobierno —dije.

Mereruka me miró sonriendo.

— ¿Hay algún asunto que no vaya acompañado de chismorreos? Me gustaba aquel hombre con su ancho rostro de campesino del Alto Egipto. No creía posible que alguna vez sintiera la tentación de abandonar su lugar natal; probablemente su familia llevaba viviendo allí desde la época de Ramsés II.

— No —reconocí—. Los asuntos no son más que un reflejo de la personalidad de un hombre, y su personalidad es lo que se presta a los chismorreos. Hablamos de la desmedida afición de un hombre al vino o de su pelea con su hermano, pero no de su manera de llevar los libros mayores.

— Hablando de vino... —Mereruka le indicó por señas a un criado que me sirviera una copa.

A la trémula lux de las antorchas distinguí un joven espigado que sostenía una reluciente copa de cerámica verde—azulada.

Al cogerla sentí el frescor de la copa en mi mano. Aquella región era famosa por su alfarería. Qué insólito era para mí estar sentada entre amigos y que alguien dijera «Hablando de vino...» en lugar de las habituales fórmulas que usamos en la corte. Ellos no conocían las frases y los rituales prescritos... ¡gracias fueran dadas a los dioses!

— Mañana tendremos que iniciar la evacuación —dije. Confieso que lamenté estropear la despreocupada atmósfera del momento mientras todos permanecíamos sentados alrededor del estanque del jardín, donde las sombras de los peces se movían en el agua. Yo aspiraba la intensa fragancia de los lotos del estanque mientras arriba las hojas de las palmeras susurraban dulcemente. Pero también oíamos un coro de ranas anunciándonos la cercanía de las aguas del río —. ¿Ya se han tomado todas las disposiciones necesarias?

— Sí —contestó Ipuy—. Y ya se han secado los adobes para la construcción de las nuevas casas y los almacenes. El ganado ya ha sido trasladado. Hemos abierto un camino que servirá para el transporte de todo lo necesario. Me temo que el único lugar seguro para construir será la arena.

— En cuanto a los cereales... —La voz de Mereruka se perdió sin acabar la frase—. Cuando se nos terminen...

— Tenemos guardias que impedirán que la gente los robe durante el transporte —se apresuró a decir Ipuy—. Pero aunque los racionemos, no durarán más de tres meses.

— La Corona proporcionará los víveres necesarios —les aseguré.

Los importaría de cualquier lugar donde pudiera encontrarlos... pagando sin duda precios exorbitantes. Tendría que sacar el dinero del impuesto del cincuenta por ciento de la importación de aceite de oliva. Y si no fuera suficiente, tendría que echar mano del impuesto del treinta y tres por ciento que el gobierno recibía de los higos y el vino, lo cual vaciaría el tesoro real. Pero no podía volverles la espalda diciendo: «Pues ya os podéis morir de hambre. Así os libraréis de seguir pagando los impuestos sobre los cereales.» Es posible que algunos faraones y Lágidas lo hubieran hecho, pero yo no podía.

¿Qué pensaría César de mi decisión? En Roma estaban más acostumbrados a mantener a los pobres; miles de personas recibían cereales gratuitamente. Pero ¿qué más daba lo que él pensara? Tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Al día siguiente la aldea iniciaría su desplazamiento a terreno más elevado y se terminaría mi misión ceremonial. Entonces me iría a otra aldea y a otra... Nilo arriba y Nilo abajo. Después regresaría a Alejandría para ponerme al corriente de las noticias del mundo exterior.

«Aquí es fácil olvidar su existencia», pensé. Las familias como la de Ipu y habían visto ir y venir a los faraones, los nubios y los persas, y probablemente les era indiferente quién ciñera la corona del Alto y del Bajo Egipto. El resto del mundo —Asiría, Babilonia, Grecia— tenía para ellos tan escasa importancia, como el cuento de una vieja.

Sentí una punzada de envidia al pensarlo. Habían vivido en unas verdes y cálidas entrañas, protegidos de cualquier intromisión. Sin duda hubo un tiempo en que mi madre me proporcionó un pequeño mundo tan cerrado como aquél, en el que todo fluía plácidamente y sin sobresaltos. Pero el detalle más revelador era que yo no lo recordaba. No había durado mucho.

Por muy extraño que parezca el simple hecho de que yo lo cuente aquí, en aquel preciso instante experimenté el profundo anhelo de volver a verla, hablarle y acariciar sus manos. ¿Por qué entonces? No puedo explicarlo. Sólo me sorprende que aquel anhelo me invadiera estando yo acostada sola en una estancia superior en mitad de la noche, en una remota aldea del corazón de Egipto, unos diecinueve años después de que ella me sostuviera por última vez en sus brazos.

En la brumosa y dorada luz de las primeras horas de la mañana observamos que ya casi no se veía la hilera de estacas que se habían clavado en la orilla del río; el Nilo se había ensanchado cinco o seis palmos más. Ya era hora de buscar un terreno más elevado. Todo estaba a punto. El pasado se desvaneció con la luz matinal y mis recuerdos y deseos perdidos se disolvieron en la niebla de las necesidades presentes.

Me pasé casi dos meses junto a la orilla del río. Subimos hasta Asuán y yo repetí en parte mi viaje con César. Desde la cubierta de mi embarcación vi el templo donde los rasgos de su rostro se habían grabado en la espalda de Amón; y cuando llegamos a la Primera Catarata, vislumbré el templo de Isis donde ambos nos habíamos intercambiado unas promesas... no sé muy bien de qué. Pero no entré en el templo. Te pido perdón, Isis. Entonces pensaba que jamás entraría ni volvería a pisar aquel lugar sin que él estuviera a mi lado. Imaginaba que él regresaría a Egipto muchas veces.

Sí, imaginaba muchas cosas y soñaba muchas cosas... y todas me han sido negadas. Pero entonces yo creía que si deseabas algo con toda tu alma lo recibirías... siempre y cuando los dioses lo permitieran.

Otra vez Alejandría. ¡Qué blanca se veía desde lejos! ¡Qué inmensa! ¡Qué populosa! Qué resplandeciente sobre el fondo aguamarina de las olas del

Mediterráneo... tan distinto de los pardos y los verdes de las aldeas del Nilo. ¡Mi Alejandría!

El palacio, o más bien el recinto del palacio, con todos sus múltiples palacios, templos y plazas de armas... parecía una morada de los dioses, un lugar vedado a los simples mortales. Había visto cómo vivía la gente corriente en sus casas encaladas de adobe, con sus pequeños jardines cerrados y sus diminutos estanques ornamentales. De repente, mientras entraba en mi propio palacio y en mis aposentos, me sentí como una exploradora en un reino extraño. Qué vastas y relucientes eran las salas... las puertas eran más altas de lo que hubiera podido necesitar una jirafa para cruzarlas... después, tal como siempre ocurre, todo me volvió a resultar conocido y ya no pude verlo con los ojos de una extraña. Allí estaba mi viejo armario de afeites de madera de ébano con sus figuras incrustadas de patos de marfil junto al tirador. Pero al ver todo aquello, vi también todas las veces que lo había visto, lo cual significaba que ya formaba parte de mí misma...

Sacudí la cabeza para despejarme la mente. Ya estaba otra vez en casa, eso era todo. Pero por un instante mi casa me había parecido distinta. Me pregunté cuánto tiempo tendría uno que permanecer ausente para no sentirse en casa a la vuelta. ¿Diez años? ¿Veinte?

Encontré una carta de César, escrita durante su estancia en Roma. Había tardado casi dos meses en llegar. Era tan breve e impersonal como sus *Comentarios*. No podía esperar de él ni cartas de amor ni ningún otro escrito que yo pudiera conservar con afecto o sobre el cual pudiera meditar. «Saludos a la más alta Majestad, la Reina Cleopatra de Egipto —decía—. Me complace recibir la noticia del nacimiento de tu hijo. —¡Mi hijo... no nuestro hijo!—. Deseo que viva y prospere y tenga un reinado de grata memoria. —¿Quería decir con eso que me aseguraba la continuidad del trono de Egipto, que Roma garantizaría nuestra independencia?—. Que su nombre sea grande en los anales de vuestra historia. —¡Su nombre! ¿Se había enterado César de la cuestión de su nombre? Cabía la posibilidad de que aquella carta hubiera sido escrita antes de que hubiera llegado a Roma la que yo le había escrito, explicándoselo todo—. Me encuentro aquí en Roma ocupado en varios asuntos que se tienen que resolver. Sólo dispongo de unos días pues debo zarpar rumbo a Cartago para librar la última batalla contra las fuerzas rebeldes de Pompeyo. Se han reunido en el norte de África y las tengo que perseguir. —Qué propio de él no revelar ningún detalle de su estrategia. Sólo los dioses sabían cuántos ojos habrían leído aquellas palabras antes de que llegaran a los míos—. Cuando todo eso termine, te mandaré llamar y rezo para que tus deberes en Egipto te permitan reunirme durante algún tiempo conmigo en Roma. Tu... Cayo Julio César.»

¡Mis deberes! Si él supiera cuán duros habían sido, si supiera que aún no habían terminado. Me mandaría llamar a Roma... «durante algún tiempo». ¿Lo decía para que yo me tranquilizara y no pensara que me iba a exigir que abandonara mis deberes por él? ¿Reconocía que yo no era simplemente una mujer libre de irse cuando quisiera? ¿Ú acaso me quería advertir de que su vida en Roma era tan exigente que apenas disponía de tiempo y jamás podría repetir

su conducta de Egipto? Y había firmado «tu» César. ¡Que los espías lo vieran y murmuraran!

Estaba contenta. Todo iría bien. No hubiera sido prudente que César dijera algo más, y esta vez no hubiera podido decir más de lo que había dicho. Ambos teníamos batallas que combatir y muchos asuntos que resolver en nuestros respectivos países.

Me encontraba en uno de los grandes almacenes gubernamentales de los muelles. Era un enorme edificio casi tan grande como un templo. Hileras y más hileras de ánforas —redondas y barrigudas, llenas de aceite de oliva— descansaban sobre sus lechos de paja. Parecían una concentración de ciudadanos orondos, bajitos y acaudalados, y eso eran en realidad. Cada ánfora, importada de la península Itálica, de Grecia o de Ultime, llenaría las arcas de mi tesoro. Los mercaderes tenían que pagar un impuesto del cincuenta por ciento sobre las importaciones de aceite de oliva, y Egipto funcionaba con aceite de oliva.

Era lo que todo el mundo usaba como combustible de las lámparas y lo que utilizábamos en la cocina. Había otros aceites —de ricino y sésamo, de linaza, de cártamo y de coluquintida—, pero su uso era limitado y ninguno se podía comparar con el aceite de oliva.

— Quiero que me mostréis vuestros libros para ver qué aranceles se han cobrado por estas importaciones —dije—. Os felicito por el orden y la pulcritud del almacén.

— El propietario pone en ello especial empeño —dijo el hombre—. Es muy diligente. Creo que si atrapáramos aquí un solo ratón... —Hizo una mueca—. Por eso tenemos tantos gatos —añadió, señalando con la mano los sacos de cereales almacenados al otro lado.

Sólo entonces vi los gatos, sentados por todas partes como estatuas de Bast. Los ratones. El despacho que yo había recibido la víspera me había informado sobre el comienzo de una plaga de ratones en el Alto Egipto. Sí, tendríamos que prestar servicios de asistencia. Habría que echar mano del dinero de los impuestos.

Me horrorizaban las cuentas. Tengo buena cabeza para las matemáticas y me gusta jugar con los números... hasta cierto punto. Pero necesitaba urgentemente un ministro de Finanzas. Mardo no podía desempeñar al mismo tiempo las tareas de principal ministro del Reino y funcionario encargado de asuntos económicos.

— ¿Quién es el propietario? —pregunté.

Debía de ser un maniático del orden.

— Epafrodito, del distrito del Delta de la ciudad —me contestó el hombre.

— ¿Del Delta? ¿Entonces es un judío?

— Sí. Su nombre hebreo es Ezequías.

— ¿Tiene capacidad para las cuentas y los números?



— Una capacidad extraordinaria. Majestad. Es capaz de aclarar las cuentas más enrevesadas. Y jamás le he visto cometer el menor error en sus sumas y sustracciones. Es honrado a carta cabal. Quiere que sus mercaderes limpien las básculas al principio y al final de cada día. Y él mismo proporciona las pesas para que no las cambien por otras. Una vez, al descubrir que el patrón de un barco había cometido una estafa en el inventario de un cargamento de estaño lo entregó inmediatamente a los ancianos para que lo sometieran a juicio. Puesto que Yavé, su dios, dice que el engaño con las pesas y las medidas es una abominación a sus Ojos, ya te puedes imaginar lo que le ocurrió al patrón del barco. Desde entonces no ha vuelto a haber inventarios fraudulentos.

— ¿Y si yo mandara llamar a este... Ezequías...?

— En primer lugar, no te estaría permitido llamarle Ezequías. Los gentiles tienen que usar su nombre griego.

Me fui firmemente decidida a hablar con aquel Epafrodito. A lo mejor su Yavé me proporcionaría justo a la persona que yo estaba buscando para ocupar el cargo de ministro de Finanzas. Cuando estamos preparados, los dioses nos envían lo que necesitamos.

Ezequías —es decir, Epafrodito— se declaró dispuesto a reunirse conmigo. Estaba muy ocupado, dijo, pero quizá podría encontrar una hora al mediodía antes del comienzo de los festejos de la muerte de Adonis.

¿Se estaría burlando de mí? Tales festejos eran una muestra de impiedad o un objeto de sofisticada burla, según se tratara de judíos piadosos o sofisticados. Su altiva respuesta daba a entender que era uno de aquellos judíos que no apreciaban el gobierno de los Lágidas, a pesar de que, como grupo, habían prestado su apoyo a César en la reciente Guerra Alejandrina. Decidí no hacer caso. Lo que a mí me interesaba era hablar con aquel hombre, no sus creencias o prejuicios.

Cuando se presentó con toda puntualidad a la hora convenida, comprobé con asombro que probablemente era el hombre más apuesto que yo jamás hubiera visto en mi vida, dejando aparte las estatuas y las obras de arte. ¿Qué esperaba? Supongo que una especie de topo que se pasaba las horas controlando las pesas, inspeccionando las medidas y examinando los libros mayores. Es posible que se dedicara a todas aquellas cosas, pero además tenía unos impresionantes ojos azules, tan azules como las aguas que rodeaban las rocas del puerto y tan claros como los más cristalinos bajíos iluminados por el sol. Su leonina melena de lustroso cabello negro enmarcaba un rostro muy semejante a un clásico retrato de Alejandro. Unos ropajes de color rojo rubí completaban su llamativa imagen.

Me lo quedé mirando embobada.

— Pensaba que serías un viejo —le solté.

— Tengo cuarenta y cinco años —me contestó en un griego tan perfecto como el de Atenas—. Tal vez te parezca un viejo pues tú sólo tienes veintidós... mi indulgente Majestad —añadió en tono despreocupado.

— Epafrodito —le dije sin dar crédito a mis ojos—, ¿es éste tu nombre?  
¿De dónde lo sacaste?

Me miró con semblante divertido.

— Me lo impuso mi madre. Majestad. Me temo que había leído demasiados poemas y libros. Significa «hermoso».

No quise hacer el comentario más obvio. Seguramente lo había soportado toda su vida.

— ¿Y qué significa Ezequías? —le pregunté—. Debes de saber que hablo el hebreo —añadí.

— Ah, ¿prefieres que mantengamos tratos en hebreo? —me preguntó. Tuve que mirarle a los ojos para darme cuenta de que estaba bromeando; el tono de su voz no me lo había dado a entender—. Ezequías significa «fuerza de Dios».

— No, no me interesa que hablemos en hebreo —le dije—. El mío es suficiente para mantener conversaciones diplomáticas y pronunciar discursos convencionales, pero tu griego es perfecto, como ya debes saber.

— Me dijeron que hablabas el hebreo —dijo—. Me extrañó. ¿Por qué lo aprendiste?

— Me gusta estudiar lenguas. Tengo una facilidad especial. Además, como reina, me resulta muy útil prescindir todo lo que pueda de los traductores.

— Sabia decisión. La gente siempre acentúa lo que le interesa y elige palabras que muchas veces reflejan sus propias inclinaciones. —Hizo una pausa—. Por ejemplo, si yo hubiera dicho «revelan» en lugar de decir «reflejan», la frase hubiera tenido un matiz distinto.

— Muy cierto. Y ahora, Epafrodito...

Le expliqué mis necesidades. Necesitaría ayuda inmediata; antes de poner en marcha los servicios de asistencia, se tendrían que ordenar todos los datos.

— Ésta es una tarea de dedicación exclusiva, Majestad —contestó sin vacilar—. Y yo ya tengo una. Mejor dicho, varias.

— ¿Y no la podrías aceptar con carácter provisional? ¡Es un caso urgente!

— ¿Cómo, así, sin previo aviso? ¿Tienes idea de cuáles son mis responsabilidades? El puerto tendría que paralizar sus actividades si yo abandonara repentinamente mi puesto. ¿Qué ocurriría entonces con tus impuestos? Tienes que buscarte a otro.

— ¡Te lo ruego! Ayúdanos aunque sólo sea a revisar los libros. Buscaré a otro que se encargue de lo demás.

A lo largo de toda nuestra conversación, Epafrodito había permanecido de pie. Los ropajes le caían en rectos pliegues hasta los pies, calzados con unas costosas sandalias de piel de gacela. Todo era en él impecablemente comedido y sereno.

— No —añadí—, no espero que asumas esta responsabilidad sin previo aviso. Pero quiero que la persona más preparada del Reino esté al frente de una de sus más importantes tareas. Siempre me entristece —habría podido decir «me divierte» si no se tratara de algo de importancia tan vital— que los súbditos quieran tener unos gobernantes sabios, bondadosos y honrados, ¡pero después prefieran ministros incompetentes y necios! Se quejan constantemente de que su gobernante se rodea de personas de segunda categoría, pero cuando se nombra a alguien de primera categoría, éste se inventa rápidamente una excusa y regresa a los asuntos de su familia. Si los ministros de tu gobernante son de inferior categoría, la culpa es sólo tuya.

— Yo no soy el único hombre del Reino que puede llevar con eficacia los asuntos —dijo con obstinación—. Y a lo mejor un alejandrino no es el hombre más indicado para llevar los asuntos de todo Egipto.

— ¡El dinero es el dinero! —contesté—. ¡Una dracma es una dracma tanto en Alejandría como en Asuán! —Estaba claro que no deseaba mantener ningún trato con mi gobierno—. No es porque tú seas alejandrino sino porque tú y tu pueblo estáis disconformes con mi gobierno. ¡Sé que no me apreciáis!

Por primera vez Epafrodito abandonó su indiferencia y manifestó una emoción.

— No, yo sí te aprecio. Es cierto que algunos judíos se sienten agraviados porque fueron excluidos de unos decretos especiales que favorecían a los griegos. Pero no cabe duda de que César —hizo una pausa para acentuar el nombre— fue generoso con aquellos que a su juicio fueron sus amigos en momentos de necesidad.

— ¡Yo también lo he sido! Y éste es otro momento de necesidad. La necesidad no se da tan sólo cuando hay batallas entre los hombres sino también cuando hay batallas entre los hombres y la naturaleza.

— Nos complacimos en ayudar a César.

¿Por qué tenía tanto empeño en subrayarlo? Su verdadera pregunta debía de ser: «¿Quién será nuestro auténtico gobernante, tú o César?» ¡Y estaba claro que prefería a César!

— Ayudándome a mí, manifiestas tu respeto hacia él.

Sacudió casi imperceptiblemente la cabeza.

— ¿Y eso?

— ¡Porque César combatió en una guerra para mantenerme en el trono! ¡Él quiso que yo fuera la Reina!

— Y eres la madre de su hijo.

¡Qué atrevimiento, hablarme a mí con semejante descaro!

— Sí. Y este hijo me sucederá como gobernante de Egipto. Ciertamente, César se mostrará muy complacido de que me ayudes... y de que ayudes a su hijo.

— Manda que lleven los libros a mi almacén —me dijo bruscamente, como si fuera un mercader cuyo precio hubiera sido aceptado y no quisiera prolongar los tratos por temor a que el otro cambiara de idea—. Les echaré un vistazo. No sé si te los podré devolver mañana.

Procuré que mi rostro no revelara mis pensamientos. ¡Mañana! Yo había calculado entre siete y diez días. ¡Nadie habría creído posible que se hiciera para el día siguiente! A excepción de César... y aquel Epafrodito, belleza—de—Afrodita —en—varón... Al final conseguiría que me sirviera el mejor, sin necesidad de llegar a ningún compromiso. Lo malo es que tales personas te malacostumbran para los demás, para cualquiera que posea cualidades meramente humanas.

— Te doy las gracias —le dije—. Los libros te serán enviados a la hora que tú digas.

Cuando abandonó la estancia con sus rojas vestiduras brillando bajo el sol del mediodía, me pregunté cómo se llevarían él y Mardo trabajando juntos.

Llegó el invierno con sus temporales marinos y sus tormentas. Yo celebré mis veintitrés años con mucha sencillez. Para mí eran mucho más importantes los seis meses de vida que aquel día cumplía Cesarión. Le había echado mucho de menos cuando estuve separada de él; ahora le miré mientras salía gateando de su estera para arrastrarse por el suelo de mármol de mis aposentos. Me pregunté qué fascinación debía de ejercer el hijo en una madre para que ésta gozara incluso con la experiencia de verle dormir... pero así era.

Las aguas del Nilo ya se estaban retirando, pero los daños eran todavía más graves de lo que habíamos previsto. Gracias a nuestra previsión y a la eficacia con que se llevaron a efecto los planes, la gente superó la prueba todo lo bien que cabía esperar. La crecida del Brazo Canópico del Nilo que tan cerca estaba de nosotros había inundado Canope y se había llevado por delante los famosos jardines del placer y los pabellones donde se servían bebidas, quizá junto con los hombres que los regentaban. No hizo falta que nadie los ayudara a reconstruir los emparrados del vicio; éstos son siempre los últimos lugares que se abandonan y los primeros que se reconstruyen.

Todo estaba tranquilo; todo estaba en orden.

Entonces se recibió el informe. Me lo entregó Mardo a última hora de una mañana de invierno mientras yo contemplaba cómo Cesarión desenrollaba un gran ovillo de lana, lo empujaba lentamente por el suelo y después se acercaba para examinar cuidadosamente cada vuelta.

Me alegré como siempre de ver a Mardo. Hay personas cuya naturaleza ejerce un misterioso efecto en la nuestra y cuya presencia siempre constituye un motivo de gozo. Así era Mardo, con su ancho rostro cuadrado, sus mordaces respuestas y sus agudos comentarios siempre a punto.

— Un informe —me dijo, entregándomelo.

Acto seguido se sentó en un cojín y dedicó toda su atención a Cesarión.

Era exactamente lo que estaba esperando con ansia. Mis agentes de Roma

habían conseguido averiguar detalles sobre la campaña de César en el norte de África, donde todavía se encontraba.

César había hedió la travesía con tan sólo seis legiones —cinco de ellas con soldados recién reclutados— y dos mil caballos. Después —¡malos presagios! — una tormenta lo había empujado hacia el norte y no había podido desembarcar donde él quería ni con todos sus hombres. Al llegar a la orilla, había tropezado y caído de bruces sobre la arena.

Lancé un grito sofocado. Mardo levantó la vista, sobresaltado.

Pero el informe añadía que César había tomado un puñado de arena y había gritado: «¡Ya te tengo, África!» Nunca había sido aficionado a los presagios, pero sabía que otros lo eran.

Las fuerzas enemigas —¡que sumaban nada menos que diez legiones!— estaban bajo el mando de Mételo Escipión, y la gente creía supersticiosamente que un Escipión jamás podría sufrir una desgracia en África, pues Escipión el Africano había infligido una derrota definitiva a Aníbal en aquel lugar. Otro factor contrario a César. Pero él había contraatacado incorporando a su ejército a otro Escipión, un oscuro miembro de aquella misma familia.

Todos los antiguos partidarios de Pompeyo se habían reunido para resistir juntos: los dos hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, y también el severo y fanático republicano Catón. Escipión había adoptado la escandalosa decisión de aliarse con Juba, el rey de Numidia, o más bien de ponerse a sus órdenes. Un romano al servicio de un rey extranjero era algo inaceptable. Juba aportó a la contienda elefantes de guerra, tropas de caballería y cuatro legiones. El total de tropas de caballería bajo el mando de los rebeldes era de quince mil hombres.

Puesto que no se esperaba la travesía de César en invierno, el enemigo le permitió desembarcar sin ningún contratiempo. Sin embargo, César no tardó en descubrir que una de sus dificultades sería conseguir víveres. A pesar de su inferioridad numérica, su intuición lo indujo a forzar una batalla cuanto antes...

Volví a soltar un grito ahogado, y Mardo se me quedó mirando. ¿Por qué me miraba de aquella manera, como si estuviera esperando que llegara a la parte más horrible?

— ¿Ha muerto? —le pregunté de repente—. ¡No soporto estar aquí leyendo todo eso que antecede al final, mientras tú esperas a que lo lea!

— No, señora —contestó Mardo—. Ni siquiera ha resultado herido.

— ¡Pues entonces te ruego que dejes de mirarme con esta cara tan expectante!

Volví al informe.

Catón había aconsejado al ejército de Pompeyo que evitara una batalla inmediata, sabiendo que el paso del tiempo lo fortalecería pues tenía todos los almacenes de víveres y las rutas de transporte bajo su control. Los caballos de César ya estaban siendo alimentados con algas marinas lavadas en agua dulce.

César organizó una expedición para conseguir víveres y forraje, pero las fuerzas enemigas les tendieron una emboscada y sólo gracias a la clásica táctica militar consistente en colocar líneas alternas de cohortes mirando en todas direcciones, para que todos los costados quedaran cubiertos, consiguieron escapar al amparo de la noche y regresar a su campamento. El combate constituyó un revés... el primero que sufría César desde Dirraquio con Pompeyo.

Y allí estaban, esperando la llegada de las restantes legiones de César, atrincherados en Ruspina, en una meseta que miraba al mar.

— O sea que está esperando —dije—. No se ha decidido nada.

— No —dijo Mardo—. No se ha decidido nada.

Sólo quedaban unas cuantas líneas en las que se explicaba que César se había aliado con Boco y Bogud, los dos reyes de Mauritania, para atacar a Juba. Se decía que había castigado públicamente a Escipión por haberse humillado y servido al rey africano Juba, recibiendo órdenes de éste y temiendo vestir en su presencia su capa púrpura de general romano. Escipión había replicado diciendo que César se había acostado con Eunoe, la mujer de Bogud, poniéndole los cuernos a su propio aliado militar.

— ¿Cómo? —grité. Mardo volvió a levantar bruscamente la cabeza. Ahora ya sabía por qué me miraba—. ¿Es eso cierto? ¿Es verdad lo de César y Eunoe? —pregunté, levantando involuntariamente la voz.

«Domínate», me dije.

— Yo... no... —tartamudeó Mardo.

— ¡Sé que lo puedes comprobar! ¡Tú y tu red de espías!

— Yo... no lo sé con certeza, pero mis primeras informaciones dicen que sí, que es cierto.

En aquel momento, Cesarión arrojó el ovillo de lana bajo la mesa y gateó resueltamente hacia él. Jamás podré describir el dolor que sentí mientras lo miraba.

— Otra reina —dije finalmente—. Veo que les ha cogido el gusto a los lechos de las reinas.

Apenas podía hablar. Apenas podía respirar. Pero lo hice. Y no levanté la voz ni permití siquiera que me temblara.

— Ya puedes retirarte, Mardo —dije—. Te agradecería que averiguaras exactamente lo que ocurre. Sé que siempre me puedo fiar de ti.

Me levanté rápidamente y abandoné la estancia.

Necesitaba estar sola. Experimentaba la sensación de haber recibido un fuerte golpe con un pesado tronco en la boca misma del estómago. Las nubes se perseguían en el cielo como demonios que hubieran escapado atropelladamente de una cueva. Si hubiera sido de noche, habría podido correr las cortinas y permanecer varias horas sin que nadie me molestara. ¡Maldito fuera el día, con

sus idas y venidas y sus constantes asuntos! Entré en la cámara interior. Allí estaba Carmiana. Le indiqué por señas que se retirara, pues temía que en cuanto me viera la cara o me oyera hablar se daría cuenta de que algo había ocurrido. Y entonces tendría que dar explicaciones. Y yo no deseaba hablar; sólo quería sentir.

Aquella era la estancia donde habíamos pasado tanto tiempo juntos. Todos los muebles me hacían evocar algún recuerdo o alguna esencia suya. Ahora cada uno de ellos me dolía. Es lo que ocurre cuando muere alguien; los objetos inanimados que ha tocado el ser querido nos hieren. Lo que tendría que ser un consuelo nos produce más dolor. Las cortinas que él apartaba para contemplar el puerto, la mesita donde a menudo apoyaba la mano, el mosaico que tanto admiraba, la lámpara que encendía para examinar sus pergaminos... todos aquellos objetos se abalanzaban sobre mí como una banda de malhechores dispuestos a causarme daño.

Hubiera sido inútil decirme que era sólo un rumor. Yo sabía en lo más hondo de mi corazón que era cierto. César no había cambiado. Era el mismo de siempre.

Había sido una insensata pensando que cambiaría. Había llegado a creer que su estancia en Egipto lo había transformado. Pero no era así.

Eunoe. ¿Que clase de nombre era aquél? Parecía griego. Pero era la esposa de un mauritano. ¿Una mora? ¿Una bereber? ¿Era mayor? ¿Era joven? ¿Y qué hacía con su marido en el campamento?

«Lo más triste —pensé— es que yo lo crea. En este sentido yo también lo he traicionado a él.»

Permanecí de pie junto a la ventana, contemplando cómo las nubes de tormenta se desplazaban hacia el mar. Cogí un extremo de las cortinas y lo estrujé en mis puños. Mis manos hubieran deseado que fuera su carne y no las transparentes cortinas. No sabía si quería arañarlo o acariciarlo. Me aparté de la ventana y me dejé caer sobre unos almohadones. Me sentía agotada. Una espesa neblina me agobiaba y envolvía como un manto. Permanecí inmóvil y cerré los ojos. Si hiciera un esfuerzo de voluntad, todo aquello desaparecería. Transcurrieron unos minutos o quizás unas horas, pero cuando abrí de nuevo los ojos, el pensamiento que yo aborrecía seguía allí.

ALEJANDRÍA brillaba bajo el sol, vigorizada por las brisas marinas. Estaba preciosa a principios de junio.

La reconstrucción había seguido un ritmo muy rápido y se habían reparado buena parte de los daños de la guerra. Mardo y Epafrodito habían llevado muy bien las cosas, a pesar de que se habían producido entre ellos algunas disputas por el poder... Mardo estaba ofendido por las intromisiones de aquel recién llegado, y Epafrodito no quería ocupar el segundo lugar.

Yo había hablado primero con Mardo y había escuchado pacientemente su lista de agravios por tener que trabajar con Epafrodito: su arrogancia, su empeño en hacer las cosas a su manera, la imposibilidad de localizarlo en determinados momentos debido a sus restantes actividades. Traté de tranquilizarlo, Epafrodito estaba allí para aliviar su carga y para que él estuviera libre para entregarse a otros asuntos de estado más importantes.

— ¿Libre? —replicó Mardo, soltando un resoplido—. ¿Y cómo puedo ser libre si él impone sus horarios a todo el mundo?

Lancé un suspiro. Sabía que Epafrodito tardaría algún tiempo en apartarse de sus restantes actividades y que si Mardo le hacía la vida imposible, la tarea de trabajar en el palacio no sería muy placentera.

— Dale tiempo —le dije—. Es un hombre muy obstinado.

— ¡Si lo sabré yo! ¡No comprendo cómo es posible que te hayas emperrado tanto en tenerlo aquí!

— Es en interés de los dos —contesté—. Tú no deberías dedicar más de un cuarto de tu tiempo a los asuntos económicos. —Hice una pausa—. Has obrado prodigios en la reconstrucción de la ciudad —añadí—. Estoy asombrada. Muy pronto se habrán borrado las huellas de la guerra.

— No del todo —dijo él—. Siempre estará Cesarión para recordarnos lo que ocurrió.

Asentí con la cabeza.

— Sí, lo sé, aunque a veces no me parece verdad.

Las tensiones se fueron suavizando y todos asumimos nuestras distintas obligaciones en palacio. A mediados de junio se recibieron noticias de la campaña de César. Mardo se presentó con los primeros informes.

— Cuéntame —le dije.

Necesitaba saber todo lo que en ellos se decía.

— Ha ganado, mi señora —me contestó—. Ha ganado.



El relato figuraba en todos los rollos, y yo me pasaba horas y horas leyéndolos una y otra vez. Aquella guerra había puesto a prueba todo el ingenio y la habilidad de César, pues Labieno, uno de sus mejores lugartenientes en la guerra de las Calias, se había pasado a los rebeldes. Él era quien dirigía su estrategia y sus tácticas; él era quien mejor conocía la manera de pensar de su antiguo comandante y podía anticipar sus movimientos. Labieno sabía que a César le gustaba atacar con rapidez y combatir en batallas campales. Y se había pasado cuatro meses obstaculizando los intentos de César de hacerlo. Por su parte, César no conseguía atraer a ninguno de los bandos a la batalla y tenía dificultades para alimentar y pertrechar a sus hombres.

Al final, gracias a su propia inteligencia, César consiguió engañar al enemigo cerca de la ciudad de Tapso. La ciudad estaba situada en un istmo y César se acercó a ella con todo su ejército, como si pretendiera sitiaria, convirtiéndose de este modo en una fácil presa para sus enemigos, que creyeron haberle capturado. Pero en realidad fue él quien los capturó a ellos. Estos dividieron sus fuerzas para atrapar a César. En su flanco occidental se atrincheró Escipión con sus legiones y sus elefantes; en el oriental lo hicieron Juba y Afranio. Entre ellos, como una valiosa pepita de oro, estaba César formando un solo cuerpo con todo su ejército. El enemigo ocupaba un territorio muy estrecho en el que resultaba muy difícil el despliegue de fuerzas y la caballería tropezaba con especiales dificultades. Al parecer no se dieron cuenta de que ahora estaban divididos y al descubierto en un campo de batalla inadecuado para sus fuerzas. Por el contrario, estaban convencidos de tener acorralado a César en aquel estrecho istmo.

Mientras Escipión se atrincheraba y acercaba sus líneas, César dejó dos legiones para guardar la ciudad de Tapso (cuyos habitantes estaban muertos de miedo en el interior de las murallas) y su retaguardia con Juba y Afranio, y se fue con el resto de su ejército a combatir contra Escipión. Desplegó sus mejores cuatro legiones contra las dos alas de elefantes, respaldado por la Cuarta, especialmente adiestrada en la tarea de aterrorizar a los elefantes y hacer que éstos se revolvieran contra sus amos. De igual modo, las restantes legiones estaban adiestradas para no retroceder ante un ataque con elefantes.

Las tropas estaban más ansiosas de trabar combate que el propio César; los meses de humillante inactividad y de dificultades las habían enloquecido, y César ya casi no podía contenerlas; se lanzaron contra el enemigo casi antes de que él diera el grito de batalla de *Felicitas!* y se pusiera al frente de la carga. La Legión Quinta, junto con los honderos y los arqueros, rompió el ala izquierda de los elefantes, provocando una estampida de los animales contra sus propias líneas; el resto del ejército dio inedia vuelta y huyó. Al ver el derrumbamiento del ejército de Escipión, Juba y Afranio también huyeron. Fueron perseguidos por las enfurecidas tropas de César, que los mataron a todos pese a que se habían rendido suplicando compasión. César ya había perdonado previamente la vida a demasiados soldados enemigos. A los soldados se les dio muerte con clemencia, pero no así a su comandante.

Inmediatamente después de la batalla, César corrió a Utica, donde estaban

Catón y sus seguidores. Aquél era el lugar de reunión de los acaudalados senadores y los terratenientes que apoyaban la causa de Pompeyo. Sin duda los generales derrotados se refugiarían allí; César confiaba en atraparlos y en capturar también a Catón, su más implacable enemigo.

Pero Catón le privó de la oportunidad de mostrarle su clemencia. «No estoy dispuesto a estar en deuda con el tirano por sus ilegales acciones —dijo—. Actúa contrariamente a las leyes perdonando la vida a los hombres como si fuera su amo, siendo así que no tiene ninguna soberanía sobre ellos.» Tras lo cual, procedió a suicidarse de una forma extremadamente cruenta. Después de una cena con los amigos y de una lectura privada del diálogo de Platón sobre la inmortalidad del alma, introdujo secretamente una espada en su dormitorio y se la clavó en mitad de la noche. Su horrorizada familia y su médico lo descubrieron antes de que muriera desangrado. Le suturaron la herida y entonces, ante sus ojos, se la desgarró con sus propias manos de tal forma que le salieron las vísceras y murió recostado sobre unos almohadones.

El final de los demás fue tan espectacular como el de Catón. Juba quería inmolarsse —junto con su familia y sus súbditos— en una gigantesca pira funeraria de la ciudad; los ciudadanos no quisieron prestarle la ciudad con este fin y le negaron la entrada. Entonces Juba y su aliado Petreyo celebraron un fastuoso banquete funerario y después se enfrentaron en un duelo. Juba mató a Petreyo, y a continuación se hizo matar por su esclavo. Escipión huyó por mar y, tras ser capturado, se clavó el puñal en la cubierta del barco. Cuando se hallaba mortalmente herido y sus captores le preguntaron dónde estaba el comandante, les contestó, *Imperator bene se habet* («El general está bien, gracias») y después murió.

Labieno, Varo y los dos hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, huyeron a Hispania... sin duda para seguir luchando. Pero con la muerte de Catón, la República había desaparecido.

En cuestión de tres semanas —tres semanas cuya llegada largo tiempo esperada también tardó mucho en producirse— todo el norte de África había caído en manos de César. Este procedió inmediatamente a convertir el reino de Juba en la provincia romana de la Nueva África, repartiendo algunas partes del territorio entre los reyes mauritanos en recompensa por su ayuda.

Sólo Egipto seguía siendo libre. Todo el resto era ahora romano, conquistado por César.

Otras cartas contenían anécdotas relativas al comportamiento de César. En una de ellas se decía que en el transcurso de uno de los primeros ataques, en medio de una gran confusión en la que César estaba a punto de ser derrotado, al ver huir a uno de sus abanderados, lo agarró por los hombros, le dio la vuelta y le dijo con firmeza: «Esta es la dirección del enemigo.»

Al ser informado del suicidio de Catón, comentó: «Catón, te reprocho tu muerte pues me privaste del honor de salvarte la vida.» Por mi parte, yo me alegré de la muerte de Catón porque había sido el causante de la de mi tío en Chipre, diez años atrás. La muerte perseguía a la muerte; el suicidio daba lugar a otros

suicidios. Ahora todo aquello tendría que terminar.

Hubo otro informe según el cual César había llenado de regalos a Eunoe, la esposa del rey mauritano Bogud, y había recompensado generosamente a su marido por haber permitido que su mujer fuera su amante. Nada más. Ningún detalle.

Traté de seguir leyendo pero me dolía el corazón. Había abrigado la vana esperanza de que no se dijera nada al respecto para así poder rechazarlo como un rumor o una calumnia sin fundamento, propalada por Escipión.

Para animar a sus soldados, César jamás menospreciaba la fuerza del enemigo sino que más bien la exageraba. La vez en que sus tropas se asustaron ante el avance del rey Juba, hizo frente a sus temores de la siguiente manera: «Podéis creerme si os digo que el Rey estará aquí dentro de unos días al mando de diez legiones de infantería, treinta mil soldados de caballería, cien mil soldados con armas ligeras y trescientos elefantes. Por consiguiente, más os vale dejar de hacer preguntas y conjeturas. Yo os he expuesto los hechos que conozco.» Rendía homenaje a su valor exponiéndoles audazmente la situación, como si semejantes hechos no tuvieran la menor importancia para unos soldados tan valientes como los suyos.

Era tolerante con el previsible mal comportamiento de sus hombres y solía presumir diciendo: «Mis soldados combaten igual de bien cuando apestan a perfume.»

Siempre se dirigía a sus soldados llamándolos «compañeros» y les facilitaba unos espléndidos pertrechos... por ejemplo, armas con incrustaciones de oro y plata. Ello era una muestra de inteligencia por su parte, pues aumentaba la determinación de los soldados de no dejarse desarmar durante la batalla. Amaba profundamente a sus hombres y ellos le correspondían de la misma manera. Se ganó su aprecio, y este aprecio los convirtió en unos soldados extremadamente valientes. Tenía por costumbre perdonar la vida de todos los soldados enemigos capturados por primera vez; sólo cuando eran capturados por segunda vez ordenaba su ejecución.

Otras cartas se referían a los asuntos de Roma y al previsto regreso de César a la ciudad en el mes de Quintilis. Sólo que, en su honor, dicho mes ya no se llamaba Quintilis sino Julio, el mes en que había nacido Cayo Julio César. Sin embargo, a pesar de todas aquellas cartas y de todos aquellos informes, despachos y rollos acerca de César, yo no había recibido ninguna noticia suya directa. César guardaba silencio con respecto a mí y con respecto a Egipto.

Poco a poco seguían llegando las noticias. Las desorganizadas fuerzas de los seguidores de Pompeyo, maltrechas y aturdidas, se estaban reuniendo en Hispania, donde estaban a la orden del día las rebeliones y las manifestaciones de descontento. César tendría que trasladarse allí para acabar con ellas. Pero todavía no.

Al final llegó una carta de César, desde Utica, no desde Roma. Se encontraba todavía en nuestras costas. La cogí y me retiré a la parte más aislada

de mi terraza, sosteniéndola un buen rato en mi mano antes de abrirla.

Llevaba mucho tiempo esperándola, y ahora temía acabar con la incertidumbre. Pero al final rompí el sello y la leí.

*A la más divina y poderosa reina de Egipto, Cleopatra, saludos:*

*La guerra ha terminado y yo he salido victorioso. Fue una campaña difícil. Esta vez no pude decir veni vidi vici —llegué, vi y vencí—. Hubiera tenido que decir, llegué, vi, esperé, planifiqué, conquisté... una afirmación tan larga como la guerra. Pero lo que importa es el resultado final, el vici. El hecho de saber que Egipto estaba siempre en el este me infundía valor. Sabía que muy cerca de allí contaba con un aliado absolutamente fiel, lo cual no tiene precio.*

*Y ahora regreso a Roma, donde el Senado me ha reconocido el derecho de celebrar cuatro Triunfos seguidos: uno por mi victoria en la Galia, otro por Egipto, el tercero por el Ponto y el último por África. Los Triunfos se celebrarán en Sextilis. Roma jamás habrá visto nada igual. Te invito a venir y a compartir mi fiesta. Sería especialmente importante que estuvieras conmigo durante el Triunfo de Egipto para demostrar que derroté a tus enemigos y que tú eres una firme partidaria de Roma. Tu hermana Arsinoe desfilará como prisionera.*

*Te ruego que vengas con un séquito todo lo grande que tú quieras. Os acogeré a todos en mi villa del otro lado del Tíber, la cual tiene unos jardines muy amplios. Creo que el alojamiento te parecerá apropiado para una larga estancia. Estoy deseando volver a verte, y ver a tu muy real hijo.*

*Tu seguro amigo y aliado,*

*Cayo Julio César, Imperador*

Dejé colgando a un costado la mano que sostenía la carta. Decía mucho y decía poco. Cada frase se podía interpretar de distintas maneras. «Sabía que muy cerca de allí contaba con un aliado absolutamente fiel, lo cual no tiene precio...» ¿Qué era lo que no tenía precio, el hecho de saberlo o el aliado? «Creo que el alojamiento te parecerá apropiado para una larga estancia...» ¿Esperaba acaso que yo me quedara allí indefinidamente? ¿Por qué? En cuanto a la habilidad con la que manifestaba su deseo de ver a nuestro hijo, evitando legitimar su nombre por escrito...

¡No! ¡No pensaba ir! ¡No podía darme órdenes de aquella manera como si fuera un súbdito o un rey cliente!

«Y, sin embargo, eso es lo que eres, un súbdito, un monarca cliente que conserva el trono sólo porque Roma se lo permite. No eres distinta de Bocos de Mauritania ni de Ariobarzanes de Capadocia. El orgulloso reino de los Lágidas ha quedado reducido a eso. Pero por lo menos no ha sido reducido a una provincia

romana... Nueva África.»

Sus palabras contenían una amenaza no demasiado velada. Ven para demostrar que no eres enemiga de Roma, o tal vez me estaba diciendo —como un vigilante refiriéndose a sus perros— no sé si los podré dominar. Mejor que vengas.

Había prometido llevarme a Roma. Pero yo jamás habría imaginado que pudiera hacerlo de aquella manera... para rendir homenaje a sus conquistas.

Ya se me había pasado el enfado. Sabía que tendría que ir. No me importaba el significado de la carta. Lo importante sería lo que ocurriera cuando yo llegara allí.

Estaba claro que tendría que aprender latín. Si no pudiera entender lo que se decía a mi alrededor, me encontraría en una terrible situación de desventaja. Nunca lo había aprendido porque no era una lengua demasiado importante, y además todos los romanos cultos hablaban el griego. Pero, como es natural, en Roma hablarían en latín.

Le pedí a Mardo que me buscara un buen preceptor de latín y le dije que emprendería viaje a Roma en menos de un mes y que dejaría en sus manos todas las tareas de gobierno... con la ayuda de Epafrodito, naturalmente. Me miró con inquietud.

— ¿Y si César... y si quiere que te quedes allí?

— No seas ridículo. ¿Qué iba a hacer yo allí? Los Triunfos sólo durarán unas cuantas semanas, eso es todo.

— ¿Y si se divorcia de Calpurnia?

— ¿Y eso qué más da? Ya se ha divorciado otras veces.

— Sí, y se ha vuelto a casar. ¿Vas a... hay alguna posibilidad de que...?

— ¡Aunque me casara con él, yo no viviría en Roma como la señora de su casa!

— Eso es lo que hacen las mujeres en Roma.

— Las cosas están cambiando. Hay por ejemplo una revolucionaria llamada Fulvia, esposa de un político, que no se queda en casa en absoluto sino que sale a la calle para encargarse de sus asuntos. Servilla, la madre de Bruto, es muy influyente en el Senado. Pero no se trata de eso. Ellas son mujeres romanas con intereses romanos. Yo tengo que gobernar un remo que está aquí.

— Me temo que muy pronto los intereses romanos serían los tuyos, y tú serías devorada por ellos como si cayeras en un yacimiento de brea.

— Egipto es mi primer y único interés.

— ¿Lo sabe César?

— ¡Tiene que saberlo! ¡Lo vio con sus propios ojos!

— Puede que en Roma le parezcas distinta, un simple adorno real para su

casa.

— Yo no quiero ser ningún adorno de su casa ni que me coloquen en una hornacina.

— ¿Pues qué quieres entonces?

— Quiero ser su igual como gobernante o no ser nada.

Tenía muy poco tiempo para prepararme. Embarcaría en menos de treinta días. Treinta días para aprender latín, elegir a los miembros de mi séquito, prever las dificultades que pudieran surgir durante mi ausencia de Egipto y pertrecharme como si tuviera que emprender una campaña. Porque sería una campaña... una campaña para afianzar mi persona y mi país en Roma. Y también tendría que formarme una opinión sobre el comportamiento de los infames romanos en su propio terreno.

Puse metódicamente manos a la obra. Las clases de latín empezaron de inmediato. Me parecieron tremendas. Es un idioma muy difícil, pues casi todo está determinado por el caso o el tiempo de una palabra; el lugar de las palabras en la frase puede inducir a confusión. *Amicum puer vidit* y *puer amicum videt* significan «el niño ve a su amigo». O sea que uno podía colocar las palabras al azar como los cubos de madera de los niños e, independientemente del lugar que ocuparan, podía recrear la idea original a través de la forma de las palabras. Lo cual hubiera tenido que ser tranquilizador, pero no lo era, pues había que aprender una enorme cantidad de terminaciones de palabras.

Por lo menos, me aseguró mi preceptor, eso significaba que en latín no había dobles significados. Una palabra sólo podía significar una cosa. Sí, pero establecer lo que era esta cosa... ¡qué esfuerzo tan hercúleo! Dos veces cada día me adentraba en las espesuras del *sum—esse—fui—futurus* y del *duco—ducere—duxi—ductum*.

La elección de los miembros de mi séquito fue relativamente fácil. Puesto que no sabía el tiempo que permanecería ausente, no quería apartar a Olimpo de sus enfermos sino que me llevaría a uno de sus compañeros; dejaría a Mardo y a Epafrodito al timón del gobierno; dejaría a Iras pero me llevaría a Carmiana, cuyos conocimientos sobre vestuario me serían indispensables. Sabía que tendría que exhibirme constantemente. Aunque estuviera sola en mis aposentos —más bien en los de César— habría espías vigilándome. Tendría que conseguir que Egipto se enorgulleciera de mí y hacerle comprender a César que yo era alguien con quien se tenía que contar aunque me encontrara lejos de mi base de poder. Y no quería que César tuviera que defenderse y justificar su amistad conmigo; eso hubiera sido una carga todavía más pesada para mí. En ello entraba en parte la vanidad, naturalmente... ¿por qué negarlo? Quería que toda Roma se quedara boquiabierta de asombro cuando me viera y que todo el mundo dijera: «¡O sea que eso es Egipto!» Quería borrar todos los recuerdos de mi padre, aquel vergonzoso y pordiosero representante de Egipto. Quería deslumbrar sus ojos con mi oro y mi belleza.

Pero ¿qué prendas me tendría que poner para conseguirlo? Carmiana, con

su exquisito y refinado gusto, me ayudó a elegir varios atuendos, desde los más llamativos —adornados con hilos dorados e incrustaciones de piedras preciosas al estilo persa— hasta las sencillas túnicas griegas con amplios mantos de seda.

— Pero hasta que no pongas los pies allí, será difícil saber qué es lo más apropiado —me dijo—. Lo que aquí puede ser perfecto en tus altas estancias abiertas de Alejandría podría resultar inadecuado en la villa de César. Dicen que allí hace un calor sofocante en esta época del año, y que los romanos venderían su alma por un soplo de brisa en verano. El invierno en cambio es muy frío... pero tú no te quedarás allí hasta el invierno —se apresuró a añadir—. No hay que preocuparse por eso. Sin embargo, en verano necesitarás tejidos muy finos. Y en los Triunfos tendrás que parecer una auténtica reina. Como tocado podrías llevar la doble corona de Egipto o bien la diadema de los Lágidas. Y tienes que ir cargada de joyas hasta el extremo de rozar la vulgaridad. ¡Que todos te vean, te admiren y envidien a César!

— ¿Te parece que me ponga las cinco vueltas de perlas del mar Rojo?

— Por supuesto que sí. Y el collar de esmeraldas entrelazado con ellas.

— No soy hermosa —dije—. ¿Y si todas estas joyas sólo sirvieran para acentuar este rasgo?

Carmiana me miró asombrada.

— ¿Y quién te ha dicho que no eres hermosa?

— Cuando era pequeña, me lo dijo mi hermana Arsinoe. Y más tarde, mis amigos jamás me dijeron que fuera agraciada.

Pero César sí me lo dijo: Me dijo: «Hija de Venus, qué hermosa eres.» Me apresuré a apartar aquel recuerdo de mi mente.

— Mardo y Olimpo no se atreverían a decírselo ni siquiera a Afrodita, y en cuanto a los demás, quizá pensaban que tú ya lo sabías o temían que el hecho de decírtelo pudiera interpretarse como un servil halago a una reina. Tanto si eres una belleza clásica como si no, yo sé con toda certeza que das la impresión de ser hermosa, lo cual es más de lo que se puede pedir. Las joyas no te quitan importancia sino que te añaden.

Tomé sus manos entre las mías.

— Me infundes valor, Carmiana. ¡Juntas conquistaremos Roma!

Teníamos que preparar también al pequeño Cesarión. Ahora ya había empezado a dar sus primeros pasos, todavía muy vacilantes, y aunque comprendía muchas palabras, sólo podía pronunciar unas cuantas. Traté de enseñarle a decir «César» y «Padre», pero son palabras difíciles de pronunciar. Empezaría a reírse y a balbucear toda suerte de sonidos. Estudié cuidadosamente su rostro, tratando de imaginarme qué efecto le produciría a alguien que jamás lo hubiera visto. Pero era una tarea imposible porque el niño ya formaba una parte tan grande de mi ser que no podía dar el salto de imaginación necesario para verle como un ser nuevo y desconocido.

Me encontraba en el muelle del puerto real. El viento azotaba la capa de viaje que me había echado sobre los hombros, y unas olas de blanco vientre danzaban en el puerto. Las nubes cruzaban velozmente el ciclo. Era un buen día para zarpar.

El barco —una rápida embarcación de remo y vela— se mecía sobre las olas tirando de los cabos como un niño impaciente por escapar. Cesarión señalaba con el dedo las gaviotas que cruzaban el aire, lanzando gritos estridentes. Había llegado la hora.

Colocaron la plancha y subimos a bordo. Toda Alejandría se extendía ante mis ojos desde sus confines orientales hasta los occidentales, con sus blancos edificios más hermosos y preciados que el marfil. ¡Mi ciudad! ¡Mi nación! Jamás me había sentido más orgullosa ni más deseosa de protegerlas.

Me voy para afianzar tu seguridad. Me voy para asegurarte la libertad, Alejandría.

Me volví hacia el capitán que se encontraba de pie a mi espalda.

— Suelta las amarras —le dije—. Ya estoy preparada. Pon rumbo a Roma.



# EL TERCER ROLLO

EL mar se ondulaba ante mis ojos, el llano horizonte se abría hacia tierras invisibles, y por primera vez veía a mi espalda lo que contemplaban los marinos que se acercaban a Alejandría: la baja y monótona costa, el alto Faro que parecía llamarlos y, detrás de él, los blancos y resplandecientes edificios de la ciudad, punteados aquí y allá por los vivos colores de las floridas enredaderas que trepaban por los muros. Jamás había abandonado aquella costa, y ahora la estaba viendo tal como la veían los forasteros.

El color del mar abierto era más oscuro y más sólido que el del puerto o el del río. Sentí un estremecimiento de emoción ante la perspectiva de la travesía mientras surcaba aquellas profundas y móviles aguas. Seguiríamos el mismo rumbo directo que las grandes embarcaciones mercantes que se dedicaban al transporte de cereales en lugar de bordear la costa como hacían las tímidas embarcaciones de pesca. Pero para evitar el traicionero estrecho de Mesina, el capitán había decidido seguir un camino un poco más largo, rodeando la isla de Sicilia. Recé para que no tardáramos mucho tiempo en alcanzar nuestro destino; aunque estaba un poco preocupada por lo que me iba a encontrar cuando llegara a Roma, no quería aplazar aquel momento. Mi valor se fortalece cuando puedo hacer algo; la inactividad debilita mi determinación.

El barco subía y bajaba como un enorme monstruo marino. El prolongado balanceo me resultaba muy agradable y me producía la sensación de estar sentada a horcajadas sobre toda la tierra. Justo en aquel momento, mientras permanecía de pie en la cubierta sintiendo por primera vez el salado azote del rocío del mar en mis mejillas, empecé a pensar seriamente en la reconstrucción de la flota egipcia.

Apenas quedaba nada pues buena parte de ella se había perdido en el transcurso de la Guerra Alejandrina. Muchos de mis barcos habían sido incendiados en el puerto porque mi hermano los controlaba. Tendría que importar grandes troncos de Siria, pero no sería muy difícil. Siria era una provincia romana y tendría que obedecer a César. Sí, ya era hora de que la marina egipcia resucitara.

Ahora que ya estábamos navegando, el capitán se situó a mi lado en la cubierta. Seguíamos un rumbo casi oeste y la navegación era muy lenta. Nuestra gran vela cuadrada no nos servía prácticamente de nada pues el viento predominante soplabla desde el oeste y los remeros tenían que hacer un gran esfuerzo para sumergir y sacar rítmicamente los remos de las claras aguas azules. El cielo estaba despejado y las nubes se dirigían hacia el este.

En el interior del castillo de popa, donde se retirarían a descansar, el capitán y los oficiales habían construido un camarote privado para mí y mis servidoras. Lo habían pintado con brillantes colores, pero observé que la pintura ya se estaba desprendiendo y comprendí que la travesía sería muy húmeda.

Habían construido una cama clavada en el suelo y otra más pequeña con barandillas para Cesarión. Carmiana dormiría en el suelo, en un catre que se enrollaría de día. Las arcas en las que guardábamos nuestros efectos personales estaban encadenadas a unas argollas del suelo y a los mamparos.

Mi consorte, el pequeño Tolomeo XIV, disponía de un camarote aparte para él solo. Lo llevaba conmigo porque sentía curiosidad por ver Roma; además, el ver lo que le había ocurrido a Arsinoe sería una buena lección para él, aunque de momento era un niño muy dulce. Por otra parte, si lo dejaba en Egipto, los enemigos podían ceder a la tentación de utilizarlo como títere y desencadenar otra terrible tanda de guerras civiles... lo único que me hubiera faltado.

Cuando entré para ver qué estaba haciendo Cesarión, lo encontré jugando con una bolsa llena de lentejas que le había dado uno de los marineros. Mientras lo miraba, sus dedos soltaron la bolsa y se quedó dormido.

«¡Pobre niño! —pensé—. Va a ser una travesía muy larga.»

A la mañana siguiente apenas se distinguía una borrosa tiznadura dorada en el lejano horizonte; era la costa del norte de África, el desierto situado al oeste de Egipto. Poco a poco desapareció de nuestra vista y nos quedamos solos en mar abierto, un mar que se extendía interminablemente por todos lados.

Al llegar el octavo día se desencadenó una tormenta; los cielos se oscurecieron y descargaron torrentes de lluvia. Pero después se produjo un favorable cambio en la dirección del viento, que se convirtió en un viento de levante que nos empujó hacia donde nosotros queríamos ir. Desplegaron la vela para aprovecharlo.

Mientras sopló el viento fue como si voláramos. Llegamos a un lugar del mar situado frente a Creta y más tarde a Grecia; a partir de allí nos adentramos en la extensión marina más vasta de toda nuestra travesía. Carmiana no lo estaba pasando muy bien durante la travesía; los primeros días había estado muy mareada. Ahora, pálida y temblorosa, salió del camarote y se acercó a mí.

— ¿Cuánto tiempo tendremos que pasar todavía en este maldito mar? — preguntó en tono quejumbroso.

— El viaje de regreso lo harás en camello —le dije—. Darás un largo rodeo y, cuando llegues a Alejandría, las dos seremos viejas. Y Cesarión me habrá convertido en abuela.

— No me importa desperdiciar mi juventud en un viaje con una caravana — dijo—. Creo que este viaje ya me ha hecho vieja.

Por curioso que parezca, en mí había ejercido el efecto contrario: el aire marino me vigorizaba, y los olores y sonidos desconocidos que encontraba cada día me fascinaban. En primer lugar, el permanente olor de la sal marina y el olor del viento que llevaba consigo los aromas de la tierra sobre la que había soplado. El intenso olor de los peces recién pescados —tan distinto del de los mercados— y la mohosa humedad de los cabos mojados. La brea y la resma que había en todos los lugares del barco desprendían un cálido aroma de uva que se

intensificaba a la salida del sol.

En cuanto a los sonidos, me encantaba el rumor del agua contra el casco de la embarcación cuyo suave ritmo me adormecía. Los crujidos de las jarcias y el susurro de la vela cuando se hinchaba y se deshinchaba eran algo incomparable. Qué vulgares me parecían en comparación con todo aquello los sonidos de la calle y del mercado.

El agua ya no me aterrorizaba, lo cual me alegraba muchísimo. Primero me había enfrentado con el puerto, después con el Nilo y finalmente con el mar abierto... ya estaba curada de mis temores, ¡gracias a los dioses!

— Ni siquiera te acordarás de todas estas molestias cuando pongas los pies en Roma —le aseguré—. Te recuperarás enseguida en la villa de César.

Esperaba que así fuera. Estaba empezando a perder la cuenta de los días que llevábamos viajando. Cada noche movía una cuenta de una pulsera para contar las jornadas. Navegábamos incluso de noche, pues era imposible echar el ancla en aquellas aguas tan profundas. La luna se pasó varias noches escondida, lo cual nos permitió contemplar las estrellas con más claridad.

Al final vimos la montaña de Sicilia, y una semana después llegamos al puerto de Ostia, en la desembocadura del Tíber, el famoso río Tíber. Pisé la plancha y por primera vez en varias semanas sentí la sólida tierra bajo mis pies. Habíamos hecho la travesía en un tiempo sorprendentemente rápido, habida cuenta de los vientos y las corrientes con que nos habíamos tropezado, pero aun así el viaje había durado cuarenta días. Contemplé con asombro la corriente que tenía delante de mí. El Tíber era un río muy pequeño, que en modo alguno se podía comparar con mi Nilo. Parecía tan inofensivo e insignificante como un río infantil. ¿Qué suerte de personas vivían en sus orillas, en aquella ciudad que pretendía gobernar el mundo entero?

EL sol ya se había puesto, pero el cielo aún conservaba un suave color azul vetado de oro. Me fui volviendo poco a poco para contemplar el ambiente que me rodeaba, el primer suelo de la península Itálica que yo estaba pisando. Lo que primero me llamó la atención fueron los árboles... unos altos pinos cuyas erizadas ramas formaban unas amplias sombrillas. Jamás había visto nada que remotamente se pareciera a ellos. Sus troncos estaban desnudos hasta una determinada altura, como los de las palmeras, pero sus retorcidas ramas y su extraño follaje de un profundo color verde oscuro parecían sacados del relato de algún fantasioso viajero, justo en aquel momento una suave brisa agitó las copas de los árboles y éstas dejaron escapar un aroma extraordinario, tan dulce y penetrante como la esencia misma del verdor.

Mis pies pisaban una mullida alfombra de hierba, otra cosa que yo jamás había visto. En ella había unas pequeñas y quebradizas agujas de color marrón —hojas muertas de pino, pensé— que mis pies aplastaban, arrancándoles más aroma de pino. La hierba estaba húmeda y era extrañamente elástica y resistente; estaba viva y no muerta como una alfombra cualquiera.

Habíamos enviado mensajeros para notificar a César nuestra llegada, pero antes de que éstos hubieran tenido tiempo de cumplir su misión se nos acercó un contingente de oficiales. Llevaban lustrosos caballos y varias literas e iban encabezados por un magistrado montado en un caballo blanco. Era evidente que nos estaba buscando. Le seguía otro hombre con aspecto de oficial.

Al vernos, desmontó de su caballo y se acercó a nosotros. Era un hombre de mediana edad, con uno de esos rostros redondos tan difíciles de recordar precisamente por ser tan comunes. Vestía una estrecha túnica blanca con franjas verticales, se cubría con una ligera capa y sostenía un rollo en la mano.

— ¿Reina Cleopatra? —preguntó antes de inclinar la cabeza—. Bienvenida a Roma. Estoy aquí en nombre de César para recibirte y escoltarte a tu residencia. Soy Cayo Opio.

O sea que César no había acudido a recibirme. Claro que tampoco hubiera sido correcto que esperara mi llegada en las murallas y después saliera corriendo como un colegial. Mi llegada no era previsible; podía producirse en cualquier momento. Pero aun así, quedé decepcionada. La punzada de desilusión me hizo comprender lo mucho que ansiaba verle. Traté de sonreír.

— Te doy las gracias, amigo —contesté.

El segundo hombre ya había desmontado y se estaba acercando a nosotros. Era alto y tenía unas pobladas cejas oscuras. Inclino la cabeza y me dijo:

— Cornelio Balbo a tu servicio, Majestad. En las guerras, *praefectus fabrum*

del ejército de César.

Su griego tenía un acusado acento hispánico.

— Somos los más fieles agentes y secretarios del glorioso César —dijo Opio—. Es un honor servirle día y noche. —Me entregó el rollo—. Un mensaje del Poderoso.

Rompí el sello y desenrollé cuidadosamente el pergamino. Aún había luz suficiente para leer —resultaba curioso que todavía hubiera luz cuando hacía tanto rato que se había puesto el sol— y me alegré; no quería que el portador de una antorcha pudiera leer el mensaje por encima de mi hombro.

Era muy breve y no hubiera importado demasiado que lo leyera el portador de una antorcha. Tampoco llevaba fecha; estaba claro que César lo había preparado con antelación.

*Bienvenida a Roma. Es para mí un honor poder devolverte la amable hospitalidad que me dispensaste en Alejandría. No tengo ningún palacio donde acogerte, pero te ofrezco mi mejor residencia: mi villa y los jardines de la otra orilla del Tíber. Considéralos tuyos. Yo permaneceré en mi casa de las cercanías del templo de Vesta en el Foro. Te visitaré con todo respeto en cuanto pueda. Confío en que tu viaje haya transcurrido sin incidentes.*

*Con todo mi respeto y mi consideración,*

*C. Julio César, Cónsul, Imperador*

*y Dictador del Pueblo Romano.*

— ¿Dictador? —pregunté en voz alta.

— Para los próximos diez años. Un honor sin precedentes que le acaba de ser otorgado —explicó Balbo con una radiante sonrisa en los labios, como si fuera algo que se le hubiera ocurrido a él.

— ¿Y eso qué significa? —pregunté—. Yo creía que en Roma los dictadores únicamente se nombraban en caso de peligro y sólo con una duración de seis meses.

Ambos se encogieron de hombros.

— César lo modifica todo y lo adapta a su propia imagen. —Miraron a mis acompañantes—. ¿El joven rey Tolomeo? —preguntaron al unísono. Mi hermanito se ruborizó de placer al ver que era objeto de su atención—. ¿Y...?

Se inclinaron para estudiar a Cesarión.

Había llegado el momento de decirlo.

— Este es el hijo que me ha dado el dictador César.

Lo sostuve en alto para que pudieran verlo con toda claridad.

— La litera real es para ti y para tu hijo —respondió simplemente—. Para los demás tenemos caballos y carros.

Oscureció antes de que llegáramos a nuestro destino. Miré desde la litera mientras bordeábamos el Tíber para subir a Roma en medio de las sombras del crepúsculo. Seguimos el trazado de las murallas de piedra toscamente labrada, con sus antorchas encendidas. El crujido de las correas de cuero de la litera y su inclinación me hicieron comprender que estábamos subiendo a una colina. Vi la ciudad de Roma al otro lado del río. Parecía pequeña y sus edificios eran de color oscuro... la mayoría de ellos debía de ser de ladrillo, pensé. Me pareció ver algún que otro templo, aunque no estaba muy segura.

Oí el susurro de lo que parecía el follaje de los árboles de un bosque mientras una fresca brisa penetraba en la litera. Cesarión se había quedado dormido contra mi pecho y sólo despertó cuando dejaron la litera en el suelo.

— Ya hemos llegado. Majestad.

Balbo descorrió las cortinas y me ofreció la mano para ayudarme a bajar.

Vi un gran edificio enmarcado por árboles y jardines, que por lo que pude ver estaban llenos de setos, estatuas y fuentes. La brisa era más fresca y se aspiraba en el aire un dulce y suave perfume. Las flores eran allí más delicadas y tenían un aroma más sutil que las nuestras en Egipto. Las hojas de mil árboles me susurraron un saludo en medio de la oscuridad de la noche.

Unos esclavos salieron con antorchas de la entrada del edificio.

— Bienvenida, bienvenida —me dijeron a coro.

Por lo menos aquellas palabras latinas las había entendido sin dificultad.

Los seguí hacia la puerta, flanqueada por unas hornacinas con estatuas. Inmediatamente pisé un mosaico y vi una especie de estancia abierta, parecida a un patio cerrado en el que se abrían varias puertas. Los esclavos cruzaron una de ellas y yo los seguí.

Subimos una escalera, bajamos por un pasillo y llegamos finalmente a una enorme estancia de suelo embaldosado. A pesar de la penumbra vi que las paredes no eran de color blanco sino verde oscuro, con guirnaldas pintadas alrededor.

— Ésta es la habitación de César, ahora tuya —me explicó un criado—. La pone a tu disposición.

Sobre una mesa cubierta con un pesado lienzo de color rojo vi una bandeja con fruta, hogazas de pan y una jarra de vino. A un lado había un espacioso lecho con patas de madera labrada y una colcha de fina lana. Vi varios asientos con almohadones, otras mesas, ornamentados pies de lámparas de aceite y después... empecé a fijarme en toda la serie de estatuas. Por lo menos ahora ya sabía que César siempre las recibiría con agrado, aunque hubiera preferido que no tuviera tantas.

Los esclavos encendieron los pabilos de las lámparas de un candelabro de pie, de seis o siete brazos. La estancia se llenó de luz. De repente me sentí muy cansada y con deseos de que las apagaran para poder acostarme.

Estaba dormida. No tenía ni idea del rato que llevaba durmiendo; la extraña sensación de pisar tierra firme después de tantos días de navegación y el impacto repentino de la lengua, los colores y los olores desconocidos que me rodeaban, habían alterado mi noción del tiempo y el espacio. Abrí los ojos y vi el débil resplandor de una lámpara que alguien sostenía sobre mi cabeza. Alguien se encontraba de pie junto a mi lecho, mirándome.

Me incorporé sobresaltada, pero una mano más rápida que mi movimiento me agarró por el hombro. La otra posó la lámpara y me abrazó.

— Estoy aquí, amada mía —susurró César en la oscuridad.

Me parecía un sueño, pero no había en todo el mundo otra voz como aquélla. Ante el milagro de su presencia física, me olvidé de su largo silencio, me olvidé de Eunoe (pero si me olvidé, ¿por qué la menciono ahora?) y me olvidé también de sus breves, frías y autoritarias cartas.

— Perdona que no haya ido a recibirte y no te haya enviado una carta privada. Sabía que cualquier cosa que yo escribiera sería del dominio público. Pero me alegro de que hayas venido. Rece para que comprendieras el sentido de todas las cosas que no podía decirte abiertamente.

Me besó y fue como si sólo hubiera permanecido un instante separado de mí. Y sin embargo habían ocurrido muchas cosas desde entonces; muchas batallas, muchos hombres muertos, muchas victorias para él y derrotas para otros. Pero allí estaba, sentado en la oscuridad en el borde de un lecho, como hubiera hecho cualquier otro hombre que se acercara sigilosamente por la noche, tan ansioso como un amante inseguro de sí mismo.

— Lo comprendí —le conteste.

Que palabras tan sencillas después de tanto tiempo. Alargué la mano para acariciarle el rostro. Pensé en todo lo que él era en Roma.

— Mi dictador —murmuré—. ¿Debo obedecer tus órdenes?

— Sólo los ciudadanos romanos están obligados a hacerlo —dijo—. Eres libre de no acceder a mis peticiones. Lo único que importa es que se cumplan nuestros deseos personales cuando decidamos hacer cualquier cosa.

Me incliné para besarlo y sentí una vez más sus finos labios tan a menudo recordados.

— O sea que cuando la Reina de Egipto besa al dictador de Roma, ¿eso no tiene carácter político?

— No —contestó—. Por mucho que digan mis enemigos, te juro que ésta es una pasión privada y enteramente personal.

— ¿No hay ninguna otra razón?



— Te juro que no. Al traerte a Roma les he hecho un favor a mis enemigos. No tiene ninguna utilidad política; un político más prudente que yo jamás lo hubiera hecho. Eso despertará la envidia de todos los que no son tan afortunados como yo e indignará a los moralistas —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero a mí no me importa. El solo hecho de volver a verte me compensa de todo.

Entonces me besó con tanta vehemencia que ya no tuve deseo de seguir hablando ni de resistirme. César encendía en mí una pasión tan devoradora que todos los pensamientos parecían huir de mi mente. Su sola presencia bastaba para que yo olvidara la razón y la cautela y me entregara por entero a aquel momento secreto.

Le acaricié los hombros y percibí su fuerza bajo la túnica. Acababa de regresar del campo de batalla y su vida de soldado había borrado de su cuerpo cualquier vestigio de molición. Parecía un instrumento de guerra tan pulido y afilado como las espadas de sus legionarios. En sus brazos no se percibía la menor flojedad ni blandura. Pero sus palabras eran tiernas y su voz tan suave como la miel.

Mientras deslizaba las manos sobre su pecho, descubrí que éste más parecía la coraza de cuero que suele llevar un soldado que una débil carne que necesita protección. Pero sus movimientos al respirar me demostraron que no era una armadura ni una estatua de bronce. Su respiración era más rápida de lo que hubiera tenido que ser en estado de reposo; era como si hubiera visto desde lo alto de una colina un espectáculo inesperado. Lanzó un suspiro y se relajó.

— Estás aquí y todo ha ido bien —dijo, volviéndose levemente en el borde de la cama donde estaba sentado para tomar mi rostro entre sus manos. Bajo el apagado parpadeo de la llama de la lámpara, estudió en silencio mis rasgos durante tanto tiempo que no tuve más remedio que preguntarme por qué. ¿Por qué razón me miraba con tanta intensidad? Sus oscuros ojos parecían buscar algo en los míos, algo que no podían ver—. Sí —dijo al final—, verdaderamente tú eres ella.

«¿Quién? —hubiera querido preguntarle—. ¿Quién es “ella”?»

Inclinó la cabeza y me besó los hombros, primero el uno y después el otro como un sacerdote que me otorgara un honor. A continuación me besó las clavículas hasta llegar al hueco de mi cuello. Sus suaves labios revoloteaban sobre mi piel como el roce de las alas de una mariposa, haciendo que mi sangre saltara a su encuentro. Una, dos, tres veces me besó aquel hueco, cada vez con más persistencia hasta que al final puso en él toda la fuerza de su boca, encendiéndome de deseo. Eché la cabeza hacia atrás y sentí que mi cuerpo pedía más. Quería que me siguiera besando por toda la eternidad, pero al mismo tiempo me resultaba una tortura insufrible tener que permanecer inmóvil.

Giré la cabeza y empecé a besarle el cuello hasta llegar a la oreja y después deslicé las manos por su espalda. ¡Aquella túnica! Quería que se la quitara porque se interponía entre mis manos y su carne, aquella maravillosa carne que yo tanto ansiaba percibir directamente. Tiré de las mangas, tratando de quitársela por los brazos. Él interrumpió lo que estaba haciendo y se rió muy

quedo.

— Te obedezco con sumo placer —me dijo—, pero no quisiera tenerte por general; es evidente que estás impaciente por iniciar la batalla. Tales generales suelen ponerse al frente de las cargas antes de que sus soldados estén preparados, lo cual los lleva a perder las batallas.

— ¿No estás preparado para la batalla? —le pregunté.

Me había avergonzado. Le solté la manga.

Esta vez me besó en la boca.

— Pero esto no es una batalla, mi dulce niña, nada de eso.

Se echó un poco hacia atrás y apartó suavemente mi túnica de los hombros, dejando que la seda me cayera hasta la cintura. Después se inclinó para besarme largamente cada uno de los pechos hasta que ya no pude resistir. Sujeté su cabeza, caí sobre las almohadas y lo atraje hacia mí. Un profundo suspiro se escapó de su garganta. Sentí que su corazón latía con más fuerza y que su respiración era cada vez más afanosa y entrecortada.

Aún llevaba la túnica.

— La túnica... —murmuré.

La tela formaba pliegues en su espalda.

Se la quitó con un movimiento de los brazos, pasándosela por la cabeza, y después me quitó la mía. No quería que nada se interpusiera entre mi cuerpo y el suyo.

Me ardía la sangre y me estallaban las venas. Para mi decepción, no me cubrió el cuerpo con el suyo sino que se inclinó para besarme los pechos y el vientre con tal lentitud que sentí deseos de gritar enloquecida, sobre todo cuando se demoró en mi ombligo, tratándolo con una delicadeza y una ternura más apropiadas para un niño como Cesarión que para mí, una mujer que ardía de deseo y apenas podía respirar. El deseo era tan abrumador que me faltaba el aire. Solté un prolongado grito de desesperación.

Inmediatamente se inclinó hacia delante y hundió el rostro en mi cuello. Sentía su respiración contra mi oído y apenas podía entender sus palabras. ¿Estaba hablando? «Ahora eres mía... ahora, ahora...»

Al final sentí su cuerpo contra el mío; me incorporé para unirme a él. Pensé que me iba a morir de deseo como no ocurriera en aquel preciso instante. Llevaba un año esperando. Todas las partículas de mi ser se encendían de deseo.

Había transcurrido mucho tiempo desde nuestra última unión, pero el cuerpo conservaba sus más secretos e íntimos recuerdos. Su cuerpo formaba una sola persona con el mío. Había olvidado, aunque no del todo, la sensación que me producía el hecho de que una parte de su cuerpo se fundiera conmigo en una sola cosa. Pero al mismo tiempo era plenamente consciente de la dulce distinción que me separaba de él. Ahora sentía el apremio del amor largo tiempo olvidado, cuando parece que los seres humanos se diluyen y se convierten en unas bestias

hambrientas que se abalanzan sobre la comida. Atrás quedan los civilizados seres que hablan de buenos modales, viajes y cartas; sus lugares los ocupan dos cuerpos que ansían estallar en una explosión de sobrehumano placer, seguida de una inmensa e infinita nada. Una explosión de vida seguida de la muerte... en eso vivimos y en eso prefiguramos nuestras dulces muertes.

Sentí mis manos en su espalda. No quería hacerle daño, pero sabía que se lo estaba haciendo. Tenía que haber más cosas que pudiéramos hacer, más, más y más... quería subir más alto, cada vez más alto.

Más tarde permanecí tendida a su lado, respirando afanosamente. Traté de verle el rostro y me pareció más joven que nunca.

— Amada mía —me dijo al final—, jamás soñé sentir nada igual en mi vida.

Descansábamos empapados en sudor sobre un revoltijo de sábanas. Las sábanas se estaban enfriando a pesar del calor de nuestros cuerpos. Muy pronto la pasión se convierte en algo ajeno a nosotros y deja de formar parte de nuestro ser.

— Te sigo queriendo —me dijo con asombro—. Te quiero aquí tanto como en Egipto, lo mismo en esta cenada estancia de Roma que en el abierto palacio de Alejandría.

Sólo entonces comprendí que me consideraba algo inmóvil en el espacio y en el tiempo, algo que uno podía encontrar como las pirámides... y dejar después a su espalda. En su lugar, yo le había seguido.

— Soy una persona de carne y hueso —le dije—. Puedo vivir y respirar en distintos climas y distintas tierras.

— Pues debo confesarte que no te consideraba tal. Te veía más bien... como una diosa de tu país. Me eché a reír.

— ¿Una de esas que habitan en un manantial o una roca?

Me miró, avergonzado.

— Justamente. Cuando llegué a Alejandría —cosa que ahora me parece un sueño—, tú formabas parte de ella. Es difícil conciliar aquel recuerdo con tu presencia aquí. Verás... —Se rió al pensarlo—. ¡Te voy a llevar al Foro! Conocerás a Cicerón, a Bruto y al joven Octavio... y me demostraré a mí mismo que eres una persona de verdad.

— Me has estrechado en tus brazos. Sabes que soy de verdad.

— No. Todo eso me sigue pareciendo un sueño... —Bajó la voz—. Una estancia a oscuras. Una visita furtiva. Haciendo el amor con una lámpara encendida. Susurro de voces. Mañana a la luz del día pensaré que fue un sueño que tuve en el campamento.

— Yo te veré a la luz del día —le dije—. Faltan sólo unas cuantas horas.

— Y yo te recibiré oficialmente en Roma —dijo él—. Me pondré la toga, una prenda diabólicamente incómoda, pronunciaré un afectado discurso e intentaré no

guiñarte el ojo.

— Y yo intentaré ver si estás excitado debajo de la toga.

— No lo estaré —dijo en tono impersonal—. Se impondrá el carácter oficial de la situación. —Hizo una pausa—. ¿Te das cuenta de que eres mi invitada personal y no una huésped de Roma? Me pareció más sencillo hacerlo de esta manera. Así te evitas hacer una entrada oficial y el Senado no podrá usarte en sustitución de mi persona... insultándote a ti cuando quiera insultarme a mí y halagándote a ti cuando quiera halagarme a mí. Los senadores son una espina que tengo clavada en el costado —añadió amargamente—. Utilizarán cualquier cosa contra mí. No quise que te convirtieras en su juguete.

— No les hagas caso —le dije—. Al parecer, su única misión es poner obstáculos.

Se rió suavemente.

— Les «hago caso», qué manera más encantadora de expresarlo, porque ellos son los gobernantes legales de Roma y lo llevan siendo desde la expulsión de los reyes hace más de quinientos años. Son los perros guardianes de nuestra libertad y se complacen en vigilar a los tiranos como yo.

— No son más que unos pesados —dije.

Ponían trabas a César. ¿Qué utilidad podían tener?

— ¡Hablas como un auténtico Tolomeo!

Se inclinó para recoger su túnica y, bajo la débil luz, vi las señales que sin pretenderlo le había dejado en la espalda.

Me humedecí un dedo y lo deslicé por encima de ellas.

Se incorporó al percibir el contacto de mi dedo.

— Calpurnia se extrañará —dijo.

¡Calpurnia! ¿Acaso...? Yo creía que estaban prácticamente separados.

— Lo siento —dije en tono compungido, y era verdad.

Me la imaginaba como una austera y reservada matrona romana.

— Pobre Calpurnia —dijo. Sus palabras me sorprendieron—. Se pasa la vida esperando mi regreso a Roma. En la docena aproximada de años que llevamos casados, he permanecido once ausente de Roma.

¿Era joven? Tal vez. Y él apenas había estado a su lado desde entonces. Se debía de sentir todavía una novia. Como mujer, me compadecí de ella. Después recordé a Eunoe y me puse tensa.

— ¿Y qué me dices de la reina de Mauritania? —pregunté con la cara muy seria.

«¡Niégalo! —le supliqué mentalmente—. ¡Dime que fue una calumnia de Escipión!»

— Me sentía muy solo —se limitó a decir—. Y ella me quiso consolar. — Lanzó un suspiro, como un hombre que hubiera comprado un carro defectuoso cuyas ruedas no giraran debidamente—. Hubo una noche, sólo una... ¡fue suficiente! Alguna vez pensé que lo que te hacía tan deseable a mis ojos era el hecho de que fueras una reina, pero Eunoe me enseñó que mis suposiciones no eran ciertas. Sólo por eso le tendrías que estar agradecida. Pero Escipión, deseoso de hacerme daño ante la opinión del mundo ya que no en el campo de batalla, hizo correr el rumor de que había sido una relación prolongada. Pero no lo fue, puedes creerme. Sólo sirvió para que te echara más de menos a ti, la singular, la insustituible, la única guardiana de mi deseo... la única mujer que más quise conservar a mi lado y no pude.

Tan grande era el amor que sentía por él que le creí, sabiendo que era un gran amante y que los grandes amantes saben decirle mejor que nadie a una mujer lo que ésta más ansia escuchar. Y sin embargo aún ahora le sigo creyendo. Lo nuestro era extraordinario, estaba por encima de lo mortal, y ambos lo entendíamos así.

Yo seguía trazando líneas y círculos sobre las señales de su espalda. Él se estremeció levemente... ¿de frío o quizá porque le hacía cosquillas? Se volvió a mirarme con un suspiro y me besó.

— Ya me iba, pero ahora...

Me volvió a rodear con sus brazos y sentí la fuerza de su deseo.

Empezó a clarear mucho antes de que él se vistiera para retirarse.

— Ya es casi la hora de regresar —dijo.

Se inclinó y se puso las sandalias. Había luz suficiente para que yo pudiera ver cuántas correas tenían y de qué color era el cuero.

— Ahora lo puedes ver —dije—. No necesitarás una lámpara.

Cogí su mano y lo conduje hacia la cuna de una estancia contigua, donde Cesarión dormía boca arriba.

Me sorprendió la mirada de dolor del rostro de César y el involuntario gemido que se escapó de su garganta. Se inclinó hacia el niño y después se arrodilló para verlo más de cerca. Tomó mi mano en silencio y la apretó con fuerza. Permaneció largo rato de rodillas. Después se levantó bruscamente y se encaminó hacia la puerta. Al llegar a ella se detuvo y me miró con tristeza.

— Es mi vivo retrato —dijo en un susurro.

E inmediatamente se fue.

ME encontraba junto a una fuente del jardín, aguardando la salida del sol. Había esperado a que él abandonara la casa, y entonces había salido sigilosamente al jardín. No podía permanecer allí dentro por más tiempo, fingir que estaba dormida y esperar a que los demás empezaran a despertarse. Oía los gorjeos y cantos de los pájaros en un coro que empezaba mucho antes de que amaneciera por completo. No era demasiado pronto para unirme a ellos en el exterior de la casa.

El aire conservaba todavía un cierto frescor. Una ligera bruma envolvía las estatuas, los recortados setos y los cuadros de flores. El sol no tardaría en salir y la disiparía, borrando los difuminados perfiles de las cosas. Me sentía aturdida y la cabeza me daba vueltas. El agotamiento se estaba apoderando de mí después del largo viaje que había culminado en aquella espléndida noche sin sueño. Permanecí temblando junto a la fuente, introduje las manos en ella y me arrojé agua a la cara. Sabía que estaba borrando los besos, pero no podía evitarlo.

Me senté en uno de los bancos de piedra, doblé las piernas y me las abracé. Hubiera deseado conservar todas las reliquias de aquella noche, no lavarme jamás la cara, no vestir más que aquella túnica —ahora con los hombros nuevamente anudados y discretamente cubierta por un manto— y no cambiar nada de la habitación. Me reí en silencio al imaginarme el lecho con las sagradas sábanas perennemente arrugadas. Era una imagen ridícula, un deseo ridículo, pero me pasó fugazmente por la cabeza.

La luz era cada vez más intensa y los cantos de los pájaros sonaban cada vez más débiles. ¿Qué era lo que había dicho? «Se impondrá el carácter oficial de la situación.» La próxima vez que lo viera, pertenecería al mundo diurno, al mundo de la política y la corrección romana. Y nos intercambiaríamos regalos y él me invitaría a sus Triunfos y nos agasajaríamos el uno al otro. Como entre jefes de Estado.

Regresó a media mañana subiendo por el empinado camino que conducía a la casa en compañía de un numeroso séquito. Su blanca toga resplandecía bajo el sol y me deslumbraba. Cabalgaba con aquel porte dominante tan típico en él; yo jamás le había visto inclinado hacia delante ni hacia atrás. Ese era en parte el motivo de que siempre pareciera más alto de lo que era en realidad.

Lo precedían sus lictores, llevando aquellas extrañas varas atadas alrededor de la segur, símbolo del poder en Roma. Me pareció que eran muchos. Los seguía una compañía de soldados... ¿su guardia personal? ¿Su estado mayor?

Yo le esperaba en la entrada de la casa, sentada en un pequeño trono. (Me lo había traído de Egipto, sabiendo que lo necesitaría en las audiencias oficiales, y sabiendo también que no sería políticamente prudente pedirles a los romanos que

me prestaran uno...) Me había puesto las prendas habituales de las audiencias, no demasiado recargadas pues se trataba a todas luces de una visita personal, y además era todavía la mañana. Pensé que debía de estar horrible; la emoción de la noche se había disipado y ahora sólo me quedaba el cansancio y el nerviosismo. No deseaba verle. Todavía no; era demasiado pronto. ¡Tal vez otro día!

César se acercó. Agarré con fuerza los brazos del trono. Se adelantó para separarse de sus acompañantes. Oí el rumor de cada uno de los cascos de su caballo sobre la grava. Me estaba mirando. Su rostro no dejaba traslucir la menor emoción ni el menor indicio de reconocimiento.

Estábamos al mismo nivel, él montado en su caballo y yo sentada en mi trono en lo alto de los peldaños de la entrada. De pronto desmontó con un rápido movimiento y empezó a subir lentamente los peldaños sin apartar de mí ni por un instante sus ojos oscuros e impersonales.

Aquél era un extraño, un desconocido funcionario romano, rodeado por unos estafalarios acompañantes que portaban unos extraños símbolos de autoridad. Aborrecía las segures. Todas estaban dirigidas hacia mí. Allí César parecía distinto. De repente tuve miedo. ¿Por qué había acudido allí y me había puesto a su merced... y a la de Roma? Las segures brillaban bajo el sol como si me sonrieran. Me sentía una prisionera.

— Salud, Altísima Majestad —me dijo con su elegante griego—. Reina Cleopatra, nos haces un gran honor viniendo a Roma con el exclusivo propósito de asistir a mi Triunfo. Y a mí me haces un gran honor viviendo como huésped mía en mi villa.

Permaneció de pie delante de mí y observé que la toga formaba unos elegantes pliegues alrededor de su cuerpo. Esbozaba una leve sonrisa como la que hubiera dedicado a cualquier personalidad extranjera que visitara la ciudad.

— Te doy las gracias —dije levantando la voz lo justo para que los demás pudieran oírme—. Me complace haber venido para dar las gracias al más ilustre general romano por haber defendido mi trono y haber conseguido que se cumpliera el testamento de mi padre en relación con Egipto cuando los usurpadores se negaron a respetarlo.

— Te traigo un presente, que confío sea de tu agrado —dijo.

Observé un movimiento entre sus acompañantes. Se estaban disponiendo a acercarme el objeto.

— Me complace recibirlo —contesté—. Pero puedes hablarme en latín si lo deseas. Lo he estudiado para este viaje.

Una súbita expresión de sorpresa apareció en su rostro. ¿Por qué no se lo habría dicho la víspera?, se estaba preguntando.

— Te excedes en tu benevolencia, benignísima Reina —dijo finalmente en latín.

Me alegré de haberle entendido.

Los acompañantes se acercaron con una ancha caja rectangular de madera que acababan de sacar de un carro. La depositaron a mis pies y levantaron la tapa. César la contempló con semblante satisfecho.

Era un mosaico de la variedad más preciada, del llamado *opus vermiculatum*, realizado con minúsculos fragmentos de piedras de colores, destinado a ser colocado en un suelo más grande dentro de un marco. El pequeño tamaño de los trozos de piedra permitía obtener unas variaciones de color y unos matices capaces de reproducir con gran realismo prácticamente cualquier escena que se quisiera. Aquél mostraba a Venus surgiendo de la espuma del mar. Los colores del mar eran exactamente los mismos que el del agua del puerto de mi palacio de Alejandría. Era un mosaico de incomparable belleza. ¿Cómo habría conseguido que lo hicieran tan deprisa? Entonces comprendí que no lo había hecho. Debía de proceder de algún lugar del que se habían apropiado los romanos. Debía de formar parte de su colección.

— Te doy las gracias. Es muy hermoso —dije, confiando en que mi latín no sonara ridículo.

Inclinó la cabeza.

— Me complace que sea de tu agrado.

— Y yo te traigo un presente de Egipto —dije, haciendo una seña con la cabeza a mis servidores.

Estos regresaron empujando sobre unas ruedas una estatua del faraón Kéops labrada en piedra arenisca de color negro mate, un tesoro del que me había dolido mucho desprenderme. Todos los planos de la estatua eran perfectos, pero a pesar de que estaban pulidos con una suavidad casi increíble no despedían el menor brillo.

Por un instante su rostro reflejó asombro y complacencia. Sus ojos, que tanto apreciaban la belleza, parpadearon levemente ante aquel espectáculo.

— La Reina de Egipto es muy generosa —dijo—. Te doy gracias de todo corazón. —Hizo una pausa—. El dictador de Roma se sentiría muy honrado y personalmente complacido si la Reina de Egipto tuviera a bien acudir a cenar a su casa dentro de tres días. Eso me dará tiempo para prepararme. Confío en que no sea una morada demasiado humilde para tu persona. Está en el Foro, cerca de la Regia. En mi calidad de Pontifex Maximus, es mi residencia oficial.

¿Pontifex Maximus? ¿Y eso qué era? Parecía algo de carácter sacerdotal, pero él despreciaba la religión y sólo creía en la diosa Fortuna que lo había convertido en su hijo predilecto.

— Es el colegio de los dieciséis sacerdotes o pontífices —me explicó—. Un antiquísimo orden sacerdotal de la religión del Estado.

¿Cómo era posible que le hubieran otorgado aquella dignidad?

— Será un placer —conseguí contestar.



— Espero gozar de tu compañía dentro de tres días. Hasta entonces, te ruego que utilices esta villa y sus jardines a tu conveniencia, y si necesitaras algo no dudes en hacérmelo saber.

Dicho esto, dio media vuelta y bajó airosamente los peldaños para regresar junto a su caballo. La visita había terminado.

Los lictores se volvieron para situarse delante de él con las segures brillando bajo el sol. El grupo se retiró y el rumor de sus botas se fue perdiendo en la distancia.

Cuanto volví a entrar en la alcoba observé que la habían ordenado discretamente, habían retirando las sábanas —sustituyéndolas por otras limpias—, habían abierto las ventanas y fregado el suelo y habían colgado manojos de hierbas aromáticas para perfumar el aire. Todo había desaparecido. La noche no había existido. Me pregunté si algún esclavo habría visto entrar y salir a César; probablemente él ya se habría encargado de que no.

Carmiana había vestido a Cesarión, que estaba jugando en el suelo con Tolomeo. Ambos habían descansado y estaban dispuestos a explorarlo todo.

— ¡Cuántos soldados! —exclamó Tolomeo—. ¿Y qué eran aquellas cosas que llevaban? ¿Aquellos palos tan raros con aquellas cintas y aquellas hachas?

— Creo que se llaman fasces. Son una especie de símbolo de la autoridad.

— ¡Aquí todo es muy raro! —dijo Tolomeo, que no cabía en sí de gozo ante tantas novedades—. Los árboles son todos distintos, el idioma suena muy feo y no sé por qué llevan estas togas tan voluminosas. ¿No tienen calor?

Justo en aquel momento entraron dos esclavos portando unas bandejas llenas de comida. Tolomeo se acercó corriendo a una de ellas y empezó a gritar de contento.

— ¿Y eso qué es? ¿Y aquello? —preguntó, señalando con el dedo cada uno de los desconocidos manjares.

Después de comer dimos una vuelta por la villa y el jardín. Era una sensación muy curiosa tener acceso total al refugio privado de una persona en su ausencia. Él estaba presente en todas las decisiones que se habían adoptado acerca del mobiliario, las plantas, el decorado y las comodidades de todo tipo, y sin embargo se encontraba ausente y yo podía quedarme a contemplar cualquier cosa todo el rato que quisiera. De niña siempre me había fascinado el relato de Psique en el palacio del invisible Cupido. Me lo conocía de memoria.

Mientras paseaba por las hermosas estancias, una voz todo dulzura y suavidad le dijo: «Bella princesa, todo lo que estás viendo es tuyo. Danos órdenes, somos tus servidores.» Llena de asombro y emoción. Psique miraba en todas direcciones pero no veía a nadie. La voz añadió: «Aquí está tu cámara y tu lecho de plumas; aquí está tu baño, y en la estancia de al lado hay comida.»

Psique se bañó, se puso las preciosas prendas que habían preparado para ella y se sentó en una silla de marfil labrado. Inmediatamente flotó hacia ella una

mesa cubierta con platos de oro y los más exquisitos manjares. Aunque no veía a nadie, unas manos invisibles la sirvieron y unos músicos también invisibles tocaron y cantaron para ella.

Psique se pasó mucho tiempo sin ver al dueño del palacio. Él la visitaba sólo de noche y se iba antes del amanecer...

Psique le suplicó a su esposo que le permitiera recibir la visita de sus hermanas. Al principio, éstas se alegraron de ver que su hermana menor estaba bien, pero muy pronto, al ver el esplendor del palacio de Psique, la envidia se apoderó de sus corazones. Le empezaron a hacer preguntas vulgares acerca de su esposo.

«¿No será un horrible monstruo —le preguntaron—, un dragón que, al final, te devorará? ¡Recuerda lo que dijo el oráculo!»

Sonreí al recordar mi cuento preferido y me sorprendí de que pareciera haberse hecho realidad. Ahora yo también estaba sola, pero conocía a César y sabía cómo era.

La historia tenía además un final feliz, porque Cupido, el invisible esposo, amaba tiernamente a Psique y la protegía de la envidia de su madre, la diosa Venus.

Venus... la antepasada de César.

De repente la villa empezó a adquirir un carácter siniestro. Las historias de los hombres y las de los dioses no se tenían que mezclar.

— ¿Ves esta estatua? —dije alegremente—. Estoy segura de que es una copia de una obra de Praxíteles...

LLOVÍA cuando desperté por la mañana del día de la cena. Oía caer la lluvia sobre los árboles del jardín. Una húmeda brisa penetraba a través de las ventanas. Era una lluvia que yo jamás había conocido anteriormente... una lluvia de verano.

En Alejandría —el único lugar de Egipto donde llueve alguna vez— había temporales de invierno, pero no cálidas y dulces lluvias como aquélla.

Tendida en la cama lancé un suspiro. No había vuelto a tener noticias de César. Aquella noche... ¿tenía intención de sentarme a su mesa? Había dicho una cena en su casa. ¿Sería un banquete? En realidad su casa no era lo bastante grande como para celebrar banquetes. Aquella villa debía de ser el lugar destinado a los grandes banquetes. Di por sentado que Tolomeo estaba invitado; al fin y al cabo, era César quien había insistido en que me «casara». Tratándose de mi esposo legal, no se le podía ignorar.

Al mediodía utilicé el baño de la villa y me asombré de la habilidad de los romanos, que disponían de agua corriente fría y caliente y también de calefacción. Así habían conquistado buena parte del mundo, con cuerpos de ingenieros adscritos a cada legión, tendiendo puentes sobre los caudalosos cauces de los ríos, construyendo calzadas sobre los pantanos o copiando los diseños de los barcos capturados.

Ahora la ingeniería de los romanos estaba creando comodidades domésticas como aquellos baños, construyendo acueductos para la traída del agua —que después se malgastaba en las fuentes y las grutas de los jardines— e inventando el cemento armado, una piedra líquida que les permitía moldear toda suerte de edificios a su antojo. Pronto no quedaría nada de la famosa austeridad romana. Los que podían permitirse el lujo de nadar en las comodidades y los placeres, acababan entregándose a ellos.

Me pasé un buen rato pensando en lo que me iba a poner aquella noche pues todo tenía un carácter simbólico. ¿Debería presentarme con todos los atributos de la realeza? Al fin y al cabo era una reina. Pero sería una cena íntima, no un banquete oficial... o al menos es lo que yo imaginaba. Por otra parte, el hecho de presentarme sencillamente vestida podría parecer un insulto. Sin embargo, lo más importante era saber cómo pensaba presentarme César. No me había dicho nada.

— Carmiana, ¿a ti qué te parece? —le pregunté—. Tu instinto en estas cosas no te suele fallar. ¿Qué tengo que ponerme?

Me encontraba delante de mis arcas, llenas a rebosar de toda suerte de vestidos, pero precisamente la abundancia hacía más difícil la elección.

— Mi instinto me dice que tienes que estar arrebatadoramente hermosa. El

cómo ya depende de ti. Pero cualquier cosa que elijas, procura no pasar desapercibida. Eso déjasele a las matronas romanas.

— Puede que se ofendan.

— He dicho que tienes que estar arrebatadoramente hermosa, no que seas vulgar. Así que ponte sólo la mitad de joyas y de afeites. De repente me entró una sospecha.

— ¿Crees que Calpurnia estará presente?

¡No era posible que César me hiciera aquella jugada!

— A no ser que él la haya apartado oportunamente, no veo de qué manera se podría evitar.

Me hundí en el desánimo.

— No conozco las costumbres romanas. ¿Desempeñan los maridos y las esposas las mismas funciones?

A lo mejor no. A lo mejor cada cual iba por su camino en la mesa, tal como hacían en el lecho.

— Es probable que sí. ¿En qué otro lugar podrían las esposas concertar sus citas con los amigos de sus maridos?

— ¿Tan grave es la situación?

Me parecía todo muy sórdido.

— Siempre son los escándalos los que llegan a nuestros oídos —me contestó—. Nadie habla jamás de alguien que se comporta como es debido... tal como seguramente hacen casi todos los romanos.

Empecé a sacar un atuendo tras otro. Lo malo es que los tenía de tres clases: de estilo egipcio, de estilo griego y de lo que yo consideraba simplemente mediterráneo.

Al final, obedeciendo a un repentino impulso, opté por vestirme al estilo egipcio.

— Es lo que más despierta la curiosidad de la gente —dije—. Suscita más interés porque no suele verse a menudo.

Tenía la sensación de que a César le gustaría, porqués le haría recordar aquellos largos y cálidos días en el Nilo.

Me situé delante del estanque del atrio donde podía ver el reflejo de mi imagen: una esbelta columna blanca con un ancho collar de oro.

Lucía un ajustado vestido de lino con mangas transparentes, ceñido a la cintura con una ancha faja de seda roja. Una gruesa pulsera de oro adornaba mi muñeca, y una cinta dorada con una sagrada cobra de Egipto en miniatura me ceñía la frente. Su efecto era regio, exótico y discreto a la vez.

Tolomeo también iba vestido al estilo egipcio, con un collar de piedras

preciosas, unos ropajes plisados de lino y unas sandalias doradas.

Eché los hombros hacia atrás y respiré hondo. La figura del estanque hizo lo mismo. Tuve que reconocer que su aspecto era impresionante. Ahora ya había llegado el momento de salir... y mi palpitante corazón no lograba calmarse. Tenía la sensación de encontrarme de nuevo en el interior de la alfombra, a punto de ser exhibida ante un público hostil.

La litera se balanceaba sensualmente de uno a otro lado mientras bajaba hacia el crepúsculo romano. La lluvia ya había cesado, dejando una dulce estela a su paso. Los pájaros cantaban como locos, celebrando el final de la lluvia. Bajo las sombras del anochecer, el Foro parecía un ensamblaje infantil de bloques de madera sobre la superficie de una mesa demasiado pequeña. Los edificios estaban alineados en ángulos imposibles y el conjunto no poseía la menor belleza ni armonía. Más abajo pude ver la Regia, donde se reunía y conservaba sus archivos el colegio de los pontífices. Y más allá de la Regia se encontraba el templo redondo de Vesta, residencia de las vírgenes vestales que mantenían la llama sagrada perennemente encendida. La casa de César, el Sumo Sacerdote, estaba adosada al templo y unas antorchas ardían en su exterior. Cuando estuvimos un poco más cerca, vi que unos esclavos nos esperaban en el exterior de la casa para guiarnos.

Dejaron la litera en el suelo. Un esclavo nos ayudó a bajar a Tolomeo y a mí. Otro hizo una reverencia y nos acompañó al interior de la casa. Por fuera, la casa de dos pisos parecía muy sencilla y tenía unas puertas de madera con tachones de hierro.

Mi criado, que nos había seguido en una litera aparte, anunció nuestra llegada cuando entramos en el atrio. Vi a varias personas reunidas en un extremo de la estancia, aunque en realidad sólo vi a una: César.

Su rostro se iluminó con una sonrisa e inmediatamente se acercó a nosotros. Su complacencia era sincera y yo me llené de alegría. Todo iría bien. No tenía por qué temer nada de los demás; nadie nos podría hacer daño.

— Bienvenidas a mi casa. Majestades —dijo. Pero no hizo una reverencia porque no era un súbdito nuestro—. Permitidme que os presente. He reunido a las personas que me son más próximas y queridas, las que más empeño tengo en presentaros.

Hablaba en griego. O sea que éste iba a ser el idioma de aquella noche.

Había unas cinco o seis personas formando un grupo al fondo de la estancia.

— Será un placer —dije.

Nos acompañó hasta todos aquellos rostros que nos miraban con expresiones de curiosidad, recelo y... desagrado.

— Mi esposa Calpurnia.

Una mujer de elevada estatura con el cabello castaño fuertemente alisado y

recogido hacia atrás cerró los ojos e inclinó la cabeza.

— Majestades —dijo sin la menor entonación en la voz. Era más agradada de lo que yo esperaba.

— Mi sobrino—nieto Cayo Octavio.

Ahora intento recordar la primera impresión que me causó aquel muchacho que entonces apenas tenía dieciséis años. Si he de ser sincera, diré que me pareció una pálida y hermosa estatua. Sus facciones eran sumamente delicadas, sus ojos de un azul claro y frío, y su cabello de un dorado oscuro. Aunque no era muy alto, tenía unas proporciones perfectas. Parecía una obra de arte que César hubiera traído de una de sus conquistas.

— Me siento muy honrado —dijo en un susurro.

— Y su hermana, mi sobrina—nieta Octavia.

Octavia era más sólida y ancha y tenía una abundante melena de cabello castaño. Inclinó la cabeza.

— Mi querido amigo Marco Bruto y su madre Servilia.

Un hombre de mediana edad, melancólica expresión y finos y rectos labios se adelantó hacia nosotros, y una mujer de cierta edad que se ceñía el exuberante busto con unas tiras de lino entrecruzadas alrededor de su túnica inclinó la cabeza.

— Nos hace el honor de regresar de su puesto de gobernador de la Galia Cisalpina para asistir a nuestros Triunfos —explicó César.

Tanto Bruto como su madre guardaron silencio. Al final, Servilia esbozó una sonrisa y dijo:

— Bienvenidas a Roma, Majestades.

Tenía una voz muy agradable. Bruto se limitó a inclinar la cabeza para manifestar su asentimiento.

— Y ahora, vamos a ver, creo que ya estamos todos... ah, bueno, allí está Marco Agripa.

Con un gesto de la mano, César señaló a un joven que se encontraba de pie al lado de Octavio. Poseía una ruda apostura de toscas facciones... ojos hundidos, cejas rectas, y labios finos y bien dibujados. Llevaba el cabello oscuro muy corto.

— Son inseparables, lo cual significa que Agripa es casi de la familia.

Agripa fue el que me dedicó la sonrisa más amplia, sin contar la de César.

— El Rey y la Reina de Egipto han viajado desde muy lejos para asistir a los Triunfos —explicó César—. De hecho, me vi obligado a combatir en la Guerra Alejandrina para devolverles el trono. Por consiguiente, es justo que ahora vengan a ver a sus derrotados enemigos.

— Incluyendo a su propia hermana.

Lo había dicho un hombre... hablando en voz baja.

— Sí, Bruto —dijo César—. Tal como tristemente sabemos, los lazos familiares no siempre son lo bastante fuertes como para evitar las traiciones. Éste es el dolor de la guerra civil... hermano contra hermano. Por eso me alegro tanto de haber acabado con las guerras civiles que han desgarrado Roma.

Un profundo silencio cayó sobre el grupo. Con un principio como aquél, pensé, ¿cómo conseguiremos soportar toda la velada?

César hizo un gesto con la mano, y desde un apartado rincón empezaron a sonar las suaves melodías de una lira y una flauta que parecían desmentir la tensión. No había reparado en la presencia de los músicos al llegar. Ahora entró una esclava con los brazos llenos de guirnalda de rosas, con las que todos nos tendríamos que ceñir la frente a modo de diademas. Recordé que a los romanos les gustaba adornarse con flores mientras comían, entretejiéndoselas en el cabello y colocándoselas alrededor del cuello. Las de aquella noche eran blancas con muchos pétalos y muy perfumadas. Detrás de ella entró el *cellarius*, es decir, el mayordomo del vino, con copas de plata de *mulsum*, una divina mezcla de vino con miel. Tomé la mía, confiando en que el vino ejerciera su efecto en los invitados y nos permitiera disfrutar de una agradable velada.

— Las mesas esperan —dijo César, señalando con un gesto de la mano una sala adyacente. Lo seguimos de dos en dos menos Agripa, que iba solo.

La sala era sorprendentemente espaciosa y la puerta del fondo se abría a un jardín. Todo el centro de la sala estaba ocupado por los triclinios y las mesas de la cena... eran tres asientos cuyos extremos se tocaban, formando un rectángulo con un lado abierto. Cada triclinio estaba destinado a tres comensales y el lugar que ocupaba cada comensal se elegía siguiendo un estricto protocolo. No era necesario decirle a nadie adonde tenía que ir; todo el mundo lo sabía. Yo ocupaba el extremo del asiento central, el lugar de honor, y César, en su calidad de anfitrión, se recostaba a mi derecha. A mi izquierda se recostaba Octavia y, a la izquierda de ésta, mi hermano Tolomeo.

Disponíamos de unos almohadones para apoyar el codo izquierdo y los triclinios estaban cubiertos con lujosos lienzos de lana y seda.

Los esclavos nos acercaron unos escabeles y nos quitaron las sandalias tras habernos lavado los pies con agua perfumada. El *cellarius* volvió a llenarnos discretamente las copas de vino.

Delante de cada triclinio había una alargada mesa con incrustaciones de plata, un poco más baja que los triclinios. Allí estaban nuestros platos, cuchillos y cucharas, junto con unas grandes servilletas de un tejido todavía más costoso que los lienzos que cubrían los triclinios. Pese a ello, cogimos las servilletas y las extendimos delante de nosotros para proteger una tela con otra de calidad muy superior.

César levantó su copa, apoyándose en el codo. A pesar de lo forzado de la postura, era tal su fuerza que el brazo no le tembló y mantuvo la mano totalmente inmóvil.

— Bienvenidos, amigos y familiares míos —comenzó diciendo—. Tal como dijo Esquilo: «¿Qué mayor placer que el vínculo entre el huésped y el anfitrión?»

Todo el mundo sonrió, haciendo cortesés murmullos de asentimiento.

Ahora me tocaba a mí levantar la copa y pronunciar unas palabras.

— Ésta es una de las más grandes alegrías de la vida. Tal como dijo nuestro alejandrino Calímaco: «Estás pasando por delante del sepulcro de Battiades, que sabía escribir poesía y disfrutar de la risa en el momento adecuado mientras tomaba una copa de vino.» Disfrutemos pues esta noche de la risa tomando una copa de vino, amigos y compañeros míos —dije, bebiendo un sorbo.

Todos imitaron mi ejemplo. ¡Mi apreciado Dioniso, pensé, viéndoles beber, no me falles!

Los esclavos empezaron a servir inmediatamente el primer plato, el *gustum*, destinado a estimular nuestro apetito. Había bandejas de caballa con salsa de ruda y trocitos de huevo duro; pasta de aceitunas con hogazas de pan de Capea; un rollo de espárragos con becafigo y puerros cortados sobre un lecho de rizada lechuga. En cuanto los invitados empezaron a comer, se suavizó la tensión inicial. Miré a hurtadillas a César y después a Calpurnia, sentada a su derecha. Vi que ésta miraba a César con expresión posesiva. Nuestros ojos se cruzaron un instante antes de que yo apartara la mirada.

Calculé que Calpurnia debía de tener unos treinta años. Posiblemente se había casado muy joven. No era lo bastante bella como para ser la esposa de César, pero aun así hubiera preferido que fuera menos agraciada. Todas queremos que nuestro enamorado sea amado por una mujer digna de él, pero jamás que sea más digna que nosotras.

— Habladme de esta casa —dije—. Ya sé que es la residencia oficial del Pontifex Maximus. Pero ¿qué significa eso? ¿En qué consiste?

Confiaba en que mi tono de voz diera a entender el interés que sentía y que el tema no fuera delicado.

— Tío Julio, ¿puedo contestar yo?

Me sorprendió oír a Octavio, sentado en la posición más baja de la sala —el tercer lugar del triclinio familiar— hablando con una voz tan clara.

— Por supuesto que sí —contestó César, mirándole complacido—. Ahora que tú también eres pontífice del colegio, me parece muy apropiado.

Octavio se inclinó hacia delante mientras los hermosos rasgos de su rostro adoptaban una solemne expresión.

— Es el orden más antiguo y sagrado de los sacerdotes de Roma. Nos remontamos a la fundación de la ciudad. Guardamos los escudos y las espadas que vaticinan la victoria y conservamos los archivos y los anales de la ciudad. — En toda su juvenil seriedad, ardía con tanta pureza como una llama delante del altar de Marte—. Mi tío es Pontifex Maximus desde hace casi veinte años.

— Sí —dijo César—, y el Pontífice tiene intención de utilizar una de sus



prerrogativas para reformar el calendario.

Se oyeron unas repentinas inspiraciones de aire en todas las mesas.

— ¡Ya es hora de que se haga! Nuestro calendario no guarda ninguna semejanza con el natural. Celebramos los festejos de la cosecha cuando todavía estamos en verano, y la canícula cuando los días son más cortos que las noches. Los sacerdotes que tenían el deber de regularlo han fracasado. Por consiguiente, pienso revisarlo. Entra dentro de mis competencias.

— Pero César —dijo Bruto—, eso no lo puede hacer un hombre corriente por muy buenas que sean sus intenciones. Son necesarios unos profundos conocimientos de astronomía y de matemáticas, y no olvidés que se han probado otros sistemas y han fracasado.

Estudí su rostro pero no capté si pensaba que César era un necio o si tan sólo pretendía hacerle una advertencia.

— En Alejandría tenemos a un hombre que destaca en estas cuestiones y es famoso en todo el mundo entre los eruditos —dije—. Se llama Sosígenes. ¿Habéis oído hablar de él?

Los asentimientos con la cabeza me dijeron que sí.

— Te lo enviaré enseguida, César —dije—. Lo pongo a tu servicio. —De repente recordé haber oído decir que se había cambiado el nombre de un mes en su honor—. ¿Es cierto que en el nuevo calendario habrá un mes con otro nombre? —pregunté.

— Se ha hablado de que quizá se podría cambiar el nombre de Quintilis, el mes de mi nacimiento, en mi honor, pero... —César se encogió de hombros.

— ¡Es sólo un rumor! —terció Bruto, frunciendo el ceño—. Los meses ya están debidamente numerados o llevan nombres de dioses, no de seres humanos. Roma no permitiría otra cosa.

— Aun así, yo lo he oído decir —dijo Octavio, mirando sin pestañear y con expresión de adoración a su tío.

¿Deseaba que fuera cierto? ¿O acaso semejante hecho hubiera sido una ofensa para su acusado sentido de la corrección?

Su vehemencia hacía que sus bien cinceladas facciones parecieran todavía más hermosas. Yo había oído hablar de la típica «belleza Julia», había oído decir que todos los rostros de aquella familia eran célebres por su delicadeza y por su exquisita estructura ósea. Aunque Octavio no se parecía a César, ambos compartían dicha característica. Miré a Octavia. No se parecía a ellos, pero sus rasgos eran tan elegantes y bien formados como los suyos. Observé que lucía una sortija matrimonial en una de sus alargadas y hermosas manos. Me pregunté dónde estaría su esposo.

— Ya le han dispensado suficientes honores —dijo Bruto—. Se ha decretado una acción de gracias de cuarenta días de duración por sus victorias, se celebrarán cuatro Triunfos seguidos y ha sido nombrado «Prefecto de la

Moralidad» y dictador durante diez años, y su carro triunfal será colocado en la colina del Capitolio delante del de Júpiter. No necesita para nada el mes de «Julio». ¡Ya tiene más de un mes para él solo!

— Bruto, ¿acaso me envidias estas cosas?

Sobre nosotros volvió a caer aquel horrible silencio apenas disipado. Y yo oí en la voz de César tanta tristeza y tanto dolor que se me partió el alma al escucharla. ¿Qué era Bruto para que sus reproches lo afectaran hasta tal extremo?

— No, por supuesto que no.

No era la voz de Bruto sino la de Servilia, su madre.

— ¿Bruto? —volvió a preguntar César.

— No —contestó Bruto, apartando los ojos sin mirar a César.

— Mi César lleva ausente de Roma once de los doce últimos años —dijo Calpurnia—. Si Roma desea agradecerle lo que ha hecho por ella, luchando tan lejos de aquí, ¿por qué tenemos que poner reparos? —Tuve que reconocer que su voz era muy agradable—. Desde que nos casamos hace trece años, sólo ha estado a mi lado unas pocas semanas.

Mientras Calpurnia hablaba, me di cuenta de que César había pasado más tiempo conmigo que con ella.

Tomé un trozo de caballa y esperé que pasara el comentario.

— Ahora es muy difícil establecer qué cosas son nobles en Roma y se tienen que conservar y qué cosas ya han cumplido su misión y se tienen que sustituir —dijo Octavio en tono pensativo.

— El joven Octavio es un celoso guardián de la tradición —dijo César—. Si algo supera la prueba de su examen, seguro que es correcto.

— Pues en Egipto no hay nada que no sea tradición —dijo súbitamente Tolomeo—. Estamos rodeados de muchas cosas que se hicieron hace mucho tiempo y que parecen divinas. Por todas partes hay tumbas, estatuas y... espectros.

— Pero Alejandría es una ciudad nueva —dijo Octavia a su lado—. Todo es nuevo y muy hermoso, según he oído decir.

— Sí —dije yo con orgullo—. Es la ciudad más nueva del mundo, y sus planos los trazó Alejandro el Grande.

Los esclavos empezaron a retirar los platos del *gustum* para servir el plato principal, la *mensa prima*. El tintineo de los cubiertos y el ir y venir de los esclavos nos obligó a hacer una pausa en la conversación. Miré a César y vi que no había tocado su copa de vino. Entonces recordé que me había dicho que raras veces bebía por temor a sufrir un ataque de su enfermedad. Apenas había comido.

— ¿Te gustó Alejandría? —le preguntó Calpurnia a César, levantando la voz.

Él la miró sorprendido. Estaba claro que semejante brusquedad no era propia de Calpurnia. Carraspeó y reflexionó un instante.

— Me gustan los campos de batalla —contestó al final—. Y Alejandría era un campo de batalla; tuve que echar mano de todo mi ingenio para aprender a luchar en las calles de la ciudad, rodeado de población civil por todas partes, pues cualquier error podía costarles muy caro a las personas inocentes.

Calpurnia abrió la boca para decir algo pero se amilanó.

Justo en aquel momento se empezaron a servir los nuevos platos en bandejas de plata, entre ellos un exquisito y oscuro estofado de carne de cerdo con manzanas. Yo sentía curiosidad por probarlo, pues en Egipto no se come cerdo. Hubo también cabrito guisado al estilo parto y zorzales rellenos, alimentados con arrayán. Después, ante el asombro de los invitados, se sirvió una bandeja con un gigantesco mújol asado, aderezado con una salsa a la vinagreta.

— ¿Acaso has bajado a pujar por el mújol? —preguntó Agripa, riéndose. Al parecer, los romanos eran muy aficionados al mújol, y las grandes casas los vendían en subasta en el mercado—. ¿Cómo has conseguido superar a Marco Antonio? Baja todos los días, firmemente dispuesto a llevarse el mejor.

— ¿Personalmente? —preguntó Octavio, escandalizado.

— Eso no es peor que otras cosas que hace. Exhibirse por ahí con un acompañamiento de actores de teatro, beber, vivir en casa de Pompeyo sin pagar nada —dijo Bruto—. Estoy hablando del hombre a quien tú encargaste el gobierno de Roma en tu ausencia.

— No lo hizo muy bien —dijo César—. Sufrí una decepción. Le retiré todas las atribuciones. Y se terminó. Lo que haga con la bebida y las mujeres no me interesa.

— Pero ¿no está emparentado con nosotros? ¿No pertenece a la *gens* Julia? —preguntó Octavio con semblante afligido.

— Con carácter muy lejano —contestó César.

— No lo bastante lejano —dijo Octavia.

— Pero ¿por qué hablar tanto de él? —dijo César—. Tiene muy buenas cualidades y me han sido muy útiles en el pasado. Falló en su última misión. Pero aun así, es un gran general. Tiene un sentido muy intuitivo de la táctica. No hay ningún hombre a quien yo prefiriera tener a mi lado en un campo de batalla.

— Conocí a Marco Antonio en cierta ocasión —dije yo—. Fue cuando estuvo en Egipto con Gabinio.

Recordaba al joven y sonriente oficial de caballería que se había abstenido de burlarse de mi padre embriagado cuando otros romanos le habían mirado con recelo. Había sido amable con nosotros.

— Eso fue hace diez años o más —dijo Bruto—. Ha cambiado desde entonces.

Alanceó un gran trozo de carne con su cuchillo y lo trasladó chorreando salsa a su plato. Unas salpicaduras de salsa mancharon la servilleta.

Se sirvieron otros manjares: pepino hervido y lo que César llamó «calabaza al estilo alejandrino». Era algo que yo jamás había saboreado anteriormente, pero que al parecer encajaba con lo que los romanos imaginaban de nosotros. Estaba llena de canela y miel.

— Eso es algo que yo no conocía —confesé—. Hay muchas cosas que ignoramos de nuestras respectivas costumbres. En Roma he visto muchas que me han desconcertado. Por ejemplo, los lictores y esos haces de varas que llevan. ¿Qué significan? Y los senadores, *quaestores* y *praetores* y esos a los que la gente llama *curules aediles*, ¿qué funciones desempeñan?

— Haces tantas preguntas como un niño —dijo Bruto—. ¿Así es cómo una reina adquiere conocimientos?

— Así es cómo todas las personas sensatas los adquieren. Bruto —dijo César en tono de reproche. Después se volvió hacia mí—. Veo que necesitas a alguien que te explique las cosas que te son desconocidas. Muy bien, ¿quién mejor que Octavio, este romano de pura cepa?

¡Su sobrino no! Comprendí que me resultaría muy molesto tener a aquel chico constantemente a mi alrededor. Pese a ello, dije sonriendo:

— No, Octavio no debe abandonar sus deberes en el colegio de los pontífices.

— ¡Será un buen adiestramiento para él! El hecho de explicarte las cosas le aclarará las ideas —dijo César—. Tiene que aprender a desenvolverse en público. Al fin y al cabo, tendrá que desfilarse en un carro en mis Triunfos.

— A pesar de que no te acompañó en los campos de batalla —dijo Agripa—. Bueno, la próxima vez los dos estaremos allí —añadió mascando con fruición un trozo de carne de cabrito.

Me incliné sobre mi plato para probar la carne de cerdo. Es una carne muy fuerte y sabrosa. Aquel animal en concreto había sido alimentado con bellotas en la provincia de Bruto, según explicó éste.

— Es posible que Bruto se vuelva a casar muy pronto —dijo bruscamente Servilia—. Puede que se case con mi sobrina Porcia, la hija de Catón.

César posó el cuchillo y miró fijamente a Bruto.

— Convendría que lo pensaras un poco —le dijo muy despacio.

— En Roma no tenemos ningún rey a quien yo deba pedir permiso —contestó Bruto—. ¿O acaso el Prefecto de la Moralidad controla todas las bodas?

— Por supuesto que no —contestó César jovialmente—. Pero casarse con alguien de la propia familia puede ser muy aburrido. Lino ha oído las mismas historias familiares, conoce todas las bromas y las mismas recetas. No hay ninguna novedad.

— Pues nosotros los Lágidas somos así —replicó mi hermano—. Llevamos muchas generaciones practicando el matrimonio entre hermano y hermana como los faraones, y eso se debe a que somos divinos.

Todo el mundo se lo quedó mirando.

— En Roma no creemos en estas cosas —dijo Servilia en un susurro.

— ¿En lo de casarse los hermanos con las hermanas? —preguntó Tolomeo.

— No. En los reyes y en la gente que afirma que es de origen divino. Aquí tenemos una república... todos los ciudadanos son iguales.

— ¡Qué ideal tan gracioso! —exclamó Tolomeo, echándose a reír.

— Es un concepto occidental —me apresuré a decirle—. La gente en Oriente piensa de otra manera. En nuestras tierras, los reyes representan la tradición. Y creemos que los dioses se mezclan con los hombres a distintos niveles.

— Sí, sobre todo en la cama —dijo Agripa sin la menor malicia—. Por lo visto, Zeus se pasa la vida persiguiendo a las mujeres mortales con mil disfraces distintos... primero como una lluvia de oro, después como un cisne... y de esta manera engendra hordas de vástagos semidivinos. Bastardos.

— Los hombres ya hacen suficientes cosas de este tipo —dijo Calpurnia—. No necesitan la ayuda de los dioses.

Era evidente que se refería a mí y a Cesarión. O sea que la cosa se sabía por toda Roma. Ahora le correspondía a César decir algo. ¡Que hablara!

Pero se negó a picar en el anzuelo. Pasó el momento y los criados empezaron a retirar los platos y a prepararse para servir el último, la *mensa secunda*, una selección de exquisitos dulces. Los acompañaríamos con *passum*, un fuerte vino de uvas pasas.

Después sirvieron en unas pequeñas bandejas una especie de natillas hechas con miel ática y una compota de peras. Al final sacaron una bandeja llena a rebosar de granadas. César tomó la de arriba y la depositó directamente en mi plato, mirándome con intención.

«Al final, he encontrado a alguien que es exactamente igual que yo. Somos las dos mitades de una granada, y ambas encajan a la perfección.» Recordaba las palabras que había pronunciado en Alejandría. Pero allí en Roma, rodeado de su familia... ¿era más como ellos o más como yo? ¿Qué era en realidad?

— ¿Qué ocurrirá? —pregunté en un susurro que sólo él pudo oír.

Ahora comprendía que nada estaba resuelto ni era seguro. El amo del mundo, que había apartado a un lado las piezas del tablero del juego de Egipto con un rápido movimiento de la mano, era simplemente un hombre que cenaba con sus fríos y hostiles enemigos. Y más allá de ellos acechaba una auténtica animosidad. Lo intuía. «En Roma no creemos en estas cosas.» ¿Cuál podría ser el destino último de César en aquel lugar?

— No lo sé —me contestó en otro susurro.

Pensé que la cena ya había terminado, pero me sorprendió que los músicos empezaran a interpretar otras melodías y que César dijera:

— Amigos míos, deseo que vosotros seáis los primeros en escuchar el principio de una composición sobre la Guerra Alejandrina. Mi buen amigo el pretor Aulo Hirtio ha empezado a escribirla y le he invitado a que se una a nosotros y nos traiga no sólo su relato sino también sus famosas moras en su jugo.

Se oyeron unos murmullos de expectación y más tarde me dijeron que Hirtio era famoso por sus refinados gustos culinarios. Al parecer, sus moras eran muy superiores a las habituales.

Un hombre de apariencia muy agradable entró en la sala seguido por un esclavo que portaba una bandeja de plata. Vi en su interior las bayas de un profundo color rojo morado.

— Es un honor para mí ofrecer mi humilde relato de la guerra en presencia de aquellos que la vivieron —dijo—. Majestades, os suplico que tengáis a bien corregir cualquier cosa que no se ajuste a la verdad. Como muy bien sabéis, yo no estuve allí. —Inclinó la cabeza, miró a su alrededor, dio un paso atrás y empezó a recitar—: «*Bello Alexandrino conflato Caesar Rhodo atque Ciliciaque omnem classem arcessit: Creta sagittarios, equites ab rege...*»

César frunció el ceño. Sabía que Tolomeo y yo no podíamos entenderlo. Y sin embargo yo hubiera deseado que dejara continuar a Hirtio, pues ello me hubiera dado la ocasión de observar a los demás y de estudiarlos sin necesidad de estar constantemente en guardia ni de responder a los comentarios y las preguntas.

Pero mi deseo no se pudo cumplir. César levantó la mano.

— Te lo ruego, nuestros regios invitados no dominan el latín con tanta soltura como el resto de los presentes. Creo que lo podrían apreciar mejor en griego.

— Oh, sí, claro. —Hirtio cerró los ojos y regresó al principio—. «Cuando estalló la Guerra Alejandrina, César mandó llamar toda la flota desde Rodas y desde Siria y Cilicia; con arqueros de Creta y soldados de caballería de...»

Las moras se habían servido en unos platitos de cristal multicolor. El cristal multicolor era una especialidad de Alejandría. ¿A quién se le habría ocurrido aquel detalle... a César o a Hirtio? Probé las moras y me parecieron ácidas y ásperas.

— «La ciudad, que era muy próspera y contaba con abundantes provisiones, proporcionó pertrechos de todas clases. Los habitantes eran inteligentes y muy astutos...»

Tenía dificultades para seguir el relato pues mi mente se perdía constantemente. Una ligera brisa penetraba en la sala desde el jardín, una brisa densa y perfumada con el aroma de hojas desconocidas, polvorienta y ligeramente dulzona.

Octavio sufrió un violento acceso de tos estridente. Sólo entonces me di cuenta de que su frágil belleza tal vez era el resultado de una enfermedad. Su aspecto transparente era el propio de un tísico. Hirtio hizo una pausa hasta que el chico dejó de toser.

Después añadió:

— «Pero en cuanto a mí, si ahora se me encomendara la tarea de defender a los alejandrinos y demostrar que no son mentirosos ni temerarios, tendría que gastar inútilmente muchas palabras; de hecho, cuando uno conoce la raza y sus crías, no puede haber la menor duda de que, como raza, se muestran extremadamente inclinados a la traición.»

— ¡Protesto! —dijo Tolomeo con voz chillona—. ¿Por qué dices estas cosas?

— Yo creo que lo que Hirtio quiere decir... —contestó César.

— ¡No, que hable Hirtio por sí mismo! —dijo Tolomeo.

Hirtio miró a su alrededor, buscando a alguien que pudiera acudir en su ayuda.

— Es un hecho bien sabido que el pueblo de Alejandría es voluble, violento e inconstante —dijo—. ¡Hasta en tiempo de paz se alborota! ¿Acaso no es cierto? —preguntó, mirándome.

— Sí —tuve que reconocer—. Los alejandrinos son muy difíciles de gobernar. Desde que prácticamente derrocaron (¡cuánto aborrecía aquella palabra!) a Tolomeo X, se han vuelto más violentos. Cuando yo era niña provocaron disturbios porque un romano había matado involuntariamente un gato. Cuando subí al trono, sus ánimos se encresparon. Me expulsaron del trono. Cuando César luchó contra ellos en la Guerra Alejandrina, se habían vuelto casi ingobernables. Ahora han encontrado la horma de su zapato.

— En otras palabras —dijo Bruto—, ¿eso quiere decir que César humilló al pueblo y le impuso algo que no deseaba?

— Cualquiera diría que estás hablando de unos héroes —dije—. Este pueblo tan heroico es el mismo que se revolvió contra su benefactor Pompeyo y lo asesinó cuando llegó a nuestras playas en busca de refugio. No son nobles sino simplemente unos traidores que desprecian todas las leyes morales.

— A Pompeyo no lo mató el pueblo —replicó Bruto— sino una corrupta facción palaciega.

— Apoyada por el pueblo —insistí.

Se tenía que haber nacido en Alejandría para comprenderlo. El tal Bruto tenía unas ideas muy equivocadas acerca de unas cosas que jamás había visto.

— Y esta facción corrupta se alió con una parte de la familia real; uno de sus miembros lo pagará desfilando como prisionero en el Triunfo y el otro lo pagó con la vida —dijo Servilla asintiendo enérgicamente con la cabeza mientras sus dos enormes pendientes de perlas oscilaban hacia delante y hacia atrás.

Los ojos de César se posaron en ellos mientras su voz le decía en un suave susurro:

— Veo que sigues gozando de los tesoros de Britania.

Bruto observó sus moras y se sumió en un repentino silencio.

— ¿Es cierto que invadiste Britania para satisfacer la afición de Servilla a las perlas? —inquirió Octavia.

Su pregunta había sido sincera y aparentemente inocente, pero aun así el efecto fue demoledor.

— Pero ¿quién se dedica a divulgar semejantes estupideces? —dijo César—. ¡La gente se pasa la vida difundiendo toda suerte de absurdas e insultantes historias sobre mí!

— Yo... yo no me las he inventado —contestó Octavia con voz trémula y atemorizada.

— ¡Pues entonces no las repitas! —tronó César—. Jamás emprendería una campaña militar para satisfacer la vanidad de alguien, ni siquiera la mía. ¡Por todos los dioses! ¿Por quién me has tomado? —preguntó, haciendo un esfuerzo por reprimir su cólera—. Exploré Britania y la adquirí para Roma porque así se me pidió. Por la gloria de Roma.

Bruto abrió la boca para decir algo, pero inmediatamente la cerró en una dura y apretada línea recta.

Una cálida ráfaga de viento entró en la sala, seguida de un lejano retumbo. Crujieron los papeles de Hirtio, que trató de reanudar animosamente su lectura, pero el estallido de un trueno ahogó su voz. El fragor del trueno sonó tan cercano como si se hubiera producido en el jardín.

— Amigos míos —dijo César—, quizá será mejor que inter rompamos la lectura para que podáis regresar a vuestras casas antes de que estalle la tormenta. Estas tormentas de verano son a veces muy fuertes.

Todo el mundo se apresuró a levantarse y, dando efusivas gracias a César, los invitados no tardaron en retirarse. Uno a uno se despidieron también de mí... Servilla y Octavia amablemente. Bruto y Calpurnia con más sequedad. Octavio me dijo que tendría sumo gusto en acompañarme en un recorrido por la ciudad y en responder a mis preguntas cuando yo quisiera. Le aseguré que lo llamaría más tarde y le di las gracias. Se retiró tosiendo en compañía de Agripa.

En la sala sólo quedábamos Tolomeo, Hirtio y yo.

— Mi querido Hirtio —dijo César—, gracias por la lectura. A ti y a Tolomeo os mandaré a casa en una litera, y yo mismo me encargaré de que la reina Cleopatra regrese sana y salva a su residencia.

— Pero... —fue a protestar Tolomeo.

— Ve con él —le dije yo—. La tormenta estallará de un momento a otro.

Mientras hablaba, un impresionante trueno desgarró el aire.



Nos encontrábamos solos en la estancia; Calpurnia seguramente había subido al piso de arriba. Una violenta ráfaga de viento acompañada de unas hojas secas penetró en la estancia e hizo que las hojas de la puerta golpearan el muro con tal fuerza que desconcharon levemente una parte del fresco de color azul verdoso oscuro en el que se representaba un panorama costero. Fuera, los relámpagos rasgaban el aire, iluminando el jardín y las estatuas con su azulado resplandor.

Me estremecí sin poderlo evitar. Las cálidas ráfagas de viento contenían en su interior una extraña frialdad. Yo jamás había visto un rayo, a pesar de que todas nuestras monedas tolemaicas ostentaban la imagen de un águila con unos rayos en sus garras. No estaba preparada para su violencia.

De pie a mi lado, César lo contemplaba todo en silencio.

— Gracias por la cena —le dije—. Ha sido...

— Desagradable —dijo él, terminando la frase por mí—. Pero era necesario. Ahora ya os conocéis todos y se ha satisfecho la curiosidad.

— ¿Por qué has invitado a Bruto? No pertenece a tu familia.

— No, a pesar de los absurdos rumores que circulan por ahí, según los cuales es mi hijo —contestó con irritación—. Y sin embargo a veces me parece que si él... que si yo tuviera un hijo adulto, me gustaría que fuera como Bruto.

— ¿Por qué?

Me parecía hosco y carente de la más mínima cualidad humana.

— Tiene una pureza muy insólita. Su exterior es exactamente igual que su interior.

— Pero su exterior es tan desconcertante que no apetece demasiado conocer su interior —dije.

— Cuando quiere puede resultar encantador —dijo César.

— Está claro que esta noche no ha querido —dije—. ¿Y qué significa eso de que la gente dice que es tu hijo?

— Hace tiempo Servilla estuvo enamorada de mí —contestó—. Y yo la apreciaba mucho.

— O sea que por eso Bruto no aprueba tu conducta.

— No, hay algo más. Sus ideales son tan elevados que jamás permitiría que una razón tan mezquina influyera en su comportamiento. Creo que es porque... no me perdona que respetara su vida tras haberse incorporado a las fuerzas de Pompeyo. Y conste que se unió a Pompeyo sólo por los principios republicanos que éste defendía, pues odiaba personalmente a Pompeyo por haber asesinado a su padre.

— ¡Qué hombre tan complicado! —exclame—. Jamás te desearía un hijo como él. Rezo a los dioses para que Cesarión no se parezca a Bruto.

— Y yo rezo, querida Cleopatra, para que nuestro hijo no se parezca a nadie que jamás haya vivido en esta tierra —dijo César—. Por nada del mundo quisiera que fuera una copia de otro.

— Pero cuando lo viste —repliqué— dijiste que era tu vivo retrato. ¿Qué querías decir con eso?

— No lo sé muy bien —contestó muy despacio—. Sólo sé que, al verle por vez primera, me sentí abrumado: mientras yo lo miraba, una parte de mí mismo estaba durmiendo, ajena a todo lo que la rodeaba. Creo que... tener un hijo es convertirse en rehén del destino.

— Eso lo somos todos.

— Pero es más fácil sobrellevarlo cuando estamos solos que cuando estamos con otros.

ESTABA a punto de contestar cuando un gigantesco trueno me lo impidió. Toda la casa se estremeció. Los árboles se doblaban y sus pesadas ramas se agitaban hacia arriba y hacia abajo mientras la lluvia golpeaba el suelo como un ejército de jabalinas.

Yo había crecido sabiendo que nuestro clima de Egipto era suave y que ésta era una de sus mejores cualidades, pero jamás había comprendido plenamente su significado hasta ver la furia de aquella tormenta romana.

César me rodeó con su brazo y yo me apoyé contra él en silencio. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta aquel momento; durante la cena había vivido muchas situaciones de tensión. Ahora los dos estábamos solos, aunque no del todo: Calpurnia se encontraba en el piso de arriba, aguzando sin duda el oído para intentar oír algo. Yo lo hubiera hecho.

El temporal de lluvia amainó por fin y murió a trompicones. El jardín estaba parcialmente inundado y en la sala se aspiraba el olor de la tierra mojada. Los truenos se fueron alejando mientras unos relámpagos residuales desgarraban las nubes del cielo. Una luna casi llena surgió de sus oscuros confines e iluminó con sus espectrales rayos las hojas diseminadas por el suelo, los mojados bancos y los cenagosos charcos.

— Ponte una capa y cúbrete la cabeza —me dijo César—. Quiero enseñarte una cosa.

Un esclavo entró con su capa y con la mía y juntos nos las pusimos, cubriéndonos con ellas la cabeza. Después César me tomó de la mano y me guió al exterior, hacia la sombra del templo de Vesta.

— Mira —me dijo, señalándome el Foro, donde la blancura de los edificios destacaba en medio de las profundas y negras sombras que los rodeaban.

Estaba casi desierto. Lo tardío de la hora y la violencia de la tormenta habían alejado a la gente. Ahora el conjunto poseía una dignidad y una grandeza de la que carecía cuando yo lo había contemplado por vez primera. Los templos y los pórticos, las estatuas y las columnas conmemorativas hablaban de un esplendor que yo me había negado a reconocerle al principio.

— Ésta es la Vía Sacra —me dijo César, golpeando el suelo con los pies—. Por aquí bajare con mi carro durante los Triunfos para dirigirme al templo de Júpiter Capitolino. Y allí... —me señaló un lugar situado delante de una sala de asambleas cubierta— se levantarán las tribunas para los dignatarios y los principales ciudadanos. Tú ocuparás un asiento en la primera fila junto con el resto de mi familia. —Parecía muy interesado en mostrarme el lugar exacto—. Mandare colocar unos toldos de seda para protegeros a todos del sol... dirán que es un despilfarro... que se vayan al infierno... a pesar de todos los bienes que

generosamente se distribuirán y de todos los juegos que se organizarán para distraerlos... son unos perros ingratos... no hay manera de tenerlos contentos...

— ¡Ya basta! —le dije—. Te estás alterando sin motivo. —La mano con la que sostenía la linterna estaba temblando. Temí que estuviera a punto de sufrir uno de los ataques de su enfermedad—. ¿Te ocurre algo?

— No, en absoluto —contestó en tono irritado—. No me ha vuelto a ocurrir desde poco antes de la batalla de Tapso. La enfermedad pretendía impedirme luchar, pero yo la vencí. —Hizo una pausa—. La vencí con mi fuerza de voluntad.

No comprendía cómo, pero no dije nada.

— Miles de personas intervendrán en el cortejo... los magistrados, los senadores, los cautivos y mis tropas. ¡Y el botín! ¡No te lo puedes imaginar! ¡Carros y más carros, montañas de oro, armas y joyas! Y los toros para los sacrificios...

— Todas estas cosas las tenemos en Egipto —dije yo.

En realidad eran los egipcios los que se habían inventado semejantes cortejos y desfiles. Estaba acostumbrada a ellos desde hacía mucho tiempo.

Dimos un paseo por la Vía Sacra, procurando no pisar los grandes charcos que había por todas partes. El templo de Castor y Pólux, con sus altas columnas blancas, parecía una hilera de árboles sobrenaturales, revelados y ocultados por las fugaces sombras.

— Por muy acostumbrada que estés a estas cosas —me dijo—, eso te dejará boquiabierto de asombro. —Hizo una pausa—. Esperaba desde hacía mucho tiempo que se me reconocieran los méritos de mi hazaña en la Galia.

— Rezo para que sea lo que tú esperas —dije.

Nos cruzamos con tres hombres que también se habían atrevido a salir. Ninguno de ellos nos miró; ninguno pensó que aquellas dos personas envueltas en unas sencillas capas pudieran ser otra cosa que unos conciudadanos. Hablaban de la tormenta y de algo relacionado con un tenderete callejero, una conversación que se hubiera podido escuchar en cualquier ciudad y en cualquier país.

— Ven —me dijo César, guiándome hacia la derecha.

Pasamos cerca de la Curia, sede del poderoso Senado, y junto a un sólido edificio encajado en la colina del Capitolio.

— ¿Qué es eso? —pregunté.

— El Tullianum —me contestó—. El lugar donde se custodia a los prisioneros del Estado.

— ¿Mi hermana... está aquí dentro?

No podía imaginarme a la orgullosa Arsinoe en la cárcel.

— Sí, junto con otros prisioneros que también serán exhibidos en los

Triunfos. Entre ellos el caudillo galo Vercingetórix, el pequeño Juba, hijo del rey de Numidia, y Ganimedes, el cómplice de Arsinoe.

— ¿Qué se hace con ellos... después?

— Se les ejecuta —contestó César—. En las pequeñas cámaras que hay detrás de las celdas de la prisión.

— ¿Siempre?

— Pues claro. Se pusieron al frente de unos ejércitos contra Roma. Ahora tienen que pagarlo. Pero se les ejecuta en privado. Eso no forma parte del espectáculo. —Hizo una pausa—. No es triste. Lo triste es su falta de dignidad. ¡Si la tuvieran, se hubieran suicidado antes de acabar así!

— Pero el niño debe de ser inocente de las obras de su padre —dije.

— Bueno, Juba no será ejecutado. Se educará en una familia romana.

— Arsinoe es una mujer. ¿También ejecutáis a las mujeres?

— Se puso al frente de un ejército, ¿no? —Para él todo estaba muy claro—. Si combatió como un hombre, justo es que muera como tal.

Yo había presenciado la ejecución de otra hermana mía por orden de mi padre; tenía que aceptarlo. Arsinoe había intentado asesinarnos tanto a mí como a César. En mi lugar, ella me hubiera liquidado sin contemplaciones. No obstante, la derrota y el exilio va eran un gran castigo de por sí.

— No me parece muy compasivo —dije— y sin embargo eres famoso por tu clemencia.

— Eso depende del personaje con quien se me compare. Pero nadie les perdona la vida a los enemigos extranjeros. Tus propios paisanos... pero, bueno, eso es una cuestión personal. Creo que si alguien desea unirse a mí tras haber combatido contra mí, debe ser bien recibido. Quemé los documentos que encontré en la tienda de Pompeyo; no quise saber quién había mantenido correspondencia con él.

— Fue muy magnánimo de tu parte —dije—, pero ¿no es una temeridad?

Estábamos cruzando una callecita completamente a oscuras. Tuve que tomar la mano de César porque no conocía el camino.

— Tal vez —contestó—, pero creo que lo demás conduce a la tiranía y enciende un odio al que uno no puede sobrevivir.

— Creo que si les perdonas la vida a tus adversarios —como Bruto— tendrías que hacer algo más para complacerlos y ganarte su favor. El simple hecho de perdonarles la vida sin hacer el menor intento de congraciarte con ellos no tiene ningún sentido. Y no lleva a ninguna parte.

— ¡Me tendrían que estar agradecidos!

— Pero eso no ocurre si no te aprecian.

Yo lo veía muy claro. Si alguien a quien aborrecemos nos hace un favor,

despreciamos tanto a la persona como el favor.

— Yo jamás los adularía ni los mimaría —dijo—. Eso se lo dejo a Cicerón y a los que son como él. Cicerón tiene tal deseo de ser amado y valorado que es como una niña que acaba de entrar en la adolescencia y se mira constantemente al espejo para ver qué tal está, y se pasa el rato analizando todos los comentarios que hacen los demás. ¡Bah!

No había manera de discutir con él. Avanzábamos a trompicones por la oscura calle adoquinada. ¿Adónde íbamos?

— Esta dignidad de Pontifex Maximus... ¿cómo obtuviste el nombramiento?

Me parecía un tema inofensivo y sentía curiosidad.

— Compré la elección —me contestó—. En Roma todo está a la venta.

Doblamos bruscamente una esquina y mis ojos contemplaron el nuevo Foro de César. Las nubes se habían disipado y la luna iluminaba de lleno su blanca perfección.

Su belleza era tan sublime que me quedé sin habla.

— Es el regalo que le hago a Roma —me explicó—. Un nuevo Foro.

Cruzó el patio a medio adoquinar sin soltarme la mano. Después subimos las gradas de la parte lateral del templo y él se inclinó para encender la linterna.

— Y éste es mi regalo a la diosa Venus Genitrix que fundó la *gens* Julia a través de mi antepasado Eneas... este templo que prometí construir si ella me otorgaba la victoria en Farsalia.

Hablaba de su creación en un reverente susurro. En el pórtico había varias pinturas —griegas a juzgar por su aspecto— y uno de los muros estaba adornado con una armadura antigua.

El sagrario interior del templo estaba a oscuras y en silencio, y en el aire se percibía un olor a piedra nueva. Nuestros pasos resonaban y el lugar parecía una gruta, aunque no sé muy bien por qué lo pensé pues no podía ver nada.

César sostuvo la linterna en alto por encima de su cabeza, formando un pequeño círculo de luz a nuestro alrededor, pero las esquinas y el fondo seguían siendo invisibles para mí. Se acercó tan silenciosamente como un sacerdote a la parte del fondo.

Delante de nosotros vi tres estatuas sobre unos pedestales, unas estatuas de gran tamaño.

— Aquí está la diosa —me dijo, acercando la linterna al rostro de la estatua del centro.

Su expresión era de suprema satisfacción y esbozaba una misteriosa sonrisa. Su busto de mármol estaba cubierto de perlas.

— La ha cincelado Arcesilao de Grecia —me dijo.

— Lo cual significa que has querido honrarla al máximo —dije yo—. Es uno

de los más grandes escultores vivos.

Desplazó la linterna a la derecha para iluminar otra estatua. Era la suya.

— Y éste es el regalo que te hago a ti —añadió, desplazando la linterna a la izquierda.

Surgió repentinamente de la oscuridad. Era yo.

— Arcesilao quiere verte en persona para completar los detalles —dijo César.

— Pero ¿qué has hecho? —pregunté con trémula voz. Estaba aturdida.

— He mandado cincelar una estatua tuya vestida de Venus para colocarla en el templo —se limitó a contestar.

— En el templo de tu familia —dije yo—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

— Quería hacerlo.

— ¿Qué pretendes con eso? —pregunté sin apartar los ojos de la enorme estatua que me representaba con los ropajes de una diosa al lado de su estatua y de la de su diosa protectora—. ¿Qué pensará la gente? ¿Qué pensará Calpurnia?

— ¿No estás contenta? —me preguntó—. La afrenta a la opinión pública forma parte del regalo. Cualquiera puede hacer gestos para ganarse el favor de las masas y ofrecérselos a sus amigos. En cambio, correr el riesgo de molestar a los demás... es un regalo de orden superior.

— ¿Qué dicen estas estatuas? —pregunté—. ¿Qué pretendes tú que digan?

— ¿Qué significarían para ti si las vieras con los ojos de un ciudadano corriente?

— Significarían que tú descienes de Venus, que tu familia es semidivina y que yo, como encarnación de Venus e Isis, soy tu consorte. ¿Qué otra cosa podría pensar?

— Justamente —dijo—. Eso es exactamente lo que pretendo. Me sentí obligado a hacerlo —añadió, contemplando las estatuas—. No sé cuáles serán las consecuencias, pero no podía desobedecer. ¿Ahora crees que te amo?

— Sí —contesté.

Y era verdad. Pero allí había algo más que amor. Me parecía una locura incurrir en la desaprobación pública.

— Celebraré la ceremonia de la dedicación del templo entre los Triunfos —dijo—. Habrá juegos y banquetes.

— Sí.

No sabía qué otra cosa hubiera podido decir.

— Tenemos que ser audaces —dijo—. Tenemos que ser lo que somos y no acobardarnos.

— ¿Crees que tus victorias te dan derecho a hacer lo que quieras? —le pregunté—. ¿Por eso no te privas de hacer nada?

— Yo sólo sabía que tenía que seguir mi instinto —contestó—. Nunca me ha fallado. La diosa Fortuna me guía y sólo me pide que acoja con ansia lo que ella me ofrece.

— Eso no te lo ofrece la Fortuna sino que te lo has inventado y lo has construido tú. No te has encontrado este templo por casualidad; tú lo has creado.

— También he creado las victorias de la Galia, de Alejandría, de Farsalia y de África. La Fortuna te ofrece oportunidades para crear; no te hace regalos.

No pude contestar. No había respuesta, o por lo menos ninguna que pudiera satisfacerlo. Estaba firmemente decidido a seguir un camino, como lo había estado al cruzar el Rubicón y entrar en la península Itálica. Pero mientras que en aquellos casos otros le habían dado motivos para emprender aquellas acciones, en éste el único responsable era él.

— Me echarán la culpa a mí —dije finalmente—. Dirán que yo te he inducido a hacerlo.

— No me importa lo que digan.

— Te tiene que importar. No puedes ser tan arrogante. No eres un dios, y por tanto no puedes despreciar las opiniones de los hombres.

— Tenerlas demasiado en cuenta es ser menos que un hombre, es acobardarse, rebajarse y...

— Estás describiendo a una bestia, no a un hombre. Hay un territorio intermedio entre la arrogancia y la sumisión.

Depositó la linterna sobre el reluciente suelo de mármol, sumiendo la parte superior de las estatuas en la oscuridad. Después me cogió suavemente por los hombros.

— Muéstrame este territorio intermedio —me dijo—. Tú lo sabes pisar muy bien, pero has tenido muchos más años que yo para hacer prácticas. Tú naciste en el seno de una familia real, naciste para gobernar y estás considerada una diosa desde tu infancia. Por consiguiente, a ti te resulta más fácil mezclar este elemento con lo humano.

— Límitate a ser César —le dije—. Es suficiente. —Después añadí—: Y no hieras a los enemigos a los que no tienes el valor de matar.

Permaneció en silencio un buen rato. Yo oía gotear el agua de la lluvia desde los frontones del exterior del templo sobre el suelo: las consecuencias de la tormenta.

Se inclinó para besarme y me rodeó con sus brazos.

— Me gustaría honrar a Venus en este lugar —me dijo en un susurro.

Unos rayos de luna penetraban en el templo a través de la entrada. Yo sabía que estábamos solos. La diosa nos contemplaba y contemplaba nuestras



estatuas como si esperara a ver lo que íbamos a hacer.

— Cuando se celebre la dedicación del templo, nosotros ya le habremos hecho una ofrenda —dijo, estrechándome con fuerza mientras yo me encendía de deseo.

La cortés distancia que nos habíamos visto obligados a mantener durante la cena había intensificado el ansia de intimidad.

Habíamos hablado demasiado de enemigos, de ejecuciones y de destinos; de Bruto, Calpurnia y Octavio. No era una noche muy prometedora para entregarse a los placeres de Venus.

— Los que adoran a Venus tienen que acudir a ella en toda su integridad — dije finalmente, apartándome ligeramente de él—. Mi mente está turbada por todo lo que ha ocurrido esta noche antes de que entráramos en este templo.

— Pídele a la diosa que lo borre —me dijo en tono persuasivo—. Ella lo puede hacer.

Me asombró la capacidad que tenía de apartar de su mente los pensamientos inquietantes y estar allí como si estos no existieran. El desierto espacio de aquel hermoso templo parecía estar pidiendo a gritos un poco de calor para romper el hechizo de su carácter inconcluso.

Dejé que me guiara hacia la oscuridad absoluta que reinaba en la parte de atrás de la base de la estatua de Venus. Puso la linterna en el suelo delante de la estatua. Sus costados quedaron iluminados por una suave luz difusa.

— ¿Acaso no tienes una villa para estas cosas? —le pregunté en tono de débil protesta—. ¿Una villa con una estancia provista de almohadones, colchas y ventanas que se abren a un jardín, desde el cual penetran las fragancias de los perfumes del paraíso?

— Sabes muy bien que sí —me contestó—, pero allí falta algo que todos los amantes desean y que nosotros jamás hemos saboreado: la intimidad. Observa la paradoja: cuanto más rico eres, tanto menos disfrutas de ella. Pero ahora gozaremos de ella, ya lo verás.

Su voz sonaba cálida en mi oído y yo me fundía con ella. Él tenía razón; nos hallábamos solos como casi nunca lo habíamos estado y quizá jamás lo volviéramos a estar.

Me bajó la manga por el brazo y me besó el hombro largo rato. Yo sentía mis huesos bajo sus labios e inmediatamente fui consciente de mi cuerpo; los confusos pensamientos emprendieron el vuelo.

— Te quiero —le dije—. Daría la vida por ti.

— Calla —me dijo—. No hables de morir. Eso corresponde a los poetas, no a las reinas.

Después me besó con fuerza y yo lo besé a mi vez, aterrándome a él en medio de la oscuridad. Estábamos solos. Él era mío y yo suya.

La diosa nos contemplaba benignamente desde su pedestal.

Sol radiante. Cielo profundamente azul. Soplaban una ligera brisa aquel día en que se iba a celebrar el primer Triunfo. Yo me encontraba en la tribuna especial de asientos levantada en la Vía Sacra, desde la cual los invitados más ilustres presenciarían la última y más importante parte del desfile triunfal, la que atravesaría el Foro y, desde allí, ascendería al templo de Júpiter Capitolino. Tendríamos que esperar largo rato bajo el sol, y ésta era la razón de que César hubiera mandado colocar unos doseles de seda sobre nuestras cabezas. Tolomeo se sentaba a mi lado, y otros lugares de honor los ocupaban Calpurnia, Octavia, el sobrino de César Quinto Pedio y su sobrino nieto Lucio Pinaro. Tenía una familia muy reducida.

La gente llevaba esperando desde mucho antes del amanecer a lo largo del camino que seguiría el cortejo: desde el Campo de Marte pasando por el Circo Máximo antes de rodear la colina del Palatino y entrar en el Foro. Desde lejos llegaban los gritos y rugidos de la multitud cada vez que César hacía una parada. En mi impaciencia por verlo, me pregunté qué estaría viendo la gente.

Al mediodía vi un ligero movimiento hacia el fondo del Foro y enseguida apareció una compañía de hombres, que avanzaron despacio, muy despacio, pasando por delante del templo de Vesta, del templo de Castor y Pólux y de los pórticos todavía inconclusos de la Basílica Julia antes de llegar a nuestra altura. Se intensificaron los suaves acordes de la música y vimos pasar a los músicos que encabezaban el desfile con sus trompetas y flautas. Les seguía un grupo de sacerdotes, balanceándose hacia uno y otro lados mientras levantaban sus turíbulos y el aire estival se llenaba con el dulce perfume del incienso.

A continuación desfilaron los dignatarios y funcionarios de la ciudad de Roma. Detrás de ellos caminaba orgullosamente un numeroso grupo de senadores con sus togas pretextas, tal vez más de quinientos.

De pronto se oyó un rugido hacia el fondo del Foro, y al ver aparecer unos adornados carros comprendí el motivo. Era el botín, amontonado en unos carros contruidos con madera gala e incrustaciones de madera de limonero. Las lanzas asomaban desde el interior de los carros, los escudos repiqueteaban y los carros avanzaban con esfuerzo bajo el peso del oro y la plata. A veces caía una copa o una bandeja y la gente corría a recogerla como perros que lamieran las sobras de una mesa.

Los carros pasaban chirriando bajo las montañas de oro. Las ruedas de uno de ellos se quedaron atascadas entre los adoquines y fue necesario levantarlo. César debía de haber saqueado todas las aldeas y despojado todos los altares rurales. En la Galia no debía de quedar nada de valor.

Después desfilaron unos hombres portando unos letreros con los nombres de las distintas batallas: Alesia, Agedincum, Bibracte, Lugdunum, Gregovia, Avaricum... unos nombres de los bárbaros y desconocidos lugares que César había conquistado.

Un carro decorado con la efigie del Océano encadenado, símbolo de la

invasión de Britania, pasó ruidosamente por delante de nosotros.

A continuación desfiló un grupo de prisioneros, caudillos de largas melenas, vestidos de cuero o de piel. Detrás de ellos caminaba en solitario una alta figura encadenada. Era Vercingetórix, el caudillo galo que había encabezado el gran levantamiento de la tribu de los Arvernos contra César y finalmente había sido derrotado en Alesia, donde César se había alzado con la victoria contra un enemigo cinco veces superior. Vercingetórix no había perdido ni un ápice de su orgullo en los seis años que llevaba esperando aquel desfile por el Foro que culminaría con su muerte. La muchedumbre, que se había estado burlando de los demás prisioneros, guardó silencio a su paso.

Yo me estremecí al verle. En el siguiente Triunfo desfilaría Arsinoe por delante de nosotros. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza tan insoportable!

Detrás de Vercingetórix desfilaron los animales destinados al sacrificio en el templo, varias columnas de bueyes blancos con los cuernos dorados, preparados y adornados con guirnaldas, la ofrenda de acción de gracias que haría César por sus victorias.

Al oír un inmenso griterío hacia el fondo del Foro, comprendí que César acababa de hacer su entrada en él. Lo precedían los setenta y dos lictores que estaba autorizado a llevar por haber sido tres veces dictador. Portaban aquellos horribles haces de varas y las relucientes segues. Su aspecto me gustó tan poco como la primera vez que los había visto. Cuando pasaron por delante de nosotros, sus rojos gorros ceremoniales se me antojaron manchas de sangre.

Al final apareció César en una dorada cuadriga. Parecía un dios, mirando a la muchedumbre con sus resplandecientes ropajes de púrpura y oro. En la mano izquierda sostenía un cetro de marfil rematado por un águila, y en la derecha una rama de laurel. A su espalda, un esclavo sostenía sobre su cabeza la pesada corona de oro de Júpiter, una corona demasiado pesada para una sien mortal.

Unos gritos enardecidos surgieron de las gargantas de todos los presentes. Lo inundaron de flores, de objetos y tesoros personales, pulseras y pendientes.

Detrás de él, delgado y erguido, iba Octavio en su propio carro, tratándose del único varón adulto de su familia.

El carro triunfal pasó por delante de nosotros cual si fuera el carro de Febo cruzando el cielo, y yo vi las incesantes oleadas de gentes que se levantaban y lo saludaban a gritos.

De pronto se detuvo el cortejo. El carro triunfal sufrió una sacudida y se oyeron unos confusos murmullos mientras César bajaba.

El eje del carro se había roto justo en el momento en que éste pasaba por delante del templo de la Fortuna. César permaneció de pie unos instantes e inmediatamente se acercó a las gradas que subían a la colina del Capitolio, en la que se levantaba el templo de Júpiter Optimus Maximus al que debería dedicar su corona y su cetro.

Cayó de rodillas en la primera grada y gritó con voz potente:

— ¡Contempladlo todos! ¡Subo al templo de rodillas como señal de sumisión a la voluntad del Destino!

Y así lo hizo, subiendo fatigosamente la empinada cuesta mientras la toga púrpura se arrastraba a sus espaldas por el suelo.

La muchedumbre lanzó un rugido de aprobación; con gran rapidez mental, César había convertido un mal presagio en una ocasión propicia. Pero el incidente había sido muy grave y me puso nerviosa.

Detrás de él iban sus tropas, los hombres que habían hecho posible sus victorias, gritando jubilosamente *io triumphe!* («¡Viva, oh triunfo!») y entonando cantos a pleno pulmón, aunque no me gustaron las palabras de los versos:

Traemos a casa a nuestro noble putero;  
encerrad, romanos, a vuestras mujeres.  
Todas las bolsas de oro que se le dieron,  
para pagar a sus furcias de la Galia fueron.

La muchedumbre prorrumpió en vítores. Otros versos decían:

Humilló a la Galia César,  
y Nicomedes lo humilló a él.  
Ya viene César con su corona triunfal  
por su victoria gala sin igual.  
El Rey Nicomedes no luce laurel,  
pero es el más grande de los tres.

¡Nicomedes, el rey de Bitinia, que según afirmaban sus enemigos había sido amante de César! Yo creía que era una mentira. Alguien me había mostrado la calumnia que Cicerón había escrito en sus cartas privadas: «César fue conducido por los servidores de Nicomedes a un lecho dorado, vestido con una túnica púrpura... así perdió este descendiente de Venus la virginidad en Bitinia.» Estaba claro que los soldados querían mantener viva la mentira.

La muchedumbre se partió de risa. Pero aún quedaban cosas peores.

En Egipto se demoró César,  
y se llevó todo el botín:  
el Faro, la Biblioteca,  
la reina Cleopatra y  
sus perfumados aceites mil.

Más risas estentóreas. Miré a Calpurnia; sonreía complacida. Yo intenté hacer lo mismo, pero estaba furiosa. Hubo otros versos:

Si haces las cosas bien,  
te castigan.  
En cambio si las haces mal,  
te nombran Rey.

Me puse tensa al oír la palabra «rey». ¿Por qué razón todo el mundo relacionaba esta palabra con César? ¿Por qué se sospechaba que ésa era su intención? Yo sabía que su relación conmigo había contribuido a alimentar aquella sospecha. ¿Quién acompaña a una reina sino un rey? ¡Y cuando vieran lo que había puesto en el templo de Venus Genitrix...!

Una hilera interminable de soldados pasó por delante de nosotros siguiendo a César y lanzando entusiastas gritos de alegría. Más tarde me dijeron que serían recompensados por su valor y lealtad: diez mil denarios para cada centurión, cinco mil para cada legionario. La multitud estaba a punto de invadir la calzada; otros soldados tuvieron que contenerla. Los pobres también recibirían generosos regalos.

Todo terminó en cuanto hubo pasado el mar de soldados. El sol había cambiado de posición y ahora nos daba casi directamente en los ojos a pesar del dosel.

Vi bajar por la Vía Sacra un cortejo de literas que se balanceaban al ritmo de los esclavos que las portaban. Todos los que ocupaban asientos en la tribuna destinada a los invitados ilustres iban a ser trasladados al Circo Máximo, donde se celebraría una carrera de carros incluida en los llamados Juegos Triunfales, que serían inaugurados por César. Tolomeo y yo, en nuestra calidad de gobernantes extranjeros, nos acomodábamos muy cerca de él, aunque yo no me sentaría directamente a su lado pues semejante honor correspondería a Calpurnia y Octavio.

A pesar del largo rodeo que hubo que dar, todos fuimos trasladados a la colina del Capitolio para que pudiéramos honrar a Júpiter, pasando por delante de su templo. Delante de él se encontraba ahora el carro de César, y en medio de la oscuridad del fondo pude ver la majestuosa estatua sedente del dios. A su lado vi también una nueva estatua de bronce de César, con el pie apoyado en una representación de todo el mundo. Más tarde me dijeron que en la inscripción de la estatua se decía que César era un semidiós, y que por este motivo la había mandado retirar.

Los bueyes esperaban pacientemente el sacrificio, que tendría lugar en cuanto se hubiera retirado la última litera. Los sacerdotes permanecían de pie, sonriendo benévolamente e incluso acariciando a las bestias.

Bajamos de la colina, cruzamos una parte de la ciudad llena de tiendas, mercados y viviendas y llegamos al Circo Máximo, la gran pista de carreras situada en el valle limitado por las colinas del Palatino y del Aventino. Estaba rodeado por unas grandes murallas, y en su interior se levantaban las gradas para los espectadores. Cruzamos el arco de la entrada mientras los soldados formaban cordones para contener a la multitud que esperaba para entrar en cuanto las personalidades hubieran tomado asiento. Observé que ya había algunas personas sentadas en la parte especial situada bajo el techo abovedado. Vi una toga de color púrpura... ¡César ya estaba allí! Mientras avanzábamos muy despacio, lo observé para ver qué aspecto ofrecía y cómo se comportaba.

Parecía muy cansado y sus ojos recorrían la pista como si temiera una

emboscada. La jornada se había cobrado su tributo y ahora, en un momento en que pensó que nadie lo miraba, dejó de interpretar su papel. Se le notaban los cincuenta y cuatro años, tenía unas marcadas arrugas entre la nariz y la boca y su cuello estaba tenso. En aquel día que tanto había esperado, sus ojos no reflejaban felicidad sino cautela. Al vernos, la expresión de su rostro cambió de golpe. Inmediatamente quedó disipada cualquier duda que yo pudiera albergar acerca de sus sentimientos hacia mí: se le iluminó el rostro y le desaparecieron los años como por arte de ensalmo.

Su toga púrpura con bordados de oro brillaba cual si fuera un antiguo tesoro. Llevaba una corona dorada de laurel cuyas hojas le enmarcaban la cabeza como una corona.

— ¡Salve, gran triunfador! —le dije—. El más grande de la tierra.

— Salve, gran reina de Egipto —contestó—. Y a ti también, rey de Egipto —añadió, señalando a Tolomeo—. Os ruego que ocupéis vuestros asientos de honor.

Todos los miembros de su reducida familia estaban sentados a su alrededor. El lugar que hubiera tenido que ocupar su hijo lo ocupaba Octavio, el cual no era más que un sobrino nieto. Sin embargo, César tenía un hijo, Cesarión, y algún día aquel hijo tendría que sentarse a su lado.

Tolomeo y yo estábamos sentados con un nutrido grupo de distinguidos visitantes y enviados extranjeros que habían viajado a Roma para aquella ocasión. Los reinos de Galacia y de Capadocia, la región de Licia y las ciudades de Laodicea, Tarso y Xanthi, habían enviado embajadores... el Oriente que tanto fascinaba y atraía a los romanos.

Las gradas se llenaron inmediatamente de espectadores que entraron como una tromba de agua. Rebosaban de entusiasmo, y en el aire se percibía una emoción tan palpable como la pesada opresión que precede a una tormenta.

César estaba inclinado atentamente hacia delante, hablando con Calpurnia y Octavio. Vi que ocupaba una silla dorada especial con un respaldo labrado. No cabía duda de que aquello debía de tener un significado; en Roma todo tenía un significado.

Al final se llenó el circo. Las gradas estaban enteramente ocupadas y eran como un mar de colores. Los trompeteros, un grupo de unos cincuenta hombres, se levantaron de los lugares que ocupaban e hicieron sonar sus trompas. Las notas sonaban alegres y conmovedoras a la vez. La muchedumbre se sosegó.

Un anunciador profesional, el hombre con la voz más potente que había oído en mi vida, ocupó su lugar junto a la barandilla, delante de César.

— ¡Romanos! ¡Nobles invitados! —grito— Los espectadores eran más de cien mil... ¿podrían oírle todos? El eco de su voz resonaba a nuestro alrededor—. Estamos aquí para honrar a nuestro *Triumphator*, según el antiguo estilo heredado de nuestros antepasados, con unas competiciones de destreza y valentía. Aquí, delante de todos vosotros, unos jóvenes jinetes participarán en una carrera a la

gloria de Júpiter y de César. —Un rugido acogió sus palabras. El hombre levantó las manos para pedir silencio—. Empezaremos con el *ars desultoria*. ¡Aceptad sus ofrendas!

César se puso en pie, levantó la mano derecha y dijo:

— ¡Qué empiecen los Juegos!

De unas puertas situadas al fondo del circo salieron inmediatamente unos troncos de caballos, trotando nerviosamente. El pelaje de los hermosos caballos brillaba bajo el sol de la tarde. Unos jóvenes jinetes saludaron con la mano a los espectadores antes de acercarse al lugar que nosotros ocupábamos para inclinarse en reverencia.

Eran unos veinte troncos, y todos los caballos parecían muy similares en cuanto al tamaño y la velocidad. Al principio recorrieron la pista todos a la par, pero después el primer tronco se adelantó al galope, con los cuellos estirados y los cascos volando. Los jinetes cabalgaban inclinados sobre sus cuellos mientras sus pies apretaban con fuerza los palpitantes flancos. De repente uno de ellos se incorporó y saltó al lomo del caballo de al lado mientras el otro jinete hacía lo mismo. Ambos jinetes se cruzaron un instante en el aire, permaneciendo en suspenso en una enloquecedora inmovilidad mientras los animales seguían galopando. Cuando saltaron a las grupas de los caballos, la multitud prorrumpió en vítores de entusiasmo. Después los jinetes se volvieron de espaldas y empezaron a girar como acróbatas mientras los caballos proseguían su carrera. A lo largo de la pista se habían colocado a intervalos unos pañuelos y unas cintas que los jinetes tenían que recoger, inclinándose hasta rozar casi con la cabeza los cascos de sus monturas. Cada vez que culminaban victoriosamente una hazaña, el entusiasmo de la multitud se desbordaba. Detrás del primer tronco se habían lanzado otros que estaban realizando peligrosos ejercicios al galope.

Cuando trataba de recoger un pañuelo cerca de una curva del Circo, un jinete cayó al suelo y fue pisoteado por su caballo. Un gemido se escapó de la garganta de los espectadores, pero era un gemido que traslucía un sentimiento algo malsano. Un grupo de hombres que se acercó para retirar a la víctima en unas parihuelas estuvo a punto de ser arrollado por los caballos, y tuvo que apartarse y contemplar con impotencia cómo el jinete era repetidamente pisoteado.

Tolomeo se inclinó hacia delante, temblando de temor y emoción.

— ¿Está muerto? —preguntaba una y otra vez.

Lo parecía. Antes de que yo pudiera contestar cayó otro jinete. La cabeza le estalló en un rojo surtidor cuando un casco de su caballo se la pisoteó.

Este jinete había muerto sin duda alguna.

La arena se estaba empezando a teñir de rojo. Miré a los romanos que me rodeaban. Sus ojos estaban clavados en la pista y no parecían demasiado impresionados por lo que estaba ocurriendo. El griterío de las gradas, cada vez más ensordecedor, se alimentaba con la violencia como el fuego se alimenta con

la paja.

Los equipos seguían realizando hazañas cada vez más peligrosas hasta que el ganador hizo dos saltos mortales en el aire entre dos caballos al galope, cayendo por los pelos sobre sus sudorosas y resbaladizas grupas. César le concedió el premio, y los restantes catorce o quince troncos de sudorosos caballos cubiertos de espuma fueron retirados de la arena. Salieron unos hombres y empezaron a rastrillar la arena para la siguiente competición. Se había levantado una suave brisa propia de última hora de la tarde; por regla general, aquella parte del día se reservaba al descanso, pero allí la tensión era cada vez mayor.

— ¿Por qué quieren matar a la gente? —estaba preguntando Tolomeo—. ¿Cómo es posible que alguien quiera ser jinete?

— Los hombres se sienten atraídos por el peligro —le conteste—. Por muy arriesgada que sea una misión, siempre habrá alguien dispuesto a llevarla a cabo.

Era un hecho que siempre me había desconcertado.

Justo en aquel instante vi un movimiento junto a César. Octavio se había levantado y se estaba acercando a nosotros.

— El muy noble *Triumphator* me ha pedido que me siente a tu lado y te explique todos los detalles —dijo.

El embajador de Tarso se levantó de inmediato del asiento que ocupaba a mi lado.

— Es muy amable de parte del *Triumphator* —contesté, saludando a César con una inclinación de la cabeza.

— ¿Te ha gustado la exhibición? —preguntó Octavio.

— Para ser una exhibición, algunos hombres han pagado un precio muy alto... sus vidas —contesté—. Pero su destreza me ha impresionado. ¿Cuál es la siguiente actuación?

Octavio esbozó una sonrisa.

— Es el espectáculo preferido aquí, en Roma... las carreras de carros. Al principio formaban parte de un rito religioso. Hoy habrá diez equipos de cuatro caballos, y los ganadores serán recompensados con grandes bolsas de oro.

— Será muy emocionante —dijo Tolomeo—. Y más seguro.

Octavio sacudió su joven cabeza.

— Al contrario. Siempre muere alguien. A veces se enganchan tres o cuatro carros y quedan destruidos. Las cerradas curvas de los extremos del Circo siempre ocasionan alguna caída, aunque todo lo demás vaya bien.

— ¿Por eso a todo el mundo le gustan tanto las carreras? —preguntó Tolomeo.

— No exactamente —contestó Octavio.

— Pues entonces, ¿por qué no procuran que no sean tan peligrosas?



— Porque la cosa perdería toda su gracia.

Se oyó un rugido y aparecieron los carros en los arcos de la entrada. Cada equipo cruzó el estrecho arco mientras los caballos tiraban de las riendas, ansiosos de empezar a correr. Los seguían unos carruajes muy ligeros que brillaban bajo la dorada luz de la tarde mientras sus conductores, llamados aurigas, permanecían de pie sobre unas pequeñas plataformas. Los caballos eran de gran tamaño pero no así los carros, muy pequeños y tan ligeros como plumas... lo cual significaba que serían muy inestables y que brincarían y volcarían con gran facilidad. Los yelmos de los aurigas, algunos de ellos provistos de púas, otros adornados con penachos de plumas y otros con cintas de colores, resplandecían también bajo la luz de la tarde.

Octavio se había levantado y estaba gritando. Tenía las mejillas arreboladas y mantenía los ojos clavados en un carro que conducía un hombre moreno y del que tiraban cuatro caballos bayos de patas insólitamente largas y delgadas.

— Éstos son los míos —explicó con la voz ronca—. Pertenecen a las caballerizas de Arrio. —Jamás hubiera podido imaginar que fuera capaz de manifestar semejante entusiasmo—. Elige uno —me dijo.

Había otro equipo con unos espléndidos caballos color marfil, con las crines y las colas grises. Yo sabía muy bien que el aspecto físico no significaba que los animales tuvieran que ser más rápidos y fogosos, de la misma manera que los bellos semblantes de los hombres no denotaban necesariamente honradez, pero aun así me habían llamado la atención.

— El equipo del auriga más bajo —contesté.

— Son de la Campania —explicó Octavio—. Tienen fama de estar muy bien preparados y alimentados.

— ¿Cuál es el equipo preferido de César? —preguntó Tolomeo.

— Tiene predilección por los caballos negros —contestó Octavio— porque su caballo preferido procede de esta caballeriza. Pero su fuerza es superior a su velocidad.

Los equipos dieron una vuelta a la pista al trote, cuarenta caballos a la par, doblando las curvas como un ala gigantesca. Los aurigas debían de ser muy expertos en su manejo para conseguir mantenerlos alineados de aquella manera. Al final se detuvieron a nuestra altura, a la espera de que les dieran la señal de salida.

César se puso en pie, sosteniendo en la mano un gran lienzo de color blanco. Lo levantó por encima de su cabeza y después lo soltó, dejando que flotara hacia la arena. Cuando el lienzo rozó el suelo, unos hombres inclinaron unos estandartes y los caballos se lanzaron al galope. Dos o tres equipos se adelantaron, e inmediatamente empezaron a competir entre sí para situarse en cabeza. La anchura de los cuatro caballos corriendo en paralelo no permitía que los participantes en la carrera se acercaran demasiado los unos a los otros, pero al mismo tiempo tenían que tomar las curvas muy juntos para no quedarse

rezagados. El equipo de la parte interior corría el riesgo de ser arrojado contra el eje central del Circo y quedar destrozado; el del centro podía ser aplastado y sufrir un accidente y el de la parte exterior corría el peligro de perder su posición al tener que cubrir una distancia mayor.

Marchaban en cabeza los bayos de Octavio y otros dos equipos; al llegar a la primera vuelta, uno de ellos perdió el control y fue a estrellarse contra el muro de las gradas de los espectadores. Otro equipo que iba detrás ocupó inmediatamente su posición. Después, otro carro se estrelló contra el que había sufrido el accidente y quedó destrozado a su vez; el carro pareció estallar y el auriga fue arrojado a una considerable distancia mientras los caballos seguían galopando sin rumbo.

Los espectadores se habían levantado y gritaban como locos. Octavio, puesto en pie a mi lado, respiraba afanosamente. Sin apartar los ojos de su equipo, que seguía corriendo en cabeza, murmuraba:

— ¡Sí! ¡Sí!

Sólo César permanecía sentado, contemplando atentamente la carrera sin perder la calma.

Otra vuelta y otro carro destrozado; esta vez el carro fue a parar al eje central y se empaló en una estatua de Júpiter que presidía la carrera. Los caballos relincharon de miedo y dolor mientras caían en medio de un revoltijo de jaeces.

De repente el equipo de César empezó a ganarles inesperadamente terreno a los demás, saliendo de la parte exterior en un repentino estallido de velocidad. Ahora había más espacio para maniobrar pues sólo quedaban diecisiete equipos. El auriga de Octavio y el otro lanzaron sus caballos a toda velocidad mientras, por el rabillo del ojo, observaban cómo el intruso les daba alcance. El equipo de César, más descansado que los demás porque había conservado su energía, consiguió seguir su ritmo, aunque no pudo superarlos porque al estar en la calle exterior tenía que cubrir una distancia mayor.

Mi equipo corría bastante rezagado junto con otros carros. Cerraba la carrera un solitario equipo de caballos, todos ellos de distintos colores.

En la penúltima vuelta, el carro de en medio de los que marchaban en cabeza pareció tropezar, y de repente cayó sobre los tres que iban detrás. No había espacio para él; los carruajes de ambos lados no pudieron encontrar un lugar seguro y los tres chocaron en medio de un impresionante chirrido de ruedas y de madera astillada. Estaban tan pegados los unos a los otros que los jaeces se cruzaron, los miembros se enredaron y todos cayeron en una confusa masa de caballos y de hombres en medio de un prolongado grito de dolor. Mi equipo los pudo sortear gracias tan sólo a que corría rezagado en la calle exterior.

Un rugido se elevó de los espectadores, casi un suspiro de placer, al ver cómo los restos de la ruina volaban en todas direcciones, las ruedas se escapaban, los costados de los carruajes saltaban por los aires, los brazos y las piernas se agitaban y los gritos de los hombres quedaban ahogados por los caballos que, en su estampida, pisoteaban a los impotentes aurigas con sus

mortíferos cascos.

Los carruajes que iban en cabeza siguieron adelante impertérritos y los espectadores, ávidos de emociones, pudieron disfrutar de dos espectáculos análogamente satisfactorios: la velocidad y la agilidad de los equipos que ocupaban las primeras posiciones, y la carnicería de los derrotados que se agitaban débilmente en la arena a su espalda. Muy pronto los carros que corrían en cabeza tuvieron que volver a pasar por aquel lugar y hacer una brusca maniobra para esquivarlos; un gigantesco rugido de entusiasmo surgió de los espectadores.

Ganó el carro de Octavio, seguido por el de los caballos negros de César. El mío terminó en tercera posición a una considerable distancia y el último fue acogido con unos cariñosos vítores, tal vez porque, al ser tan ridículamente lento, había conseguido superar incólume la prueba.

— Te felicito —le dije a Octavio—. Has elegido bien. ¿Cómo supiste que iba a ganar?

Se volvió a mirarme y entonces pude ver lo claros que eran sus ojos azules y el borde negro que rodeaba sus iris. Se mostraba absolutamente indiferente, pero yo no pude por menos que observar su respiración entrecortada mientras trataba de dominar su emoción.

— Una afortunada conjetura —contestó—. Eché un vistazo a las patas y no presté atención al resto.

César permanecía de pie para recibir al auriga vencedor, que fue conducido a su presencia temblando y cubierto de sudor. César le colocó la corona de laurel en la cabeza.

— Eloy hemos triunfado juntos —le dijo.

El auriga le miró con adoración.

— La conservaré siempre —dijo, tocándose la corona de laurel—. La conservaré para mis hijos y para los hijos de mis hijos y les diré: «Eso lo gané el día del gran Triunfo de César.»

— Como siga corriendo no tendrá hijos —me comentó Tolomeo al oído—. ¡Será mejor que se retire ahora mismo!

Hubo otras carreras de carros, pero ninguna tan emocionante como la primera. Hubo más carreras de cuadrigas y varias carreras de bigas o carros de dos caballos. Las carreras se prolongaron hasta casi el anochecer, cuando apenas se podía ver nada. Entonces entraron en el Circo unos jinetes con antorchas encendidas y anunciaron que todo había terminado. Detrás de ellos vi unos elefantes, cada uno de ellos con una antorcha sobre el lomo. Entraron en la arena y dieron majestuosamente una vuelta. El círculo de fuego puntuaba el crepúsculo. Uno de los elefantes, provisto de una enorme plataforma en su lomo, se acercó a nuestra tribuna y se arrodilló.

— Ahora César será conducido a su casa del Foro —proclamó a gritos el

anunciador—. Todos los buenos ciudadanos que así lo deseen podrán acompañarlo.

César se dirigió hacia el animal arrodillado y montó en su grupa. Cuando la obediente bestia se hubo levantado, César saludó con la mano a la gente mientras los dorados bordados de su toga brillaban bajo el resplandor de las antorchas y el elefante se ponía lentamente en marcha.

Los demás montamos en otros elefantes, compartiéndolos entre varios. Tolomeo y yo íbamos en uno, Octavio y Calpurnia en otro, los restantes sobrinos en un tercero. Entre la fila de los demás caminaban los dignatarios y detrás de ellos iba el pueblo en una corriente interminable que llegaba hasta donde alcanzaba la vista. La luz de las antorchas arrojaba sobre el pueblo unas largas y móviles sombras que lo convertían en una sola y gigantesca criatura en lugar de miles de individuos separados. Por delante de nosotros vi la lluvia de flores y obsequios que arrojaban sobre César y oí los gritos del gentío a su paso, suspirando como unos prisioneros que hubieran vuelto a ver la luz tras un prolongado encierro.

«¡César! ¡César! ¡César! —gritaban—. ¡Nuestra alegría, nuestro salvador, nuestra vida!»

El desfile cruzó todo el Foro, desandando jubilosamente el camino del Triunfo en medio de una multitud de adoraciones. César les daba de comer, les ofrecía diversión y cuidaba amorosamente de ellos; no les faltaba nada.

Lo acompañaron hasta su casa. Desmontó del elefante y permaneció un instante en la puerta.

— Buenas noches, amigos míos —dijo—. Os doy gracias por este día.

Después entró en la casa, seguido de Calpurnia y Octavio. Hubiera deseado seguirle y estar a su lado después de los extraordinarios acontecimientos de aquella jornada... a menudo la mejor parte de ella, pues se podía saborear en privado, cuando la victoria circulaba todavía por las venas.

— Regresemos a la villa —le dije al hombre que conducía a mi elefante. Me volví hacia Tolomeo—. No podemos entrar. Esta noche no nos corresponde estar aquí —le expliqué—. El momento les pertenece a ellos.

Pasaría la noche sola, excluida de la celebración privada de César. Pero su hijo también la pasaría solo.

TEMÍA la celebración del siguiente Triunfo, el de la victoria de César sobre Egipto. Tendría que presenciar el desfile de las representaciones de mi país y sonreír con gesto de aprobación ante el sojuzgamiento que ello suponía. Todos los ojos estarían clavados en mí y yo no debería pestañear. Sería la única manera de demostrar que mi gobierno era distinto, el verdadero gobierno de Egipto, el que estaba aliado con Roma. Casi aborrecía a César por obligarme a pasar por aquel trance; no sabía si podría resistirlo. Pero tendría que resistirlo. Su visión política en este caso era acertada, por mucho que me doliera obedecer.

El segundo Triunfo, el de *Aegyptus*: un día más bien fresco, una fuerte brisa, unas nubes surcando velozmente el cielo... un tiempo muy poco egipcio. Una vez más nos acomodamos en la tribuna del final de la Vía Sacra; esta vez el viento agitaba el dosel de seda. Tolomeo y yo nos habíamos ataviado al estilo griego para la ocasión. ¡Que todo el mundo recordara que éramos los descendientes del general de Alejandro! Esta vez nada de fulgurantes tocados con la imagen de la cobra erguida sobre mi frente, nada de anchos collares faraónicos, nada de plumas de avestruz. Hoy no luciría nada exótico ni llamativo. Hoy una sencilla diadema sobre la frente sería mejor que una corona.

Cada vez que César hacía una parada en su camino hacia el Foro se oían los gritos de la muchedumbre. Cuando ya estaba muy cerca se intensificó el volumen de los gritos. Encabezaban el cortejo unos músicos egipcios, tocando trompetas de plata, tambores, platillos y carracas de marfil, y los seguía un numeroso grupo de danzarines que saltaban y brincaban con los cuerpos untados de aceite. Detrás iban unas mujeres vestidas con finísimas túnicas de lino entonando cantos y agitando sus sistros. La muchedumbre lanzó un suspiro de admiración; aquél era el misterioso Oriente, traído directamente al Foro para que todo el mundo lo pudiera contemplar. Seguían a las mujeres unos sacerdotes de Isis con las cabezas rapadas, entonando himnos a la diosa y dejando a su paso una estela de incienso.

En contraste con aquel espectáculo, los magistrados de Roma envueltos en sus amplias togas caminaban a buen paso, contemplando desdeñosamente todas aquellas bobadas egipcias.

¡Ya se acercaban los carros! Me preparé para soportar la contemplación de los tesoros de Egipto amontonados en ellos, a pesar de que César no se los había llevado sino que era yo quien se los había dado. Pero ¿eso quién lo sabía? Además, cualquiera que hubiera sido la forma en que hubieran llegado hasta allí, lo importante era que los tesoros ya no estaban en Egipto. Ya se veía el primer carro... una enorme estructura de madera de acanto, una madera preciosa de nuestra región. Dentro había numerosas estatuas doradas y ataúdes de momias, pequeños obeliscos y pañuelos con bordados de piedras preciosas. ¡El segundo carro, cuyas ruedas eran enormes, contenía la estatua de piedra arenisca que yo

le había regalado a César! Recordé que me había alegrado de que casi todos nuestros tesoros artísticos fueran demasiado pesados como para que un conquistador se los pudiera llevar. ¡Por lo menos, las pirámides y la Esfinge estaban a salvo!

Después venía el botín: animales de Egipto y de África. Había cocodrilos haciendo ruidos sordos en sus jaulas de madera, panteras y avestruces, y finalmente una criatura que despertó una enorme expectación: una jirafa. Jamás se había visto nada igual en Roma y la gente se quedó asombrada. Algunos decían que parecía medio camello y medio leopardo y se preguntaban cómo se habrían reproducido ambas especies.

A continuación desfilaron los primeros prisioneros: una figura de cera de Potino estremecedoramente fiel desfiló en su propio carro. No pensaba volver a ver jamás su taimado y perverso rostro. Pero tenía la cabeza en su sitio... algo que ahora sólo era posible en el arte y en la imaginación.

En otro carro iba la efigie de Aquilas, su compañero de conspiración, esbozando una siniestra sonrisa.

¡Me estremecí al contemplarlos! ¡Cuánto poder habían ejercido en otros tiempos aquellos hombres sobre mí! Ahora habían quedado reducidos a unos muñecos de cera en presencia de una multitud que se burlaba de ellos. Fue entonces cuando comprendí la necesidad que satisfacían los Triunfos.

— ¡Eunuco miserable! —gritaba la gente, escupiendo sobre Potino.

— ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino! —gritaban otros, surgiendo de entre la muchedumbre para acercarse a la imagen de Aquilas, sobre la que arrojaron una lluvia de estiércol y despojos de animales—. ¡Tú mataste a nuestro Pompeyo!

Estaban a punto de arrancar al muñeco de su carro cuando unos soldados se lo impidieron.

— ¡No! —gritaron—. ¡No podéis privarnos de la oportunidad de escupirle!

Ahora los muertos estaban siendo sustituidos por los vivos. Por delante de mí pasó Ganimedes encadenado. Llevaba el cabello largo y enmarañado y su rostro estaba intensamente pálido debido al prolongado encierro. No quedaba en él el menor rastro del refinado preceptor palaciego. Contrajo el rostro en una mueca mientras los espectadores le arrojaban basura. Afortunadamente no era probable que comprendiera la mayoría de maldiciones latinas que le estaban lanzando.

¡De pronto, oh, dioses, vi a Arsinoe! Caminaba a unos treinta palmos por detrás de él, aherrojada con cadenas de plata. Le costaba un enorme esfuerzo no encorvarse bajo el peso de las cadenas, pero mantenía la cabeza erguida y caminaba con paso seguro. Estaba tremendamente delgada, tenía las mejillas hundidas y le sobresalían los huesos de los hombros. La orgullosa Arsinoe, una cautiva en un Triunfo romano, estaba siendo conducida como un despojo a través del Foro hasta el lugar de su muerte.

¡Hubiera podido ser yo! Bajé los ojos para no contemplar su imagen y me vi

caminando en su lugar, denotada. Si me hubiera enfrentado a Roma... si el destino no me hubiera sido favorable...

Tolomeo estaba llorando a mi lado. Tomé su mano.

— No mires —le dije.

Pero justo en aquel momento Arsinoe se volvió a mirarme directamente a la cara. Sus ojos se clavaron en los míos y no me soltaron. Ardía en ellos un odio infinito. Me sentí prisionera de su mirada.

Cuando la vi delante de mí, me pareció que su espíritu ya estaba en otro lugar. Unos suspiros de compasión se elevaron de las gargantas de la muchedumbre cual si fueran corrientes de aire. Las miradas hostiles se volvieron hacia mí. De repente yo me había convertido en la mala y ella era la víctima.

¿Cómo era posible que tuvieran tan flaca memoria? Arsinoe había luchado contra Roma, pero los romanos tenían debilidad por los desvalidos. Vieron a una hermosa princesa encadenada y se olvidaron de César. No le arrojaron basura y nadie se burló de ella; un respetuoso silencio acompañó sus pasos.

La seguían los bueyes destinados al sacrificio, lo cual hizo que se encresparan más si cabe los ánimos de los espectadores. La multitud se compadeció de ella. ¡La pobre princesa, conducida a la muerte como uno de aquellos bueyes inmaculadamente blancos!

Cuando apareció César envuelto en resplandecientes ropajes, la muchedumbre lo acogió con murmullos de reproche. La contemplación de los lictores y del carro dorado no despertó en la muchedumbre el mismo entusiasmo que la primera vez. Se oyeron unos vítores dispersos en el aire. Algunos arrojaron frascos de perfumado aceite, uno de los cuales se estrelló contra el costado del carro y se rompió. César tomó el frasco roto y lo sostuvo en alto.

— ¡Bien hecho! —exclamó—. ¡Siempre he dicho que mis soldados combaten igual de bien cuando apestan a perfume!

Sus palabras consiguieron dar la vuelta a la situación, y la gente empezó a gritar y a patear.

— ¿Es acaso un perfume egipcio? —preguntó César, aprovechando la ocasión.

Su comentario fue acogido con rugidos de aprobación.

— ¡Os aseguro que los perfumes de Egipto son lo más exquisito que os podáis imaginar! ¡Y los he traído todos para vosotros! —Hizo un amplio gesto con la mano—. ¡Os los repartiré junto con otros regalos! ¡Tenemos casia, alcanfor y aceite de linos!

¿De donde iba a sacar aquellas cosas en tan poco tiempo? ¡Yo sabía que en Egipto no se había llevado nada de todo aquello!

Octavio, que desfilaba detrás de él en otro carro, también estaba esquivando frascos de perfume.

— ¡Cleopatra y sus perfumados aceites mil! —gritó la muchedumbre.

Por un instante, César se quedó petrificado. Después se volvió y extendió el brazo para presentarme a la multitud. La gente se puso a gritar y a patear.

César reanudó rápidamente su camino. Me ardía el rostro. Sentía profundamente la presencia de Calpurnia, a pesar de que no podía verla. Octavio volvió a girar la cabeza y miró directamente hacia delante.

El rumor de las pisadas de los soldados ahogó cualquier otro sonido. Los soldados estaban entonando a coro la canción de Cleopatra, y la multitud se había unido a sus cantos, añadiendo otros versos:

Mientras el Faro ardía  
y los soldados miraban,  
César se pasaba noche y día  
con Cleopatra, su amada.

¡Lo aborrecía! ¡Lo aborrecía con toda mi alma! ¿Cómo era posible que César lo soportara de tan buen grado? ¡Era como si a él también lo llevaran prisionero en su Triunfo!

Todos los días eran como las noches  
y hasta quedar rendido él se lucía.  
Siempre aceptó jugar una buena partida,  
¡y quiere que a la Reina le hagamos reproches!

¡Ya basta! ¡No podía resistirlo más! ¿Acaso esperaban que me riera, como estaba haciendo César? ¡Me estaban llamando prostituta!

Al final pasó el horrible desfile y terminó el Triunfo. Por suerte, todo había acabado. Al Triunfo lo seguiría el espectáculo de una batalla naval... que tendría lugar en Roma. César envió un mensaje para comunicarnos que nos enviaría la consabida litera y que nuestra presencia sería esencial.

Pensé que sólo sería una exhibición, pero al darme cuenta de que la batalla se escenificaría en todos sus detalles, experimenté una sensación de repugnancia. Ya no podía soportar la contemplación de más sangre, así que decidí abandonar bruscamente la «diversión».

Unas espantosas escenas cruzaron por mi mente... otros hombres inmolados en el Circo Máximo, Arsinoe estrangulada en una celda de la prisión. Me encontraba mal y estaba agotada. Quería bañarme, acostarme en mi cama y purificar mi mente de todo lo que había visto. Pero antes de que pudiera hacerlo se abrió de par en par la puerta de la casa y entró César hecho una furia. Su rostro era una máscara de cólera.

— ¿Cómo te has atrevido a marcharte? —me gritó al verme, sin tomarse tan siquiera la molestia de saludarme—. ¡Me has avergonzado, me has insultado, me has convertido en la comidilla de toda Roma!

¿Cómo había conseguido librarse de la gente que lo rodeaba? ¿Dónde



estaban sus guardias, sus servidores, su perenne adorador Octavio?

— Ya no podía resistirlo —contesté—. Las muertes...

— ¿O sea que no tienes estómago para aguantar las muertes? ¡Será que a lo mejor no eres una auténtica Tolomeo!

Lo miré fijamente. Tenía el rostro congestionado y gritaba como un mercader enfurecido.

— Creo que las muertes tendrían que estar reservadas a las situaciones de peligro, no a la diversión —dije al final—. Despojas a la muerte de cualquier valor tratándola con tanta indiferencia. Es el gran acto definitivo y no debe ser menospreciada.

— Los egipcios le atribuyen un valor excesivo —masculló.

— Y los romanos muy poco —repliqué.

— Y sin embargo, ambos pueblos la convierten en un arte: vosotros con vuestras tumbas y pinturas, y nosotros con nuestras diversiones. —Parecía más calmado, pero yo no me llamaba a engaño. Cuanto menos lo dejaba traslucir, más furioso estaba—. Dejemos ya la cuestión de la muerte. Con tu marcha has deshecho todo lo que antes habías conseguido asistiendo al Triunfo.

— Ha sido horrible, pero no me he tapado los ojos. —Hice una pausa—. ¡Me ha resultado muy desagradable! ¡No soportaba ver los tesoros egipcios amontonados en los carros, los versos que te cantaban y los frascos de perfume! ¿Eso es lo que la gente piensa de mí?

— Da gracias de que sólo piense eso. Es algo completamente inofensivo.

— Lo de Arsinoe ha sido horrible. La gente se ha compadecido de ella al verla.

— Sí. —César se acercó a un banco y se sentó en él, con los hombros encorvados—. Le he perdonado la vida a Arsinoe.

Al sentimiento inicial de alivio le siguió otro de inquietud. La orgullosa Arsinoe no se retiraría humildemente.

— ¿Adónde irá?

— Ha pedido ser acogida en el gran templo de Diana en Éfeso —contestó—. Y pienso acceder si tú estás de acuerdo.

¡Éfeso! ¡Demasiado cerca de Egipto! ¡Hubiera sido mejor enviarla a Britania! Pero me arriesgaría a ser compasiva. A lo mejor no era una auténtica Tolomeo. Arsinoe no me hubiera tenido compasión.

— Sí, estoy de acuerdo.

— Ganimedes ha muerto.

Ganimedes ya estaba muerto cuando yo lo vi desfilar por el Foro convertido en una ruina humana. Para él no podía haber indulto.

— Tenemos que hacer algo para borrar la mala impresión que hoy has causado retirándote —añadió César—. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que el estado de ánimo de la multitud no era muy bueno. Por lo menos se habrán distraído lanzando frascos de perfume. Hoy los vítores no han sido muy entusiastas. Y es posible que la situación se agrave en los dos Triunfos que todavía quedan, sobre todo el de África, porque Catón murió en aquella guerra. Creo que para acallar los rumores que corren sobre tu hostilidad hacia Roma, deberías ofrecer una fastuosa fiesta para celebrar el Triunfo Egipcio. Mañana. Entonces os proclamaré a ti y a Tolomeo Amigos y Aliados del Pueblo Romano. Invitaré a todos mis enemigos y les callaré la boca.

— ¡No! No quiero ofrecer una fiesta. ¡Toda esta gente me odia!

— Pareces una niña —me dijo, levantando levemente la voz. Por primera vez intuí que su furia ya se estaba disipando—. Por supuesto que te odian. Tendrías que estar orgullosa. Si le odian, recuerda que primero me han odiado a mí. Si quieres gobernar con éxito, tienes que acostumbrarte a que te odien. La apremiante necesidad de ser amado es la peor debilidad que puede tener un gobernante. Por eso Cicerón, ¡a quien yo invitaré, faltaría más!, sería un desastre como gobernante, a pesar de lo mucho que lo desea.

— ¡A Cicerón no!

— Mira, amor mío, si consigues resistir las fulminantes miradas y los elocuentes insultos de Cicerón, lo podrás resistir todo. Considéralo un adiestramiento.

César se encargaría de todo, porque la fiesta sería suya... En realidad sería uno más de los muchos festejos que se habían organizado en ocasión del Triunfo. Tolomeo y yo tuvimos que abandonar la casa e irnos a distraer a otro sitio. Cuando regresamos, descubrimos que los jardines se habían convertido en algo que un hombre ataviado como Osiris estaba describiendo como los «jardines del placer de Canopo». Se habían colgado linternas de colores entre los árboles, y bajo las ramas se habían levantado pabellones de bebidas, llenos de ruidosos «parroquianos». A medida que ascendíamos por la cuesta de la colina, el paisaje se iba transformando en algo cada vez más fantástico: tras atravesar una marisma de papiros adornada con estatuas de hipopótamos y cocodrilos, llegamos a la casa cuya fachada ofrecía todo el aspecto de un templo del Nilo. El río se había representado mediante un ancho foso que rodeaba la entrada. Una pirámide de unos quince palmos de altura se levantaba justo al lado de los peldaños de la puerta principal, donde el «Nilo» acariciaba las piedras.

— ¡Bienvenidos a Egipto! —gritaba junto a la entrada un gigantesco nubio vestido tan sólo con un sucinto taparrabos.

En el atrio, unos músicos tocaban la lira, la flauta y unos cascabeles cuyo siniestro sonido se derramaba hacia los jardines del exterior.

Aquello parecía un sueño de Egipto, fruto de la calenturienta imaginación de un soldado; no guardaba el menor parecido con Alejandría ni con las aldeas de las orillas del Nilo. Sólo existía en la febril imaginación de alguien que soñaba con

una tierra de placeres; era un simple producto de la lascivia romana.

Pero aún había cosas peores. Frascos de perfumes y ungüentos aromáticos se amontonaban formando grandes pirámides alrededor del atrio, mientras que al borde del estanque se podía ver una Esfinge adivina. Si le tocabas las patas, una cavernosa voz predecía tu futuro desde su interior. Unos danzarines semidesnudos se contorsionaban al ritmo de la música.

Un gigantesco ataúd dorado, adornado con festones, permanecía apoyado en posición vertical contra la pared del fondo. Le habían quitado la tapa para que se viera la momia envuelta en vendajes. Pero la momia tenía unos ojos muy vivos, y pude ver cómo su pecho subía y bajaba con la respiración. A su lado montaba guardia un Anubis enmascarado, con las puntiagudas orejas de chacal levantadas.

Experimenté una sensación de frío. ¿Qué locura se habría adueñado de la mente de César para que hubiera creado un decorado tan grotesco?

Entré en mi cámara y encontré un mensaje suyo. De conformidad con el espíritu que presidiría el banquete, lo había enrollado en el interior de un obelisco en miniatura.

Amada mía, perdóname esta falsa imagen de Egipto. La política nos obliga a hacer muchas cosas indecorosas. Recuerda que aquello de lo que uno se burla es algo que uno no teme. Si gracias a una Esfinge adivina y a una momia danzante los romanos se olvidan de las riquezas de Egipto y lo consideran tan sólo un país lleno de jardines de placer, se quedarán tranquilos y lo dejarán en paz. Será tuyo a perpetuidad. Procura mostrarte tan bella como sólo tú puedes estar para que mis enemigos jamás puedan decir que mi poder de atracción está menguando.

César tenía razón en una cosa: no cabía duda de que aquello era una burla de Egipto. En tal caso, ¿por qué pretendía que yo completara aquella farsa? ¿Quería que me disfrazara de Serpiente del Nilo? ¿Por qué no?

Busqué en mis arcas el atuendo más apropiado, combinando toda una serie de llamativos y exagerados detalles de mi vestuario. Me puse una túnica semitransparente, adornada con unos flecos rematados con cuentas de oro y cerámica; me enrosqué unas pulseras en forma de serpiente en la parte superior de los brazos y me puse unas tintineantes ajorcas en los tobillos. Me adorné el cuello con un collar de oro de cuatro vueltas, me puse un tocado en forma de buitre y me calcé unas sandalias con incrustaciones de piedras preciosas.

Curiosamente, el conjunto no resultaba de mal gusto sino sorprendente y extraño. Parecía un ídolo como los que se veneran en los oscuros sagrarios de los templos. La combinación de las joyas de oro macizo con la túnica tan fina como una gasa me producía una sensación de irrealidad. Mi ropa era ligera como una pluma, pero yo iba sobrecargada de metal.

Busqué unos ropajes no menos llamativos para Tolomeo y ordené a la nodriza que vistiera a Cesarión. Aquella noche pensaba conseguir mi propósito; obligaría a César a aceptar los hechos. Aquella noche nos sería tan beneficiosa a mí como a él.

— Carmiana, ¿tú has visto alguna vez algo parecido en Egipto? —le pregunté, señalando con un gesto de la mano la pirámide de perfumes y el balanceo de los músicos.

— Jamás —me contestó, riendo por lo bajo—. Pero si existiera esta tierra, el aspecto de su reina sería el que tienes tú esta noche.

Los invitados ya estaban llegando. Ignoraba a cuántas personas habría invitado César. Como si los dioses hubieran leído mis pensamientos, una joven que alegó ser sobrina de César se me acercó diciendo que éste le había pedido que permaneciera a mi lado toda la noche y me explicara quiénes eran los invitados, para evitar que yo me confundiera.

— Me llamo Valeria —dijo— y procuraré informarte sobre cada uno de ellos con la mayor honradez y brevedad posible.

Me miró, visiblemente desconcertada por mi atuendo.

— No suelo vestirme de esta manera ni siquiera en Egipto —le aseguré—. En Egipto menos que en ningún otro lugar. Ha sido por sugerencia de César. Está firmemente decidido a que lo de esta noche supere cualquier imitación burlesca que jamás se haya hecho de Egipto.

Se echó a reír de buena gana.

— Pues lo ha conseguido. Ten por seguro. Majestad, que mi tío y yo siempre hemos tenido las mismas opiniones sobre las personas. Por eso me ha elegido para que le represente esta noche. Confío en que no me consideres descortés si digo lo que pienso.

— No, al contrario. ¡Te lo agradeceré muchísimo!

— César cree que estará muy ocupado, pero hay muchas cosas que desea que tú sepas.

Los invitados empezaron a entrar en la casa con los pies mojados tras haber vadeado el «Nilo». Yo me situé al fondo del atrio, cerca de la momia.

Los primeros que me presentaron fueron unos senadores acompañados de sus esposas, pero ninguno de ellos era lo bastante importante como para suscitar un comentario de Valeria. Los senadores rodearon la pirámide de perfumes mientras los músicos les decían:

— ¡Tomad los que queráis! ¡No tengáis reparo!

A continuación entró un grupo de personas a quienes yo no conocía, junto a otras dos a las que sí conocía: Bruto y su madre Servilla. Les miré sonriendo mientras se acercaban con varios senadores vestidos con sus togas senatoriales. Uno de ellos era alto, moreno y cejijunto; otro era corpulento y rubicundo, y un tercero me miró con una mezcla de inquietud y engreimiento.

— Cayo Casio Longino —musitó el primero de ellos, casi escupiendo las palabras.

No hizo falta que Valeria me informara de que aquel hombre no me tenía la

menor simpatía. Pero aún no sabía qué opinión tenía de César.

— Publio Servilio Casca —dijo el corpulento.

Inclinó severamente la cabeza y siguió adelante.

— Marco Tulio Cicerón —dijo el tercero, mirándome como si le hiciera gracia tener que presentarse.

¡Cicerón! Me sorprendió que fuera casi exactamente igual que los bustos que yo había visto de él.

— Mi esposa Publilia —añadió, presentando a una mujer que más parecía su meta.

La mujer esbozó una afectada sonrisa e inclinó la cabeza.

Cicerón se situó a mi lado.

— El botín de Egipto —dijo alegremente, señalando el decorado de la estancia. Después hizo un amplio gesto con la mano, incluyéndome a mí como el que no quiere la cosa—. Cuánto me gustaría poder viajar allí y contemplar todas estas cosas —dijo.

— Tienes que visitarnos —le dije—. Aunque según me han dicho, para ti abandonar Roma es como ir al exilio, incluso cuando eras gobernador de Cilicia.

— Es cierto que en ningún lugar soy más feliz que en Roma. Es todo lo que un ser humano necesita para satisfacer sus necesidades.

Lanzó un suspiro de colegial enamorado. Estaba auténticamente cautivado por las bellezas de Roma, y en eso yo sabía que era sincero.

— Sé también que dondequiera que se encuentre el gobierno, allí se encuentra a gusto Cicerón —añadí.

— Y el gobierno del mundo está en Roma —dijo él con intención.

— Es cierto que Roma ha conquistado buena parte del mundo —repliqué—, pero aún no ha conseguido encontrar la manera de gobernarlo, sobre todo desde Roma. Los confines del imperio se extienden ahora hasta el norte, el oeste y el este.

Cicerón se puso tenso.

— La república es el mejor sistema de gobierno que jamás haya creado el mundo —dijo.

— Hasta ahora —puntalicé yo—. Pero puede que la república no se preste a gobernar vastos territorios. A fin de cuentas, Roma era una ciudad muy pequeña cuando se inventó la república.

Esperaba de él una respuesta ingeniosa, pero Cicerón se recogió la toga, como si se hubiera contaminado, y dijo dirigiéndose a Publilia:

— Vamos.

Ambos se encaminaron hacia la espaciosa sala del banquete.

— Cicerón cometió un error casándose con esta joven —me murmuró Valeria al oído—. Ambicionaba su dinero, pero ahora se ha encontrado con algo que no esperaba.

— Es muy bella —reconocí.

— Se hubiera tenido que quedar con la gruñona de su primera esposa —dijo Valeria—. Estaban hechos el uno para el otro.

Recordé el moreno rostro del primero.

— ¿Qué me puedes decir de Casio?

— Era general de Pompeyo y más tarde se pasó al bando de César. Está emparentado con Bruto por vía matrimonial. Ambos están muy descontentos.

— O sea que es uno de esos a los que César perdonó. ¿Vino voluntariamente? —pregunté.

— No estoy muy segura. Creo que los antiguos seguidores de Pompeyo se dieron por vencidos a su muerte. No han mostrado demasiado interés en apoyar a sus hijos.

— Pero ¿apoyan a César?

Lo pensó un poco antes de contestar.

— Lo toleran —dijo finalmente.

Llegó Octavia en compañía de su apuesto y joven esposo Cayo Claudio Marcelo.

— También era seguidor de Pompeyo, y César lo perdonó —me explicó Valeria.

Estaba empezando a pensar que toda Roma había sido perdonada por César, y que éste tenía por tanto un considerable número de enemigos sueltos.

Otras personas fueron llegando a la estancia en grandes oleadas, con los dobladillos de sus túnicas mojados por el agua del «Nilo». Pero todos se reían alegremente, señal de que aquella ridícula puesta en escena había sido un acierto de César. Ninguna otra cosa hubiera podido poner a sus enemigos de tan buen humor.

Un hombre de mediana edad, acompañado de dos mujeres, entró con paso vacilante e inmediatamente se acercó a nosotras. Parecía delgado bajo la holgada toga, pero ésta era precisamente una de las mejores cualidades de la toga... disimulaba la grasa y los huesos por igual, de tal manera que nunca se podían adivinar las verdaderas dimensiones del que la llevaba.

— Marco Emilio Lépido —se presentó—. Este año tengo el honor de ocupar el cargo de cónsul con César. —Esbozó una cordial sonrisa—. Mi esposa Junia.

— Es demasiado modesto —dijo su mujer—. Ha sido la mano derecha de César como gobernador de la Hispania Ulterior mientras César luchaba en Oriente. La conservó para él.

Lépido miró turbado a su mujer.

— Mi mujer me valora demasiado —dijo—. Nadie se puede llamar «la mano derecha de César». Yo creo que es suficiente con decir que uno es su mano izquierda, aunque eso podría sonar un poco amenazador —añadió, soltando una carcajada.

— César le ha concedido un Triunfo por su actuación en Hispania —explicó su mujer.

— Ya basta, Junia —le dijo él—. Los fanfarrones no agradan a nadie.

Ahora intervino la otra mujer.

— Yo también soy Junia, hermana de Junia y esposa de Casio.

— Entonces, ¿también eres hermana de Bruto?

¡Qué desconcertantes resultaban aquellos nombres! ¿Por qué en Roma todas las hijas de un hombre se llamaban igual?

— En efecto.

Cuando se dirigieron a la sala del banquete, yo me volví hacia Valeria.

— ¡Menos mal que éste es un firme partidario de César! —le dije.

— Sí, pero es una caña demasiado frágil como para poder apoyarse en ella. —Valeria sacudió la cabeza—. Lépido es muy... flácido.

«¿En qué sentido? —me pregunté—. ¿En el campo de batalla o en la cama?» Contemplé la espalda de su esposa mientras ambos se perdían entre los demás invitados.

Una mujer se acercó con paso decidido a nosotras. No la acompañaba ningún hombre, pero tenía andares de soldado. Era bastante agraciada, tenía una mandíbula muy pronunciada y llevaba el abundante cabello trigueño recogido en la nuca.

— Soy Fulvia, Majestad —me dijo, mirándome directamente a los ojos. Hizo una breve pausa antes de añadir, como si ello pudiera aclararme algo—: De la *gens* Fulvia de Túsculo.

Pero yo había oído hablar de ella... ¿qué había oído decir? ¿No era la audaz esposa del rebelde Clodio? Recordaba que había oído mencionar su nombre en relación con los disturbios callejeros de Roma.

— Bienvenida —le dije, pensando que parecía tan impetuosa como una amazona.

— ¿No es la viuda de Clodio? —le pregunté después a Valeria.

Valeria me miró asombrada.

— O sea que su fama ha llegado hasta Alejandría —dijo—. Efectivamente, y también de Curio.

— Me parece que no necesita a otro marido —dijo—. Tendría que ser un

Hércules.

— Dicen que eso es justamente lo que ella quiere —me contestó Valeria.

Como si todo se hubiera preparado de antemano, en cuanto Valeria terminó el comentario apareció en la puerta un hombre disfrazado de Hércules.

Era tan alto y musculoso como un oso, con una piel de león anudada alrededor del cuello y una clava echada al hombro. Su aspecto me hizo evocar a un atleta de Olimpia. Llevaba del brazo a una mujer tan vulgarmente vestida que parpadeé al verla.

— ¡No puede ser! —dijo Valeria—. ¿Cómo se ha atrevido a traerla?

El hombre se acercó a nosotras con la mayor naturalidad del mundo. Se detuvo y me miró, como si yo fuera una curiosidad de la naturaleza. Tenía un rostro ancho y bien formado, unos ojos inteligentes y oscuros, un cuello poderoso y una sonrisa capaz de cegar a un dios.

— ¡Cómo ha cambiado la niña! —exclamó—. Princesa Cleopatra, ¿no te acuerdas de mí? Soy Marco Antonio. Estuve en Alejandría con Gabinio. Salvé tu trono, aunque me esté mal el decirlo.

El joven soldado. Sí, ahora lo recordaba. Había cambiado tanto como yo.

— Sí, claro. Pero yo pensaba que era Gabinio el que había salvado el trono de mi padre, puesto que él fue el único hombre del mundo que se atrevió a llevar a cabo una misión que en Roma se había prohibido.

— Gabinio necesitaba a un oficial de caballería —dijo Marco Antonio—, y yo fui quien tomó la fortaleza fronteriza de Pelusio, la parte más difícil de la campaña.

— Es cierto. —Ahora recordaba lo que me habían contado. Con cuánta rapidez y con cuánta valentía había tomado aquella fortaleza considerada inexpugnable—. Es cierto.

— Sí, princesa, lo hice yo.

Lo dijo en tono impersonal y sin demasiado orgullo.

— Ahora soy reina —le dije yo en tono no menos impersonal.

— Y mujer de César —dijo él—. Afortunado César. —Levantó la mano hacia el techo—. ¡Muy amado de los dioses tiene que ser para que éstos le hayan otorgado un premio y un tesoro tan grandes!

Hablaba tan alto que todo el mundo lo oyó.

— ¿Por qué vas disfrazado de Hércules? —le pregunté para desviar la atención de los oídos curiosos.

— ¿Por qué no? ¿Acaso esto no es una fiesta de disfraces? No me irás a decir que tú te vistes cada día de esta manera, ¿verdad? He venido vestido como mi antepasado, porque descendiendo de Hércules, como todo el mundo sabe.

— Sí, como todo el mundo sabe —repitió la mujer, cual si fuera un papagayo.



— Permíteme que te presente a Citeris, la máxima actriz de Roma —dijo Antonio con tono inocente.

Fulvia se le acercó diciendo:

— Mi querido Antonio, esperaba poder hablar contigo...

Y se lo llevó casi a la fuerza.

Valeria no pudo reprimir una sonrisa.

— O sea que se ha traído a la actriz. ¿Es que no tiene vergüenza? No es la mejor manera de recuperar el favor de César.

¿Dónde se hallaba César? Le estaba empezando a echar de menos. La fiesta me agobiaba y no había nadie que la pudiera dirigir, aunque no cabía duda de que a Antonio y a su amiga les hubiera encantado hacerlo.

Se acercó Octavio, flanqueado por unos muchachos que aproximadamente tenían su misma edad. Sonreía y se le veía bastante despreocupado.

— Majestad —me dijo—, ¿recuerdas a Agripa? —A su lado. Agripa inclinó la cabeza—. Te presento a mis amigos Publio Virgilio Marón y Quinto Horacio Flaco.

Dos pálidos rostros me miraron, perplejos.

— Me llaman simplemente Horacio —dijo uno de ellos.

— Y a mí mis amigos me llaman Virgilio —dijo el otro, más delgado y algo mayor—. Majestad, debo decirte que estoy enamorado del estilo poético alejandrino.

— Han venido a estudiar a Roma —explicó Octavio—. Todos los chicos del campo nos sentimos atraídos por esta ciudad. Pero después Horacio se irá a estudiar a Atenas. Y es posible que más tarde yo también vaya.

Me pareció que Octavio sentía una inclinación especial por el estudio y pensé que a lo mejor, andando el tiempo, se dedicaría a la filosofía o la historia, y a escribir manuscritos que nadie leería jamás.

Otra mujer estaba paseando sola por la estancia, como si buscara a alguien. Antes la había visto entrar. Algo en su porte despertó mi curiosidad, por lo que se la indiqué a Valeria.

— Ah, ésa es Clodia —me explicó—. ¡Pensaba que había muerto! —añadió, sacudiendo la cabeza—. Clodia fue la amante de Catulo y de Celio... no al mismo tiempo, claro. Ahora ambos han muerto y ella no es muy joven. Debe de estar buscando otro amante, ¿y qué mejor sitio para eso que una fiesta?

Me sorprendía la opresión y la libertad de las mujeres romanas. No tenían nombre sino que llevaban una versión del de sus padres. Las casaban para establecer alianzas políticas, y los hombres se divorciaban de ellas sin ningún miramiento. No podían ocupar cargos públicos ni mandar tropas, pero podían pedir el divorcio y tener propiedades. A diferencia de las griegas, acompañaban a sus esposos en los acontecimientos sociales, y al parecer mantenían muy bien

sujetos a sus hombres.

Las mujeres casadas también tenían aventuras amorosas: la virtuosa y respetada Servilia, Mucia, la mujer de Pompeyo y otras muchas. Pero los hombres podían exhibir sus aventuras, a diferencia de las mujeres. ¿Y qué decir de las mujeres como Citeris y Clodia? ¿Y por qué «la mujer de César tenía que estar por encima de toda sospecha», mientras que César podía tener todas las aventuras que quisiera?

Y yo, como reina extranjera que era, ¿estaba exenta de la obligación de respetar aquellas costumbres?

Sonaron unas trompetas y se hizo el silencio. César entró en la estancia. Aunque no era el más alto ni el más corpulento de todos los hombres presentes, todos se apartaron para cederle el paso. Por un instante lo envolvió un silencio tan profundo como si estuviera rodeado de rocas.

— ¡Bienvenidos, amigos míos! ¡Bienvenidos todos! —dijo con su sonora voz, e inmediatamente se reanudaron los murmullos a su alrededor.

Se había presentado solo y no iba acompañado de Calpurnia. Tal vez por eso había llegado tan tarde.

— ¡Música egipcia! —ordenó, y los músicos volvieron a interpretar aquellas melodías tan insólitas para los romanos.

Se volvió a mirarme sin que su rostro dejara traslucir la menor emoción. ¿Sería un silencio bueno o un silencio malo? Con él nunca se sabía.

— Preside la fiesta la Reina de Egipto —anunció—. La Reina gobierna los festejos. —Entonces se puso a mi lado y me susurró al oído—: Pareces una ramera.

— Esta villa parece un burdel —le contesté en voz baja—. He seguido el ejemplo que tú me has marcado.

Se rió de buena gana.

— Creo que lo que más me gusta de ti es tu audacia —me dijo.

— ¿Por qué has representado Egipto de esta manera? —le pregunté.

— Ya te lo explicaba en la nota —contestó—. No se desea aquello que se desprecia.

— ¿Y qué me dices de las ramera? —pregunté.

Me miró, sorprendido.

— Al parecer, los hombres más importantes se relacionan con ellas e incluso las exhiben en público. Se las desprecia mucho, pero también se las desea.

Clodia pasó por nuestro lado y le dirigió a César una mirada de complicidad.

— Como Clodia —dije—. Y Antonio ha venido con una actriz a quien todos

miran con lascivia.

— Antonio se sentiría desnudo sin una actriz a quien nadie mirara con lascivia. —César se volvió hacia Valeria—. Gracias por tu ayuda. Espero que la tarea te haya sido grata.

Valeria le miró sonriendo.

— Los chismorreos son siempre un placer —dijo.

Tras lo cual se retiró, perdiéndose entre los invitados.

Pusieron la mesa del festín en la que había una piel de cocodrilo con montones de fruta de todo tipo... cerezas, peras, manzanas, higos, dátiles, granadas. Había también grandes bandejas con criaturas marinas como calamares, erizos y ostras. Unos jabalíes rellenos nos miraban tristemente con sus doradas cerdas inclinadas. La gente se arremolinaba alrededor de la mesa para atiborrarse de comida y beber vino sin cesar. El ruido era ensordecedor y estábamos rodeados de un mar de voces.

«Anubis» entró en la sala al finalizar la comida empujando el ataúd de la momia sobre un soporte con ruedas.

— En medio de los festejos es bueno recordar lo eterno —dijo Anubis, resoplando—. ¡Oíd lo que nos dicen los muertos! —Echó los hombros hacia atrás y empezó a recitar—. ¡Sigue el deseo de tu corazón mientras estés aquí! Perfúmate la cabeza y vístete de finísimo lino, impregnado con las más prodigiosas sustancias que hay entre las cosas divinas. —Trenzó una pequeña danza, arrastrando los pies por el suelo—. Haz lo que te sea más agradable, en mayor medida de lo que hiciste en otros tiempos; no permitas que se te canse el corazón. Sigue el deseo de tu corazón y aquello que sea agradable a tus ojos. Arregla tus asuntos terrenales según la voluntad de tu corazón hasta que te llegue el día de las lamentaciones en que el dios cuyo corazón permanece inmóvil ya no oiga tu gemido. —A continuación se inclinó sobre el ataúd y le dijo a la momia—: El llanto no recuperó el corazón del hombre que mora en el sepulcro. ¡Vamos! Vive una jornada feliz; no descanses aquí dentro.

La momia empezó a gemir y a agitarse; las vendas se movían con la respiración. Los invitados se pusieron nerviosos, pese a saber que se trataba de una representación. Nunca resulta agradable contemplar cómo resucitan los muertos.

— ¡Mirad! Al hombre no le había sido dado llevar consigo sus pertenencias. —A su espalda, la momia sacó una rígida pierna por la parte lateral del sarcófago. Después sacó la otra y se incorporó.

»¡Mirad! Nadie que haya ido allí ha vuelto jamás aquí.

Después Anubis se volvió, y al ver la momia lanzó un grito de terror. Alargó las manos y dio un tirón a la venda de lino cuyo extremo asomaba por el hombro de la momia. La momia empezó a dar vueltas para quitarse la venda.

— ¡Soy libre! ¡Soy libre! —gritó alegremente. Después dio unas cuantas

volteretas, regresó al ataúd, sacó unos puñados de monedas de oro y empezó a arrojarlos a los invitados—. ¡Gastadlo en mi honor! —les ordenó—. ¡No pienso regresar ahí dentro!

Ahora, en medio del entusiasmo de los invitados, César levantó las manos y todo el mundo enmudeció.

— Deseo daros las gracias por haber venido a honrar Egipto y mi persona. Ayer celebramos un Triunfo por nuestra victoria sobre las fuerzas rebeldes de Egipto. Hoy honramos a su Reina y a su Rey, Cleopatra y Tolomeo, y aquí en vuestra presencia los nombramos y declaramos solemnemente Amigo y Aliado del Pueblo Romano, *Socius atque Amicus Populi Romani*.

Los invitados lanzaron vítores, acogiendo con agrado la ceremonia, de la que toda la fiesta había sido una preparación.

— ¡Que nadie ponga en duda su lealtad! —añadió César.

Nuevos vítores de entusiasmo.

Había llegado el momento. ¡Ahora! Le hice una seña con la cabeza a Carmiana y ésta se la hizo a su vez a la nodriza de Cesarión, la cual se retiró a toda prisa.

César, Tolomeo y yo nos encontrábamos de pie delante de los invitados. Para mantener su atención, inicié un discurso... un poco incoherente, me temo. Pero muy pronto me entregaron al recién despertado Cesarión, vestido con ropajes reales, frotándose sus grandes ojos a causa del sueño.

— Éste es el mayor tesoro de Egipto —dije, tomándolo en brazos—. Y yo lo deposito a tus pies, César.

Deposité al niño en el suelo, a los pies de la toga de César. Se hizo un profundo silencio entre los invitados. Bien sabía yo que el hecho de que César lo cogiera en brazos equivaldría a reconocerlo como suyo. Pero ¿sabían ellos que yo lo sabía, o acaso creían que yo me estaba limitando a ofrecerle a César a un príncipe para que lo aceptara como súbdito? Ahora todo dependía de César. Lo que a mí me importaba era su proceder, no el de la gente.

César permaneció mortalmente inmóvil. Comprendí que estaba enojado, tremendamente enojado, pero, a diferencia de otros hombres, siempre podía pensar con claridad, pese a su enojo. Apartaba a un lado todo lo que fuera necesario de tal forma que la cólera jamás fuera la base de sus acciones.

Miró a Cesarión con la boca cerrada en una apretada línea.

— ¿Y cómo se llama este tesoro? —preguntó, utilizando unas palabras voluntariamente comedidas.

— Se llama Tolomeo César... César —repetí, levantando la voz.

Los invitados empezaron a murmurar entre sí, en la creencia de que yo había tartamudeado. Ambos nombres eran un mismo nombre y estaban deliberadamente unidos.

César observó que Cesarión alargaba la mano para tocarle la sandalia. Después se inclinó y lo tomó en brazos, lo sostuvo en alto y lo desplazó muy despacio de uno a otro lado para que todo el mundo lo viera.

— Tolomeo César —dijo con toda claridad—. Creo que te llaman Cesarión, pequeño César. Que así sea.

Me lo devolvió sin mirarme, pero acarició la mejilla del niño.

— Te damos gracias, César —dije—. Somos tuyos para siempre.

— ¿Cómo te has atrevido? —me preguntó César, mirándome enfurecido.

Estábamos solos en el atrio cuyo suelo se hallaba enteramente cubierto de comida y desperdicios.

— Tenía que hacerlo —contesté—. Este era el momento. Estaban todos reunidos, era la fiesta de Egipto...

— Me has engañado —me dijo—. Te has comportado como una esclava.

— Si lo he hecho es porque tú me has tratado como tal. —Cuando empezaba a discutir, yo lo cortaba—. ¡No soy una esclava cualquiera que le pare hijos bastardos a su amo! ¡Soy una reina! ¡Me hiciste tu esposa en la ceremonia de File! ¿Cómo te atreves a despreciar a nuestro hijo?

— Porque no tiene ninguna legalidad en Roma —contestó—. ¿Es que no lo entiendes? ¿Para qué ha servido todo eso?

— Hay un lugar donde termina lo legal y empieza lo moral —dije—. Si no lo reconocías públicamente, nos insultabas a él y a mí. Eso no tiene nada que ver con la legalidad. ¿Acaso crees que me preocupa la posibilidad de que no herede tus bienes, habida cuenta de que heredará todos los tesoros de los Lágidas?

— Siempre y cuando yo se lo permita —me recordó César—. Siempre y cuando yo permita que Egipto conserve su independencia.

— ¡Te odio! —grité.

— No me odias. Odias la verdad de la situación, que es justamente la que yo acabo de describir. Y haz el favor de bajar la voz. La situación es inevitable. No puedo devolver Egipto a los faraones, ni tampoco me gustaría. Las cosas son como son y puede que en otros tiempos no prosperáramos como estamos prosperando aquí.

— Y tú prosperas mucho —le dije.

Prosperaba tanto como un cedro gigantesco, elevándose por encima de todos los demás.

Pero yo estaba satisfecha. Dejando aparte las palabras, había conseguido mi propósito. Delante de toda Roma, César había reconocido a nuestro hijo. El viaje a Roma había merecido la pena.

UN día de descanso y después el Triunfo del Ponto, al que muy pronto seguiría el último de ellos, el Triunfo Africano, que, en realidad, conmemoraba una guerra civil romana y que por tanto no fue muy bien recibido. Muchos consideraban indecoroso alegrarse de la muerte de unos conciudadanos y no se dejaron engañar por la exhibición del hijito del derrotado rey Juba.

El pueblo estaba inquieto y se mostraba muy crítico, pero César consiguió ganarse su favor, por lo menos de momento, organizando un impresionante banquete ciudadano que marcaría el término de los diez días de festejos. Invitó a toda Roma a participar en un festín que se serviría en veintidós mil mesas repartidas por toda la ciudad. Veintidós mil mesas, todas ellas repletas de exquisitos manjares como anguilas y vino de Falerno. Había imaginado una escena en la que los guerreros cansados de la batalla comen y beben juntos para celebrar la victoria. Parecía una escena directamente sacada de la mitología, y probablemente él era el único que se la creía. Sin embargo, el pueblo se mostró encantado de comer a su costa.

Abajo, en el Poro, habían colocado las mesas donde la gente paseaba durante el día y los mercaderes montaban sus tenderetes. Las mesas destinadas a las personalidades se encontraban en las inmediaciones de la Regia y de la casa de César, pero se habían repartido otras miles de mesas alrededor de la inconclusa Basílica Julia, el templo de Castor y Pólux, los rostra y la Curia. La Vía Sacra por la que habían avanzado pesadamente los carros de los Triunfos se había convertido ahora en una ancha avenida llena de gente que se divertía y de danzarinas y esclavos que servían la comida y la bebida. Los músicos tocaban desde los rostra y había antorchas encendidas por todas partes.

César y su familia comían en una mesa colocada cerca de su casa. Los principales senadores y magistrados ocupaban otra mesa cercana:

Cicerón, Lépido, Bruto y otros a quienes yo no reconocí. Todos los Amigos y Aliados oficiales del Pueblo de Roma estaban sentados a mi mesa: Buco y Bogud, los reyes mauritanos, los gobernantes de Galacia y Capadocia, y los enviados de las ciudades de Asia. Miré a Bogud, un hombre de rostro hermoso y nariz aguileña, y traté de imaginarme cómo debía de ser su mujer Eunoe. Me pregunté por qué no habría acudido a Roma. ¿Se lo habría prohibido Bogud? ¿Tal vez César? Ardía de curiosidad por saberlo.

La fiesta se estaba celebrando por todo lo alto en el Foro, y la gente parecía muy animada. El vino de Falerno estaba cumpliendo su misión. Puesto que el vino era un elemento escaso y muy caro, todo el mundo procuraba beber la mayor cantidad posible. El ruido era cada vez más fuerte y resonaba contra las piedras. Vi que vanos hombres se levantaban y se ponían a bailar alrededor de las columnas del templo de Saturno mientras otro grupo juntaba las manos para tratar de derribar los bancos de la Vía Sacra. En las gradas de la Curia se estaba

celebrando un sonoro concurso de canto. Un hombre se arrojó de cabeza por ellas y bajó rodando como un barril entre gritos de júbilo.

Las mujeres también participaban, entretejiéndose flores en el cabello y encaramándose a los bancos. El calor de la noche contribuía a enardecer los ánimos. Sentí que el sudor me bajaba por el rostro y la espalda y que la túnica se me pegaba al cuerpo. Las joyas que llevaba se me antojaban grilletes. No era una noche apropiada para llevar metal contra la piel.

Cuando terminó la cena y la diversión ya estaba a punto de alcanzar su punto culminante, César se levantó de repente y sonaron las trompetas mientras él tomaba una antorcha y se encaramaba a la mesa.

— ¡Amigos míos!, no quiero demorar por más tiempo la entrega de mis ofrendas al pueblo romano. ¿Por qué esperar la luz del día cuando aquí tenemos la luz de miles de antorchas? ¿Por qué esperar otro día cuando ya todos estamos reunidos? —preguntó levantando la voz.

Hacia el fondo del Foro nadie le oía pues la gente aún estaba comiendo, bebiendo y bailando, pero todo el mundo se calló a nuestro alrededor para escuchar.

— Deseo que Roma sea la ciudad más bella del mundo, y a tal fin he construido nuevos edificios para ella. —Dos de sus soldados y varios sacerdotes vestidos con sus túnicas a rayas se acercaron a él—. Permitidme que os los muestre. ¡Venid conmigo!

Tomó la mano de Calpurnia y el resto de su familia le siguió obedientemente. Los condujo hasta las gradas de la casi terminada Basílica Julia, donde ya se había congregado una gran muchedumbre que había seguido sus pasos.

— Ofrezco este nuevo mercado y edificio público a los ciudadanos de Roma —dijo—. Los más antiguos ya no se adaptan a nuestras necesidades; no son lo bastante grandes y carecen de los últimos adelantos. Quiero darle el nombre de Basílica Julia en honor de mi estirpe familiar, la *gens* Julia. ¡Es vuestro para siempre!

Un inmenso aunque apagado grito surgió de las gargantas de la multitud.

César se volvió y echó a andar hacia el norte entre los edificios, guiando a la gente hasta su nuevo, blanco y resplandeciente Foro y el templo que había en su interior. Permaneció de pie en la entrada del templo, sosteniendo una antorcha en la mano.

— ¡Un nuevo Foro para un nuevo día! —anunció—. ¡La ciudad de Roma necesita un nuevo Foro!

Todo el mundo había sido testigo de su construcción, pero aun así, cuando César lo presentó pareció una sorpresa. Un nuevo Foro. Sin embargo, el anterior era sagrado pues contenía muchos lugares ligados a la historia de Roma. Júpiter había detenido aquí el asalto de los sabinos, Curcio había desaparecido allí, en el misterioso lago de su mismo nombre. Muchas historias, todas ellas muy queridas.

¿Un nuevo Foro? ¿Qué significado tenía? No podía ser algo tan sencillo como César daba a entender, simplemente un lugar con más espacio para hacer negocios y transacciones. No, César debía de tener otros motivos, pensarían sin duda. Siempre estaban dispuestos a creer lo peor de él.

— ¡Vamos, seguidme! ¡Pisad la hierba, cruzad los pórticos, tomad posesión de él! —los animaba César.

Pero todos le miraban como niños asustados.

César pisó la hierba y subió las gradas del templo. Permaneció detenido en ellas un instante, vuelto de lado y con un pie apoyado en una grada más alta que la otra. Su túnica de *Triumphator* era más oscura que cualquier vino y destacaba como una mancha carmesí contra la blancura del templo.

— Y aquí dedico solemnemente este templo que prometí a la Venus de la que procede mi familia. Venus Genitrix. Aquí quiero honrar a la diosa en todas sus manifestaciones. ¡Venid a ver!

Un grupo de guardias con antorchas subió las gradas y entró en el templo, iluminando con su amarilla luz todo el interior. La gente fue subiendo poco a poco y entró en el templo.

¿Convenía que yo entrara? Sabía muy bien lo que vería la gente. Si no entraba, la gente pensaría que me avergonzaba. Haciendo acopio de valor penetré en el templo y contemplé las tres estatuas... la de Venus, la de César y la mía.

La gente lo estaba viendo. Calpurnia no soltó la mano de César pero bajó los ojos. Los murmullos habían cesado.

César no dijo nada, pero les había obligado a ver... a ver que me consideraba una parte de su familia, no en sentido terrenal sino divino. Ahora me avergonzaba de no haber confiado en él y de haberle obligado a reconocer a Cesarión.

Los presentes se habían quedado sin habla en presencia de las estatuas y todos permanecían tan inmóviles como si lo fueran. Después dieron media vuelta y se retiraron en silencio. No pude leer sus rostros.

— ¡Es Venus la que me ha favorecido como hijo suyo y la que me ha regalado las victorias que hoy celebramos! —dijo César—. ¡Venus, yo te honro y te rindo homenaje! ¡Bendice a tus descendientes, a todos y cada uno de los miembros de la *gens* Julia, y concédenos dar gloria y honor a Roma!

Los sacerdotes hicieron una reverencia y depositaron unas ofrendas delante de la estatua del centro.

César estaba rodeado por los miembros de su familia, como si quisieran protegerle de cualquier mal deseo. Todos permanecían juntos delante de las tres estatuas cuyo aspecto distaba mucho de ser benévolo.

La muchedumbre se había fragmentado en miles de grupos; se estaban retirando las sobras de la comida y una montaña inmensa de ánforas de vino



vacías estaba siendo cargada en unos carros resistentes. Los ciudadanos más respetables ya estaban regresando a sus hogares y sólo quedaban los borrachos, los jóvenes y las gentes de mal vivir.

Calpurnia, Octavio y Octavia habían desaparecido como por arte de ensalmo, pero yo no me sorprendí cuando César se acercó a mí.

Juntos abandonamos el Foro y nos adentramos por unas callejuelas en las que el aire no era ligero sino denso y pesado. Las calles estaban llenas de gente que se divertía, y yo aspiré el olor del delicioso vino de Falerno corriendo por los adoquines del suelo como agua de lluvia. Al parecer, todos habían comido hasta saciarse y estaban borrachos como cubas. Había tanta gente y estaba todo tan oscuro que no hubo necesidad de que César se cubriera con su manto pues nadie nos prestaba la menor atención y nos abríamos paso entre la muchedumbre como si fuéramos dos seres invisibles.

Los comentarios iban y venían con entera libertad y hubieran hecho las delicias de los chismosos.

— ¡Habrás robado otra vez el tesoro del templo para pagar todo eso!

— ¿Y dices que ha colocado a su ramera en el templo? Una estatua gigantesca. Seguro que no se le ve la parte que a él más le gusta.

— Debe de querer una reina porque quiere ser rey.

— Levanta todos estos templos y foros porque los vio en Alejandría. ¡Cree que Roma no es suficientemente hermosa y necesita montones de mármol blanco!

Había tanta gente que yo apenas podía respirar. Los cuerpos irradiaban un calor parecido al de las hogueras de carbón, y la pesada mano de la noche oprimía nuestras cabezas. Las palabras que estaba oyendo eran tan alarmantes que se me aceleraron los latidos del corazón.

La gente estaba empeñada en interpretarlo todo de la peor manera posible. ¿Por qué se revolvían contra César? Éste se preocupaba más por la gente corriente que los aristocráticos y bien alimentados senadores que el pueblo tanto apreciaba.

Alguien comentó con voz quejumbrosa:

— Pues yo creo que es un hombre extraordinario, el general más grande que ha habido desde Alejandro Magno.

Su compañero le contestó en tono despectivo:

— ¡Dicen que hasta va a cambiar el calendario! ¡Se cree un dios y se considera con derecho a cambiar los días y las estaciones!

Un hombre dio un tropezón y se le cayó la copa de vino, que fue a rebotar en el hombro de César. Cogí la mano de César y le dije:

— No sigamos. No puedo moverme y no aguanto más todas estas tonterías.

— Desde luego que lo son —dijo él—. Ya he oído suficiente. Ahora sé lo

que piensan.

Hizo un gesto, nuestro pequeño grupo dio media vuelta y él nos volvió a guiar a través de las callejuelas y los pasadizos. Qué bien se conocía César el camino. En cambio yo estaba totalmente desorientada.

— Al final he malgastado mi dinero —dijo con cierta amargura.

— Un hombre te ha rendido honor —le recordé.

— Un hombre —dijo en tono cansado—. Pero yo he agasajado a doscientos mil.

AL día siguiente el sol iluminó con sus rayos un numeroso ejército de hombres ocupado en la tarea de limpiar el Foro y las calles de Roma de todos los vestigios de los Triunfos, los cuales habían durado diez días en medio de todo un estallido de música, soldados, animales, trofeos, combates, comida y generosos regalos. Jamás había habido nada igual en Roma, y ahora todo aquello quedaría asociado para siempre al nombre de Cayo Julio César, emperador, dictador y cónsul. Pero todo pertenecía al pasado. El sol ya había alumbrado otro día. Ahora los aburridos mirarían a su alrededor y se preguntarían qué otra cosa iban a organizar para entretenerlos.

César estaba deseando impulsar las reformas, y el sumiso Senado las respaldaba. Muchas de ellas se proponían poner coto a los abusos de poder. Además quería conceder la ciudadanía a los galos cisalpinos, que desde hacía muchos años vivían en el norte de la península Itálica romanizada. Pensaba declarar ilegales las asociaciones religiosas (que en realidad eran grupos políticos cuya finalidad era la insurrección y la violencia contra el orden establecido), exceptuando a los judíos, que se mantenían al margen de los asuntos políticos. Reduciría a la mitad el número de personas que recibían una subvención de trigo e instalaría a las demás en colonias situadas fuera de Roma. Dio orden de codificar las leyes civiles que ya figuraban en centenares de documentos distintos. Había otras leyes relacionadas con cuestiones romanas que sin duda eran importantes para los romanos, pero resultaban esotéricas para los demás, como por ejemplo todas las leyes locales. Y tal como yo pude intuir, tenía prevista la puesta en práctica de otros ambiciosos planes para su país.

— Háblame de tus planes —le dije una noche en que acudió a verme a la villa directamente desde el Senado.

Tendido en el frío suelo, me comentó sus ideas para convertir Roma en una espléndida ciudad; construiría un teatro como el de Atenas al pie de la Roca Tarpeya; crearía una biblioteca que albergara todas las obras de la literatura griega y latina; construiría un edificio electoral cerrado en el Campo de Marte para proteger a los votantes de las inclemencias del tiempo; ampliaría el puerto de Ostia para que Roma dispusiera de un puerto comercial como el de Atenas; construiría una nueva calzada a través de la montaña hasta el Adriático; reconstruiría las devastadas ciudades de Corinto y Cartago.

— ¿Y las antiguas enemigas de Roma? —pregunté—. ¿Dónde queda entonces lo de «Cartago tiene que ser destruida»?

César soltó una carcajada.

— Cartago ya ha sido destruida, pero su localización es excelente y ya es hora de reconstruirla como ciudad romana.

— Roma en África. Roma en todas partes —dije yo.

— Creo que ya ha llegado la hora de que tengamos una nación que sea algo más que una nación; una nación que incorpore todas las naciones, y que no sea totalmente romana. —Hizo una pausa—. Esta es la cuestión de fondo de mi lucha con la aristocracia de Roma. Es la clase a la que yo pertenezco, pero ellos no ven más allá de los confines de la ciudad, lomen el ancho mundo, a pesar de que ahora ya lo poseen. Y fingen creer que las cosas no han cambiado y que las restantes tierras y los restantes pueblos desaparecerán. Les he ofrecido el mundo en una bandeja y lo he depositado a sus pies, pero ellos retroceden atemorizados. —Se volvió y me miró directamente a los ojos—. Por eso se apartan de ti. Para ellos eres una extraña, y todo lo extraño les asusta. —Lanzó un suspiro—. Para mí, Roma es como una niña a la que amo y quiero ayudar... pero se me escapa.

— A lo mejor están un poco aturdidos —dije yo, tratando de justificarlo—. Todo ha ocurrido con demasiada rapidez para ellos. Hace menos de veinte años no existía ninguna Galia por la que tuvieran que preocuparse. Roma ha tardado cientos de años en crecer, y de repente su tamaño se ha duplicado. Y por si fuera poco, su general ha establecido una alianza amorosa con una reina extranjera. ¿Qué quieres que piensen? Tienes que ser comprensivo con ellos.

— Te dije que lo seré. Y lo soy. —Estaba empezando a irritarse tanto conmigo como con ellos. Su estado de ánimo era muy variable últimamente. Se incorporó, soltando un gruñido—. Este suelo es demasiado duro. Ya sé lo que necesitamos aquí en Roma, un sitio cómodo para tendernos cuando queramos relajarnos. Sólo tenemos lechos para dormir y triclinios para comer. Pero ¿qué hay para cuando queremos conversar y leer?

— En Oriente tenemos unos asientos muy cómodos para descansar. Voy a crear aquí una estancia como las nuestras —dije—. ¡Será otra de las novedades que podrás introducir en Roma!

Se incorporó y se frotó la espalda.

— Un nuevo invento está a punto de ser desvelado —me dijo—. Manda llamar a Sosígenes para que mañana se reúna aquí con nosotros y entonces te lo revelaré.

Sosígenes, el extraordinario astrónomo y matemático del Museion, se había trasladado a Roma a petición de César, pero yo apenas le había visto durante los Triunfos.

— Eso es porque ha estado trabajando —me explicó César—. Lo tengo muy ocupado.

— ¿Mientras el resto de la ciudad se divertía? Pareces un preceptor. —De repente se me ocurrió una idea—. Estos planes que tienes para Roma, la biblioteca, el teatro, ¿acaso quieres crear otra Alejandría a orillas del Tíber?

— Tal vez. Pienso construir un palacio de mármol para ti, una reproducción exacta del de Alejandría para que no podamos saber dónde estamos, si en Roma o si en Alejandría. No habrá para nosotros el menor límite de tiempo y espacio.

Cumplí mi palabra. Convertí una de las estancias de la villa en la esencia

del placer del descanso, mezclando libremente elementos de distintas culturas. De los nómadas del desierto tomé la idea de las alfombras y extendí varias en el suelo para crear un suave y vistoso prado interior. Algunas eran de seda y otras de lana, pero todas acariciaban los pies e invitaban a tenderse en ellas en la seguridad de que, a diferencia de los prados de verdad, no habría serpientes, escorpiones ni insectos escondidos en sus dibujos. Sobre las alfombras distribuí almohadones tapizados de la Partia y cubrí las ventanas con cortinas de seda árabe para suavizar y colorear la luz directa del sol sin impedir la entrada de la brisa. Unas mesitas de madera labrada de sándalo de la India despedían un suave perfume, y las velas ardían en el interior de unas linternas de vidrio de colores... las famosas linternas alejandrinas. Incluso conseguí encontrar un criado que nos proporcionaba nieve —sacada de las montañas en invierno—, procedente del almacén de un acaudalado mercader, con la que podíamos enfriar el vino siempre que queríamos. Todo era justo lo contrario de las líneas rectas y los duros camastros que tanto les gustaban a los romanos.

Sosígenes se presentó con un poco de adelanto y yo me alegré de poder charlar un rato con él. Pertenece a una familia de astrónomos y matemáticos que llevaba varias generaciones en el Museion. Los hombres como él eran en buena parte el origen de la fama y el liderazgo de Alejandría en el campo de la ciencia.

— O sea que ya has terminado tu trabajo con César —le dije, haciendo una pregunta bajo la apariencia de una afirmación.

— Todo lo que yo puedo hacer ya está hecho —contestó Sosígenes con una sincera sonrisa en los labios. Era un hombre de mediana edad, a quien yo conocía casi de toda la vida y cuya misión era, entre otras cosas, enseñarles algo acerca de las estrellas a los niños de la casa real—. Ahora le corresponde a César presentarlo, y creo que esta tarea será más difícil que la realización de los proyectos propiamente dichos. Bueno, yo ya estaré de camino hacia casa antes de que eso suceda.

Experimenté una punzada de añoranza y de envidia. Echaba de menos mi ciudad, mi corte, a Mardo y Olimpo, a Epafrodito e Iras. Ahora haría un tiempo precioso en Alejandría; los días serían azules y frescos y habría nubes surcando el cielo. El Nilo estaba creciendo y, según todos los informes, la crecida era normal y no habría carestía de alimentos ni desastres.

Echaba de menos sobre todo el hecho de ser reina en mi propio país en lugar de invitada extranjera en otro. En el sueño de César, todo el mundo sería una sola cosa, pero ahora todavía no lo era.

César no tardó en llegar. Parecía cansado pero se sacudió el cansancio de encima y enseguida prestó toda su atención a Sosígenes, obligándome a mí a hacer lo mismo.

— Cuéntaselo todo a la Reina, Sosígenes —le dijo con impaciente orgullo—. Explícale lo que hemos creado. —Me señaló con un gesto de la mano—. Este será el regalo de Alejandría al mundo —añadió, desenrollando un gráfico.

— Mañana empezarán dos nuevos meses. ¡Sí, tendremos tres noviembres

y unos cuantos días más! —dijo Sosígenes, mirándome con expresión divertida. Sabía que todo aquello no era fácil de entender—. He reformado el calendario romano —explicó—. Estaba basado en la luna, y la luna es una guía muy poco de fiar. ¡Cambia constantemente! Un ciclo de veintinueve días y medio es muy difícil de manejar. El año lunar sólo tiene trescientos cincuenta y cinco días mientras que el año real tiene diez días más. Como los romanos no son tontos, de vez en cuando añadían un mes adicional para arreglar el desajuste. Pero eso daba lugar a que el año tuviera un día de más, de tal manera que aproximadamente cada veinte años se tenía que restar el mes adicional. Lo malo es que no se había establecido una fecha exacta para hacerlo, y a veces la gente se olvidaba de ello durante una guerra o debido a cualquier otra distracción. En estos momentos el año le lleva sesenta y cinco días al calendario natural. Por eso hacía tanto calor cuando se celebraron los Triunfos en septiembre... porque en realidad aún estábamos en verano.

— Era como hallarse dentro de una estufa —dijo César—. Por eso Sosígenes y yo hemos creado este nuevo calendario. Está basado en el sol. ¡Se han terminado los calendarios lunares! Cada año tendrá trescientos sesenta y cinco días, y cada cuatro años habrá trescientos sesenta y seis días para corregir un ligero desfase. El año empezará el primero de enero, cuando los cónsules asumen sus cargos, y no en marzo. Este año añadiremos los sesenta y cinco días de más, todos de golpe, para que finalmente nuestro calendario pueda adaptarse al sol.

— Con todos estos días adicionales este año será muy largo —dije yo.

Ya me lo estaba pareciendo, y me preguntaba si alguna vez terminaría. Ahora lo recuerdo con tristeza pues hubiera terminado demasiado pronto aunque le hubieran añadido cientos de días. Pero entonces todo me parecía normal y pensaba que siempre seguiría igual. Lo que está ocurriendo en un momento determinado siempre lo parece. Incluso mi propia vida mientras escribo estas memorias.

— Sí, espero que la gente lo sepa usar bien —dijo Sosígenes.

— ¿Y creéis que la gente lo aceptará? ¿Qué le diréis? —pregunté.

Sólo los que tuvieran alguna tarea desagradable por delante lo aceptarían. Los demás se mostrarían reacios al cambio.

— Que es necesario —contestó César.

— ¿Cómo se llamará el nuevo sistema?

— Pues calendario juliano —contestó César, como si no fuera posible ningún otro nombre.

— ¿Te parece prudente? —le pregunté—. ¿No pensarán que lo impones arbitrariamente como una especie de monumento a tu persona?

— Lamentaría mucho que lo pensarán —contestó—, pero puesto que es obra mía, ¿por qué no atribuirme el mérito? Puede que perdure cuando todos los edificios ya se hayan desmoronado y los galos hayan alcanzado la libertad.

Sosígenes se retiró, satisfecho de que pronto se pudiera presentar su creación a los romanos... y sin duda preocupado por la posibilidad de que ésta tuviera algún defecto oculto. César esbozó una sonrisa mientras su delgada figura se alejaba.

— ¡Tan vastos conocimientos en un depósito tan frágil! —dijo—. Lo he pasado muy bien trabajando con él y casi me da pena que el proyecto haya terminado.

— A lo mejor descubrirás un error y tendrás que volverlo a llamar —dije, pero la cara que puso César me hizo comprender que la cosa no le hacía ninguna gracia.

— Si hay un error, me lo echarán en cara a mí —dijo—. Es lo que suelen hacer siempre mis enemigos. Jamás lo atribuirían a un inocente error de cálculo matemático.

— Por lo visto crees tener muchos enemigos, tal vez demasiados como para que merezcan tu clemencia. O te los ganas por completo, cortejándolos en mayor medida de lo que has venido haciendo hasta ahora, o los eliminas sin piedad —le dije.

— No puedo hacer ninguna de las dos cosas —me contestó—. Va en contra de mi naturaleza. Ellos tienen que ser fieles a su naturaleza y yo a la mía.

Sacudí la cabeza.

— Eso es demasiado elevado para mí. Comprendo y reverencio una virtud por encima de todas las demás: la lealtad. El resto son cosas muy endebles que no se pueden comparar con ella.

— Es algo mucho más complicado que eso —me dijo en tono condescendiente.

— No estoy muy segura —repliqué, pero al ver que se negaba a escucharme, comprendí que necesitaba una distracción, no una conferencia. A lo mejor estaba demasiado cansado como para reflexionar con claridad... llevaba varios meses sometido a una fuerte tensión. ¿Podría ahora disfrutar de un prolongado descanso?—. Ven —le dije—, yo también he terminado mi proyecto. Quiero enseñártelo.

Se encogió de hombros con impaciencia.

— Ahora no, no tengo tiempo.

— Ni siquiera tendrás que salir de esta villa —le aseguré.

Me miró con un poco más de interés, pero aún no estaba contento.

— ¿Es un informe? —me preguntó—. Aquí no lo puedo leer, pero me lo llevaré...

— ¡No, no es un informe! Tampoco es una poesía que tengas que leer y simular que te gusta ni unos mapas que tengas que estudiar ni unos ejercicios mentales —le dije—. Es algo que tú deseabas.

— Vamos a verlo —dijo en tono decidido, pues sabía cuándo le convenía echarse una carga sobre los hombros.

— Ven —dije, tomando su mano—. Cierra los ojos y sígueme.

Puso su mano en la mía, aquella mano que tantas veces se había levantado durante las batallas, y la deslizó en la palma de la mía. Yo lo acompañé a la sala «oriental», y sólo cuando estuvimos en el centro de la estancia le permití abrir los ojos. Miró a su alrededor, parpadeando.

— Pero... ¿qué es eso? —preguntó finalmente.

— Querías un lugar en Roma donde uno se pudiera recostar y soñar de día —le contesté—. Los deseos del dictador son órdenes. —Me dejé caer sobre uno de los almohadones y tiré de su mano. Sólo a regañadientes permitió que lo atrajera hacia mí—. Y ahora quítate la toga —le dije—. No está hecha para descansar.

Empecé a quitársela.

— ¡Detente! Eso es propio de esclavos —dijo.

— ¿Por qué? A mí me parece muy agradable. —Me encantaba desenrollar aquella tela que le cubría decorosamente el cuerpo con sus vueltas. Quizá cuando se la quitara se sentiría una criatura más libre—. No es de extrañar que los romanos no dispongan de lugares cómodos donde descansar o sentarse. ¡Sus ropajes no se lo permiten! —Tiré de los últimos palmos de tejido—. ¡Ya está!

César se echó a reír, quizá por primera vez aquel día.

— Las sandalias me las puedo quitar yo mismo —dijo al ver que yo me disponía a hacerlo.

Las depositó cuidadosamente junto al borde de la alfombra. Debajo de la adornada toga llevaba una sencilla túnica de lino ligeramente ceñida a la cintura con una cinta.

Tiré de ella como si fuera la cuerda de una lira.

— He oído decir que ésta era tu señal distintiva —le dije—. Pero ¿por qué?

— ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó, recostándose contra un almohadón y apoyando los pies en un cojín sino.

Su rostro se suavizó mientras sus oscuros ojos, antes cansados, me miraban con interés.

— Lo leí —confesé, aunque en aquel momento no había comprendido el significado—. Al parecer, el dictador Sila advirtió a la gente de que se «guardara de ese muchacho de las prendas sueltas».

Soltó un resoplido.

— Ah, sí. Fue uno de sus ataques. Por lo visto las túnicas apenas ceñidas a la cintura son indicio de laxitud moral. Pero cuando él lo dijo, yo era un modelo de virtud, prácticamente virgen. Tal como le ocurre a nuestro querido Cicerón, le



gustaba destruir el carácter de la gente por medio de calumniosas insinuaciones. —El salón de placer oriental estaba suavizando su cólera—. Una vez Cicerón afirmó casi lo contrario de mí, atacando mi atildamiento en lugar de mi desaliño. Dijo: «Cuando contemplo su cabello tan bien peinado y le veo alisárselo con un dedo, no puedo creer que en la mente de semejante hombre pueda tener cabida la idea de derribar el Estado romano.»

— Está obsesionado con el Estado romano —dije yo—. Pero dejemos todo eso ahora y no permitamos que entre aquí dentro. Aparta firmemente a un lado a Cicerón, Sila y el Senado como has hecho con las sandalias. De momento.

Le acaricié los hombros, y al notarlos en tensión le hice un masaje hasta que conseguí suavizarle ligeramente la tensión.

— No es necesario que hagas estas cosas —protestó—. Tengo esclavos en casa...

— A quienes probablemente jamás les permites que te toquen —dije—. ¿Acaso no es así?

— Cuando tengo tiempo...

— Tú nunca tienes tiempo —le dije—. Pero ésta es una hora mágica, distinta de todas las demás. Como los días de más que has añadido al calendario. —Seguí estrujándole los hombros con toda la fuerza de mis manos—. ¡Ríndete!

Se tendió boca abajo, lanzando un profundo suspiro, giró la cabeza sobre el almohadón y dejó que le frotara los hombros mientras cerraba apaciblemente los ojos.

Después permitió que le quitara la túnica, pasándosela por los brazos para no tener que frotarle la tela contra la piel. Mientras la amarilla luz de la tarde penetraba en la estancia y él se quedaba medio dormido, contemplé por primera vez la piel de su ancha espalda y vi todas las líneas, todos los tendones y todas las cicatrices. Para ser un soldado, tenía un número sorprendentemente escaso de cicatrices, aunque ya sabía que la espalda era el lugar donde menos cicatrices tenía un superviviente.

Le di un golpecito en el hombro y conseguí que se diera la vuelta. Se cubrió los ojos con el brazo para protegerlos del sol y siguió durmiendo tranquilamente. Vi más cicatrices en su pecho, algunas de ellas tal vez debidas a algún accidente infantil y otras a alguna batalla. Ahora no se distinguían las unas de las otras; tras haber adquirido un color blanquecino y haberse hundido en la piel, todas eran iguales. El pinchazo en broma de un compañero de juegos y la herida del arma de un enemigo galo habían quedado igualados por el tiempo y el tejido cicatricial. Estaba segura de que cada una de ellas debía de tener su historia; había oído decir que a veces los viejos soldados comparaban sus cicatrices.

Le quería tanto que incluso su pasado tenía un inmenso valor para mí. Mientras le besaba las cicatrices, pensé que me gustaría que eso jamás hubiera ocurrido, que ojalá pudiera borrarlo y hacerle retroceder cada vez más en el tiempo hasta llegar a la época en que aún no conocía las decepciones, las batallas

y las heridas que yo le estaba borrando ahora una a una, hasta dejarle convertido de nuevo en alguien como Cesarión. Pero si borramos el pasado de aquellos a quienes amamos —aunque sea para protegerlos—, ¿acaso no les robamos la esencia misma de su ser?

Se agitó murmurando algo y se apartó el brazo de los ojos. Sentí que se le tensaban los músculos del estómago al incorporarse. Cogió mi cabeza entre sus manos y me la levantó.

— Ya basta —dijo—. No puedo aceptar semejante homenaje. No es propio de una reina.

Contemplé un buen rato mi imagen reflejada en sus oscuros ojos castaños.

— No te estoy tributando un homenaje —le dije finalmente—. A pesar de todas las mujeres que has tenido, me parece que ignoras los caminos del amor.

— Es posible que los ignore —dijo muy despacio—. Es muy posible.

Mi deseo de él no tenía límites; pensaba que por mucho que me esforzara, jamás podría expresarlo o satisfacerlo adecuadamente. Me incliné para besarlo y le acaricié suavemente el rostro con las manos. Sin embargo, al percibir el roce de mi boca sobre la suya, César se transformó de una lánguida y relajada criatura recostada sobre los almohadones en un hombre repentinamente hambriento. Sentí su mano en mi muslo. Con el otro brazo me rodeó la espalda y me atrajo con tanta fuerza que me hizo perder el equilibrio, y entonces me resbalaron las rodillas y caí con él sobre el montón de almohadones.

El cuadrado de sol sobre la alfombra, junto a nuestras cabezas, despedía un fuerte calor. Su piel estaba tan suavemente cálida como aquel cuadrado de luz. Apoyé la mejilla contra su hombro y se lo acaricié con ella. El contacto de la piel contra la piel era consolador y excitante a la vez.

¡Cuánto tiempo llevaba sin apoyarme en él! Desde mi llegada a Roma, sólo habíamos podido disfrutar de muy pocas horas juntos. No había tiempo y no queríamos escandalizar. Mi presencia en Roma con Cesarión en la villa de César ya era suficientemente escandalosa.

Se dio la vuelta, me empujó la cabeza contra la alfombra y me besó con tal fuerza que casi me dejó sin respiración. Pero no me importaba. El aturdimiento intensificaba mi deseo, hacía que la cabeza me diera vueltas y borraba mi natural pudor. Tenía la sensación de flotar en otro mundo tan apartado de mi verdadero ser como lo estaba aquella estancia de la vida cotidiana.

Pero ¿acaso no era ésta la razón por la que la había creado... para librarme de la vulgaridad de la vida corriente?

Con un gemido de deseo, tiré de la cinta que le ceñía la cintura. Estaba ligeramente anudada y se desató sin ninguna dificultad.

— Sila tenía razón, desde luego —me dijo—. A menudo los enemigos le conocen mejor a uno que los amigos.

Hundió el rostro en mi cuello y me lo besó como si fuera un esponjoso y

delicado pastelillo o los suaves pétalos de una flor. El roce de aquellos labios contra mi piel me produjo unas punzadas casi insoportables de deseo.

Era una niña inexperta e impaciente. De haberme salido con la mía, todo hubiera terminado en cuestión de pocos minutos, antes de que el sol se desplazara sobre el cuadrado de la alfombra. Pero él, cuya característica más distintiva en la guerra eran los rápidos ataques por sorpresa, parecía no tener la menor prisa en concluir aquella campaña, la que se combate sobre suaves almohadones, colchones y alfombras de Oriente. Me persiguió, me engañó, me tendió emboscadas, me llevó al borde del combate y después demoró el encuentro final hasta considerar que las condiciones eran las más idóneas para el fin que él se había propuesto. Después... no puedo describirlo sino tan sólo recordarlo.

Nos quedamos dormidos. Para mí fue un simple hundimiento en una inmensidad informe cuya suavidad rivalizaba con la de los almohadones; para él fue, al parecer, un sueño altamente reparador. Me desperté antes que él y me sorprendió verle tan profundamente dormido. La mancha de luz se había desplazado y suavizado. Debía de ser el atardecer.

Cerré los ojos y permanecí tendida, pensando. Habíamos tenido muy poco tiempo para estar juntos, y el tiempo pasaba volando. Pero ahora lo único que podía hacer era permanecer inmóvil con las piernas dobladas y la cabeza apoyada contra la suya, escuchando su respiración. La luz ya no poseía ninguna forma geométrica cuando finalmente César se despertó, sin aparente solución de continuidad. Giró la cabeza sobre el almohadón y contempló mi cuerpo tendido al lado del suyo, como si estuviera contemplando un territorio inesperado.

— Aún estamos aquí —dijo en tono asombrado—. Pensé que todo había sido un sueño y que me despertaría en mi camastro del campamento.

— No, amor mío, estamos muy lejos de los campamentos.

Levanté la cabeza y la apoyé contra mi brazo.

— Lástima —dijo él—. Creo que allí podríamos ser muy felices.

— ¿Combatiendo en una guerra? —le pregunté sorprendida—.

¿Levantándonos cada mañana sin saber jamás si sería la última que pasaríamos juntos?

— Eso confiere un mayor sabor a la jornada. —Sonrió y se movió sobre los almohadones, alargando la mano hacia su túnica. Se la puso con un rápido movimiento—. Así se viste uno en el campamento.

— Tan rápido que el ojo apenas lo puede seguir.

Confiaba en que no se fuera. Pero sabía que se iría. Disponía de muy poco tiempo. Pero por lo menos estaría más descansado. Era muy poco lo que yo podía ofrecerle.

Se incorporó y cruzó las piernas, aunque no se puso las sandalias.

— Tenerte aquí es un gran tesoro —dijo finalmente.

— Tengo que regresar a Egipto —contesté. Los Triunfos ya habían terminado; la condición oficial de Egipto de Amigo y Aliado del Pueblo Romano había sido ratificada, y Cesarión había sido reconocido. No había ninguna razón para que prolongara mi estancia, aunque había tardado en decir—: Mi lugar está allí.

— Lo sé —me dijo—, lo sé muy bien. Pero si pudieras quedarte un poco más... —Antes de que yo pudiera protestar, se apresuró a añadir—: La época de la navegación ya está a punto de terminar. Tendrías que zarpar mañana mismo para poder viajar con seguridad. Y aunque me gustaría no tener que reconocerlo ni siquiera ante mí mismo... voy a verme obligado a abandonar Roma y a luchar en otra campaña.

— ¿Cómo? —No podía dar crédito a las palabras que acababa de oír—. Pero si acabas de celebrar los Triunfos.

— Prematuramente, por lo visto —dijo en tono abatido—. Me he pasado varios días luchando contra la certeza casi absoluta de que voy a tonel que participar en los combates. Esta vez en Hispania, donde combatí hace apenas cuatro años. —Sacudió la cabeza—. Es una herida abierta que reúne y vomita todas las malquerencias que se agitan en el mundo romano. Insurrecciones, amotinamientos de tropas, traiciones de ciudades... y ahora los restos del grupo de Pompeyo; la ruina del ejército de Escipión, la traición de Labieno, mi antiguo general, y los dos hijos de Pompeyo. Tuve la desgracia de que escaparan de África y de que ahora se hayan podido unir al amotinamiento de unas tropas.

— Pero no es necesario que vayas tú personalmente —le dije—. Tienes otros comandantes que lo pueden hacer.

— Ya he enviado a dos y no han sido capaces de conservar el territorio. Sus fuerzas son muy escasas. Cneo Pompeyo, que consiguió alcanzar a nado la orilla, ha sido acogido por las tropas rebeldes y ha conseguido reunir otras once legiones. Mi gobernador ha sido expulsado. Nadie puede vencer a Labieno. Sólo yo. A fin de cuentas, yo le enseñé todo lo que sabe... y lo aprendió muy bien.

— Pero podrías perderlo todo, incluso la vida. ¡No puedes dejar incompletas las obras de Roma! Envía a otro. Hay muchos generales. En cambio sólo hay un César con un plan para Roma.

— Ya he enviado a otros. Ahora tengo que ir yo. Me llevaré a Octavio para adiestrarle directamente en las artes de la guerra. —Esperó un instante antes de añadir—: Te ruego que me esperes aquí. Regresaré en cuanto pueda.

— ¿Y si no regresas?

No hubiera querido decirlo, pero temía por su vida. La suerte no siempre le sería favorable.

— Tengo que ir —repitió—. ¿Te quedarás aquí en mi ausencia?

— ¿Cuánto tiempo? No puedo quedarme indefinidamente.

— Si lanzo una campaña de invierno —contestó—, es posible que en

febrero todo haya terminado.

— ¿O sea que ya lo tienes todo planeado?

— Eso se planea solo. Cada guerra tiene sus propios límites de tiempo y necesidad. ¿Qué me respondes?

— Me quedaré —dije— hasta que vuelva a iniciarse la temporada de la navegación en primavera. Más no podría.

Hice la promesa a regañadientes. La idea de quedarme en Roma sin él no era agradable. Pero mi palabra era mi palabra.

— Gracias. —Tomó mis dos manos y las besó muy despacio—. Me cuesta pedirte algo.

— Nunca temas pedirme nada.

— He dicho que me costaba, no que tuviera miedo. Me cuesta porque te amo y sé que a ti no te gustaría negarme nada, pero debes tener en cuenta las necesidades no sólo de tu país sino también del mío. —Me miró sonriendo—. Eso es lo que significa amar a una reina. Si no fuera una buena reina, yo no la podría amar.

Se estaba inclinando para tomar las sandalias cuando una cabeza de cabello alborotado asomó por la puerta mientras unos rechonchos deditos agarraban el marco.

— ¡Padre! —gritó alegremente Cesarión, corriendo sobre las alfombras para encaramarse a las colmas de almohadones.

Una vez allí, extendió los brazos hacia César, que lo tomó en brazos e inclinó el rostro hacia el suyo, nariz contra nariz.

Sus semblantes eran muy parecidos. A los dieciocho meses, el perfil de Cesarión era una miniatura del de César. Nadie hubiera podido dudar de la paternidad.

César lo abrazó y rodó con él sobre los almohadones, estrechándole en sus brazos como un oso. El niño gritó alborozado.

César volvió a levantarlo en brazos, dejando que sus rollizas piernas colgaran y se agitaran en el aire.

— Contempla al nuevo hombre —dijo—. El hombre del nuevo mundo que nosotros crearemos. Roma y Egipto juntos. Oriente y Occidente convertidos en una misma cosa.

— Un ciudadano, un origen, una lealtad.

— Pero no una lengua —dije en latín.

— Eso no es necesario —me contestó en griego—. Nos entenderemos perfectamente los unos a los otros usando nuestras propias lenguas.

Llegué a la Regia a la hora exacta que él me había indicado. César tenía asuntos pendientes en el Senado aquella mañana, y estaba citado a primera hora

de la tarde con sus secretarios Rablo y Opio, pero me prometió que ya habría terminado a la hora de nuestra cita.

Mientras me acercaba a la impresionante fachada de la Regia, situada a dos pasos de la residencia de César, abrigué la esperanza de que Calpurnia no estuviera en casa y no pudiera verme.

César y yo jamás hablábamos de su mujer. Yo no quería hacerle ninguna pregunta y era evidente que él no deseaba explicarme cuáles eran sus relaciones con ella. Mientras yo no tuviera que imaginármela como una persona real —una persona que me vigilaba desde las ventanas, una mujer apenada por su esterilidad y tan temerosa como yo de la posible partida de César hacia otro campo de batalla— podría soportar la situación. Ella era la esposa de César, no la mía.

César me había dicho que entrara por la puerta principal. Vi una pesada puerta de madera adornada con tachones de latón que se abría directamente a la Vía Sacra, la empujé hacia dentro y entré.

Había dos estancias a cada lado. Ambas estaban débilmente iluminadas y se aspiraba en el aire el perfume del incienso recién quemado, pero la sala se abría también a un patio rodeado por una galería de columnas de madera. Puesto que César aún no había llegado, me pareció más agradable esperarle fuera. El día era claro y soplaba un fuerte viento que levantaba las hojas por el aire y las hacía volar en remolinos.

A un lado del patio vi un altar abandonado y también un banco en el que me senté a tomar un poco el sol, pues la pared estaba caldeada. Apoyé la cabeza contra la piedra y cerré los ojos.

Pero en cuanto amainó el viento y cesó el susurro de las hojas, oí un ruido inconfundible procedente del interior.

Eran gemidos, gritos apagados y excitados murmullos, seguidos de sacudidas y chirridos. Algo cayó al suelo, el suelo del otro lado de la pared contra la que yo estaba apoyada.

Me volví muy despacio y atisbo desde una esquina de la ventana. Al fondo de la estancia, en un bajo camastro, un hombre y una mujer estaban haciendo apasionadamente el amor. La mujer gemía y se agitaba, en tanto que el hombre arqueaba la espalda en la que se veían todos los tendones de los músculos. Tenía unos brazos muy pálidos y delgados; al verle fugazmente el rostro, estuve a punto de soltar un grito de asombro. ¡Era Octavio! Había un montón de ropa en el suelo y unas sandalias de hombre, cuidadosamente colocadas a su lado. Las miré. Me parecieron un poco raras. Las suelas eran insólitamente gruesas. Les habían aplicado unas capas adicionales de cuero para que su propietario pareciera más alto. Me volví y me cubrí la boca, escandalizada. ¡Era Octavio! ¡El severo y santurrón Octavio! Se estaba dando un revolcón nada menos que en el lugar reservado al Pontifex Maximus. ¡Y usaba suelas más gruesas para parecer más alto! No supe cuál de las dos cosas me sorprendió más.

Volví a atisbar. ¿Quién sería su compañera? Al principio no pude verla, pero

después reconocí en ella a la esposa de uno de los invitados a la fiesta egipcia. No recordaba su nombre.

O sea que además era adúltero. La gente era asombrosa, desde luego.

Me oculté rápidamente en otra de las salas que se abrían al patio.

Como no se diera prisa, pensé, César lo sorprendería. Estuve a punto de echarme a reír. Sabía que César se hubiera escandalizado ante la idea de que alguien pudiera hacer semejante cosa en las inmediaciones de los lugares sagrados de la historia romana... o más bien se hubiera escandalizado de que a Octavio le diera igual. Había una diferencia.

Octavio debía de haber descubierto que la Regia era un lugar muy tranquilo a ciertas horas del día y había decidido utilizarla con regularidad. ¡Al fin y al cabo, él era miembro del Colegio de Pontífices de allí!

Sobre la mesa había vanos rollos. A lo mejor eran los planos de los edificios que César pensaba construir en Roma. Desenrollé uno de ellos y enseguida me di cuenta de que eran cartas privadas e informes. Mis conocimientos de latín fueron suficientes como para permitirme comprender que se referían a las actividades de Labieno y Cneo Pompeyo. Debían de ser despachos de los comandantes de César en Hispania. ¿Qué estaban haciendo allí?

En el preciso instante en que los estaba colocando de nuevo en su sitio, percibí un movimiento en la puerta. Octavio me estaba mirando, con la toga impecablemente drapeada alrededor de su cuerpo. Observé con asombro que apenas se le había arrugado. ¿Cómo lo habría conseguido? Una vez puestas, sus sandalias apenas se distinguían de las normales. Debía de tener un zapatero muy hábil.

— ¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Estaba tan sorprendido de verme como yo lo había estado unos minutos antes al verlo a él.

— Estoy citada con César —contesté, alegrándome de ver la cara que ponía.

— ¿Ahora? —preguntó, acercándose a los rollos y recogiénolos como si le pertenecieran.

— Se está retrasando un poco —añadí—. Pero está al llegar.

Octavio me miró fijamente.

Comprendí que se estaba preguntando cuánto rato debía de llevar yo allí.

— No me apetecía esperar dentro —expliqué inocentemente— y he preferido disfrutar de este agradable día otoñal en el patio.

Lo pensó un poco y decidió no arriesgarse.

— No le digas nada a mi tío —me dijo en tono apesadumbrado—. ¡No se lo digas, por favor!

— No creo que él sea el más indicado para juzgarte —contesté—. Probablemente te aplaudirá por imitar su ejemplo. Por obvias razones, yo tampoco soy quien para juzgarte.

— Yo... yo... —Octavio tragó saliva—. Es mejor que no se entere. Lo... lo siento mucho.

Me eché a reír.

— No tienes por qué disculparte ante mí. Yo no soy el esposo de la dama.

— ¡Oh, Apolo! —exclamó—. Pero lo conoces. Sabes que ella es... ¡No le digas nada a mi tío! ¡Por favor! ¡Júramelo!

— No lo considero necesario. Ya te he prometido que no le diré nada.

Tomó los rollos y se los puso bajo el brazo con gesto furtivo.

— Tengo... tengo que irme —dijo en un susurro, sujetando los rollos con la otra mano.

Se volvió a mirarme con una mezcla de furia y preocupación, e inmediatamente se retiró.

¿Qué podía pensar yo? ¿Se había apropiado de unos documentos privados de César y de la esposa de otro hombre? Sus grandes ojos azules ocultaban una personalidad muy taimada. ¿Lo sabía César? Tenía que saberlo.

César llegó a los pocos minutos, caminando a grandes zancadas.

— ¡Cuánta correspondencia! —dijo—. Te pido disculpas por el retraso. — Miró a su alrededor—. Espero que no te hayas aburrido. En esta sala no hay nada.

Señaló con un gesto de la mano la mesa vacía.

— Me he entretenido pensando —le contesté. Me moría de ganas de contarle lo de Octavio, pero había dado mi palabra.

César acudió a despedirse en la amarilla y clara mañana del día en que empezaba el tercer noviembre de aquel año. Le vi subir con paso presuroso y rostro inexpresivo por el camino, con la capa volando a su espalda. Fui a recibirle y le esperé junto a la entrada del atrio.

Había esclavos presentes y sus palabras fueron muy ceremoniosas.

— Vengo a despedirme de ti la víspera de mi partida y a desearte una venturosa estancia en Roma durante mi ausencia.

Las palabras permanecieron en suspenso en el aire, necias e insignificantes.

Tomé su mano y lo acompañé a una cámara privada.

— No me dejes con este recuerdo —le dije—. Tus ceremoniosas palabras dejan muchas cosas sin decir. —Me puse de puntillas y le besé la mejilla—. ¿O sea que te vas? ¿Cuándo? ¿Y tus legiones?

— Me voy pasado mañana —contestó, sentándose—. Viajaré por tierra a



Hispania, mil quinientas millas, en un carro. Tengo previsto cubrir por lo menos cincuenta millas al día y pillar por sorpresa al enemigo. De esta manera llegaré allí hacia el uno de diciembre.

— Ya sé que has combatido en campañas de invierno —le dije—, pero ¿esta vez no estarás en condiciones de inferioridad? El enemigo ya está acampado allí y tiene provisiones. ¿Qué vas a hacer tú?

— Espero encontrar una solución —contestó.

— ¿No sería prudente planificarlo un poco?

— He hecho todos los planes posibles, dadas las circunstancias. Confío en improvisar el resto sobre la marcha —contestó.

Me parecía distinto y lejano.

— Que todos los dioses te sean propicios —le dije repentinamente—. Que Isis te tenga bajo su custodia...

— Tú sabes que yo no creo en estas cosas —me dijo dulcemente—. Pero, si creo que tú me tienes bajo tu protección, entonces...

Le arrojé los brazos al cuello.

— ¡Bajo mi custodia, en mi recuerdo y en todos mis pensamientos!

Lo besé con fuerza para que más tarde pudiera recordar que todo aquello era de verdad y evocar la sensación de sus labios, de sus dientes y de su mejilla contra la mía.

Se apartó y me miró largamente. Después me dijo:

— Que te vaya bien.

LA lluvia seguía cayendo y los días se alargaban mientras la ciudad contenía la respiración a la espera de las noticias de Hispania. Los romanos se preguntaban si tendrían un nuevo amo, el joven Cneo Pompeyo.

Pensé que sin duda lo recibirían con vítores, tal como habían recibido a César. «Oh, dulce Isis, no permitas que César pierda la vida en un desierto campo de batalla lejos de casa. Aquello ni siquiera se considera una lejana frontera, y el enemigo no se distingue por sus dotes de combatiente. ¡Concédele cualquier cosa menos un final ignominioso!», recé.

Y esperé, como todo el mundo.

Para entretener la espera, me dediqué a aprender todo lo que pude sobre Roma, recorriéndola por mi cuenta. Visité sus sagrados santuarios, las tumbas de sus grandes hombres, los jardines de Lúculo en la colina del Esquilmo y, algo muy interesante para mí, el templo de Asclepio en la isla Tiberina, junto con su hospital. El dios griego de la medicina había encontrado un hogar en una isla plantada en medio de las rápidas y cenagosas aguas del Tíber.

Jamás llegué a una conclusión con respecto a Roma. En algunas cosas era muy poderosa, y en cambio en otras era venal. Yo intuí que dicha combinación era la que más atraía a la naturaleza humana.

Octavio, que había estado enfermo y tenía mucha tos, emprendió viaje más tarde para seguir a César. Una mañana de enero acudió a despedirse de mí y me preguntó si deseaba que transmitiera algún mensaje de mi parte.

Su visita me pareció una muestra de cortesía, pero no quería confiarle ningún mensaje para César.

— Aún no ha ocurrido nada —me dijo—. No se han recibido noticias de ninguna batalla.

O sea que César se había pasado un mes sin hacer nada en un campo helado.

— Te deseo mucho éxito —le dije.

Mis deseos no sirvieron de nada, pues Octavio tropezó con toda suerte de dificultades durante un viaje de pesadilla que terminó con un naufragio. Aun así siguió adelante y consiguió reunirse con César mucho después de que se hubiera librado la batalla definitiva de la guerra.

Y de esta manera hizo méritos a los ojos de César. Su porfía —la capacidad que tenía de clavar los dientes en algo y no soltar la presa, como hacen los mastines— debió de ser para César la mayor de las virtudes. Sus dientes carecían de fuerza y no estaban sólidamente asentados en las encías, pero la voluntad de resistir decidió la fortuna de Octavio... ahora lo sé. Si su dolencia le

hubiera impedido seguir adelante, tal como le ocurrió más tarde en todas las batallas más importantes... La batalla de Filipos, la de Nauloco, y finalmente la de Accio, encontraron a Octavio indispuerto en su tienda.

Ojalá jamás hubiera ido a Hispania... entonces los demás no lo hubieran seguido, y yo...

Pero serénate, pobre corazón mío. Ya todo terminó. Estoy hablando de entonces, no de ahora.

La primavera llegó en marzo. Las amarillas flores silvestres cubrieron las riberas del Tíber y en los árboles de nuestro jardín empezaron a nacer las tiernas hojas verdes.

Tolomeo, como Octavio, se había pasado todo el invierno romano con unos muy desagradables. Su estado mejoró cuando llegó la templada primavera y, como para compensarlo, su estatura dio un repentino tirón.

Pero seguíamos sin recibir ninguna noticia de Hispania. Parecía una burla gozar de las suaves brisas primaverales y pasear tranquilamente al anochecer mientras el futuro de Roma estaba en el tejado. Ya habían terminado los festejos romanos de las Lupercales, Ana Perena y Liberaba, y hubo que esperar al 20 de abril para recibir en Roma una noticia que dio lugar a un estallido de festejos en todas las calles de la ciudad.

César había ganado. El 17 de marzo había conseguido librar finalmente la batalla definitiva contra las fuerzas rebeldes en Munda.

Fue un combate desesperado, uno de los más sangrientos de la historia de Roma. Cuando terminó, treinta mil antiguos seguidores de Pompeyo yacían muertos en el campo de batalla contra sólo mil cesarinos. Labieno había muerto y también Cneo Pompeyo. Sexto, el hermano menor de Pompeyo, consiguió escapar.

«El hecho que decidió el resultado de la batalla —se contaba con asombro por las calles, y yo lo oí contar muchas veces, diez por cada diez manzanas de casas de la ciudad—, cuando los bandos estaban muy igualados y ya estaba anocheciendo y los cesarinos se mostraban cada vez más desanimados y habían empezado a retirarse, fue la intervención de César, el cual se abrió paso hasta las líneas del frente donde se había producido la brecha. Una vez allí, se arrancó el yelmo de la cabeza y gritó: “¿Vais a dejar a vuestro comandante en manos de estos muchachos?” Dicho esto, empezó a luchar cuerpo a cuerpo. Al verlo se elevó la moral de sus hombres, que cambiaron el curso de la batalla.»

«Espero encontrar una solución», me había dicho, y lo había hecho con una temeridad y una arriesgada apuesta muy propias de él.

Cuando me enteré de lo ocurrido me sentí conmovida. Su valentía era casi sobrehumana. Y su suerte también.

Inmediatamente se decretó que el 21 de abril —al día siguiente de que se recibiera la noticia en Roma— se celebraría a perpetuidad con unas carreras de carros en el Circo.

Después el Senado se superó a sí mismo en su afán de otorgar a César toda suerte de títulos. César ostentaría de por vida el título de Imperator, y dicho título sería hereditario. Sería cónsul durante diez años, y todos los aniversarios de sus victorias anteriores se celebrarían con sacrificios anuales. En todo momento podría lucir la corona de laurel, y vestir el atuendo de *Triumphator* en todas las ocasiones oficiales. Su estatua se colocaría en el templo de Quirino con la inscripción «Al Dios Invencible». En los juegos públicos su estatua de marfil debería desfilarse en una litera, seguida de un carro con todos sus atavíos, junto con las estatuas de otros dioses. Otra estatua suya sería erigida al lado de las estatuas de los antiguos reyes de Roma. Se debería construir un templo costado por el Estado en honor a la libertad que César había traído.

Y a su regreso se decretaría una acción de gracias de cincuenta días de duración.

Estaba deseando verle.

Aunque tenía previsto regresar a Egipto en cuanto se abriera la época de la navegación, ahora las buenas noticias que había recibido de Alejandría me permitían prolongar mi estancia en Roma. ¿Cómo hubieran podido las multitudes presenciar su regreso y coronarlo vencedor del mundo sin que Cesarión y yo saludáramos su vuelta a casa, a su ciudad y a nosotros?

Pero nadie sabía cuándo iba a regresar. Su estancia en Hispania se estaba prolongando porque tenía que resolver allí toda una serie de cuestiones administrativas y hacer nuevos nombramientos. Octavio se había reunido con él en su cuartel general. Bruto, Antonio y Décimo corrieron a recibirle a la Galia Cisalpina, que él tendría necesariamente que atravesar para regresar a casa.

Al final recibí una carta personal. La había escrito en Híspalis. Di las gracias al mensajero, le entregué una gratificación (seguramente excesiva) y cerré la puerta de mi habitación para poder leerla en privado.

Todo ha terminado y he resultado victorioso. Sé que ya te has enterado. Pero ahora te diré algo de lo que no te has enterado: a menudo he luchado por la victoria, pero en la batalla de Munda luché para salvar la vida. Mi vida ha sido respetada. Regreso a ti y a Roma, vivo y recuperado.

Con todo mi afecto para ti y para nuestro hijo.

«

Luché para salvar la vida.» ¿Qué estaba haciendo yo aquel día? ¿Cómo no lo presentí? Me parecía imposible que hubiera podido ser un día normal para mí. Sin darme cuenta, estrujé la valiosa carta entre mis dedos.

Tardó mucho tiempo en regresar. No estaba de vuelta el día del aniversario de su primer Triunfo, día en que los romanos hicieron desfilarse su estatua junto con la de la Victoria en los Juegos de la Victoria. No llegó a la ciudad hasta que empezó a disminuir el calor y antes se retiró a descansar una semana en su finca de Lavico.

Allí volvió a redactar su testamento, aunque eso nadie lo supo hasta mucho

después.

Corrían rumores de que César celebraría un Triunfo, pero no parecía muy probable que lo hiciera pues sus enemigos habían sido otros romanos. Los Triunfos sólo se celebraban cuando los enemigos eran extranjeros.

Su llegada a Roma acabó con todas las conjeturas. Había regresado victorioso. Daría nuevas órdenes y se reanudarían los acontecimientos cuya celebración se hubiera suspendido.

No me envió ningún mensaje ni me invitó a asistir a ninguno de los festejos privados que se habían organizado en su honor. Pero yo sabía que él estaba esperando como yo. Cada cosa a su tiempo.

La noche en que acudió a la villa era lluviosa y desapacible... sí, el año estaba cambiando. Oí el rumor de la grava bajo los cascos de un caballo y comprendí que alguien se estaba acercando. No pensaba que fuera él. No le esperaba en ningún día determinado. Me bastaba con saber que acudiría a verme.

Oí su voz mandando retirarse a los esclavos. Después le oí subir los peldaños de la escalera de dos en dos hasta llegar a mi puerta. La abrió de par en par y me encontró contemplando su rostro en medio de la penumbra.

Me había parecido una eternidad; pero ahora fue como si acabara de verle. Me sentí abrumada por la impresión y hundí el rostro en su hombro. No podía expresar con palabras la alegría que sentía al tenerle de nuevo conmigo.

Me acarició suavemente la nuca y me echó la cabeza hacia atrás para poder mirarme. Su rostro estaba iluminado por una leve sonrisa que yo jamás le había visto hasta entonces. Después me dio un beso apasionado con el que me expresó todo el dolor de nuestra separación.

— Vamos dentro —dije finalmente.

Nos habíamos quedado en la puerta donde todo el mundo podía vernos. Lo atraje al interior de la estancia.

— Gracias sean dadas a todos los dioses —dije—. La diosa Fortuna no te ha abandonado.

— No. —Su voz era más suave y templada—. Los sacrificios que ofrecimos antes de la batalla de Munda presagiaban un desastre, pero yo no hice caso. Me dije que todo iría bien porque yo lo deseaba.

Me estremecí.

— La Fortuna ha sido benigna con su hijo predilecto, a pesar de su arrogancia.

— A lo mejor le gusta. —César se acercó y me abrazó—. ¿Y a ti te gusta?

— Forma parte de ti —contesté— y me gusta todo lo tuyo.

— ¿De veras? Eso quiere decir que eres distinta de todo el mundo.

La lluvia caía con fuerza, las ramas de los árboles se agitaban bajo el viento

y nosotros permanecíamos acurrucados bajo la manta de mi lecho, como si quisiéramos protegernos de las inclemencias del exterior.

— ¿Fue así en tus tiendas de Hispania? —le pregunté, tendida a su lado mientras escuchábamos el rumor de la fría lluvia.

— No. Eso es un lujo. Aquí el techo no tiene goteras y las sábanas no se mojan. —Me tomó la mano—. Uno no sabe lo que es vivir hasta que no conoce lo que es una campaña de invierno.

— Me tienes que llevar contigo en la próxima —le dije alegremente. Al ver que no sonreía, añadí—: No estarás preparando otra, ¿verdad? Ya no queda nadie contra quien combatir.

— Excepto los partos.

— Deja a los partos en paz —dije—, y ellos te dejarán en paz a ti.

— Algún día deberán ser devueltas las águilas de las destruidas legiones de Craso.

— Pero no por ti —repliqué—. Roma es hoy un desafío mucho más grande. Déjale la Partia a Cesarión. A fin de cuentas, si tú ya has conquistado todo el mundo, ¿qué le va a quedar a él? Tienes que dejar algo a lo que pueda aspirar la próxima generación.

— Haré un trato contigo —me dijo con un tono de voz fingidamente solemne—. Me quedaré en Roma algún tiempo, siempre y cuando tú también te quedes. —Hizo una pausa—. ¿Aceptas? —Otra pausa—. Por favor.

Por supuesto que sí. Después de una separación tan larga, ¿qué prisa podíamos tener por volver a separarnos? Alargué los brazos y lo estreché con fuerza contra mi pecho. Lo uniría a mí con argollas de hierro, lo guardaría de todo mal. Ya bastaba de territorios, de conquistas. Lo mejor sería que consolidara lo que ya había ganado.

Por una noche, César se conformó con los confines de aquella pequeña estancia, con mi persona y con lo que yo podía ofrecerle. Y yo me ofrecí toda entera.

En contra de lo que yo consideraba un mínimo de sentido común, César estaba firmemente decidido a celebrar su victoria. Diría que la guerra había sido una rebelión hispánica, favorecida por la traición de unos romanos. Le dije que semejante afirmación no engañaría a nadie. Me contestó que le daba igual.

Algunos dicen que César no se comportó aquellos días con demasiado sentido común, que su habitual perspicacia (su rasgo más característico) estaba un poco embotada, y que sus criterios no parecían demasiado acertados. Mi parecer es que estaba agotado y cada vez más amargado por el fracaso de su política de reconciliación y por el recelo y la hostilidad manifiesta que despertaba en los patricios cualquier cosa que él hiciera. Trataba al Senado y al pueblo de Roma como si fueran una batalla campal que tuviera que librarse en el acto y sin la menor dilación. La política y la guerra no son lo mismo; su genialidad en la

guerra no podía traspasarse a las tareas de gobierno.

La victoria sobre sus enemigos y su nombramiento como dictador le habían otorgado el mandato tácito de reorganizar el gobierno, tal como había ocurrido en el caso de Sila. Con ello se esperaba en cierto modo que «restaurara la República», las sagradas palabras que estaban en boca de todo el mundo.

Pero, en realidad, la venerada República se estaba muriendo. Aun hoy me pregunto qué se hubiera podido hacer para «restaurarla», como no fuera retroceder en el tiempo hasta llegar a la época en que había sido eficaz. La República era una asociación privada, como la que yo había fundado en mi infancia, la Sociedad de Imhotep. Sólo respondía a las necesidades de unos cuantos patricios y dejaba al margen a un gran número de personas con intereses no menos poderosos. Y César decidió unir su suerte a este segundo grupo, pasando por encima de las cabezas de los partidarios del antiguo orden establecido. No podía devolver las riendas del gobierno a este rígido grupo. Y eso era precisamente lo que hubiera significado la restauración de la República.

El Triunfo Hispánico se celebró en contra de mis consejos y de los de Cicerón, Bruto, Casio, Lépido, Décimo e incluso, según dijeron algunos, de Balbo y Opio. Era un día insólitamente templado de principios de octubre. Una vez más se limpiaron las calles, se adornaron los monumentos y los edificios con guirnaldas de flores y se levantaron tribunas. Tal como había hecho el año anterior, César desfiló en todo su esplendor en un carro triunfal, seguido por un solemne Octavio en otro carro. Pero en medio de todos los vítores y las adulaciones, uno de los Tribunos de la plebe se negó a levantarse de su asiento al paso del Carro Triunfal.

En lugar de mirar serenamente hacia delante, César refrenó sus caballos para detenerse, miró enfurecido al descortés tribuno y, con áspero tono de voz, le gritó:

— ¡Tú, Poncio Aquila! ¿Por qué no me obligas a renunciar al Estado? ¡A fin de cuentas eres un tribuno!

Aquila se limitó a mirarle en silencio, sorprendido, pero no se levantó.

Se dijo que el banquete que se celebró a continuación no había estado a la altura de las expectativas de César (o quizá de las del pueblo), por lo que unos días más tarde mandó celebrar otro.

Después ofendió ulteriormente a la opinión pública permitiendo que sus dos incompetentes lugartenientes Pedio y Fabio celebraran sus propios Triunfos, a pesar de que su incapacidad de progresar en su lucha contra el enemigo había obligado a César a trasladarse a Hispania.

Por si fuera poco, dimitió bruscamente de su cargo de cónsul y nombró a Fabio y a otro hombre para que lo sustituyera durante los últimos tres meses del año.

— Pero ¿cómo se te ha ocurrido? —le pregunté una tarde en que acudió a visitarme a la villa, una de las pocas tardes en que tenía un momento libre.

— Me acusan constantemente de ser un tirano —dijo—. ¿Acaso un tirano dimite de sus cargos?

— Pero ¿por qué te enfadas tanto? —le pregunté—. ¿Te enfadaste acaso con Cneo Pompeyo o con Vercingetórix? Si te hubieras enfadado, ¿crees que los hubieras podido derrotar?

— O sea que ahora tú me das consejos. ¡Tú, cuya única experiencia de la guerra es un estancamiento entre tus fuerzas y las de tu hermano! ¡Tú, cuya única experiencia de lo que era una rebelión en el gobierno te hizo perder el trono y te obligó a huir! —gritó casi escupiéndome las palabras a la cara.

Me negué a picar en el anzuelo.

— Reconozco que es cierto —dije—, pero sólo tenía veintiún años y era mi primera experiencia de gobierno y de las luchas. Tú que eres el soldado más experto del mundo tendrías que comprenderlo.

— Y ahora tú eres una experta —dijo—. ¿Cuántos años tienes?

— Veinticuatro, como sabes muy bien —contesté—. Y tengo la ventaja de haber sido una espectadora privilegiada de esta encarnizada contienda. A veces los espectadores ven cosas que los que están más cerca no pueden ver. Y lo que yo veo ahora es un hombre que se comporta como si se viera acosado por una manada de lobos, un hombre rencoroso que está atacando en todas direcciones. ¿Era necesario que, al término de todas las promesas políticas que has hecho después del Triunfo, añadieras la sarcástica frase «Siempre y cuando Aquila me lo permita»? Parece el comentario de una aldeana junto al pozo, hablando de una rival. Es indigno de ti.

Sacudió la cabeza y se acomodó en una silla.

— Tienes razón —dijo por fin—. Es un comentario mezquino y malhumorado. —Frunció el ceño—. ¡Pero es que ya no puedo resistirlo! Solté una carcajada.

— ¿Que no puedes resistirlo? Tú que te has alimentado de raíces y has soportado la nieve y has viajado en condiciones atroces. ¿Cuántas millas cubrías al día durante tu viaje a Hispania en invierno?

— Más de cincuenta —contestó, esbozando una sonrisa infantil—. Y por el camino compuse un largo poema... no quería desperdiciar ni un solo minuto. Se titula «El viaje».

— Sí, y aún no me lo has dejado leer —le dije casi en tono de reproche—. Pero lo que no entiendo es cómo puedes permitir que todos estos ataques políticos te saquen de quicio, siendo así que todas las penalidades que te ha obligado a sufrir la naturaleza jamás han podido hacerlo.

— Las personas son más desesperantes que el frío, el hambre, la sed o el calor.

Me arrodillé a su lado. Sí, me arrodillé. Y le miré a la cara lo más directamente que pude.



— Has llegado demasiado lejos y has hecho demasiadas cosas como para que ahora fracasases por culpa de la debilidad humana. ¡Cúrate de esta debilidad! ¡No permitas que te domine! —¿Me escucharía?—. ¡Podría provocar tu caída y destruir todo aquello por lo que has luchado!

— ¿Acaso no soy un ser humano? —exclamó en tono angustiado—. No puedo convertirme en una piedra. ¡Todas estas cosas me duelen... y me desgarran el tejido de que estoy hecho!

— Pues remiéndalo y descansa —le dije—. Tu espíritu está herido y debes dejarle cicatrizar, tal como harías si te hubieras producido un corte en el cuerpo. Me temo que la herida se infectará si no lo haces. Es más, ya está a punto de infectarse.

Es posible que siguiera mi consejo, pues desapareció durante vanos días. Pero el malestar y los murmullos continuaron. Para ser una ciudad en paz que no estaba amenazada por ningún enemigo exterior, Roma se mostraba especialmente nerviosa.

Cuando a finales de mes me anunciaron la presencia de Octavio en la villa sufrí un sobresalto. Le recibí en una estancia que se abría al atrio y cuyas paredes pintadas de rojo oscuro estaban adornadas con escenas mitológicas para compensar la existencia de una sola ventana.

Parecía más alto y maduro. ¿Se habría mandado hacer unas sandalias más altas? Su delicada belleza se había atemperado, y el cuerpo oculto bajo la toga parecía más fuerte y vigoroso. La campaña hispánica lo había convertido en un hombre, a pesar de no haber participado en los combates. El simple hecho de viajar hasta allí en medio de tantas dificultades había sido suficiente.

— Te veo más robusto —le dije—. El viaje habrá ejercido un efecto beneficioso.

Yo misma me sorprendí de los cordiales sentimientos que albergaba hacia él. Había conseguido ganarse mi simpatía. Y su lealtad a César estaba fuera de toda duda, lo cual era muy importante.

— Vengo a despedirme de ti —me dijo—. Mi tío ha dispuesto que Agripa y yo partamos hacia Apolonia, al otro lado del Adriático, donde posteriormente seremos instruidos en las artes de la retórica y de la guerra.

— Sé que para él será muy duro enviarte lejos —dije con toda sinceridad.

— Nos reuniremos con él en la próxima campaña, en la que podremos serle más útiles —dijo Octavio.

¿La próxima campaña? ¿Acaso habría otra?

— ¿A la Partia? —pregunté en un susurro. Tenía que ser la Partia.

— Sí. Ya estaremos a medio camino de allí. César nos mandará llamar cuando haya cruzado al otro lado.

«Cuando haya cruzado...» ¿Y eso cuándo sería?

— ¿La primavera que viene entonces? —pregunté con perspicacia.

— Creo que sí —contestó.

— Os deseo buen viaje a ti y a Agripa —dije—. ¡Que no haya más naufragios! Espero que vuestros estudios sean todo lo fructíferos que deseáis.

Lo único que pensó mientras contemplaba sus puras y resplandecientes facciones, sus grandes ojos y su claro cabello alborotado, fue que la familia de César era muy hermosa.

— Me ha sido muy beneficioso conocerte —le dije.

— Y a mí conocerte a ti —me contestó con una amable sonrisa en los labios.

Juro que aquélla fue la última vez que lo vi y que aquellas palabras fueron las últimas que nos dijimos cara a cara. ¡Cómo se complacen los dioses en burlarse de nosotros! Revivo una y otra vez aquel encuentro como si de él pudieran surgir algunas palabras premonitorias. Pero no hubo ninguna. Fue simplemente una cordial despedida entre dos personas que amaban tiernamente a César y que hubieran dado la vida por él.

LAS calles estaban abarrotadas de gente. Mi litera apenas podía abrirse camino. Las sacudidas y los empujones la hacían balancearse como si fuera un barco en el mar. Y eso era lo que hacía, en efecto, abrirse camino a través de un proceloso mar de gente.

— ¡Qué divertido! —exclamó Tolomeo, mirando por un lado.

Con la llegada del frío le había vuelto la tos y se le había debilitado la voz. Habíamos conseguido encontrar un buen médico, el cual había confirmado que el clima de la ciudad no le sentaba bien.

Pensé que ojalá no hubiera accedido a la petición de César y no hubiera prolongado mi estancia en Roma. Ahora nos quedaríamos atrapados allí hasta la primavera. Estaba deseando volver a ver las anchas calles de Alejandría cuyas avenidas jamás se llenaban de gente. Habíamos ido a visitar el barrio de los plateros y los orfebres porque Tolomeo había manifestado el deseo de verlos trabajar. Tenía inclinaciones artísticas y destacaba especialmente en el dibujo. Habíamos preparado la visita con vanos días de antelación, y los artesanos nos esperaban en sus talleres; pero allí estábamos, atascados y sin poder movernos.

¿Cuál sería la causa? Asomé la cabeza enfurecida, como si pudiera fulminar con la mirada al culpable de la situación. Lo único que vi fue una enorme masa de cabezas y de hombros. Vi también una estatua de gran tamaño avanzando poco a poco en un carro abierto, atada con unas cuerdas. Detrás iba otra. No las reconocí.

— ¡Mira! —gritó Tolomeo, apuntando con el dedo—. ¡Allí está César, en aquellas gradas!

Me volví; en efecto, César y otros hombres se encontraban de pie en las gradas del Teatro de Pompeyo y sus edificios anexos, más grandes que el teatro propiamente dicho.

— ¡Por allí! —les ordené a los esclavos que portaban la litera.

Éstos efectuaron un brusco giro y cruzaron la calle.

Qué edificio tan inmenso, pensé. Era casi como los de Alejandría.

César se acercó a nosotros al vernos.

— ¿O sea que eso también os atrae a vosotros? —preguntó, inclinándose para mirarnos.

— No —contesté—. Estamos aquí por casualidad. ¿Qué es lo que ocurre?

— Es el día de la restauración de las estatuas —contestó—. Venid conmigo. —Al ver mi reticencia, añadió—: Fuerais donde fueseis, no habríais podido pasar. Así que será mejor que os quedéis aquí con nosotros.

Alargó la mano y nos ayudó a bajar, pero no soltó la mía cuando regresó al lugar que ocupaba en las gradas.

— Qué día tan memorable, ¿no es cierto? —dijo un hombre en quien yo reconocí a Lépido tras haber hecho un poco de memoria—. ¿Quién hubiera podido imaginar que volverían?

— Recién sacados del almacén —dijo otro... Marco Antonio—. Si les quitas las telarañas quedarán como nuevos.

— Sí, nunca hay que tirar nada —dijo la mujer que éste tenía al lado; era Fulvia, su nueva esposa—. Es lo que siempre digo.

— No lo dirás por los enseres domésticos —dijo Lépido—. Todo el mundo sabe que nada de todo eso te interesa.

A Fulvia no le hizo gracia el comentario.

— Me las arreglo bastante bien —dijo al final—. Antonio no se queja —añadió, mirando a su esposo como si le pidiera una confirmación.

— No, no —dijo Antonio—. No tengo ninguna queja. En Egipto vosotros celebráis la resurrección de los muertos —dijo, volviéndose hacia mí—. Es la primera vez que eso ocurre en Roma. Las estatuas de los vencidos y de los prohibidos se levantan una vez más sobre sus pedestales.

Justo en aquel momento se acercó un carro con una estatua de considerable tamaño, sostenida por unos obreros. Dos agotados bueyes con los cuernos inclinados hacia abajo avanzaban con gran esfuerzo hacia el teatro, tirando de su carga.

— Es Pompeyo —me explicó César—. ¿Reconoces su cara de luna llena?

— Sí —contesté—, a pesar de los muchos años transcurridos. Agradecí a los dioses no haberle visto al final, tal como lo había visto César. —Hice una pausa—. ¿Por qué colocáis de nuevo su estatua?

— Sus estatuas —me corrigió César—. Las están colocando por toda la ciudad. Junto con las de Sila.

— Pero ¿por qué?

Me parecía muy raro.

— Para demostrar que en Roma ya han terminado las insurrecciones y las guerras civiles —me contestó César—. Ahora nuestros héroes pueden ser valorados por sus hazañas, su valor o su ingenio sin ninguna referencia al bando al que pertenecían. ¡Todo eso forma parte del pasado!

— Eso quisieras tú —replicó Fulvia—. ¡Hará falta algo más que volver a colocar las estatuas en sus pedestales para que se arreglen las cosas!

La observé atentamente. Poseía una belleza clásica, pero la dureza de su expresión me recordaba a la diosa Atenea con su yelmo de guerra. Su aspecto era muy femenino, pero sus palabras y sus modales distaban mucho de serlo.

— Lo que tú quieres es que haya muchas otras estatuas para que te hagan compañía —le dijo Antonio a César—. ¡Están poniendo tantas estatuas tuyas por todas partes que no quieres que se sientan solas!

— ¡Vamos, Antonio! —dijo Fulvia, mirándole enfurecida—. ¡A veces dices unas cosas que pareces tonto!

— Cállate, amor mío —le replicó afectuosamente Antonio—. Vamos a ver... habrá dos en las Tribunas, una en cada templo de Roma y una en cada ciudad del país y de las provincias. Es bueno que las copien todas de un mismo modelo, de lo contrario te cansarías de posar, mi querido César.

— Un gobernante nunca se tiene que cansar de posar —le dijo Fulvia—. En algunos países, ésa es su principal ocupación. ¿Qué es lo que se hace en Egipto?

Me dirigió la pregunta con tono desafiante.

¿Qué le ocurría? Parecía que estuviera buscando pelea. Pero yo, como reina que era, no le daría aquella satisfacción.

— Seguramente no has visto la estatua de Cleopatra que he mandado colocar en el templo de mis antepasados —intervino César en tono pausado—. Te aconsejo que vayas a verla.

Fulvia le dirigió una mirada asesina y se acercó al carro con la excusa de echar un vistazo a la estatua que los obreros estaban envolviendo en un lienzo y asegurándola con cuerdas a una plataforma de madera antes de levantarla y trasladarla al edificio.

Lépido estalló en una carcajada y se cubrió la boca con la mano. En cambio Antonio se rió sin el menor disimulo, como si no le importara que le oyeran los que estaban cerca de él. Era una risa de pura alegría, de esas que raras veces se dan en los adultos. Por regla general, la dicha sin límites muere con nuestra infancia.

— A ver si os calláis —dijo César—. Os va a oír la Fiera. Los tres hombres empezaron a reírse como chiquillos. César soltó mi mano y se sostuvo los costados, riéndose hasta que las lágrimas se le escaparon por las comisuras de los ojos.

— ¿De qué se ríen? —preguntó Tolomeo, perplejo, mirando a su alrededor con curiosidad.

— De una cosa que a los romanos les hace mucha gracia —contesté—. De las esposas.

Un vendedor ambulante de salchichas y hogazas de pan se abrió paso entre la gente, anunciando su mercancía.

— ¡Vamos a comprarle todo el cesto! —dijo Antonio, agitando los brazos—. ¡Tú, ven aquí! —gritó, saltando arriba y abajo.

El hombre se levantó la orla de la túnica y subió las gradas, esperanzado. Llevaba una mona amaestrada sentada en el hombro.

— Son de lo mejor que hay —dijo—. ¡Salchichas de la Lucania y hogazas

de pan cocidas esta misma mañana con *simila* de primera!

— ¡Te lo compramos todo! —dijo Antonio—. ¡Ah... y la mona también!

El hombre se quedó de una pieza.

— No está a la venta —dijo.

Antonio le miró con semblante decepcionado.

— Pues entonces no te compramos nada, porque lo que de verdad nos interesaba era la mona.

— Es que... mis niños la quieren mucho... pero si... no sé... —Su rostro era la viva imagen de la desolación—. ¿No quieres llevarte el cesto en su lugar?

— No. ¿Para qué quiero yo un cesto? —contestó Antonio con la cara muy seria—. O la mona o nada.

— Bueno... muy bien, si tienes que...

El hombre alargó la mano para coger la mona sentada en su hombro y se la entregó muy despacio a Antonio, que la rodeó con uno de sus musculosos antebrazos.

— ¡Estupendo! Hace tiempo que Fulvia tiene una receta deliciosa de sesos de mono —explicó alegremente.

El hombre palideció intensamente y entonces Antonio ya no pudo seguir y le devolvió amorosamente la mona.

— Era una broma —le dijo—. Quédate con tu mona, yo no la necesito. — Soltó una carcajada—. Si un hombre tiene hijos, ¿qué falta le hace una mona? Tienen la misma cara y hasta se comportan de la misma manera. Pero te compraremos todas las salchichas, buen hombre.

En cuanto el vendedor se retiró con su mona, Lépido contempló las salchichas y el pan que sostenía en las manos y probó una salchicha.

— ¡Muy fuerte! —dijo—. Demasiada albahaca y demasiado ajo. Sospecho que esconden algo. ¿Por qué no has probado una antes de comprarlas todas?

Antonio se encogió de hombros mientras masticaba una.

— No merece la pena —contestó—. Además, tenía intención de regalarlas casi todas. —Miró a la gente que llenaba las gradas y gritó—: ¡Mirad! —exclamó—. ¡Salchichas y hogazas de pan para todo el mundo! Comed, invita Marco Antonio, cónsul electo y presunto recién casado...

César volvió a reírse.

— Cállate si no quieres que Fulvia te pegue una paliza y yo cancele la cita.

— ¿Junto con todas las demás citas que has concertado? —Antonio me miró como si hablara con un confidente—. César ha aumentado el número de senadores de seiscientos a casi novecientos. Algunos de ellos son unos auténticos bárbaros importados de la Galla. Eso dará lugar sin duda a muchos comentarios.

Nadie se fijará en mí; soy demasiado vulgar.

— Éstos son los hombres que me ayudaron a alcanzar la victoria. Si fueran piratas y asesinos, también tendrían su recompensa —dijo César—. Por lo menos eran mis amigos y me fueron leales.

— ¡Pero llevan calzones! —dijo Lépido en tono de reproche—. ¡Calzones en lugar de togas! ¡Calzones en el Senado! ¡Eso es el fin del mundo!

— No digas sandeces —replicó César—. Aquí se pondrán togas y no lo que visten en sus casas.

Los hombres que estaban subiendo las gradas cargados con la estatua soltaban gruñidos por el esfuerzo mientras la estatua resbalaba ligeramente sobre la plataforma. Pero ya casi estaban a punto de llegar.

— ¡Vamos! —dijo Antonio—. No creo que queráis quedaros a mirar cómo colocan la estatua en el pedestal, ¿verdad? Vamos a divertirnos un poco. Conozco un sitio...

César soltó un gemido burlón.

— Nada de teatro ni de carreras de carros.

— Ya lo sé —dijo Antonio—. Vamos a hacer una carrera en el estadio, como solíamos hacer antes, ¿recuerdas?

Se inclinó hacia delante y rodeó los hombros de César con su brazo.

— Sí, lo recuerdo —contestó César—. No sé si todavía te puedo ganar.

— Vamos a verlo —dijo Antonio—. Vamos a verlo ahora mismo. Pero te advierto que...

Ambos bajaron juntos las gradas entre risas. César caminaba con paso ligero.

Siempre recordaré aquel día en las gradas; me consuela cada vez que pienso que el mundo es un lugar muy triste. La alegría perdura en el recuerdo, clara y bruñida, y salta hacia nosotros desde la distancia de los años. Posee una pureza singular y es el más insólito de los rasgos distintivos de los hombres.

Ya habían vuelto las Saturnales, los festejos en los que se exaltaba el desenfreno en las costumbres. Ahora ya las comprendía un poco mejor; por lo visto tenían algo que ver con el dios Saturno, pero lo que yo ignoraba era la razón por la que todo el mundo tenía que encasquetarse el gorro de la libertad, por qué los esclavos y los amos tenían que intercambiar sus papeles y por qué motivo estaba prohibida la toga. La gente estaba autorizada a decir todo aquello que normalmente hubiera estado fuera de lugar, lo cual significaba que durante aquellos siete días se podían escuchar toda suerte de cosas a cual más interesante.

Las viviendas estaban abiertas a los amigos y la gente iba de casa en casa, intercambiándose regalos. Los regalos eran muy curiosos, pues a menudo se disfrazaban de otra cosa... velas que parecían comida, alimentos que parecían

joyas, plantas pintadas que parecían grabados en piedra.

Algunas de las casas más grandes nombraban a un maestro de ceremonias, un *Saturnalicus princeps* que dirigía las actuaciones de la gente... los cantos, los bailes y los recitales de poesía. César abrió las puertas de su casa para que la gente entrara y saliera a su antojo, y lo mismo hizo Cicerón arriba, en la colina del Palatino, Antonio en el cercano palacio de Pompeyo, y prácticamente todos los romanos que tenían algo que ver con la política. Era una ocasión para poner de manifiesto las virtudes romanas de la disponibilidad y la generosidad... y una manera de complacer los deseos de la gente que gustaba de cosas menos sangrientas que los juegos.

Respondiendo a la petición de Tolomeo —que quería vestirse de eunuco como si fuera Mardo—, aquel año accedí a visitar algunas casas.

— ¡Pero no todas! —le advertí—. No quiero ir de casa en casa. Eso no es propio de las reinas ni de los reyes.

— Pero es que nosotros no seremos ya reinas ni reyes. ¡Yo soy Mardo!

— ¿Y cómo sabrá la gente quién eres? Aquí nadie conoce a Mardo excepto César. ¿Y cómo te puedes vestir de eunuco? Los eunucos se visten como todo el mundo.

Lamentaba desilusionarlo, pero la verdad era la verdad.

— Hablaré con voz chillona —dijo.

— Tú ya tienes la voz chillona —le recordé—. Creo que esta idea del eunuco es... un poco rebuscada. ¿Por qué no te disfrazas de otra cosa... de pirata o gladiador, por ejemplo? ¿O de auriga? Hay muchos papeles de esclavo y liberto que podrías interpretar.

— ¿De veras tengo la voz tan chillona? ¿Tan chillona como la de un eunuco? —me preguntó en tono apenado.

— Es que aún no te ha cambiado la voz —le explique—. A lo mejor, el año que viene por estas fechas... —Lancé un suspiro. Esperaba que Tolomeo no se preocupara demasiado por eso. Bastante preocupada estaba yo con su tos persistente—. ¿Y yo qué podría ser? Una reina no, por supuesto... tampoco quiero disfrazarme de esclava, eso está muy visto... me podría disfrazar de gladiador... siempre y cuando tú no elijas este disfraz.

— No, te puedes disfrazar de gladiador si quieres —se apresuró a contestar—. Pero ¿hay gladiadoras?

— Me parece haber oído decir que sí —contesté.

¿De veras lo había oído decir o eran figuraciones mías?

— ¿Qué clase de espada llevarás? ¿Quieres una red y un tridente? —me preguntó.

— No lo sé —contesté—. Creo que Décimo, el general preferido de César, tiene una escuela de gladiadores. Estoy segura de que él me podrá proporcionar



el disfraz. Pero creo que una red y un tridente resultarán un poco incómodos para moverme entre la gente, ¿no te parece?

— ¡Sería divertido pinchar como sin querer a algunas personas... como Cicerón! ¡O a esa Fulvia!

— Probablemente Cicerón se pondría a gritar y después escribiría un tratado sobre lo ocurrido —dije yo—. Y Fulvia... lo más seguro es que lleve siempre consigo un tridente bien afilado. No quiero darle un pretexto para que lo use.

El corto día invernal ya estaba empezando a declinar cuando cruzamos la entrada de la casa de César. El atrio, el comedor y el jardín estaban llenos de gente. Casi todo el mundo lucía el gorro de la libertad que distinguía a los libertos. El ruido era ensordecedor.

Tomé la mano de Tolomeo y la de Carmiana. Los amos y los esclavos se mezclaban durante aquellos festejos, y los amos tenían que servir a los esclavos.

Mi atuendo de gladiador era del tipo llamado *samnita*, pero yo lo había modificado un poco para preservar el pudor, pues los verdaderos gladiadores sólo llevaban una especie de taparrabos, unas grebas y un espléndido yelmo. Consideré prudente cubrirme la parte superior del cuerpo con un peto y los brazos con una especie de mangas. Pero lo que más me gustaba era el yelmo... tenía un reborde curvado, un adorno en todo lo alto y una visera decorada. Cuando Décimo acudió a la villa para entregarme personalmente el atuendo, yo tomé el yelmo con ambas manos y me lo coloqué muy despacio en la cabeza. En cuanto me lo hube puesto me sentí distinta. Por primera vez comprendí lo que debía de sentir un guerrero al salir al campo de batalla. Y comprendí también que eso era lo que yo quería hacer, quería ponerme al frente de unos soldados o gobernar un navío. Ciertamente tiempo atrás había reunido un ejército para luchar contra mi hermano, pero no había presenciado los combates. La sangre me ardía de emoción en las venas con aquel pesado yelmo y la espada que sostenía en la mano.

— Has sido muy amable al traérmelo —le dije, quitándome el yelmo.

— Ha sido un placer —me contestó—. Espero que se ajuste a tus proporciones. Pertenece a uno de mis gladiadores más pequeños, un hombre de Malta. A pesar de su baja estatura, los malteses son unas fieras.

Apreciaba a aquel hombre por su amabilidad y porque me constaba que César lo tenía en gran estima. Décimo lo había servido a su entera satisfacción en dos batallas navales y en la Galia, y él me había dicho que al año siguiente tenía previsto nombrarle gobernador de la Galia.

— Eres una *gladiatrix* extraordinaria —me dijo—. Pero te hace falta una contrincante. Por eso te he traído dos disfraces... Carmiana podrá ser tu adversaria —añadió, entregándole el anticuado atuendo de los luchadores tracios—. Este ya no lo usamos demasiado, pero creo que será un buen disfraz.

«¡Qué hombre tan amable y considerado!», pensé en aquellos momentos.

Ahora Carmiana y yo, vestidas de «gladiatrices», y Tolomeo, disfrazado de

auriga con los verdes colores del vencedor que tanto le habían gustado por ser del mismo tono que las aguas del Nilo, nos abrimos paso entre la gente que llenaba el atrio de la casa de César, buscando en medio de la penumbra del crepúsculo algún rostro conocido.

Al principio no vimos a nadie y yo me pregunté por qué razón todas las muchedumbres eran iguales. Lancé un suspiro de alivio al ver a Lépido apoyado contra una pared, comiéndose un pastelillo. Me pareció muy bien que no fuera disfrazado de nada, pues de otro modo no lo hubiera reconocido.

— ¡Salve, valiente luchador! —me saludó. Cuando me quité el yelmo para conversar con él, se quedó de una pieza al ver quién era en realidad el gladiador —. ¡Altísima Reina! —dijo—. ¿En qué batallas combates?

Vi que me estudiaba los brazos y las piernas con interés y consideré oportuno recordarle a César.

— Sólo las que se libran contra los enemigos de César.

Abarcó la estancia con un gesto de la mano.

— En esta casa los hay a montones. Pero César ha decretado una amnistía para los que no quieren aceptar un indulto, y todos han regresado corriendo a Roma. Si su enemigo Catón viviera, hasta él podría estar aquí esta noche...

Un grupo de esclavos pasó por delante de nosotros, anunciando a gritos una partida de dados.

— ¡Se aceptan apuestas! ¡La partida de dados está a punto de empezar!

— Esta es la única ocasión en que a los esclavos se les permite jugar a los dados —dijo Lépido—. Delante de todo el mundo, quiero decir —añadió, cediéndoles el paso.

A continuación, desfilaron por la estancia unos hombres y mujeres vestidos de galos, cantando a voz en grito:

En triunfo llevó César a los galos,  
subiendo y blando por la colina,  
los condujo a la Casa del Senado,  
de nuestra ciudad maravilla. «  
¡Fuera estos calzones —les decía—.  
La túnica que yo os daré es de color morado!»

Al llegar a la palabra «calzones», se los bajaron en medio de los gritos de los presentes. Al fondo del atrio, César soltó una carcajada y les arrojó una túnica morada.

— ¡Será mejor que os cubráis! —les gritó.

— O sea que no se ha molestado —dijo Lépido—. Curioso. No hay quien lo entienda. Catón le ataca los nervios, y en cambio eso no. Me sorprende que nadie recite ningún verso sobre los *libertini*. —Al ver que yo no contestaba, me explicó—: Son los esclavos a quienes se concede la libertad. César ha permitido que sus

hijos entren en el Senado, como si con eso quisiera ganarse el favor de la plebe, pasando por encima de los patricios.

El pueblo llano y sus legionarios... esa era la fuerza de César. Había utilizado a estos últimos, y ahora pretendía utilizar al primero. Un juego muy peligroso.

El calor de la masa de cuerpos estaba empezando a resultar opresivo y el ruido era cada vez más desagradable. Hubiera tenido que acercarme a saludar a César, pero la resuelta presencia de Calpurnia a su lado me lo impedía. No hacía más que mirarle a través de los orificios de la visera. ¿Cómo debía de hablar con ella? ¿Tomaba ella su mano, o él se la tomaba primero a ella? ¿Por qué razón seguían casados?

Lépido se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

— Se va a presentar una propuesta en el Senado para autorizar a César a casarse con más de una mujer.

— ¿Cómo?

Ninguna sociedad lo permitía, que yo supiera. Ciertamente que los hombres podían tener legalmente concubinas, pero no más de una esposa auténtica en igualdad de condiciones.

— Lo he sabido de fuentes fidedignas —añadió Lépido—. De esta manera, César podría engendrar herederos legales, dado que Calpurnia es estéril. César posee varios títulos hereditarios, el título de Imperator y el de Pontifex Maximus entre otros, que no podrá legar a nadie por carecer de heredero.

— ¡Pues que se divorcie de Calpurnia! —dije yo—. Al parecer, en Roma todo el mundo se divorcia de todo el mundo.

Había oído decir que el matrimonio de Cicerón con la joven Publilia había acabado en divorcio... lo cual no tenía nada de extraño.

— Por lo visto... —contestó Lépido en tono vacilante— no quiere divorciarse.

Sí. Estaba muy claro. De lo contrario, ya lo hubiera hecho. Pero yo jamás hubiera accedido a convertirme en su segunda esposa mientras él conservara a su lado a la primera. Yo sería su primera y única esposa auténtica... o no sería nada.

— ¿De quién ha sido esta idea?

Si César pensaba que yo aceptaría semejante arreglo... no me conocía. O quizá ya estaba empezando a considerarse por encima de las reglas morales normales.

— No creo que se le haya podido ocurrir a nadie más que al propio César —contestó Lépido—. Nadie se atrevería a proponerlo sin su conocimiento.

¡Qué insulto! De repente lo odié con toda mi alma, viéndole con su Calpurnia colgada del brazo mientras contemplaba con semblante satisfecho a

todos sus invitados, incluso a aquellos a los que había concedido magnánimamente el perdón, tanto si ellos querían como si no.

— ¡Vamos, Carmiana! —dije—. ¡Tolomeo! Me parece que prefiero la hospitalidad de Cicerón. ¡Sí, nada menos que la hospitalidad de Cicerón! —añadí, tomándolos a los dos de la mano.

— ¡Pero si acabamos de llegar! —protestó Tolomeo.

— Hay demasiada gente —dije—. La casa de Cicerón es más grande. Vamos allí.

Nos abrimos paso entre la gente y salimos al Poro, donde las sombras del anochecer y las antorchas encendidas resultaban mucho más refrescantes que el calor y la confusión del interior de la casa. Había varios grupos de personas paseando, pero buena parte del espacio estaba desierto.

Giramos hacia el este, pasamos por delante de la casa de las vestales y, al llegar al templo de Júpiter Stator, volvimos a girar y enseguida encontramos el Clivus Palatinus, el camino que subía majestuosamente a la colina del Palatino. Estaba iluminado por unas antorchas, y los altos pinos de ancha copa susurraban en medio de una brisa cada vez más fresca. Pensé que debía de ser un lugar muy tranquilo y apacible para vivir, por encima de las molestias de Roma. En el aire se aspiraba la delicada fragancia de los pinos.

No fue difícil encontrar la mansión de Cicerón, famosa no sólo por su tamaño y ubicación sino también porque Clodio, el enemigo político de Cicerón, la había mandado derribar, y Cicerón, para vengarse, la había reconstruido todavía más grande y espectacular. Todas las ventanas de la casa estaban iluminadas, y los bien recortados setos que la rodeaban parecían tan pulcros y ordenados como el pulido estilo de los escritos de Cicerón. La casa era un reflejo de su propietario... pero ¿acaso no es eso lo que siempre suele ocurrir?

«Muéstrame la esposa, la casa y los criados de un hombre, deja que los observe cuidadosamente, y te lo diré todo acerca de él», me había dicho una vez mi preceptor. Creo que tenía razón.

Entramos en el espacioso atrio con el gran estanque central del *impluvium*, donde se recogía el agua de la lluvia. Reparé inmediatamente en el exquisito gusto de los murales sobre cuyos apagados fondos verdes y negros destacaban las guirnaldas de flores y las escenas de huertos de árboles frutales, tan fielmente reproducidos que entraban ganas de arrancar una manzana.

A diferencia de la muchedumbre que llenaba la casa de César, en la de Cicerón había discretos grupos de personas conversando en voz baja. Vi a Cicerón con una bandeja de comida en la mano, sirviendo a sus invitados. Me acerqué a él, quitándome el yelmo.

— Bienvenida, Majestad —me dijo—. Te ruego me disculpes un momento —añadió, ofreciendo una cesta de fruta a unas personas que había a su lado. Una de ellas tardó una eternidad en elegir un higo—. Es Tiro, mi secretario —me explicó, volviéndose a mirarme—. Le hace mucha gracia el cambio.

Me ofreció el cesto y yo decliné la invitación.

— ¡Cómo! ¿No vas a probar una manzana, ni siquiera una pera? Son de mi finca de Túsculo. ¡Te lo ruego! ¡Sería un insulto a mis dotes de hortelano!

Alargué la mano y cogí una pieza.

— ¿Por qué razón los romanos tenéis tanto empeño en consideraros campesinos incluso cuando sois estadistas? —pregunté—. Es algo que sólo se da en vuestro país.

— Sí, lo sé —dijo—. Nadie se imagina a Alejandro cultivando peras o a Péricles cuidando sus plantas de habichuelas. Me voy a mi finca dentro de dos días y cuento con impaciencia las horas que faltan.

— Si yo tuviera una finca en el campo en Egipto... ¡ni siquiera me lo puedo imaginar!

— Tú eres una criatura de la ciudad —dijo Cicerón—. ¡Pero qué gran ciudad la tuya! ¡Alejandría, con sus resplandecientes mármoles blancos! Cuánto hubiera deseado visitar la Biblioteca y pasear entre los rollos. ¡Cuántos tesoros tiene que haber encerrados en sus cavidades sin que nadie los ensalce!

— Nos sentíamos orgullosos de tener la mejor biblioteca del mundo —dije—, pero ahora César tiene previsto construir una similar aquí en Roma.

Esbozó una desconfiada sonrisa.

— Sí, pero yo ya soy un anciano —dijo—. Me temo que no podré utilizarla.

Justo en aquel momento vi a un grupo de hombres a quienes conocía muy bien: Bruto, Casio y Casca. Caminaban muy juntos, como si estuvieran atados con una cuerda. Bruto iba acompañado por una mujer a quien yo jamás había visto. Debía de ser su flamante esposa Porcia. Al lado de ésta se encontraba Servilla.

Sentí una punzada de celos al mirar a Servilla. Pensé que seguramente César también la convertiría en una de sus esposas auxiliares. ¡Tendría que buscarse unas cuantas, de lo contrario, no merecería la pena gozar de aquel privilegio especial!

Cicerón estaba hablando, pero yo no le había prestado atención. Sólo oí la última frase.

— ... si te parece oportuno.

— Perdona —le dije—, ¿te importa repetirlo?

— Te estaba preguntando si podría pedirte prestado el manuscrito que tenéis de la *Ilíada*, y también me interesarían algunos poemas de Safo. Tengo entendido que algunos fragmentos de sus escritos sólo se encuentran en vuestros archivos.

Me miró ansiosamente con sus perspicaces ojos rodeados de arrugas. Lamenté no poder acceder a su petición.

— Lo siento —contesté—, pero está terminantemente prohibido sacar

ningún rollo de la Biblioteca.

La expresión de su rostro cambió de inmediato.

— Pero yo estoy seguro de que tú podrías ordenar lo contrario.

— No. Ni siquiera yo estoy autorizada a sacar ninguno, aunque podría mandar hacer copias.

— ¡O sea que no te fías de mí! —dijo—. ¡Copias!

— Te he dicho que tenemos por norma...

— ¿Acaso no eres tú la que manda allí con carácter absoluto? ¿No podrías ordenar que se sacaran?

— No estaría bien —contesté—. No puedo dar esta orden por un simple capricho personal.

— ¡Estoy seguro de que te apresurarías a sacarlo si César te lo pidiera! — me dijo fríamente.

— Creo que una copia es más que suficiente —repliqué—. Así le la podrías quedar para tu biblioteca. Con la cantidad de naufragios que hay, estoy segura de que comprenderás nuestra negativa a confiar nuestros manuscritos a las travesías por mar.

Su sonrisa y sus amables modales se habían desvanecido.

— Comprendo.

— ¿Acaso me estás sometiendo a prueba? De otro modo, no tiene sentido —le dije—. Te he dicho que tendré sumo gusto en hacerte copias de todo lo que me pidas.

— No importa —dijo—. ¡No te molestes!

Para mi asombro, me dio la espalda y se retiró.

Nadie me lo había hecho en toda mi vida. Pero estábamos en Roma y las Saturnales eran las fiestas del desenfreno. Los amos servían a los esclavos y los anfitriones les volvían la espalda a las reinas invitadas.

— Venid —les dije a Carmiana y a Tolomeo—. Creo que será mejor que nos vayamos.

— ¡Pero si acabamos de llegar! —repitió Tolomeo—. Todo el rato haces lo mismo.

Conocía un camino que llevaba a la casa de Antonio, famosa porque éste se la había apropiado tras la confiscación de los bienes de Pompeyo y porque vivía en ella con gran desenfreno, permitiendo que los jugadores y gorriones la despojaran de los objetos de valor que contenía. Decían que los esclavos habían ganado a los dados las colchas de púrpura de Pompeyo y las habían colocado sobre sus camastros, y que los ganadores de las partidas de dados se habían llevado todo el mobiliario, cargándolo sobre sus hombros.

No fue difícil encontrar el camino. Era una impresionante mansión que se proyectaba hacia fuera en una zona llamada de las Carinae, a un tiro de piedra de la casa de Cicerón. No estaba muy bien situada pues se había construido sobre un saliente que arrancaba del Palatino, pero aun así se elevaba muy por encima del nivel del Foro.

La casa estaba profusamente iluminada. Para entonces ya había oscurecido por completo, y el dorado fuego de las antorchas era la única iluminación de la ciudad.

Un ruido ensordecedor se escapaba a través de la entrada principal. Me puse el yelmo y sujeté fuertemente el escudo. De repente me sentí agotada. Todo aquello lo estaba haciendo por Tolomeo. Las dos casas que había elegido en primer lugar no le habían ofrecido demasiada ocasión de divertirse. Confiaba en que la tercera fuera mejor. Eché los hombros hacia atrás y entré. Una ráfaga de ruido y calor me golpeó en el rostro. Aquello parecía una combinación de día de mercado y carrera de carros. Dentro se apretujaban los invitados, algunos bailando, otros comiendo y todos bebiendo.

— ¡Venid! —dije—. ¡Intentaremos abrirnos paso!

Levanté el escudo y blandí la espada a derecha e izquierda. Me encantaba hacerlo. La gente se apartó. ¡Oh, los placeres del guerrero! Homero tenía razón.

A mi espalda, Carmiana estaba haciendo lo mismo mientras Tolomeo hacía restallar el látigo y gritaba:

— ¡Adelante, adelante!

Comprendí entonces que hubiera tenido que facilitarle un carro y unos caballos. Su llegada habría resultado más espectacular y él habría podido interpretar mejor su papel.

Los invitados, con la mente embotada por la bebida, se apartaron de buen grado. Mi espada resplandecía. Cuando planté los pies en el suelo en actitud de combate, todo el mundo me miró.

Me sentía completamente a mis anchas. Aquella gente no pretendía criticar a nadie sino simplemente divertirse... lo cual en muchos sentidos es una de las exigencias más difíciles de cumplir. Les daba igual quién la cumpliera... En su incesante afán de diversión, la gente era la auténtica personificación de la democracia. Reina, esclavo, liberto... ¿podéis hacernos reír?

No podía ver nada por la parte lateral del yelmo. De repente, Antonio se situó a mi lado.

— ¿Quién anda ahí? —preguntó—. Unos fieros guerreros están invadiendo mi casa.

Tal como había hecho Lépido, le vi estudiando mis extremidades y comprendí que se había dado cuenta de que yo no era un hombre. Me quité el yelmo y tuve la satisfacción de ver su asombro.

— Majestad —tartamudeó—. Es... ¡Es un honor!

— Resulta muy fácil entrar en tu casa —le contesté—. Te lo digo como un cumplido.

— Espero que los ladrones no opinen lo mismo. —Soltó una carcajada—. Ya la he vuelto a amueblar una vez y puede que lo haga de nuevo. Sólo que esta vez Fulvia podría poner reparos.

— Quiero decir que una se encuentra aquí a sus anchas.

— Una reina no tiene más remedio que encontrarse a sus anchas en todas partes —me contestó.

— Es cierto que una reina puede ir a donde quiera —dije—. Pero en cuanto a sentirse a sus anchas, a ser bien recibida...

— ¡Vamos a llenar vuestras copas! —dijo Antonio, llamando por señas a un criado—. Hoy mi banquero tiene que pasar las bandejas. —Nos ofrecieron unas valiosas copas de oro labrado—. Toma una.

La contemplé con asombro.

— ¿Dejas que las usen tus invitados?

— Sí, ¿por qué no?

— ¡Son de oro macizo!

— ¿Y qué mejor uso se les puede dar? ¿Acaso no se hicieron para contener vino? —Tomó una copa, se le ofreció solemnemente a Tolomeo y él mismo se la llenó—. Es cécubo —añadió—. ¡Bebe todo lo que quieras!

Tolomeo se puso colorado como un tomate ante aquel tácito reconocimiento de su condición de persona adulta.

Miré a mi alrededor.

— Los disfraces de la gente son muy complicados —dije. Por todas partes había yelmos, turbantes, escudos, capas y botas de caña alta. Después estudié cuidadosamente a Antonio. Llevaba una túnica llena de manchas moradas y una corona de hiedra entretejida con los negros bucles de su cabello. A diferencia de la de César, la túnica era de manga corta y dejaba al descubierto sus musculosos brazos y hombros—. ¿Y tú qué eres? —le pregunté.

— Bueno, yo soy un catador de vinos —me contestó—. Esta tarea, propia de esclavos, es la que mejor se adapta a mi personalidad.

Recordé de repente los conocimientos sobre el vino y las viñas de que había hecho gala muchos años atrás durante los festejos en honor de Baco en Alejandría.

— Veo que eres un auténtico Dioniso —le dije.

— Es una simple afición —me contestó—. A pesar de lo que dicen mis enemigos, ésta no es mi principal ocupación.

— ¿Y cuál es tu principal ocupación?



Sentía curiosidad por saber cómo se veía a sí mismo.

— Soy un soldado, naturalmente —me contestó—. Y la mano derecha de César.

— ¿Y no aspiras a nada mejor?

Me miró sinceramente sorprendido.

— ¿A qué otra cosa podría aspirar?

— A ser el primero del mundo y no un lugarteniente.

— Ser el lugarteniente de César es ser el primero en todos los sentidos —  
dijo.

— ¿O sea que vas a tener varias esposas? —le pregunté—. ¡Ni siquiera Júpiter las tuvo! ¡Aunque te llamaran «Julio Júpiter», no sería suficiente! En tal caso, te tendrías que limitar exclusivamente a una... ¡Calpurnia, tu Juno!

Era la primera vez que me encontraba a solas con César desde Año Nuevo, y la proposición del Senado para que éste pudiera tener varias esposas todavía me seguía provocando estallidos de furia.

— No hay tal proposición —me contestó fríamente—. Ni de llamarme «Julio Júpiter» ni de permitirme tener más de una esposa. ¡Oh, dioses! ¡Cuántas mentiras absurdas propagan mis enemigos acerca de mí! —Elevó los brazos al cielo y después me miró severamente—. ¡Y tú te lo has creído! ¡Que tú hayas podido pensar semejante cosa de mí! Poco puedo esperar de mis enemigos, pero que tú, mi...

— Sí, ¿tú qué? Vamos a ver qué respondes.

— Mi amor, mi compañera del alma, mi otro yo.

— Pero no tu esposa. Tienes a Calpurnia.

Apartó el rostro.

— Esto es muy aburrido.

— Para ti tal vez. Pero yo quisiera saber una cosa: ¿Por qué sigues casado con ella? ¿Acaso la amas?

— Si me divorciara de ella, provocaría un escándalo...

— Los escándalos jamás te han asustado. Invitar a los galos y a los *libertini* a formar parte del Senado es un escándalo.

— Tu latín está mejorando mucho —me dijo en tono sarcástico.

— ¡Respóndeme!

— Me casé con Calpurnia hace catorce años —contestó—. Su vida conmigo ha sido un sinfín de ausencias y separaciones. Ahora empiezo a cosechar honores. ¿No crees que se merece compartirlos conmigo como recompensa por todas las privaciones?

Su manera de hablar era tan razonable y persuasiva que yo parecía una bruja exigente y egoísta.

— Eres la reina de un país que rebosa de riquezas. No necesitas ninguno de los honores que se me están tributando. En cambio ella no es nada sin mí. Ha sufrido por el hecho de ser mi esposa, viviendo entre la gente de Roma que me odiaba. ¿No crees que se merece una recompensa? ¿No sería yo el más insensible y miserable de los mortales si ahora la apartara de mi lado? Nadie la

querría porque es estéril.

Era un defensor elocuente. No me extrañaba que se le considerara el segundo mejor orador después de Cicerón.

— Qué noble y abnegado eres —dije finalmente.

— Hay un lugar para nosotros —me dijo—. Te lo prometo. Distinto, más sublime y duradero.

— Pero tú nunca me revelas cuál es.

— Pronto —dijo—. Muy pronto. El proyecto ya está casi listo.

— Sí, y entretanto se suceden los desmesurados honores. El Senado se pasa horas y horas deliberando sobre los nuevos homenajes que te piensa rendir. Vamos a ver... ¿qué fue lo de la semana pasada? Te van a nombrar *Pater patriae*... padre de la patria...

— Sí, es evidente que tu latín está mejorando.

— No me interrumpas. Además tu imagen figurará en las monedas, y finalmente el mes de tu nacimiento ha cambiado de nombre y ahora se llama «Julio». —Hice una pausa—. Ah, sí, y te sentarás en una silla dorada en el Senado y vestirás los ropajes que antiguamente llevaban los reyes.

Apartó el rostro como si se avergonzara.

— ¡No seas tímido! —añadí en tono burlón—. Habrá otros honores. ¡Dime cuáles serán, te lo suplico! ¡No te dé reparo!

Comprendí que había conseguido provocar su ira.

— ¡No consentiré que te burles de mí! —dijo.

— No, hablo en serio, me interesa saberlo —le dije suavizando un poco el tono de voz—. Me gustaría saber qué significan.

— Se ha presentado una proposición para que todos mis decretos pasados, presentes y futuros tengan carácter vinculante.

— ¿Los futuros también? ¿Y cómo pueden saber qué serán?

— No pueden —contestó— y por eso se trata de un privilegio... y de una responsabilidad asombrosos. —Tras una pausa, añadió—: Además de todo eso, mi persona será sacrosanta. En la próxima reunión del Senado se comprometerán a defender mi vida. Y yo, para demostrarles mi buena fe, prescindiré de mis guardaespaldas.

— ¿Y no te parece una imprudencia?

— Son un estorbo —contestó—. Eso me ofrecerá una excusa para librarme de ellos. También han decidido la creación de un colegio sacerdotal adscrito a un templo dedicado a mi Clemencia. Serán los *Luperci Julii*.

— Todo eso se está convirtiendo en algo... monstruoso.

Me parecía impropio de los romanos.

De pronto, César se echó a reír.

— ¡Y yo nombraré sumo sacerdote a Antonio!

Le miré sorprendida.

— ¿Pretendes con eso manifestarles tu desdén por los honores? ¿No se lo tomarán como un insulto y se pondrán furiosos?

— Puedo soportar la cólera —contestó—, pero no puedo luchar contra la hostilidad y las maquinaciones silenciosas. —Tomó mis manos en las suyas y me miró con expresión inquisitiva—. Puedo hacer frente a tu furia por la cuestión de Calpurnia —me dijo—. Lo que no podría resistir sería tu enemistad y tu rencor. — Me dio un beso con cierta vacilación—. Pero no los hay, ¿verdad? No podría vivir si los hubiera.

Fue convincente, irresistible y arrollador, como de costumbre. Ni mi furia ni mis advertencias pudieron hacer nada contra sus decisiones. Si no hubiera sido tan irresistible, tal vez no habría muerto.

Estábamos encerrados en su cuarto de trabajo privado. Sus guardaespaldas hispánicos —de los que muy pronto pensaba prescindir, según me había dicho— esperaban fuera y en el atrio principal.

— Tengo una cita —dijo, mirando a través de la ventana para ver la posición del sol—. A las nueve he de reunirme en el Foro Juliano con algunos senadores. —Parecía cansado—. Me lo han pedido. Ven conmigo.

— No creo que les haga mucha gracia mi presencia.

— ¿Acaso el Poro no es un lugar público? Son ellos los que han pedido reunirse allí conmigo en lugar de hacerlo en el Senado. —Tomó la toga y empezó a ponérsela con impaciencia—. Por lo menos, acompáñame hasta allí. ¿Has visto tu estatua, desde que le puse los pendientes de perlas?

— No —contesté—. Hay siempre tanta gente que no suelo ir. De todos modos, te acompañaré.

— Muy bien.

Se echó la capa al hombro por si más tarde refrescaba y abandonamos juntos la casa, caminando a buen paso y seguimos con un contingente de guardias.

Tuve que reconocer que los cielos grises y los árboles sin hojas realzaban la belleza del Foro. El travertino empleado en la construcción de los edificios, con sus distintas tonalidades de gris o blanco nacarado, destacaba sobre un fondo de su mismo color. Hasta el vapor de nuestro aliento formaba unas pequeñas nubes del mismo tono blanco opalescente.

La piedra nueva del Foro Juliano era tan clara en comparación con todo lo que lo rodeaba que daba la sensación de estar iluminado. El edificio ya estaba terminado y ahora, delante del templo, habían colocado una estatua ecuestre de César y una fuente en la que el agua manaba muy despacio en medio del frío.

Mientras esperaba, César se puso a pasear arriba y abajo con rápidas e impacientes pisadas. No se veía a nadie, y ya estaba empezando a enojarse. Al final vio un grupo de unos diez magistrados que se acercaban lentamente con las togas agitadas por el viento.

— Voy a entrar —le dije, apartándome.

Subí las gradas del templo y me oculté en las sombras de una columna.

Vi que César se sentaba y se ponía a leer una carta. No levantó la vista hasta que ellos ya estaban muy cerca. Me pareció que los saludaba cordialmente. Hubo muchas reverencias, ceremoniosos gestos y palabras. Al final le entregaron algo. César lo desenrolló, sonriente y alargó la mano. Los hombres se agruparon alrededor de su banco en una especie de lenta danza, pero él permaneció sentado. ¿Por qué no se levantaba?

Adiviné por las expresiones de los hombres y por la forma en que retrocedieron que acababan de oír algo que no les había gustado. Se apartaron un poco más antes de despedirse y se retiraron en fila, cruzando el patio para salir al Foro viejo. César los vio alejarse, cerró los ojos y apretó las mandíbulas.

Esperé hasta asegurarme de que los hombres no volverían sobre sus pasos y me acerqué a César, que seguía sentado en el banco con el rostro intensamente pálido y todo el cuerpo en tensión. Sin decir ni una sola palabra depositó el rollo en mi mano. Lo desenrollé y leí las palabras: dictador vitalicio. El resto, en minúsculas palabras en latín, no lo pude descifrar.

— ¿Qué es eso? —le pregunté.

No me contestó. Al ver la expresión de su rostro comprendí lo que había ocurrido.

— ¿Puedes volver a casa a pie? —le pregunté—. Apóyate en mí, si quieres. Iremos muy despacio.

Había sentido la inminencia de un ataque de su enfermedad y se había visto obligado a disimular en presencia de los senadores.

Se levantó rígidamente y, bajo la protección de la capa, me rodeó los hombros con su brazo. Juntos cruzamos el Foro viejo para regresar a su casa; me alegre de que el frío hubiera alejado a la habitual multitud de negociantes, vendedores y compradores.

En cuanto llegamos a la casa, se dirigió a trompicones a su cama, se tendió en ella y cerró los ojos.

— Estoy seguro de que se me pasará. No creo que vaya a más —dijo, apretando los dientes.

Me mojé el dobladillo de la túnica en la jofaina que él usaba para lavarse y le sequé la frente. Confieso que experimenté una especie de triunfal alivio por el hecho de que Calpurnia no estuviera presente.

Permaneció inmóvil en la cama durante casi una hora. Después se volvió de cara a mí y lanzó un suspiro.

— Creo que ya estoy bien. Se me está pasando.

— Me dijiste que habías vencido la enfermedad.

— Y es cierto. No permito que me domine. —Su voz sonaba todavía muy débil—. Una vez en Hispania... me ocurrió lo mismo. Justo antes del comienzo de una batalla. Pero ahora nunca me caigo.

— No, porque primero te sientas —dije sonriendo.

— Tú ya viste lo que me ocurrió. No me hubiera servido de nada sentarme. —Se incorporó cuidadosamente—. Bueno, la habitación no se mueve, las extremidades me obedecen, y no he perdido el conocimiento.

Parecía muy aliviado.

— Aquellos hombres... ¿qué querían?

Fue entonces cuando comprendí lo grave que había sido su indisposición. Tuvo que alargar la mano hacia el rollo y volver a leerlo para responder a mi pregunta.

— El Senado me ha nombrado dictador vitalicio —dijo, pronunciando cada una de las palabras muy despacio, como si fueran animales enviados al sacrificio—. Pero eso es imposible. —Era evidente que no recordaba con claridad qué le habían dicho exactamente los hombres y qué salvedades le habían mencionado al entregarle el documento. Sacudió la cabeza—. Un dictador sólo se nombra para un período de tiempo determinado. Un dictador es un cargo que no figura entre los cargos normales del Estado, cónsul, pretor, censor y tribuno. No es una parte normal del Gobierno, pues el poder del dictador está por encima del de todos los restantes cargos. Dictador vitalicio... es otra manera de decir «rey». Porque un dictador vitalicio, ¿qué otra cosa es sino un rey? —Estaba pensando en voz alta—. Eso no puede ser.

— Pero... —señalé el pergamino— está aquí, por escrito.

— Posiblemente sea una trampa. ¿Tenía que haberlo rechazado? A lo mejor era eso. —Sacudió nuevamente la cabeza—. Pero no recuerdo lo que he dicho.

— No lo habrás rechazado, de eso estoy segura.

— ¿Cómo lo sabes?

— Los hombres parecían disgustados. A lo mejor no lo has aceptado con la suficiente complacencia.

— Complacencia no era precisamente lo que yo sentía en aquel momento, sino aturdimiento y rigidez.

— Pero ellos no lo saben —le recordé—. Ya está —dije, colocándole unos almohadones en la espalda para que estuviera más cómodo—. Mañana, cuando te hayas recuperado del todo, tendrás que ir al Senado. Dales efusivamente las gracias por el gran honor. Siempre y cuando quieras aceptar, claro. Podrías rechazarlo —añadí, planteándole aquella posibilidad—. Podrías decir que te has

pasado toda la noche luchando con tu conciencia y que te has dado cuenta de que lo tienes que rechazar, por el bien de Roma.

— Pero el caso es que, precisamente por el bien de Roma, tengo que aceptarlo. —Su voz sonaba ahora más fuerte, aunque más reposada—. Es por mi bien por lo que tendría que rechazarlo.

— Jamás has rechazado nada que el destino te haya otorgado —le dije—. Es la esencia de tu carácter.

Al día siguiente toda Roma comentó escandalizada la inadmisibile arrogancia e insolencia de César al haberse negado a levantarse cuando los senadores acudieron a comunicarle aquel gran honor. Le echaban en cara su presuntuoso orgullo y, puesto que sólo la verdad acerca de su enfermedad hubiera podido justificarlo y él se negaba a divulgarla, no tuvo más remedio que soportar todo el peso de las acusaciones. Le quedaba abierta otra posibilidad... la de rechazar aquel honor. Pero, tal como yo sabía muy bien, si hubiera sido capaz de hacer tal cosa, no habría sido César.

El siguiente incidente tuvo lugar cuando regresaba de una ceremonia que se había celebrado fuera de la ciudad; un enorme gentío lo aclamó como rey. (Me pregunté entonces, y me sigo preguntando ahora, si la multitud fue colocada allí por sus enemigos en la esperanza de engañarle y hacerle creer que existía un movimiento popular favorable a su designación como rey.)

— Yo no soy rey sino César —les contestó.

Su respuesta corrió por toda Roma.

Poco tiempo después una mano invisible colocó una diadema en la estatua de César que había junto a las Tribunas, y uno de los tribunos de la plebe la mandó retirar. César ordenó que la diadema se dedicara a Júpiter, el único gobernante de Roma. La ciudad seguía comentando los acontecimientos. ¿Quién estaba dando las órdenes para que ocurrieran todas aquellas cosas? ¿César, sus enemigos o el verdadero sentir popular?

Se me ocurrió una idea para arrebatarles la iniciativa a aquellas manos invisibles que, estaba segura, no eran las de César. César tenía que montar un espectáculo para proclamar sus propias intenciones. Aquella noche convoqué una reunión secreta en mi villa para discutirlo e invité no sólo a César sino también a Antonio y a Lépido. Antonio era necesario para el plan pues ahora era efectivamente el sacerdote de los *luperci* julianos según la jocosa intención —o la amenaza— de César. Además, en su calidad de cónsul, Antonio tendría que participar en cierta ceremonia que estaba a punto de celebrarse. Por su parte, Lépido ocupaba el cargo de «Maestro de los Caballos» de César, la mano derecha de un dictador, y su lealtad a César estaba fuera de toda duda. Aparte de Antonio y Lépido, no me fiaba de nadie más.

Hacía ya varias horas que había oscurecido, y todas las lámparas se habían tenido que volver a llenar, cuando se presentó César, el invitado más puntual. Se sacudió la capa para quitarle la humedad de la noche y se la entregó a un esclavo antes de decirme:

— Una reunión secreta nocturna me hace sentir un conspirador.

— Y eso es lo que somos —le contesté—. Unos conspiradores contra tus conspiradores, quienesquiera que éstos sean.

Era una noche muy fría y el viento se filtraba a través de las ventanas y las puertas, haciendo repiquetear los trípodes de las lámparas, moviendo éstas del techo y arrojando vacilantes sombras contra las paredes pintadas. Desde arriba llegaban los irregulares accesos de tos de Tolomeo.

Yo llevaba zapatos cerrados, pero aun así el frío del pavimento me penetraba en los pies a través de las suelas. Hasta aquel invierno en Roma, no me había dado cuenta de lo frío que podía llegar a ser el mármol.

— Ven —le dije, acompañándolo a una pequeña estancia ya caldeada por un brasero.

— Me he convertido en un auténtico huésped de mi propia casa —me dijo—. Llevas ya tanto tiempo viviendo aquí que me parece que esta villa siempre ha sido tuya.

— No parece un hogar —dije yo—. Y pronto...

— Sí, sí, lo sé. Ya hablaremos de eso más tarde —dijo—. Tengo unos planes que creo serán de tu agrado.

Antes de que pudiera añadir algo más, oí llegar a Lépido. Los esclavos lo hicieron pasar. Parecía perplejo.

— Salve, hermosa Reina. Me estoy muriendo de curiosidad.

Miró a César.

— No, no es obra mía —dijo César—. Sé tanto como tú.

Lépido se acercó al brasero encendido y se frotó enérgicamente las manos.

— Espero que no tengamos que salir fuera —dijo sonriendo.

Poco después llegó Antonio, que se sorprendió un poco de ser el último.

— Ha sido toda una hazaña apartarme de Fulvia —explicó—. No podía decirle que era una reunión de carácter político porque en tal caso hubiera insistido en venir. Tampoco podía fingir que era una salida de placer pues me hubiera impedido salir de casa.

— ¿Hasta tal extremo te tiene domado, Antonio? —preguntó Lépido.

— Bueno, lo importante es que has podido venir, por mucho que te haya costado —le dije—. Os ruego que os sentéis. —Los tres se encontraban de pie en el centro de la estancia—. Ya me he asegurado de que los almohadones sean cómodos —añadí, mirando a César; quería que recordara los almohadones y las alfombras del piso de arriba.

Los tres se acomodaron cautelosamente sobre unos asientos de patas de madera cubiertos con vanos almohadones y cojines que suavizaban su austeridad. Después me miraron expectantes.



— Habladme de los próximos festejos de las Lupercales —les dije, sentándome delante de ellos en una silla de respaldo recto.

Comprendí lo que estaban pensando: ¿Los había invitado —a ellos, los tres hombres más poderosos de Roma— para que me facilitaran información acerca de los festejos populares? Al final contestó Antonio:

— Es una antigua ceremonia. Sólo los dioses saben cuánto tiempo se lleva celebrando. Guarda relación con la fertilidad. Los sacerdotes de los distintos colegios sacan tiras de los pellejos de los animales sacrificados y corren por las calles azotando con ellas a la gente. Es una fiesta muy ruidosa y desenfrenada.

— Lo que ha olvidado decir es que los sacerdotes tienen que correr por las calles medio desnudos, y que las mujeres que quieren tener hijos son las que más desean ser azotadas con las tiras de cuero, llamadas *februa*. Es una fiesta demasiado cruenta y bulliciosa —explicó Lépido—. Te confieso que no me gusta.

— Si no recuerdo mal la del año pasado, se trata de una fiesta muy popular —dije—. Todo el mundo se echa a la calle. Y tú, César, ¿no irás a las Tribunas para verla? ¿No es aquél el lugar que te corresponde?

— Naturalmente —contestó Antonio—. Tiene que presidirla sentado en su silla dorada y vestido con sus ropajes triunfales.

— Eso quiere decir que todo el mundo te estará mirando, ¿no? —le pregunté directamente a César.

— Yo no soy el centro de los festejos, si es a eso a lo que te refieres —me contestó César, apoyado sobre un codo.

— Pero los sacerdotes tienen que correr hasta el lugar donde él se encuentra; él es su destino —dijo Antonio—. Atraviesan corriendo las calles de Roma hasta llegar a las Tribunas.

— Eso significa que es lo que vas a tener que hacer tú —dijo Lépido—. Ahora eres un sacerdote.

— Pero no olvides que también eres cónsul —dijo César en tono de leve reproche—. Quizá la dignidad consular no te permita entregarte a los desenfrenos a los que se entrega un sacerdote de las Lupercales.

— El conflicto lo has creado tú —le dije a César—, al nombrarle para dos cargos contradictorios.

Me miró enojado, porque mis palabras lo habían sorprendido. Yo jamás lo había reprendido en público y estaba claro que no le gustaba.

— ¿A qué viene todo esto? —me preguntó fríamente.

Comprendí entonces lo extraño que les debía de resultar el haber sido convocados por una mujer. Las mujeres romanas solían quedarse en casa ocupadas en sus tareas o bien haciendo lo que tenían por costumbre hacer las esposas, según se decía con humor: mangonear, regañar, prohibir. En mi calidad de reina extranjera, yo era su igual y podía convocarlos, interrogarlos y darles consejos sobre cuestiones no relacionadas con los asuntos domésticos. Me

pareció una lástima que no hubiera otras como yo.

— Simplemente a lo siguiente —contesté, levantándome—. Ya es hora de que en presencia de una gran multitud manifiestes con toda claridad tus intenciones de convertirte en rey o de renunciar a tal posibilidad. ¿Y qué mejor ocasión que las Lupercales? Incluso estarás arriba, como en un escenario, donde toda la gente te podrá ver. Aprovecha la ocasión y proclama a gritos tu mensaje para que todo el mundo se entere.

— ¿Qué mensaje? —preguntó César, girando los pies hacia fuera para incorporarse al tiempo que se apoyaba en los nudillos.

— Eso lo tienes que decidir tú —contesté—. Pero supongo que querrás tranquilizar a la gente, diciéndole que no pretendes convertirte en rey. —Hice una pausa—. ¿No estás harto de todas estas calumnias y afrentas, de los títulos que te grita la gente, de las manos anónimas que colocan coronas en las estatuas y de los personajes que escriben en secreto consignas republicanas en la silla pretorial de Bruto?

Lanzó un suspiro.

— Por supuesto que estoy harto de todo eso.

— ¡Pues entonces acaba con ello! Uno de vosotros —Antonio o Lépido— tendría que ofrecerte la corona allí mismo en las Tribunas durante las Lupercales, en presencia de toda Roma. Lo tendría que hacer de la manera más ceremoniosa y ostentosa posible, y tú deberías rechazarla rotundamente con la misma ostentación y ceremonia. Y después tendrías que mandar grabar una inscripción en el templo de Júpiter Capitolino, en la que se dijera que la rechazaste.

Los tres guardaron silencio un instante y yo adiviné que el único reparo que ponía César a la idea era el hecho de que no se le hubiera ocurrido primero a él.

— Muy inteligente —dijo al final—. Sí, ésta sería la respuesta al problema.

— Siempre y cuando sea la que tú buscas —dije yo—. Consulta con tu corazón y asegúrate bien.

En sus ojos se encendió un destello de furia, y me di cuenta entonces de que había ido demasiado lejos. Hubiera tenido que hacerle la pregunta en privado. Pero la respuesta la tenía que dar en aquel momento para que se pudieran asignar a Antonio y a Lépido los papeles que les correspondían.

— Estoy seguro —contestó—. No quiero ser rey en Roma ni lo seré.

¿Fui yo la única que captó la distinción «en Roma y no «de» Roma?

— ¿Entonces estás de acuerdo con el plan? ¿Antonio te ofrecerá la corona y tú la rechazarás? ¿O acaso quieres que lo haga Lépido?

— Se la ofreceré yo —dijo Antonio—. A mí ya me conocen como un hombre aficionado a las escenificaciones teatrales mientras que tú, Lépido, eres menos comunicativo.

— En tal caso, quizá convendría que lo hiciera yo —dijo Lépido—. La gente

se lo tomaría más en serio.

— No, sería una acción más verosímil y espontánea si la hiciera Antonio — dijo César—. Es famoso por sus caprichos y arrebatos, mientras que tú eres más bien un planificador. No conviene que la gente crea que lo hemos preparado de antemano.

— Una cosa es la gente —dijo Antonio—. Pero ¿quién crees tú que hay detrás de las demás acciones? Son tan poco espontáneas como lo será ésta.

— No lo sé —contestó César muy despacio—, pero no cabe duda de que los aristócratas reaccionarios, los llamados *optimates*, desean recuperar todos los poderes perdidos. Pero ¿cuáles? He intentado ofrecerles cargos en el Gobierno, he nombrado pretores a Bruto y Casio mientras que otros antiguos partidarios de Pompeyo, a quienes he perdonado, están todos tranquilos y aparentemente reconciliados... aunque no puedo leer sus pensamientos. Intuyo más cosas de las que puedo demostrar. Día tras día se congregan a mi alrededor y se muestran amables conmigo, pero cuando se reúnen en privado, tal como estamos haciendo nosotros ahora, ¿qué es lo que dicen?

— ¡Tendríamos que colocar espías entre ellos! —dijo Antonio.

— Si lo hiciera, realmente sería lo que ellos dicen que soy, un tirano. Un gobernador receloso que utiliza los servicios de los espías. No, antes prefiero morir en sus manos que ser lo que ellos imaginan que soy.

— ¡No digas eso! —lo amonesté severamente—. Un buen sistema de espías ha salvado a muchos hombres buenos.

— ¡Qué oriental es eso! —dijo César—. A veces olvido de dónde vienes, mi pequeña Tolomeo, mi niña del Nilo. Pero eso no se puede aplicar aquí.

Entró una esclava en la estancia para volver a llenar las lámparas con aceite de oliva. Se puso de puntillas, inclinó la jarra de estrecho pico y echó en las lámparas el aromático aceite verde dorado. ¿Sería una espía? ¿Nos habría estado escuchando? A lo mejor César tenía razón.

Todos aguardamos en silencio a que terminara, y cuando se retiró estallamos en una nerviosa carcajada.

— Bueno, ¿está todo decidido? —le pregunté yo finalmente—. ¿Cuándo son las Lupercales?

— Dentro de catorce días —contestó Antonio—. El decimoquinto día de febrero. ¡Hasta el nombre del mes se refiere a las tiras de cuero con que se azota a la gente! —dijo como si reparara en ello por primera vez.

— Pues no falta mucho —dijo Lépido—. Falta muy poco.

Cuando Antonio y Lépido se retiraron, perdiéndose en la fría oscuridad del exterior, César pareció vacilar. Tardó un buen rato en ponerse la capa y permaneció en la estancia contemplando las pinturas murales como si jamás las hubiera visto. Una de ellas, de fondo verde oscuro, mostraba un navío y un puerto con un impresionante promontorio rocoso. Las aguas del puerto estaban

rematadas por cabrillas, y las velas de la embarcación aparecían hinchadas por el viento.

— No creo que esta escena sea ninguna novedad para ti —le dije—. La debiste de elegir tú y la habrás visto montones de veces.

Me apoyé contra él; era el único gesto personal que me había permitido hacer aquella noche.

— Por supuesto que sí —me contestó—, pero esta noche me parece distinta. Es la representación de un mundo más limpio y puro —añadió, rodeándome con su brazo—. Estoy cansado de las cosas tan desagradables que ocurren en la ciudad, de los rumores, de las fingidas emociones, de las elecciones amañadas, de las inscripciones anónimas. Ahora voy a participar en un acto falsamente espontáneo. —Antes de que yo pudiera defender mi idea, añadió—: Pero soy lo bastante realista como para comprender que es un buen plan. Tienes unas dotes políticas muy singulares, y muchas veces me dejas asombrado. Tienes mucho que enseñarme, y muy pronto habrá ocasión.

— ¿Qué es eso que constantemente me estás insinuando? —le pregunté—. Te ruego que me lo digas.

— No será hasta después de las Lupercales. Entonces te revelaré el plan en su totalidad. Primero tenemos que poner en práctica el tuyo. Que descanses, mi reina.

Me dio un suave beso y se volvió para retirarse.

— Disfrutas ocultándomelo —dije—. Eso te confiere poder sobre mí.

— No —dijo él—. No sobre ti sino sobre mis enemigos. Por ahora es mejor que sólo lo sepa yo.

Se alejó con rápidas pisadas y enseguida lo envolvieron las tinieblas.

Mientras subía a mi habitación del piso de arriba, me sentí las piernas cansadas. Era muy tarde; qué horarios tan intempestivos tenían que seguir los conspiradores. Me pregunté quién más estaría despierto aquella noche en Roma, reuniéndose en la casa de alguien y hablando en susurros. Había niebla en el aire, y la luna menguante, suspendida como la cabeza separada de una estatua de mármol, asomaba por encima de las copas de los pinos. Cualquiera que abandonara una casa en aquellos momentos tendría que ocultarse el rostro para protegerse de la inquisitiva luz de la luna.

Presté atención al pasar por delante de la cámara de Tolomeo. Se había quedado dormido, pero de vez en cuando se oía un débil acceso de tos. En cuanto se iniciara la temporada de la navegación tendríamos que irnos. Roma le perjudicaba mucho la salud.

Entré en mi cámara, donde había dejado una lámpara encendida que ahora arrojaba unas trémulas sombras contra las paredes; se había agotado el aceite y estaba a punto de apagarse. Cesarión aún compartía la estancia conmigo y estaba durmiendo plácidamente en una cunita adornada con incrustaciones de

madera de ébano que representaban panteras y elefantes. Contemplé su rostro y experimenté como siempre la alegría de la posesión, sabiendo que aquella criatura era yo y no era yo. Tenía dos años y medio y se había convertido en un niño que correteaba con sus vigorosos piecitos y ya estaba empezando a hablar... en latín. Era su primera lengua. Si no regresábamos pronto a casa, el griego y el egipcio no serían para él más que unas lenguas extranjeras.

Me arrodillé y le acaricié el suave y sedoso cabello. «Mi querido hijo —pensé—, que Isis te tenga siempre bajo su protección.»

Me desnudé y me puse las prendas de dormir. Era demasiado tarde para llamar a Carmiana para que me ayudara. Me acosté en la estrecha cama y me cubrí con las mantas de lana hasta los hombros, pero no dejé de temblar hasta que el espacio que me rodeaba se calentó bajo los cobertores.

«Frío. Mucho frío. Roma es un lugar muy frío y una no tiene más remedio que temblar —pensé—. Es curioso que lleve aquí tanto tiempo y todavía me sienta una extraña. No es sólo por el clima sino también por la manera de vivir, tan comedida, tan vigilante, tan ensayada.»

«Bueno —me dije—, a lo mejor eso sólo ocurre en los más altos círculos del poder. Ciertamente el pueblo común no es nada de todo eso sino todo lo contrario: expansivo, indulgente, ruidoso y hambriento. Basta verlo en el Foro, en la calle o en los juegos para darse cuenta.»

Al pensar en las pardas orillas del Nilo y en sus palmeras experimenté una aguda punzada de dolor en el pecho y me di cuenta de que tenía añoranza. Así de sencillo. Estaba deseando regresar a Egipto.

Empecé a dar vueltas en mi dura y estrecha cama. «¡Pero si hasta nuestros lechos del Alto Egipto son más cómodos que éste! —pensé—. Sí, tengo que irme. No acierto a imaginar qué plan nos tiene preparado César. Está claro que no hay lugar para mí en Roma, donde jamás participaré en las tareas de gobierno ni apareceré en público a su lado.»

No hay nada para nosotros, nada...

Oí a Cesarión gritar en sueños y dar vueltas en su cuna.

«Sólo este niño —pensé—, pero él no puede tener ningún lugar en Roma.»

El decimoquinto día de febrero, el día de las Lupercales, amaneció claro y helado. Hacía frío en la villa, pero yo sabía que al otro lado del Tíber, en las calles romanas, el calor corporal de la muchedumbre sería más que suficiente para combatirlo. La gente llevaba muchos días preparándose para los festejos, y mucho antes del amanecer todo el mundo se había echado a las calles para calentarse las manos junto a las humeantes hogueras de carbón, llenarse la boca con el queso y la carne de cabra que se vendían en los tenderetes callejeros y cantar al ritmo de los músicos ambulantes.

Yo no pensaba salir hasta media mañana. Sabía que la ceremonia del sacrificio de la cabra y el perro, símbolos de Pan y Luperco, no terminaría hasta las diez, y que los sacerdotes, con las ensangrentadas tiras de pellejos, no

iniciarían su carrera antes de aquella hora. Tolomeo y yo fuimos conducidos al Foro con tiempo suficiente, y allí ocupamos nuestro lugar en las gradas del templo de Saturno de cara a las Tribunas, junto con los dignatarios de Roma que habían sido autorizados a entrar en aquel recinto, permanentemente sometido a una fuerte vigilancia pues en él se conservaba el tesoro del Estado. Por el rabillo del ojo vi a algunas personas sobre las que unos días atrás habíamos estado haciendo comentarios: miembros exiliados del bando de Pompeyo que habían decidido regresar, senadores a los que yo había reconocido pero cuyo nombre ignoraba, y otros a quienes conocía, como Bruto, los dos hermanos Casca, Trebonio y Tilio Cíंबर. Sonreí y saludé con la cabeza a Décimo y a su primo Bruto, que se encontraban de pie un poco más abajo.

El Foro se extendía ante nuestros Ojos como un apretado mar de cuerpos. César permanecía serenamente sentado en su asiento dorado de las Tribunas, vestido con sus ropajes púrpura de *Triumphator* y con la cabeza ceñida por una corona de laurel. A ambos lados de la tribuna se levantaban las dos estatuas que eran una fiel reproducción de su figura y que parecían montar guardia para defenderle. Recordé nuestras representaciones del *ba* y el *ka* de las tumbas egipcias que simbolizan las distintas esencias del alma, y me llamó la atención el parecido entre ambas cosas.

Surgió un grito de la multitud; los *luperci* se estaban acercando entre brincos y piruetas. Corrían con tanta agilidad como el dios Pan, como si sus pies tuvieran pezuñas y sus piernas fueran patas de macho cabrío. Las mujeres se apartaban gritando, pero algunas ofrecían sus hombros desnudos para recibir los azotes.

Antonio figuraba entre ellos, vestido tan sólo con un taparrabos de piel de cabra y con los hombros y el torso manchados con la sangre de los sacrificios y los pellejos de los animales desollados. Toda su piel estaba cubierta de sudor, pero, por lo demás, su aspecto no mostraba la menor evidencia de esfuerzo.

— ¡Un cónsul de Roma! —oí que decía alguien de unas filas más abajo en tono de reproche... ¿Décimo tal vez? ¿Trebonio?

— ¡Oh, dioses! —exclamó otro.

Pero yo admiré el esplendor de Antonio aquel día, no sólo por su valentía al presentarse en público de aquella manera sino también por su físico tan rebosante de salud y de fuerza como los de los atletas griegos de antaño. Los romanos jamás podrían comprender del todo la gloria y la belleza de aquel espectáculo, por eso murmuraban y condenaban. El mundo de las togas jamás podría respetar la exaltación griega del cuerpo humano.

De pronto Antonio se separó de sus compañeros *luperci* y, pegando un salto lleno de gracia, se acercó a las Tribunas y subió. Sostenía en la mano una blanca diadema real. ¿De dónde la habría sacado? ¿Se la habría entregado Lépido que estaba allí cerca?

— ¡César —gritó—, te ofrezco esta diadema! ¡El pueblo desea que la aceptes y seas su rey!

Su musculoso y firme antebrazo alargó la diadema hacia César. Esta vibró levemente en el aire transparente mientras su blancura despedía unos apagados destellos.

César la contempló como si fuera una serpiente, algo peligroso que estuviera a punto de atacarle.

— No —contestó, apartándola a un lado.

Los sonoros vítores del gentío fueron casi contrarrestados por los gemidos de decepción.

Antonio se acercó un poco más a César.

— ¡Una vez más el pueblo te la ofrece! —proclamó.

César volvió a levantar la mano y la rechazó.

Esta vez los vítores de aprobación fueron más fuertes que los gritos de decepción.

Antonio sostuvo en alto la diadema y la hizo girar de un extremo a otro de las Tribunas exhibiéndola ante la muchedumbre.

— ¡Contempladla todos! —dijo, levantando la voz—. Por tercera vez te la ofrecemos. ¡No rechaces los deseos del pueblo!

Acto seguido se acercó a César e intentó quitarle la corona de laurel y sustituirla por la diadema. Su mano permaneció un instante en suspenso por encima de la cabeza de César.

Entonces César se levantó.

— No —dijo, cogiendo la mano de Antonio y obligándole a soltar la diadema.

Un ensordecedor rugido de aprobación se elevó de la muchedumbre.

César agitó la diadema.

— ¡Sólo Júpiter es el Rey de los romanos! —dijo—. ¡Te ruego que cojas esta diadema y corones con ella la estatua de Júpiter en su templo del Capitolio!

Unos enfervorizados gritos de aprobación estallaron entre el gentío rebosante de entusiasmo. César volvió a sentarse con movimientos deliberadamente pausados; Antonio saltó de las Tribunas y, sosteniendo la diadema en la mano, subió corriendo las gradas que conducían al templo de Júpiter con tanta agilidad como un gato montes. Más abajo vi que los dignatarios volvían la cabeza hacia las personas que tenían al lado y les hacían unos comentarios en voz baja. Habían sido testigos de lo que nosotros queríamos; pero ¿se lo habrían creído?

AQUELLA noche, sola en mi casa, recibí un mensaje de Lépido comunicándome que, por lo que él había observado, la cosa (no especificaba nada más) había sido acogida favorablemente. Más tarde, a medianoche, llegó un mensaje de César, en el que éste me decía: «Más no puedo hacer. Dejémoslo estar.»

Enrollé el mensaje y traté de adivinar su significado. A lo mejor, era otra manera de decir «La suerte está echada», como había dicho tiempo atrás al atravesar el Rubicón. Ahora los acontecimientos tendrían que seguir su curso; serían lo que tuvieran que ser.

La contemplación de aquel espectáculo me había dejado agotada. Había mantenido los músculos en tensión y me había pasado casi todo el rato conteniendo la respiración en mi afán de conseguir, con la sola fuerza de mi voluntad, que todos los presentes creyeran lo que yo quería que creyeran. Ahora estaba exhausta y, en medio de la soledad de mi cámara, me escancié un poco de dulce vino, confiando en que calmara mis agitados pensamientos. Después me tendí en el duro lecho y cerré los ojos.

Transcurrieron uno, dos, tres días. En la villa de la colina que se levantaba por encima de la ciudad de Roma, yo estaba a salvo de lo que se decía en las calles y en el Senado. Mientras esperaba, empecé a preparar los planes para mi partida de Roma. En cuanto se abriera la época de la navegación, regresaríamos a casa.

Algunas valerosas embarcaciones habían conseguido llevar mensajes a uno y otro lado del mar. Al parecer, en Egipto todo estaba tranquilo y en orden... una de las ventajas de dejar las cosas en manos de buenos ministros. Pero yo estaba deseando volver a tomar las riendas del poder; no es bueno que un gobernante prolongue demasiado sus ausencias, como yo sabía muy bien por la desgraciada experiencia de mi padre y la mía propia. Paseando por los senderos del inmenso jardín que rodeaba la villa, me despedí mentalmente de las estatuas que tanto conocía, ocultas entre los bien recortados setos o presidiendo los serenos estanques. Aquí estaba Afrodita cubriéndose después del baño, aquí un atleta se inclinaba a punto de lanzar el disco, allí un Mercurio de pies ligeros mantenía los talones levantados en el aire. Al fondo de una avenida de cipreses verdinegros había incluso un Hércules con el rizado cabello formando un halo alrededor de su cabeza, una piel de león anudada alrededor del cuello, con las garras cruzadas sobre el pecho, y una gruesa clava apoyada airoosamente en su hombro. Ahora que ya conocía un poco mejor a Antonio, ya no pensaba que se parecía a Hércules, lo cual probablemente no le hubiera gustado demasiado a Antonio.

Me había acostumbrado a aquellos apacibles paseos; Cesarión había aprendido a correr en aquel jardín y tenía algunas cicatrices causadas por sus



caídas sobre las piedras de los senderos. El jardín se había convertido en una parte de nosotros, y yo sabía que cuando regresara a Egipto, algunas noches permanecería tendida en mi lecho y lo recordaría todo. Cerré los ojos y respiré hondo. Se aspiraba en el aire el cambio de las estaciones, una áspera fragancia como de hongos secos.

Qué extraño me parecía que las estaciones pudieran cambiar con tal rapidez; durante la fiesta de las Lupercales hacía frío y en cambio ahora, apenas dos semanas después, la tierra se estaba fundiendo. Perséfone había sido liberada del Infierno antes que de costumbre, y el calor estaba regresando a la tierra.

Cuando abrí los ojos, vi a un mensajero que se acercaba a mí, con el rostro ligeramente sudoroso debido a la subida por la cuesta de la colina. Me entregó una nota de César y esperó.

César me decía que le gustaría dar un largo paseo a caballo por la campiña, que podría elegir el caballo que más me gustara de su caballeriza, y que allí me estaría esperando.

¡Bien! O sea que César ya no podía resistir la ciudad y necesitaba escapar. Hacía un día espléndido, y las altas nubes del cielo estaban empujando los últimos vestigios del invierno. Yo jamás rechazaba la oportunidad de verle a solas, cosa muy insólita, por lo menos durante el día.

En la caballeriza encontré a César sujetando la brida y acariciando el reluciente manto de su montura, un animal de tamaño extraordinario.

— O sea que éste es tu famoso caballo de guerra —dije acercándome.

Vi algunos pelos blancos entremezclados con los negros; el caballo era viejo, pero gozaba de excelente salud.

— Sí —contestó César—. Él es con el que hoy quería correr. Sus días de batalla han terminado, pero ¿quién puede resistir la tentación de hacer una carrera en un día primaveral tan hermoso como éste?

— ¿Adónde te ha acompañado?

César soltó una carcajada.

— Di más bien adonde no. Fue engendrado en mi finca hace casi veinte años y ha estado conmigo en la Galla, en África y en Hispania. A través de él me hicieron una profecía, pero eso ya te lo contaré más tarde. —Le entregó las riendas a un mozo y me acompañó a la dehesa—. Elige cualquiera de éstos —me dijo, señalándome un grupo de fogosos y bien formados caballos, casi todos ellos alazanes—. Todos son muy ligeros y mi caballo ya no es tan rápido como solía.

Me gustaba especialmente un joven caballo castrado de firmes patas y ancho pecho. Su dorado manto brillaba con ambarinos reflejos, y el impecable movimiento de sus pasos me inducía a pensar que el hecho de montarlo sería un auténtico desafío. Lo señalé, y César le indicó a un mozo de cuadra que lo preparara.

— ¿Cómo se llama? —pregunté.

— El tuyo *Barricada*, porque la salta sin la menor dificultad. Y el mío *Odiseo*, por sus muchas batallas e innumerables viajes.

— ¿Y ahora está retirado? ¿Ha vuelto a Ítaca para quedarse?

— Todo lo retirado que puede estar un guerrero —contestó César.

No tardamos mucho en dejar Roma a nuestras espaldas. A pesar de su casi millón de habitantes, la ciudad no abarca una superficie muy extensa, y no en todas sus siete colinas hay edificios. Inmediatamente después de haber cruzado la puerta Capena de las murallas de la ciudad, nos encontramos en plena campiña. Habíamos abandonado la Vía Apia, tras recorrer un corto trecho, y nos habíamos desviado hacia el este cruzando los campos todavía dormidos, los cuales vestían aún sus pardos ropajes invernales, aunque los campesinos ya estaban arando la tierra y abriendo unos negruzcos surcos bajo el sol. Unos halcones nos vigilaban por encima de nuestras cabezas mientras cruzábamos los campos al galope, perseguidos por nuestras propias sombras.

Aunque había oído decir que César era un jinete extraordinario, jamás le había visto cabalgar al galope.

— ¡Las manos a la espalda! —me gritó—. No creo que puedas hacerlo.

Se trataba de una de las proezas por las que era famoso: cabalgar al galope montado en un caballo sin dirigirlo con la brida ni sostenerlo por las riendas, y sin brazos con los que conservar el equilibrio.

Esbozando una sonrisa, como si le fastidiara tener que tomarse aquella molestia, soltó las riendas, cruzó las manos a la espalda e instó a *Odiseo* a correr más rápido, dándole un golpecito con las rodillas. El caballo pegó un brinco hacia delante —¿quién hubiera podido imaginar que tuviera semejantes reservas de energía?—, pero César no se desplazó lo más mínimo sobre la grupa. Permaneció sentado en perfecto equilibrio mientras el animal subía y bajaba siguiendo el ritmo de los pasos de sus largas patas. Era como si formara una sola cosa con la bestia.

Yo espoleé mi montura para darle alcance, pero *Barricada* tuvo ciertas dificultades. Mientras sostenía las riendas y me inclinaba hacia delante, tomé la firme decisión de aprender algún día el truco de César.

— ¡Ya basta! —grité mientras él se perdía en una arboleda.

Justo en aquel preciso instante apareció un seto delante de mí y *Barricada* lo saltó limpiamente. Estuvo a punto de derribarme. Mi rostro se hundió en sus crines, y por un momento no pude ver nada; enderecé la espalda y vi que estábamos atravesando un avellanar y que César ya se encontraba al otro lado, todavía galopando con las manos a la espalda.

*Odiseo* se moría de ganas de correr, y César le seguía la corriente. El inmenso cielo primaveral era como un océano sin límites que nos invitara a seguir galopando sin cesar. Unas nubes blancas por arriba y grises por debajo corrían en dirección contraria, y un áspero y cortante viento me despeinaba el cabello.

Llevaba años sin galopar de aquella manera, desde que dejara mi ejército en Ascalón o más bien desde mis días de niña desesperada en el desierto del oeste de Alejandría, cuando había tratado de escapar del palacio.

Sin palabras y sin sonidos, en un mundo silencioso en el que sólo se escuchaban los balidos de unas cuantas cabras juguetonas en las colinas y los graznidos de los cuervos, seguíamos cabalgando muy separados el uno del otro.

Al final vi algo que me pareció un río con las orillas bordeadas de árboles, y más allá un bosque con un templo circular en ruinas a medio camino de la cuesta de un altozano. César había desaparecido al otro lado. Yo fui tras él y, al llegar a la cumbre del altozano, vi una hilera de majestuosos álamos al borde del arroyo. Sus altas y enhiestas formas semejaban las cariátides de un templo griego. César se había detenido y me estaba esperando junto a uno de ellos. Mantenía las manos todavía significativamente entrelazadas a la espalda.

— Ya puedes soltar las manos —le dije, desmontando—. Me has convencido. —No era necesario disimular la admiración que me había producido—. Eres el mejor jinete que he visto en mi vida. Y lo digo yo, que aprendí a montar con los árabes del desierto que nacen prácticamente cabalgando.

Parecía alegrarse sinceramente de haberme causado tan favorable impresión.

— Te enseñaron muy bien. Jamás hubiera creído posible que una mujer cabalgara como un hombre. Eres una auténtica Atenea. —Dio unas palmadas cariñosas a la cabeza de *Barricada*—. Ele visto que intentabas derribarla en aquel seto —le dijo—. A la vuelta tendrás mejor suerte, amigo.

— Y ahora. *Odiseo* —le dije al caballo—, cuéntame lo de la profecía.

El animal me miró, como si quisiera responderme.

— ¿Ves sus pezuñas partidas? —me dijo César señalándomelas, y yo vi que efectivamente estaban extrañamente hendidas—. Cuando era sólo un potrillo llamaron la atención de los augures, los cuales afirmaron que un día su jinete gobernaría el mundo. Como es natural, yo me encargué de ser el primero en montarlo y he sido el único que lo ha hecho hasta ahora.

— ¿Me permites montarlo?

Dudó un instante, pero después me levantó en brazos y me sentó sobre su grupa.

— Ahora eso va a modificar ligeramente la profecía —dijo.

Sólo cabalgué un poco con *Odiseo* subiendo y bajando por la orilla del río, pero lo importante era haberlo hecho. Al fin y al cabo, bastó con que Perséfone comiera seis semillas de granada de los Infiernos para que tuviera que pasarse toda la vida viviendo medio año en la tierra, y medio año en el mundo subterráneo.

Desmonté y atamos los caballos. César se acercó a la orilla del rápido arroyo, cuyas aguas brincaban y parecían reír con voz cantarina e infantil. Encontró una roca y se sentó en ella con las piernas colgando.

— Ven a sentarte aquí conmigo.

Alargó la mano y me ayudó a subir.

La roca estaba extrañamente caliente. Debía de haber absorbido la suave luz del sol. Al levantar los ojos vi que César me estaba observando atentamente.

— Tengo que contarte mis planes —me dijo—, pero no quisiera estropear este día tan claro y azul.

Esperé sin decir nada. Sabía que él continuaría hablando.

— Tengo en proyecto una campaña militar —dijo finalmente, clavando los ojos en el arroyo y no en mí—. Empezaré el camino de la Partia para vengar la derrota de Craso, conquistar el territorio y anexionarlo a nuestros dominios.

Lo sospechaba. Era la única región que le quedaba, la única que lo había desafiado. Era también una tierra valiente y lejana, probablemente invencible. Alejandro la había conquistado, pero eran otros tiempos.

— ¿Cuándo? —me limité a preguntarle.

— En marzo. Eso me permitirá el lujo de iniciar una campaña a principios de la estación.

— ¡En marzo! —exclamé. Lo teníamos casi encima—. Pero si ahora ya estamos casi en marzo... ¿Cómo vas a poder hacerlo?

— Llevo algún tiempo trazando planes —me contestó—. Ya tengo seis legiones con sus tropas auxiliares preparadas en Macedonia.

— Donde te esperan Octavio y Agripa —dije—. Sí, me lo dijeron.

— Reuniré otras diez legiones y utilizaré unas fuerzas de caballería de diez mil hombres. Ésta no puede ser una campaña improvisada, porque la improvisación fue la causa de nuestras anteriores derrotas allí. Craso sólo contaba con siete legiones y cuatro mil soldados de caballería.

— Yo creía que vuestra derrota la habían provocado las flechas de los partos —dije.

Todo el mundo sabía de qué manera las tropas romanas habían sido eliminadas, cual si fueran un solo hombre.

— Las «provisiones» de flechas que tenían los partos —aclaró César, mirándome con expresión sombría—. El surena, el primer dignatario de la corte parta, equipó un cuerpo de mil camellos que sólo llevaban flechas de repuesto para los diez mil jinetes. Es curioso que a nadie se le ocurriera pensar en aquel detalle. —Soltó una amarga carcajada—. ¿Sabías que Casio escapó? Salvó el pellejo regresando a toda prisa a Siria con la excusa de defenderla.

— ¿El mismo Casio que ahora es pretor?

El severo republicano que torcía el gesto cada vez que nos veía.

— Sí. Forma parte de la ignominia romana que se tiene que vengar. El victorioso surena escenificó incluso una horrible parodia de triunfo romano en el

desierto con un Craso de mentirijillas vestido con ropa de mujer. No podremos descansar hasta que nos sean devueltas las águilas de las legiones caídas.

— Pero ahora no es un buen momento para abandonar Roma... Todavía quedan muchas cosas por hacer. ¡No la dejes en manos de tus enemigos! —dije. No podía evitar poner reparos a su proyecto—. ¿Cuánto tiempo tienes previsto permanecer ausente?

— Calculo unos tres años —contestó.

— ¡No! ¡No! ¡Te suplico que no lo hagas! —le dije, agarrándolo del brazo. Conservaba todavía los músculos duros y fuertes, aunque apenas le faltaban tres años para cumplir los sesenta—. ¡Es una locura!

— ¿Hay mayor locura que lo que ahora está ocurriendo en Roma? En los años en que he estado ausente lo he superado, he superado las agobiantes mezquindades, las constantes discusiones, la falta de visión e incluso de previsión de las cosas más sencillas. En el campo de batalla volveré a ser libre, libre de atreverme, de tomar decisiones, de hacerme obedecer. ¡Nadie me ha amado jamás como me aman mis soldados! —exclamó.

— Muy cierto. Si es amor lo que tú esperas. Roma no te lo dará, desde luego —dije—. Pero ¿por qué tienes que huir? ¡Eso te convertiría en otro Casio!

Estuvo a punto de decir algo pero no lo hizo. Oí a lo lejos el apagado tintineo de los cencerros de unas ovejas en la ladera de alguna colina oculta.

— ¿Cuáles son tus planes militares? —pregunté finalmente.

— Tengo que resolver una cuestión muy enrevesada en Macedonia —contestó—. Después invadiré la Partia por el norte a través de Armenia. Es una ruta que no se ha probado. Todo el mundo la invade por el oeste o por el sur. —Se volvió a mirarme, tomando mi mano en la suya—. Tú eres una parte esencial de mi plan —añadió—. Mientras yo esté en la Partia, tú estarás en Egipto, que es mi principal aliado. Serás mi compañera en la conquista porque yo contaré en mi campaña con el apoyo y los recursos de Egipto. ¿Estás de acuerdo? —Esperó mi respuesta—. No necesitaré el apoyo ni la aprobación del Senado, ni del pueblo de Roma, mientras te tenga a ti. ¿Te tengo?

— ¿Quieres decir si tienes Egipto? —De pronto tuve la horrible sospecha de que a lo mejor César me había visto en todo momento como una encarnación de Egipto, alguien que respaldaría sus ambiciones y planes. No había anexionado Egipto a Roma porque en tal caso hubiera puesto Egipto a la disposición del Senado, lo cual no le interesaba en absoluto—. ¿Los recursos de mi país?

— ¡Por supuesto que es eso lo que quiero decir! —me contestó con impaciencia—. Pero como aliado. —Apretó fuertemente mi mano—. Tú eres una reina. Vengo a ti como cliente tuyo. Si tuviera un cetro y una corona, los depositaría a tus pies. Te ruego que estudies mi petición.

— ¿Y qué tienes previsto para nosotros?

— Un reino que tú y yo podremos gobernar juntos y en pie de igualdad. Un

reino que nuestro hijo pueda heredar como gobernante exclusivo. —Antes de que yo pudiera decir algo, se apresuró a añadir—: Tú sabes que en Roma no puede heredar nada. ¡Pero eso qué importa! Hay cosas más importantes. Que sea rey de Egipto, de Partia y de todas las regiones intermedias. Entonces yo —aunque no sea rey— crearé una estirpe de reyes. Es suficiente para mí.

— Me pides un compromiso muy grande. Egipto está en paz. La Partia jamás nos ha atacado. Me pides que gastemos nuestros hombres y nuestro dinero para que tú veas cumplidos tus sueños.

— Y también los tuyos.

— No, éste no es mi sueño.

— Pues, ¿cuál es entonces tu sueño?

— Ya lo he alcanzado. Egipto está en paz y es un país fuerte e independiente. Yo soy su única gobernante. No necesito para nada la Partia.

— ¿Y a mí tampoco me necesitas? —me preguntó—. Sólo lejos de Roma podremos vivir juntos.

— Tu precio es demasiado alto. Tendré que gastar montañas de plata y oro y ríos de sangre para que tú y yo podamos vivir juntos.

— No debemos calcularlo en estos términos.

— Me temo que es la única manera de calcularlo. Daría cualquier cosa por ti... menos Egipto.

Me miró con profundo respeto.

— En tal caso, eres mejor reina que amante. Tus súbditos son muy afortunados.

Bajó de la roca y empezó a pascar por la orilla del río. Yo me acerqué a él.

— Seré tu aliada, te proporcionaré un territorio para el descanso y la organización, pero no quiero luchar contra la Partia —le dije—. Seré la primera en alegrarme cuando la hayas conquistado. Podrás organizar en Alejandría el mayor Triunfo que jamás haya habido en la historia.

Traté de utilizar un tono alegre y despreocupado, a pesar de que en lo más hondo de mi ser abrigaba el terrible temor de que jamás volvería, que jamás regresaría del este, que moriría como Alejandro en Babilonia... Me sentí mareada.

— Creo que ya es suficiente —dijo al final, tras haber oído tan sólo mis palabras pero no mis pensamientos. Después de unos minutos de silencio introdujo la mano bajo la pechera de su túnica y sacó una bolsa de cuero—. Eso es para ti —me dijo, entregándomela.

La abrí muy despacio y encontré un medallón de plata con una pequeña cadena. Lo deposité en la palma de mi mano y le di la vuelta. Tenía un elefante en una cara y una inscripción en la otra.

— Era de mi madre —dijo—. El elefante es uno de los emblemas de la

*gens* Julia; un antepasado mío mató un elefante del ejército cartaginés en un momento crucial. Ella lo llevaba por mi padre. Quiero que lo tengas tú.

Incliné la cabeza para que me lo colocara alrededor del cuello.

— Ella lo llevaba siempre, y yo lo guardo desde hace muchos años. La quería con toda mi alma y la echo de menos cada día. Murió seis años antes de que yo te conociera. Te ruego que lo aceptes. No sé qué otra cosa podría ofrecerte para demostrarte lo mucho que te aprecio y hacerte comprender que sólo tú puedes ocupar el único lugar que ha permanecido vacío durante toda mi vida. Esta es mi más preciada y estimada posesión.

Cuando sentí el roce de sus dedos en mi nuca, comprendí que aquello era algo así como una unción. César me estaba conviniendo en parte de su familia, de la única forma en que podía hacerlo.

— Me siento muy honrada —dije, levantando la cabeza.

Acaricié el medallón que ahora colgaba sobre mi pecho. Me parecía más valioso que cualquier objeto de oro, esmeraldas y lapislázuli. Había protegido a la madre de César, la única mujer a la que él siempre había respetado y a la que había sido fiel. Ahora me lo había cedido a mí, la madre de su hijo.

— Te lo dije, eres la esencia misma de mi ser —dijo, acercando los labios a los míos. Estaban hambrientos de mí y deseaban unírnos. Me puse de puntillas en la orilla del arroyo y lo abracé con fuerza.

Los caballos nos miraban pacientemente. El futuro no los inquietaba.

— ¿Te llevarás a *Odiseo*? —le pregunté en un susurro.

— No, es demasiado viejo —contestó César—. Se tiene ganado el descanso. No podría soportar verle caer en un campo extranjero.

«Yo pienso lo mismo —me dije para mis adentros—. ¿Por qué eres más amable con tu caballo de lo que yo soy contigo? Y sin embargo no puedo impedirte que vayas, y el hecho de que yo te haya negado la ayuda de las fuerzas egipcias no te ha hecho cambiar de idea. ¿Qué otra cosa puedo hacer, qué otra influencia puedo ejercer sobre ti?»

Me temblaron las manos cuando le acaricié la espalda. A nuestro alrededor todo estaba abierto al aire y al cielo, y todavía era demasiado pronto como para que nos protegiera el follaje de los setos y de los árboles.

— Ven —me dijo, vadeando la corriente—. El templo no está lejos.

Era el último refugio en varias millas a la redonda y parecía abandonado. El camino que conducía hasta él estaba cubierto de malas hierbas y la techumbre se había derrumbado parcialmente. Pero su viejo mármol era de un precioso color blanco con vetas azuladas, y su forma circular poseía una gracia especial.

Mientras nos acercábamos vi varias lagartijas de color verde entre la hierba. Me pregunté a quién estaría dedicado el templo. Llegamos a la puerta y asomamos la cabeza al interior, donde había una estatua de Venus medio en ruinas en un pedestal.

— Venus —dijo César—. ¡Qué extraordinario! Hasta en este lugar mi antepasada atiende mis necesidades.

Entramos. El espectáculo era deprimente. Las raíces hundidas en la tierra habían levantado el suelo de baldosas de mármol blanco y negro, y el musgo, las malas hierbas y las flores silvestres llenaban todas las grietas de los muros. La diosa, inclinada sobre su pedestal, nos miraba con tristeza. A sus pies se había formado un charco de agua estancada. La luz penetraba a través de la hundida techumbre abovedada formando una mancha en el otro extremo del templo.

— Pobre diosa —dijo César muy despacio—. Prometo que a mi regreso de la Partia restauraré este templo, si tú me otorgas una vez más la victoria.

La diosa no dio muestras de haberle oído, y sus ciegos ojos siguieron contemplando los campos a través de la puerta abierta.

— Parece que por aquí no viene nadie —dijo—. Estamos completamente solos.

Apoyó un poderoso brazo contra la pared, se volvió hacia mí y empezó a besarme el cuello.

Ladeé la cabeza y le permití seguir, pues a pesar de aquel ambiente tan poco propicio, el roce de sus labios en mi garganta me producía una sensación de indescriptible dulzura. El desigual pavimento estaba lleno de humedad, los bichos y las lagartijas campaban por sus respetos y el aire era muy frío. Me pegué contra la pared y dejé que su cuerpo duro y musculoso me oprimiera hasta hacerme estremecer. Llevábamos tanto tiempo sin estar juntos como hombre y mujer que lo deseaba con toda mi alma, porque nunca sabía cuándo volveríamos a vernos.

Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y me entregué a la creciente sensación del placer. Él guardó silencio. El único ruido era el de su calzado en el suelo. Su boca, ahora más hambrienta, me recorría la mejilla en busca de mis labios. Cuando dio con ellos me besó tan profundamente que me quedé sin respiración.

Comprendí de repente que no lo podríamos dejar a medias, pues la sangre me galopaba en las venas con más rapidez que mi caballo cruzando los campos, y yo la sentía pulsar en mis oídos, mi garganta y mi estómago. Lancé un anhelante gemido.

— Este suelo es peor que la orilla del río —dije suspirando.

Entonces me levantó la pierna derecha, por encima de su cadera, empujándome suavemente contra la pared, y luego la otra pierna, colocándome los brazos bajo mis hombros.

— No te preocupes que yo me encargo de que no toques el suelo en ningún momento. —Movié el cuerpo para afianzar las piernas en el suelo y añadió en voz baja—: No, no es un lugar muy apropiado para una reina.

Ya no dijo más. Me hizo el amor sin dejar de mirarme a la cara y yo creí morir a causa del esfuerzo y el placer. Deseé con toda mi alma que me infundiera



su fuerza vital para que pudiera conservarle para siempre conmigo y me pareció que mi deseo se estaba cumpliendo. Pero todo terminó y nos quedamos jadeando en aquel pequeño y triste templo de belleza ya extinguida.

Nuestro regreso a través de los campos bajo la luz del ocaso transcurrió casi en silencio. El cielo estaba veteado de púrpura —como los ropajes del *Triumphator*— y por todas partes se veía la dorada y oblicua luz del atardecer, tan típicamente romana. La luz resplandecía con gozosa intensidad, tiñendo de oro la erguida espalda de César.

Cuando llegamos a la puerta de la villa no hubo despedidas. César tomó las riendas de *Barricada* para llevarlo a las cuadras.

— Que descanses bien esta noche —me dijo, dando media vuelta.

Pero no descansé. ¿Cómo hubiera podido hacerlo?

César anunció al Senado la campaña partía y le informó que ya había hecho todos los nombramientos políticos con tres años de antelación. Aquel año los cónsules serían Antonio y él; Dolabela sería su sustituto cuando él partiera hacia el este. Al año siguiente, los cónsules serían Hirtio y Pansa y, al otro, Décimo y Pansa. Los gobernadores de las provincias serían Décimo para la Galia, sustituido posteriormente por Pansa y Bruto. Trebonio sería el gobernador de Asia y Tilio Címbel el de Bitinia. Quería dejar a su espalda un gobierno capaz de desarrollar sus funciones sin ningún contratiempo.

Pero yo me pregunté a quién pensaba nombrar como generales. Antonio estaría atado en Roma, Munacio Planco también y Casio —un excelente general a pesar de su cobardía en Partia— había sido nombrado *praetor peregrinus* y no podía marcharse. No era posible que César pretendiera combatir aquella guerra con Octavio y Agripa, unos simples muchachos... Mi temor por él era cada vez mayor.

Pero aun así, yo me seguía preparando para abandonar Roma. Por lo menos en Egipto podría ayudar un poco, aunque de manera muy limitada. En Roma no era más que una huésped molesta.

Su anuncio no fue bien recibido. Todo el mundo se horrorizó ante la idea de que se fuera sin ceder el control absoluto que ejercía sobre el gobierno. Todas las decisiones se deberían dejar en suspenso durante tres años; los asuntos ordinarios de la vida se tendrían que paralizar. César ostentaba todo el poder y ahora se iría sin dejar un sustituto. La vez que se había ido a Egipto, había ocurrido lo mismo. Nadie tenía autoridad para actuar en su nombre. A nadie le había gustado aquella situación, que en el fondo no había sido más que una pequeña muestra de lo que ahora iba a ocurrir. El dictador vitalicio tenía a Roma agarrada por el cuello y pretendía abandonarla para irse a Oriente, dejándola medio asfixiada.

No pude verle ni un instante. Estaba tremendamente ocupado, defendiéndose de sus críticos y tomando las últimas disposiciones sobre las personas recién nombradas para los cargos y sobre su ejército. De pronto empezó a circular por la ciudad un extraño rumor, un rumor tan extendido que hasta los

esclavos de mi villa lo oyeron en el mercado. Los sacerdotes habían consultado los libros sibilinos de las profecías —los mismos que prohibían «restaurar en el trono al rey de Egipto con una multitud»— y en ellos se decía que nadie podía conquistar la Partia más que un rey. De lo contrario, el que lo intentara sería aniquilado y Roma humillada. En caso de que Roma enviara a César o le permitiera ir, éste lo tendría que hacer como rey. Había llegado el momento, el momento que a juicio de todo el mundo César había estado esperando desde el principio.

Según los rumores, el Senado le iba a otorgar finalmente el título de rey cuando se reuniera por última vez en el Teatro de Pompeyo, en las Idus de marzo, antes de que se iniciara la campaña de la Partia. César emprendería su viaje a Oriente tres días después... como rey.

LOS cálidos vientos soplaron en el jardín durante la primera mitad de marzo, invitando suavemente a los setos a florecer y a los árboles a llenarse de delicadas hojas. Los preparativos para mi viaje ocupaban mis pensamientos, pero no tranquilizaban mi corazón. La Partia... ¿por qué quería ir en realidad? ¿Qué lo impulsaba a trasladarse allí? En cuanto al papel de Egipto en la campaña, por muchas vueltas que le diera, mis criterios seguían siendo los mismos que al principio. No, no quería mezclar Egipto en la campaña. En cuanto al regalo de la joya de su madre, ¿cómo hubiera podido expresar la profundidad de mis sentimientos? Me había prometido a mí misma no quitármela hasta que él regresara de la Partia, como si eso pudiera compensar mi negativa a ofrecerle hombres y armas. Estaba trastornada y ansiaba verle para podernos despedir de una manera más satisfactoria. La víspera de la reunión del Senado, César tenía previsto acudir a la villa, pero a última hora de la tarde recibí un mensaje en el que me decía que aquella noche tenía que cenar con Lépido. Aplazaba nuestro encuentro para el día siguiente. Aún le quedaban tres días en Roma y habría ocasión para despedirnos. El tiempo cambió bruscamente en el momento en que el mensajero me entregó la nota, por lo que toda la servidumbre corrió a refugiarse al interior de la casa. Unas negras nubes oscurecieron el sol y un fuerte viento empezó a aullar entre los árboles. Los postigos cerrados repiqueteaban como los dientes de una vieja.

— El tiempo de Roma es tan variable como las opiniones de Roma —le dije a Carmiana.

Ya casi me había acostumbrado a los truenos que Júpiter arrojaba contra su ciudad, aunque jamás lo conseguiría del todo. Y, en cuanto a los rayos, siempre había alguien que comentaba que una estatua o incluso una persona había sido alcanzada por algún rayo.

— Es muy desagradable —dijo Carmiana, echándose un pañuelo de lana sobre los hombros.

Me llevé un buen susto cuando uno de los trípodes de las lámparas de aceite —un trípode bellamente trabajado, con un eje muy fino y una base labrada en forma de garras— cayó como empujado por el viento y rodó ruidosamente por el suelo, derramando el aceite de la lámpara.

Lamenté que César tuviera que salir, pero por lo menos la casa de Lépido estaba muy cerca de la suya, a diferencia de la villa que yo ocupaba al otro lado del Tíber.

¿Qué debía de pensar César de aquellos rumores? ¿Los creería? ¿Los fomentaría? ¿Los rechazaría? Había tantas cosas que me hubiera gustado saber.

Pero no las sabría aquella noche.

Apenas pude dormir pues el azulado resplandor de los relámpagos y el retumbo de los truenos invadieron mi cámara. Tal vez lo soñara porque en determinado momento pensé que los postigos se habían abierto y que una lengua de relámpago lamía los pies de mi cama.

Por la mañana pudimos ver las horribles consecuencias. La tormenta había arrancado de cuajo varios árboles del jardín y había encharcado varias plantas que rodeaban el estanque ornamental. Por si fuera poco, la estatua de Hércules se había caído de su pedestal y se había roto la clava, aunque él seguía mirando al cielo como si tuviera bien controlada la situación.

Mientras recorría el destrozado jardín, apenas reparé en los desagradables ruidos procedentes de la otra orilla del Tíber; la gente debía de estar arreglando o lamentando los daños causados por la tormenta en los tenderetes del mercado.

Tuve que hacer un esfuerzo para concentrarme en la tarea de hacer el equipaje con la ayuda de Carmiana. Me había traído un montón de preciosos atuendos, joyas, adornadas sandalias, prendedores para el pelo, diademas y tocados. Y me los había puesto todos, de modo que ahora cada uno de ellos estaba relacionado con algo de Roma. Tenía la túnica que me había puesto para asistir a la cena en casa de César, la túnica del Triunfo y el atuendo de montar que había llevado durante nuestra carrera al galope a través de los campos.

Recuerdo exactamente que estaba alisando con los dedos la tela del recio tejido de lino cuando oí un alboroto en la planta baja. Oí unos gritos y unas exclamaciones, y a continuación unas pisadas que se acercaban rápidamente a mi puerta. Levanté los ojos y vi a un muchacho que me era conocido, un sirviente de la casa de César. Temblaba y jadeaba afanosamente.

Después pronunció unas palabras que me dejaron anonadada.

— ¡Un asesinato! ¡Un asesinato! ¡César ha sido asesinado! —gritó, arrojándose en mis brazos entre sollozos—. ¡César ha muerto!

Yo había oído aquellas palabras en mis sueños más negros, en esos sueños que uno no se atreve a recordar por la mañana y que intenta ocultar por temor a que se hagan realidad. Lo impensable.

Carmiana se acercó las manos a la boca y me miró con el rostro muy pálido. «César había muerto. César había muerto. No, no era posible. César no podía morir.»

No era posible que yo escuchara ahora aquellas palabras, cuando ya se habían superado todos los peligros, cuando las antiguas guerras habían terminado y la nueva aún no había empezado y él estaba en Roma, colmado de honores... Una extraña sensación de frío se apoderó de mí y me atrajo con urgencia hacia un lugar que yo jamás hubiera imaginado, un lugar inconexo, más allá del tiempo, frío, tremendamente frío, en el que todas las cosas conocidas habían desaparecido. No, no podía ser cierto.

— ¿Qué ha ocurrido? —pregunté, con una voz que no me parecía mía.

Acaricié el cabello del chico y lo consolé como si fuera mi hijo.

Estaba equivocado. Enseguida me lo explicaría. Y en caso de que hubiera ocurrido algo... César debía de estar simplemente herido.

— ¿Cómo sabes que César ha sido asesinado? —le pregunté con toda la suavidad que pude.

Lo pregunté casi en un susurro por temor a que si lo hacía en voz alta pudiera convertirse en realidad.

Pero el muchacho se limitó a seguir sollozando y yo no lo pude resistir por más tiempo, no podía concederle ni un momento para que refutara la falsa noticia. Y entretanto sentía aquel frío que me envolvía por todas partes y que era como una especie de rígido escudo protector.

— ¡Dímelo! —le grité, perdiendo el control. Necesitaba oír que no era verdad, y aunque lo fuera, a lo mejor yo podría invertir la situación, o tal vez alguien podría hacerlo, sí, claro, algún médico de Roma...

Lo sacudí por los hombros, pero sólo conseguí hacerle llorar con más fuerza.

— ¡Dime lo que has visto! —le grité—. ¿Han atacado a César en su casa?

«Los guardias lo hubieran protegido... ¡No, él había prescindido de los guardias!»

— No, en su casa no —contestó el muchacho sollozando.

Experimenté un estúpido consuelo que me hizo pensar que todo era falso, porque el chico pertenecía a la casa y no lo había visto, y no había ningún otro lugar donde César hubiera podido ser atacado. ¡En casa de Lépido no era posible y tanto menos en el Senado!

— ¿Ha intentado alguien atacarlo en la calle? —pregunté.

¿Unos ladrones tal vez? Pero él se hubiera podido defender.

— No... no —gimoteó el muchacho—. Lo han asesinado en el Senado. ¡Delante de todo el mundo! Ellos lo han rodeado y lo han matado a puñaladas, eran muchos. Después él se ha cubierto el rostro y ha muerto a los pies de la estatua de Pompeyo. La que... la que él mismo había mandado colocar.

La estatua, la estatua que nosotros habíamos visto subir por las gradas...

No, era un error. Debía de ser otro. Nadie se hubiera atrevido... no podía ser nadie a quien él conociera...

— ¿Quiénes son «ellos»? —grité con una voz cuyos ecos debieron de alcanzar los confines de la tierra.

Fue un grito tan fuerte que me dejó la garganta en carne viva.

— Un grupo de senadores... No estoy seguro, yo estaba dentro. Bruto y Casio fueron los primeros en salir de la sala de las asambleas y entrar en el pórtico donde yo esperaba. Blandían unos puñales y estaban cubiertos de sangre, y gritaban algo sobre la libertad y la República. A su alrededor, los senadores se

sujetaban la orla de la toga y huían corriendo. Ahora han estallado unos disturbios en el Foro, donde los asesinos están gritando no sé qué y Cicerón intenta pronunciar un discurso y una compañía de gladiadores anda suelta por las calles sometiendo a pillaje todo lo que encuentra a su paso.

Sí, había oído el estruendo a pesar de lo lejos que estaba pero no le había atribuido ningún significado especial. En Roma siempre había disturbios.

— Oh, dioses... —creo recordar que dije.

No podía distinguir entre lo que pensaba y lo que decía, pues dentro de aquella fría jaula me sentía prisionera y amordazada y el espanto me envolvía como una capa. Quería librarme de aquella opresión pero no podía moverme.

El populacho... el populacho romano... Ahora que se me habían abierto los oídos lo oía con toda claridad. ¿Vendrían a por el hijo de César aquí en la villa? Un nuevo horror se apoderó de mí, añadiendo el temor al sobresalto y a la angustia que ya sentía. «Todo el mundo sabe que el hijo de César está aquí, su único hijo, y, si odian a César, también odiarán a su hijo. ¡Oh, niño mío!» ¿Se estarían acercando a nosotros, blandiendo los puñales?

— ¿Vienen hacia aquí? —le pregunté al chico.

— No, todos corrían en dirección contraria. Allí no ha quedado nadie.

Pero podían recordarlo en cualquier momento. Tenía que proteger a mi hijo. ¿Y César? Oh, dioses y diosas, ¿dónde estaba César? Tenía que verle.

— ¿Dónde está César? ¿Qué ha sido de él? —pregunté.

Quizá pudiera rescatarle, salvarle.

— Todavía... todavía está tendido al pie de la estatua. Todos han huido corriendo y lo han dejado solo en la casa del Senado en medio de un charco... un charco de sangre —contestó el muchacho, rompiendo nuevamente a en sollozos.

Ahora empecé a sentir un dolor que penetró a través de la fría capa como si a mí también me hubieran clavado un puñal y me lo hubieran hundido hasta el fondo, ocasionándome una herida mortal de necesidad. Era imposible que lo hubieran dejado de aquella manera. ¿Todos habían huido?

— ¡Oh, qué ignominia tan grande! —exclamé entre sollozos—. ¡Haberle dejado allí! ¿Es que todos les tienen miedo a los asesinos? ¿Nadie querrá tocar tan siquiera al comandante caído, al hombre al que justo hasta esta misma mañana llamaban sacrosanto? ¿Nadie quiere honrar su cuerpo? —pregunté.

Al oír mis palabras, el muchacho recordó algo horrible.

— Dijeron... dijeron que iban a arrojar el cadáver al Tíber. Sí, eso es lo que les oí decir a gritos cuando abandonaron corriendo el edificio.

Me sentí mareada. Era inhumano, degradante. Los odiaba con un odio que jamás hubiera creído posible experimentar.

— ¡Jamás! —grité. Comprendí que teníamos que reunirnos con él. ¡Y que teníamos que darnos prisa! Tal vez cuando llegáramos allí aún estuviera vivo. Si lo

habían dejado solo y nadie estaba con él, cabía la posibilidad de que estuviera inconsciente y lo pudiéramos reanimar—. Iremos ahora mismo y lo llevaremos a su casa —dije—. ¡Si alguien intenta impedírmelo, primero me tendrá que matar también a mí! ¡Busca a otros chicos y trae unas parihuelas! ¡Y vayamos ahora mismo al lugar donde se encuentra César!

— ¡No, mi señora! —Carmiana me agarró del brazo y trató de impedírmelo—. La chusma está muy exaltada y los asesinos de César...

— Los asesinos de César son unos miserables cobardes y unos hombres sin honor. ¿Crees que yo me arredraré ante ellos? ¡Jamás!

En aquellos momentos, mi cólera recién nacida me estaba protegiendo como un escudo de la frialdad que ya había empezado a penetrar en mi corazón.

El Teatro de Pompeyo en el Campo de Marte estaba más cerca de la villa que el Foro, de modo que no tardamos mucho en llegar allí. La enorme construcción con su pórtico de las Cien Columnas apareció de repente ante nuestros ojos. No había nadie salvo uno o dos gladiadores, que se apresuraron a retirarse sigilosamente con las manos llenas de objetos robados.

El edificio estaba oscuro y vacío.

— ¿Dónde? —le pregunté al chico.

Había muchas estancias que se abrían al pórtico, y yo jamás hubiera podido adivinar cuál de ellas era lo bastante espaciosa como para acoger a los miembros del Senado.

Me señaló con un trémulo dedo una puerta situada al fondo del otro lado y me acompañó, pero al llegar a la entrada echó un vistazo al interior y se apartó.

— Aún está... a salvo —dijo.

Me pareció una extraña manera de expresarlo. Pero ahora estaría a salvo, nosotros cuidaríamos de que así fuera, nosotros lo salvaríamos...

Lo primero que vi al fondo de la sala fue la estatua de tamaño superior al corriente, que se levantaba orgullosamente sobre su pedestal. Y a sus pies un bulto ensangrentado del que salían unos pies que me parecieron demasiado pequeños para un hombre de la estatura de César.

«No es él», pensé aliviada.

Me acerqué al bulto inmóvil, conteniendo la respiración. Debía de ser otro. Me arrodillé y, con una temblorosa mano que apenas podía sujetar el lienzo, lo levanté y vi el rostro de César.

Lancé un grito y solté el lienzo. Sus ojos estaban cerrados, pero no parecía dormido. Su aspecto era distinto, y los que dicen que los muertos parece que duermen son unos embusteros. Procuré dominarme, volví a levantar el lienzo, alargué la mano y acaricié su mejilla: estaba muy fría, como si la frialdad del suelo de mármol hubiera penetrado en su cuerpo y se hubiera extendido por todos sus miembros mientras yacía exánime.

Al contemplarlo sentí que todo mi ser se escapaba de mi cuerpo y se fundía, dejándome perdida y abandonada. Mi vida no se había extinguido apaciblemente sino que me la habían arrancado a la fuerza.

— ¡Amor mío! —dije en un susurro, volviendo a acariciarle.

Me había quedado absolutamente inmóvil, pero no tanto como él. De repente comprendí toda la verdad y experimenté la más genuina forma de sufrimiento.

— ¡Oh, Isis! —gemí mientras se hacía súbitamente realidad toda la historia que yo siempre había conocido acerca de Isis y de la muerte de su esposo Osiris, cruelmente asesinado y desmembrado por su hermano. Yo era Isis y allí yacía mi Osiris, atacado por quienes lo habían nombrado «Padre de la Patria» y habían jurado proteger su vida con la suya propia. Ahora vi los lugares de la toga (parecía que los había a centenares) desgarrados por los puñales. Había sido atacado por una manada de lobos, lo habían asesinado los mismos que habían jurado protegerle. Él iba desarmado, porque estaba prohibido llevar armas en el Senado.

Me arrojé sobre su cuerpo y lo abracé, a pesar de lo rígido y ensangrentado que estaba. No me importaba mancharme de sangre. Quería quedarme allí con él para siempre, pero al mismo tiempo temía que lo sacaran de aquel abominable lugar.

El chico había regresado con dos compañeros y unas parihuelas de lona resistente y me estaban mirando en silencio desde la puerta.

— Venid aquí —les dije por fin, y ellos me obedecieron, acercándose de puntillas como si temieran que César se levantara bajo el lienzo que lo cubría.

¡Ojalá pudiera!, pensé yo. Hubiera dado mi vida a cambio.

— Ya es hora de que lo llevéis a su casa. ¿Lo sabe Calpurnia?

Había que contar con eso también.

El muchacho asintió con la cabeza.

— Pues entonces llevádselo a ella. Yo os seguiré.

Lo levantaron cuidadosamente y lo colocaron sobre las parihuelas. Le volvieron a cubrir el rostro para que nadie le pudiera ver por el camino y se echaron las parihuelas sobre los hombros. Le habían dejado un brazo colgando, que oscilaba a cada movimiento, y la mano se balanceaba sin fuerza.

Se me partió el alma al ver aquella mano impotente y no puede resistirlo. Hubiera deseado tener a Carmiana a mi lado y apoyarme en ella, pero no podía caer, no podía dejar desamparado aquel pobre brazo, totalmente incapaz de defenderse.

Estaba firmemente decidida a vengarle, aunque el empeño me llevara toda la vida. Lo haría echando mano de cualquier arma o persona que tuviera a mi disposición.

El brazo oscilaba delante de mí, siguiendo el movimiento de las parihuelas.



«Estoy aquí, César. No te abandonaré ni dejaré impunes a tus enemigos. Y lo que yo deje por hacer, lo terminará tu hijo Cesarión. Te lo juro solemnemente.»

Con las parihuelas a cuestas, los muchachos bajaron por las mismas gradas en las que Antonio había comprado todas aquellas salchichas, provocando la risa de César.

El Foro estaba lleno de gente, pero era tal la confusión reinante que conseguimos abrirnos camino como si fuéramos invisibles. Yo iba a pie para no llamar la atención con mi adornada litera, y nadie hubiera podido imaginar que aquellos tres muchachos llevaran nada que fuera importante. Es curioso lo ciega y estúpida que puede ser la muchedumbre cuando está muy alterada.

La casa de César apareció ante nuestros ojos. Los chicos sabían que la puerta lateral era la más indicada para entrar con su valiosa carga. Tan pronto hubimos entrado, cerramos rápidamente la puerta a nuestra espalda.

Nos esperaba el espacioso atrio, con su estanque central en el que se reflejaba el encapotado cielo gris, donde con tanta elegancia César había recibido a sus invitados. Los muchachos depositaron las parihuelas en el suelo y Calpurnia emergió de entre las sombras, rígidamente apoyada en dos esclavas.

Su rostro había cambiado casi tanto como el de César... Arrastrando los pies, se acercó a las parihuelas sin poder contener el llanto. Yo me volví y me retiré al fondo de la estancia para respetar su intimidad. Oí sus gritos y exclamaciones de dolor, y después se hizo el silencio. Al final me giré y la vi arrodillada junto a las parihuelas. El lienzo que cubría a César había sido apartado a un lado.

Me acerqué sin estar muy segura de lo que iba a hacer, aunque sintiéndome profundamente unida a ella en medio de la terrible desgracia. Apoyé las manos en sus trémulos hombros. El rostro de César estaba vuelto hacia nosotras, espantosamente inmóvil y cambiado. No pude soportar su visión y lo volví a cubrir con el lienzo.

— Querida —le dije, y efectivamente en aquel momento me era muy querida pues había sido suya y todo lo que él había tocado o con lo cual se había relacionado de alguna manera tenía para mí un valor incalculable—, sé que sientes los puñales como si te los hubieran clavado a ti.

Se apoyó ligeramente en mí.

— Sí —me dijo en un susurro—, los sentí incluso en el momento en que ocurrió. —Volvió su rostro hacia mí—. Anoche lo soñé todo. Lo vi, lo sentí. La única diferencia fue que, en mi sueño, él moría en mis brazos... y yo le veía vivo, no... ¡no así! —Hizo ademán de levantar de nuevo el lienzo pues necesitaba contemplarlo de nuevo, pero volvió a apartar la mano—. Se lo advertí... ¡Le supliqué que no fuera al Senado! —Arrodillada en el suelo, se inclinó sobre él—. Y él había soñado que se elevaría hasta las nubes y que Júpiter le tendería la mano. ¡Estaba todo tan claro! ¡Lo sabíamos! ¡Lo sabíamos! Y sin embargo quiso ir... — Enderezó nuevamente la espalda y levantó la voz al recordar de pronto lo ocurrido—. ¡Al final decidió no ir! Un adivino le había hecho una advertencia acerca de los

Idus. Sí, pasó una hora y él aún no se había presentado en el Senado. Entonces vino Décimo y le suplicó que fuera. Él le explicó mis sueños y los malos presagios (¡durante la tormenta, los escudos de Marte se habían desprendido de las paredes, lo cual era una terrible advertencia!), y dijo que no pensaba ir. Entonces —lo estaba empezando a recordar todo con más precisión— Décimo se burló de él y le dijo que a lo mejor el Senado cambiaría de opinión, a propósito de los honores que pensaba tributarle, en caso de que él anunciara que César se había quedado en casa por los sueños de su mujer. Le dio a entender que, a su juicio, todo aquello era una bobada... pero yo sabía lo que había visto en mi mente. ¡No hubiéramos tenido que dejarnos convencer!

De repente tuve una terrible sospecha.

— Décimo... ¿qué era para vosotros?

— Uno de los más fieles amigos de César —contestó Calpurnia.

— ¿Y lo acompañó al Senado?

— Creo que sí —contestó Calpurnia—. Se fueron juntos, César en su litera. Yo los vi. Había mucha gente y... alguien depositó un rollo en la mano de César. Pero eso lo suele hacer la gente que necesita algo.

— La litera ceremonial en la que él se desplazó al Senado... ¿dónde está?

— No lo sé.

— Aún está en el Teatro —contestó uno de los muchachos.

— Traedla —le ordene—. Traedla para que no quede nada de César a merced de la chusma.

Puede que el rollo estuviera todavía dentro.

Desde fuera llegaba el griterío de la gente.

— Observad quién anda suelto por allí —les dije—. ¿Adónde han ido los asesinos?

Calpurnia se levantó muy despacio del suelo.

— ¡Temo que vengan y saqueen la casa! —dijo—. No hay nadie que la proteja. César había prescindido de los guardias.

Lépido. Lépido tenía una legión en la ciudad, porque era la mano derecha de César. ¿Qué otras fuerzas había? Décimo tenía a sus gladiadores. ¡Los gladiadores! ¿Qué había dicho el chico? «Toda una compañía de gladiadores anda suelta, sometiéndolo todo a pillaje.» Un terrible presentimiento me sobrevino de nuevo. Los gladiadores de Décimo... ¿por qué razón se encontraban casualmente allí?

Décimo los había llevado a Roma y los tenía estacionados allí. Décimo había llevado a César al Senado en contra de su voluntad. Décimo era uno de los más fieles amigos de César.

Se trataba de una conspiración, de una gran conspiración. No eran sólo

Bruto y Casio sino un vasto cuerpo de asesinos organizados. César se había pasado varias semanas rodeado de enemigos secretos, porque si Décimo estaba con ellos, tenía que haber otros partidarios insospechados. ¿Qué decir de Antonio? ¿Sería uno de ellos? ¿Y Lépido? ¿Acaso sólo Calpurnia y yo éramos las únicas fieles partidarias que tenía?

Había comido con ellos, se había reído con ellos, había planificado con ellos su campaña partia, había paseado con ellos por el Foro. ¡Y ellos habían sonreído, lo habían adulado, habían decidido tributarle más honores —recordé a los serviles magistrados que se habían reunido con él en el templo— mientras planeaban su asesinato! ¡Cómo se habrían reído y cómo se habrían burlado de él en sus cónclaves secretos! Los muchachos regresaron con la litera y en ella encontramos varios rollos todavía cerrados. Casi todos contenían peticiones, efectivamente, pero en uno se describía toda la conjura y se suplicaba a César que se salvara. Se decía en el rollo que en la conjura estaban implicados setenta hombres.

¡Setenta!

¿Cómo habrían conseguido mantener la conspiración en secreto? Aunque, en realidad, no la habían mantenido. En aquel rollo se hacía una advertencia a César, aunque demasiado tarde.

En él se decía que Casio quería matar también a Antonio, pero que Bruto se había opuesto, señalando que el sacrificio de César no sería un sacrificio sino un simple asesinato en caso de que se incluyeran otros. Por esta razón Treboniano había recibido el encargo de retener a Antonio en el exterior.

Antonio era leal. Me invadió una inmensa sensación de alivio. Pero ¿dónde estaba? ¿Adónde había huido?

Fuera se oía un creciente clamor. Mandé traer una escala de mano para mirar a través de las altas ventanas sin abrir la puerta. No sabía si alegrarme o no de que la casa de César se encontrara en el Foro.

Un gran gentío se había congregado en el centro del Foro. Vi una hilera de hombres que bajaban del Capitolio con las manos en alto y que gritaban:

— ¡Cicerón! ¡Cicerón!

Pero yo no veía a nadie que se pareciera a Cicerón. Vi a Dolabela, un hombre violento e inestable, experto en exaltar a las masas, y después a Bruto y Casio. No podía oír nada de lo que decían, pero sabía interpretar el sentir de las multitudes y me di cuenta de que la gente no reaccionaba tal como ellos querían. Los conspiradores dieron media vuelta y volvieron a subir al Capitolio.

Estaba oscureciendo. Me pareció que el crepúsculo se había presentado de golpe. Pero no era así, naturalmente. Lo que ocurría era que el tiempo ya no nos parecía una sucesión normal de minutos sino una cosa de carácter monstruoso. El sol había recorrido su camino por el cielo, como si aquél fuera un día cualquiera.

Hubiera tenido que detenerse. Hubiera tenido que enviar chispas. Cualquier cosa menos aquel pacífico tránsito por el cielo para acabar en un crepúsculo como

cualquier otro.

Oímos aporrear la puerta. Los esclavos descorrieron los pestillos y entró Antonio. Miró con rostro desencajado a su alrededor y se quitó la capucha de la capa de su esclavo, que le había servido para disfrazarse.

— ¡César! ¡César! ¡Oh, mi señor, mi capitán! —Se acercó corriendo a las parihuelas y cayó de rodillas. Apartó el lienzo que cubría el cadáver y lanzó un prolongado gemido de dolor. Mantenía las manos cerradas en puño y los brazos rígidamente pegados a los costados. De repente se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Calpurnia y yo lo contemplamos en silencio. Transcurrieron vanos minutos antes de que sus hombros dejaran de estremecerse. Después se secó las mejillas y volvió sus ojos hacia nosotras.

— Gracias sean dadas a todos los dioses de que estés aquí —dijo Calpurnia.

Antonio se levantó muy despacio.

— Y gracias sean dadas a todos los dioses de que nosotros estemos a salvo —dijo él, mirando a su alrededor—. Y de que César esté aquí con nosotros. Ahora no podrán profanarlo, a no ser que nos maten a todos.

— Probablemente están deseando hacerlo —dije—. ¿Qué podría detener sus manos, las manos de quienes juraron proteger al hombre al que acaban de asesinar?

— Sólo su errónea creencia de que han obrado por sublimes razones y de que no son unos simples y vulgares asesinos —contestó Antonio—. Se consideran honrados.

— ¿Honrados? —preguntó Calpurnia.

— Creen que es honrado haber matado a César y dejarnos vivir a nosotros —dijo Antonio.

— Pues morirán por su honradez —dije yo.

La cólera y el dolor seguían luchando dentro de mí, y en aquel momento la cólera había ganado la partida.

Antonio giró en redondo y me miró fijamente.

— ¿Cuándo? —me preguntó.

— En cuanto reunamos las fuerzas necesarias para hacerles frente —contesté.

— Los dioses establecerán la hora y el lugar —dijo Calpurnia.

— ¡No, eso lo estableceremos César y yo! —juré, contemplando el cadáver.

Sabía que su espíritu y el mío andarían vagando por el mundo mientras permitiéramos seguir con vida a sus asesinos.

— Primero tenemos que devolver la calma a Roma —dijo Antonio—. No podemos dejar que la ciudad quede destruida por culpa de unos absurdos disturbios... esta ciudad a la que César había prodigado tantos cuidados. Cuando pase el peligro, perseguiremos a sus asesinos. Pero todo a su debido tiempo.

— Tenemos toda una vida —dije.

— Ahora yo soy el único cónsul —dijo Antonio—. Estoy al frente del Gobierno y soy el primer magistrado. Asumiré el control lo mejor que pueda, pero la situación es muy peligrosa. Tenemos que desarmar a los conspiradores tanto en sentido literal como figurado. Convocaré una reunión del Senado para mañana.

— Como si todo hubiera vuelto a la normalidad —dije yo.

— Tenemos que dar a entender que así lo creemos —dijo él—. No conviene que los alarmemos, pero les tenemos que arrebatarse el control de la situación. —Se volvió hacia Calpurnia—. ¿Dónde está... el testamento de César?

— Lo custodian las vírgenes vestales —contestó Calpurnia.

— ¿Y el dinero y los documentos de César?

— Está todo aquí.

Calpurnia, señaló una estancia que se abría al atrio.

— Hay que trasladarlo todo a mi casa —dijo Antonio—. Esta misma noche, al amparo de la oscuridad. No tiene que caer en manos de los conjurados. Cuando recupere el control sobre ellos, mi mano se fortalecerá. —Se volvió hacia mí—. Regresa a la villa. Quédate allí hasta que yo te comunique que todo está seguro.

— ¿Tenemos soldados a nuestra disposición? —pregunté.

Yo contaba con mis guardias egipcios. Aquella noche ordenaría que protegieran a Cesarión.

— Lépido está con nosotros.

Lépido. Ya tenía respuesta a mi pregunta.

— Esta noche conducirá su legión al Campo de Marte para que al rayar el alba pueda desplazarse al Foro y ocuparlo. También tomaremos el Tesoro del Estado para evitar que los conspiradores tengan dinero a su disposición. —Me rodeó los hombros con su brazo—. Regresa a la villa —me dijo— y reza para que en los próximos dos días todo nos vaya bien.

Volví a contemplar las parihuelas, inmóviles junto al estanque. Todo estaba inmóvil, no se había producido ningún cambio. La mano aún asomaba por debajo del lienzo. Me acerqué, la cogí en la mía y la besé.

— *Vale atque vale*, adiós y adiós —murmuré.

Era su despedida preferida, la que había utilizado al emprender su viaje a Hispania.

Hubiera deseado no dejarle jamás, pero me resultaba insoportable permanecer más tiempo junto a su inmóvil figura.

Me pasé toda la noche mirando a través de la ventana. ¿Cómo hubiera podido descansar? César había muerto, todo el mundo estaba destruido. Ni por un solo instante se borró de mi mente la terrible imagen de su inmóvil figura tendida en el suelo. Era algo que lo cubría y lo envolvía todo, las cosas visibles y las invisibles. Me apoyé en mis trémulos codos mientras las estrellas recorrían el negro cielo y lentamente se desvanecían con las primeras luces del alba.

¿Qué sería de mí? ¿Qué sería de Cesarión? ¿Qué sería de Roma y de Egipto? Yo sólo tenía veinticinco años. ¿Cómo podría vivir otros cuarenta años sin él? El universo estaba vacío; aquel que había borrado el cielo ya no existía.

El día siguiente estuvo presidido por la misma sensación de tristeza que suele suceder a un desastre natural. No podía hacer otra cosa que esperar y seguir preparando mi partida. Estaba agotada de tanto reprimir las lágrimas y caminaba como una sonámbula o como alguien que avanzara con los pies sumergidos en el agua, temiendo que un movimiento repentino pudiera producirme más dolor. Las cuestiones que más me preocupaban —¿sería hermético este recipiente, había dispuesto mi correspondencia oficial en orden cronológico para que se pudiera trasladar intacta a los archivos de Alejandría?— no tenían la menor importancia, de modo que todas las cosas que normalmente eran tan engorrosas y que yo tardaba tanto tiempo en llevar a cabo las hice en un abrir y cerrar de ojos. Más tarde, cuando deshice el equipaje no recordé nada de lo que había hecho.

Antonio me enviaba mensajeros, informándome de todos los acontecimientos. Bruto había convocado otra reunión en el Capitolio, en un intento de despertar el entusiasmo del pueblo y conseguir su respaldo, pero había vuelto a fracasar. La situación estaba empeorando por momentos; el pretor Ciña, que había denunciado a César, había sido perseguido hasta una cercana casa, donde el populacho hostil le habría prendido fuego si los soldados de Lépido no lo hubieran impedido.

Otra noche en la que tampoco pude dormir. ¿Cuántas noches insomnes puede resistir una persona? Las estrellas volvieron a brillar, siguieron su curso y murieron al amanecer, dejándome aturrida y agotada más allá de cualquier cansancio mortal. Viví sola mi dolor a lo largo de todas aquellas horas de oscuridad, sin encontrar consuelo, y la segunda noche fue peor que la primera. Cada hora parecía aumentar mi dolor y mi conciencia en lugar de amortiguarla y adormecerla.

Más mensajes. Se había reunido el Senado, y los senadores habían reaccionado de muy diversas maneras. Los más exaltados propusieron que se tributaran honores especiales a los conjurados como benefactores públicos. ¡Eso valían los «hombres» del Senado! Los más moderados se limitaron a pedir que se concediera una amnistía a todos, y Cicerón se mostró partidario de un «acto de olvido».

Un acto de olvido... ¿cómo el que se había puesto en práctica con César?

Otro dijo que debería ser declarado oficialmente tirano y que todas sus decisiones se deberían considerar ilegales. Antonio me había recordado que si se

hiciera tal cosa, todos aquellos que debían su nombramiento a César deberían dimitir. Ni Bruto ni Casio podrían ser pretores, Bitinia no podría ser para Tilio Címber, ni Asia para Trebonio, ni la Galia Cisalpina para Décimo.

¡Décimo se merecía ser torturado y sufrir a manos de sus propios gladiadores!

Los conspiradores habían tratado de impedir que se leyera el testamento de César, pero el padre de Calpurnia no se dejó avasallar por ellos y ordenó que las vestales lo entregaran, anunciando que Antonio lo leería desde su casa. Después intentaron impedir que se celebrara un funeral público para César, pero Antonio señaló que todos los cónsules que morían en el ejercicio de su cargo tenían derecho a un funeral público, y César era cónsul.

Todo el mundo le rendiría homenaje. Ahora verían los enemigos que lo habían asesinado hasta qué extremo eran odiados.

Volvió a caer la noche y esta vez me venció el sueño. Sabía que podría descansar, o por lo menos disfrutar de algo que haría las veces de descanso.

Sin embargo, a medianoche llegó un mensajero con un mensaje urgente de Antonio.

He leído el testamento ante los amigos y la familia de César.

No es lo que yo esperaba. ¡Ha nombrado a Octavio su principal heredero, y pide que se le considere su hijo adoptivo! ¡Deberá asumir el nombre de Cayo Julio César! Y Décimo figura como uno de los herederos secundarios en caso de que sus restantes sobrinos nietos mueran prematuramente. ¡Oh, la perfidia de Décimo es ahora más odiosa que nunca!

Ha cedido los jardines de la villa —tu villa— al pueblo de Roma, junto con tres monedas de oro por persona. Una auténtica generosidad. Cuando el pueblo se entere, no respondo de la seguridad de los conjurados... o de los libertadores, como ahora se llaman ellos mismos.

¡Esta noche me he visto obligado a recibir a Casio en mi casa como invitado, a cambio de mi hijo retenido como rehén en el Capitolio! La comida me ha sabido a veneno. Le he preguntado a Casio si llevaba un puñal, y me ha contestado: «¡Sí, y muy grande por cierto, por si a ti se te ocurriera convertirte en tirano!»

¡Veremos qué destino le espera a manos del populacho! El funeral será mañana por la noche. Yo, como pariente suyo más próximo aquí, pronunciaré la oración fúnebre. Se levantará una pira funeraria en el Campo de Marte, pero el féretro será trasladado al Foro y allí se celebrará la ceremonia. Si quieres asistir, tú y Calpurnia os hallaréis a salvo en las gradas del templo de Vesta, donde estarán estacionados los soldados de Lépidio.

La cabeza me daba vueltas. ¿Octavio sería su hijo? ¿Y llevaría su nombre? Ya había otro que llevaba el nombre de César... Tolomeo César.

¿Cómo podía haber más de un César?

¡Como si Octavio pudiera ser César! Era un pariente lejano, un simple sobrino nieto. Y no había nada de César en él: figura escuálida, cuerpo poco atlético, falta de experiencia como soldado, nulas cualidades como orador.

¿Cómo se le había ocurrido a César nombrarlo? ¿Y por qué no me había advertido?

Quizá yo lo conocía muy poco. ¡Cuántas más cosas hubiera podido aprender si los dioses nos hubieran concedido tiempo!

La noche del funeral de César acudí al Foro como empujada por un vendaval. Llegué antes de que oscureciera. Había pasado con mi litera por delante de la gigantesca pira funeraria levantada en el Campo de Marte al lado del sepulcro de su hija Julia. Los troncos decorados habían sido cuidadosamente colocados. Me estremecí al verlos. Aborrecía la idea de que se quemara el cuerpo de una persona, pero los romanos aborrecían nuestra costumbre de los embalsamamientos. Todo era horrible; la muerte no se podía redimir de ninguna manera, cualquiera que fuera el método que se eligiera para consumir el cuerpo.

Calpurnia ya estaba allí, en las curvadas gradas del redondo templo de Vesta. Casi me pareció que se alegraba de verme, extrañamente hermanada conmigo, compañera mía en la pérdida.

— Ya vienen —me dijo—. Se han llevado el... se lo han llevado esta mañana. ¡Mira, lo van a depositar allí!

Me indicó un enorme catafalco cuya forma era una reproducción del templo de Venus Genitrix. Bajo sus columnas, en un lecho de marfil cubierto de púrpura y lienzos dorados, esperaba el cadáver.

Un lúgubre sonido llenó el aire cuando los músicos empezaron a interpretar dolientes melodías fúnebres, tocando solemnemente los tambores alrededor del catafalco. El pueblo entonó unos cantos, gimiendo y balanceándose en vaivén.

Se encendieron unas antorchas alrededor del Foro y éste se llenó de luz dorada. Vi la procesión que se acercaba. Un suspiro se elevó de la muchedumbre.

Diez magistrados, que portaban a hombros unas parihuelas, las depositaron reverentemente sobre el lecho de marfil y se retiraron. Entonces apareció Antonio, resplandecientemente vestido con sus ropajes consulares, y subió al catafalco.

Un heraldo anunció con voz sonora todos los decretos aprobados por el Senado y el pueblo de Roma en nombre de César, incluyendo el juramento de lealtad que todos los senadores habían prestado. Al oírlo, la multitud prorrumpió en gemidos. El heraldo enumeró a continuación las guerras y las batallas de César, los enemigos derrotados, los tesoros enviados a casa, los territorios anexionados a Roma y las acciones de gracias dedicadas a él.

Antonio se situó seguidamente junto al catafalco y empezó a entonar el canto fúnebre. El pueblo le hizo coro, oscilando hacia delante y hacia atrás.

Una vez finalizado el canto, Antonio tomó la palabra y habló con la voz



sonora y las dotes oratorias por las que era famoso.

— ¡César, César! —exclamó—. ¿Habrá alguna vez otro como tú en Roma, tú que la amabas tan tiernamente como si fueras su hijo, que la querías como si fuera tu esposa y la honrabas como a una madre? ¡No, no, jamás, jamás, jamás! —Echó la cabeza hacia atrás y miró a la muchedumbre que lo rodeaba—. Para los dioses, César fue nombrado sumo sacerdote; para nosotros, cónsul; para los soldados, imperator; y para el enemigo, dictador. Pero ¿por qué enumero estos detalles si vosotros, con una sola frase, lo habéis llamado padre de la patria, por no mencionar todos los restantes títulos que le habéis otorgado? —Se volvió y señaló a César, tendido sobre el lecho de marfil—. ¡Y sin embargo, por desgracia, este padre, este sumo sacerdote, este ser inviolable, este héroe y este dios, ha muerto! Pero no ha muerto por la violencia de una enfermedad ni por los achaques de la vejez ni por las heridas sufridas en alguna guerra extranjera ni derribado por alguna inexplicable fuerza sobrenatural. ¡No! Él, que llevó un ejército a Britania, ha muerto aquí mismo dentro de las murallas de la ciudad como consecuencia de una conjura. —Levantó la voz y movió el brazo derecho en un gesto circular, abarcando a todos los que tenía delante—. ¡El hombre que amplió las fronteras, ha sufrido una emboscada en la misma ciudad! ¡El hombre que mandó construir en Roma una nueva casa para el Senado, ha sido asesinado en ella! ¡El valiente guerrero iba desarmado! ¡El defensor de la paz estaba indefenso! ¡El juez se encontraba junto a la sala de justicia! ¡El magistrado, al lado del tribunal! ¡Él, a quien ningún enemigo había conseguido matar ni siquiera cuando cayó al mar, ha muerto a manos de unos ciudadanos! ¡Él, que tan a menudo se compadeció de sus compañeros, ha sido asesinado por éstos! —Se volvió hacia César y le preguntó con voz de trueno—: ¿De qué te ha servido, César, tu humanidad? ¿De qué te ha servido tu inviolabilidad? ¿De qué te han servido las leyes? Aunque gracias a ti se aprobaron muchas leyes para que los hombres no fueran asesinados por sus enemigos personales, has sido despiadadamente asesinado por tus enemigos. Y ahora, víctima de un asesinato, yaces muerto en el Foro que tan a menudo cruzaste coronado en tus Triunfos. Herido de muerte, has sido arrojado a las Tribunas, desde las cuales tantas veces te dirigiste al pueblo. Lástima de cabeza ensangrentada, lástima de túnica desgarrada, que al parecer sólo vestiste para acabar siendo asesinado con ella...

Su voz se quebró mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. En aquel momento, alguien que se encontraba cerca del catafalco citó un verso de una conocida obra de Pacuvio:

— «Cómo, ¿he salvado a estos hombres para que me maten?»

Y pareció que las palabras las hubiera pronunciado el propio César.

De repente, Antonio tomó la ensangrentada toga de César y la sostuvo en alto en la punta de su lanza, haciéndola girar en todas direcciones. La luz de las antorchas mostró las manchas —ahora ya ennegrecidas— y los grandes agujeros que presentaba la prenda.

— ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Mirad cómo fue asesinado... aquel que tanto amaba Roma, que os ha dejado no sólo sus jardines sino también un legado de dinero!

¡Ésta es la recompensa por haberte amado, pueblo de Roma!

Hizo ondear la toga como si fuera un estandarte de batalla mientras un gran rugido se elevaba de la multitud.

Todo el mundo se echó hacia delante, pronunciando a gritos el nombre de César. De repente, y como por arte de magia, la gente empezó a acercar objetos y muebles al catafalco —bancos, tenderetes, sillas, palos— y muy pronto consiguió una pira funeraria.

— ¡Aquí! ¡Aquí en el Foro! —gritaron todos mientras seguían amontonando muebles. Antonio saltó apresuradamente de la tribuna cuando alguien lanzó la primera antorcha, que atravesó el aire y cayó sobre la pira. Las llamas chisporrotearon y prendieron en la madera, e inmediatamente empezó a caer una lluvia de antorchas.

La gente se arremolinó alrededor de las llamas mientras éstas se elevaban hacia el cadáver de César. ¡César! Mi corazón pareció detenerse mientras las llamas lamían el lecho con César inmóvil en él. La gente se quitó la ropa y la arrojó a las llamas. Los representantes del duelo oficial, que vestían los ropajes de sus cuatro Triunfos, los desgarraron y los arrojaron al fuego. Los soldados se arrancaron sus valiosos petos y también los arrojaron a las llamas, y las mujeres lanzaron sus joyas, como si todos ofrecieran un sacrificio en una primitiva hoguera en honor del dios César.

De esta manera el pueblo lo proclamó dios mucho antes de que lo hiciera Octavio.

La gente se arrojó al suelo llorando, gimiendo y golpeándose el pecho. El humo se elevó en el aire formando unas densas nubes que ocultaron las estrellas; las chispas volaron hacia arriba en medio de la oscuridad, convertida cada una de ellas en una nueva estrella fugazmente encendida y apagada.

Un grupo de gente vestida con muy variados atuendos permaneció de pie delante de las llamas, entonando cantos. Más tarde supe que eran judíos, los cuales consideraban a César amigo y defensor suyo. Les había conseguido muchos privilegios, por esta razón ellos se pasaron muchos días guardando luto junto a las cenizas de la pira funeraria.

Todos contemplamos transidos de dolor cómo se consumaba el gran sacrificio en la noche. Los dioses lo aceptaron. Y yo dejé a César en sus despiadadas manos.

## **EL CUARTO ROLLO**

VOLVÍ a nacer en medio de unos terribles tormentos en el pequeño y maloliente camarote del barco que se balanceaba surcando los mares. Permanecía débil y mareada en la cama, que brincaba sin permitirme descansar ni de noche ni de día. Pero no me importaba; era imposible que alguien pudiera sentirse más desdichado de lo que yo me sentía, cualquiera que fuera el lugar donde estuviera o cualesquiera que fueran las cosas que me rodeaban. Pensaba que hubiera podido permanecer tendida eternamente en aquel miserable lecho, encerrada en una oscura tumba. Estaba muerta, tan muerta como César.

No comía. No despertaba... o a lo mejor es que no dormía. Y no pensaba. Por encima de todo, no pensaba. Pero los sueños... Oh, cuántos sueños se arremolinaban a mi alrededor. Veía constantemente a César, lo veía primero vivo y fuerte, después lo veía envuelto en llamas en el catafalco. Gritaba y murmuraba, y Carmiana se acercaba a mí, cogía mis manos y trataba de consolarme. Yo apartaba el rostro, volvía a cerrar los ojos y me sentía arrastrada de nuevo por los demonios de mis sueños.

No me había derrumbado en Roma. Había conseguido superar aquellos días que ahora me parecían una pesadilla mucho mayor que las verdaderas pesadillas que me atormentaban. Pero apenas los recordaba. Después del funeral, todo me parecía borroso. Me fui sin más. Me fui en cuanto pude, pero sin huir corriendo desde el Foro hasta el barco que me esperaba. Sólo cuando estuve sana y salva a bordo y vi cómo se alejaba la costa de la península Itálica a lo lejos, me fui al camarote, me tendí en la cama y me morí.

Carmiana permanecía sentada a mi lado, soportando aquel terrible camarote día tras día, leyéndome y tratando de despertar mi interés por cualquier cosa que no tuviera que ver con el absorbente mundo de mis sueños. Ella y los cocineros procuraban prepararme platos apetitosos dentro de lo que cabía... estofado de pescado fresco recién pescado, lentejas y guisantes hervidos, pastelillos de miel. Pero todo me parecía repugnante y me producía náuseas. Sacaba la cabeza fuera de la cama y vomitaba, aunque no hubiera probado los platos.

— Te vas a consumir —me decía Carmiana en tono de reproche, tomándome una muñeca y rodeándomela con su mano—. ¿Esto es realmente un brazo? Sé que Tolomeo VIII y otros antepasados tuyos eran obesos pero ¿es necesario que tú hagas penitencia de esta manera y que te conviertas en un esqueleto? —Apelaba a mi orgullo—. ¿Y si César pudiera verte ahora?

Pero todo era inútil. A veces sentía la presencia de César, me parecía que me observaba y sabía que él —que sufría la debilidad del mal caduco— hubiera comprendido mi estado de ánimo y se hubiera mostrado tolerante conmigo. Otras veces me parecía que se había desvanecido por completo y que me había dejado mucho más desnuda y abandonada en el universo que si jamás me hubiera

estrechado contra su pecho. No me importaba cuál fuera mi aspecto. Él había muerto y jamás me volvería a contemplar.

Los días iban pasando, y como yo no estaba muerta sino viva, y como la vida —si eso es la vida— al final no tiene más remedio que moverse, poco a poco me sentí renacer y salí de la ingrátida y eterna oscuridad que me tenía presa.

La luz era demasiado fuerte en la cubierta y me escocían los ojos. Los vientos me azotaban demasiado la piel, y los azules del mar y del cielo eran excesivamente brillantes y dolorosos. Tenía que protegerme los Ojos y entornarlos para poder soportar la contemplación del horizonte, donde ambos azules se juntaban. No se podía ver nada más, no había tierra ni nubes.

— ¿Dónde estamos? —le pregunté a Carmiana el primer día en que me apoyé en ella para salir a la cubierta.

Mi voz sonaba débil y trémula.

— En el mar, a medio camino de casa.

— Ah.

Durante la travesía de ida había seguido con impaciencia nuestro rumbo, ansiando que los vientos hincharan las velas y nos condujeran a nuestro destino a la mayor brevedad posible. Ahora no tenía ni idea del tiempo que llevábamos en el mar ni de cuándo llegaríamos, pero tampoco me importaba.

— Llevamos casi treinta días lejos de Roma —me dijo Carmiana, tratando de despertar en mí alguna chispa de interés y de noción del tiempo.

Treinta días. Eso significaba que César llevaba muerto casi cuarenta y cinco. Ese era el único significado de las fechas para mí: ¿Había ocurrido antes o después de la muerte de César?

— Ya estamos a principios de mayo —me dijo dulcemente Carmiana, tratando de orientarme.

Mayo. El año anterior, por aquellas fechas, César aún estaba lejos de Roma. Había combatido la que iba a ser su última batalla, la de Munda en Hispania... Y casi exactamente un año después había caído víctima de los puñales de los asesinos. El año anterior, por aquellas fechas, yo le estaba esperando en Roma.

Pero él había tardado mucho tiempo en regresar a Roma. Antes se había ido a su finca de Lavico para redactar su testamento, el testamento en el que nombraba heredero suyo a Octavio y no mencionaba para nada a Cesarión.

Al recordarlo sentí una punzada de emoción, como la punta de un helecho que rompe la tierra tras el sueño invernal. Era pálida y endeble, pero estaba viva y ya empezaba a desenroscarse.

Era una mezcla de dolor, pesar y furia. Le hubiera costado tan poco nombrar hijo suyo a Cesarión... aunque no le hubiera legado nada, y aunque les hubiera recordado a sus albaceas que, según el derecho romano, el niño no podía heredar nada. Lo que su hijo necesitaba era el nombre de César, el

reconocimiento paterno, no sus bienes. Ahora sus enemigos podrían afirmar por siempre jamás que Cesarión no era su hijo, pues el dictador no lo había mencionado en su testamento. Los testigos que le habían visto en Roma cogerlo en brazos y reconocerlo como hijo suyo se olvidarían de todo, se harían viejos y morirían, en tanto que el documento histórico del testamento seguiría existiendo.

«Oh, César —exclamé para mis adentros—, ¿por qué nos dejaste antes de abandonarnos?»

Recordé la alegría que sentí cuando regresó sin que yo supiera lo que había estado haciendo en Lavico. Se había mostrado muy sensato y racional la vez que me explicó todas las razones por las que no podía reconocer oficialmente a Cesarión, pero una sola palabra en el testamento... ¡unas cuantas palabras no le hubieran costado nada, y en cambio a nosotros su ausencia nos costaría muy cara!

Débil y temblorosa, regresé al camarote. Por aquel día, ya bastaba de luz diurna.

Mi mente se fue animando y empezó a sentirse inquieta mucho antes que mi cuerpo. No quería verse obligada a regresar al mundo de los sueños, al mundo de las pesadillas, y necesitaba alimentarse con cosas más sustanciosas: me preguntaba qué habría ocurrido en Roma desde que yo me había ido, me preguntaba qué noticias se habrían recibido en Alejandría. A lo mejor ni siquiera se habían enterado de lo que había sucedido en los Idus de marzo.

Cuando yo embarqué, los mensajeros se encontraban todavía de camino por tierra para comunicarle la noticia a Octavio. Nadie sabía lo que éste iba a hacer, aunque en realidad, ¿qué podía hacer? Era todavía un estudiante en Apolonia y los cargos de César no eran hereditarios. Los abogados se encargarían de la herencia. Su regreso a Roma hubiera sido absurdo. Allí no había ningún lugar para él. Era demasiado joven para ocupar un puesto en el Senado y carecía de dotes militares, por lo que no se podría poner al frente de las tropas. Pobre Octavio, pensé. Su futuro político era muy negro.

Pero por lo menos sería rico. César le había dejado una fortuna. Hay destinos mucho peores que el de ser un acaudalado ciudadano particular. Pero yo sabía que el muchacho quería a César y lloraría su muerte.

¿Y Antonio? ¿Qué había ocurrido con Antonio? Estaba tratando de ocupar el lugar de César y de asumir el mando del Estado, consolidarlo y desalojar a los asesinos del elevado lugar que ocupaban para poder vengarse de ellos. Pero ¿qué había ocurrido en realidad?

«¿Y eso a ti qué te importa? —me dije—. En Roma ya no tienes nada que hacer. Todo aquello murió para ti al morir César. Si Cesarión hubiera sido mencionado en el testamento, todavía formaríamos parte de aquel mundo. Pero no lo fue, y no formamos parte de él. Se acabó el Senado, se acabó Cicerón y se acabó el Foro, Antonio y Octavio. Todo ha terminado para siempre.»

Experimenté una inmensa sensación de alivio al pensarlo. No quería volver a poner los pies nunca más en la ciudad que había traicionado y asesinado a

César, a pesar de lo mucho que él la amaba.

Aquella noche, mientras me preparaba para acostarme en aquella cama ya tan familiar, lancé un suspiro cuando Carmiana me cubrió con la colcha y abrió la ventanita para que entrara un poco el aire.

— Estoy cansada de esta enfermedad que ni siquiera sé lo que es —dije.

Me seguía ofreciendo exquisitos platos de comida para tentar mi apetito, aunque yo los rechazaba día tras día con gran dolor de mi corazón. Estaba muy delgada y el espejo me mostraba un rostro de pómulos más pronunciados que nunca, y una piel extrañamente rosada y translúcida.

— ¿Que no sabes lo que es? —me replicó—. Creo que las dos sabemos muy bien lo que es, señora.

Me la quedé mirando. ¿Qué quería decir? ¿Acaso era algo que los demás veían y yo ignoraba? ¿Lepra tal vez? ¿Una ofuscación de las facultades que estaba clara para todo el mundo menos para la víctima?

— ¿Quieres decir que sufro una determinada enfermedad? —pregunté, tratando de que no me temblara la voz.

El simple hecho de pensar que pudiera padecer una grave enfermedad me hizo comprender lo mucho que en el fondo ansiaba vivir.

— Sí, una enfermedad muy corriente. ¡Vamos, no finjas más! No tiene gracia, y no comprendo por qué razón lo has mantenido en secreto tanto tiempo, obligándome a cuidar de ti y a prepararte platos especiales. Te aseguro que ha sido agotador.

— No sé a qué te refieres.

— ¡Ya basta, te lo ruego! ¿Por qué finges no saberlo?

— ¿Qué?

— ¡No juegues más conmigo! ¡Sabes muy bien que estás embarazada!

Me la quedé mirando en silencio. Eran las palabras que menos esperaba escuchar de sus labios.

— ¿Por qué lo dices?

— ¡Porque está muy claro! Tienes todos los síntomas... Y recuerda que yo puedo verte la cara y tú no. Tienes la misma cara que la primera vez.

Estallé en una amarga carcajada. ¡Qué ironía y qué crueldad! Los dioses se estaban burlando de mí, se estaban burlando de César y de mí. ¿Sería posible? De repente lo comprendí todo. Incliné la cabeza y me puse a llorar.

Carmiana se arrodilló a mi lado y me acarició la cabeza.

— Lo siento, no quería ser tan dura. No se me había pasado por la cabeza que tú no lo hubieras pensado, pero tu mente ha sufrido un sobresalto tan grande que te has desorientado y has perdido la noción del tiempo. ¡Perdóname!

Unos sollozos se escaparon de mi garganta. ¿Cómo era posible que una nueva vida hubiera surgido de tanta muerte? Me parecía obscuro y antinatural.

Si por lo menos hubiera ocurrido mientras estábamos en Roma, qué distinto habría sido todo. Toda Roma habría comprendido que el hijo era suyo. Ahora ni siquiera él lo podría saber.

La embarcación surcaba los mares dejando a su paso una gran estela blanca. Las grandes velas nos conducían hacia el este, tirando del mástil como si estuvieran impacientes por llegar. La nave, libre de la fuerza de las aguas que besaban las costas de la península Itálica, parecía haber aumentado su capacidad de flotación, como si la inflexible mano de Roma dejara sentir su influencia sobre las aguas que la rodeaban, reteniendo e inmovilizando todo lo que nadaba o navegaba por ellas.

Me pareció que mi espíritu se elevaba como unas burbujas que surgieran de las oscuras profundidades marinas. La superficie de las cosas... eso era lo que yo buscaba, lo que yo necesitaba ahora. Quería estar con personas sinceras y naturales, comer platos sencillos, contemplar las constelaciones del cielo que ya conocía, las viejas estrellas que eran mis amigas y que yo sabía localizar en sus lugares acostumbrados.

Tras su arrebató, Carmiana se había arrepentido y me había mimado más que nunca, aunque yo le había asegurado que no era necesario. No estaba ofendida porque sabía que lo que me había dicho era verdad. Al contrario, lamentaba haber sido un ama tan difícil durante tanto tiempo, tendida en la cama como una medusa abandonada en la playa. Traté de evitarlo a partir de aquel momento, pero tuve que hacer un enorme esfuerzo de voluntad. Aquel embarazo era muy distinto del primero. Recordé lo sana y rebosante de energía que entonces me sentía, corriendo de un lado a otro para presenciar los combates de la Guerra Alejandrina, ofreciendo espacio y refugio a los mandos militares, pasando las noches con César. En medio de todo el tumulto de la guerra, mi estado había pasado casi inadvertido.

Gracias a aquella guerra podía regresar ahora a Alejandría. Me la habían salvaguardado a un precio muy alto, y yo no podía permitir que aquel precio se hubiera pagado en vano.

De pie a mi lado en la cubierta del barco en una noche sin luna, el capitán calculó que llegaríamos al día siguiente. Las olas murmuraban a nuestro alrededor pero no las podíamos ver. Sólo las estrellas iluminaban el cielo. Y no se veía ningún Faro.

— Estamos todavía en alta mar —me dijo el capitán—, y desde lejos el Faro parece una estrella más. Creo que lo podremos vislumbrar al amanecer.

Mucho antes de que amaneciera salí a cubierta para disfrutar de mi primera visión de Alejandría, emergiendo del borroso horizonte gris. De pronto la vi como una blanca y trémula bruma, flotando por encima de la llana tierra. El Faro parecía un templo, y su fuego parpadeaba como una estrella.

¡Mi hogar! ¡Había regresado! ¡Mi ciudad me esperaba!



Un enorme gentío aguardaba en las playas del puerto oriental de palacio; el capitán había izado el estandarte real, y la gente había bajado corriendo a la playa. Tendida en mi lecho durante la larga travesía, me había imaginado tantas veces la ciudad que el verla ahora no me causó el menor sobresalto. Lo que me parecía desconocido era el pueblo, sutilmente distinto del romano, al menos como muchedumbre. ¿Sería por la ausencia de togas, por la viveza de los colores, por la variedad de tonos de piel y de idiomas?

Bajamos por las planchas entre aclamaciones y gritos de bienvenida, menos atronadores que los de la gente durante los Triunfos de César pero no menos entusiastas teniendo en cuenta que la multitud era menor. Las aclamaciones más dulces son las que la gente le dedica a uno, y yo llevaba dos años sin escucharlas.

— ¡Vuelvo a Alejandría con profundo gozo! —grité, levantando los brazos al cielo para dar gracias a Isis por mi feliz regreso—. ¡Y vuelvo también a ti, pueblo mío!

La respuesta fue un emocionado rugido. En Roma casi había olvidado los gritos de mi pueblo. Los que le dedicaban a César eran distintos.

Cuando se abrieron las puertas, me pareció que el recinto del palacio me daba la bienvenida: los blancos y delicados templos y pabellones, los jardines con los grandes canales de agua bordeados de flores tan azules como los zafiros. La hierba estaba muy crecida, pero el verde de los tallos era todavía muy pálido.

¿Cómo era posible que hubiera permanecido ausente tanto tiempo? Aquello era el paraíso.

— ¡Iras! ¡Mardo! ¡Olimpo!

Todos mis queridos ministros me estaban esperando en las gradas del palacio. Uno a uno descendieron, se arrodillaron ante mí y luego se levantaron.

— ¡Al fin! —exclamó Mardo—. No puedes imaginarte cuánto he ansiado tu regreso.

— Lo que quiere decir es que ya está harto de soportar todas las cargas del Gobierno —dijo Olimpo con su acostumbrada mordacidad, que yo tanto apreciaba y tanto había echado de menos—. El peso le ha encorvado tanto la espalda como a cualquier estudioso del Museion.

— En tal caso tendrás que ir al Gymnasion para que te la enderecen —dije yo—. No tengo intención de librarte por entero de esta carga.

Había aprendido la lección observando a César: las tareas de gobierno eran demasiado difíciles como para que pudiera llevarlas a cabo una sola persona. A diferencia de él, yo tenía la suerte de contar con ministros de quienes me podía fiar.

— Majestad —dijo Iras con el rostro iluminado por una radiante sonrisa de felicidad—, han sido dos años muy largos.

Su ceremonioso comportamiento contrastaba fuertemente con la actitud de

Carmiana. Pensé que Carmiana siempre estaría más cerca de mí por el hecho de haberme acompañado a Roma. Había compartido conmigo aquel difícil período y ahora sería la única persona que compartiría también los recuerdos.

Detrás de ellos vi un rostro hermoso y moreno. ¡Epafrodito! Me sorprendió verle allí, como si la sede de sus principales actividades fuera aquel lugar y no un almacén de los muelles.

— Bienvenida a casa, Majestad —dijo, adelantándose.

— Me complace mucho verte —contesté.

Y era cierto. ¿En qué momento habría comprendido que los asuntos de palacio no eran una tarea humillante para él?

Lo conocido se esfumó en el interior del palacio, y fue como si lo estuviera viendo todo por primera vez. Los múltiples y pequeños cambios que se introducen en el transcurso de la existencia cotidiana hicieron que todo me resultara extraño. ¿Siempre estaba tan oscuro aquel pasillo? ¿Siempre había antorchas en aquel lugar?

¿Sería aquélla la sensación que experimentaría un muerto si regresara a su casa poco después de morir? Recorriendo aquellos pasillos, me sentía como un fantasma.

«La casa de César, la cámara que había sido mía y nuestra, ¿le habría parecido distinta y desconocida? La mesa no está, la pared oeste se ha vuelto a pintar, el mosaico se ha trasladado de sitio... Cleopatra se ha ido...»

«Basta —me dije—. Basta, basta. No pienses más en aquella estancia.»

Me pasé el resto de la jornada volviendo a familiarizarme con mi propio palacio, contemplando las vistas que se divisaban desde las ventanas superiores que daban al fulgurante puerto, acariciando con las manos las incrustaciones de mármol de las paredes y encerrada en mi gabinete de trabajo en cuyos estantes se amontonaban las cajas de latón en las que se guardaba la correspondencia antigua, las copias de los decretos, los inventarios de los muebles y los resúmenes de las listas de los tributos y censos. Aunque los archivos generales se conservaban en otro lugar, en aquella estancia se guardaba una síntesis de todos los asuntos del Reino.

Mis ministros me habían mantenido lo mejor informada posible de todos los asuntos de Egipto, pero las largas demoras en las comunicaciones me obligarían a pasarme varios días estudiando los resúmenes y poniéndome al día. Me alegré de que las cosechas hubieran sido buenas y de que no hubiera ocurrido ninguna catástrofe en mi ausencia.

A lo mejor, mientras estaba con él, se me había contagiado una parte de la suerte de César.

Había convocado una reunión al anochecer, confiando en que podría resistir hasta aquella hora. Aquel día, que para mí había empezado al rayar el alba para ver aparecer Alejandría en el horizonte, sería extremadamente largo. Un

baño y un cambio de ropa me ayudaron a sentirme mejor. Me alegré de volver a usar mi gran bañera de mármol. Mientras flotaba en el agua perfumada, contemplé la del puerto. La bañera estaba colocada detrás de una mampara de marfil, entre el dormitorio y el jardín de la azotea. A pesar de hallarse justo a la orilla del mar, en el palacio se usaba agua de lluvia tanto para los baños como para lavar. Primero se calentaba la bañera y después se enfriaba ligeramente y se le añadían perfumados aceites. Vi el suave brillo del aceite sobre la superficie del agua, formando unos pequeños escarceos iridiscentes que actuaron de bálsamo tranquilizante para mis sentidos. Me parecía absurdo que aquellas comodidades y aquellos inocentes lujos pudieran existir codo con codo con un mundo de violencia y muerte y que pese a ello tuvieran la capacidad de complacernos. *En* el fondo somos unas criaturas conmovedoramente simples.

Me había puesto unas prendas que había dejado en el palacio y de las que apenas me acordaba, razón por la cual ahora me parecían nuevas. Lucía unos pendientes y un collar de oro de estilo griego, aunque conservaba el colgante de plata que César me había regalado. Tendría que volver a hacerme amiga de todos mis restantes collares pues a partir de ahora el colgante les haría compañía.

Nos reunimos en la sala que se utilizaba para las comidas privadas, lo cual me permitiría recostarme sobre unos almohadones. Me recliné antes de que llegaran los demás, cubriéndome los pies con la orla de la túnica. No se serviría comida porque no quería que nadie se fijara en si comía o no comía.

El primero en entrar en la sala fue Mardo, con su cada vez más corpulenta figura envuelta en una túnica con orla dorada. Me saludó sonriendo.

— ¡Una reunión el primer día! —dijo, haciéndome una reverencia—. Traigo todos los documentos...

— No tengo intención de examinar los documentos esta noche —le aseguré—. Son cosas demasiado concretas. Simplemente quería hablar contigo sobre lo que ha ocurrido tanto en Roma como en Egipto desde nuestra última comunicación.

Epafrodito apareció en la puerta tan espléndidamente vestido como yo esperaba. Estaba tan apuesto con sus ropajes de color carmesí como con la túnica de azul intenso que ahora lucía.

Luego llegaron otros: Alieno, comandante de las cuatro legiones que protegían la ciudad (César había añadido otra últimamente); el supervisor de los cobradores de impuestos; el jefe de la aduana; el custodio del Tesoro del Estado; el sumo sacerdote de Serapis; el inspector de los canales y de los riegos y, como es natural, varios escribas.

Uno a uno me fueron saludando oficialmente con las estereotipadas frases de rigor, pero yo adiviné por sus expresiones y por el tono de sus voces que se alegraban sinceramente de mi regreso.

— Tengo la suerte de haber podido regresar sana y salva —dije—. Y también tengo la suerte de que vosotros hayáis cuidado el Reino con tanto esmero en mi ausencia, que lo hayáis protegido y os hayáis encargado de todo. —Los

miré fijamente. Ya había llegado la hora de empezar con el acontecimiento cuya importancia superaba la de todos los demás—. ¿Os habéis enterado de... de lo que ha ocurrido en Roma?

— En efecto —contestó Mardo—. Todo el mundo se ha enterado. Ha caído el cedro más alto y el mundo se ha estremecido.

— Yo... yo no estaba allí —dije, procurando que no me temblara la voz—. Pero me informaron de inmediato y fui yo quien lo trasladó a su casa y lo puso en manos de... de su esposa Calpurnia. —Hice una pausa. Todos los ojos estaban clavados en mí. Sería mejor decirlo ahora todo de golpe en lugar de responder a sus preguntas—. Estuve presente en el funeral, cuando fue cremado en el catafalco. La multitud enloquecida se comportó como si quisiera elevar a César a la categoría de dios.

¿Y qué ocurrió después? Recordaba las llamas, los gritos de la muchedumbre, la oscuridad de la noche, y después nada más, hasta que me encontré a bordo del barco. Pero ellos no tenían que saberlo; hubieran dudado de mi fuerza y mi cordura.

— ¿Y qué sabéis de lo que ocurrió después?

— Que Antonio, en su calidad de cónsul, ha ocupado su lugar al frente del Gobierno —contestó Mardo—. Los asesinos no gozan del favor del pueblo en Roma, y no han sabido controlar la situación. Es probable que se vayan muy pronto por su propia seguridad.

— ¿Y qué se sabe de Octavio? —pregunté.

Se habría recibido alguna noticia.

— El joven César —pues así desea ser llamado a partir de ahora— abandonó inmediatamente Apolonia para entrar en posesión de su herencia —contestó Mardo—. En estos momentos ya tendría que estar en Roma.

O sea que había decidido adentrarse en aquel nido de confusión y de peligro... Me extrañó. Pensaba que primero habría esperado a ver qué ocurría.

— ¿El joven César?

— Pues sí, ése es ahora su nombre, Cayo Julio César Octavio.

¡Aquel nombre, aquel nombre sólo podía pertenecer a una persona!  
¡Aquello era una parodia indigna! Sin darme tiempo a hablar, el general Alieno dijo:

— Las legiones lo han aclamado como César. No todas, por supuesto, pero sí muchas de ellas. El nombre posee una magia especial y los soldados desean el regreso de su antiguo comandante. —Hizo una pausa—. Todos lo deseamos —añadió respetuosamente.

— Será mejor que Antonio llegue a un acuerdo con él —dijo Mardo—. Ambos tendrán que compartir el poder. Pero de momento no sabemos nada más.

Era una noticia inesperada. Los sobresaltos se extendían más allá de los confines de Roma.

— Tenemos que proteger nuestra seguridad —dije—. Egipto acababa de ser reconocido como Amigo y Aliado del Pueblo Romano, lo cual significa que se nos había garantizado la independencia y la seguridad. Pero ahora todo el mundo se encuentra en una situación inestable.

— Mis legiones están aquí, tal como César las dejó —dijo Alieno—. Protegerán Egipto de los depredadores.

¡Qué previsor había sido César, dejándolas estacionadas allí! Se lo agradecía con toda mi alma.

— Esperaremos juntos —dije— y cuidaremos del bienestar de Alejandría. Pero ¿y el resto del país? Quizá convendría reunir más tropas para fortalecer la línea de defensa que sigue el curso del Nilo y la que discurre de este a oeste, bordeando la costa.

— Siempre y cuando nos lo podamos permitir —dijo Mardo.

— ¿Cuál es la actual situación del Tesoro del Estado? —le pregunté a su custodio.

— Se está recobrando poco a poco. Tardaremos años en recuperar las pérdidas de Rabirio y en reparar los daños de la guerra en la ciudad. Pero mientras no haya gastos extraordinarios, primero sobreviviremos, después viviremos bien, y finalmente seremos ricos —contestó—. Y no olvidemos que Egipto siempre tiene alimentos, y eso de por sí ya lo convierte en un país rico. Puede alimentarse no sólo a sí mismo sino también a otros en caso necesario.

Confiaba en que no tuviéramos que alimentar a nadie más que a nosotros mismos o a clientes que pudieran pagarnos bien.

Me volví hacia el jefe de los canales.

— ¿Cómo están los canales de riego y los depósitos?

— En condiciones aceptables —contestó—. Las crecidas del Nilo de los últimos dos años han sido adecuadas, y eso nos ha permitido llevar a cabo obras de mantenimiento en los canales de riego, para que el nivel del agua no sea ni demasiado alto ni demasiado bajo. Pero últimamente ha habido algunas obstrucciones debido al cieno. Y eso se tiene que arreglar.

— Todo está relacionado: las cosechas no pueden crecer sin un riego adecuado, y sin el dinero de las cosechas no podemos drenar para mejorar el riego. ¿Y los impuestos?

— Los impuestos sobre la importación se han cobrado como de costumbre —contestó el jefe de aduanas.

— Los beneficios han aumentado —añadió Epafrodito—. De repente, parece que todo el mundo se vuelve loco por el aceite de oliva. No sé qué hace la gente con él; quizá lo está utilizando para bañarse...

— ¿Y a nosotros qué más nos da mientras pague el cincuenta por ciento del impuesto de importación? —contestó el jefe de los cobradores de impuestos.

— Es verdad —dijo Mardo—. Hoy en día la gente pide el mejor. Antes se conformaban con el aceite de linaza, pero ahora o les das aceite de oliva o no quieren nada. No sé de qué nos quejamos.

— ¿Acaso me quejo yo? —dijo el jefe de los impuestos—. ¡Por supuesto que no!

— Los grandes festejos de Serapis y las peregrinaciones al templo de Isis han atraído a grandes multitudes y a muchos peregrinos en las dos últimas estaciones —dijo el sumo sacerdote, tomando de pronto la palabra. Se había mantenido tan callado que yo casi había olvidado su presencia—. Puede que eso signifique algo.

— La gente está cansada de este mundo y busca algo —dijo Epafrodito—. Al parecer, la religión atrae a numerosos conversos en todas partes. Los misterios, el culto de Isis y de Mitra, todos los ritos orientales están muy extendidos.

— Pero no así el judaísmo —dijo Mardo—. Vuestras leyes y normas son demasiado severas. Es demasiado duro unirse a vosotros.

— De eso se trata precisamente —dijo Epafrodito—. No queremos ser excesivamente populares. Cuando las cosas crecen mucho y tienen demasiado éxito se convierten en algo distinto.

— ¿Como los romanos? —preguntó de pronto el sumo sacerdote—. Cuando sólo poseían una ciudad, parece que eran muy nobles y comedidos. Pero míralos ahora, convertidos en los amos de casi todo el mundo conocido...

— Sí, nuestro Dios previo el peligro —dijo Epafrodito—. «Guárdate de olvidar al Señor tu Dios —añadió—, no sea que cuando hayas comido y estés harto y cuando edifiques hermosas casas y habites en ellas y veas multiplicarse tus ovejas y tus bueyes y acrecentarse tu oro y tu plata y tus bienes, tu corazón se vuelva soberbio y te olvides del Señor tu Dios y te digas: “Mi fuerza y el poder de mi mano me han dado esta riqueza.” Y así será si te olvidas del Señor tu Dios; yo doy testimonio de que aquel día perecerás.»

— No me extraña que no atraigáis a muchos conversos —dijo el sacerdote de Serapis—. Nuestro dios es mucho más realista con las debilidades humanas, e Isis mucho más compasiva, por supuesto.

— Nosotros esperamos a un Mesías que completará los designios de nuestro Dios —dijo Epafrodito.

— Todo el mundo espera un libertador... un niño de oro —expuso Mardo con indiferencia—. Una vez hice una lista de todos ellos. Hay muchísimos. Algunos dicen que la libertadora será una mujer, y que vendrá de Oriente. A mi juicio, todos sabemos que tiene que haber algo mejor. Somos lo bastante sensibles como para percibirlo, pero no lo suficiente como para hacerlo realidad. Y entonces pensamos: «Si un misterioso ser viniera a ayudarnos...» —Se encogió de hombros, haciendo oscilar la orla de su túnica—. Pero entretanto tenemos que seguir luchando.

— Creo que habéis luchado muy bien en mi ausencia —dijo—. Todos sois

dignos de elogio. Jamás gobernante alguno fue mejor servido por sus ministros.

Tendría que ocuparme de que recibieran una merecida recompensa.

De repente me sentí tan cansada que apenas podía mantener la cabeza erguida. Egipto estaba bien; había averiguado todo lo que necesitaba saber.

LA fresca brisa del puerto penetró en mi estancia a la mañana siguiente, y el reflejo de la luz del sol jugueteó en las paredes. Me desperté muy despacio, como si estuviera sumergida en un lecho de agua de mar, que era precisamente lo que había estado soñando. Unos largos cordones de algas se habían enredado alrededor de mis piernas y me seguían como una cola; mi cabello se agitaba muy despacio, prendido en los arrecifes de coral. Al despertar me pasé la mano por el cabello para desprenderlo, y entonces me pregunté por qué razón no estaba enredado. Qué sueño tan extraño y realista.

Me despecé. Me encontraba muy a gusto envuelta en las finas sábanas de lino, mucho más finas que cualquier tejido de Roma. Me sentía un poco mejor; la noche había ejercido en mí su efecto reparador.

Di orden a Carmiana e Iras de que deshicieran las arcas y los cofres y mandé llamar a Olimpo. Necesitaba verle tanto por mí misma como por Tolomeo. Tolomeo seguía con su tos y se había pasado casi toda la travesía mareado. Tanto él como yo habíamos puesto a dura prueba la paciencia de nuestros servidores durante el viaje. La víspera se la había pasado en los jardines, pero yo lo veía un poco decaído. A lo mejor estaba simplemente cansado. Eso esperaba que me dijera Olimpo.

Pero cuando Olimpo entró en mi cámara tras haberse pasado la mañana con Tolomeo, su sonrisa no resultó nada convincente.

— Querida —dijo, y entonces comprendí que me iba a dar una mala noticia.

— ¿Qué ocurre? —le pregunté. No podía soportar los preámbulos—. ¿Qué le ocurre a mi hermano?

— Le he auscultado el pecho, le he hecho expectorar un poco de flema y la he examinado. También le he examinado la columna y las articulaciones y he estudiado atentamente el color de su piel. No me ha gustado lo que he visto.

— ¿Qué has visto? ¡Dímelo!

— Es la corrupción del pulmón —contestó—. La tisis.

¡Era obra de Roma! Roma con su frío, sus heladas y su humedad.

— Ocurre en todas partes y no sólo en Roma —dijo Olimpo, como si hubiera leído mis pensamientos—. En Egipto hay muchos casos de corrupción del pulmón.

— Roma no le ha sido muy beneficiosa.

— Puede que no, pero ahora ya ha vuelto. Viene mucha gente a Egipto para curarse.

— ¿Crees que lo podrá superar?



— No lo sé —contestó—. Si tú fueras otra gobernante y no una amiga de la infancia y si yo fuera otro tipo de cortesano, te diría: «Sí, sí, Majestad, estoy seguro de que se va a recuperar.» Pero tú eres Cleopatra y yo soy Olimpo, y con toda sinceridad te tengo que decir que tu hermano corre grave peligro.

— ¡Oh! —exclamé. No podría sufrir otra pérdida. Tolomeo no—.  
Comprendo.

— No podemos hacer nada. Simplemente asegurarnos de que esté bien abrigado, tome mucho el sol, descanse todo lo que pueda y pase mucho tiempo al aire libre. Hay que esperar. Tal vez en otoño tengamos que enviarlo al Alto Egipto, donde la temperatura es más elevada y luce el sol.

Incliné la cabeza. Tener que volverle a enviar lejos cuando estaba tan contento de haber regresado a casa...

— Te veo distinta —me dijo finalmente Olimpo.

— ¿Y eso?

— Más delgada —me contestó—. Se te ha consumido algo. Si fueras de oro, diría que te has refinado. Te favorece mucho. Ahora eres realmente hermosa. —Trató de sonreír—. Un atributo muy útil en una reina.

— Estoy embarazada —le dije.

— Ya lo había adivinado. Pero no hace falta que sea un adivino para darme cuenta de que esta vez lo estás pasando peor. Tanto en el corazón como en el cuerpo.

— No me encuentro nada bien.

— ¿Y eso te extraña? ¿Por qué tendrías que encontrarte bien? La situación es terrible. César ha muerto, pero no ha muerto sin más sino que ha sido asesinado. Tu defensor y protector ha desaparecido; un hijo al que nadie reconocerá.

— Lo reconoceré yo.

— Y no podrás darle ninguna explicación a tu pueblo. Lamentablemente, Amón ha desaparecido, por lo menos en su manifestación humana.

Sus palabras eran muy duras, pero era un alivio que hubiera tenido la audacia de decírmelas.

— Lo siento —dijo—. Siento lo que le ha ocurrido a César.

— Sé que no lo apreciabas. Jamás lo apreciaste y siempre fuiste sincero a este respecto.

— Eso no tiene nada que ver con el hecho de que lamente su muerte, que no se merecía. Era un gran hombre —dijo Olimpo—. Pero yo nunca pensé que fuera digno de ti. Te consiguió con demasiada facilidad y temí que no te valorara tal como tú debes ser valorada.

— Creo que con el tiempo me valoró más.

— El tiempo se terminó para él. Y lo lamento.

— Gracias. —Hice una pausa—. Pero es que además no me encuentro físicamente bien. Temo que me ocurra algo extraño. Por favor, dime lo que piensas.

Me dio unas palmadas, me auscultó los latidos del corazón, me examinó el cuello y los tobillos, me hizo echarle el aliento, me comprimió las costillas y me giró los pies. Escuchó atentamente la descripción que yo le hice de todas las molestias, y al final, me dijo:

— No veo que te ocurra nada en particular, nada que no pueda atribuirse a la mala experiencia que has sufrido. Ven a dar un paseo por mi nuevo jardín. O, mejor dicho, tu jardín, porque lo he creado en el recinto del palacio. Pasearemos y yo te enseñaré algo de medicina.

El aire de fuera era suave y estaba perfumado con la última floración de los árboles frutales cuyas ramas cubiertas de hojas creaban una alfombra moteada de sol y sombra sobre el verde prado que había debajo. Qué distinto era todo aquello de la villa de César. Aquí los prados eran llanos, constelados de flores blancas, y parecían estar pidiendo a gritos un lienzo púrpura donde extender unos ricos manjares para poder disfrutar de una saludable comida al aire libre. «Venid a solazaros», parecía susurrar el prado bajo la brisa.

Vimos a Tolomeo arrodillado bajo la copa de uno de los árboles y lo llamamos. Giró bruscamente la cabeza y nos dijo, señalando un pulcro nido redondo colocado en la bifurcación de una rama por encima de su cabeza:

— Estoy vigilando este nido de pájaros.

— La hembra no regresará si te ve —le dijo Olimpo—. Ven con nosotros. Quiero enseñarte una cosa.

Le miré mientras hablaba. Él también había cambiado en mi ausencia. Sus facciones se habían afilado y ahora parecía más bien triste. Eso, combinado con su cáustico sentido del humor, posiblemente le aislaría de la gente. Me pregunté si tales rasgos resultarían tranquilizadores en un médico o si, por el contrario, inducían a la gente a apartarse de él. ¿Y su vida privada? Tenía casi mi edad... ¿pensaba casarse? Semejante información jamás se facilitaba en las cartas.

Tolomeo se levantó con cierto esfuerzo y se acercó corriendo a nosotros. Observé que tenía las piernas muy frágiles y que le faltaba la respiración debido a la corta carrera.

— Olimpo ha creado un jardín mientras nosotros estábamos en Roma —le dije.

Tolomeo hizo una mueca.

— ¡Bah, un jardín! Eso es cosa de mujeres... o de inválidos. No, gracias.

— Éste es un jardín para asesinos y milagreros —dijo Olimpo—. Creo que te parecerá distinto de todos los demás.

Se extendía sobre un terreno llano no muy distante del templo de Isis, pero

miraba al puerto y no al mar. Estaba cercado primero por un murete de piedra, y en la parte interior por un seto lleno de capullos rojos. Olimpo abrió una puerta provista de gruesos pestillos para que entráramos.

De una fuente que murmuraba en el centro irradiaban cuatro caminos que dividían pulcramente el jardín en cuatro partes.

— Mirad... en un extremo la muerte, y en el otro la vida.

Yo sólo veía cuadros de plantas, algunas en flor, unas altas y otras bajas. Le miré inquisitivamente.

— En el Museion encontré una lista de plantas venenosas —explicó Olimpo—. Algunas eran claramente imaginarias, como la que escupía llamas y devoraba a los espectadores, pero otras me llamaron la atención. ¿Qué efecto tenían? ¿Por qué mataban? Me pareció útil que alguien escribiera un tratado sobre ellas. A fin de cuentas, hay algunas que tomadas en pequeñas dosis son inofensivas e incluso beneficiosas. Y confieso que sentía curiosidad por estudiarlas, porque eran plantas equivalentes a las serpientes venenosas.

Tolomeo lo miraba con expresión de asombro.

— ¡Venenosas! —dijo—. ¿Cuáles son?

— En primer lugar, todo este seto es venenoso —contestó Olimpo, señalándolo con un gesto de la mano.

— ¡Pero si es precioso! —dije yo.

Y realmente lo era. Tenía unas brillantes hojas de color verde oscuro y estaba punteado de flores.

— Aun así, es muy venenoso. Se llama rosa de Jericó, y si se ponen las flores en agua la envenenan. Las ramas envenenan la carne si se utilizan para cocerla, e incluso el humo es venenoso. La miel de las flores es también venenosa, y tanto los caballos como los asnos se mueren si comen sus hojas. Lo curioso del caso es que las cabras son inmunes.

— O sea que si quisieras matar a un enemigo le podrías servir miel venenosa... —reflexionó Tolomeo.

— Sí, desde luego, aunque no sé qué cantidad sería suficiente para matarlo. A lo mejor tendría que comer mucha.

Echamos a andar por el camino de grava, bordeado por pulcros arriates de plantas.

— He dispuesto todas las venenosas a la izquierda —dijo Olimpo. Se detuvo delante de unas plantas de peludas hojas lobuladas, de aproximadamente un pie de altura. En el extremo de los tallos se veían unos capullos con los pétalos fuertemente enrollados—. ¿Sabéis lo que es eso? —nos preguntó.

— Una de esas hierbas que crecen en los prados —contesté—. A veces la he visto en las grietas de los muros.

— Es el beleño negro —dijo Olimpo con semblante satisfecho—. Puede

matar en pocos minutos, y en medio de fuertes dolores. Pero en pequeñas dosis creo que incluso podría ser medicinal. Me parece que es útil para detener los vómitos, aunque no hay manera de controlar su potencia. Seguramente el veneno varía entre las distintas plantas, y en las hojas no hay la misma cantidad que en las raíces. Lo mismo te puede inducir a cantar, a bailar y a hablar con personas imaginarias que adormecerte y provocarte unos sueños muy reales en los que vuelas o te conviertes en un animal. Después sobreviene la muerte. No se puede predecir.

— ¿Y si sólo la tocas? —pregunté.

Me miró sonriendo.

— Yo siempre me pongo guantes. —Siguió bajando por el camino y nos señaló unas flores blancas en forma de estrella que oscilaban en lo alto de unos delicados tallos. Parecían azucenas en miniatura—. Esto se llama «excremento de paloma».

— Qué nombre tan feo para una flor tan bonita —dije yo.

— Toda ella es venenosa, pero sobre todo los bulbos —explicó Olimpo—. Se pueden triturar y disfrazar de harina para cocer una hermosa hogaza de pan. Cierto que resulta un poco más amarga, pero se la podría untar con miel de rosa de Jericó para mejorar el sabor y hacerla más apetecible —añadió, soltando una carcajada.

— ¿Qué ocurre si te la comes? —preguntó Tolomeo.

— Lo primero que notas es que te falta la respiración —contestó Olimpo—. Después empiezas a jadear... y después te mueres.

— ¿Todo en cuestión de unos minutos? —preguntó Tolomeo—. Pues entonces no es lo que me pasa a mí, aunque tengo dificultades para respirar.

— No —se limitó a contestar Olimpo, haciendo un esfuerzo para tomarlo aparentemente a broma—. Aquí no hay enemigos que te puedan poner una hogaza envenenada en el plato.

— ¡Mira! ¿Qué es eso? —preguntó Tolomeo, entusiasmado, señalando un arriate de frondosas plantas rematadas por unas inflorescencias de delicadas flores blancas. Las plantas le llegaban casi hasta la cintura.

Olimpo permaneció orgullosamente de pie junto a ellas, casi en actitud paternal. Sí, ya era hora de que se casara y tuviera hijos a los que cuidar en lugar de dedicar tanta atención a las plantas.

— Veo que sabes elegir las plantas más ilustres. Ésta es nada menos que la cicuta, que acabó con la vida de Sócrates.

— ¡Cicuta! —La miré fascinada. Los tallos rematados por las flores blancas y las hojas caídas ofrecían un aspecto muy agradable—. ¿Qué ocurre si te la bebes? —pregunté.

— Bueno, no hace falta beberla, aunque se puede preparar un brebaje. Tiene un olor característico a orina de ratón. —Pareció que la cosa le hacía gracia

—. Las hojas se pueden usar también para preparar una sabrosa ensalada. Los síntomas tardan un poco en aparecer. Tendrías la oportunidad de terminarte cortésmente la comida en compañía.

— ¿Y qué se nota? —preguntó Tolomeo.

— Bueno, se ha descrito un gradual debilitamiento de los músculos y una creciente parálisis. Pero la mente se conserva lúcida.

— ¿Es doloroso? —pregunté. No me parecía una mala manera de morir.

— Sí, por desgracia. Mientras los músculos se mueren, gritan de dolor.

— Dime, Olimpo... ¿hay alguna manera relativamente indolora de morir? Por envenenamiento, quiero decir —pregunté.

Reflexionó un instante.

— No se me ocurre ninguna. El cuerpo no quiere morir, sobre todo cuando goza de perfecta salud hasta el momento de tomar el veneno. Por eso lucha. Muchos venenos producen varios efectos y dan lugar a distintos síntomas.

— Pero qué ocurre con la cicuta —volvió a preguntar Tolomeo—. ¿Cuánto tarda en hacer efecto?

— El tiempo suficiente como para poder pronunciar memorables discursos en el lecho de muerte, tal como hizo Sócrates. Por eso la suelen elegir los escritores, los poetas y los filósofos. —Olimpo hizo una pausa—. Pero la cicuta no es totalmente perjudicial. En pequeñas cantidades se puede usar para aliviar los dolores del pecho y el asma. Como es natural, hay que ser muy valiente para probarla.

— O estar muy desesperado —dije yo.

— El veneno y la medicina están estrechamente relacionados. De hecho, el término griego *pharmakon* sirve para designar ambas cosas. ¿Y quién se atrevería a negar que el veneno puede ser el mejor remedio cuando la vida se convierte en una enfermedad?

Recordé el «método romano» de empalarse en una espada. No cabía duda de que el veneno era más civilizado. Los romanos me parecían excesivamente aficionados al suicidio. No era necesario que sufrieran un grave revés para que tomaran la espada o se cortaran las venas.

— Muy cierto —dije yo—. Pero ahora dejemos estos venenos y enseñanos la otra parte del jardín, la de las plantas que curan.

Tolomeo hizo una mueca.

— ¡Qué aburrimiento! —exclamó sin prestar demasiada atención a los arriates de plantas medicinales... el ajeno, la alheña, el láudano, el tragacanto, el jengibre, los árboles balsámicos, el aloe y el estoraque.

— Y aquí está el rincón del jardín donde crecen las plantas que poseen ambas propiedades, como la coluquintida —dijo Olimpo señalando una enredadera del suelo, que acababa de florecer y estaba llena de minúsculas

calabacitas—. El fruto se usa en pequeñas cantidades para matar insectos o provocar el aborto. En grandes cantidades provoca una muerte dolorosa.

— Por favor, no la uses con nosotros —le dijo Tolomeo.

— Y aquí está la famosa y mítica mandrágora —dijo Olimpo señalando una planta de hojas carnosas y arrugadas que irradiaban desde un tallo central, con unas flores de color morado en medio—. La manzana del amor. Despierta el deseo en su víctima... o tal vez su beneficiario —añadió entre risas—. Por si fuera poco, favorece la concepción. Pero en grandes dosis produce estupor, ejerce un efecto purgante y causa la muerte. Por desgracia no se puede mezclar con vino, por lo cual un seductor puede ofrecerle vino a su amada pero él no debe tomarlo, pues de lo contrario su elixir de amor se convertiría en un brebaje mortal.

— Creo que su raíz tiene una curiosa característica —dije.

— Sí, tiene forma de falo —contestó Olimpo—. Y al parecer grita cuando se la arranca de la tierra.

— ¿Dices que tiene forma de falo? —pregunté sin poder reprimir la risa—. Pues yo jamás he oído gritar a ninguno.

Olimpo se turbó profundamente y Tolomeo se puso colorado como un tomate. Después ambos estallaron en una sonora carcajada.

— Eso podría ser una divertida escena de una comedia griega —dijo finalmente Olimpo.

Los tres decidimos abandonar el jardín. Eché un último vistazo a la mandrágora, tan inocentemente echada en el suelo, y me volví a reír sin poderlo evitar.

Por la noche cené tranquilamente en mis aposentos con Carmiana, Iras, Tolomeo y el pequeño Cesarión, el cual ya estaba aprendiendo las buenas maneras en la mesa.

— Como rey que serás algún día, tendrás que soportar muchos banquetes —le dije, remetiéndole una servilleta en el cuello de la túnica. Los banquetes no eran el menos oneroso de los deberes de un monarca. ¿De cuántas maneras se podían cocinar y presentar las ostras y cuántas exclamaciones de deleite podía uno lanzar a lo largo de toda una vida?—. Y ahora te tienes que reclinar así...

La luz ya estaba muriendo y los criados encendieron las lámparas de aceite. Experimentaba una especie de desgana y una sensación de decepción. En cierto modo me sentía una extraña en mi propio palacio. Roma había cambiado mi visión del mundo; lo que antes me parecía suficiente e independiente, ahora se me antojaba aislado, abandonado.

«Pero eso es una tontería —pensé—. No estamos abandonados en absoluto... miles de navíos pasan por nuestro puerto y aquí convergen mercaderías de todo el mundo antes de proseguir su viaje. Seda, vidrio, papiros, mármol, mosaicos, medicamentos, especias, objetos de metal, alfombras, piezas de alfarería... todo se canaliza a través de Alejandría, el mayor emporio comercial

del mundo.»

Pero aun así me parecía demasiado tranquilo. A lo mejor la vida normal se me antojaba tranquila porque estaba acostumbrada a una sucesión constante de intrigas, golpes de mano, asesinatos y revoluciones desde que tenía once años.

«¿No es un milagro que ahora estés sentada aquí como reina indiscutible de un Egipto independiente, cenando tranquilamente con los tuyos? —Yo misma me hacía reproches, como si fuera un severo preceptor hablando con sus alumnos—. ¿No es un milagro también que puedas decirle de verdad a Tolomeo que no hay pan envenenado en su mesa? Tu país está en paz, se muestra satisfecho y goza de prosperidad. ¿Qué más podría pedir un gobernante? ¿Hubo alguna vez alguien que empezara la vida con menos probabilidades de terminarla que tú?»

— ... la planta de la mandrágora.

Los demás llevaban toda la cena conversando, y yo no había oído ni una sola palabra de lo que decían.

— ¿Por qué hablas sola? —me preguntó Tolomeo—. Veo que mueves los labios. ¡Y no nos escuchas!

— Mi mente aún está un poco extraviada —reconocí—. *En* cierto modo todavía me parece que me encuentro a bordo de aquel barco.

Carmiana me dirigió una mirada comprensiva. Sabía a qué me refería y no era nada relacionado con las olas ni con el temblor de las piernas al caminar en tierra firme después de tanto tiempo de permanecer en un barco.

— ¡Yo creía que te alegrarías de haber abandonado aquel maloliente trasto! —me replicó Tolomeo—. Y ahora cuéntales lo de la mandrágora, y lo de aquella planta de florecitas peludas que te obliga a retorcerte hasta que quedas convertido en un nudo gordiano.

— Le han llamado mucho la atención las plantas venenosas del jardín de Olimpo —expliqué—. Las medicinales no le han interesado. Y eso del nudo gordiano te lo acabas de inventar tú. ¡Olimpo no lo ha dicho!

— Bueno, pero hubiera tenido que decirlo. —Tolomeo picó un poco de comida—. Todo eso me hace perder el apetito.

— Tenemos que recuperar a los catadores de comida —dije. Nuestros fieles catadores de comida se habían retirado. Era una ocupación exasperante y nadie se dedicaba a ella durante mucho tiempo. Cuando regresaban a sus ciudades natales solían dar rienda suelta a sus impulsos alimenticios y se pasaban día y noche comiendo todo lo que les apetecía.

— Sí, mi señora —dijo Iras—. Hay que hacer muchas cosas ahora que has vuelto definitivamente.

«He vuelto definitivamente.» ¿Por qué razón el mundo entero e incluso mi maravilloso reino se me antojaban tan desolados? Todas aquellas personas congregadas a mi alrededor buscaban en mí algún tipo de fortaleza y amparo. Y yo se lo proporcionaría, confiando en que jamás supieran lo desamparada que

realmente se sentía aquella que los amparaba.

Después de la cena le pedí a Mardo que se reuniera conmigo. Necesitaba hablar con él en privado. Me alegré tanto de verle cuando entró en mi cámara que casi estuve a punto de echarme a reír. Había adquirido una gran corpulencia, como ya he mencionado, y no tardaría en ofrecer el aspecto típico de todos los eunucos. Por más que yo lo sintiera, no podía hacer nada. No podía prohibirle que comiera para evitar que engordara. Y supongo que las delicias culinarias habían sido una forma de recompensarse a sí mismo por la tensión de tener que soportar el peso del gobierno a lo largo de dos años. Por lo menos podía tener la certeza de que no se había recompensado, como tantos ministros, robándome mi tesoro.

— Mi querido Mardo, no sabes cuánto me alegro de tener un ministro como tú. Pocos gobernantes tienen esta suerte.

Su rostro ancho y cuadrado se iluminó con una sonrisa.

— Considero un honor haber asumido semejante responsabilidad, y la he soportado de buen grado. No obstante... —tomó asiento, obedeciendo a mi invitación—, tu regreso es un alivio. —Se alisó los pliegues de la túnica y agitó los pies calzados con unas sandalias adornadas con incrustaciones de piedras preciosas—. Un nuevo estilo recién llegado de Siria —me explicó—. El mercader tuvo que ceder un par en concepto de derechos de aduana —añadió, esbozando una pícaro sonrisa.

— Te sientan muy bien —dije. Mardo no necesitaba unas suelas más gruesas, porque era muy alto. ¡Pobre Octavio, ser más bajo que un eunuco egipcio!—. Y la túnica... ¿los flecos también son un nuevo estilo?

En Oriente las modas experimentaban cambios constantes.

— Se llevaban mucho al año pasado. En realidad dicen que los flecos proceden de la Partia. ¡Pero nosotros no queremos reconocerlo, claro!

— Me he quedado tan anticuada como una vieja canción —dije con asombro—. Tendré que renovar mi vestuario.

— Supongo que será una tarea muy agradable.

— Mucho más agradable que examinar los informes y los sumarios, y que reunirme con todos los nuevos embajadores.

— Por eso eres una buena reina, porque tienes la fortaleza necesaria para resistirlo —dijo Mardo.

— Mardo, necesito saber qué opiniones ha merecido mi ausencia.

Confiaba en que fuera sincero conmigo.

— ¿En palacio? Pues...

— No, no en palacio. En Alejandría y en todo Egipto. Sé que tú siempre tienes una oreja pegada al suelo y que tu familia está en Menfis. ¿Qué pensaba la gente?

— Se preguntaba si volverías —contestó sin andarse con rodeos—.



Pensaban... temían que te quedaras en Roma y que éste fuera el precio de la independencia de Egipto.

— ¿Que César me mantendría prisionera, quieres decir?

Me miró horrorizado.

— No, por supuesto que no, pero que haría falta controlar y ablandar al voluble Senado, lo cual no se puede hacer desde lejos.

— ¿Y qué pensaron de mi relación, de mi matrimonio con César?

Mardo se encogió de hombros.

— Ya conoces a los egipcios, y también a los griegos. Son muy prácticos. Se sintieron orgullosos de que hubieras elegido a un vencedor y no a un derrotado de las guerras civiles.

Sí, eran los romanos los que estaban obsesionados con la moralidad. La gente de más edad de Oriente era más sabia.

— Por lo menos no tengo que luchar contra eso. No te puedes imaginar, Mardo, lo que significa vivir dos años entre gente que sólo se dedica a juzgar, dar lecciones de moralidad, echar reprimendas y condenar. ¡Allí en Roma hay otras cosas que son tan grises y opresivas como el tiempo!

Hasta que no lo hube formulado con palabras, no pude darme cuenta por entero de lo mucho que pesaba aquel manto de condenas. El hecho de haberme librado de él hizo que de repente la cabeza me empezara a dar vueltas.

— ¡Bah! —dijo, haciendo una mueca—. Bueno, ahora ya has vuelto a un lugar donde te comprendemos y apreciamos. ¡Bienvenida a casa!

A casa... pero ¿por qué me resultaba todo tan extraño?

— Gracias, Mardo. La eché de menos en todo momento durante mi ausencia.

Mardo hizo una pausa, como si no supiera si añadir algo más o no. Al final lo hizo.

— Debo decirte sin embargo que ahora que las cosas han cambiado, algunos dirán que tu política ha sido un fracaso y que tus esfuerzos no han obtenido ningún resultado duradero para Egipto. Todo se desvaneció en los Idus de marzo, y volvemos a estar en el mismo sitio que estábamos antes de que César viniera a Egipto. ¿Quién nos podrá garantizar ahora nuestra independencia?

— Yo la garantizaré —dije, aunque tenía la sensación de haber ascendido a una gigantesca cadena montañosa para encontrarme no en una fértil llanura sino delante de otra cadena no menos gigantesca. Un segundo ascenso hubiera sido casi inimaginable. Y además había otra cosa—. Mardo, tengo que comunicarte lo que he descubierto durante la travesía. Estoy embarazada. Habrá otro Cesarión, un pequeño César.

Arqueó las cejas.

— Eso alterará una vez más el equilibrio político. ¿Cómo te las arreglas para influir en las personas y las tierras desde tan lejos? Tienes una magia especial.

— Dudo que eso cambie las cosas en Roma. César no mencionó a Cesarión en su testamento, y éste tendrá menos derechos aún.

— No estés tan segura. Yo que tú procurarías proteger bien a Cesarión. Las bromas con Tolomeo a propósito de las plantas venenosas tienen mucha gracia, pero es a Cesarión a quien algunos tendrían razones para matar.

Sentí un escalofrío. Era cierto. Tanto si se mencionaba en el testamento de César como si no, el mundo estaba enterado de la existencia de su hijo. Mi propio padre era un hijo ilegítimo. El bastardo real, la perpetua amenaza, no era sólo una figura habitual de los relatos y los poemas sino que muy a menudo alcanzaba el trono.

¿Sería Octavio capaz de cometer un asesinato? Parecía muy melindroso y respetuoso de la ley pero...

— Al no haber dejado ningún heredero romano, César ha dejado cuatro pretendientes a su nombre. El hijo adoptivo Octavio, su primo Marco Antonio, sucesor natural de su legado político y militar, Cesarión, su hijo natural nacido de una extranjera, y ahora otro. —Mardo hizo una pausa—. Pero además tiene otro heredero, la muchedumbre, el pueblo de Roma. Era al pueblo a quien él se dirigía, el pueblo al que ha legado su villa y sus jardines. No lo excluyas de tus cálculos políticos. El pueblo y no el Senado romano decidirá si César tiene que ser un dios.

— Yo no deseo que mis hijos hereden las intrigas de Roma. Me hubiera gustado que conocieran a su padre cuando fueran mayores. Y me gustaría tener algo suyo, aparte de este colgante. —Lo tomé para mostrárselo a Mardo—. Es una joya de su familia. Pero me hubiera gustado que también me diera algo para Cesarión.

— Bueno, le bastará con ir a cualquier foro o templo del mundo romano para ver una estatua de su padre. Lo van a convertir en dios, fíjate bien en lo que te digo. Y después habrá bustos, estatuillas y broches, que se podrán adquirir a todos los mercachifles y mercaderes desde Gades a Ecbatana.

— ¡Mi querido e irrefrenable Mardo! ¡Hasta podrá hacer una colección! — dije mientras las lágrimas de la risa me asomaban a los ojos al imaginarme un estante lleno de estatuas de César de todas las formas y tamaños. Habría musculosos y desnudos Césares griegos, Césares sirios de grandes ojos y solemnes ropajes, Césares del desierto montados en camellos, Césares faraónicos y Césares galos vestidos con pieles de lobo. Me sostuve los costados con las manos mientras me doblaba de risa. Cuando al final pude recuperar el aliento, añadí—: Oh, Mardo, es la primera vez que me río de buena gana desde que... —Sacudí la cabeza—. Gracias.

Mardo se enjugó los ojos.

— Puesto que todo pasa por Alejandría, piensa en los derechos de aduana.

¡Lo aprovecharemos para ir a la última moda!

ERA un claro día de junio. Soplaban una suave brisa y toda Alejandría parecía una aguamarina engarzada en plata cuyo refulgente brillo me obligaba a protegerme los ojos.

Hoy se iba a colocar en el suelo de la sala de los banquetes el mosaico que César me había regalado. No me había fallado la memoria; cuando lo vi por primera vez pensé que tenía exactamente los mismos colores que el mar de Alejandría, y era cierto.

La figura de Venus surgiendo de la espuma del mar era tan hermosa que todas las mujeres mortales parecían toscas y decepcionantes comparadas con ella.

Lancé un suspiro. ¿Qué se proponía el arte, inspirarnos o deprimarnos? El hecho de que ninguna mujer viviente pudiera acercarse jamás a semejante perfección, ¿tenía que estimularme a acercarme al máximo a mi propia perfección, o simplemente servía para acentuar todos mis defectos?

Aquel día, en medio de la luz esplendorosa y de la fresca brisa de la mañana, me sentí inspirada por ella. En otros tiempos me había sentido recién creada, como surgida del mar y con deseos de permanecer en la orilla para exigir mi herencia y mi destino. ¿Volvería alguna vez a sentir lo mismo?

Su dorado cabello se ondulaba en zarcillos sobre unos hombros tan magistralmente representados que se podían ver incluso los músculos y las delicadas redondeces de la carne.

«¿Cuántos años tienes? —le pregunté mentalmente—. ¿Cincuenta años? ¿Cien? Ahora serías muy distinta si fueras de carne en lugar de piedra. Así engaña el arte a la verdad.»

— Recuerdo cuando te hicieron el regalo. —La ronca voz de Carmiana a mi espalda me sobresaltó.

El ruido de los cinceles de los obreros había ahogado sus pisadas.

— Es impresionante, ¿verdad? —Ambas contemplamos a Venus con envidia—. Tú te pareces más a ella que yo —le dije—. Tienes su mismo color de cabello.

— Nadie se parece a ella —dijo Carmiana—. Por eso ejerce tanto poder.

Carmiana poseía un encanto semejante al de Venus. Los hombres la miraban como mancebos enamorados, incluso los viejos escribas.

— Carmiana —le dije—, creo que tendrías que pensar en casarte, lo cual no significa que no puedas seguir a mi servicio. No puedo por menos que compadecerme del hombre que podría ser tu marido pero que no lo es, porque tú pasas de largo por su lado.

Soltó una seductora carcajada.

— Yo también lo he estado pensando —confesó—, pero aún no he encontrado a ningún mortal. Mira, de la misma manera que Venus hace que la mayoría de las mujeres no satisfaga plenamente las aspiraciones de los hombres, Apolo hace que los hombres no satisfagan enteramente a las mujeres. Me gustaría encontrar a alguien que se pareciera a las estatuas de Apolo y... ¿tú has visto alguno por aquí?

Sí, pensé: Octavio. Pero, a diferencia de una estatua, él hablaba, se movía y revelaba unos rasgos muy desagradables.

— Últimamente, no.

— ¿Pero lo has visto alguna vez? —insistió en preguntarme.

— Probablemente no —le aseguré para que no pensara que me callaba a alguno—, pero a partir de ahora lo buscaré con más interés.

Nos encontrábamos de pie en las gradas del palacio que bajaban directamente al puerto real privado. Por encima de nuestras cabezas volaban las gaviotas, cuya blancura destacaba contra el azul del cielo.

— Vamos a dar un paseo en barca —dije de repente. Hacía demasiado buen tiempo para quedarnos encerradas en casa—. No, nada de navegación a vela, algo más lánguido donde podamos tendernos y contemplar los colores del cielo y del mar.

Tenía toda suerte de embarcaciones entre las que poder escoger: una barcaza de placer, una pequeña embarcación de vela, una balsa con toldo, una reproducción de las embarcaciones faraónicas. Disfrutaba en el agua gracias a mi fuerza de voluntad, tal vez el rasgo más característico y valioso de mi personalidad. La voluntad puede ser útil cuando el talento, la inspiración e incluso la suerte nos abandonan. Pero cuando la voluntad nos abandona, estamos realmente perdidos.

Carmiana lo estaba deseando.

— Nunca he estado en la barcaza faraónica —indicó—. Esa que tiene un capullo de flor de loto en la proa.

— Pues entonces subiremos a ésa.

Bajamos por las anchas gradas de mármol suavemente curvadas, parecidas a las de un teatro construido de cara al mar. A través de las claras y cristalinas aguas de abajo vi las rocas y las llamativas anémonas del fondo. Las olas rompían a lo lejos contra la base del Faro, arrojando al aire unas columnas de rocío marino tan altas y claras como plumas de avestruz.

«Tengo que encargarme un mosaico gemelo del de Venus —decidí en aquel momento—. Deberá reproducir exactamente la escena que estoy contemplando ahora, y el azul del mar tendrá que ser idéntico. Deberá representar el puerto de Alejandría en un hermoso día estival.»

Las embarcaciones estaban permanentemente preparadas, de modo que

no hubo que esperar mientras el capitán llevaba a cabo los últimos ajustes en la barcaza faraónica. Carmiana subió por la decorada plancha y saltó a la cubierta.

— Oh —exclamó asombrada—. ¿Será verdad lo que ven mis ojos?

Me acerqué a ella.

— Si te refieres a si la madera es madera auténtica y el oro es oro auténtico, sí, es verdad.

— Quería decir simplemente que todo eso es maravilloso, en el sentido más sincero de la palabra.

— Está destinada a satisfacer a un faraón. Me han asegurado que navegaban de esta manera. —Efectivamente, se reclinaban sobre almohadones en el resguardado pabellón de madera de cedro de la cubierta; les daban aire con abanicos de largo mango cuajados de joyas, en caso de que no soplara el viento, y ellos acariciaban con sus manos las barandillas de pan de oro—. Ven —dije, acompañándola al pabellón, donde enseguida nos recostamos sobre los almohadones.

Un esclavo vestido con la faldita, el collar y el tocado de los tiempos antiguos apareció como surgido de un sueño para servirnos unas bebidas frías.

Los remeros impulsaron silenciosamente la barcaza con sus remos de punta de plata y la embarcación se meció suavemente sobre las cálidas aguas.

El mar... el mar era la grandeza de Alejandría. Traía las riquezas del mundo a nuestra puerta y nos otorgaba poder. Tendría que reconstruir inmediatamente nuestra flota. Tal y como estaban las cosas, no habiéramos podido defendernos más que con las legiones romanas que César había estacionado allí. Pero si se fueran, o se volvieran contra nosotros obedeciendo las órdenes de algún amo romano, uno de los asesinos quizá...

El hecho de que la esplendorosa luz del día no estuviera garantizada hacía que ésta resultara más tentadora que nunca.

Mi espíritu se elevó por primera vez aquel día, pero al anochecer, como un pájaro que regresara a su árbol, descendió en picado y volvió a caer.

Incluso cuando mi mente estaba ocupada con las sumas y las restas, siempre acechaba lo «otro», aquella melancolía, justo más allá del alcance de mi vista. No lamenté por tanto que un sirviente me anunciara la llegada de Epafrodito para discutir conmigo un asunto. Era un alivio que alguien me interrumpiera.

Se deshizo en disculpas por lo intempestivo de la hora.

— No importa —le dije, apartando a un lado mis pergaminos—. Estaba trabajando, como puedes ver. Las horas de trabajo nunca cesan. Y esta noche es un buen momento para eso.

Fuera, en la cálida noche alejandrina, había gente paseando por las calles, cantando, riendo o bebiendo mientras su reina permanecía encerrada en una estancia con sus libros mayores.

— Pues entonces somos iguales —dijo Epafrodito sonriendo—. Mi mujer no es partidaria de que trabaje tanto, aunque goza con el fruto de mi esfuerzo.

Era la primera vez que se permitía hacer un comentario de carácter personal. O sea que estaba casado. ¿Tendría hijos? Prefería esperar a que él me lo dijera.

— Ya tengo los informes definitivos sobre el contenido de los tres nuevos almacenes que se han construido para sustituir los que fueron devastados por el incendio. Hemos colocado estantes más estrechos para que no quede nada escondido en los inventarios. Y para que de esta manera también se pueda controlar más fácilmente la presencia de ratones.

Me entregó orgullosamente los documentos.

Esperé. Me parecía un poco raro que hubiera acudido a verme a semejante hora de la noche simplemente para entregarme aquellos informes. Me los hubiera podido enviar en cualquier momento por medio de un mensajero.

— También quería comunicarte algo que he averiguado a través del capitán de uno de los barcos que hoy han arribado al puerto.

O sea que no me había equivocado.

— ¿Sí?

— No se trata de nada oficial, son cosas que este hombre ha oído decir. Pero según parece los asesinos han tenido que abandonar Roma. Nadie sabe adonde irán. El heredero de César ha llegado a Roma para reclamar la herencia, pero Antonio lo ha rechazado. Dicen que Antonio lo ha tratado con descortesía y que ha intentado atemorizarlo para que se vaya, porque no quiere que se sepa que se ha gastado casi todo el dinero de César.

¡El dinero! Sí, Calpurnia se lo había entregado para que no cayera en manos de los asesinos.

— Pero el muchacho no se ha ido. Ha buscado la ayuda de Cicerón y está armando alboroto. Antonio tendrá que llegar a un acuerdo con él. Entretanto, parece que en Roma no gobierna nadie.

Antonio hubiera tenido que guardarse de tratar a Octavio con desprecio. Cuanto más joven e insegura es una persona, tanto más se la tiene que halagar.

— ¿O sea que están preocupados por el caos que reina en la ciudad?

— De momento sí —contestó Epafrodito—. Pero ¿y si los asesinos huyen al este y se hacen fuertes allí? Ahí está el peligro.

— ¡Ojalá lo hicieran para que pudiéramos matarlos! —dije yo.

— ¿Con qué? ¿Con las legiones romanas de aquí? ¿Y si ellos asumieran su mando?

— Ya lo he pensado —dije—. Lo que Egipto necesita ahora es una flota poderosa. Tengo que empezarla a construir cuanto antes, porque compruebo que las arcas del tesoro lo permiten.

Epafrodito sonrió, complacido y asombrado.

— Muy bien.

— Quiero reunirme muy pronto contigo para hablar de la cuestión de la madera. Sé que mantienes tratos con los sirios.

— En efecto.

Qué enigmático me parecía aquel hombre tan cultivado, ingenioso y rebosante de energía, con sus dos nombres en lugar de uno.

— Te veo muy desanimada, señora —me dijo—. Perdóname que te hable sin que me preguntes. ¿Puedo ayudarte en algo?

Me quedé tan sorprendida que no pude evitar que una expresión de sorpresa se dibujara en mi rostro. Pero al mismo tiempo me sentí agradecida.

— No, a menos que puedas retroceder en el tiempo y borrar los acontecimientos que ya han ocurrido.

Lo dije en un suave tono nostálgico.

— Eso supera la capacidad de un hombre —dijo—. Sólo Dios podría hacerlo, y no lo hace. Pero nos proporciona consuelo. Nuestras escrituras están llenas de las preguntas que le hacemos, y él nos contesta con versículos. La traición, la pérdida... todo está allí.

— Enséñame —le dije, sintiéndome como una niña en presencia de un preceptor especialmente erudito.

— En nuestro principal libro de poemas hay uno que dice: «Mis enemigos hablan mal de mí. ¿Cuándo morirá y perecerá su nombre? Todos los que me odian murmuran contra mí: contra mí traman mi ruma. Sí, mi propio amigo en quien yo confiaba, el que comía mi pan, ha levantado el talón contra mí.»

Sí, eso era exactamente lo que había ocurrido con César y su «amigo».

— «Pues no fue un enemigo el que me hizo reproches; eso lo hubiera soportado. Fuiste tú, mi igual, mi guía y el amigo de mi corazón.»

¡El odioso Décimo, su pariente, uno de los herederos de César que lo había convencido para que saliera de su casa y se dirigiera al Senado!

— Tengo que conocer vuestro libro sagrado —dijo—. Me parece que contiene mucha humanidad. Puede aliviar el dolor, reconociendo su existencia. No como los filósofos que pretendían negarlo, o trataban de evitarlo aconsejando a los hombres que cuando abrazaran a sus esposas pensarán que éstas iban a morir para que, cuando murieran, no tuvieran la sensación de haber perdido algo.

— Nosotros también lamentamos mucho perder a César —dijo Epafrodito—. Pasará mucho tiempo antes de que los judíos puedan volver a contar con un hombre como él entre sus amigos.

Sí, recordaba a los judíos que habían guardado luto durante varios días en el lugar del funeral.



— Confirmó nuestro derecho al libre ejercicio de nuestra religión, incluyendo el de enviar el impuesto anual del Templo desde otros países sin que nadie nos lo impidiera, nos devolvió el puerto de Joppe que Pompeyo nos había arrebatado, acabó con la abominable costumbre de los impuestos, que nos desangraban, y nos eximió del servicio en el ejército, porque nos hubiera obligado a quebrantar nuestros preceptos dietéticos y a trabajar en sábado. Sí, era nuestro amigo. Perdimos a nuestro defensor, igual que tú.

— A lo mejor fue bueno con vosotros porque intuyó que vosotros lo valorabais —dije. César era consciente de que casi ninguno de sus gestos era apreciado. Me consolaba saber que otros se sentían afligidos y apenados por la horrible pérdida—. ¿Qué ocurrirá ahora con Judea? —pregunté.

— Eso dependerá de quien suceda a César en Roma —contestó—, y del éxito que tenga el joven Herodes en su intento de burlar a sus enemigos de Judea. Antonio y él son viejos amigos desde la campaña de Gabinio para devolver el trono a tu padre. Herodes le proporcionó tropas y pertrechos. ¿Ayudaría ahora a los asesinos si éstos se dirigieran a Oriente y se lo pidieran? Es difícil saberlo. Es un joven muy inteligente, pero la política de supervivencia en aquella región va a ser muy delicada. —Hizo una pausa—. Personalmente, prefiero a Herodes que a sus rivales porque es el único que tiene el sentido común suficiente como para comprender que un país gobernado por fanáticos está abocado a la ruina. Pero los demás... —Epafrodito sacudió la cabeza—. No descansarán hasta conseguir que Judea acabe totalmente sojuzgada y aplastada.

— Me parece extraño gobernar un país con criterios religiosos —dije.

No acertaba a imaginar que la mayor disputa del país pudiera ser la de Zeus contra Serapis o contra Cibeles.

— Nosotros somos distintos —dijo—. Por eso siempre es tan difícil predecir lo que nos va a ocurrir a la corta o a la larga.

El viento empezó a agitar las cortinas que separaban la estancia de la terraza. Fuera, las doradas lámparas de las casas se estaban apagando. Ya era tarde, y la gente se había retirado a descansar. Hubiera tenido que dejar que Epafrodito regresara a su casa. Me había hecho un favor visitándome en privado para comunicarme las noticias de Roma, pero los horarios de trabajo ya habían terminado. Sin embargo, todos los comentarios que me hacía despertaban mi curiosidad y me inducían a hacerle nuevas preguntas.

— Mardo me dijo casi de pasada que intentáis predecir vuestro futuro, que tenéis unos libros de profecías y esperáis la venida de un libertador o mesías. ¿Eso qué significa?

Me miró con cierta turbación.

— Las escrituras sagradas de un pueblo pueden causar hilaridad cuando se recitan a un incrédulo.

— No, yo tengo verdadero interés en saberlo.

— A lo largo del tiempo nuestras creencias han ido cambiando —contestó

— Al principio no creíamos en el más allá, teníamos nuestra propia versión del Hades, el *Sheol*, un lugar oscuro y lúgubre en el que las sombras vagaban sin rumbo. Tampoco creíamos que las edades fueran una historia que avanzara hacia un fin predestinado. Pero algunos de nuestros escritores están empezado a creer en la vida después de la muerte, en la supervivencia del alma, y también del cuerpo, y se hallan convencidos de que los acontecimientos conducirán a un gran cambio. El autor de este cambio será el Mesías.

— Pero ¿quién es este Mesías? ¿Es un rey? ¿Es un sacerdote?

— Eso depende de la profecía que leas. Zacarías, uno de nuestros profetas, se refiere a dos mesías... uno de ellos sería un sacerdote y otro un príncipe de la estirpe de nuestro gran rey David. Daniel lo llama el Hijo del Hombre y dice que sólo habrá uno.

— Pero ¿qué es lo que hará?

— En un sentido o en otro, dará paso a una nueva era.

— ¿Una nueva era?

— Una era de purificación y de juicio, seguida de una edad de oro de paz y prosperidad.

Paz y prosperidad. Eso es lo que ahora teníamos en Egipto... con el permiso de Roma.

— Eso es lo que yo deseo para mi país y mi pueblo. —Le miré fijamente—. ¿Tú crees en estas profecías?

Me miró sonriendo.

— No me preocupo por ellas. He descubierto que cuando tienes asuntos cotidianos apremiantes, los sueños sobre lo que puede ocurrir tienden a desvanecerse. No es que no crea en ellas, simplemente no las necesito. No responden a ninguna carencia de mi vida.

— También hay algunas profecías que se refieren a una salvadora —dije.

— Ah, ya comprendo —me dijo con una sonrisa en los labios—. ¿Te preguntas acaso si no serás tú sin saberlo?

— No, pero no sé si algunos me ven así.

Reflexionó un instante.

— Es posible, pero tendrías que estudiar tú misma las escrituras. Yo no estoy familiarizado con ellas. Lancé un suspiro.

— Hay varios escritos dispersos. Sé que uno se llama el Oráculo del Pretor Loco, otro el Oráculo de Histaspes, y otro el Oráculo del Alfarero. Y hay varios de distintas sibilas. Pediré que me los copien en la Biblioteca y los estudiaré.

— Si los examinas con detenimiento, seguro que te verás reflejada en ellos —me advirtió—. Así son las profecías. Se dilatan y se contraen, y siempre encajan con la situación que se tiene más a mano. Lo mismo ocurre con los adivinos y los

astrólogos.

— ¿Tampoco crees en ellos?

— Es posible que tengan ciertos conocimientos, por supuesto. El hecho de que a veces puedan ser parciales y te induzcan deliberadamente a error los convierte en peligrosos. Por eso nuestro Dios nos prohibió mantener tratos con ellos. Según Moisés, Dios nos dijo: «No practiquéis la adivinación ni la brujería. No recurráis a los magos ni busquéis a los espiritistas, porque seréis profanados por ellos.»

Pensé en todos los astrólogos y adivinos de mi corte. Afortunadamente no estaba obligada a seguir a aquel Moisés. De pronto me vino a la mente un recuerdo.

— ¿No es este Moisés el que os sacó de Egipto? Alguien me dijo que os había prohibido terminantemente regresar. ¿Por qué estáis aquí todos los judíos de Alejandría? Me parece que obedecéis en la cuestión de los astrólogos, pero no en la de Egipto.

Soltó una carcajada.

— Mira, si quisiera buscarle tres pies al gato como hacen algunos de nuestros legalistas, podría argumentar diciendo que Alejandría no está «en» Egipto... se llama *Alexandria ad Aegyptum*, es decir, Alejandría «de» Egipto. Pero estas argumentaciones me parecen empalagosas y aburridas. Lo realmente cierto es que hemos desobedecido, como acostumbramos hacer.

— Como todos los súbditos —dije riéndome—. Tengo que considerarme afortunada por el hecho de que mis súbditos no hayan sido tan rebeldes como tu pueblo.

— En efecto. —Epafrodito inclinó la cabeza—. Majestad...

— Sí, ya sé. Es muy tarde y te he entretenido demasiado. Una mala recompensa por tu diligencia en venir a verme a una hora tan tardía. Puedes retirarte.

Se despidió visiblemente aliviado. Cuando se hubo ido permanecí un buen rato contemplando mi ciudad dormida a través de la ventana. ¿Habría algo de verdad en aquellas profecías? ¿Qué decían?

Mientras me tendía para descansar, me di cuenta de que Epafrodito tenía razón: la idea era peligrosamente atractiva, tanto para el gobernante como para el pueblo. Pero, aun así, quería echarles un vistazo.

UN día seguía a otro día en el esplendor de la canícula mientras yo revisaba todas las cuentas, libros mayores e informes que se habían acumulado durante mi ausencia. Era el mes egipcio de Epeiph y el mes de Quintilis, ahora oficialmente llamado Julio en el calendario romano.

Por lo que me decían mis informadores —para entonces ya había conseguido colocar a unos cuantos en Roma—, Bruto estaba furioso. Se había visto obligado a permanecer lejos de Roma por su propia seguridad, y los *Ludi Apollinares*, los juegos que en su calidad de pretor estaba obligado a presidir, se celebrarían justo en mitad de aquel mes al que acababan de cambiar el nombre. Los honores serían para César, pero el precio lo pagaría Bruto.

Después me enteré de que Octavio, al parecer en un intento de invalidar los esfuerzos de Bruto, pensaba celebrar inmediatamente después unos Juegos para conmemorar las victorias de César —los *Ludi Victoriae Caesaris*— y él mismo correría con los gastos para demostrar el amor de su «padre» por el pueblo. Con ello demostraría también su propia lealtad, pues los funcionarios encargados de organizarlos eran demasiado cobardes como para atreverse a hacerlo.

Pero antes de que me llegaran los informes sobre ambas tandas de juegos, sufrí otra desgracia. Perdí el hijo que esperaba, el último legado de César.

Los detalles fueron los mismos que en el parto de Cesarión, sólo que el tamaño del niño era demasiado pequeño para que pudiera vivir... se encontraba tan sólo a medio camino de su fecha normal de nacimiento. Me vi obligada a permanecer en cama y me administraron poleo y tragos de vino tinto. Pero no era mi cuerpo el que necesitaba cuidados sino mi espíritu.

Adiós y adiós, pensé, apretando con fuerza el medallón que colgaba alrededor de mi cuello. Ahora jamás habrá ninguna novedad entre nosotros; nuestra vida juntos ha quedado petrificada en el pasado. Perdido, perdido y perdido, me repetía una y otra vez, tendida en la cama, y cada palabra era como un martillazo en el alma. Perdido para siempre.

Todo el mundo fue muy amable conmigo y estuvo pendiente de mí en todo momento. Carmiana e Iras se anticipaban a todos mis deseos, Mardo me distraía con sus bromas y acertijos, Tolomeo escribía relatos y se empeñaba en leérmelos, y Epafrodito me hizo copiar algunas de sus sagradas escrituras. Todas se referían a las pérdidas y a la fortaleza de espíritu.

Me gustó especialmente una que decía: «Así dice el Señor. Se oyó una voz en Rama, lamentos y amargo llanto; es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada por sus hijos, pues ya no existen.» «Pues ya no existen»... palabras tristes y pensamientos tristes, pero muy verdaderos.

Las noches eran muy calurosas y me asfixiaba en mi cámara. Sacaron mi

lecho a la terraza donde soplaban las brisas. Permanecía tendida, contemplando la bóveda negroazulada que se curvaba por encima de mi cabeza, pensando en la creencia egipcia de que cada noche la diosa Nut se estiraba de este a oeste y se tragaba el sol, el cual atravesaba su cuerpo y renacía cada amanecer. Siempre se la representaba en tonos dorados, recostada sobre un aterciopelado cielo azul oscuro.

Era una ficción artística. Las estrellas no eran doradas sino de un frío y vivísimo color blanco, y el cielo parecía de tinta. Las noches en que dormí en la terraza tampoco brilló la luna.

Después tuvo lugar la anticipada salida de Sirio, la estrella que había permanecido oculta por debajo de la línea del horizonte durante setenta días. La brillante mancha de luz marcó el primer día del nuevo año y anunció que allá lejos, en el sur, empezaría a crecer el Nilo. El año recorría su ciclo y proseguía su avance implacable.

Desde más allá del recinto del palacio me llegaban los enfervorizados gritos de la muchedumbre ante la aparición de Sirio, y la barahúnda del comienzo de los festejos. La crecida del Nilo daba vida incluso a los alejandrinos pues era necesaria para la producción de los cereales que exportaba la ciudad.

¡Qué clara era esta noche la luz del Faro! Posiblemente le habían puesto más carbón que de costumbre pues las llamas estaban dejando un rastro muy largo. De repente me di cuenta de que no era el Faro sino otra cosa que había detrás, algo que brillaba en el cielo.

Aparté el ligero cobertor y me acerqué al borde de la terraza para modificar mi ángulo visual. Sí, era una fulgurante luz suspendida en el cielo casi al mismo nivel que la parte superior del Faro. Pero no era una estrella, tenía una cola muy larga.

¡Un cometa! ¡Había un cometa en el cielo!

Yo jamás había visto ninguno, pero en cierto modo sabía lo que era. Poseía una belleza singular, con una cola que emitía unos pequeños parpadeos parecidos a unas refulgentes chispas, y una cabeza que se cernía protectoramente en el cielo como el capuchón de una cobra divina.

Inmediatamente experimenté una extraña sensación, una sacudida de reconocimiento. Era César que ocupaba su lugar en la bóveda celeste entre los dioses. Había surgido en aquel preciso instante para darme a entender que jamás me abandonaría, que siempre estaría junto a su verdadera esposa y compañera divina y guardaría el lugar que me correspondía en el ciclo. No permitiría que apartaran a nuestro hijo de la herencia que le correspondía. Lucharía por ella conmigo, más poderoso ahora en los cielos de lo que jamás fuera en la tierra, donde constantemente se había sentido limitado por la mezquindad de los hombres y por su propia mortalidad.

Oí su voz en mi oído, más suave que un murmullo —¿o acaso la oí tan sólo en el interior de mi cabeza?—, diciéndome que todo iría bien, pero yo tenía que abandonar el luto, levantarme de mi lecho de enferma y volver a ser la Cleopatra

que él tanto había admirado por su fuerza e ingenio. Aquélla era la verdadera Cleopatra, la reina de Egipto y la esposa de César, no esa débil criatura que lloraba, se quejaba y languidecía.

«Tienes que soportar las pérdidas como un soldado —me dijo la voz—, valerosamente y sin quejarte. Y cuando pienses que la batalla ya está sentenciada, toma tu escudo para ocupar otra posición y lanza una nueva ofensiva. Este es el temple que distingue a los héroes de los que son sólo fuertes.»

El cometa parpadeó para llamar mi atención mientras me decía: «¡Hazme caso!»

— Sí, te haré caso —dije yo, y por primera vez desde su muerte, o mejor dicho, desde su partida, tal como ahora yo sabía que había sido, experimenté una inmensa sensación de júbilo.

Volví a acostarme, contemplé el cometa y cerré los ojos, dejando que permaneciera toda la noche en suspenso sobre mí.

Allá lejos en Roma, sin que yo lo supiera en aquel momento, Octavio también vio el cometa, que apareció justo cuando estaba celebrando sus juegos cesarinos entre el 20 y el 30 de julio. La aparición del cometa causó sensación entre el pueblo, que la interpretó como yo: todo el mundo comprendió que era César, ya aceptado entre los dioses.

Octavio proclamó inmediatamente la divinidad de su «padre», hizo colocar la estrella sobrenatural en las sienes de las estatuas de César y anunció que a partir de aquel momento todas las monedas reproducirían la imagen de César con su estrella celeste.

Octavio también consideró, sin que yo lo supiera en aquel momento, que el cometa era una llamada a su persona, una llamada en la que se le anunciaba su destino y se le exigía no descansar jamás hasta haber vengado el asesinato de César.

Aquella noche ambos fuimos llamados a las armas por César, ambos experimentamos el deseo de vengarle y de completar su obra, pero para poder hacerlo, cada uno de nosotros necesitaba destruir al otro. César tenía dos hijos, pero sólo podía haber un heredero. César tenía una visión de un futuro imperio mundial pero ¿cuál debería ser su centro, Roma o Alejandría? Por su situación y su espíritu, ¿sería oriental u occidental? ¿Y quién lo presidiría?

Los astrólogos andaban alborotados con el cometa, que permaneció muchos días visible en el cielo mientras ellos celebraban reuniones nocturnas en el Museion para estudiarlo. Desde lugares tan lejanos como la Partia llegaron astrónomos y astrólogos —honrados con el título de magos o sabios— para reunirse con otros estudiosos. Una vez más Alejandría se convirtió en el centro de las inquietudes intelectuales, y yo me enorgullecí enormemente de ello. Una noche me reuní con los sabios y les pedí que trazaran unas cartas astrológicas para Cesarión, para Tolomeo y para mí. Solían reunirse en la sala de mármol en el centro del edificio. Casi todos ellos vestían al estilo griego, pero los extranjeros

lucían largos ropajes bordados, y dos egipcios del Alto Egipto el antiguo atuendo del Nilo.

— Amigos míos, me sorprende que no estéis fuera, estudiando directamente el cometa y los cielos —les dije.

Había algunos rollos y cartas extendidos sobre unas mesas plegables y varios libros de matemáticas.

— Algunos de nosotros sí estamos —contestó Hefestión, nuestro principal astrónomo—. La azotea está demasiado abarrotada de estudiosos. Los demás estamos trabajando aquí, en la corrección de las cartas.

— ¿Habíais previsto la aparición de este cometa? —pregunté.

— No —me confesó—. Ha sido una total sorpresa.

Ello confirmaba la creencia de que no se trataba de un cometa corriente sino de un fenómeno sobrenatural.

— ¿A qué conclusión habéis llegado?

— Es un prodigio —contestó—. Tiene que ser el anuncio de algún acontecimiento muy importante. Tal vez el nacimiento de un niño en el que se cumplirá alguna de las muchas profecías que se han hecho.

No, no era posible. Cesarión ya había nacido, y el siguiente se había malogrado. Y Octavio —en caso de que pensara que el cometa era para él—, ya había cumplido los dieciocho años. ¿Y si lo interpretara —equivocadamente, por supuesto— como signo del lugar que él ocupaba en Roma como sucesor de César?

— No, eso no puede ser —dije con impaciencia—. Lo más probable es que anuncie el cataclismo mundial que se inició con la muerte de César.

Hefestión asintió con la cabeza, por pura cortesía. Miré a los demás estudiosos que estaban examinando las cartas y discutiendo entre sí.

— ¿Podréis enviarme estos horóscopos a palacio dentro de tres días? —le pregunté, fijando una fecha.

Estaba deseando echar un vistazo a las interioridades del destino para ver qué me tenía reservado.

Hefestión inclinó de nuevo la cabeza, cortésmente.

Cuando me entregaron los horóscopos, cumpliendo la promesa, descubrí que los astros no le eran propicios a Tolomeo, pese a que los astrólogos habían utilizado un lenguaje sumamente ambiguo y tranquilizador. En cuanto a Cesarión y a mí, nuestros destinos estaban entremezclados y el uno sacaba su fuerza del otro. Según la lisonjera predicción que me habían hecho, yo moriría de acuerdo con mi deseo y viviría eternamente. Las palabras parecían brillar con trémula luz. ¿Significaban que «moriría de la manera que yo quisiera morir» o que «moriría cuando quisiera»? ¡Menudas piezas estaban hechos los astrólogos! En cuanto a Tolomeo... Ahora comprendí que tendría que llevarlo a pasar el invierno al Alto

Egipto, si aún le quedaba alguna esperanza de recuperación.

— Pero yo no quiero ir —protestó cuando se lo dije—. Quiero quedarme aquí. Allí arriba no hay nada, allí no hay más que palmeras, chozas de barro y cocodrilos.

Sí, muchos cocodrilos. Según los informes que acababa de recibir, había una auténtica plaga. De repente el Nilo se había llenado de cocodrilos más allá de Tebas, y había tantos tomando el sol en los bancos de arena que el paraje parecía un bosque de arrugados troncos esparcidos en ambas orillas.

— El Alto Egipto es muy hermoso —le dije, recordando mis viajes allí. Me había parecido un lugar muy tranquilo y sosegado—. Iré contigo para ayudarte a instalarte. Nos detendremos en el santuario de Kom Ombo y rezaremos al dios cocodrilo de allí para que acabe con esta plaga de cocodrilos. Y tú verás el templo más bello de Egipto en una isla del Nilo llamada File.

Hizo una mueca.

— ¡A mí no me interesa nada de todo esto! ¡Yo quiero quedarme aquí y ayudar a diseñar el trirreme de juguete que están construyendo para Cesarión!

— Les diré que esperen hasta que vuelvas —le aseguré—. Cesarión es muy pequeño todavía para salir a navegar solo con él.

Durante la primera parte de la travesía, Tolomeo estuvo de muy mal humor. No quiso contemplar el paisaje mientras el Nilo y la tierra pasaban por delante de nuestros ojos, pero yo presté cuidadosa atención al estado de las acequias de riego y las represas, sobre todo en el Delta, que tanto dependía del riego. Allí las aguas aún no habían empezado a crecer. La crecida tardó casi veinte días en llegar hasta nosotros desde la Primera Catarata.

A pesar de sus estallidos verbales, Tolomeo se pasaba el rato descansando apáticamente bajo un toldo mientras miraba a su alrededor con semblante enfurruñado, tosiendo sin parar. No cabía duda de que se encontraba muy mal. Cuando pasamos por delante de las pirámides apenas se tomó la molestia de levantar los ojos para contemplarlas. Después desfilamos por delante de Menfis, del Oasis de Moeris y de Tolemada, la última avanzada griega en el Nilo. El río ya se estaba empezando a hinchar con la crecida. Nosotros habíamos llegado hasta él en lugar de esperar a que él llegara hasta nosotros en Alejandría.

El río se fue ensanchando hasta convertirse en un lago mientras nosotros seguíamos navegando y pasábamos por delante de Tentyra, con su templo de Hator, y por delante de Tebas, con su impresionante templo de Atón y sus gigantescas estatuas de Ramsés sentado delante de su templo funerario. Las tristes colinas en las que los faraones muertos tenían sus cortes en unas cámaras excavadas en la roca se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

De pronto el río se llenó de formas de cocodrilos. Mirara donde mirara veía escarceos en el agua, en los lugares donde los escamosos lomos rompían la superficie; entre las cañas se agitaban unos vertiginosos remolinos. Los animales se alineaban a lo largo de las cenagosas orillas. Algunos de ellos bostezaban,



dejando al descubierto unos dientes brillantes y curvados mientras movían lentamente las colas y serpeaban por el barro para ponerse más cómodos.

— ¡Mira! —dije, sacudiendo a Tolomeo, que estaba dormitando en medio del calor meridiano—. ¿Has visto alguna vez tantos cocodrilos juntos?

Entornó los ojos, pero los abrió enseguida al ver el espectáculo.

— ¡Gran Serapis! —exclamó—. ¡Todos los cocodrilos del mundo están aquí reunidos!

Contemplamos fascinados cómo un perro se aproximaba a beber en un lugar de la orilla que parecía desierto. Se acercó con sumo cuidado, pero estaba sediento y tenía que beber. Incluyó cuidadosamente el hocico hacia la superficie del agua, aparentemente vacía. Apenas la había rozado cuando surgió una gigantesca forma y lo atrapó con tal rapidez que mis ojos a duras penas pudieron seguir el movimiento. Un cocodrilo esperaba sumergido.

El agua se cubrió de espuma y el perro emergió a la superficie aullando, atrapado por unas mandíbulas tan grandes como un arado. El cocodrilo lo sumergió y lo mantuvo bajo la superficie del agua hasta que se ahogó. Entonces las mandíbulas volvieron a aparecer con las fauces abiertas y empezaron a tragar pedazos de carne que unos minutos antes estaba viva. El agua se tiñó de sangre y toda una flotilla de cocodrilos se acercó al lugar, atacando al primer cocodrilo para intentar arrebatarse la comida de las fauces. Las extremidades y las escamosas colas se agitaban en medio de las ensangrentadas aguas. Algunos trozos del cuerpo del perro, las orejas y la cola, flotaron sobre la superficie del agua, pero inmediatamente fueron apresados por los cocodrilos que esperaban.

Me estremecí de angustia. No me extrañaba que los aldeanos hubieran pedido la ayuda del Gobierno pues ellos no podían sacar el agua por sí mismos. El único depósito de agua de la aldea estaba cercado por un alto muro de ladrillos de barro que lo protegía. Nadie se atrevía a acercarse al río para llenar las jarras de agua o lavar la ropa. Y cuando el río se desbordara, empujaría a los cocodrilos hacia las calles y las casas de la aldea. Habría cocodrilos vagando por las calles al mediodía, acechando bajo los bancos y dormitando a la sombra de la parte posterior de los edificios.

Tolomeo se incorporó con gran esfuerzo y se acercó a la barandilla, desde donde contempló fascinado a los animales.

— No te acerques demasiado —le advertí.

Había visto hasta qué extremo un cocodrilo podía atacar desde el agua.

El sol ya se estaba poniendo cuando finalmente llegamos al templo de Kom Ombo.

Yo sabía que no podíamos hacer las debidas súplicas antes de que oscureciera, y por consiguiente di orden de que ancláramos río adentro, lejos de los susurros de los cañaverales y de los bancos de arena cubiertos de inmóviles formas de cocodrilos.

— Nada de dormir en la cubierta —le dije a Tolomeo.

Probablemente los cocodrilos estarían merodeando por allí, a la espera de algún brazo colgante. Se dirigió malhumorado a su cama del camarote y se quedó casi inmediatamente dormido.

Yo permanecí acostada en la oscuridad, escuchando los lengüetazos del agua contra los costados de la embarcación y oyendo —o creyendo oír— otros sonidos: los de los grandes y musculosos animales rozando las bordas o intentando trepar con sus garras hasta la cubierta. Me levanté con las primeras luces del alba y, envolviéndome en un manto, contemplé la salida del sol. Sus rayos acariciaron las fluctuantes cañas y besaron la dorada piedra arenisca del templo, iluminando primero el tejado y después las columnas superiores. Detrás del templo, unas moradas nubes perduraban todavía en el cielo, con algunas estrellas a su alrededor.

Mi padre había construido una parte de aquel templo y estaba muy orgulloso de haberlo hecho. En los templos del Alto Egipto había sido —al menos en piedra— el rey guerrero que jamás llegó a ser en carne y hueso. Recordé mi emoción cuando él me llevó allí de pequeña para mostrarme el nuevo pilón y las columnas del templo. Me obligó a permanecer despierta hasta muy entrada la noche para hablarme de las rutas comerciales entre Kom Ombo y el mar Rojo, a través de las cuales los elefantes africanos eran trasladados antaño al norte, donde eran adiestrados para el ejército egipcio. Entonces me pareció un lugar mágico, y esta mañana seguía experimentando todavía los efectos de su hechizo. Un movimiento entre las cañas de la orilla anunció el comienzo de la jornada de los cocodrilos. Ya era hora también de que nosotros iniciáramos la nuestra. Tendieron una larga plancha sobre los bancos de arena, con una red protectora a cada lado, y la cruzamos, poniendo en estado de alerta a los cocodrilos que aún estaban muy perezosos a aquella hora de la mañana. Subimos rápidamente la cuesta de la colina donde se levantaba el templo, por encima de un recodo del Nilo, de cara a la campiña. Nos saludaron las columnas doradas en las que figuraban labradas distintas escenas de todos los gobernantes que habían contribuido a la construcción del templo. Había una en la que figuraba mi padre, ritualmente purificado por Horus y Sobek, pues aquel templo estaba dedicado al dios halcón y al dios cocodrilo. Sobek, el dios cocodrilo, era más alto que un hombre, tenía cuerpo de hombre, hombros muy anchos y cabeza de cocodrilo, y llevaba una faldita, un tocado y una corona. Su sagrario y su sala se encontraban a la derecha, y hacia allá nos dirigimos, cruzando un vestíbulo donde pasamos de la dorada y melosa luz del exterior a una creciente penumbra hasta llegar a la oscuridad del sagrario interior de Sobek.

Encendimos unas velas y nos acercamos al sagrario, que contenía la estatua del dios labrada en oscuro granito, y cuyos ojos redondos y blancos nos miraban furiosos. Las escamas muy bien reproducidas de su largo hocico le conferían una apariencia increíblemente natural.

En mi calidad de reina y encarnación terrenal de Isis, le hablé cara a cara.

— Altísimo Sobek, ¿por qué perturbas mi tierra? ¿Por qué nos has enviado

legiones de cocodrilos que están infestando las aguas río abajo desde la Primera Catarata? ¿Acaso te falta algo? Permíteme que yo te lo ofrezca para que así tú puedas volver a llamar a tus criaturas a su hogar.

El ídolo me miró con expresión inflexible. La alargada llama de la vela jugaba sobre sus imperturbables facciones.

— Te daré lo que necesites, pero debo pedirte que desistas de atacar mi tierra.

A mi lado, Tolomeo tiró de mi túnica.

— No le hables en este tono tan autoritario —me dijo en un susurro—. No tendrías que hablarle así.

No, mi tono era el más apropiado. Yo era una reina en cuyo espíritu moraba Isis, y él —hablemos con franqueza— era un simple dios menor cuya influencia estaba limitada a aquella pequeña región. Otros dioses lo habían derrotado mucho tiempo atrás, y Horus se había apoderado incluso de la mitad de su templo.

— Deposito aquí mis ofrendas, Sobek, oh, gran dios de los cocodrilos, pero en nombre de Isis y del pueblo de Egipto del que yo soy responsable, insisto en que saques a tus criaturas de aquí.

De lo contrario, Olimpo y yo nos tendríamos que inventar alguna manera de envenenar las aguas y matar a los cocodrilos.

Tolomeo y yo entonamos juntos un himno de alabanza a Sobek y depositamos nuestras ofrendas de flores, vino y valiosos ungüentos delante de su embarcación sagrada. Después permanecemos en silencio unos minutos y nos retiramos.

El sol ya estaba muy alto en el cielo y sus rayos calentaban el patio del templo. A un lado se extendía la necrópolis de los cocodrilos momificados, y al otro un gran pozo redondo en cuyo interior había un «nilómetro». Me acerqué y miré por encima del borde.

Me sorprendió que el nivel del agua aún no hubiera subido demasiado. Alrededor del muro del nilómetro figuraba claramente marcada la línea de los «codos de la muerte», por debajo de la cual se produciría la carestía de alimentos. El Nilo aún se encontraba muy por debajo de aquella línea, a pesar de que la estación de la crecida ya tendría que estar muy adelantada. Sentí una punzada de inquietud.

Regresamos a toda prisa a la embarcación, subiendo por la plancha que nos servía de puente por encima de los cocodrilos, que ahora aguardaban ansiosamente su ración de comida. En cuanto nuestras sombras parpadearon ante sus ojos se pusieron en guardia; un ejemplar especialmente grande abrió las fauces y dejó al descubierto una hilera de dientes y una lengua gruesa y saludable, sonrosada como una flor. Estaba claro que Sobek cuidaba muy bien de los suyos.

¡Quiera Isis ser tan benévola con nosotros como lo es Sobek con sus

criaturas!, recé. Visitaríamos File, expondríamos nuestros temores a la gran diosa y pondríamos a Tolomeo bajo su protección.

Hizo falta otro día de navegación por las aguas del Nilo cada vez más crecidas para llegar a las inmediaciones de la Primera Catarata. El habitual rugido de la catarata sonaba amortiguado pues el agua había crecido lo bastante como para que muchas de las afiladas rocas estuvieran sumergidas, por lo que pudimos navegar —con muchas precauciones, desde luego— a través de aquel tramo del río habitualmente tan peligroso. Cuando al anochecer echamos el ancla a la vista de File, el color del cielo se reflejaba en la vasta extensión de las aguas luminosamente nacaradas.

La pequeña isla resplandecía bajo la moribunda luz del ocaso con los centenares de velas votivas depositadas por los peregrinos. Aunque los muros del gran templo de Isis eran de piedra arenisca, aquella noche parecían de blanco y finísimo alabastro translúcido.

Había jurado no regresar jamás allí tras haber participado con César en la extraña ceremonia que más tarde se me había antojado una burla. Ahora ya no estaba tan segura. A lo mejor las ceremonias —incluso las que se recitan en lenguas desconocidas— tienen en sí mismas un poder especial. Quizá César se sintió de alguna manera obligado por ella.

Las luces se fueron apagando una a una por efecto del viento, y la silueta del templo se desvaneció en la oscuridad, iluminada tan sólo por la media luna aparentemente empalada en las cañas que crecían por doquier.

Me tendí en mi lecho bajo la caricia del cálido viento y me sentí protegida por Isis, cuya presencia se cernía sobre su sagrada isla.

Bajamos a tierra al rayar el alba antes de que empezaran a llegar las hordas de peregrinos. Queríamos permanecer solos en presencia de la diosa. Tolomeo se mostraba especialmente apático y tuvo que hacer un gran esfuerzo para cubrir la breve distancia que separaba el embarcadero de la entrada del templo.

— ¡Mira! —le dije, señalándole el primer pilón, donde nuestro padre, envuelto en una resplandeciente armadura, aparecía representado en toda su gloria, castigando a sus enemigos.

— Sí, sí, ya lo veo —contestó en tono cansado.

Nos recibió un sacerdote vestido de blanco, que hizo una profunda reverencia.

— Majestades —dijo con suave y melodiosa voz—, en nombre de Isis os recibimos en el santuario.

— Venimos a pedirle salud a la diosa —le expliqué.

— Ah, sí —dijo, señalando con la cabeza todas las ofrendas depositadas en el patio—. Centenares de personas acuden aquí... tribus de nublos del sur, griegos, árabes e incluso romanos. Es el principal santuario de curaciones porque

su manantial está muy cerca de las fuentes del Nilo. Y también del sepulcro de Osiris. Es realmente un territorio sagrado. —Miró con afecto a Tolomeo y hubiera deseado alargar la mano para tocarlo, pero estaba prohibido.

Rodeé con mi brazo los hombros de Tolomeo.

— ¿Podemos acercarnos al sacrario? —pregunté—. Nos siguen los portadores de las ofrendas.

Señalé a los cuatro servidores, vestidos con las obligatorias túnicas nuevas de lino no blanqueado, portando unos cofres de oro con mirra, oro, canela y sagrado vino blanco de Mareotis.

Con pasos lentos y solemnes propios de las ceremonias, el sacerdote nos acompañó a través de los pórticos del primer pilón a un patio más pequeño, donde cruzamos una segunda puerta que daba acceso al oscuro interior en el que unas sagradas hornacinas flanqueaban el recóndito sacrario.

La luz natural no llegaba hasta allí; las piedras estaban tan apretadas que no había la menor rendija a través de la cual pudiera penetrar algún entrometido rayo de sol. En la hornacina de la izquierda, unos complicados candelabros con velas encendidas flanqueaban una estatua de oro de Isis de tamaño natural, colocada sobre un pedestal, iluminándola con una suave luz amarillenta.

Era hermosa, serena, compasiva y sabia. Al contemplarla experimenté una serenidad y una paz que pocas veces experimentaba, y siempre con carácter fugaz.

«¡Oh, gran diosa! —murmuré para mis adentros—. ¿Cómo podría olvidar tu rostro?»

Incliné la cabeza y me sentí profundamente dichosa, a la vez que profundamente humilde por haber sido elegida, de entre todas las mujeres de la tierra, su representante mortal.

El sacerdote echó incienso en el turíbulo que había a los pies de la diosa, y el aire se llenó inmediatamente de perfume.

Me adelanté para depositar mis ofrendas y dije:

— Hija de Ra, yo, Cleopatra, comparezco ante tu presencia, oh Isis, dadora de vida, para contemplar tu hermoso semblante; dame para siempre la obediencia de todas las tierras.

Después incliné la cabeza.

La diosa guardó silencio. Ahora entonaría el himno que más me gustaba, aquél tan gozoso que no había vuelto a cantar desde la ceremonia de mi boda con César.

Oh, Isis la Grande, Madre de Dios, Señora de File,  
Esposa de Dios, Adoradora de Dios y Mano de Dios,  
Madre de Dios y Gran Esposa Real,  
Adorno y Señora de todos los Ornamentos del Palacio.

Señora y deseo de los verdes campos,  
criatura que llena el palacio con su belleza,  
perfume del palacio, señora de la alegría  
que completa su curso en el Divino Lugar.

Nube de lluvia que tiñe de verde los campos,  
doncella, golosina del amor. Señora del Alto y el Bajo Egipto  
que imparte órdenes entre las Nueve Divinidades  
bajo cuyo mando todo se gobierna.  
Princesa, grande en alabanzas, señora del hechizo  
cuyo rostro se deleita con el goteo de la mirra fresca.

Desde detrás de la estatua de la diosa, un sacerdote contestó en su nombre con voz sonora:

— Qué hermoso es lo que acabas de hacer por mí, hija mía, Isis, mi amada, señora de las diademas, Cleopatra; te he dado esta tierra, alegría de tu espíritu para siempre. —Se oyó el seco y metálico matraqueo de un sistro, e inmediatamente la incorpórea voz añadió—: Yo infundo el temor de ti en toda la tierra; te he dado todas las tierras en paz; yo infundo el temor de ti en los países extranjeros.

«El temor de ti en los países extranjeros...» ¿A qué destino me estaba llamando? Los Lápidas llevaban muchas generaciones sin ningún dominio extranjero, y ahora era Roma la que infundía temor en los países extranjeros.

Incliné la cabeza para demostrar que aceptaba sus favores y sus dones.

Tolomeo permanecía de pie a mi lado más tieso que un palo, temblando de pies a cabeza.

— Ahora eres tú el que tiene que hablarle —le dije—. Lo está esperando.

Me miró en silencio, como si temiera proferir el más mínimo sonido.

— Te dejaré a solas con ella —le dije.

Tal vez fuera lo mejor.

Al salir del oscuro sagrario lleno de humo a la diáfana luz del sol matinal me sentí mareada. El patio aún estaba desierto, y los guardias no permitirían entrar a la gente hasta que nosotros nos hubiéramos retirado. Me quedé allí con la sola compañía de un par de sacerdotes que paseaban a la sombra de la columnata, entonando oraciones.

A un lado se encontraba la casa del nacimiento, una representación simbólica del nacimiento de Horus, hijo de Isis y Osiris. Allí se escenificaba y celebraba la leyenda de Isis y de su esposo en sus múltiples versiones. ¿Hay algún niño que no la conozca? Osiris, asesinado por su perverso hermano Seth, fue buscado y encontrado por la doliente y fiel Isis, la cual concibió milagrosamente del difunto Osiris a su hijo Horus, y lo alumbró en unos pantanos de papiros del Alto Egipto. Entonces el malvado Seth volvió a matar a Osiris, y

esparció sus miembros por todo Egipto. Una vez más la fiel esposa recogió los miembros y los volvió a juntar, devolviendo la vida a Osiris en el Ultratumba, donde éste reina como Rey de los Muertos, y «es eternamente feliz». Entretanto Horus, que había crecido, mató a su tío Seth para vengar a su padre. Osiris, Isis y Horus viven juntos y constituyen una sagrada y bendita tríada. La casa del nacimiento conmemoraba el prodigioso nacimiento del niño. Frente a File, en la cercana isla de Biggeh, estaban enterradas algunas partes de Osiris, y una estatua dorada de Isis se trasladaba cada diez días en una barca sagrada a visitar a su divino esposo, escenificando de este modo el antiguo relato. Contemplé la rocosa orilla a través de una de las aberturas de la columnata.

Era algo tan parecido a la realidad de mi vida que me estremecí al pensarlo. Yo era Isis, César era Osiris, Cesarión era Horus. César, asesinado por hombres malvados, se había convertido ahora en un dios. Yo me había quedado sola para llorarle, vengar su muerte y criar a su hijo, para que pudiera llevar su nombre y recibir su herencia. Al igual que Isis, me sentía muy sola vagando por toda la tierra en busca de sus restos.

Movida por una repentina determinación, me dirigí a la pequeña sala donde tiempo atrás ambos habíamos pronunciado aquellos misteriosos juramentos. Restos de César... allí había uno.

Entré en la pequeña sala cuadrada en cuyos bajorrelieves se representaba a los faraones haciendo ofrendas a Isis bajo el buitre alado del Alto Egipto. Allí habíamos estado los dos. Contemplé las baldosas del suelo sobre las cuales se habían apoyado las sandalias de sus pies, y los lugares que había rozado la orla de su capa. Coloqué los pies en el lugar donde él los había colocado entonces y alargué la mano para tocar... el aire vacío.

Sin embargo no estaba sola. Sólo nos separaba una delgadísima barrera invisible aunque fuertemente vigilada: el tiempo y la muerte. Ya no me sentía burlada ni desposeída de lo que era mío sino extrañamente consolada. La ceremonia perduraba a través de la barrera y nos seguía manteniendo unidos.

Salí fuera y esperé a Tolomeo bajo la luz del sol. Las suaves caricias del agua en las orillas de la isla tranquilizaban y serenaban mi desbocado corazón. Recordé que allí también había un nilómetro en forma de gradas que bajaban directamente al agua. Al descender me di cuenta de que había tenido que bajar muchas para alcanzar el nivel del agua. La señal de la crecida mínima se encontraba todavía a cinco gradas del nivel del agua. Sentí que se me aceleraban los latidos del corazón.

Era evidente que se había producido una cierta crecida. ¿Acaso no habíamos navegado por la Catarata? Pero la crecida aún era muy escasa. Busqué un relieve que había en uno de los muros, en el que se representaba a Hapi, el dios del Nilo, en su gruta de las Cataratas. ¿Qué nos estaba haciendo Hapi? Le dirigí varias oraciones.

No supe cuánto rato permanecí allí, pero cuando levanté los ojos vi que Tolomeo salía del templo tosiendo, apoyado en dos sacerdotes.

— El encuentro con la diosa le ha afectado profundamente —explicó uno de los sacerdotes, dándole aire con un abanico.

Tolomeo seguía tosiendo. Pensé que no había sido la presencia de la diosa lo que le había afectado sino el humo del incienso. Estaba segura de que Olimpo se mostraría de acuerdo; a su juicio, el incienso era un veneno para los pulmones.

— Deseamos dejarlo bajo vuestra custodia en el santuario de la curación — dije—. ¿No tenéis una casa donde los sacerdotes y las sacerdotisas atienden a los enfermos que acuden a Isis?

— Sí, pero su capacidad es limitada. Es decir, no está abierto a todos los peregrinos porque en tal caso tendría que ser enorme. Es una pequeña casa, donde los pacientes viven de una manera saludable —me aseguró el sacerdote.

Me gustó lo que vi. El patio embaldosado estaba imaculadamente limpio, con flores alrededor de un pozo central, y no había gatos ni perros merodeando por el lugar. Unas amables mujeres, que servían a Isis en su función de sanadoras como Asclepio, atendían a los inválidos, paseándolos bajo el sol, leyéndoles y sirviéndoles la comida. Pensé que en aquel lugar Tolomeo recibiría los mejores cuidados posibles.

Al ver que Tolomeo no protestaba de que lo dejaran allí, empecé a alarmarme. Eso significaba que había perdido la fuerza de luchar.

Mientras lo acostaban, le acaricié la frente y le dije:

— La diosa te curará. El año que viene por estas fechas estarás de vuelta en Alejandría, y eso no será más que un recuerdo.

Asintió dócilmente con la cabeza y me apretó la mano.

Decidí quedarme unos cuantos días allí pero a él no se lo dije por temor a que cambiara de parecer y se empeñara en regresar conmigo. Le pedí al sacerdote que me informara sobre su estado cada mañana y cada noche.

Todos los informes de los primeros cuatro días fueron muy favorables. Tolomeo dormía muy bien; su color estaba mejorando e incluso tomaba sopa y pan. Al quinto día, el sacerdote acudió a verme a toda prisa poco antes de la puesta del sol.

— Gran Reina, el Rey ha... se ha atragantado con la comida, le ha dado un acceso de tos y se ha desmayado. Lo hemos recostado sobre unos almohadones en la cama y ha empezado a escupir sangre.

— Será mejor que te acompañe.

Salimos corriendo y entramos en la casa de los enfermos.

Encontré a Tolomeo inerte sobre los almohadones y con los brazos colgando como ramas de sauce cortadas. Su rostro mostraba una mortal palidez y sus mejillas estaban punteadas de manchas rojas. Su aspecto era completamente distinto del que tenía la última vez que le había visto.

— ¡Tolomeo! —le dije en un susurro, arrodillándome a su lado.



Abrió los ojos con gran esfuerzo y los clavó en mí.

— Ah... pensaba que te habías ido.

— No, estaré aquí mientras tú me necesites.

Alargó una débil mano, buscando a tientas la mía.

Al tomarla la encontré seca y ardiente, como los élitros de una langosta bajo el sol.

Lanzó un profundo suspiro, llenándose los pulmones de aire. Al exhalarlo le salió una espuma roja por las ventanas de la nariz.

Cerró los ojos y ya no los volvió a abrir. Sentí que su ardiente manita se contraía levemente y después se aflojaba. Murió serenamente y sin esfuerzo, suspirando por todo lo que tenía que abandonar.

Retuve su pobre manita en la mía sin decir nada. Ya tendría ocasión de hablar cuando regresara el sacerdote.

Nuestra embarcación navegó Nilo abajo convertida ahora en una barca funeraria. Los sacerdotes de File habían preparado a Tolomeo para su viaje a la eternidad. Durante el tiempo que invirtieron en ello se construyó un féretro para el transporte. Esperé, suspendida entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Día tras día contemplé los débiles e infructuosos esfuerzos del Nilo por crecer. Me estaban cayendo encima toda suerte de infortunios. ¿Tendría que enfrentarme ahora con una carestía de alimentos en la tierra, después de la pérdida de mi esposo, de mi hijo no nacido y de mi hermano?

«¿Tan fuerte me crees? —le pregunté a Isis en tono suplicante—. ¡Ya no puedo más!»

«Sí puedes y podrás», pareció responderme el agua con un indiferente murmullo.

La embarcación llevaba colgaduras de duelo y los remeros vestían ropa de luto. La gente se congregó en las orillas todo lo cerca que le permitía la presencia de los cocodrilos y contempló nuestro paso en silencio. La travesía se hizo interminable. Cuando pasamos por Kom Ombo, recordé la fascinación de Tolomeo por el dios cocodrilo y me eché a llorar. Le gustaban tantas cosas... El mundo sería un lugar más gris sin su risa y su infantil curiosidad.

UN sol claro e implacable caía sobre el cortejo fúnebre como el agua de una jarra. El carro que llevaba el sarcófago de Tolomeo se abrió paso por las calles de Alejandría, siguiendo el camino de todos los cortejos oficiales, antes de terminar su recorrido en el Soma, el mausoleo real situado en el lugar donde se cruzaban las dos avenidas principales. Todos mis antepasados descansaban allí, en unas complicadas cámaras, en el interior de unos ornamentados sarcófagos de piedra. Pasear por delante de ellos era hacer un recorrido por las distintas modas funerarias, desde el sencillo y cuadrado sarcófago de Tolomeo I hasta el recargado de Tolomeo VIII, adornado con tanta vegetación labrada que más parecía un emparrado. Era el siniestro desfile de los muertos. Me estremecí al pasar por delante de la tumba de mi padre y de la sin decorar —pues había sido castigado en la muerte— de mi otro hermano Tolomeo, el traidor. El Tolomeo que acababa de morir descansaría en un sólido sarcófago de granito rosa labrado con embarcaciones y caballos. Había procurado recordar las cosas que más le gustaban y que él hubiera querido tener consigo, pero eran tantas...

Unas antorchas encendidas iluminaban el pasadizo subterráneo con tanta claridad como si se encontrara al aire libre. Pero todo terminó enseguida, las puertas se cerraron bajo llave y salimos de nuevo a la verdadera luz del día.

Dos funerales, ambos horribles cada uno a su manera: César incinerado hasta quedar reducido a cenizas y sus huesos recogidos posteriormente para ser enterrados en el sepulcro de su familia. Tolomeo conservado gracias a la habilidad de un embalsamador y depositado rígido y frío en una oscura caja. La muerte era grotesca.

Toda Alejandría tuvo que observar los siete días de luto oficial. Se interrumpieron todos los negocios, los embajadores tuvieron que esperar, los barcos permanecieron anclados con sus cargas y las facturas no se pagaron.

Ahora ya estábamos en el mes de octubre y el Nilo nos había fallado. El nivel del agua apenas alcanzaba la línea de los «codos de la muerte» en todos los nilómetros. El agua se había extendido allí y en el Bajo Egipto formando unos pequeños charcos y llenando a duras penas las represas. Ahora ya se estaba retirando con un mes de adelanto.

Habría carestía de alimentos.

Por lo menos, el bajo nivel del agua causaría sufrimiento a los cocodrilos. Incapaces de encontrar suficiente alimento, muchos de ellos desaparecían bajo el barro, donde dormirían a la espera de tiempos mejores. Algunos subían a tierra y se quedaban varados o a merced de los aldeanos, que los acorralaban y alanceaban. Otros se retiraron a las aguas de más allá de la catarata.

Sobek me había obedecido, o más bien había obedecido a la Isis que yo llevaba dentro.

Cuando terminó el luto oficial, consulté a Mardo y Epafrodito sobre la prevista crisis de las cosechas.

— Sí, habrá carestía —dijo Mardo—. Ya me han hecho los cálculos.

— ¿Y será muy grave la carestía? —pregunté.

— Tan grave como otras que ha habido —me contestó, sacudiendo la cabeza—. Es una suerte que los dos últimos años hayan sido buenos.

«Cuando yo no estaba —pensé—. ¡A lo mejor, sería bueno para Egipto que yo me fuera a vivir a otro sitio!»

Así lo dije.

Mardo enarcó las cejas.

— Pero ¿dónde te gustaría vivir? ¿Qué otro lugar se puede comparar con Alejandría?

— Tal vez Éfeso o Atenas.

Sentía curiosidad por conocer aquellas ciudades y sus dos grandes maravillas: el gran templo de Artemisa y el Partenón.

— ¡Bah, hay demasiados griegos! —dijo Epafrodito—. ¿A quién le interesa vivir con los griegos?

— Tiene razón —dijo Mardo—. Discuten demasiado, casi tanto como los judíos. Por eso hay tantos alborotos y tantas disputas en Alejandría... Los judíos y los griegos se la tienen jurada y andan siempre a la greña.

— A diferencia de vosotros, los tranquilos egipcios —replicó Epafrodito—. Creo que os moriríais de aburrimiento.

— Vamos, amigos míos —dije yo—, no empecemos a pelearnos aquí. Mis ministros tienen que estar por encima de las características nacionales —dije medio en broma—. Si tuviéramos que tomar medidas para paliar los efectos de la carestía, ¿cómo se encuentran las arcas del Tesoro? ¿Podemos permitirnos el lujo de empezar a reconstruir mi flota?

Mardo me miró alarmado.

— ¡Señora, esto costaría una fortuna!

— Una fortuna para salvar una fortuna —dije yo—. Sé que los ojos de Roma volverán a posarse en Oriente. La última disputa entre César y Pompeyo se resolvió en Grecia. Los asesinos vendrán a Oriente, lo sé. Lo presiento. Y cuando vengan, tenemos que estar preparados para defendernos o para prestar ayuda al bando de César.

Mardo cruzó y descruzó las piernas como acostumbraba a hacer cuando reflexionaba.

— ¿Y las cuatro legiones que ya tenemos aquí? —preguntó finalmente.

— Deben lealtad a Roma —contesté—. Necesitamos unas fuerzas que

defiendan nuestros intereses, unas fuerzas navales.

La debilidad naval de Roma era un hecho universalmente conocido. Sus legiones eran invencibles en tierra, pero su flota ponía muy escaso ardor en las batallas.

— Sí, estoy de acuerdo —dijo Epafrodito—. Y creo que el Tesoro lo podrá resistir, aunque habrá que gastar casi todo lo que hay. Nos quedaremos sin reservas.

No importaba. Las arcas se habían vuelto a llenar con gran rapidez, y la flota nos era muy necesaria.

— Creo que necesitaremos por lo menos doscientos barcos —dije yo. Los dos hombres me miraron sorprendidos—. Un número inferior no sería una flota —añadí—. Las medidas a medias sólo sirven para malgastar el dinero.

— Sí, Majestad —dijo Epafrodito—. ¿Debo encargarme de conseguir la madera y los carpinteros de ribera? ¿Qué tipo de barcos quieres que integren esta flota? ¿Embarcaciones de guerra, cuatrirremes y otros de más órdenes de remos, o embarcaciones más ligeras de tipo liburno? Hay que saberlo para poder encargar la madera del tamaño adecuado.

— Yo haría mitad y mitad —contesté. Había leído muchas cosas sobre la guerra naval y me parecía oportuno que estuviéramos protegidos en dos frentes. Se habían perdido muchas batallas por haber confiado exclusivamente en un tipo de embarcación—. Y quiero aprender a capitanear un barco —añadí.

Los dos hombres me miraron escandalizados.

— Majestad —dijo Epafrodito—, creo que podrás confiar en los capitanes de la flota.

— Habrá capitanes —le aseguré—, pero no quiero permanecer al margen de la acción.

Mardo puso los ojos en blanco.

— Oh, no —dijo, lanzando un suspiro—. Lo que faltaba.

No le hice caso.

— Cuando la carestía de alimentos se deje sentir con más fuerza hacia marzo o abril, tendremos que abrir al pueblo los graneros de Alejandría. Ahora mismo lo anunciaremos.

Los cereales de Egipto —el trigo y la cebada— se almacenaban en los enormes graneros de Alejandría para su envío por barco o su distribución. Había que establecer una vigilancia, y decidí colocar un doble destacamento de soldados a su alrededor.

— ¿Ahora? —preguntó Mardo, frunciendo el ceño—. Si lo haces, vendrán a pedirlos antes de lo necesario.

— Tal vez, pero así podremos evitar preocupaciones y levantamientos.

Mardo lanzó un nuevo suspiro. Prefería esperar a que surgieran las dificultades en lugar de salirles al encuentro a medio camino.

La flota empezó a tomar cuerpo gracias a los astilleros del Delta y de Alejandría, que trabajaban a un ritmo endiablado. Los sirios, que eran audaces navegantes (razón por la cual eran muy bien pagados y estaban dispuestos a correr cualquier riesgo), transportaron por mar el suficiente número de maderos lo bastante largos como para construir los esqueletos de las embarcaciones de guerra y ponerlos a secar. Los accesorios de los barcos —los remos, las velas, los timones, los cabos y los arietes— se construyeron por separado con gran presteza. Yo había decidido dividir la flota y estacionar la mitad con mi gobernador de Chipre para facilitar el despliegue. Mientras estudiaba todos los detalles de los diseños de los barcos, pedí a un carpintero de ribera de Alejandría que construyera el trirreme en miniatura que le había prometido a Cesarión. El niño tenía ahora tres años y medio y el trirreme le encantó. Bajamos muchas veces las gradas del palacio que conducían al puerto real para que lo viera. Debería tener unos veinte palmos de longitud, suficiente para que dos remeros adultos lo impulsaran; los demás remos estarían clavados y sólo serían de adorno.

— ¿Y yo seré el capitán? —me preguntó Cesarión, rodeando la embarcación a medio terminar y asomándose por encima de las barandillas para contemplar la cubierta.

— Sí, pero hasta los siete años deberás tener siempre a un capitán auxiliar adulto —le contesté.

Y el adulto tendría que ser un experto. No quería que mi familia sufriera más accidentes en el mar.

— ¿Qué nombre le pondré al barco? —preguntó.

— Un nombre maravilloso —le contesté—. Pero eso lo tendrás que decidir tú.

Me miró con su característica expresión de perplejidad tan propia de una persona mayor.

— ¡Será muy difícil! —dijo en tono quejumbroso.

Con la llegada del Año Nuevo romano llegó también la perdición del primer conspirador. Trebonio —que no había apuñalado directamente a César pero había desempeñado un destacado papel entreteniendo a Antonio para que no interfiriera en el asunto de los Idus— se había ido tranquilamente a asumir el gobierno de la provincia de Asia. Era evidente que no le remordía la conciencia al marchar a la provincia que tan generosamente le había concedido César. Pero Dolabela, uno de los miembros del bando de César, lo persiguió hasta Asia, y allí le arrebató la provincia, tras combatir contra él. Le cercenó la cabeza, que primero depositó a los pies de la estatua de César y después la arrojó a las calles de Esmirna, donde los niños jugaron con ella como si fuera una pelota.

Así empezó el castigo. Me alegré cuando lo supe. Hubiera deseado tener la ensangrentada cabeza a mis pies, propinarle un puntapié, machacarle los ojos

contra el empedrado y aplastarle el cráneo.

En Roma, Octavio y Antonio se estaban convirtiendo en enemigos declarados, sobre todo como consecuencia del empeño de Cicerón en poner al Senado en contra de Antonio. El orador soñaba con gobernar Roma, con ser el sabio mentor y guía del impresionable y obediente joven. Al final él, Cicerón, se convertiría en estadista y sería el salvador de su país. ¡Qué poco conocía a Octavio! El necio e iluso era él.

Pero el arrogante anciano escribió y pronunció toda una serie de discursos contra Antonio, y al final consiguió que el Senado le declarara la guerra. Los discursos estaban llenos de mentiras y tergiversaciones pero resultaban entretenidos, como ocurre con todas las calumnias. Nadie mejor que Cicerón para difamar a alguien con ingeniosas palabras e insinuaciones. Lo pagó con su vida, pero no sin antes haber estado casi a punto de hacerle perder la suya a Antonio.

Mis vaticinios se hicieron realidad. Tras pasar algún tiempo en Atenas, Bruto se dirigió a Macedonia y Casio se trasladó a Asia. Ambos se unirían y se harían fuertes en Oriente, lo cual daría lugar a una guerra.

Casio emprendió la tarea de desbancar a Dolabela de su puesto de gobernador, y Dolabela me pidió el envío de las legiones romanas. Una vez más ocurrió lo que yo había predicho. No tuve más remedio que entregárselas, pues si no se las hubiera enviado a Dolabela Casio las hubiera reclamado. Sin embargo, antes de que llegaran a Dolabela, Casio se apoderó de ellas.

¡Mis legiones habían caído en manos del enemigo, del asesino de César! Después Casio persiguió a Dolabela en Siria y lo rodeó finalmente en la ciudad de Laodicea. Al saberse derrotado, Dolabela se suicidó. Casio se alzó con la victoria y ahora gobernaba toda el Asia Menor y Siria. Tenía catorce legiones a su disposición, ocho de las cuales se las habían proporcionado los gobernadores de Siria y Bitinia, cuatro eran de Alieno y habían sido capturadas durante su viaje desde Egipto, y dos pertenecían al vencido Dolabela. ¡Catorce legiones nada menos!

Después se produjo el golpe más duro de todos: Casio convenció a Serapio, mi gobernador de Chipre, de que le entregara todos los barcos de mi nueva flota que se encontraban estacionados allí. Entonces la flota zarpó rumbo a Asia para reunirse con Casio.

¡Qué gran perfidia! ¡Los asesinos no sólo se estaban haciendo fuertes sino que, además, se habían apoderado de mis fuerzas!

A continuación Casio volvió los ojos hacia Egipto y anunció su propósito de invadirnos y capturarnos, por haber enviado nuestras legiones en auxilio de Dolabela. Dijo que ya era hora de que recibiéramos un castigo y les cediéramos nuestros recursos a ellos... los Libertadores, tal como se hacían llamar.

La peste estaba causando estragos después de los daños provocados por la carestía de alimentos. Los cielos lanzaban rayos contra mi reino, como si pretendieran derribarlo. Yo luché con todas mis fuerzas. Más reuniones con mis ministros. Mardo, Epafrodito y Olimpo apenas pudieron descansar a lo largo de

aquellas semanas. Todas las mañanas se amontonaban los cadáveres de la gente que había muerto durante la noche. No se podían embalsamar, porque nadie quería tocarlos, y por esta razón se quemaban como si fueran basura.

Una mañana después de una noche especialmente desastrosa, Olimpo me entregó un manuscrito, rogándome encarecidamente que lo leyera. El autor había escrito una brillante descripción de la enfermedad.

— ¿De qué nos sirve una descripción? —le pregunté—. Todo el mundo puede describir la enfermedad. Fiebre, sed, erupción de diviesos, negros tumores que revientan, muerte inmediata. Pero ¿cómo se puede detener? Esta es la cuestión.

— Te ruego que lo leas. Contiene ciertas ideas sobre la propagación de la enfermedad.

— Muy bien. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de detener la enfermedad. —Miré a Epafrodito—. ¡Supongo que debe de haber algo acerca de todo eso en vuestras escrituras!

Me miró sonriendo.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— ¿Acaso hay algo que no esté en ellas? Bueno, dime entonces con que se curó.

— No se curó con nada —confesó Epafrodito—. Hubo una sucesión de plagas de ranas, mosquitos, moscas, langostas, tumores, pero se enviaron por una causa. No eran desgracias naturales.

— ¿Y qué causa tiene esta plaga? ¿No puedo creer que los dioses estén ayudando a nuestros enemigos! ¿Ahora tendremos que esperar a que también haya plagas de moscas, ranas y langostas?

La combinación de la peste, la carestía de alimentos y la pérdida de la mitad de la flota nos había dejado al borde de la ruma, pero seguíamos trabajando en la otra mitad que teníamos en Alejandría. ¡Como Casio se atreviera a venir a por ella, moriría en el intento!

Un mensajero llegó a caballo desde Siria enviado por su amo Casio, que en aquellos momentos estaba atacando a Rodas para conseguir dinero y barcos. Lo recibí en la sala de audiencias, sentada en mi elevado trono y vestida con mis ropajes de ceremonia más espléndidos.

Cuando entró en la sala, su atuendo de soldado romano despertó en mi memoria antiguos recuerdos. Fue como ver la cáscara de César: el peto que tanto me gustaba, las tiras de cuero que producían un seco ruido al caminar, la capa echada sobre los hombros. Me pareció una parodia que aquel hombre tan bajito y emirriado vistiera las mismas prendas.

Apenas inclinó la cabeza ante mí, pero tuvo que esperar a que yo le concediera mi venia para poder hablar.

— ¿Qué deseas? —le pregunté fríamente.

— Vengo en nombre de Cayo Casio Longino —contestó—. Mi comandante te pide que le envíes el resto de tu flota a Siria. Con carácter inmediato.

A pesar de lo mucho que despreciaba a los asesinos, sabía que el arte del disimulo, las demoras y las evasivas son armas tan poderosas como un desafío directo. El hombre que no puede dominar su rostro y sus palabras en presencia de un enemigo tiene los días contados. Así pues, esboqué una hipócrita sonrisa y extendí las manos en gesto de impotencia.

— Gustosamente lo haría —contesté, con palabras que sonaron abominables a mis propios oídos—, pero mi país está devastado por la plaga. La flota todavía no se halla a punto y no consigo encontrar trabajadores que puedan continuar las labores de construcción, y tanto menos marineros que la tripulen. Nuestra situación es desesperada. Te diré más, has dado muestras de una gran valentía cruzando nuestras fronteras, aun a riesgo de tu vida.

Desplazó el peso del cuerpo de uno a otro pie. Observé que era patizambo.

— ¿De veras? —preguntó con aspereza.

— Sí. La peste ataca por doquier, y uno de nuestros médicos ha expuesto recientemente una teoría según la cual la enfermedad se transmite por el aire. — Miré a mi alrededor con semblante preocupado—. Eso explicaría su misteriosa capacidad de atacar inesperadamente. Nadie está a salvo, en especial los extranjeros, que parecen muy susceptibles a sus efectos.

— Pues yo me encuentro muy bien —replicó en tono agresivo.

— ¡Loado sea Marte! —exclamé—. ¡Que los dioses te sigan protegiendo!

— Enviaremos a nuestros hombres para tripular los barcos —añadió—. Nos tienen que ser entregados de inmediato.

— Pues claro —dije—. Pero de nada servirá enviarlos mientras no acabe la peste y la flota no esté terminada. No se puede zarpar con unos barcos sin quilla y sin mástiles. Terminaremos la construcción de la flota cuanto antes y os la entregaremos.

— ¡No toleraremos demoras! —replicó—. ¡No juegues con nosotros!

Le hice una indicación a uno de mis servidores, y éste llamó por señas a dos hombres que se encontraban en la antesala. Estos entraron portando unas parihuelas con un cadáver y las depositaron a los pies del mensajero, el cual retrocedió y pegó un brinco hacia un lado al ver el hinchado y maloliente cadáver.

— ¿Acaso eso es jugar con vosotros? ¿Tú crees que esta víctima bromea?

El hombre se tapó la nariz y apartó la cabeza. Hice señas de que retiraran las parihuelas.

— Por lo visto tienes un estómago muy fuerte —dijo finalmente el mensajero, volviendo a respirar con normalidad—. ¡No creas que nos vas a disuadir de nuestro propósito con estas dramáticas y repulsivas exhibiciones!

— ¿Por qué? ¿Cómo podría yo hacer tal cosa? Cosas peores se ven en los



juegos romanos —dije—. Ningún hombre de verdad se echaría hacia atrás ante un cadáver lleno de cagadas de mosca. Sí, tendréis vuestra flota tan pronto como sea posible.

— Mi comandante te verá muy pronto en persona, cuando marche sobre Egipto. No te engañes pensando que podrás manejarlo a tu antojo con tus triquiñuelas. —Su manera de mover constantemente los hombros me estaba atacando los nervios. Sentía deseos de decirle que parecía un titiritero. Finalmente se quedó quieto—. Deberías saber lo que le ha ocurrido a Marco Antonio, ese perro cesarino. Trató de arrebatarme a Décimo la provincia de la Galia Cisalpina...

¡Décimo, el vil traidor! Décimo que se había apoderado de la provincia que César le había encomendado, como había hecho el perverso Trebonio. ¡La afrenta era demasiado grande como para poder soportarla!

— ... desafiando al Senado, que lo había declarado enemigo público...

¡El Senado! ¿Qué les habría dicho Cicerón?

— ... y le puso sitio en Mutina. Pero Décimo y un ejército enviado por el Senado lo derrotó, obligándolo a huir a través de los Alpes con sus legiones. Ahora nos hemos enterado de que está resistiendo allí, perdido entre la nieve que le llega hasta los hombros y obligado a comer raíces. Este va a ser su final —dijo el mensajero, asintiendo enérgicamente con la cabeza mientras echaba la barbilla hacia fuera con semblante satisfecho.

Experimenté una sensación de mareo y aturdimiento, como si se me hubiera ladeado el trono y hubiera caído. ¡Antonio perdido en la nieve, medio muerto de hambre y de frío! No era posible. Sólo entonces me di cuenta de lo mucho que confiaba en su victoria y de lo grande que era mi esperanza de que enderezara la situación. «Soy la mano derecha de César», había dicho. ¿Acabarían ahora con la mano derecha de César?

Iba a desaparecer el único romano que quedaba de entre los que yo respetaba, dejando al mundo sumido en un auténtico caos. Sólo se podría elegir entre un villano y otro, y ya no quedaría ningún hombre honrado en ninguna parte. Antonio tenía sus debilidades, pero eran debilidades de la carne, no del espíritu... a diferencia de las de sus enemigos.

El hombre me estaba estudiando el rostro. ¿Habría leído mis pensamientos?

— ¿Qué ha sido de Décimo? —pregunté con serenidad.

Hizo una mueca de furia.

— Décimo ha tenido que huir —reconoció—. Octavio no vio clara la colaboración con él.

Y con razón. Octavio jamás se hubiera aliado con el asesino de César.

— ¿Adónde ha ido?

— Intentó trasladarse a Grecia para reunirse con Bruto, pero el ejército de Octavio le cerró el paso y tuvo que huir a la Galla, donde vagaba sin rumbo como

un fugitivo. Al parecer, un caudillo de allí lo ha asesinado.

Experimenté una inmensa alegría. ¡Otro asesino de César que había muerto asesinado!

— Dicen que el caudillo era un agente de Antonio —reconoció el hombre.

¡Oh, gloria y alabanza a Antonio!

— Pero Antonio no vivirá para saberlo —añadió—. A esta hora ya habrá muerto y será un cadáver congelado.

No. Me negaba a imaginarme la escena.

— Todo está en manos de los dioses —dije finalmente—. No podemos saber qué horribles acontecimientos desencadenaron los Idus de marzo hasta que todos ellos sigan su curso.

— El hecho en sí fue una muestra de nobleza —añadió el hombre—, y los libertadores actuaron impulsados por los más altos motivos.

— Los dioses lo juzgarán —dije.

Ni siquiera con mi férrea voluntad conseguí dar una respuesta cortés pues mi mayor deseo hubiera sido estrangular a aquel hombre. Pero ¿por qué darle a Casio la satisfacción y el pretexto para vengarse de mí? Quería ganar la batalla de las voluntades y, a poco que el destino me favoreciera, apuñalar yo misma a Casio con su propio puñal, el que me había arrebatado mi amor. Pero para ello necesitaba acercarme a él. Lo abrazaría sólo para matarlo. Dejaría que se adormeciera su habitual cautela y le haría creer que el hecho de acercarse no entrañaba ningún peligro. Sí, que viniera a Alejandría. Le organizaría un festín de bienvenida con vino, canciones, manjares exquisitos... y su propia daga clavada en su vientre hasta la empuñadura.

Visitaba a diario el santuario de Isis y vertía agua sagrada delante de su estatua como ofrenda, pidiéndole por la vida de Antonio con una pasión que ya creía perdida. No había pensado en él de forma consciente hasta que el mensajero de Casio me comunicó la devastadora noticia de su cruel destino. Su ausencia dejaría un vacío en el mundo que ni yo misma conseguía explicarme. Pensaba que si desaparecía Antonio, el sol se hundiría para siempre en el horizonte y daría paso a una noche infinita ¿Era sólo porque Antonio brillaba gracias al reflejo de la luz de César? ¿Era porque todos los demás romanos me parecían despreciables? Me resultaba imposible explicármelo. Sólo sabía que le suplicaba a Isis que lo ayudara, y que estaba dispuesta a prometerle cualquier cosa con tal de que protegiera su vida.

Una vez más, tal como hiciera en otros tiempos, la diosa me escuchó. Recibí la noticia de que Antonio había superado la dura prueba de la retirada a través de los Alpes y había sido aclamado como un héroe.

El informe procedía de una carta dirigida a Bruto e interceptada en su camino hacia Grecia, copiada en secreto y vuelta a sellar. Después me habían enviado la copia. Me retiré a mis aposentos para leerla. Las palabras escritas para

otros ojos parecieron saltar hacia los míos.

Antonio fue derrotado, y ambos cónsules fueron asesinados. En su huida, Antonio tropezó con toda suerte de penalidades, la peor de las cuales fue el hambre. Pero la principal característica de su temple es crecerse ante las adversidades. En la desgracia se acerca mucho a un hombre virtuoso. Lo más habitual cuando las personas sufren grandes desgracias es discernir lo que está bien y lo que tienen que hacer; pero en tales adversidades, sólo muy pocas tienen la fuerza de obedecer lo que les dicta su conciencia, haciendo lo que ésta aprueba o evitando lo que condena. Y muchas son tan débiles que ceden a sus hábitos y se muestran incapaces de utilizar su mente.

Sí, era cierto. Pero ya basta de digresiones. ¿Qué había ocurrido?

En esta ocasión Antonio fue un extraordinario ejemplo para sus soldados. Él, que acababa de dejar los lujos y la vida regalada, no tuvo la menor dificultad en beber agua contaminada y alimentarse de frutos silvestres y raíces. Es más, se cuenta que comieron incluso cortezas de árboles y que al cruzar los Alpes se alimentaron de criaturas que nadie había estado dispuesto a tocar jamás.

Un estremecimiento de emoción me recorrió el cuerpo. Sí, ya me imaginaba a las agotadas tropas, y a Antonio dispuesto a humillarse para sobrevivir y continuar luchando...

Su propósito era reunirse con el ejército del otro lado de los Alpes al mando de Lépidio, en cuya amistad confiaba, pues muchas veces había utilizado en su favor sus buenos oficios cerca de César. Al acampar en el lugar que tuvo más a mano y ver que no se le ofrecía ningún tipo de aliento, decidió probar suerte y jugarse el todo por el todo. Llevaba el cabello largo y desgredado y no se había rasurado la barba desde que sufriera la derrota; de esta guisa, envuelto en una oscura capa, se acercó a las trincheras de Lépidio y empezó a arengar al ejército...

Era el mismo espíritu de César, lo cual me emocionó profundamente.

El resto de la carta describía su pacto con Lépidio. Juntos contaban ahora con diecisiete legiones y una espléndida caballería de diez mil caballos, y ya se estaban dirigiendo a Roma. Querían pactar con Octavio, unir sus fuerzas y perseguir a los asesinos.

Los perseguirían desde el oeste y, si el destino me concediera la oportunidad de hacerlo, yo los perseguiría desde el este. Seguía empeñada en apuñalar a Casio por el medio que fuera. Nada me causaría mayor satisfacción que hundir la daga en su cuerpo con mi propia mano.

El tiempo, que hasta entonces había dado la impresión de haberse detenido, empezó a correr. El año pasó muy rápido. La peste fue desapareciendo poco a poco, los graneros mantuvieron el hambre a raya y Egipto sobrevivió.

El primer día del Año Nuevo romano el Senado declaró oficialmente dios a César. ¡Los que no lo habían querido como gobernante lo tendrían ahora como dios! Aquella ironía no podría por menos que divertir a César cuando lo contemplara todo desde arriba. Pero los acontecimientos de Roma eran todavía

más sorprendentes. Tras haber utilizado el apoyo y el prestigio de Cicerón para poder estar a la altura de Antonio, Octavio —o el *divi filius* («el hijo del dios»), tal como ahora le gustaba llamarse— lo apartó fríamente de su lado y sacrificó la vieja cabeza gris abandonándola a un horrible final.

Octavio unió sus fuerzas a las de Lépido y Antonio y juntos constituyeron el Triunvirato que gobernaría Roma en los próximos cinco años, prescindiendo del Senado con la misma facilidad con que Octavio había prescindido de Cicerón. Acto seguido anunciaron que los asesinos eran unos traidores y que deberían ser perseguidos y castigados. Ambos bandos necesitaban desesperadamente dinero. Los asesinos estaban saqueando Oriente —Casio y Bruto atacaron Rodas, Xanthi, Licia, Patara y Tarso— y los triunviros pusieron en práctica un programa de proscripciones, en virtud del cual todos los enemigos deberían entregar sus personas y sus bienes. Decían que no pensaban cometer el mismo error de César, mostrándose clementes; no emprenderían una campaña en Oriente dejando enemigos a su espalda en Roma.

Cambalachearon vidas y se intercambiaron nombres —mi tío a cambio de tu preceptor— y Octavio acabó sin contemplaciones con Cicerón. El hombre al que había adulado y llamado «padre» fue entregado a sus verdugos. Lo localizaron en su finca del campo, donde se disponía a huir. Pero sus esclavos posaron la litera en el suelo y Cicerón, como uno de los bueyes destinados a los sacrificios que tantas veces había visto en los Triunfos, asomó la cabeza para recibir el golpe.

Dicen que fue Fulvia, la mujer de Antonio, la que exigió que le cortaran también la mano derecha, la mano con la que había escrito sus discursos contra Antonio, y que también fue ella la que depositó la cabeza de Cicerón sobre su mesa y le clavó alfileres en la lengua hasta que Antonio la mandó retirar para que la expusieran en las Tribunas del Foro. Debió de ser entonces cuando Antonio empezó a hastiarse de ella, porque jamás había sido un hombre sanguinario. Una cosa es vencer a un enemigo y otra muy distinta bañarse en su sangre. Cuando se ejecutaba a los soldados desertores, era Fulvia la que se reía y se acercaba a ellos hasta el extremo de que la sangre le salpicaba la túnica.

La desmedida y primitiva afición a la sangre es muy alarmante. Lo más inquietante sin embargo fue la repentina perspicacia con la que pude ver con absoluta claridad todo lo que era y lo que tenía Octavio, descubriendo lo que antes estaba oculto y borroso.

Incluso Cicerón había contado una historia acerca de él... ¿cuál era? Ah, sí, la de que había visto en sueños a los hijos de los senadores pasando por delante del templo de Júpiter en el Capitolio para que Júpiter eligiera a uno de ellos como principal gobernante de Roma. En el sueño, varios jóvenes pasaban por delante del dios hasta que éste alargaba la mano hacia uno de ellos, proclamando: «Oh, romanos, cuando este joven sea el señor de Roma, pondrá fin a todas vuestras guerras civiles.» Cicerón había visto el rostro con toda claridad, pero no conocía al muchacho. Al día siguiente, al ver a los chicos que regresaban de sus ejercicios en el Campo de Marte, reconoció al muchacho del sueño. Al preguntar quién era, le

dijeron que era Octavio, cuyos progenitores no tenían ninguna relevancia especial.

¿Sería cierto? ¿Habría tenido Cicerón aquel sueño? ¿No sería una historia que el propio Octavio se habría encargado de divulgar? Octavio engañó a Cicerón, quien según sus propias afirmaciones había controlado al muchacho sin ninguna dificultad «hasta ahora». ¡Y también engañó a César, aunque sólo los dioses sabían cómo! Ahora estaba tratando de engañar a Lépido y Antonio.

Utilizaría a Antonio y a Lépido y se desharía de ellos en cuanto hubieran cumplido su misión. En cuanto a Cesarión, estaba claro que sólo podía existir un «hijo del dios». Él lo sabía. Y yo también.

Me apoyé contra el marco de mármol de la ventana y puse la frente contra él para detener el sudor que súbitamente había aparecido en mis sienes. Lo veía todo con absoluta claridad. ¿Cómo era posible que los demás no lo vieran? ¿Por qué razón sólo yo me sentía amenazada por aquel muchacho que tenía seis años menos que yo?

«Porque es frío, calculador y despiadado. Porque no comete errores. Y porque su juventud juega a su favor pues tiene mucho tiempo por delante para cumplir sus objetivos. Tiene todo el tiempo del mundo.»

Oh, César, si eras verdaderamente un dios, o si los dioses te favorecían, ¿cómo no pudiste discernir la verdad sobre Octavio? Lloré mentalmente, apretando los puños.

«¡Guardaos de él, Antonio y Lépido!», murmuré.

Cicerón había escrito a Bruto que Octavio tenía que «ser alabado y honrado, y después eliminado». Pensaba utilizarlo en su propio provecho. Pero Octavio comentó que sabría evitar que lo eliminaran. Y fue la cabeza de Cicerón la que cayó por orden de Octavio.

Octavio se había presentado en Roma sin otra cosa que no fuera el legado de César pues no tenía tropas, dinero ni experiencia. Ahora era uno de los tres gobernantes de Roma. Y sólo había tardado un año y medio en conseguirlo. Acababa de cumplir los veinte.

En año y medio había conseguido lo que César, el gran César, había tardado veinte años en alcanzar.

EL viento era favorable a la navegación, y yo paseaba majestuosamente revisando mi flota, que se estaba preparando para iniciar por fin la travesía, a cuyo término se reuniría con los triunviros en Brundisium, donde éstos me esperaban.

Casio me seguía exigiendo los barcos y yo le había dado largas mientras construía la flota, y había aprovechado para comunicarme en secreto con Antonio. La invasión con que Casio había amenazado a Egipto aún no se había producido; Bruto le había recordado que sus enemigos eran los triunviros y no Egipto. Para manifestarme su desprecio, Casio había reconocido a Arsinoe como la verdadera reina de Egipto, y como tal la había saludado en Éfeso.

¡Arsinoe! ¡Otra beneficiaria de la clemencia de César se estaba revolviendo ahora contra mí! César le había perdonado la vida después del Triunfo, compadeciéndose de ella. Y ahora ella había salido del santuario, presentándose como reina de Egipto. No tardé mucho tiempo en descubrir la verdad: era ella la que había convencido a Serapio de que entregara la flota en Chipre. Le debió de prometer un alto cargo en Egipto, el Egipto que muy pronto planeaba gobernar con la ayuda de los asesinos.

¡Y pensar que César había perdonando la vida de Casio, Bruto y Arsinoe cuando tenía el cuchillo en sus gargantas y ellos permanecían sumisamente arrodillados a sus pies! Bien, pues nosotros no pensábamos hacerlo. En eso la crueldad de Octavio nos sería beneficiosa.

Sí, me había aliado con Octavio porque ahora ambos teníamos el mismo propósito: vengar la muerte de César. ¿Y después?

La flota era impresionante. Estaba integrada por un total de unos cien navíos, un número insuficiente para una flota completa aunque bastaría para ayudar a los triunviros. Mi navío insignia, un «seis» —dos hombres para cada remo y con tres órdenes— se llamaba *Isis*. Había decidido no construir barcos de tamaño superior a los «seis», abandonando la afición tolemaica a los grandes barcos que, más que unas eficaces armas ofensivas, eran un estorbo.

La flota era un espléndido regalo que yo depositaría a los pies de los triunviros. Pero éstos habían tenido que pagar un precio. Mi precio a cambio de todo aquello había sido que Antonio declarara a Cesarión hijo natural e indiscutible de César en el Senado y el de que los tres triunviros lo reconocieran como cogobernante mío bajo el nombre de Tolomeo XVI César. Los triunviros se habían mostrado de acuerdo porque mis barcos les eran muy necesarios. ¡Y menudos barcos! El corazón me latía violentamente en el pecho cuando los contemplaba tan perfectos y bien estibados, oliendo a pez, madera, lona nueva y cabos. Subí a bordo y ocupé mi puesto en la cubierta principal al lado de Fidias, el capitán rodio. Quería aprender todo lo que pudiera acerca del gobierno de un barco, aunque como es natural dejaría las decisiones de cada momento de la navegación a la

experiencia del capitán.

— Toma —me dijo éste, entregándome solemnemente un yelmo—. Debes llevarlo como signo externo del comandante.

Me lo puse muy despacio, y al instante noté que su peso me oprimía. El penacho ondeaba al viento.

— Gracias —le dije.

Estaba deseando que se iniciara la travesía para ser la primera mujer desde Artemisa de Halicarnaso que se hacía a la mar con su propia flota. Y perdonadme mi orgullo, pero Artemisa sólo estaba al mando de cinco barcos cuando acompañó a Jerjes, aunque combatió valerosamente y escapó a la persecución, hundiendo un barco enemigo.

Teníamos que cruzar el Mediterráneo hacia el oeste, cubriendo una distancia de unas seiscientas millas, y después virar al norte y navegar unas quinientas millas más entre Grecia y la península Itálica hasta llegar a Brundisium. Allí donde la distancia entre la península Itálica y Grecia era más corta, los triunviros tenían previsto efectuar el transporte de las tropas. Yo sabía que los asesinos tenían su propia flota preparada en el extremo sur de Grecia para cerrarme el paso en caso de que yo me «desviara» del rumbo adecuado. Pero yo combatiría contra ellos. Y rezaba para que los dioses me otorgaran una victoria tan grande como la que le habían otorgado a Artemisa.

Zarpamos de Alejandría y abandonamos lentamente el puerto en línea recta a través del estrecho canal que discurría entre el Faro y el rompeolas. Una vez en alta mar, los barcos se reagruparon.

— Un cielo despejado —dijo el capitán, escudriñando el horizonte—. Si sigue soplando este viento de levante, tendremos una travesía tranquila y no habrá dificultades.

La vela estaba hinchada y los cabos crujían tensados por el viento, que nos empujaba hacia la península Itálica.

El viento me azotaba la capa y tiraba de las plumas de mi yelmo. Me alegré de llevarlo, porque me protegía y me daba sombra a los Ojos. Quizá me convendría usar otras prendas que no fueran una capa y una túnica, porque era evidente que ambas cosas no resultaban adecuadas para permanecer en una cubierta de barco azotada por el viento. ¿Acaso debería ponerme unos calzones como los bárbaros?

Me reí al imaginarme vestida con calzones, aunque en un barco tal vez fueran muy cómodos. Quizá lo mejor sería ponerme un taparrabos como los de los remeros. También tenía sus ventajas. Esbocé una sonrisa. ¡No, un taparrabos, no!

Pronto estaría con los triunviros y uniría mis fuerzas a las suyas. Me parecía increíble que pudiera formar parte de un ejército romano, pero estaba en deuda con César y tenía que hacer todo lo necesario por vengarle.

¿Me apetecía volver a verles? Pensaba que jamás tendría tratos con ellos.

Cuando zarpé para alejarme de Roma, profundamente afligida y débil me consolé pensando: «Basta de Antonio, basta de Octavio, basta de Cicerón, basta de Roma.» Bueno, Cicerón ya no estaba, pero Antonio y Octavio...

Me apetecía ver a Antonio. También me alegraría de ver a Lépido. En cuanto a Octavio... ya había visto todo lo que necesitaba ver de Octavio.

Durante dos noches dormí muy bien en la cama empotrada que me habían construido en el camarote, el cual disponía de unos estantes con redes para mis objetos personales y unos arcones fijados al suelo para guardar todo lo demás. Estaba todo tan bien clavado y asegurado que nada crujió ni se soltó cuando la tercera noche empezó a soplar un fuerte viento que muy pronto se convirtió en un rugiente monstruo.

Yo estaba durmiendo y no me enteré hasta que el barco sufrió una sacudida. Me incorporé, agarrándome a las barandillas de la cama. El suelo vibró y una cascada de agua penetró en el camarote a través de la ventana cerrada, dejándome empapada. Me levanté, agarrándome a los muebles para no perder el equilibrio. Cogí una gruesa capa impermeable y avancé a tientas por el pasillo hasta la cubierta, subiendo a gatas por los peldaños.

Ahora lo podía ver todo muy bien. Una tormenta nos estaba golpeando con toda su furia y las olas rompían una tras otra en la cubierta como si se tratara de una playa. Los marineros intentaban arriar las velas y el capitán gritaba unas órdenes que apenas se oían sobre el trasfondo del vendaval. Lo agarré por los hombros y él se volvió como pudo.

— Se ha abatido sobre nosotros tan repentinamente como un león —me dijo a gritos—. El viento ha cambiado al noroeste; nos está empujando de nuevo hacia la costa.

— ¡No, no, tenemos que seguir navegando! —le contesté.

¿A qué distancia nos encontrábamos de la costa? La habíamos visto al ponerse el sol, pero ahora no había manera de saber lo que había sucedido durante las horas transcurridas desde entonces.

— Haremos todo lo que podamos —me contestó—, pero nuestros barcos son como unos juguetes contra la fuerza del viento y de las olas.

Eché a correr por la cubierta para asegurar un cabo que parecía un látigo y que estaba derribando a los marineros. Mientras yo miraba, un golpe de mar arrojó a un hombre por la borda. Me acerqué a gatas al mástil y me agarré a él. Tenía la ropa empapada y me pesaba como si fuera de metal. Miré hacia la orilla, o mejor estaría decir en dirección contraria a la del viento. Vi una levísima luz, que posiblemente sería uno de los faros de señales. El hecho de que pudiera verlo no presagiaba nada bueno; significaba que estábamos cerca de la costa.

El capitán regresó al mástil.

— ¡Hemos echado el ancla y estamos intentando capear el temporal! —me dijo a gritos—. Los remeros remarán contra el viento para que podamos mantenernos en nuestro sitio, aunque me temo que de todos modos el ancla se



desprenderá.

El implacable viento nos empujaría entonces hacia la orilla y allí nos rompería en pedazos. La luna apareció fugazmente entre retazos de negras nubes e iluminó un oscuro y arrugado mar en el que sobresalían unas enormes olas que semejabán unas altas y escarpadas montañas. Me pareció que el corazón se me detenía en el pecho cuando las vi. Eran más altas que el mástil del barco. ¿Cómo se podía luchar contra ellas? El barco era como una hoja empujada por el viento hacia los senos de las olas. Los impotentes remos eran empujados fuera del agua y giraban en el aire mientras el cabo del ancla se tensaba en medio de fuertes chirridos hasta que finalmente se rompió.

Todo el barco se estremeció y sufrió una sacudida cuando, súbitamente liberado del peso del ancla, empezó a dar vueltas como una peonza, azotado por todos lados. Después la inexorable corriente empujada por el viento nos fue lanzando hacia la orilla.

La luna volvió a salir y, en todas las aguas circundantes, vi las siluetas de la flota subiendo y bajando sobre las olas. Ninguno de los barcos podía escapar; navegábamos tan juntos que la tormenta nos había alcanzado a rodos.

El barco se escoró hacia sotavento casi de lado. El agua penetró a través de las portillas de los remos. Nuestra única esperanza de supervivencia sería alcanzar la orilla antes de hundirnos. De repente la orilla que antes parecía tan cercana nos pareció tremendamente distante. El barco sufrió otra fuerte sacudida cuando la bodega se llenó de agua. Los remeros salieron tosiendo y jadeando y empezaron a moverse por la cubierta medio aturdidos.

Agarrada al mástil, tuve que trepar por él cuando la cubierta se inclinó y lo abrazó como si fuera un tronco. Oí un impresionante estruendo y comprendí que dos barcos habían chocado y se habían partido. El crujido de la madera y los angustiados gritos de los marineros se elevaron en el aire. Trozos de mástiles y de remos flotaban sobre la superficie del agua, desaparecían en medio de la espuma y volvían a aflorar. A veces algún hombre se agarraba a uno de ellos y lo utilizaba como una balsa.

Delante de nosotros parpadeaba una luz. Alcanzaríamos la orilla, pero... ¿nos hundiríamos primero? Si el hundimiento se produjera cuando pudiéramos alcanzar a nado la orilla... Pero eso hubiera significado estar muy cerca, porque era imposible nadar con normalidad en aquellas embravecidas aguas.

Otra sacudida gigantesca. El barco había chocado contra algo. Después se soltó... o mejor dicho, lo soltaron las olas, lo levantaron y lo obligaron a escorarse una vez más. La fuerza del violento golpe arrancó el mástil de su amarradero y yo me vi lanzada sobre la inclinada cubierta hasta alcanzar la barandilla. Allí me quedé casi en el agua. Mi rostro se hundió en las frías olas y levanté la cabeza, tosiendo y jadeando pues me había penetrado un poco de agua en los pulmones.

Otra sacudida. El barco había chocado contra un banco de arena. Oí un espantoso ruido y lo reconocí... sólo los dioses saben por qué, pues yo jamás lo había oído con anterioridad, aunque era el inconfundible sonido de la rotura del

barco. Se partió limpiamente por la mitad y nos lanzó a las agitadas y frías aguas, las cuales me golpearon con tal fuerza que me quedé temblando y sin respiración. Sin embargo, la cabeza me dijo que allí las aguas debían de ser muy someras, pues de lo contrario el barco no hubiera chocado ni se hubiera roto. Nadé en dirección al faro, empujada por las olas. Cuando éstas se retiraron, noté que mis pies rozaban el fondo; un poco más y podría alcanzar la orilla.

Otra enorme ola me envolvió y levantó, pero al retirarse sentí una vez más la firmeza de la playa y aproveché aquellos pocos segundos para acercarme un poco más a la orilla. La siguiente ola me volvió a derribar, pero cuando llegó otra nueva, el agua me llegaba a la cintura; avancé con gran esfuerzo hacia la orilla y me desplomé agotada en la playa.

Allí me quedé tendida entre jadeos mientras otros se acercaban, empujados por los trozos de madera y las piezas de la destrozada flota. Uno tras otro fueron llegando a la orilla y cayendo exhaustos sobre la arena. Allí esperamos la aparición de la luz para poder confirmar la terrible certeza de lo que había ocurrido en la oscuridad.

El sol asomó por el horizonte en la dirección de Alejandría. Me había pasado varias horas temblando bajo mi gruesa capa empapada de agua en medio de los gemidos de los que me rodeaban. El alba nos mostró unas aguas llenas de restos de barcos, trozos de cascos que seguían flotando sobre la superficie y otros barcos encallados que no parecían haber sufrido el menor daño. Centenares de marineros con los hombros encorvados se paseaban arriba y abajo en la playa, temblando de frío.

Me alegré de estar viva y de que tantos hombres hubieran sobrevivido. A primera vista incluso me pareció que algunos de los barcos se podrían arreglar, pero las pérdidas habían sido muy elevadas y yo no podría ayudar a los triunviros en su campaña. Mi preciosa flota no había conseguido llegar muy lejos. No me pareció un mal presagio. Los naufragios eran muy frecuentes, un hecho de la vida. Octavio también había sufrido un naufragio durante su viaje a Hispania; César había perdido dos veces sus barcos en Britania. Lo único que se podía hacer era volver a empezar.

Sin embargo no habría ninguna posibilidad de volver a construir una flota a tiempo para la inminente contienda. Yo no tendría más remedio que ser un testigo pasivo, cosa totalmente contraria a mi naturaleza.

¿Dónde estábamos? Las blancas arenas no mostraban ninguna señal distintiva. ¿Hasta qué extremo nos habíamos adentrado en el oeste?

Vi al capitán arrastrando una pierna. Estaba herido, aunque vivo.

— ¡Fidias! —lo llamé, agitando la mano.

Me levanté y corrí hacia él.

— ¡Estás a salvo! —exclamó—. ¡Gracias sean dadas a todos los dioses! —añadió, dando unas nerviosas palmadas al puñal que llevaba en el cinto.

— Confío en que no te habrías comportado como un romano —le dije—, si

me hubiera ocurrido cualquier cosa.

La expresión de su rostro me hizo comprender que eso era precisamente lo que había estado pensando. Un capitán al que se le hubiera ahogado su soberana perdía su honor y tenía que matarse. Pero era un griego con el suficiente sentido común como para cerciorarse primero de lo que había ocurrido antes de llegar a conclusiones precipitadas.

— La flota se ha perdido —dijo—. He hecho todo lo que me ha sido posible.

— Lo sé. No puedes controlar los cielos. Pero se han salvado tantos hombres que parece un milagro.

— ¡La flota... nuestra espléndida flota... toda destruida!

Sacudí la cabeza.

— Construiremos otra.

Estaba triste por mi flota, mi orgullo y mis esperanzas perdidas. Y lamentaba haber dejado a Antonio en la estacada y no haber podido cumplir mi palabra, a pesar de que eran los dioses los que me lo habían impedido, no los hombres. Antonio había cruzado los Alpes en invierno, y yo no había conseguido escapar de Egipto.

— Creo que estamos cerca de Paraetonium —dijo el capitán.

La frontera occidental de Egipto, una solitaria avanzada bañada por los ardientes rayos del sol.

— Ya era hora de que la visitara —dije, tratando de tomármelo a broma—. Tengo que conocer mi reino de oeste a este y de norte a sur.

— Aquí no hay gran cosa que ver, a no ser que te gusten los escorpiones —masculló.

El viaje de regreso fue muy triste. Unos barcos mercantes acudieron a recoger a los supervivientes y los restos del naufragio. Algunos de los barcos se podrían reparar y regresarían navegando muy despacio a Alejandría. Pero los supervivientes que desembarcaron en los muelles de la capital estaban muy abatidos.

Con profundo pesar tuve que escribir a Antonio para comunicarle la devastadora noticia, y decirle que no esperara nuestra ayuda.

Llegó el verano, una estación que hubiera tenido que ser pródiga en cultivos, cosechas y embarcaciones de carga surcando los mares. Pero en Alejandría se respiraba una atmósfera de tensa espera. Ahora estábamos indefensos porque nos habíamos quedado sin legiones, y nuestra flota se había perdido. Empecé a reconstruirla con un «ocho» para que por lo menos el navío insignia pudiera mantenerse a flote cuando nos invadieran. Ahora nada se interponía entre Egipto y los asesinos. Hubieran podido atravesar la Judea y cruzar nuestras fronteras. Al mismo tiempo, empecé a reunir mi propio ejército. Había sido una locura confiar en las tropas romanas. Pero crear un ejército también llevaría su tiempo. Los hombres no se convierten en soldados de la noche

a la mañana.

La historia se puede contar en pocas palabras. Lépido se quedó con tres legiones para defender Italia, y Antonio y Octavio se llevaron veintiocho legiones para enfrentarse a Casio y Bruto, quienes contaban aproximadamente con el mismo número de legiones. El lugar elegido por el destino para la batalla fue cerca de Filipos, en Grecia. Como de costumbre, Octavio se puso enfermo durante los preparativos y tuvo que quedarse, mientras Antonio avanzaba con las legiones y montaba el campamento. La táctica de los asesinos consistía en esperar y no presentar batalla, sabiendo que las líneas de suministros de los triunviros eran muy débiles y que éstos se quedarían sin víveres en cuanto el tiempo empeorara. Antonio se dio cuenta y los obligó a entrar en combate tal como hubiera hecho César, construyendo un camino elevado sobre unos pantanos para romper sus barreras de defensa. Casio abandonó su campamento para contraatacar, y Antonio aprovechó esta circunstancia para atacar el campamento y saquearlo. Entretanto, las tropas de Bruto habían atacado el campamento de Octavio y lo habían invadido.

Los dioses intervinieron en aquella batalla con tanta certeza como habían intervenido en la guerra de Troya. César visitó ambos campamentos con signos y apariciones espectrales. En el de Octavio, se apareció a éste en sueños y le dijo que se levantara de su lecho de enfermo y no permaneciera en su tienda el día de la batalla. Octavio obedeció y se ocultó en un pantano. La víspera de la batalla definitiva César se apareció a Bruto y le vaticinó su final. Supongo que el César que vio Bruto estaba fuerte y sano y que no era un hombre malherido, lo cual le debió de hacer comprender a Bruto que había fracasado en su propósito: César seguía vivo y era más poderoso que nunca.

Cuando Bruto invadió la tienda de Octavio para capturarlo, el lecho estaba vacío. Entretanto, Casio había sido derrotado por Antonio. Al ver que lo seguían unas tropas de refuerzo de Bruto, Casio las confundió con el enemigo. Los dioses lo cegaron. Y convencido de que Bruto había sido capturado y asesinado, decidió no esperar y se quitó inmediatamente la vida.

Fue toda una victoria para los triunviros, pues Casio era mejor general que Bruto. Los asesinos habían perdido a su mejor hombre.

Bruto se retiró con aire pensativo a su tienda, y Octavio salió del pantano. Bruto hubiera querido esperar a que el invierno le hiciera el trabajo, matando de hambre a sus enemigos, pero no controlaba a sus tropas. Nunca había sabido mandar a los hombres, y ahora los inquietos soldados le obligaron a presentar batalla a la mañana siguiente de la aparición de César. Antonio y Octavio ganaron, gracias en buena parte a la baja moral de los soldados de Casio, que se vinieron abajo debido al suicidio de su comandante. Bruto se mató, y las personalidades de Antonio y Octavio quedaron claramente de manifiesto por la forma en que ambos trataron sus restos. Antonio cubrió reverentemente el cuerpo con su purpúrea capa de general, pero Octavio la arrancó, cortó la cabeza de Bruto y la envió a Roma para que la depositaran a los pies de la estatua de César.

Al final. Bruto y Casio se clavaron los puñales en el vientre, como tenían

que hacer.

De esta manera quedaron satisfechos los deseos de venganza de Mars Ultor —Marte Vengador— y del propio César en el campo de batalla de Filipos.

EL mundo exterior había sufrido un cambio, pero en Alejandría la vida parecía tan protegida y aislada como siempre, y esta sensación era todavía más acusada en el resto de Egipto. Sólo nosotros, en palacio, seguíamos el curso de los tiempos.

Después de mi larga exposición al agua de mar combinada con el viento y el ardiente sol. Iras anunció que mi piel estaba destrozada.

— La sal la ha estropeado y las quemaduras del sol le han dado la consistencia del cuero, en los lugares donde no se está despellejando —dijo, sacudiendo la cabeza.

Olimpo se mostró de acuerdo con ella y señaló que mi aspecto era como el de cualquier adivina del oasis de Moeris.

— A ver si nos vaticinas el futuro —dijo, ladeando la cabeza—. ¿Quién mandará en todo el mundo, y cuánto tiempo le llevará?

— Yo no soy una adivina —le contesté—. Al menos en cuestiones políticas.

— ¿Y en cuestiones de carácter personal, mi querida Circe? ¿Puedes decir si yo me casaré con Febe?

Olimpo se había enamorado, lo cual era sorprendente dada su sarcástica personalidad. Como todos los escépticos, tras haber capitulado ante el amor, ahora se hacía el tonto.

— Se lo tienes que pedir —le contesté.

Todavía no lo había hecho, confiando en que ella le leyera el pensamiento.

— Eso sería ir demasiado lejos —comentó, echándose a reír.

— Tú nunca te casarás, señora, si no te arreglas el cutis —me dijo Iras—. Ahora en Nubia, donde el sol es todavía más cruel que en Egipto, utilizamos leche de burra para bañarnos y proteger nuestra piel.

— Yo te recomendaría aceite de almendras —dijo Olimpo—. Es más fácil de conseguir.

— ¿A cuántas burras hay que ordeñar para que haya suficiente? — pregunté—. ¡Seguro que las tenemos!

La idea me resultaba extrañamente atractiva. Olimpo arqueó las cejas.

— Te prometo que, después, probaré el aceite de almendras —le aseguré.

Pero me había puesto un poco de mal humor el comentario de Iras. Casarme... Mardo insistía también en que lo hiciera.

En mi bañera de mármol me bañé con leche de burra, frotándome los

brazos y las piernas y aplicándomela con suaves golpecitos en la cara. Los dedos de mis pies ofrecían un aspecto muy raro, asomando por encima de la superficie del blanco líquido. Una mampara de madera de sándalo me protegía de la mirada de Mardo, que paseaba arriba y abajo por mi habitación. Los baños me resultaban muy aburridos, y por este motivo solía distraerme conversando con las incorpóreas voces de otras personas.

— ¡Señora, tus súbditos lo están deseando! —me dijo con una voz más estridente que de costumbre a causa de su irritación.

— Ya les he dado un heredero —repliqué en tono obstinado—. Ahora somos dos gobernantes. Hasta los romanos han reconocido a Cesarión.

Acababa de acuñar una nueva serie de monedas de nuestro reinado.

— Cesarión sólo tiene cinco años —dijo Mardo, acercándose a la mampara—. La vida es incierta para todos nosotros. Si el niño no alcanzara la madurez, el linaje terminaría con él. ¿Tienes intención de desposarte con él? ¡Cualquiera diría que es eso lo que quieres!

Recogí un poco de leche con las manos y me la eché por los brazos y los hombros.

— No seas vulgar —contesté.

— Pero ¿acaso no lo ves? Tiene que haber más herederos, los Lágidas sólo os casáis los unos con los otros, por consiguiente, ¿a qué otra conclusión quieres que llegue el mundo?

— ¡No me importa! —repliqué furiosa.

— Pues te tiene que importar. Es necesario. ¿Tienes que enfrentarte con este problema!

— Ahora no —dije, hundiendo el rostro en la leche y cerrando los ojos.

— Ahora sí. Ya tienes veintisiete años. Pronto cumplirás veintiocho —me recordó—. Los Lágidas se han casado algunas veces con extranjeros. ¿Acaso tu abuela no era siria?

— Sí —contesté, aunque mi abuelo no había considerado oportuno casarse con ella—. ¿Con quién me aconsejas que me case?

— Bueno, Octavio no está casado y...

— ¡Octavio! —exclamé—. ¡Octavio! ¡Qué consejo más poco sugestivo!

Me levanté y llamé a Iras. Quería salir de aquel baño y mirar a Mardo directamente a los ojos. Iras acudió presurosa con toallas y túnicas. Cuando estuve vestida, salí de detrás de la mampara y lo miré enfurecida. Él me miró a su vez sinceramente desconcertado.

— Te he sugerido un romano porque es evidente que no tienes prejuicios contra ellos, a diferencia de otras personas.

— César era distinto.

César estaba por encima de las categorías; su verdadera categoría era sobrenatural.

— Octavio es un hombre apuesto —añadió Mardo con un hilillo de voz—. Y poderoso.

— Eso sí, lo reconozco.

— ¿Pues qué más quiere una mujer?

Me eché a reír.

— Confieso que ambas cosas son una buena base, pero me gustaría que las acompañara un corazón, un cierto sentido de la vida y de la alegría.

— Pues entonces retiro lo dicho. Tendrás que buscarte a alguien que no sea romano.

Iras regresó con un frasco de aceite de almendras.

— Si quieres tenderte aquí...

Me indicó una camilla cubierta por gruesas toallas.

— Más tarde. —Necesitaba terminar mi conversación con Mardo—. Sé que tienes razón, pero... —¿Cómo podía decirle que todo aquello no me interesaba, que hasta mis sueños eran extrañamente fríos y estériles? ÉL, que era eunuco de toda la vida, jamás podría comprender las fluctuaciones de la pasión ni entender que algo que había sido una locura en una determinada fase de la vida pudiera desaparecer y evaporarse como el lecho seco de un río en otra. Recordaba todas las veces que había estado con César, pero ahora mi temperamento de entonces me parecía una simple curiosidad.

— Podrías considerar tal vez la posibilidad de un príncipe de Bitinia o del Ponto —añadió impertérrito—. Alguien más joven que tú que te adorara, cumpliera todos tus deseos, que jamás te exigiera nada y sólo existiera para... para satisfacerte —dijo ruborizándose.

— Cualquiera diría que tengo setenta años y no veintisiete —contesté.

Traté de imaginarme la situación, y yo también me ruboricé.

— Los reyes tienen hermosas concubinas; ¿por qué no ibas tú a tener algo parecido?

— Los niños no me atraen.

— No me he referido a un niño sino a alguien que fuera manejable. —Hizo una pausa—. Tengo entendido que el príncipe Arquelao de Comana es un buen soldado y ha recibido una esmerada educación.

— ¿Cuántos años tiene?

— No lo sé, pero puedo averiguarlo —contestó con entusiasmo.

— Hazlo —dije, siguiéndole la corriente—. Otra cosa, y perdóname que cambie de tema, ¿es cierto lo que se dice de Lépido?



Al parecer, después de la batalla de Filipos, el triunvirato oficial se estaba conviniendo en un duunvirato oficioso. El mundo se dividiría como un pastel, pero sólo entre Octavio y Antonio.

— Sí, esta mañana se ha recibido un nuevo informe. Te lo he dejado en tu mesa de trabajo con tu secretario.

— Cuéntame —dije, ajustándome alrededor del cuerpo una bata de seda hecha con varios pañuelos de distintos colores.

— Sospechan, o afirman sospechar, lo cual es muy distinto, que Lépido actúa a espaldas de los demás y está traicionando su confianza. Por este motivo, al repartirse el imperio romano entre ellos, llamémoslo así porque es un imperio a todos los efectos, a él lo han dejado fuera.

— ¿Y qué le ha correspondido a cada uno? —pregunté.

— Antonio es el héroe del momento; su prestigio es muy grande en todo el mundo —contestó Mardo—. Se ha quedado con lo mejor, toda la Galia y todo el Oriente. Será el amo de la parte del mundo donde nosotros vivimos, y es probable que lleve a efecto los planes de César de someter la Partia.

— ¿Y Octavio?

¿Cómo era posible que Octavio lo hubiera consentido? Sin embargo, el hombre que yacía enfermo en su tienda o que tenía que ser trasladado en litera no podía dictarle las condiciones al héroe—soldado.

— Sólo tiene Hispania y África, y dos onerosos deberes que cumplir: encargarse de asentar a los veteranos en Italia, buscándoles tierras y dinero, y perseguir a Sexto, el hijo pirata de Pompeyo. Unas tareas extremadamente ingratas.

Ingratas y exigentes. Le atarían las manos a Octavio durante mucho tiempo. Esboqué una sonrisa. Eso no era lo que él esperaba.

Cuando Mardo se hubo retirado, me tendí en la camilla y dejé que Iras me aplicara el aceite en la piel con un suave masaje. Cerré los ojos y me entregué por entero al perfume y a la sensación.

— Señora, ¿piensas seguir sus consejos? —me preguntó Iras en un susurro—. ¡Tu piel tiene que ofrecer un aspecto impecable antes de conocer a ningún príncipe!

— Lo he dicho sólo para complacerle —contesté en voz baja. El perfumado aceite y el masaje me estaban adormeciendo—. Haría falta algo más que un hermoso príncipe para... para... —Mi voz se perdió sin terminar la frase.

Para despertar aquella parte de mi ser que estaba sumida en un letargo invernal, pensé. A lo mejor llevaba tanto tiempo dormida que se había muerto apaciblemente y sin un solo murmullo de protesta.

Mardo se lo pasó muy bien buscando en todo el mundo candidatos adecuados a mi mano. Buscó entre los idumeos, los griegos, los paflagonios, los nubios, los gálatas y los armenios. Por el simple placer de fastidiarle, yo había

elaborado una lista de características esenciales, confiando en que fuera prácticamente imposible encontrar a alguien que las reuniera todas. Tenía que tener por lo menos veinte años, llevarme una cabeza de estatura, ser atlético, buen matemático, hablar un mínimo de tres idiomas, haber vivido en el extranjero, tocar bien un instrumento musical, estar familiarizado con el mar y la navegación a vela y pertenecer a una ilustre estirpe real. Esos eran los mínimos requisitos que yo exigía, dije. ¡Pobre Mardo!

La cosecha fue buena y gracias a ella pudimos empezar a recuperar las pérdidas del año anterior. Encargué la construcción de sesenta barcos y ordené reparar los canales y los depósitos que se encontraran en peores condiciones. Ahora disponía de un ejército de veinte mil soldados y, aunque ni el ejército ni la flota habían alcanzado todavía su máxima capacidad y sin duda los romanos se hubieran burlado de ellos, era un buen principio y estaba muy claro que habíamos hecho grandes progresos en comparación con la grave situación en que nos encontramos después del naufragio de la flota.

Para mi consternación, el primer candidato de Mardo, Arquelao de Comana, cumplía todos los requisitos exigidos, y Mardo me convenció para que lo invitara a una visita oficial.

— Aunque sea una farsa —dijo—, tu pueblo se alegrará. Al menos la gente verá que intentas resolver el problema.

— ¿Cuándo vendrá? —pregunté.

Sólo de pensar en ello me deprimía profundamente. Jamás hubiera tenido que aceptar aquel juego.

— En cuanto él y su familia hayan terminado de rendir pleitesía a Antonio — me contestó Mardo—. Todos los reyes clientes de la región tienen que comparecer ante él, ofrecerle sus coronas y esperar a que él apruebe su gobierno y los confirme en el trono.

— Todos los reyes clientes... hay muchos —dije—. Y cada uno tendrá que ser examinado por separado. Algunos eran acérrimos partidarios de los asesinos y otros se habían visto obligados a prestarles su apoyo. Ahora todos afirman que los obligaron a la fuerza, y que los despojaron de su dinero.

— Antonio lo sabe. El también tiene que sacarles dinero. Pero por lo menos escucha a la gente. El orador Hibeas de Milasa dijo que si Antonio esperaba que le entregaran los impuestos de diez años en un año, él tendría que darles dos veranos en lugar de uno. Y entonces Antonio cedió.

— ¿Y ahora dónde está? —pregunté. Sabía que había iniciado su gira en Atenas.

— En Éfeso. Lleva varias semanas presidiendo una bulliciosa corte. Lo llaman Dioniso, e incluso lo saludan como a un dios.

— Le debe de gustar —dije—. Eso es mejor que lo de Octavio, que sólo es hijo de un dios. Pero es que los efesios llaman dios a cualquiera que sea alguien. Confío en que él lo comprenda.

Mardo soltó una carcajada.

— No creo que le importe. Está demasiado ocupado con Glafira, la madre de Arquelao. Al parecer ella le está planteando sus exigencias.

Por una extraña razón, me escandalicé. Me parecía tan injusto... Me imaginaba a todos los gobernantes varones haciendo cola hasta que les tocara el turno, mientras Glafira pasaba por delante de todos ellos.

— O sea que cuando su madre se dé por satisfecha Arquelao se podrá ir.

No, lo que Mardo quería decir era que cuando Antonio se diera por satisfecho, la madre se podría ir. Sacudí la cabeza.

— Puede que haya para rato —dije.

Hubiera tenido que alegrarme: mientras Glafira conservara el interés de Antonio, yo me libraría del hijo.

La corte de Dioniso se prolongó a lo largo de muchos meses y en su transcurso hubo grandes cortejos en los que Antonio desfilaba en un carro lleno de racimos de uva en compañía de mujeres vestidas de bacantes y de unos hombres disfrazados de sátiros y de Pan que, con la cabeza adornada con coronas de hiedra, sostenían tirsos en sus manos y tocaban cítaras y flautas y aclamaban al «portador de la alegría» Dioniso—Antonio. El eco de las aclamaciones reverberaba por todo el Oriente. Pensé que se lo debía de estar pasando muy bien y me pregunté qué hubiera hecho Octavio en Éfeso. Probablemente hubiera prescindido de todos aquellos exóticos festejos y se hubiera reunido en secreto con mujeres a altas horas de la noche. Era aficionado a los placeres furtivos. A lo mejor sólo le gustaban cuando eran furtivos.

Unos seis meses después se presentó en mi corte un romano enviado por Antonio. Se llamaba Quinto Delio, y era famoso por su habilidad en cambiar de caballo a medio cruzar un río, tal como hacían aquellos prodigiosos jinetes del Circo. Había sido un hombre de Dolabela, después de Casio y ahora lo era de Antonio. Le cobré antipatía sin conocerle y le hice esperar el mayor tiempo posible antes de recibirlo en audiencia. Por desgracia el desventurado Arquelao llegó casi al mismo tiempo que él, viajando ansiosamente por mar y por tierra para visitar mi corte. Me compadecí de él, y tal circunstancia me dispuso favorablemente hacia su persona, justo lo contrario de lo que me había ocurrido con Delio. Sin embargo, Arquelao tendría que esperar a que terminara primero con el romano.

Delio compareció por fin ante mi presencia y me miró directamente a la cara con los ojos al mismo nivel que los míos a pesar de que yo estaba sentada en un encumbrado trono y él no. Tenía unos ojos muy oscuros y una tez picada de viruelas que endurecía los rasgos de su rostro. Aunque él se encontraba de pie con las piernas separadas delante de mí y yo estaba sentada en mi trono, parecía que la audiencia me la estuviera concediendo él a mí y no al revés.

— Saludos, Altísima Reina de Egipto, de parte de mi señor Antonio —me dijo lacónicamente—. Vengo en su nombre para ordenarte que comparezcas ante su presencia y respondas de ciertas acusaciones.

Seguramente no lo había entendido bien.

— ¿Me lo quieres repetir? —le dije sin levantar la voz.

— He dicho que mi señor Antonio te pide que comparezcas ante él y te defiendas de ciertas acusaciones, unas acusaciones que se especifican en esta carta.

Me entregó un rollo y retrocedió, casi con una sonrisa en los labios.

— «Me pide» —dije, repitiendo la frase—. Por un instante me había parecido oírte decir que «me ordenaba».

— Mi señor Antonio se alegraría mucho de que comparecieras personalmente ante él para explicarle ciertas cosas.

— Ahora «se alegraría mucho» y yo sólo le tengo que «explicar» ciertas cosas, no defenderme de unas acusaciones —dije en un leve susurro—. Las cosas van mejorando por momentos. —Cogí el rollo. Lo leería después, no delante de aquel hombre tan arrogante y hostil—. ¿Y adonde tengo que ir?

— A Tarso, adonde se trasladará muy pronto —contestó Delio.

— Puedes decirle a tu señor Antonio que la reina de Egipto no responde a las groseras peticiones, no obedece a un magistrado romano ni tiene por qué defenderse de nada. Me decepciona que mi aliado y antiguo amigo considere oportuno dirigirse a mí en semejantes términos. A no ser que tú hayas interpretado erróneamente sus palabras —añadí, dándole la oportunidad de exculpar a Antonio.

— ¿Así que ésa es tu respuesta? —replicó, pasando por alto mis comentarios—. ¿No piensas ir?

— No —contesté—. Que venga él aquí si quiere hablar conmigo. Ya conoce el camino pues estuvo aquí hace catorce años. No lo habrá olvidado.

Más tarde, sola en mis aposentos, leí el rollo y descubrí que las acusaciones eran absolutamente ridículas: ¡Que yo había ayudado a Casio y a Bruto! ¡Que les había enviado las cuatro legiones romanas! Antonio tenía que saber, necesariamente, que se las había enviado a Dolabela y que Casio se había apoderado de ellas. Y que el que les había entregado la flota estacionada en Chipre había sido el traidor Serapio. En cambio yo me había gastado una fortuna intentando llevar mi flota a Brundisium para los triunviros. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Me sentía profundamente ofendida.

Más tarde no pude por menos que preguntarme si otros no le habrían hecho aquellas insinuaciones a Antonio. Tal vez Glafira u Octavio. Sobre todo Octavio, que estaría encantado de poder desacreditar a la madre de Cesarión y cortar con ello los vínculos que unían a éste con Roma.

Arquelao llevaba varios días esperando. En cuanto se fue Delio, me preparé para recibirle. Antes de acudir a la sala de las audiencias para darle la bienvenida oficial (Mardo ya lo había hecho en mi lugar, pero ahora se tenía que repetir la ceremonia), dejé que Iras me aplicara afeites en la cara y me peinara el

cabello. Entretanto, Carmiana elegiría el atuendo.

¿Por qué lo hice? ¿Quería amedrentarlo con mi aspecto llamativo y mis regios ropajes? A pesar de que era la mujer más rica y poderosa del mundo — ¡qué dulce suena aquí esta frase!—, sabía muy bien cómo conseguir que la gente se sintiera a gusto en mi presencia, mostrándome humanamente accesible. Y también sabía mantener las distancias cuando me interesaba. Todo dependía de la actitud: la manera de ladear la cabeza, el tono de voz, la mirada de los ojos.

Me senté en un banco en el que la luz del norte me iluminaba el rostro y dije:

— Bueno, Iras, ya puedes empezar a obrar tu magia.

Cerré los ojos y esperé.

Sus hábiles dedos acariciaron la piel de mis mejillas y trazaron el contorno de mi mandíbula.

— El tratamiento ha dado resultado —me dijo—. Ya han desaparecido los efectos perjudiciales de toda aquella sal.

Qué lástima, pensé. Hubieran tenido que durar un poco más, por lo menos hasta que aquel pretendiente regresara a casa.

Me aplicó una cremosa loción por toda la cara y la extendió con movimientos circulares.

Su perfume era delicioso.

— Aceite y juncia, mi señora —me dijo—. Ahora lo mezclaré con los jugos de sicómoro y pepino.

Me aplicó unas compresas de lino empapadas en los jugos y me frotó la cara con ellas. Noté un hormigueo.

— Eso hará que la piel parezca tan tersa como el mármol pulido —me explicó—. Aunque apenas necesita mejorar. Ahora te refrescaré los ojos con apio y cáñamo triturados. Mantenlos cerrados. —Me aplicó dos frías compresas en los ojos al tiempo que decía—: Descansa y piensa en el vigorizante aire de una montaña.

El peso de las compresas sobre los párpados alteró mis pensamientos y me sentí transportada a un lugar que jamás había visto, una boscosa ladera de una colma con altos cipreses y ovejas que pastaban en medio de una suave brisa.

— Bueno —dijo Iras, retirando las compresas y acompañándome de nuevo a la estancia. ¿Dónde había estado?—. Qué prefieres hoy para pintarte los ojos, ¿alcohol negro o malaquita verde?

— Malaquita —contesté—. El alcohol es para diario y eso no es un acontecimiento cotidiano; voy a recibir a un aspirante a mi mano.

Si sólo hubiera sido para sostener mi mano en la suya, no me hubiera puesto tan a la defensiva. Sacó una varilla y trazó unas finas líneas sobre los párpados, rebasando los ángulos de los ojos.

— Ya los puedes abrir —dijo, sosteniendo un espejo—. Observa cómo el verde acentúa el verde natural de tus ojos.

Sí, era cierto. A César le encantaba el color de mis ojos. Decía que era como el de las aguas del Nilo. Pero desde entonces, no me había vuelto a poner aquel color y había preferido pintármelos con alcohol negro para que parecieran más oscuros. Asentí con la cabeza, sorprendiéndome de lo luminosos que ahora parecían.

Introdujo el dedo en un tarrito de grasa de carnero mezclada con ocre rojo y me lo pasó por los labios para pintármelos.

— ¡Eso es! —dijo, lanzando un suspiro—. Si no te pintas los labios, no se ve bien la forma.

Estaba empezando a parecer no una desconocida sino una versión muy mejorada de mí misma.

— El cabello te brilla como la seda gracias al jugo y al aceite de enebro con que anoche lo enjuagamos. Ahora lo único que tengo que hacer es peinarlo y trenzarlo con adornos de oro.

— Estupendo —dijo Carmiana a mi espalda—. He elegido la túnica verde con bordados de oro.

Me volví para ver la túnica que me estaba mostrando. Era de estilo fenicio, con los hombros recogidos y un drapeado por detrás.

— Me parece que me estáis preparando para ser recibida por los dioses en el monte Olimpo —dije—. Sufriré una decepción cuando entre en la sala de las audiencias.

— Tal vez tú la sufras, pero no él —dijo Carmiana—. Ha venido desde muy lejos sólo para eso.

Lancé un suspiro. Pobre hombre, pobre chico o lo que fuera. Mardo me había facilitado una información muy vaga a este respecto.

— Sí, sí —dije, procurando no moverme mientras Carmiana me pasaba la túnica por la cabeza.

Otra servidora me trajo unas sandalias trenzadas con hilos de oro y me calzó los pies recién perfumados con aromático aceite. Mientras Iras me peinaba, Carmiana eligió de un joyero un collar de esmeraldas y unos pendientes de oro y perlas. Después me mostró una pulsera en forma de cobra.

— Es un regalo, señora —me dijo—. Lo ha traído Arquelao y desea que te lo pongas.

— Comprendo.

La examiné. Era una pieza preciosa; cada escama estaba perfectamente reproducida y los ojos eran dos rubíes. Me sentí conmovida a mi pesar. ¿Como se habría enterado de mi afición a las serpientes? Me la puse.

Hice solemnemente mi entrada en la sala, pasando entre dos filas de

personas sin mirarlas y empecé a subir los peldaños del estrado de mi trono.

Sólo entonces me volví a saludarlas y les di la bienvenida, haciendo señas al príncipe Arquelao de Comana para que se acercara.

Un joven de elevada estatura surgió inmediatamente de entre el grupo de cortesanos, emisarios y escribas. Contemplé con asombro su prestancia. Su porte me pareció principesco, ni demasiado servil ni excesivamente activo.

— Bienvenido, príncipe Arquelao —le dije—. Nos complace recibirte en Alejandría.

Me miró sonriendo.

— Y yo me siento muy honrado de estar aquí, altísima reina Cleopatra de Egipto.

Hubiera deseado que sus palabras me resultaran desagradables, pero eran seductoras. Alargué el brazo.

— Gracias por tu regalo. Es bellissimo.

— Los artesanos de Comana son muy hábiles —me dijo—. Fue un placer hacerles este encargo.

Tras intercambiarnos unas cuantas frases de cortesía, le invité a reunirse conmigo en el pabellón del recinto del palacio para comer juntos al aire libre. Mandé retirarse a todos los criados y servidores. Juntos descendimos las anchas gradas del palacio y cruzamos el verde prado hasta llegar a un blanco pabellón donde ya nos estaba esperando una mesa con unos triclinios.

El príncipe me llevaba más de una cabeza de estatura y caminaba con grandes y elegantes zancadas.

Nos recostamos en los triclinios según la costumbre. Se apoyó en un codo y me miró. De repente estallamos en una carcajada como si fuéramos conspiradores. Acababa de destruir el efecto de mi estudiada apariencia.

— Perdóname —dije al final—, no me estoy riendo de ti.

— Ya lo sé. —Comprendí que era verdad—. Yo tampoco me río de ti. Creo que me río de alivio. Estuve a punto de no venir, y cien veces me pregunté durante el viaje por qué venía. Me sentía un necio.

— Has sido muy valiente y te lo agradezco —dije.

Lo estudié cuidadosamente. Debía de tener aproximadamente mi edad, con un cabello liso y oscuro y una boca como la de Apolo. Me pregunté si su madre sería tan atractiva como él para haber despertado el interés de Antonio.

— Sólo para verte ha merecido la pena hacer el viaje —dijo.

— Por favor, no recurras al tópico.

Me miró con una sonrisa.

— Lo malo del tópico es que de vez en cuando es verdad y entonces nadie

te cree.

— Háblame de tu remo —le dije, evitando cuidadosamente las cuestiones de carácter personal—. Jamás he viajado a ningún lugar más que a Roma.

Estaba empezando a sentir curiosidad por el resto del mundo.

Me explicó que era una región de Capadocia, pero no tan montañosa como ésta, y que había conseguido conservar su independencia, aunque de puro milagro.

— El águila romana nos está empezando a dar picotazos, pero hasta ahora no nos ha llevado a su nido.

— Sí, sé muy bien lo que es todo eso.

Me miró sorprendido.

— Tú no tendrías que estar preocupada —me dijo—. Egipto es un bocado muy grande y cuesta mucho de digerir.

— Creo que Roma tiene buen estómago.

Le vi reflexionar y adiviné que estaba sopesando la posibilidad de comentarme mi relación con César. Al final, decidió no hacerlo.

— De momento, Comana está a salvo —dijo.

Ahora fui yo la que sopesé la posibilidad de comentarle: «Gracias a los encantos de tu madre», pero preferí preguntarle:

— ¿Qué piensas de tu nuevo señor?

Apareció un criado con la bandeja del primer plato: lechuga, rollos de pepinos rellenos de lubina y huevos de codorniz aderezados con especias. Arquelao tardó un buen rato en elegir.

Alanceó un huevo de codorniz antes de contestar.

— Nos alegramos de que sea Marco Antonio en lugar de Octavio. Después de la batalla de Filipos, los vencidos se pusieron en fila para rendirse primero ante Antonio. Nadie quería caer en manos de Octavio; sabían que sería implacable. Antes de ser ejecutados, algunos prisioneros le suplicaron a Octavio que les garantizara una honrosa sepultura. El se limitó a contestarles con una sonrisa de desprecio: «Eso lo tendréis que negociar con los cuervos carroñeros.»

Se le había quitado el apetito al recordarlo, y ahora estaba masticando con desgana el huevo de codorniz. Sí, me lo imaginaba. Y me imaginaba también su impecable sonrisa al decirlo.

— No tenáis más remedio que ir a parar a manos de Antonio —dije—. El territorio lleva aparejada la tarea de invadir la Partia, y eso sólo lo puede hacer Antonio. Además, él ya ha estado en Oriente otras veces y conoce las costumbres. —Tomé un sorbo de vino blanco diluido con agua de montaña. Aún conservaba un ligero sabor astringente—. ¿Ha estado... muy ocupado?

— Día y noche. Especialmente de noche. —Al ver la expresión de mi rostro,



se apresuró a añadir—: Pero ha sido muy diligente en la resolución de todos los asuntos. Día tras día ha mantenido reuniones con la gente en su cuartel general y ha tomado unas decisiones muy acertadas que han sido favorablemente acogidas. Éfeso es una hermosa ciudad costera con edificios y calles de mármol, aunque tú ya estás acostumbrada a todo eso en Alejandría. Tiene sin embargo una cosa de la que carece Alejandría, una espléndida campiña muy apropiada para cabalgar. Antonio me llevó varias veces consigo a cabalgar y cazar, y de este modo he tenido ocasión de conocerle en su vida privada.

Nos sirvieron el segundo plato: cabrito asado, pavo real ahumado y carne de buey cortada con acompañamiento de tres salsas, pimienta con miel, crema de pepino y vinagre con menta triturada. Arquelao estudió las salsas y finalmente eligió dos.

— ¿Y cómo es en su vida privada?

Por lo que me había dicho Delio, su repentina elevación al poder le había hecho cambiar y había corrompido su dulce naturaleza. Me sorprendí cuando Arquelao contestó:

— Un príncipe entre los hombres. —Hizo una pausa—. Un hombre entre los hombres, un soldado entre los soldados.

— ¿Quieres decir que cambia según las circunstancias, que su color se adapta a los colores que lo rodean?

Un camaleón humano, la más escurridiza de todas las criaturas.

— No, quiero decir justo lo contrario. Quiero decir que siempre es el mismo, independientemente de las personas que lo acompañen. En el fondo es un hombre sencillo y honrado. ¿Qué puede haber de más noble y principesco que eso?

— Por desgracia, éstas no suelen ser las cualidades más habituales entre los nobles y los príncipes.

— Creo que intenta engañar lo menos posible a los demás y que no se quiere engañar a sí mismo en absoluto. Si los hombres ven engaño en él es porque primero se han engañado ellos mismos, viendo cosas que no hay.

— ¿Ha visto a mi hermana? —pregunté.

¿Qué habría hecho con Arsinoe?

— No —contestó Arquelao—. Arsinoe sigue en el sagrario del templo de Artemisa. Antonio no frecuenta aquel templo. Muchos de sus hombres han estado utilizando los servicios de las meretrices no oficiales que hay por allí... unas mujeres que afirman servir a la diosa con sus habilidades terrenas.

Ambos volvimos a estallar en una carcajada. Me alegraba de que Antonio no visitara aquel templo; hubiera sido humillante. Pero ¿a mí que más me daba?

Arquelao me estaba contando una historia de su corte, pero yo le escuchaba prestando más atención a mis propias reacciones que a lo que él me decía. Las observaba con el mismo detenimiento con que un niño contempla un

capullo de mariposa a la espera de que se abra.

Pasé una tarde muy entretenida y Arquelao me pareció muy agradable, pero no más que muchas otras personas que yo conocía: el sacerdote de Serapis que acudía a visitarme siempre que yo quería celebrar algún aniversario o hacer una ofrenda especial; la mujer que cuidaba de los lotos del estanque del palacio y con los que confeccionaba unos delicados collares. El principal responsable de los carros de guerra, un joven muy apuesto y bien plantado. Todos eran seres humanos muy agradables que me reconfortaban el corazón con su ingenio, su habilidad o su gentileza, convirtiendo mi existencia cotidiana en una delicia.

Pero ninguna de ellas despertaba aquella parte de mi persona que se había quedado dormida o —peor todavía— que había sido asesinada junto con César. Y Arquelao tampoco la despertaba. No acertaba a imaginármelo desnudo, pero lo más significativo era que la cuestión no me interesaba. Tampoco me imaginaba a mí misma en semejante situación con él.

Aquella noche, tendida en mi lecho en medio del sofocante aire estival que llenaba la estancia, me pregunté qué era lo que despertaba semejantes sensaciones en mí y por qué razón el pensar en ellas no poseía el mismo carácter inmediato que el experimentarlas.

A veces basta el simple deseo de algo para que este algo se haga realidad. El deseo de estudiar puede despertar la voluntad de hacerlo y estimular el interés. Una lectura sobre una región puede despertar el interés por conocerla y el deseo de visitarla. Pero la pasión no se puede canalizar, no se puede sacar de su guarida por medio de trucos o estratagemas. Posee una vida propia obstinada e independiente que se queda dormida cuando sería mejor que bailara y brincara, aunque no haya motivo ni lugar donde hacerlo.

Pensé que ojalá pudiera sentir algo por Arquelao, pero no podía torcer mi voluntad. Nada se agitaba en mi interior, no sentía el menor calor en lo más hondo de mi ser. Me encontraba todavía en el sagrado lago de Isis, donde tiempo atrás había nadado surcando las aguas en medio del silencio nocturno.

LOS vientos que soplaban en el Mediterráneo traían barcos y noticias. Yo estaba informada de lo que ocurría en todos los frentes, desde la casi mortal enfermedad de Octavio durante su travesía de regreso hasta los impresionantes progresos de Antonio en Asia. Una vez en Italia, y cuando todavía se encontraba muy débil, Octavio había tropezado con un sinfín de dificultades, desde los veteranos que le exigían la paga que él no podía darles por falta de dinero hasta los asaltos de Sexto en las rutas romanas de transporte de víveres. Las fortunas de ambos hombres eran totalmente distintas: la de Antonio subía y la de Octavio bajaba.

Antonio se pasó algún tiempo enviándome mensajeros que me «invitaban» a ir a verle. Al final dejé de recibirlos y ya no supe más de él. Muy bien. Pensaba ir a verle cuando me conviniera y de la manera que me conviniera, cuando él ya no me esperara.

Tenía que llegar a un entendimiento con Roma. A pesar de mis duras palabras y de mis despectivos pensamientos, al final no tuve más remedio que reconocer que yo tenía un hijo medio romano, hijo también de Julio César, y que estaba unida para siempre a Roma. Lo que ocurriera en Roma era importante para mi hijo y para Egipto.

El destino me había favorecido, enviando a Antonio a Oriente en lugar de Octavio. Podía negociar con Antonio y tenía intención de arrancarle el mejor pacto posible tanto para Cesarión como para Egipto. Él había hablado en el Senado de la filiación de Cesarión y yo necesitaba que siguiera apoyando mis reivindicaciones. Y quería que supiera que Egipto podía ser un valioso aliado, pero un molesto enemigo. Éramos demasiado grandes como para que se nos tratara como a unos subordinados. Nosotros no éramos Comana. Tendría que presentarse con respeto y no exigir las cosas sino pedir las, si de veras deseaba tener las manos libres para enfrentarse con la Partia. Me pregunté cómo habría descrito exactamente Delio mi negativa a responder. En cualquier caso, Antonio se había dado por vencido. Yo había ganado la partida, al menos de momento. No sabía qué ocurriría después.

Tardaron dos meses en prepararme el barco que utilizaría en aquella curiosa misión. Elegí un «seis» y mandé reformarlo por dentro y por fuera para que no hubiera otro igual en todo el mundo. La popa estaba decorada con pan de oro. Bajo la cubierta había mandado construir una gran sala de banquetes con capacidad para doce triclinios, y espacio para los acróbatas y músicos. Mandé construir unas alacenas en las que guardar una vajilla de oro suficiente para servir tres banquetes y la bodega del barco se convirtió en una cuadra para albergar treinta caballos. Como bien saben los carpinteros de ribera, un caballo ocupa tanto espacio como cuatro hombres. Hice que mis artesanos crearan lámparas con varias luces que se pudieran colgar de los aparejos de la nave y cuya forma se

podiera modificar, pasando de un círculo a un cuadrado o a un triángulo. Cuando las lámparas subían o bajaban parecían un cielo nocturno, aunque más mágico y brillante.

Mis aposentos estarían en la popa y dispondrían de una espaciosa cama, varias mesas y sillas y muchos espejos y lámparas fijados a las paredes.

Sí, había forjado un plan y todo el dinero que me gastara en el barco merecería la pena.

En cuanto a mí, aún no había decidido cuál sería la mejor manera de presentarme en Tarso. ¿Vestida como un solemne guerrero con yelmo ceremonial y escudo? ¿Cómo la viuda de César, modesta y recatadamente vestida? ¿Cómo una altiva reina? Sería una visita de Estado. ¿Qué imagen deseaba transmitir? ¿La de una belicosa Atenea, una doliente Deméter o una majestuosa Hera?

Mis ojos se posaron casualmente en el mosaico colocado en el centro del suelo de la sala de banquetes mientras mis pensamientos vagaban sin rumbo, y entonces vi a Venus, surgiendo del mar en todo su esplendor. Venus... Afrodita... En nuestro camino hacia Tarso pasaríamos por delante de su isla, la isla de Chipre, donde quizás ella surgiría de las aguas y subiría a nuestra embarcación.

Antonio. Antonio era Dioniso. ¿Quién podría por tanto hacerle una visita de Estado a Dioniso sino Afrodita?

Sí, César me había llamado Venus y había colocado mi estatua bajo la apariencia de Venus en su templo familiar, y Antonio, como miembro que era de la *gens* Julia, también descendía de Venus. Lo más natural era que Venus Afrodita fuera a Tarso para visitar a Dioniso. De esta manera no seríamos nosotros sino otras personas, y semejante circunstancia conferiría a la reunión una característica totalmente distinta que llamaría la atención y la situaría en otro plano.

— ¡Carmiana! —grité, levantándome de mi asiento—. ¡Carmiana, avisa al maestro del vestuario!

Las velas se hincharon primero con cierta vacilación y después con orgullosa audacia. Se abrían las aguas y nosotros navegábamos a toda vela, seiscientas millas hacia la costa de Cilicia y Tarso.

A bordo del barco había todo lo necesario para crear una corte y agasajar a los romanos y a los ciudadanos de Tarso. Allí yo no le debería nada a nadie, no tendría que ser la huésped de nadie. Yo enviaría las invitaciones y tendría una corte.

¿Quiénes eran los demás gobernantes? Ninguno de ellos podía codearse con Antonio de igual a igual ni podían presentarse bajo ningún disfraz que no fuera el suyo. Tal vez el imperio tolemaico hubiera menguado y estuviera casi en las últimas, pero yo haría que mis antepasados se sintieran orgullosos de mí en aquella circunstancia. Me presentaría como una reina y como Afrodita, y todo el mundo se quedaría boquiabierto de asombro.

Sabía que mi atuendo no tendría precedentes. No sería ni de ceremonia ni convencional. Me presentaría como una mujer, pero una mujer intocable.

Navegamos con Chipre a sotavento, rodeando la hermosa isla llamada de «la eterna primavera», y yo arrojé ofrendas a la diosa para que las olas las depositaran a sus pies.

«¡Afrodita —le recé—, dignate proteger a tu hija!» Las flores y las velas se alejaron flotando a su encuentro.

Había transcurrido más de un año y medio desde que Antonio me mandara llamar por primera vez. Ya le había hecho esperar lo suficiente y tal vez ya se había hecho a la idea de que no iría a verle. Pero no estaría enojado; era un hombre tolerante, eso yo lo recordaba muy bien. Tolerante y fácil de complacer.

Pero yo tendría que hacer algo más que complacerle. Los que son fáciles de contentar, también son los más difíciles de ganar. Como todo les complace más o menos —los retazos de una canción que alguien está cantando en la habitación de al lado, un pan un poco soso, una copa de vino sencillo en un día muy caluroso —, nada les complace por encima de todo lo demás. Y sólo cuando se complace a alguien hasta ese extremo se puede decir que se ha triunfado.

Paseaba por la cubierta rodeada por un extraño mundo poblado de sueños.

Recordaba a Antonio tal como lo había visto en Roma, y me lo imaginaba fugazmente durante las Lupercales. Para ser sincera, conservaba intacto su recuerdo en algún secreto escondrijo de mi memoria pues su persona me había llamado poderosamente la atención. Y ello no sólo por su perfección física —¡cosa que tampoco se puede desdeñar!— sino también por su entusiasmo, energía y poder desbordante que, combinados con su aspecto y sus movimientos, aquel día lo habían convertido casi en un dios.

Sí, recordaba a Antonio, y recordaba también que habían transcurrido casi cuatro años. Ahora tenía cuarenta y uno y no treinta y siete. En cuatro años pueden ocurrir muchas cosas, se pueden perder otras muchas. Pero la alegría de vivir, su entusiasmo infantil, ¿se habrían perdido del todo? Y le encantaba el teatro. ¿Se habría perdido también eso?

No, lo dudaba. Era su esencia, y no se podía perder.

O sea que finalmente visitaría a Antonio. Mi llegada sería un homenaje a esas facetas de su personalidad. Yo las repetiría como un eco y las ampliaría. Juntos haríamos un ruido ensordecedor.

La costa de Cilicia apareció en el horizonte. Era la fértil región de Cilicia, una llanura costera con las montañas al fondo. Los Lágidas la habían dominado en otros tiempos, junto con Chipre. Su región hermana, la Cilicia «áspera» del oeste, era una indómita región de ensenadas y gigantescos árboles, donde los piratas habían levantado sus plazas fuertes, ahora en manos de Roma. La ciudad de Tarso se encontraba a unas doce millas romanas tierra adentro, a orillas del río Cidno, cuyas aguas solían ser muy frías; Alejandro se había bañado una vez en ellas y había pillado un fuerte resfriado pues las nieves en fusión las alimentaban en primavera.

— ¡Echa el ancla! —le ordené al capitán mientras nos acercábamos a la

costa. Esperaríamos allí hasta el día siguiente, en que navegaríamos río arriba. Se tenían que hacer muchos preparativos. Y yo sabía que en cuanto avistaran el barco alertarían a Antonio en Tarso. No le había anunciado a nadie mi llegada, no había enviado ningún mensaje.

Aquella noche permanecemos anclados y yo tuve unos extraños sueños. Al final había empezado a explorar el mundo perdido de mis antepasados y había visto por mí misma lo que habíamos sido en otros tiempos. Y me estaba esperando un romano enamorado de Oriente. ¿Habría prescindido de la toga? Vería a un Antonio desconocido e ignorado. Y él me vería a mí tal como me había visto César, en mi aspecto oriental. Seríamos nuevos el uno para el otro.

Al amanecer desplegamos las velas especiales, de color púrpura y empapadas con aceite de juncia. Los vientos que soplaran a través de ellas llevarían consigo el perfume del bosque. Pero en aquel río tan abrigado y lleno de nenúfares no soplaría demasiado viento. Se necesitarían remeros, y por este motivo sacaron de la bodega los remos especiales de punta de plata para sustituir a los normales de madera de pino. Los músicos que marcarían los movimientos de los remos ocuparon sus lugares en la cubierta y bajo ella con sus flautas, pífanos y arpas. Para aquella corta travesía, los marineros de rostro curtido por el sol fueron sustituidos por unas mujeres vestidas de ninfas, que inmediatamente se situaron cerca de los cabos y el timón. Otras sostenían incensarios de perfume, de los que se escapaban nubes de olíbano y mirra que volaban hacia la playa.

Carmiana me vistió con una túnica de Venus de color dorado, casi transparente, que me caía en relucientes pliegues desde los hombros. Unos servidores colocaron en la cubierta un dosel dorado que parecía un pabellón divino y cubrieron los almohadones con pieles de leopardo. Antes de levar el ancla ocupé mi lugar, reclinándome sobre las pieles, mientras unos bellos jóvenes vestidos de Cupido se situaban a mi derecha y a mi izquierda y me daban suavemente aire con unos abanicos de plumas. Era la reproducción más fiel que había podido conseguir de una pintura de Venus que había visto en la vida real.

La embarcación se fue abriendo paso lentamente corriente arriba entre los nenúfares, sin que yo abandonara mi postura en ningún momento. Observé que la gente empezaba a congregarse en ambas orillas. Carmiana e Iras, vestidas de sirenas, permanecían junto al timón, arrojando flores a los espectadores.

El río se fue ensanchando hasta convertirse en un lago. Les dije a los Cupidos que llamaran al capitán, y cuando éste entró en mi pabellón le ordené anclar en el centro del lago en lugar de amarrar la embarcación en el muelle.

— No bajaremos a tierra —dije—. No pondremos los pies en Tarso hasta que nos tributen honores aquí en el barco.

Desde el lugar donde permanecía recostada, vi que la muchedumbre se iba congregando en los muelles. Alguien lanzó al agua una pequeña embarcación y ésta se acercó a nosotros, remando velozmente. Estaba llena de oficiales romanos. Uno de ellos se puso de pie y empezó a hacer señas.

— Ve a ver qué quieren —le dije a mi criado.

Éste se acercó a la barandilla y se inclinó para hablar con ellos. Los hombres de la barca se ponían de pie y estiraban el cuello en su afán por ver lo que había a bordo, haciendo que la embarcación se balanceara peligrosamente.

El criado regresó diciendo:

— El oficial de Antonio pregunta qué y quién se ha acercado.

Reflexioné un instante.

— Puedes decirle que ha venido Afrodita para solazarse con Dioniso por el bien de Asia. —Al ver la expresión de asombro de su rostro, me apresuré a añadir —: Y procura no reírte cuando se lo digas. Tienes que hablar con gran solemnidad.

El criado cumplió mis órdenes y observé que los incrédulos romanos no sabían qué contestar. Al final regresó.

— Dice que el nobilísimo Antonio te invita a cenar con él esta noche en un banquete de bienvenida.

— Dile que no deseo bajar a Tarso, y que el nobilísimo Antonio y sus hombres, junto con los principales ciudadanos de la ciudad, tendrían que ser mis invitados esta noche a bordo del barco.

Nuevos intercambios de frases. El criado regresó para decirme que aquella noche Antonio tenía que presidir el tribunal en la plaza de la ciudad y que esperaba que yo bajara a tierra y le presentara mis respetos.

Solté una carcajada.

— Debe de estar solo en el estrado —dije—, porque toda la ciudad se encuentra en los muelles. —Hice una pausa—. Repite mi mensaje: él tiene que subir primero a bordo.

El mensaje fue transmitido, y la embarcación se alejó remando hacia el muelle.

— Y ahora, mi querido amigo —dije—, que se empiece a preparar el banquete.

Mientras cocían la comida y preparaban la sala de los banquetes, el barco cruzó lentamente el lago. Cuando llegamos al muelle, ya estaba anocheciendo y nos encontrábamos envueltos por una densa bruma azul morada que se mezclaba con la nube del incienso. Se encendieron las antorchas y la irrealidad del día cedió el paso a la irrealidad de la noche.

Ya era noche cerrada cuando un alboroto en los muelles me hizo comprender que los invitados se estaban acercando. Era un cortejo encabezado por un hombre al que acompañaban unos cantores y unos hombres con antorchas. Le seguía una fila de compañeros mientras la muchedumbre se agitaba a ambos lados presa de una incontenible emoción. Yo permanecí sentada para no estropear mi estudiada postura bajo el dosel, aunque me moría de ganas de saber quién se estaba acercando.

Subieron por la adornada plancha; oí las fuertes pisadas de sus botas y el

crujido de la madera de la cubierta bajo su peso. El primero en subir a bordo fue un legado romano, seguido por un oficial y un ayudante. Los tres contemplaron admirados las luces de los aparejos, los esclavos disfrazados, las sirenas, las ninfas y los Cupidos que los saludaban con gestos de bienvenida. Otros oficiales subieron detrás de ellos a cubierta.

¿Dónde estaba Antonio? ¿Habría optado por permanecer en tierra para no dar su brazo a torcer? César hubiera... ¿o quizá no?

Justo en aquel momento subió a la cubierta y se detuvo en seco, mirándome sin decir nada. Incluso parpadeó una vez antes de echarse la capa sobre el hombro y acercarse.

Se detuvo delante de mí y contempló el lugar donde yo permanecía acostada sobre una camilla cubierta de almohadones.

Durante unos instantes permanecimos en silencio, mirándonos con semblante inexpresivo.

Yo lucía un collar de gruesas perlas, y detrás de sus vueltas el colgante que jamás me quitaba. Dos gigantescas perlas de las más grandes que jamás hubieran encontrado los buceadores adornaban los lóbulos de mis orejas, y el rizado cabello me caía suelto sobre los hombros. Mis pies, calzados con sandalias con incrustaciones de esmeraldas, estaban ocultos bajo la orla de mi túnica mientras yo permanecía recostada, apoyando el peso del cuerpo en un codo. Sus ojos pasaron de las perlas a mi cabello y a la orla de mi túnica, antes de regresar nuevamente al rostro.

— «Inmortal Afrodita, sentada en tu trono labrado» —me dijo por fin.

¡O sea que conocía los versos de Safo! Pues muy bien, ahora yo le citaré a Eurípides.

— «Soy Dioniso, soy Baco. Vine a Grecia, a Tebas, la primera ciudad griega que ha lanzado gritos de éxtasis por mí, la primera cuyas mujeres yo he vestido con pieles de cervatos y en cuyas manos he depositado mi lanza de hiedra, el “tirso”.»

Miró a su alrededor, con las manos extendidas.

— Me parece que he olvidado el tirso —dijo, soltando una carcajada—. ¡Cayo, vuelve al cuartel general y tráemelo!

— Esta noche no lo vas a necesitar —le dije. Alargué la mano; él se inclinó para tomarla y me ayudó a levantarme—. Bienvenido, Marco Antonio.

— Soy yo quien debe darte la bienvenida a ti. —Sacudió la cabeza, contemplando las jarcias. Las constelaciones de luces que bajaban colgadas de unas cuerdas de seda flotaban mágicamente por encima de su cabeza—. Tienes todo el Zodiaco reunido —añadió, asombrado y ligeramente perplejo.

— Ya conoces a nuestros astrónomos alejandrinos —dije—. Nos sentimos a nuestras anchas con las estrellas.

— Sí, por supuesto. Vuestros conocimientos son legendarios. —Se volvió



hacia sus hombres—. Bienvenidos a Egipto —añadió.

— Eso lo tengo que decir yo —repliqué.

— Pues dilo.

Les hice una indicación a mis músicos y éstos interpretaron una composición de bienvenida.

— Os saludamos y os damos la bienvenida —dije, dirigiéndome a todos los componentes del grupo.

Los servidores empezaron a distribuir copas de oro llenas de vino. Antonio aceptó la suya y tomó un sorbo con gesto de aprobación. Sus fuertes dedos acariciaron las incrustaciones de piedras preciosas de la copa.

— Me complace mucho verte —dije—. Ha transcurrido mucho tiempo.

— Tres años, cinco meses y unos diez días —replicó.

Lo miré asombrada. Debía de haberle dicho a su escriba que lo calculara, la primera vez que se enojó conmigo a causa de mi negativa a ir a verle.

— ¿De veras?

Yo no recordaba la fecha de nuestro último encuentro; apenas si recordaba la de mi partida de Roma.

— A no ser que mi secretario no sepa contar —dijo, pasándose una mano por el cabello—. Me parece que también me he dejado la corona de hiedra. ¡Me siento desnudo sin ella! —Su sonrisa se desvaneció de sus labios—. Me alegro de verte. Tienes un aspecto espléndido. Los años han sido benévolos contigo.

Solté una nostálgica carcajada.

— ¡Lo digo en serio! —añadió.

¿Y él cómo estaba? El denodado esfuerzo que había tenido que hacer le había conferido una apariencia más dura y autoritaria. Pero su prestancia se mantenía inalterada y hasta es posible que incluso hubiera aumentado.

— Te lo agradezco. —Me resultaba sorprendentemente difícil hablar con él. Ya no podíamos gastarnos bromas—. Yo no ayudé a Casio —le dije, pensando que tendríamos que hablar en seno—. Seguramente sabes que él se apoderó de las legiones que yo envíe a Dolabela.

— Sí, lo sé muy bien.

— Y también sabrás que hice todo lo que pude por enviarte barcos. ¡Debo añadir que me costó una fortuna!

— Sí, lo sé.

¿Por qué razón repetía constantemente lo mismo?

— Pues entonces, ¿por qué me acusas de haber actuado contra ti?

— La situación era confusa, y la información que recibíamos muy

contradictoria. Quería que tú me explicaras qué había ocurrido exactamente. A fin de cuentas, tú estabas en Oriente en una posición privilegiada y sabes mejor que nosotros lo que ocurrió.

— Eso no es lo que me decías en tu carta.

Levantó las manos, y justo en ese momento un servidor tomó su copa vacía y la sustituyó por otra llena. Antonio tomó un buen trago antes de contestar.

— Perdóname —me dijo con una cautivadora sonrisa—. Fue una equivocación por mi parte.

Todo aquello me parecía demasiado sencillo.

— Te perdono —dije sonriendo—. El tono que empleabas en la carta me parecía increíble. Yo pensaba que éramos amigos.

— Por supuesto que somos amigos —dijo.

Tomó otro sorbo y apuró el contenido de la copa. Inmediatamente le ofrecieron otra.

— Ven, amigo mío —le dije—. Vamos a sentarnos a cenar.

Bajamos a la sala de los banquetes, donde nos esperaban doce triclinios con unas mesas ya preparadas para los comensales. Antonio se sentaría en el lugar de honor de cara a mí, en el triclinio de al lado.

Un servidor le puso una corona de flores.

— Ésta será tu corona esta noche —le dije.

Su aspecto no era precisamente el de un soldado.

— Vaya —dijo—. Ahora hasta llevo una corona.

— ¿Te gustaría?

Me miró sonriendo.

— No caeré en esta trampa —contestó—. Las palabras tienen la virtud de regresar en los momentos menos oportunos.

Lo cual significaba que le hubiera gustado ceñir una corona. Bueno, no había en todo el mundo nadie capaz de rechazar una corona en caso de que se la ofrecieran, salvo algunos republicanos... Pero con la muerte de Bruto habían perdido a su jefe.

— La batalla de Filipos... He dado infinitas gracias a los dioses por ella. Ahora tengo que darte directamente las gracias a ti, que fuiste su artífice. Mi eterna gratitud, Antonio. Jamás te lo podré pagar.

Estaban empezando a servir el primer plato, y tanto los romanos como los tarsenses comentaban en voz baja las excelencias de la liebre ahumada del desierto libio, las ostras aderezadas con algas, los blancos pastelillos elaborados con la mejor harina de Egipto y las trémulas jaleas de zumo de granada endulzado con miel y dátiles de Derr. A medida que fue creciendo el volumen de los

murmullos, me resultó más fácil hablar en privado con Antonio.

— Nuestro César —dijo—. Entonces lloramos su desgracia y ahora exultamos de gozo porque ha sido vengado.

— Fuiste tú quien dio la vuelta a la situación durante el funeral. Jamás podré olvidar aquella noche.

— Yo tampoco. —Antonio empezó a comer, regando los exquisitos manjares con grandes tragos de vino—. Pero ahora tenemos que seguir adelante. Estoy empeñado en llevar a cabo la campaña de la Partia, que él se vio obligado a abandonar en vísperas de su comienzo. Utilizaré las mismas lanzas y los mismos escudos que él tenía preparados. Están todavía en Macedonia.

— Pero eso no se hará este año —dije en tono de pregunta.

— No, habrá que esperar un poco. Todavía hay que resolver muchas cuestiones aquí en Oriente.

Los platos del banquete iban saliendo sin cesar de la cocina mientras los músicos y los danzarines entretenían a los comensales. Al final llegó el momento de retirarse. Antonio fue el primero en levantarse.

— Mañana por la noche tienes que cenar conmigo —me dijo—. No podré competir con lo que tú nos has ofrecido, pero... —se rió muy quedo— tienes que concederme la oportunidad de intentar corresponder. —Hizo una seña a sus hombres—. Vamos, ya es la hora.

— Espera —le dije—. Quiero regalaros todos los triclinios sobre los que os habéis recostado esta noche, y tus hombres podrán llevarse todas las piezas de la vajilla de oro que han utilizado para cenar.

Me miraron asombrados.

— Sí, como prenda de mi consideración hacia vosotros —dije en tono indiferente—. Vuestra compañía ha sido muy agradable.

Los hombres tomaron las piezas como el que no quiere la cosa, procurando disimular su avidez.

— No tendréis que molestaros en llevarlas —dije—. Mis criados os acompañarán a casa con antorchas y acarrearán los regalos.

Antonio me miró fijamente.

— Tú también —dijo—. Pero tú necesitas algo más que eso como invitado de honor y comandante supremo de Asia. Toma. —Me quitó el impresionante collar de perlas y se lo ofreció—. Te ruego que lo aceptes como prueba de la estima de la Reina de Egipto por tu persona.

Las perlas se desbordaron de sus manos.

Más tarde, sentada en mi camarote, todo me pareció sobrenaturalmente silencioso después de la fiesta. La velada había sido un éxito. Los comentarios se extenderían por todas partes y las bellezas de nuestra mítica embarcación se describirían en muchas lenguas. En cuanto a Antonio, contaría las perlas y se

quedaría asombrado. Me quité los pendientes y las pulseras de oro macizo y lo guardé todo en un joyero. Estiré los pies descalzos para relajarme. Me parecía increíble que el festín hubiera concluido. Había tardado varias semanas en planearlo y me había costado tanto como un pequeño palacio. Sólo el olíbano... sacudí la cabeza. Había mandado que lo usaran como si fuera leña para dar la impresión, junto con todo lo demás, de lujo, riqueza y poder. Necesitaba hacer una declaración dirigida a toda Asia: Egipto es poderoso.

En ese preciso momento llamaron tímidamente a mi puerta.

— Abrid —dije.

— Majestad. —Un soldado abrió la puerta e inclinó la cabeza—. Una visita. —El soldado se retiró, dando paso a otra persona.

No podía dar crédito a mis ojos: era Antonio, de pie en la puerta de mi camarote. Se apoyaba con ambos brazos en las jambas de la puerta. ¿Estaría enfermo? ¿Borracho tal vez? Sin embargo, me había parecido que se hallaba bien cuando se retiró con su séquito.

Me levanté.

— ¿Qué ocurre? —pregunté, estudiando su rostro.

Su expresión no me dijo nada.

— Veo que he tardado demasiado en regresar —me contestó—. Te veré en otro momento.

Al retroceder observé que estaba... no borracho pero sí alterado por el vino.

Me acerqué a él.

— No, no te vayas. —No me había quitado la túnica sino simplemente los adornos—. Quédate y dime por qué has venido.

Le indiqué por señas el camarote. Dudó un instante y me siguió al interior. Cerré la puerta.

Entonces observé que sostenía en la mano unos pergaminos.

— Pensé que teníamos que hablar en privado —me dijo—, y aquí no es tan probable que nos oigan como en mi cuartel general.

— Muy bien —dije, disponiéndome a escucharle.

¿Por qué no había esperado hasta la mañana siguiente? ¿Por qué había regresado corriendo a sus habitaciones para recoger los pergaminos y volver? ¿Por qué parecía tan alterado? Con aire indiferente, porque no quería dar la impresión de sentirme incómoda a pesar de que la visita me parecía muy rara, alargué la mano y cogí un chal para cubrirme los hombros, como si necesitara protegerme.

— Los documentos de César, los que estaban en su casa... ¿recuerdas?

Agitó los pergaminos que sostenía en la mano como si éstos pudieran hablar.

— ¿Por qué me los traes?

Había transcurrido tanto tiempo y era todo tan confuso... Por otra parte, ¿qué tenía yo que ver con ellos? El único que verdaderamente me importaba, el testamento, me había causado un profundo dolor, porque César ignoraba en él a Cesarión y adoptaba a Octavio.

— Los cambié —me confesó—. Quería decírtelo, explicártelo todo... —Me miró tímidamente—. Quiero que veas los originales.

Todo aquello me parecía muy aburrido. No quería abrirme al dolor de volver a ver la escritura de César y tanto menos a aquella hora de la noche en que me sentía tan cansada y sin defensas.

— Hay muy poca luz —dije.

Pero lo cierto era que no deseaba verlos en aquel momento y que tampoco me apetecía atender a Antonio. No quería que me molestaran, y no deseaba estropear el efecto de mi triunfo diplomático diciendo o haciendo algo inapropiado por culpa de mi cansancio.

— Será suficiente —dijo alegremente. Se sentó junto a mi escritorio sin pedirme permiso, extendió el primer pergamino y señaló algo—. Mira, aquí, donde nombraba al magistrado que tendría que presidir los juegos...

Me situé a su espalda y miré por encima de su hombro aquello que él tanto interés tenía en que yo viera. Bajo la escasa luz, apenas podía distinguir las palabras. Antonio mantenía la cabeza tan inclinada sobre el pergamino que me di cuenta de que también él tenía dificultades en leerlas.

— ¿Y qué nos importa ahora quién presidió los juegos? —pregunté.

Tuve que inclinarme para hablar con él, y sólo pude hacerlo apoyándome en sus hombros y su espalda.

— He cambiado muchas cosas —me confesó—. Esta es sólo una de ellas. Mira. La escritura... ¿te das cuenta de que es ligeramente distinta?

Tuve que inclinarme un poco más y apoyarme con más fuerza contra él. De repente no fui consciente de ninguna otra cosa.

— Sí —reconocí.

— Siempre me he sentido culpable de lo que hice, de haber utilizado su sello para asegurarme unos cargos que me beneficiarían y fortalecerían mi mano...

«Soy la mano derecha de César», había dicho en cierta ocasión.

— ¡Por lo menos, utilizaste esa mano para defenderle! —dije—. No fue un mal uso de tu cargo sino un buen uso. —Hice una pausa—. ¿Por qué me lo dices?

Lanzó un suspiro, movió los hombros y yo me moví con ellos.

— Seguramente porque tú eres la única persona que tiene el poder, al menos a mi juicio, para perdonarme las libertades que me tomé en su nombre. Tú

me puedes decir: «Te perdono en nombre de César.» Tú sabes cuál era la situación y por qué motivo fueron necesarias algunas falsedades en aquellos momentos.

— Sí, lo sé. Ya te he dicho que jamás te podré pagar lo que hiciste por vengarme. Si para ello fue necesario alterar algunas normas y modificar algunos documentos...

Hice ademán de apartarme. En aquel pergamino ya no había nada que pudiera interesarme, y estaba cansada de forzar la vista.

Sin embargo, en el momento en que enderezaba la espalda, él también lo hizo y entonces mi mejilla rozó ligeramente la suya. Me quedé helada... No hay otra palabra para describirlo porque me pareció que aquel roce prohibido derribaba de golpe la barrera que se interponía entre nosotros, una barrera de comedimiento y de buenos modales.

Volvió a moverse y nos rozamos de nuevo en una especie de pausado movimiento, más propio de un sueño que de la realidad, aunque no debió de serlo pues él giró de pronto la cabeza y me besó en la boca. Sin el menor pensamiento de censura, le devolví el beso, abriendo mi boca a la suya mientras él se levantaba de la silla y me atraía hacia sí. Ahora estábamos de pie, cara a cara, besándonos. Incapaz de hacer otra cosa, lo rodeé con mis brazos y lo estreché con fuerza.

Sus besos eran profundos y apasionados; no hubo ningún beso intermedio entre el vacilante beso inicial y los ávidos besos que lo siguieron. Y yo estaba hambrienta de ellos —y de él—, eso fue lo que más me sorprendió, El mero hecho de tocarlo bastó para abrir aquella puerta secreta que tanto tiempo llevaba cerrada. Su repentina abertura me dejó aturdida.

Tenía que haber algún medio para detener lo que estaba ocurriendo. No podía actuar movida por un loco y repentino impulso. Intenté apartarme de sus brazos, pero él no me soltó fácilmente; era como si temiera hacerlo.

— Siempre te he querido —me susurró al oído mientras su mano izquierda me sostenía la cabeza y me atraía con fuerza hacia sí.

¿Me estaba pidiendo disculpas, como si ello bastara para justificar su irrupción en mis aposentos en mitad de la noche, por un motivo baladí?

— Supongo que ahora me vas a decir que todo empezó la primera vez que estuviste en Egipto, cuando yo todavía era una niña —dije en tono irónico, tratando por todos los medios de calmar los violentos latidos de mi corazón.

Latía con tal fuerza que casi me pareció que él podría oírlo a través de las pulsaciones de mi sien, contra la cual mantenía apoyada la cabeza.

— Lo cierto es que jamás te olvidé. Cuando te volví a ver en Roma, siempre como si estuvieras en una corte y como un adorno de César... sí, entonces te deseé como un niño que ve unos exquisitos dulces en una tienda pero no tiene dinero para comprárselos. Tú pertenecías a César y el solo hecho de pensar ciertas cosas hubiera sido una deslealtad. —Hizo una pausa—. Por lo menos,

estando despierto.

Presentí su sonrisa de turbación, a pesar de que no pude verla. Y yo también sonreí.

Entonces sobrevino una especie de sensación de vergüenza. Estábamos atrapados entre dos comportamientos distintos, ¿íbamos a seguir adelante hacia lo desconocido, o sería mejor que nos limitáramos a lo conocido y ensayado? Probé lo segundo.

— Mi soldado —dije en tono burlón—. Mi general —añadí, tratando una vez más de apartarme y echarme hacia atrás. Pero no pudo ser.

— No soy tu general sino un general —dijo él—. A no ser que quieras contratar mis servicios.

Empezó a besarme el cuello, cerca del oído.

— Pensaba que esta reunión era para eso —contesté—. Futuras alianzas de tipo político.

— No —dijo—, la reunión es para esto otro.

Sin dejar de besarme, soltó los tirantes de la túnica y la dejó caer al suelo. ¿Por qué no se lo impedí? Sentía un hormigueo de excitación en la piel. Mi piel ansiaba su contacto como si tuviera una mente y unas necesidades propias e independientes.

Los guardias de la cubierta hubieran acudido corriendo en mi auxilio y lo hubieran traspasado con sus lanzas en caso necesario. Y al otro lado de la puerta esperaba un soldado. Ellos lo echarían y me salvarían de mi propio cuerpo y de sus inesperados deseos. «¡Llámalos!», me ordené a mí misma, pero mi insurrección contra mis propios sentimientos estaba ganando la partida. En silencio dejé que me besara y me acariciara los hombros y el cabello.

— Quería verte. Debía de estar loco pues de lo contrario no te hubiera deseado con toda mi alma —añadió en un apresurado murmullo. Yo apenas podía entender sus palabras—. Había pasado tanto tiempo... Y yo no tenía ninguna excusa para verte. No se me ofrecía ninguna ocasión, ¿comprendes? Legalmente sólo podía llegar hasta Siria. Confié en que me invitaras a Egipto, pero no lo hiciste. Transcurrieron meses y meses y no lo hiciste. Así que tenía que inventarme una razón para llamarte. Me temo que no fue muy buena porque te enojaste.

Inclinó la cabeza y empezó a besarme la parte superior de los pechos.

Unas oleadas de excitación me recorrían el cuerpo y me impedían contestar.

— Si hubiera sabido la verdadera razón, no me hubiera enojado.

— Hubieras tenido que comprenderlo, hubieras tenido que adivinarlo.

Hizo una pausa y después me siguió besando cada vez más abajo.

Me avergoncé una vez más de mí misma y del deseo que Antonio estaba

despertando en mí. ¡Otro romano casado! ¡Tendría que estar loca para recorrer una vez más el mismo camino!

Lo aparté.

«¡Vete! —hubiera querido decirle—. ¡Te has deshonrado viniendo aquí de esta manera! Tal vez el vino te lo haga olvidar, pero yo jamás lo olvidaré.» Sin embargo, las palabras no me salieron, porque sabía que él me obedecería avergonzado y que se iría, y yo no quería que se fuera.

Me estaba mirando bajo la débil luz de la lámpara, con el rostro encendido de deseo. Temblaba de emoción y yo temblaba con él. Apoyé las manos en sus hombros y lo atraje hacia abajo, cayendo con él en la cama que tenía a mi espalda. Rodamos el uno en brazos del otro como unos chiquillos. Le acaricié el abundante cabello y me encantó la sensación. Incluyó el rostro y me volvió a besar, esta vez muy despacio, como si tuviera mucho tiempo por delante. Me excité más que con sus apasionados besos iniciales.

— No soy una bestia salvaje, y no haré nada que tú no desees tanto como yo.

Me miró con la cara muy seria, esperando una indicación o una señal.

Traté de pensar y de razonar fríamente, pero el único pensamiento que me vino a la mente fue: «Esta noche es mía, es mi primera noche en muchos años, es una noche de la que soy dueña. Esta noche no soy la viuda de nadie, no estoy unida a nadie, soy sólo una mujer, una mujer libre.»

Le acaricié los hombros, unos hombres anchos, fuertes y jóvenes. Estaba en la flor de la vida.

— Mi soldado —repetí, pero esta vez lo dije de una manera distinta, en tono posesivo—. Mi general.

Entrelazó los dedos con los mechones de mi cabello y volvió mi rostro hacia el suyo, besándome tan profundamente que me olvidé de todo lo que había fuera de aquella habitación. Mi cuerpo ansiaba unirse al suyo, al margen de cualquier otra consideración.

Dioniso era el oscuro dios de la arrebatada liberación, y aquella noche era Antonio. No tenía que temer que los recuerdos borrarán el aquí y el ahora porque él era completamente distinto que cualquier otra cosa que yo hubiera conocido. Me tomó sin más, e hizo que me olvidara de todo y que sólo pensara en él.

«¡Ah!», grité en lo más hondo de mi ser, entregándome como la primera vez que cerré los ojos y me arrojé al agua en el puerto, aquella agua tan profunda y cálida, y tan llena de corrientes desconocidas. Y tan peligrosa.

Faltaban muchas horas para el amanecer, y una y otra vez él me hizo el amor hasta que creí morir de placer.

Más tarde, cuando empezamos a despertarnos poco a poco y sentimos la proximidad de la aurora, nos intercambiamos unas adormiladas palabras en voz baja. Su cabeza descansaba contra mi cuello. Alargó la mano y tomó el medallón



de César.

— Ahora tendrás que dejar de llevarlo —dijo—. Es un dios y ya no le interesan los mortales. Tendrá que dejar a los mortales para otros mortales.

— ¿Como tú? —le pregunté—. Pero ¿acaso tú no eres también un dios, por lo menos en Éfeso?

— Mmm —dijo, lanzando un suspiro—. Pero todavía no me he acostumbrado. —Se volvió a mirarme, apenas visible en medio de la semioscuridad del camarote—. Y nunca me acostumbraré a ti, de esta manera.

— Eso significa que jamás podrás darlo por descontado.

Seguimos intercambiándonos las ternezas que suelen decirse todos los enamorados, por lo menos al principio.

Cuando el cielo empezó a mostrar los primeros atisbos de luz, me dijo:

— Tengo que irme antes de que se haga totalmente de día.

— Pero la gente sabe que estás aquí —le dije—. Te han visto subir a bordo. Has tenido que pasar por delante de los guardias. Seguramente les habrás dado una excusa razonable.

Sacudió la cabeza.

— Me temo que he sido bastante transparente. Los asuntos de Estado no suelen tratarse por la noche.

— Todo el mundo lo sabrá —dije—. No tienes por qué retirarte subrepticamente como un niño culpable. Creo que no tenemos por qué avergonzarnos. —Me sentía renacida y audaz y no quería ocultar lo de aquella noche—. Creo que tienes que salir como el sol naciente.

Soltó una carcajada.

— Eres muy poética. Es una de las cosas que siempre me han gustado de ti, desde hace mucho tiempo.

— No creo que lo supieras.

— Sé muchas cosas de ti —me dijo—. Quería saberlo todo.

— Veo que tú me conoces mejor de lo que yo te conozco —dije—, porque yo jamás hubiera imaginado tal cosa de ti.

— Ya te he dicho que te quiero desde hace mucho tiempo.

Le creí sinceramente. No estaba diciendo frases convencionales.

— Ahora ya me has tenido.

— No es tan sencillo —dijo—. Una noche no te entrega a mis manos. Eso no es más que el principio.

Me estremecí al oírle. Yo quería que fuera así de sencillo, un anhelo abrumador, un deseo, un deseo satisfecho. El final. ¿Hasta dónde podía llegar?

Otro romano casado. Eso por lo menos era sencillo.

Sacudí la cabeza. ¿Por qué lo había hecho? El recuerdo de las horas pasadas contestó inmediatamente a mi pregunta.

— No te vayas a escondidas —le dije—. No tenemos nada de lo que avergonzarnos.

— ¿Quieres decir que no tenemos que dar cuenta de nuestros actos a ninguna autoridad terrenal superior?

— No, quiero decir exactamente lo que he dicho, que no tenemos nada de lo que avergonzarnos. No te comportes como si nos diera vergüenza.

CUANDO cruzó la cubierta, su cabello oscuro brilló bajo los rayos del sol naciente. Observé las miradas de sorpresa de los marineros. Al llegar a la plancha, se volvió para saludarme.

— Esta noche repetiremos... la cena —dijo riéndose—. Intentaré estar a la altura de lo de anoche, con todas mis fuerzas.

— Hasta entonces pues —contesté.

Le vi bajar y alejarse por el muelle. Caminaba con un leve contoneo.

Di media vuelta, cerré los ojos y me apoyé contra la barandilla. Mi cuerpo estaba extenuado, pero mis pensamientos corrían de emoción. Aunque me negaba a refrenarlos, respiré hondo para regresar al mundo cotidiano de las cubiertas de los barcos, los cabos enrollados y la bruma que se levantaba de las aguas del lago. El sol parecía empeñado en abrirme los ojos. Al otro lado del lago vi las verdes y boscosas laderas del monte Tauro. Tarso estaba situada en un soberbio emplazamiento. Era un lugar espléndido para... para...

Sacudí la cabeza y regresé al camarote. Entré a toda prisa, cerré la puerta y permanecí un buen rato sentada en la silla que ocupaba cuando llamaron a la puerta. Estaba exactamente en el mismo sitio que al principio, a pesar de las muchas horas transcurridas.

La estancia parecía la misma. Nada había cambiado... salvo yo.

Años atrás había navegado rumbo al oeste escondida en una alfombra enrollada, de la que había salido para saltar a la cama de César, como había dicho Olimpo en tono de reproche. Ahora había navegado rumbo al este disfrazada de Venus, y Antonio había saltado a mi cama. Dos travesías marítimas y un solo resultado. Olimpo hubiera tenido sin duda otras palabras de reproche.

Ahora comprendí que siempre me había fijado en Antonio en mayor medida que en otros hombres. La atracción acechaba bajo la superficie, era una sombra que afloraba fugazmente algunas veces, pero con demasiada rapidez como para que yo pudiera atraparla. Vista y no vista. ¿Qué iba a hacer? Una sola vez puede ser una sorpresa, un error, una aventura. Pero después se convierte en una decisión deliberada. Ya no podría fingir que Antonio me había pillado desprevenida. Pero ¿de qué hubiera servido seguir? Él estaba casado con la temible Fulvia, y ella le había dado dos hijos. Estaba visitando las provincias orientales, no se quedaría. Y yo jamás volvería a Roma convertida en la amante de otro hombre. Nos reuniríamos durante unos cuantos días y después nos separaríamos. Bueno, ¿y qué? Tal vez fuera mejor así. Sería un momentáneo estallido de pasión y nada más. Aun así, yo quería disfrutarlo al máximo. Pensaba que me tenía merecida aquella recompensa, aunque no sabía muy bien por qué.

Los recuerdos de las horas transcurridas en la oscuridad me perseguían.

Me mordí los labios tratando de calmar el ardor de mis pensamientos. Justo en aquel instante apareció Carmiana en el espejo que tenía a mi espalda, y me turbé al verla.

— Mi señora... Majestad... yo...

Parecía nerviosa y trastornada.

— ¿Qué ocurre? —le pregunté en tono excesivamente brusco.

— ¿Es cierto lo que están diciendo los hombres, que Antonio ha pasado toda la noche aquí, en esta habitación? —preguntó, clavando la mirada en las revueltas sábanas de la cama.

— Sí, es cierto —contesté—. ¡Y he gozado inmensamente!

Le lancé las palabras en tono desafiante, como si quisiera hacer prácticas.

— Mi señora... —repitió, con el rostro contraído en una mueca de tristeza.

— ¡No lo digas! —le advertí—. ¡No quiero oírlo! No tenemos que dar cuenta a nadie de nuestros actos.

Repetí la frase de Antonio.

— ¿Tampoco a tu corazón? ¿Y la corte de Egipto? ¿Y la opinión pública de Roma?

— Estoy acostumbrada a prescindir de la opinión pública de Roma. En cuanto a la corte de Egipto, no he hecho nada que pueda perjudicarla. Y mi corazón se siente atraído por él.

— ¡Mejor que no se sintiera! —dijo—. Mejor que sólo se sintiera atraído tu cuerpo.

Me reí.

— En realidad el que más se siente atraído es mi cuerpo —dije—. Si quieres que te diga la verdad, apenas sé nada de Antonio, aunque por ahora es suficiente.

Me miró aliviada.

Pasó el día. Hablé con los cocineros y con todos los sirvientes del barco y les di las gracias por el éxito de la velada. Trataron de disimular sus sonrisas, sus risitas y sus codazos. Entonces les ordené reunir varias carretadas de pétalos de rosa para la noche del día siguiente. Eso los mantendría ocupados.

Para la cena de Antonio pensaba vestirme de Cleopatra y no de Venus. Una vez era una novedad, dos hubiera sido demasiado previsible. Mientras me vestían, no pude evitar preguntarme si parte del ardor y la excitación que me devoraba por dentro se me notaría por fuera.

Me trasladaría en una litera, acompañada por cuatro sirvientes con antorchas encendidas en medio de la penumbra del anochecer. Desde el barco podía ver los hermosos edificios y las pulcras calles de Tarso. La ciudad había sido firme partidaria de César, y Casio la había tratado con mucha dureza. Ahora,

como premio a sus sufrimientos y a su lealtad, Antonio la había recompensado exonerándola del pago de los impuestos y regalándole un nuevo y espléndido Gymnasion.

Había instalado su cuartel general en el centro de la ciudad y allí depositaron mi litera. Al bajar me encontré delante de las amplias gradas de un gran edificio. Había soldados montando guardia a ambos lados, e inmediatamente apareció una escolta armada que nos guió al interior del edificio.

El techo era alto y plano, y varias hileras de columnas dividían la sala en tres partes. Se había hecho todo lo posible por embellecerla: unas colgaduras bordadas cubrían las ásperas paredes, y a cada paso habían colocado almenaras. En un estrado cerca de la entrada había unos músicos tocando. Pero a pesar de todos los esfuerzos que se habían hecho para adecentarlo, aquello parecía un mercado... e incluso olía un poco como tal pese al perfumado incienso que impregnaba el aire. Unos soldados de uniforme montaban guardia en distintos lugares de la sala. Pese a que la mayor parte de los invitados eran hombres, había también algunas mujeres, probablemente las esposas de los magistrados de la ciudad.

Aunque en el centro de la sala se veían los tradicionales triclinios con sus mesas correspondientes, los demás invitados tendrían que comer alrededor de unas alargadas mesas como las de los soldados. Vi a Delio cerca de los triclinios, vistiendo lo que debía de ser su atuendo de ceremonia: una sencilla túnica y unas recias sandalias. La única nota festiva era la ancha pulsera de oro que lucía en su brazo izquierdo. Estaba rodeado por un grupo de soldados que bebían y se reían ruidosamente. Seguramente llevaban bebiendo sin parar desde las primeras horas de la tarde.

De repente sufrí un sobresalto al ver entrar a Antonio en la sala en compañía de dos oficiales. Me resultaba extraño volver a verle en público, rodeado por todos aquellos compañeros de bebida.

Iba algo mejor vestido que Delio, aunque no demasiado. Se cubría la túnica con una ligera capa sujeta con un prendedor de bronce y calzaba botas en lugar de sandalias, aunque tenía el cabello revuelto y el rostro arrebolado. También él se habría pasado toda la tarde bebiendo.

Al verme inclinó la cabeza. Después levantó bruscamente los brazos y gritó:

— ¡Bienvenidos, bienvenidos todos, mis buenos amigos! —El ruido y los murmullos cesaron en parte, pero algunos hombres siguieron conversando y riendo como si tal cosa. Tuvo que desenvainar su puñal y golpear con él una placa de metal para que se callaran—. Estamos aquí para honrar a la Reina de Egipto, que ha viajado desde muy lejos para visitarnos —proclamó a gritos. Poseía un hermoso timbre de voz, un poco alterado por el vino.

Todos los hombres se pusieron a gritar. Hice una mueca. ¿Acaso me había incorporado a una legión?

— Bienvenida a nuestra humilde sala de banquetes —añadió, con unas palabras que fueron algo más que unas simples expresiones de cortesía—. He

intentado adecentarla todo lo que me ha sido posible.

Sin embargo, mientras hablaba no me miró a mí sino a sus hombres.

Ellos no lo sabían, claro. Habían estado en tierra toda la noche y pensaban que Antonio también lo había estado.

— ¡Podéis sentaros! —tronó.

Todos obedecieron en medio de un ruido infernal.

Ahora yo debería ocupar mi lugar a su lado en los triclinios. Observé que seguía sin mirarme y que se pasaba el rato bromeando y conversando con sus hombres. Al final se acomodó en el triclinio para que pudiera comenzar el banquete.

Me apoyé sobre un codo y acerqué mi cabeza a la suya.

— Has estado muy ocupado —le dije.

En lugar de mirarme, se limitó a asentir con la cabeza. Al final, me dijo:

— Ya te advertí que no se podría comparar con lo tuyo.

— Es distinto —dije—. Recuerda que yo sólo he sido agasajada en Roma y en Alejandría. No sé cómo es la capital de una provincia.

Se me antojaba un poco extraño hablar afectadamente de salas de banquetes después de lo que... ¿Y por qué no me miraba? Me hubiera gustado coger su cabeza entre mis manos y girarla firmemente hacia mí. Y quizás incluso besarlo. Sí, eso hubiera sido una buena distracción para sus soldados.

— ¡Mírame! —le dije en tono de reproche.

Cuando se volvió, vi en su rostro la sombra del deseo, ¿o acaso era un reflejo del mío? Mi imaginación era tan grande que cualquier cosa le servía para evocar el objeto de mi deseo. La despejada frente, los oscuros ojos, los carnosos y curvados labios, sólo podía asociarlos con una cosa.

— Una orden que gustosamente obedezco —dijo él.

Después miró a Delio, el cual estaba preguntando:

— ¿Cuándo llega aquí el invierno? Tendremos que irnos antes.

Uno de los magistrados de Tarso contestó:

— Tenemos un otoño muy largo y la montaña nos protege del viento del norte durante algún tiempo. ¿Adónde iréis cuando os vayáis de aquí?

— A Siria —contestó Antonio—. Y después a Judea. Tengo que reunirme con Heredes.

— ¿Y después? —pregunté yo.

— Vuelta a Roma —me contestó.

Unos cómicos entraron en la sala vestidos con unas ropas que imitaban el uniforme romano y empezaron a correr de un lado para otro, planteando acertijos

a los invitados.

— ¿Qué es lo que se levanta al ocaso y sólo baja al amanecer?

Comprendí que no se referían a la luna llena.

— ¿Qué es eso que pica más que la lana junto a esta piel tan delicada?

Y cosas por el estilo. También hicieron algunas alusiones políticas, aunque en eso procuraron no pasarse de la raya. Los invitados debían de ser muy aficionados a aquellas «diversiones» pues las acogieron pateando ruidosamente el suelo.

«Bueno, a ti siempre te aburrían las severas cenas romanas —me dije—. Algunos de los comentarios son muy ocurrentes, reconócelo.»

— Yo siempre quise ser soldado —le dije a Antonio, apoyando la mano en su brazo.

Para mi asombro, se apartó para coger un puñado de aceitunas de la mesa.

— Pues entonces ven a invadir la Partia conmigo —me dijo jovialmente.

No era posible que yo le proporcionara a él lo que le había negado a César. Tendría que financiarse aquella empresa con sus propios recursos.

— Tal vez lo hiciera como invitada tuya —contesté.

Para cuando terminó el banquete, me sentía tan cansada como si hubiera participado en una campaña. Pero en realidad había disfrutado de aquel respiro de las conversaciones convencionales y las frases protocolarias. Para mí todo aquello había sido una novedad tan grande como el barco de Venus para él.

Al ver que la velada se prolongaba y se convertía en un pretexto para emborracharse, decidí retirarme.

Antonio me miró decepcionado.

— No, quiero que te quedes.

— ¿Para beber con los hombres? Creo que se sentirán más libres cuando yo me vaya. Les he obligado a esperar tanto que están a punto de desmandarse.

— Ve a mis aposentos —dijo—. No tardaré mucho.

Me eché a reír.

— ¿Cómo las prostitutas que acompañan a los ejércitos? No, gracias —dije.

— ¡Pero si los he preparado para nosotros!

— Supongo que habrás sustituido el catre de campaña por una cama de verdad. No se trata de eso. Me avergonzaría si tuviera que subir allí a esperar al gran general. ¡Y delante de sus oficiales! —De repente me enfadé con él—. ¿Es eso lo que pretendías desde un principio, exhibirte a costa mía, impresionarlos? — Señalé con un movimiento de la mano a los invitados.

Tenía que irme de allí, me sentía traicionada.

— No, espera, yo no...

Pero no alargó la mano para retenerme.

— Eres tú el que tiene que venir a mí —le dije—. Es la única manera.

Pasé rápidamente por su lado y me dirigí a mi litera. Mientras miraba a través de sus cortinas, lamenté haberle invitado. En el caso de que acudiera al barco, no sabía si le recibiría. Ya no me apetecía verle. Se había pasado toda la velada evitándome y comportándose de manera distante y evasiva. Y por si fuera poco, pensaba que después yo lo esperaría... Estaba claro que las mujeres lo habían mimado demasiado. Estaba además lo de la víspera... presentarse de aquella manera era propio de un hombre muy seguro de sí mismo. De repente me sentí una prostituta de campamento. Me había comportado como si lo fuera.

Ya era muy tarde cuando subí a bordo y entré en mis aposentos. No era de extrañar que estuviera rendida porque la noche anterior, a aquella misma hora, me hallaba con Antonio después del banquete... Pero aunque Antonio no se hubiera presentado, la travesía y los preparativos ya me habían dejado agotada. Ahora tuve la sensación de que no me quedaba ni una gota de energía.

Apenas tenía fuerzas para permanecer sentada y ya no me quedaban ánimos ni siquiera para pensar en Antonio ni en la cena de sus soldados. Me quité la ropa, sin llamar a Carmiana, me acerqué prácticamente a rastras a la cama y me sumí en un profundo sueño que más que un sueño fue un negro sopor.

De pronto intuí una presencia en la estancia. Me desperté de golpe y me incorporé.

Antonio estaba allí, sosteniendo por encima de su cabeza una lamparita que arrojaba un débil círculo de luz a su alrededor.

— He venido en cuanto he podido —me dijo—. Carmiana me ha abierto la puerta.

Me cubrí con la colcha y le miré fijamente. Jamás en mi vida me había sentido en semejante situación de inferioridad, desnuda, medio dormida y pillada nuevamente por sorpresa mientras él me miraba con semblante impasible, debidamente vestido con su túnica y su capa.

Posiblemente Carmiana había pensado que yo le estaba esperando. No era de extrañar que le hubiera abierto la puerta.

Antes de que yo pudiera decir nada, pues tenía la mente un poco embotada, se sentó en la cama, me abrazó y me acarició con las manos la espalda desnuda. Las tenía muy frías debido al aire nocturno y me estremecí. Me estrechó con más fuerza.

— Los hombres no paraban de beber y de cantar —me dijo en un susurro—. Ya era muy tarde, pero yo no podía retirarme. Por regla general les sigo la corriente, pero esta noche sólo pensaba en marcharme y en venir contigo.

Mientras hablaba, me di cuenta de que estaba sereno. No se había



emborrachado como los demás. Si ahora estaba en mi camarote, no era por capricho ni como consecuencia de un impulso repentino. Había tenido muchas horas para pensarlo, muchas horas con la cabeza muy clara.

— Al final se han ido y he podido venir.

— ¿Y nadie te ha visto salir?

Había abandonado sigilosamente sus aposentos.

— Me parece que no logro complacerte por mucho que me esfuerce —dijo—. Primero me dices que no lo oculte y que no tenemos por qué escondernos. Después, cuando te he pedido públicamente que subieras a mis aposentos, me has acusado de exhibirme a tu costa. Incluso me has dicho que te daría vergüenza, lo cual en modo alguno quisiera. Por eso he procurado no dar a entender nada durante la cena. Eras tú la que tenías que manifestarlo si así lo deseabas. Pensé que preferías que nadie lo supiera.

Mientras hablaba se limitó a sujetarme por el brazo, sin tratar tan siquiera de besarme.

— Estaba un poco trastornada —dije—. Reconozco que por la mañana dije una cosa y por la noche otra. Era más fácil ser atrevida en mi barco y entre mi gente que delante de unos desconocidos. Aquí mi gente sabe muy bien que ningún hombre más que tú ha entrado en mis aposentos, en tanto que tus hombres están acostumbrados a un desfile constante de mujeres. No quería ser otra Glafira.

— No hay nadie como tú en todo el mundo, y mucho menos Glafira.

Se había puesto tan serio que no tuve más remedio que echarme a reír.

— Oh, Antonio, qué fácil es perdonarte —le dije—. Me he enfadado contigo por el ruidoso banquete, porque has entrado subrepticamente en esta habitación e incluso porque me has sorprendido de esta manera.

— ¿De esta manera? —preguntó, besándome un hombro que la colcha había dejado al descubierto sin que yo me diera cuenta—. Te aseguro que eso es más efectivo que el disfraz de Venus. Las estatuas más bellas de Venus están desnudas.

Pero sus gestos no eran apremiantes. Los febriles abrazos de la víspera se habían terminado. Su serena forma de hablar e incluso su vacilación me tranquilizaban y excitaban a un tiempo. Su languidez y su lenta pasividad me atraían poderosamente. Cuanto menos se movía tanto más me excitaba yo.

— Puedes quedarte —le dije, deslizándolo sobre los suyos y rodeándole los hombros—. Te doy permiso.

Sólo entonces me incliné hacia delante y le besé los labios. Fue un beso muy largo, un beso que me excitó enormemente pues me pareció que existía por sí mismo y que no era un preámbulo de nada. Jamás había recibido un beso como aquél. Pensé que hubiera podido vivir en él por toda la eternidad.

Durante un tiempo que me pareció interminable me conformé sólo con eso,

un beso infinito mientras yo abrazaba y era abrazada por un hombre que al parecer sabía cómo excitarme y al mismo tiempo conseguir que me sintiera querida.

Al final, tendida a su lado, pensé que ojalá aquella sensación pudiera prolongarse por toda la eternidad. César me había amado, pero jamás dejaba de ser César. Jamás había sido adorada por nadie ni reverenciada por un cuerpo. Era como contemplar un color enteramente nuevo y sumergirme en él.

Nunca había imaginado que pudiera amar a alguien tan físicamente distinto del enjuto y elegantemente proporcionado César; hasta mis conceptos del amor estaban ligados a su cuerpo y eran inseparables de él. Ahora todo aquello estaba olvidado y tendría que aprender otras cosas.

Cuando me tendí boca abajo, totalmente saciada, Antonio me desenredó el largo cabello con paciencia infinita y me lo alisó sobre la espalda.

— Siempre quise acariciarte el cabello —me dijo—. Pero por una parte estaba prohibido hacerlo, y por otra siempre lo llevabas trenzado o cuajado de joyas. Me fascinaba su oscuro brillo.

Cuando estaba pasando de niña a mujer, me untaba el cabello con aceites perfumados, me lo cepillaba y lo sostenía en mis manos, tratando de imaginarme si alguna vez le gustaría a alguien. Y ahora había alguien a quien le gustaba. Me reí de placer.

— Está a tu disposición para que hagas con él lo que quieras.

— Igual te lo corto —añadió en tono burlón—, me lo quedo para mí y te obligo a usar un tocado para cubrirte la cabeza pelada. Me gustaría saber qué aspecto tienes sin este cabello tan extraordinario, aunque creo que daría igual. Por lo menos a mí.

— ¡Qué extraño resultaría una mujer con el cabello corto! —exclamé—. Me sentiría como un atleta, como un corredor.

— No creo que lo parecieras.

— Pues te advierto que corro muy rápido.

— Pero tendrías que hacerlo completamente desnuda —me dijo—. Y nadie más que yo tiene que verte así.

— No eres mi marido ni mi hermano ni mi padre, por consiguiente, no tienes ningún derecho a exigirme tal cosa.

— Tengo más años que cualquiera de ellos. Estoy celoso y no lo permitiré.

— ¿Que no lo permitirás? Mira quién habla, el marido de Fulvia. —En cuanto hube pronunciado aquel el nombre, me arrepentí. Todo aquello estaba fuera de lugar en aquel momento—. Perdona —me apresuré a decir—. No tenía que haberlo dicho.

— Ha sido una muestra de honradez por tu parte, pero Fulvia está en Roma y eso queda muy lejos.

— Antonio, vuelve a Alejandría conmigo.

No podía soportar la idea de despedirme de él al cabo de sólo tres días, la fecha prevista para hacernos nuevamente a la mar. Hasta los recuerdos necesitaban más de tres días para solidificarse y adquirir una forma permanente.

Me acarició el cabello y guardó un largo silencio.

— No sé si puedo —contestó finalmente.

— Ven como invitado mío. ¡Lo harías por cualquier otra persona! No quieras hacer menos por mí.

— Precisamente porque tú eres tú, tengo que hacer menos.

— Pues entonces castígame por ser Cleopatra y no Citeris o Glafira.

— Yo no las he seguido a sus ciudades en presencia de todo el mundo.

— ¡El mundo! ¡Siempre el mundo!

— Tú también te preocupas por eso en pleno día, señora. Ni siquiera has querido revelar nuestra relación delante de mis hombres, unos soldados que por cierto son muy indulgentes.

— Pues ahora lo haré. —Sabía que aquello era algo más que un febril estallido de pasión reprimida. En lugar de sentirse saciado, mi deseo aumentaba cuanto más lo alimentaba—. Ven conmigo a Alejandría. Nos exhibiremos los dos ante el mundo. Te presentaré a la gente sin avergonzarme.

— No soy un ídolo ni un muñeco que tenga que exhibirse —dijo—. Si viajara a Alejandría, lo haría como un ciudadano particular o como un dignatario extranjero en visita de cortesía.

Observé en silencio que estaba estableciendo las condiciones... de una visita que no haría.

Pero aún quedaban unas cuantas horas nocturnas y yo no quería desperdiciarlas hablando. Alargué la mano y tomé la suya, entrelazando nuestros dedos.

— Si no vas a Alejandría, será mejor que aproveches al máximo las pocas horas que nos quedan —le dije en un susurro, besándole la parte más tierna de la oreja. No puso ningún reparo.

EL crepúsculo había extendido su delicado manto sobre el cielo, y una vez más se habían encendido las luces que brillaban en las jarcias del barco. Esta vez los invitados no pisarían la cubierta de madera del barco sino una alfombra de pétalos de rosa que hubieran llegado a la altura de la rodilla de no haber estado cubiertos por una fina red. Nadie podría hundirse en ellos sino que los pisaría, y cada paso aplastaría los delicados pétalos y liberaría una nube de fragancia que se elevaría como la bruma del amanecer o una niebla de deleite sensual.

El perfume de cien mil rosas para la nariz, el fulgor de las copas de oro y el parpadeo de las luces para los ojos, los suaves lienzos de seda que cubrían los triclinios para la piel, las puras voces y los instrumentos musicales para los oídos, y los mejores manjares para acariciar y tentar la lengua... Quería que mi banquete de despedida de Tarso perdurara para siempre en los cinco sentidos de los invitados, grabado en ellos para toda la vida.

En cuanto a mí, lo más lógico era que me presentara ataviada como reina de Egipto, con una túnica azul y oro y una corona de serpientes de oro y lapislázuli. Mientras Iras me trenzaba el cabello y me lo apartaba del rostro, no pude por menos que sonreír, recordando el comentario de Antonio. Era verdad. Casi todos los peinados de ceremonia eran rígidos y no se podían tocar. Iras me miró directamente a los ojos a través del espejo. Su rostro contenía miles de preguntas que ella no se atrevía a hacerme. Y aquella noche yo no se las iba a contestar. No lo haría hasta que finalizara la velada.

Me ajustaron alrededor del cuello un soberbio collar de cuentas de oro, cornalina y lapislázuli, y unas anchas ajorcas de oro labrado alrededor de la parte superior de los brazos.

Iras destapó una botella de alabastro, se vertió unas cuantas gotas de perfume en las palmas de las manos y me rozó ligeramente la barbilla, los codos, los antebrazos y la frente.

— Tú también tienes que oler a rosas —me dijo—. Y esta fragancia de rosas blancas es un poco distinta de la de las rosas rojas que cubren todas las cubiertas y los suelos del barco.

Subirían a bordo los mismos invitados que la primera vez, treinta y seis comensales que se reclinarían en los doce triclinios. Antonio no había manifestado una especial curiosidad por el banquete, imaginando sin duda que sería como casi todos los banquetes a los que había asistido a lo largo de los años. Le pedí que se fuera antes del amanecer; pensó que lo hacía para preservar mi recato, pero lo hice porque no quería que viera la carga que esperaba en el muelle, aunque debió de aspirar el perfume de las carretadas de pétalos de rosas al pasar. Quería que se llevara una sorpresa como todos los demás.

— Mi última cena aquí —dije—. Y si tú no vas a Alejandría, nuestra última

noche juntos.

Seguía diciendo que no podía ir. Bueno, yo también había dicho que no pensaba ir a Tarso.

La plancha, cubierta de rica púrpura tina y transformada en un puente triunfal, recibió a nuestros invitados a bordo. Los romanos fueron subiendo uno a uno y sus botas se hundieron en la alfombra de pétalos de rosa mientras sus cuerpos brincaban como si hubieran pisado un elástico almohadón. Observé las expresiones de asombro de los soldados romanos y los ciudadanos de Tarso. Pero a quien yo más quería asombrar y complacer era a Antonio; la reacción de los demás ya la daba por descontada.

Se detuvo en lo alto de la plancha, se apoyó en la barandilla y estudió de un solo vistazo la escena: el carmesí de las rosas, las colgaduras moradas, las constelaciones artificiales de las jarcias y mi persona, tan bella y adornada como una estatua. Era un espectáculo teatral sin el más mínimo asomo de naturalidad. Superar la naturaleza, a veces constituye un privilegio y un desafío.

— ¡Oh, hermoso navío! —exclamó Antonio—. ¡Cortemos las amarras y zarpeamos hacia la mágica tierra de la que tú procedes! —Después pegó un brinco, cayó con toda la fuerza que pudo, perdió el equilibrio y aplastó con su peso los pétalos de rosa. Rodó por el suelo y quedó tendido boca arriba con los brazos estirados y las piernas separadas—. ¡Ah! —gritó—. Me voy a asfixiar con el elixir de rosas. Venid a socorrerme, estoy a punto de desmayarme.

Se puso de rodillas con aparente esfuerzo, se acercó a rastras a mí, inclinó la cabeza y me abrazó los pies, calzados con sandalias.

— Estoy abrumado —dijo mientras los presentes se partían de risa.

Me incliné hacia él, cogí su mano y lo ayudé a levantarse.

— Reánimate, mi señor Antonio —le dije, indicándole por señas a un criado que le sirviera una copa de vino.

Era una copa muy grande con incrustaciones de perlas y coral, llena de vino de Quíos.

Tomó un buen trago y sacudió la cabeza.

— El vino jamás destierra la magia —dijo—. Se limita a aumentar su efecto.

— Bienvenidos todos —dije—. Por favor, bebed con nosotros. — Inmediatamente aparecieron unos criados portando unas bandejas llenas de copas—. Deseo que mi última velada con vosotros sea digna de largos recuerdos.

Todos me miraban con la aturrida y alelada expresión de quienes acaban de ser víctimas de un hechizo turbador. Ya eran míos para el resto de la velada y podría hacer con ellos lo que quisiera. Hasta Delio no salía de su asombro. ¡Ah, cuan grande es el poder de la utilería y los decorados! ¡Qué fuerza nos confieren cuando se usan debidamente!

— ¿Es el mismo barco que yo deje esta mañana? —preguntó Antonio en voz baja.

— Exactamente el mismo —contesté.

— ¿Y qué has hecho con el camarote de abajo?

— Tendrás que esperar para verlo —dije—, a no ser que prefieras ir ahora. Miró a su alrededor y soltó una nerviosa carcajada.

— Te creo capaz de hacerlo —dijo finalmente.

Me limité a sonreír y lo dejé en la duda.

Delio hizo un comentario en voz alta —demasiado alta— sobre los partos, señalando que habían ido demasiado lejos, por Zeus. Después se puso a hablar de Casio en términos tan denigrantes que uno de los tarsenses —que no tenía precisamente motivos para defender a su torturador— trató de cambiar de tema.

— Delio —dije, acercándome a él—, estoy segura de que cuando vayas a la Partia con Antonio tendrás múltiples ocasiones de castigar a unos cuantos partos. Pero olvídate de Casio, ya ha pagado el precio. Un hombre sólo puede morir una vez.

— No, eso no es cierto, puede morir dos veces. Primero en el cuerpo y después en su reputación. Matar a esta última es una muerte mucho más cruel que la primera.

Lo dijo con tal fiereza que casi me olvidé de que antes había servido a Casio y sólo se había pasado al bando de Antonio después de Filipos.

— Siendo así, digamos que hay una tercera muerte que consiste en ser abandonados por los antiguos amigos —dije.

Delio esbozó una despectiva sonrisa. Aparté el rostro. Confiaba en que Antonio tuviera otros bastones en que apoyarse en sus operaciones bélicas.

El primer magistrado de Tarso le estaba explicando a Antonio qué persona había elegido para ocupar el puesto de gimnasiarca de la ciudad. Era un hombrecillo rechoncho que probablemente no dedicaría mucho tiempo a la práctica de ejercicios físicos, pero que sin duda disfrutaría con los baños y las conferencias que se darían en el nuevo Gymnasion.

— Sí, sí —dijo Antonio sin poder disimular la indiferencia que le inspiraba el nombramiento.

Estaba deseando librarse de su interlocutor, pero el magistrado lo agarró por el hombro de la túnica y siguió hablando con voz tan monótona como el zumbido de una abeja. De hecho era un hombre redondito como una abeja.

A su lado, su mujer iba vestida con el atuendo más anodino que jamás había visto en mi vida. ¿Por qué será que la respetabilidad siempre se envuelve con ropajes tan deprimentes? ¿Por qué equiparamos la belleza con la falta de seriedad? Le comenté lo mucho que me había impresionado la ciudad y lo afortunados que eran de contar con la protección de las montañas y los árboles.

Lo que no dije fue que en otros tiempos los Lágidas habían sido dueños de todo aquello. No sólo teníamos el mar, la arena y el Nilo de Egipto sino también

aquellas laderas montañosas y aquellos bosques. Al ver todo aquello se despertó en mí el deseo de recuperar la mayor cantidad posible de aquel imperio perdido. César le había devuelto Chipre a Arsinoe; tal vez Antonio...

La mujer me contestó con una voz tan bajita que tuve que esforzarme por prestar atención a sus palabras tan insignificantes como su rostro de ratón.

Cuando bajamos a la sala del banquete, los invitados pisaron cuidadosamente el colchón de pétalos de rosa y no levantaron los ojos hasta llegar a la entrada de la sala. Había antorchas encendidas por todas partes y los triclinios —mucho más lujosos que aquellos sobre los que se habían recostado la primera noche— estaban rodeados por mesas de mármol con patas de oro y bordes de rubíes. El color rojo de las rosas, el escarlata de las colgaduras de las paredes, los rubíes y los triclinios cubiertos de lienzos carmesí se confundían y mezclaban entre sí, y hasta el aire de la estancia parecía estar pintado de rojo fuego.

Antonio y yo ocupamos nuestros lugares e inmediatamente después di la señal para que empezara el banquete. La comida en sí no tenía nada de especial, ¿cómo lo hubiera podido tener? La cocina de un barco no puede rivalizar con una cocina de tierra firme, y yo sólo podía echar mano de los alimentos locales como el escaro, las púrpuras, el pavo y el cabrito. De Egipto me había llevado patos, gansos y percas del Nilo ahumados. Los tallos de papiro dorados serían una novedad. Los solía comer —sin dorar, naturalmente— el pueblo llano de Egipto, pero divertirían a los romanos y a los tarsenses. Me había llevado también un considerable número de ánforas del mejor vino de Quíos y deseaba que aquella noche se las terminaran casi todas. Cuando zarpara rumbo a Egipto, quería que el barco fuera mucho más ligero que a la ida.

Los músicos, todos vestidos de rojo, tocaban suavemente sus instrumentos, pero la música apenas se oía en medio del creciente murmullo de las voces de los comensales. Al final se les había soltado la lengua y todos hablaban a la vez.

— Eres muy extravagante —me dijo Antonio mientras sus ojos pasaban de una cosa a otra.

— No creas —contesté—. Todo eso es más bien modesto. Soy capaz de gastar diez veces más en una cena.

— Imposible. Quiero decir sin aumentar el número de invitados.

— Lo podría hacer ahora mismo y sirviendo prácticamente los mismos platos. —Se me acababa de ocurrir una idea y quería ponerla en práctica—. Si lo hago, ¿accederás a ir a Alejandría?

Lo pensó un buen rato antes de contestar.

— Sí, pero tendrás que atenerte a las normas. No aumentar el número de invitados y no añadir de repente costosos regalos. Simplemente este banquete con los mismos invitados y los mismos platos.

— De acuerdo. —Hice señas a uno de los servidores—. Llena una copa con vinagre del más fuerte —le dije— y tráemela.

Antonio frunció el ceño.

— El vinagre no es muy caro que digamos.

No contesté.

— Gentiles invitados —dije levantando la voz—, Antonio y yo acabamos de hacer una apuesta. Yo he apostado a que puedo conseguir que este banquete cueste más de un millón de sextercios. Él dice que es imposible que un banquete sea tan caro y tanto menos un banquete con sólo treinta y seis comensales. Pues bien. —Alargué la mano y tomé la copa llena de vinagre—. Gracias.

Antonio se inclinó hacia delante y se apoyó sobre los codos, observándome atentamente. Sus ojos oscuros estaban clavados en mí.

— Vamos a ver —dije, quitándome uno de mis pendientes de perlas y arrojándolo a la copa, donde cayó con un leve sonido y después se hundió hasta el fondo. Hice girar la copa para que se oyera el ruido de la perla rodando en su interior—. Ahora se disolverá y yo me beberé... el vino más caro de la historia.

Sostuve la copa con ambas manos y la hice girar muy despacio.

Todo el mundo me miraba, y Antonio parecía casi asustado. Seguí sacudiendo la copa hasta que calculé que ya había llegado el momento. Entonces me la acerqué a los labios, la incliné y empecé a beber.

Se oyeron gritos sofocados.

— ¡Un poco amargo! —dije—. Aunque el vinagre está aromatizado con una perla, sigue siendo muy fuerte. ¡Otra copa, por favor! ¡Todos tenéis que participar!

Mi criado trajo inmediatamente una segunda copa de vinagre y, cuando ya me estaba quitando el otro pendiente, Delio gritó:

— ¡No, detente! ¡No es necesario! ¡No sacrifiques el segundo!

Antonio se inclinó hacia mí y me inmovilizó la mano.

— Has ganado —me dijo en voz baja—. ¡No hace falta que lo repitas!

Le devolví la copa al criado.

— Eres... no hay palabras para describirte. El calificativo de «extravagante» palidece ante lo que acabas de hacer —me dijo Antonio.

Mientras el banquete seguía su curso y los criados iban colocando delicadamente los platos delante de nosotros, descubrí que la estancia brillaba con un inusitado y repentino esplendor erótico. ¿Acaso la apuesta me había excitado, transformándome de una serena anfitriona en una deslumbrada huésped de mi propia persona? Contemplé el brazo de Antonio mientras éste sostenía la copa en la mano, apoyándose sobre el codo. Era un brazo fuerte, musculoso y bronceado. Mientras yo lo miraba, me vinieron a la mente unos lascivos pensamientos. Hasta sus pies, parcialmente ocultos por el almohadón del triclinio, me parecían objetos de deseo. Me había tragado la perla y el vinagre se había convertido en un mágico brebaje que me hacía ver a Antonio rodeado de la cabeza a los pies por una aureola de objeto apetecible.



De repente no veía el momento de que terminara de una vez el banquete para que pudiéramos bajar al camarote.

Cuando por fin terminó, aún tuve que interpretar otro papel. Me levanté y señalé los triclinios.

— Son vuestros —dije—. Y también las copas y los platos que habéis usado, como la otra noche.

Todos se quedaron boquiabiertos de asombro, pues eran piezas más bellas y valiosas que las anteriores.

— Y tampoco debéis preocuparos por el transporte. Mis criados se encargarán de todo. Quiero regalaros además los caballos que he traído, junto con sus jaeces adornados con plata y oro. Estos muchachos de Etiopía (señalé con la cabeza a un grupo de jóvenes que acababan de entrar en la estancia y que estaban sacando las antorchas de los candeleros) os acompañarán a casa, conduciendo por la brida a los caballos.

Ahora el banquete ya había terminado y los invitados podían despedirse. Pero yo tenía que hacer otra cosa antes de que se fueran. Tomé la mano de Antonio en la mía y él se levantó.

— Os deseo buenas noches —dije—. Antonio y yo nos vamos a retirar.

Di media vuelta y abandoné la estancia sin soltar la mano de Antonio, dirigiéndome directamente a mi camarote para que cuando los invitados salieran a la cubierta se dieran cuenta de que Antonio había desaparecido y no bajaría a tierra con ellos. Y sólo había un lugar donde podía estar, pues nadie tiene el poder de desaparecer.

Una vez en el camarote, me apoyé contra la puerta y cerré los ojos. Ya estaba. Había interpretado bien mi papel. Una nunca lo sabe por adelantado.

De pie en el centro del camarote, Antonio miró cautelosamente a su alrededor como si esperara una nueva sorpresa, una serpiente saliendo de debajo de la cama, unas manos invisibles ofreciendo unas copas de vino, un coro espectral entonando un siniestro lamento.

Me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos.

— Lo he estado esperando toda la noche —le dije, era la pura verdad.

— Pues entonces tienes que quitarte todas estas cosas —contestó, inclinándose hacia mí para quitarme la corona—. Los objetos duros y brillantes resultan muy fríos. —Me abrió el cierre del collar y lo depositó encima de la mesa—. Y deshazte las trenzas.

Abrí el pasador que me recogía el cabello y lentamente empecé a deshacerme las trenzas, sentí un hormigueo en el cuero cabelludo, señal de que la sangre estaba volviendo a circular con normalidad. Tardé un buen rato pues iras me había hecho muchas trenzas. Al final me solté el cabello y él me lo alisó con las manos y me lo peinó con los dedos. Me sentí morir de deseo.

— Ahora ya eres un ser humano —me dijo, besándome.

Me di cuenta de que estaba tan excitado como yo y que la velada le había hecho el mismo efecto que a mí.

Sin poder contenernos por más tiempo, cedimos a la pasión que nos dominaba e hicimos rápidamente el amor para poder bajar un poco la fiebre y reducir nuestro deseo a un nivel un poco más normal, aunque todavía ardiente.

— He visto que al final has decidido anunciarlo al mundo —me dijo Antonio, tendido a mi lado en la oscuridad.

Aún no había recuperado el resuello.

— Sí —dije, apoyando la cabeza contra su pecho. Mis palabras debieron de sonar amortiguadas—. Ya no se podía ocultar por más tiempo, ni tampoco lo deseaba.

Me besó suavemente el cabello.

— Estábamos jugando con fuego.

— No es que estuviéramos jugando con fuego, es que lo llevamos dentro.

Y era cierto. Aquel fuego en las venas, ¿cuándo se apagaría?

— Sí, demasiado fuego. —Lo decía como si en aquel momento no le importara demasiado—. Por lo menos en Roma. Allí no les gustan los cambios, ni los nuevos factores, ni los nuevos contendientes. A mí tampoco me gustaban cuando llegó Octavio para reclamar su herencia.

— Y apartar a mi hijo a un lado. —Hice una pausa—. César tenía un hijo de verdad, no ese intruso adoptado.

— Pero César lo nombró heredero en su testamento —dijo Antonio—. Creo que te dejó fuera de él por amor, o como un homenaje a tu persona. Sabía que tú podías combatir tus propias batallas sin su ayuda.

Mis propias batallas. Sí, tenía otra cuestión que resolver antes de mi partida.

— Antonio... —Aborrecía tener que hablar de política, pero era necesario—. Me tienes que hacer un favor. Mi hermana Arsinoe, en Éfeso, ayudó a los asesinos. Hubieras tenido que llamarla a ella para que respondiera de las acusaciones, no a mí. La han reconocido como reina de Egipto y es ella la que convenció a Serapio, el gobernador de Chipre, de que les entregara la flota. Incluso he recibido informes según los cuales, en mi ausencia, ha estado revolviendo las aguas políticas para ver si todavía cuenta con algún apoyo en Alejandría. Y hay un impostor que alega ser Tolomeo XIII, a quien el propio César derrotó, y que está todo lo muerto que puede estar un ser humano. Todas estas cosas amenazan la estabilidad de mi trono.

— ¿Y qué quieres? —preguntó dulcemente adormilado, todavía bajo los efectos del éxtasis amoroso.

— Destruyelas.

— Sí, amor mío —dijo, acariciándome los hombros.

Tenía que arrancarle la promesa antes de que volviera a perderlo.

— Prométemelo. Ejecútalos a todos.

— Sí, amor mío. Y también te devolveré Chipre. —Enredó los dedos en mi cabello y atrajo suavemente mi cabeza hacia sí. Abrí la boca para recibir su beso.

Aquella noche, de entre tantas como hubo, jamás se borrará de mi memoria. Las veces que hicimos el amor y cómo lo hicimos me permiten evocar los recuerdos de unos detalles que me alivian siempre que me siento sola, triste o deseosa simplemente de apartar el dolor de mi mente. Fue un don de los dioses que raras veces se otorga y casi nunca se repite. Pero confirmó mi creencia en el sentido de que, a pesar de lo que digan los filósofos, los deleites del cuerpo pueden igualar a los de la mente y el espíritu.

Cuando se despidió de mí, yo no estaba triste. Aquel momento había terminado y no se podía prolongar, como tampoco se podía retener su perfección. Habría otros momentos y otros lugares, que a su manera también serían perfectos aunque fueran distintos.

— Adiós, mi general —dije, besándole en la cubierta justo en el momento en que el sol asomaba por el horizonte, tiñendo el barco de rojo dorado. Las lámparas de las jarcias ya se habían extinguido y la aurora reveló que no eran más que unas simples vasijas de barro, sin ninguna magia especial.

— Adiós, mi reina. —Me abrazó un instante, estrechándome contra su purpúrea capa—. Iré a verte en cuanto pueda.

— Un día es demasiado largo —dije—. Quién me diera que estuvieras esperando cuando yo llegara.

— Eso sólo sería posible si pudiera volar —dijo—. Y este poder no le ha sido dado al hombre.

Se apartó finalmente y permaneció un rato mirándome. Los dorados rayos del sol naciente iluminaron todos los pliegues de su capa.

— Adiós —dije, alargando la mano para tocarle en gesto de despedida.

Una vez sola en mi camarote, me dejé caer en la cama para dormir. No había descansado en toda la noche. Me subí los cobertores hasta los hombros y cerré los ojos para no ver la luz del sol que penetraba en la estancia.

Sonreí. El banquete con sus costosos regalos me había salido muy caro, pero como inversión había merecido la pena. Tal como Mardo y Epafrodito gustaban de decir, formaba parte de los gastos de un negocio. Pero no me había costado un millón de sextercios, como creían los invitados. El vinagre no puede disolver las perlas. Como alumna aplicada de Alejandría, aquel manantial de la sabiduría, lo sabía muy bien. Cualquier cosa lo bastante fuerte como para disolver una perla me hubiera disuelto también el estómago. Pero los que no habían tenido la suerte de haber aprendido en nuestro Museion, se lo habían creído.

Un buen estadista tiene que poseer muy variados conocimientos, incluso acerca de las cosas más improbables. Mientras me quedaba dormida, pensé que

lo había aprendido de César y que él estaría orgulloso de mí. Puede que Antonio tuviera razón. César sabía que yo podía combatir mis propias batallas.

## Notas

<sup>1</sup> Población de la costa del SO del Gran Sirte (la actual Sidra en Libia) que encantaba serpientes y curaba sus mordeduras, absorbiendo el veneno. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Región de África entre Egipto y los Sirtes, actualmente Barka. (*N. de la T.*)

